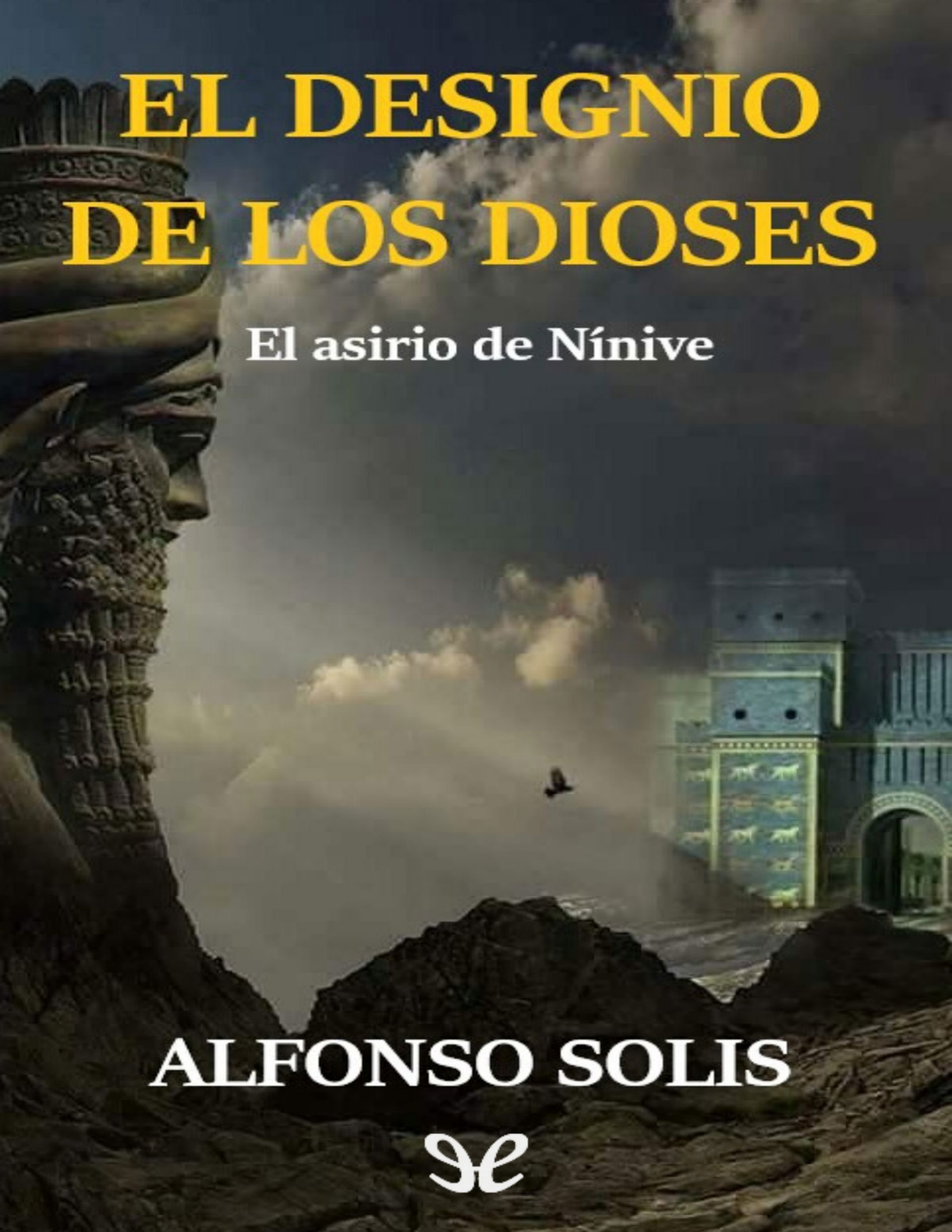

EL DESIGNIO
DE LOS DIOSES
El asirio de Nínive
ALFONSO SOLIS

Kalam, un joven médico procedente de la ciudad de Assur, emigra con su esposa Damkira y su hijo Nabui a Nínive, capital del imperio asirio. Gracias a sus habilidades médicas, consigue salvar la vida del todopoderoso rey Assarhaddon. Éste, como agradecimiento, le nombra su médico personal y Kalam se traslada con su familia al palacio real. Pero poco le dura la felicidad al joven médico. Assarhaddon se encapricha de Damkira e intenta alejarle de ella enviándole a la guerra contra los temibles cimerios. Comienza así un largo peregrinaje que le llevará desde el Egipto de los faraones hasta el Kushan de los yuezhi. El odio y los deseos de venganza guiarán sus pasos de nuevo hasta Nínive con el objeto de hacer justicia y asesinar al hombre que le había separado de su amada familia.

El designio de los dioses es una interesante novela histórica ambientada en la Asiria del siglo VII a. C. Se trata de una historia de guerras, una historia de venganza, pero, sobre todo, se trata de una historia de amor. Nos sumerge en una época de extrema crueldad y ambición, donde la superstición se confunde con la religión y en la que la ciencia lucha por abrirse paso en un mundo sumido en la más profunda oscuridad.

OceanofPDF.com

Alfonso Solís

El designio de los dioses

El asirio de Nínive

ePub r1.0
Titivillus 17.01.2022

OceanofPDF.com

Título original: *El designio de los dioses*
Alfonso Solís, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

OceanofPDF.com

A Paloma, el amor de mi vida, sin su apoyo y ayuda, esta obra jamás hubiera podido ser escrita.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO I

Asiria, año 678 a. C.

NÍNIVE era la capital del reino más poderoso del mundo conocido. Situada en la confluencia de los ríos Tigris y el Khosr, era ruta obligada para los comerciantes que cruzaban ambos ríos, ya se dirigieran tanto a Fenicia como a la India. Fue construida bajo la supervisión del rey Senaquerib y se trataba de un verdadero oasis en medio del desierto. Las amplias calles desembocaban en hermosas plazas decoradas con obeliscos y estatuas majestuosas. Sus monumentos conmemorativos, sus zigurats, los parques que rodean las lujosas villas y sobre todo, el palacio real, la convertían en la ciudad más hermosa del imperio. Nínive estaba surcada por dieciocho canales que le abastecían con agua fresca de las colinas y regaban los innumerables parques y jardines, proporcionando a toda la ciudad, el aroma del jazmín y del cardo. Quince grandes puertas franqueaban el paso a sus sólidas murallas, cada una de ellas escoltada por una pareja de toros alados de cinco metros de altura, que con su solidez y su fuerza, protegían a la ciudad y a sus habitantes de sus no pocos enemigos. La prosperidad del imperio se veía claramente reflejada en los ciudadanos de su capital. Mercaderes, sacerdotes, soldados y cientos de artesanos, eran los habitantes de la ciudad que se erigía como el centro del mundo.

Kalam paseaba por la calle principal de Nínive, acompañado por su esposa Damkira y su hijo Nabui. Se dirigían hacia la plaza del mercado, más para disfrutar del bullicio de la gran ciudad que por la necesidad de realizar

alguna compra. Tenía menos de treinta años y había conseguido, gracias a sus artes curativas, ser nombrado médico personal de Assarhaddon, el todopoderoso rey de Asiria. Kalam era un hombre alto, joven y apuesto. De tez morena, tenía los ojos verdes muy claros, revelando sus orígenes fenicios. Su barba finamente recortada y una nariz recta, le proporcionaba un aire distinguido. Vestía una túnica clara y una cinta de seda azul, le ceñía la cintura. El anillo de oro con el escudo de la casa real, le distinguía como empleado personal de Assarhaddon, lo que le proporcionaba un *status* elevado dentro de la sociedad asiria. Su esposa, Damkira, era una mujer de extremada belleza. De origen semita, tenía el pelo negro y liso hasta la cintura. Sus ojos, de un intenso color negro, emanaban misterio y sensualidad. Tenía la nariz fina y sus blancos dientes eran comparados con las perlas del mar arábigo. Tenía el porte de las antiguas sacerdotisas y una mirada suya era suficiente para desarmar al más audaz de los guerreros.

Kalam aprendió los secretos de la medicina de su padre Alamkar, médico en Assur, que le instruyó en tan noble arte durante años. El asirio, en busca de nuevas oportunidades, emigró a Nínive, la capital del imperio, donde cualquier joven con experiencia y ambición, podría conseguir las más altas metas. Durante más de tres años, ejerció su profesión con total diligencia y pronto su fama de gran *asu*, se extendió por toda la ciudad, sobre todo en las capas menos favorecidas. Finalmente, dicho prestigio llegó a oídos de Nigirsu, gobernador de la capital asiria.

El rey Assarhaddon tenía una fiebre muy alta producida por una grave infección, y sufría fuertes dolores abdominales que le hacían retorcerse de dolor. Apenas comía y cuando lo hacía, las náuseas y los vómitos provocaban que expulsase de su cuerpo, el poco alimento que apenas había ingerido. Durante días el médico de la corte había utilizado todas sus habilidades curativas, pero su esfuerzo fue en vano. Le había sumergido en agua fría, realizado sangrías con sanguijuelas y con vasos de vidrio caliente, preparado infusiones y pócimas pero, finalmente, se vio impotente y con lágrimas en los ojos, reconoció su fracaso ante Nigirsu, informándole que si el rey continuaba en ese estado, moriría en pocos días. Nigirsu habló con

los sacerdotes que a su vez, habían inmolado cientos de corderos en honor al dios Shamash, y les inquirió sobre los augurios de estrellas y oráculos, deseando que hubieran arrojado algo de luz sobre la enfermedad del rey. En su último sacrificio, el sacerdote del templo del dios Shamash, abrió en canal un cordero y derramó sus entrañas en una bandeja de plata. Después de analizar las vísceras del animal, miró con tristeza al gobernador y le dijo que no había nada que hacer, pronto el dios Shamash lo reclamaría ante su presencia. El gobernador era un hombre acostumbrado a luchar hasta el fin y no se rendiría con facilidad, pero no tenía tiempo para buscar médicos o curanderos más allá de las murallas de la ciudad. Consultó a los consejeros del rey y después de haber mandado emisarios e informadores por todo Nínive, se reunió con ellos en la sala principal del palacio. Allí llegaron a la conclusión de que únicamente había en la ciudad dos médicos capaces de, por lo menos, intentar salvar la vida del rey, ya que el resto de físicos se sentían incapaces y se excusaban alegando que no podían hacer por él más de lo que ya había hecho su médico personal.

Uno de los físicos que asumió la responsabilidad de intentar curar al rey, fue un egipcio de nombre Tessub. El otro, era un joven desconocido llegado hacía pocos años de la ciudad de Assur, llamado Kalam. Tessub era un reputado médico, para muchos el mejor del reino. Era un hombre ambicioso y su clientela había que buscarla entre los nobles y los comerciantes de la ciudad. Para muchos, su origen egipcio, impedía que fuera el médico personal del rey, pues solo físicos asirios podían asumir ese cargo. Kalam era un joven prácticamente desconocido por las clases altas de la ciudad, pero muy popular entre los artesanos y los campesinos, donde tenía la mayor parte de sus pacientes. El joven *asu*, veía la curación del rey como una oportunidad única para poder ascender en la escala social y construirse una reputación de gran médico. Por este motivo, cuando un heraldo del gobernador le informó de la enfermedad del rey, y sus dificultades para encontrar una cura, no dudó en ofrecerse voluntario para intentar remediar los males que aquejaban al monarca.

Cuatro soldados de la guardia real escoltaron a los dos médicos a los aposentos del monarca. Allí les esperaba Nigirsu, Imashar el médico personal de su majestad y el rey Assarhaddon, que seguía en estado de

semiinconsciencia postrado en la cama. La habitación estaba prácticamente a oscuras, poco ventilada y a pesar del incienso que había prendido por toda la sala, emitía un olor nauseabundo. Junto a la cama del rey había una pequeña mesa de nogal y situada sobre ella, una pequeña figura de alabastro que representaba a la diosa Nin-Karrak protectora de la salud del hombre.

—¿Qué síntomas tiene el rey? —preguntó Tessub, mientras se dirigía hacia Assarhaddon.

—Tiene una fiebre muy alta —respondió Imashar con voz trémula—, dolores en el abdomen y pérdidas de conciencia. Apenas toma ningún alimento y lo poco que come, lo vomita casi de forma inmediata. Está muy grave.

El anciano físico se sentó en un escabel y se tapó la cara con ambas manos para que nadie viera su rostro contraído por el dolor.

Tessub auscultó al rey, le tomó el pulso y le levantó los párpados. Puso su oído en su pecho, le abrió ligeramente la boca e introdujo su nariz en ella. Empezó a tocar cada parte de su cuerpo; primero las piernas, luego los brazos y finalmente el vientre. En ese momento el rey dio un fuerte gemido, justo cuando el egipcio ejerció una leve presión sobre el bajo vientre. Ordenó a los asistentes del rey que le desnudaran para poder auscultarlo mejor y pudo observar como el abdomen lo tenía hinchado. Mientras tanto, Kalam observaba las acciones del egipcio, en un profundo silencio y desde cierta distancia.

—La infección que tiene el rey proviene del bajo vientre —dijo de forma categórica—, si logramos bajarla, creo que conseguiremos salvarlo.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó esperanzado el gobernador.

—Tenemos que continuar con las sangrías —respondió el egipcio—. Las sanguijuelas absorberán los humores malignos a través de la sangre y por lógica, la hinchazón de su estómago se reducirá hasta que desaparezca. También debemos continuar con los baños fríos para bajar la fiebre.

—Si hacemos eso, el rey morirá —intervino Kalam, ante la sorpresa de Nigirsu que casi se había olvidado de él.

Todos dirigieron la mirada hacia el joven médico.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tessub sin ocultar su irritación.

—Has identificado correctamente el mal que aqueja a nuestro rey —dijo con mucha seguridad, dirigiéndose hacia el lecho del monarca—, pero has errado con el tratamiento —Tessub le miraba con los ojos inyectados en sangre, no se podía creer lo que estaba oyendo ¡Un advenedizo le estaba cuestionando!—. Si hacemos lo que tú dices, las sanguijuelas contaminarán su sangre y le debilitarán, el mal que lleva dentro se hará más fuerte, la fiebre aumentará y, finalmente, el rey morirá.

—¿Y cuál es tu diagnostico? —inquirió el gobernador con cierta indignación. Hasta ese momento, Kalam no había hecho nada para curar al rey, y Nigirsu tenía serías dudas de que ese joven farsante pudiera hacer algo por él.

Kalam tomó el pulso al monarca, tocó su frente para sentir su calor y le puso un espejo en la boca para poder ver la fuerza de su respiración. Finalmente, posó su mano sobre su vientre y el rey soltó un leve quejido. El médico ya no tenía ninguna duda sobre su diagnóstico y así se lo hizo saber a los presentes.

—El rey tiene un tumor en el abdomen, la única opción es operar y extirparlo. Es más, si no lo hacemos hoy mismo, Assarhaddon, con toda seguridad, no verá un nuevo amanecer.

El diagnóstico de Kalam sorprendió a todos. El egipcio empezó a hacer aspavientos, a insultarle. Se arañaba la cara exclamando palabras ininteligibles en su idioma. El gobernador, encolerizado, se levantó y llamó a la guardia real para que ajusticiaran en ese mismo momento al joven médico. Solamente Imashar permaneció impertérrito, con la mirada perdida como si su mente y su cuerpo estuvieran en lugares distintos. Cuando la guardia entró en los aposentos, desenvainaron sus espadas y a una orden del gobernador, se dirigieron hacia Kalam que les miraba aterrorizado. En ese momento, Imashar se levantó de la silla.

—¡Quietos malditos, deteneos! —ordenó Imashar con una autoridad que en su vida había tenido, mientras se dirigía a Kalam—. Dejad al joven *asu* en paz, creo que tiene razón. ¡O dios Assur, cómo no se me había ocurrido! —dijo el médico clamando al cielo con los brazos en alto—. Joven, eres un médico audaz y no te asusta correr riesgos. Mi edad y mi cobardía me han impedido ver lo que tú, con tu juventud y con tu valor, has

podido ver con claridad. Assur es grande y te ha permitido diagnosticar correctamente la enfermedad del rey. Además, has podido determinar cuál es el mejor remedio para curarle. Solo espero que todo salga bien —le dijo a Kalam cogiéndole de los hombros.

Tessub y Nigirsu se quedaron petrificados, no esperaban la respuesta del anciano médico. Los soldados miraron confusos al gobernador, que les ordenó que envainaran sus espadas y salieran de la estancia.

—Explicaros ¿de qué magia o hechizo estáis hablando? —les espetó el gobernador.

—Deja que hable yo —le dijo Imashar a Kalam cogiéndole del brazo—, ahora será mejor que vayas a por tus instrumentos, medicamentos y el material que necesites. En cuanto estés preparado, ejecutarás la operación. ¿La has realizado alguna vez? —le preguntó.

—No señor, pero mi padre es todo un experto y la ha realizado varias veces. En alguna de ellas fui su asistente y él me fue explicando paso a paso todo lo que hay que hacer. Tengo papiros con dibujos, sé que instrumentos y medicinas son necesarias y anoté todos los pasos para realizarla. Creo que soy capaz.

—Muy bien hijo —dijo sonriendo Imashar—, yo nunca he extirpado un tumor, pero si he leído mucho sobre ello. Yo te asistiré.

Kalam le sonrió mostrándose agradecido. Sin más tiempo que perder, se dispuso a salir de la habitación cuando una mano le agarró con fuerza del brazo.

—La guardia te escoltará en un carro hasta tu casa —dijo Nigirsu mientras hacía un gesto a los soldados—. Vuelve tan rápido como puedas y espero por tu bien que tengas razón. En el caso de que el rey muera… —añadió, haciendo el gesto de cortarse el cuello con la mano.

—El rey sobrevivirá, soy el primer interesado.

Salió a toda velocidad del palacio en un carro de guerra conducido por un auriga y escoltado por dos jinetes. En pocos minutos cruzaron la ciudad, atropellando a todo viandante que descuidadamente se cruzaba en su camino. Al entrar en su casa, encontró a su mujer dando de comer al

pequeño Nabui, un dátil rebozado en miel. La mujer, asustada, vio como su marido entraba a toda prisa en la casa franqueado por dos guardias reales.

—¿Qué pasa cariño? —preguntó inquieta Damkira incorporándose y dejando al niño en el suelo entretenido con su golosina.

—Vengo a coger los instrumentos que me regaló mi padre —respondió Kalam, sin mirarla y entrando rápidamente en su dormitorio.

Su mujer le miraba con preocupación y Kalam, mientras buscaba los instrumentos, la puso en antecedentes. Abrió un pequeño armario de madera de pino y sacó de su interior una esbelta caja rectangular de madera de cedro revestida en cuero. La abrió y miró en su interior. Sujetos con pequeñas tiras de cuero y perfectamente alineados, aparecieron diversos instrumentos médicos. Eran de plata y oro realizados por el mejor orfebre de Jerusalén. Dentro de la caja había un pequeño bisturí, tijeras, un punzón, agujas, tenazas, hilo y alambres de distintos tamaños, grosores y durezas. Alamkar, el padre de Kalam, se la había regalado como premio al aprobar el examen de *asu* en el tribunal médico de Assur. Le había costado una auténtica fortuna, pero el orgullo y la felicidad que sentía, le compensaba sobremanera el coste del regalo.

Guardó la caja en una alforja y salió a toda velocidad de la casa no sin antes despedirse de su mujer, dándole un beso y cogiendo a su hijo en brazos. Le levantó y comenzó a girar sobre sí mismo. Después de un par de giros, se lo entregó a Damkira y lo besó.

—Amor mío, nuestra vida va a ser muy distinta a partir de ahora —le dijo a Damkira ignorando los gritos de su hijo que exigía más diversión.

—Ten cuidado —le susurró su mujer con los ojos velados por la preocupación.

—Te quiero.

Le dio un beso de despedida y salió a toda prisa de la casa. Con agilidad, saltó sobre el carro de guerra y el auriga comenzó a fustigar con saña a las bestias, que golpearon con sus cascos el empedrado suelo produciendo un sonido seco y amenazador. Con el corazón encogido por la preocupación, Damkira observó como su marido, escoltado por dos jinetes, desaparecía entre una aterrorizada multitud que gritaba todo tipo de

improperios mientras se apartaba para evitar ser pisoteada por los cascos de los caballos.

—Ya estoy aquí —dijo Kalam entrando en el aposento real seguro de sí mismo—. Debemos sacar al rey de esta habitación, está inundada de humores malignos que pueden contaminar mis instrumentos y su sangre.

—Asistentes, coged al rey y llevadle a los aposentos de la reina madre, es la sala más perfumada y limpia del palacio —ordenó Nigirsu.

—No, que sea la que mejor huela no significa que esté libre humores. Necesito una sala bien iluminada, limpia, bien ventilada, casi sin muebles y cerca de una fuente de agua limpia y fresca —exigió Kalam.

—El mejor sitio es la antesala del patio principal —intervino Imashar —. Hay una fuente de agua fresca cerca y es una estancia muy bien ventilada. Mientras trasladamos al rey allí, mandaré que la limpien.

—¿Qué más necesitas? —preguntó Nigirsu.

—Necesito mantas, pelo de cola de caballo, paños de lino, agua caliente… ¿Sabes preparar opio y mandrágora para dormir? —preguntó a Imashar.

—Naturalmente —contestó molesto Imashar—, tengo suficiente en mis aposentos como para dormir a todo un ejército.

—Necesito la cantidad suficiente para que un hombre duerma cuatro horas, no necesito más. Perdona si te he ofendido —le dijo conciliador al ver su ceño fruncido.

El *asu* del rey le sonrió.

—No te preocupes por mí, querido amigo, tus preocupaciones ahora son otras y mucho más apremiantes —le dijo el anciano señalando al monarca.

Kalam miró con atención como los sirvientes cogían el cuerpo inerte de Assarhaddon y, con sumo cuidado, lo sacaban de sus aposentos. Sin duda el médico real tenía razón, sus preocupaciones ahora eran otras; su vida estaba ligada a la suerte del rey y si este moría, se cerniría sobre el joven físico un futuro de lo más incierto. Kalam le miró con inquietud y asintió aceptando con entereza su destino.

Los asistentes reales trasladaron a Assarhaddon a la estancia que les había indicado el *asu*. La sala era rectangular, tendría unos cinco metros de largo por cuatro de ancho. Dos ventanas daban a un patio interior y se podía oír el fluir del agua de la fuente y oler el aroma de las flores. Cuando los asistentes llegaron a la estancia, ya estaba todo preparado para la operación; la habitación había sido limpiada, olía a fresco y estaba perfectamente ventilada. Kalam encontró todo lo que necesitaba sobre una mesa de madera. Se acercó a una palangana y se lavó de forma persistente las manos. Luego auscultó al rey y percibió que su temperatura había aumentado levemente, puso su mano en el vientre y apretó suavemente el lado inferior derecho. Assarhaddon, al notar la presión, dio un leve gemido, abrió los ojos y miró al *asu*.

—Jo… joven, he… he estado casi inconsciente todo este tiempo pe… pero he podido oír todo lo que habéis hablado. No sé que… que me vas a hacer, pero si salvas mi vida te… te aseguro que te cubriré de… de oro y gloria —dijo el rey en un hilo de voz, apenas tenía fuerzas para hablar.

—Mi rey, no os preocupéis, haced lo que yo os diga y dentro de unas semanas estaréis cazando leones en Siria.

—Shamash te… te oiga hijo, Shamash te oiga.

—Debéis salir todos de la sala —ordenó Kalam—, solo Imashar me asistirá durante la operación. Por favor, dejadnos solos.

—De ninguna manera, yo también soy médico y mi opinión debe ser escuchada —protestó Tessub.

—Como digas Kalam, estaremos fuera esperando. Tessub, guardias, asistentes, todos fuera, esperaremos en el pasillo —ordenó Nigirsu.

Tessub imploró y se lamentó ante el gobernador, pero este, le fulminó con la mirada. El egipcio, humillado por el joven asirio, salió de la estancia con la cabeza baja y un odio profundo en su corazón. Nigirsu ordenó a un oficial de la guardia real que apostase soldados en todas las puertas del palacio y que vigilasen desde fuera cualquier movimiento de la antesala. También envió soldados a la casa de Kalam y les ordenó que prohibieran a su familia salir de ella. El destino que le aguardaba a la familia Kalam era incierto en el caso de que el rey falleciera.

—Imashar, da de beber a su majestad suficiente poción de opio y mandrágora para que duerma durante unas cuatro o cinco horas —ordenó Kalam una vez que se quedaron solos.

El anciano se acercó al rey, que aún estaba consciente, y le dio de beber varias gotas de un líquido transparente. Poco después, Assarhaddon dormía plácidamente. Kalam e Imashar le desnudaron completamente, limpiándole de arriba a abajo con agua ligeramente mezclada con vino. Luego le pusieron boca arriba y le taparon con una sábana de lino. Kalam cortó con un cuchillo el trozo de sábana que le tapaba el vientre, dejando el abdomen al descubierto. Imashar permanecía expectante a su lado, muy atento a todos sus movimientos. Kalam cogió un bisturí de plata, lo pasó suavemente por la llama de una vela y sin apenas hacer presión, práctico una pequeña incisión en el lado inferior derecho del abdomen del rey. Luego introdujo un alambre de plata, que previamente había calentado al fuego, para separar la piel y que no le molestase durante la operación y pudo ver lo que estaba buscando. El colgajo rojo era ahora perfectamente visible, hizo un gesto a Imashar para que lo viera. El medico se incorporó, miró el abdomen del rey y asintió. Por ahora las cosas estaban saliendo bien. Cortó el colgajo separándolo de las tripas, cosió la piel y la lavó con agua y vino. Se lavaron las manos, los brazos y la cara. Tomaron el pulso al rey y vieron que era normal. La fiebre le había bajado y parecía tener mejor color. Kalam miró al suelo y pudo ver la figura de la diosa Nin-Karrak. No pudo por menos que sonreír. Salieron de la antesala y se encontraron con el gobernador, el egipcio y los cuatro soldados.

—El rey está en perfecto estado —se adelantó a decir Imashar, poniendo sus manos delante—, y todo gracias a este joven.

—Entremos —dijo desconfiado el gobernador, sin mirar a Kalam.

—Solo puede entrar el gobernador para certificar que el rey está en perfecto estado, los demás deben esperar fuera. El rey tiene que descansar —dijo Imashar.

Tres días después de la operación, el rey llamó a Kalam. Estaba tumbado en la cama ligeramente incorporado, había adelgazado, pero tenía buen color.

Aún sentía ligeras punzadas de dolor en el abdomen, pero la hinchazón y la fiebre, habían desaparecido. En un par de días, podría dar paseos por la habitación y, a lo sumo, en una semana ya estaría plenamente recuperado. En la habitación se encontraban Nigirsu, Imashar, Nisher-Sag, sacerdote del templo del dios Shamash, la reina Zukatu y Nakiya la madre del rey.

Kalam miró a Imashar, que le sonreía con simpatía, Nigirsu le saludó con la cabeza, pero no hizo ningún gesto. Huraño como siempre, su rostro no transmitía ningún tipo de emoción. Le llamó la atención el sumo sacerdote. Se encontraba a la derecha de la reina madre, a quien miraba asiduamente de reojo. Kalam aún desconocía, si por atracción o por temor. Hombre de pequeña estatura y bien alimentado, tenía la cabeza rasurada y una larga barba cortada de forma rectangular. Vestía una túnica ocre con los ribetes negros. Un manto, también negro con flecos, colgaba de su hombro. Le miraba con desconfianza y Kalam creyó interpretar que también con desprecio. Nakiya le causó una gran impresión. No parecía mucho mayor que su hijo y aún mantenía bastante de la belleza, que hacía no pocos años, cautivó al rey Senaquerib. Tenía los ojos negros como una noche sin luna y cristalinos como las aguas que alimentan las fuentes del Éufrates. Su mirada, profunda y poderosa, emanaba una gran autoridad. Vestía una túnica de lana de color blanco con flecos. Una banda de color azul cielo ceñía la túnica a su cintura insinuando unas curvas casi perfectas. Kalam pensó que esa mujer había vendido al dios de los infiernos su alma, a cambio de mantener durante unos años más, el cuerpo de una adolescente. Adornaba su hermoso cuello, casi sin arrugas, con un collar de oro y lapislázuli adornado con dos terneros de jaspe. Su pelo largo lo tenía recogido con un moño en la nuca y estaba sujetado por una pequeña tira de oro. Cuando le miró, le sonrió con sinceridad y agradecimiento. A su izquierda se encontraba Zukatu, la esposa del rey. Permanecía sentada en una silla, le miró y le saludó con un movimiento de cabeza y una leve sonrisa. Vestía ropajes similares y el mismo peinado que su suegra. Parecía la hermana mayor de la reina madre, pero carecía del porte y la autoridad de esta. Aunque también era una mujer hermosa, carecía de su atractivo. Kalam interpretó que la fuerte personalidad de la reina madre, absorbía todo aquello que se encontraba cerca de ella. Aún desconocía si dicha influencia

era como la de un parásito, que se alimenta de su huésped hasta que muere o beneficiaba a ambas partes como la polinización de las abejas. Volvió a mirar a la reina madre y observó que esta le escrutaba. De pronto, se sintió desnudo y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Mi señor —dijo Kalam acercándose al lecho real.

Se postró e intentó olvidar la mirada inquisitiva de la reina, la desconfianza del sacerdote y la indiferencia del gobernador.

—Buenos días, Kalam. Has hecho un gran trabajo, parece que los dioses han sido generosos contigo y te han bendecido con el don de la cura. Nin-Karrak estará orgullosa de ti —dijo satisfecho Assarhaddon.

Kalam hizo una leve reverencia con la cabeza y sonrió. Su fe en los dioses era muy limitada.

—Te agradezco, en nombre del pueblo de Asiria, lo que has hecho por nuestro amado rey —dijo huraño Nigirsu.

—Has sido muy audaz y arriesgado, pero lo que importa, es que has curado a nuestra majestad —le dijo con una sonrisa sincera Imashar.

—Mi querido *asu*, no creas que se me ha olvidado la promesa que te hice —dijo el rey, e hizo un gesto con la mano a Nigirsu que le acercó una pequeña caja de madera—. Antes de la operación, te prometí que te cubriría de oro y gloria si conseguías curarme de mi mal y ha llegado el momento de que cumpla mi palabra.

El rey abrió la caja y sacó una pequeña bolsa de cuero y un anillo de oro.

—Toma este anillo. Por tu valentía, coraje y conocimientos en el arte de la medicina, te nombro mi médico personal. Ponte el anillo que te distinguirá como empleado real.

Kalam estaba emocionado, su gran sueño se había hecho realidad; había sido nombrado *asu* del rey más poderoso del mundo. Sin ser consciente de la importancia de su nuevo cargo, cogió el anillo con las manos temblorosas y se lo caló en el dedo anular. Imashar sonrió feliz y asintió ante la decisión del rey, mientras que Nigirsu, le miraba con semblante severo.

—Toma también esta bolsa —le dijo el rey entregándole una bolsa de cuero finamente curtida—. Cincuenta siclos de oro, un primer pago por los

servicios prestados. Ahora te pido que guardes discreción hasta que tu nombramiento sea oficial.

—Muchas gracias, mi señor, es un gran honor servirle —dijo Kalam, con voz trémula.

—Ahora puedes marcharte. Pronto me pondré en contacto contigo.

—Mi señor —dijo Kalam despidiéndose del rey.

Cuando salió de la habitación, le siguió el sumo sacerdote acompañado de la reina madre.

—¡Kalam espera un momento! —exclamó Nakiya.

El médico se giró sobresaltado y vio como se le acercaban Nakiya y el sumo sacerdote. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Todavía no he podido agradecerte personalmente que hayas salvado la vida de mi hijo —dijo sonriendo la reina madre.

—Mi señora, cumplí con mi deber —contestó Kalam lo más tranquilo que pudo.

—Los dioses te han beneficiado, por lo menos por esta vez… —le dijo huraño el sacerdote—. Me he informado sobre ti y me han dicho que reniegas de su poder —terminó de decir, sin ocultar su irritación.

—¡Nisher-Sag, este no es el momento para reproches, recuerda que fue él, quien salvó la vida del rey, mientras tú no sabías qué hacer! —le interrumpió enfadada la reina madre.

—Lo siento, mi señora —dijo sumiso el sacerdote bajando la cabeza.

Kalam se sentía incómodo y deseaba que terminara la conversación cuanto antes.

—Disculpa a nuestro sacerdote, a veces dice las cosas más inoportunas, en el momento menos adecuado —se excusó la reina madre.

El médico no sabía exactamente a qué se refería Nakiya y no tenía la menor intención de saberlo, simplemente asintió con la cabeza sin decir nada. Comenzaba a sentirse incómodo.

—Acepta de nuevo mi más sincero agradecimiento. Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedírmela —le dijo la reina acercando su rostro al del médico.

—Gracias alteza real, es todo un honor.

La reina madre se marchó seguida por el sumo sacerdote, que no dudó en girar su cabeza para lanzarle una última y desafiante mirada, antes de alejarse por el pasillo.

De pequeño, Assarhaddon, sufrió una ligera disfunción vocal. Fue tratado por varios médicos y sacerdotes, que incluso, llegaron a pensar que estaba poseído por el dios de los infiernos Nergal. Un sacerdote llegado de lejanas tierras le realizó un exorcismo con catastróficas consecuencias. Durante semanas mojaba la cama, sufría horrorosas pesadillas y se volvió un niño inseguro y enfermizo. Solo encontraba consuelo cuando estaba en los brazos de su madre Nakiya. Su padre le ignoraba y le trataba con desprecio. Su hermanastro Arad-Nalil le humillaba constantemente y le dejaba en ridículo delante de los otros niños. El balbuceante endemoniado le llamaba. Al ser el hijo menor del rey, había sido educado para convertirse en sacerdote del templo de Shamash. El dominio del mundo estaba reservado para Arad-Nalil, pero el destino o mejor dicho su protectora madre, tuvo mucho que ver para que finalmente Assarhaddon se convirtiera en el rey de Asiria, en lugar de su hermanastro. Gracias a la protección de su madre y de innumerables sacerdotes y curanderos, logró sobreponerse a su mal y fue nombrado rey. Pero era un rey inseguro. Se volvió supersticioso y pedía constantemente consejo a los dioses, a través del sacerdote Nisher-Sag. No hacía nada sin antes consultárselo y frente al más mínimo problema, huía y se protegía en los brazos de su madre Nakiya.

El bullicio en el mercado era ensordecedor. Los comerciantes anunciaban sus productos voz en grito y los niños jugueteaban corriendo entre las piernas de los viandantes, perseguidos por sus padres. El olor a comida impregnaba todo el ambiente y abrió el apetito del pequeño Nabui, que tiró de la falda de su madre para llamar su atención sobre una torta de miel y pasas de aspecto apetecible que asomaba en la mesa de un comerciante. Damkira sacó un dátil de una bolsa y se la entregó al pequeño. El olor a

comida distrajo a Kalam de sus pensamientos. Observó como su mujer le miraba con atención.

—¿En qué piensas cariño? —preguntó Damkira a su marido—. Llevas un buen rato absorto y con la mirada perdida.

—En nada importante —contestó sonriendo Kalam, rascándose la cabeza—. Simplemente estaba recordando el día que operé al rey. ¡Cómo ha cambiado nuestra vida desde entonces!

—¡Pero si solo han pasado dos semanas! —exclamó Damkira riendo.

—Sí, pero estarás de acuerdo conmigo, en que han sido maravillosas.

—Es cierto, gracias a tu trabajo y esfuerzo estoy segura que conseguirás todo lo que te propongas —dijo su mujer acariciándole el rostro.

Kalam sonrió ante las palabras de su mujer y cogió a su hijo en brazos.

—En eso tienes razón, aún recuerdo lo que me costó convencer a tu padre para que me diera permiso para cortejarte, pero finalmente lo conseguí.

—Gracias a un par de botellas de vino egipcio que le regalaste y que se bebió en un par de horas —dijo Damkira sonriendo.

—¡No me quites mérito! —dijo fingiendo enfado Kalam—. ¡No sabes el dineral que tuve que pagar para conseguir ese par de botellas!

—Pero mereció la pena ¿verdad? —dijo Damkira dándole un suave beso en los labios.

—Sí, mereció la pena.

—Volvamos a casa, ya es hora de comer y el niño tiene hambre —dijo Damkira mirando a Nabui, que estaba chupando con fruición el hueso de su último dátil.

Cuando llegaron a su casa, encontraron en la puerta a un mensajero real. Por su rostro malhumorado, pudieron sospechar que llevaba bastante tiempo esperando para entregarles un mensaje de Assarhaddon. El médico y su mujer habían sido invitados a una fiesta esa misma noche en palacio para festejar la recuperación del monarca. Todos los personajes relevantes de Nínive acudirían al evento.

—¡Qué nervios! —exclamó Damkira inquieta—. ¿Y cómo voy a ir vestida? ¡Nunca me han invitado a ninguna fiesta y menos en palacio! Creo que no voy a ir.

—Ja, ja, ja, no te preocupes —dijo Kalam abrazando a su mujer—, eres la mujer más bella de Nínive, estarás deslumbrante.

Damkira dudó.

—Además, ¿qué haremos con Nabui? —preguntó Damkira mientras miraba a su hijo que se giró en ese momento con cara de susto— no podemos dejarle solo.

—No te preocupes por el niño, se lo dejaremos a Aola, a ella le encanta Nabui y seguro que no tendrá ningún problema en quedarse esta noche con él.

—Está bien —dijo resignada Damkira, ya no le quedaban más argumentos ni escusas para no asistir al evento—. Me acercaré a casa de Aola para pedírselo ¡Y luego vuelvo al mercado para comprarme un vestido bonito!

—No irás al mercado, allí todos los vestidos son muy mediocres. Irás a la tienda de Yassim.

—¿Yassim? —preguntó incrédula Damkira—. ¿Pero te has vuelto loco? ¿Eres consciente del precio de sus vestidos?

—Por eso no te preocupes, eres la mujer del médico personal del rey, el precio del vestido no es problema. Pero vayamos a comer algo, ya tendremos tiempo de prepararnos para la fiesta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO II

LA SALA del trono fue adornada para la ocasión, y hermosos tapices de seda con hilos de oro, colgaban del techo. Las paredes estaban franqueadas por cada uno de los dioses principales: Shamash, el dios Sol. Era el dios de la justicia, del orden y de la ley. Estaba representado por una figura humana con el pecho esculpido con un disco solar de ocho puntas; Ishtar la diosa del amor, de la atracción sexual, de la belleza y también de la guerra. Estaba personificada por la escultura de una mujer desnuda con un arco en la mano; Anu, dios del cielo, con su corona de siete pares de cuernos, emblema del poder; Assur, dios protector de Asiria, representado como un hombre montado sobre un toro sosteniendo unas flechas; Marduk, el dios del destino, el gran curandero y organizador del universo, su escultura aparecía amaestrando una serpiente. Cada uno de ellos, vestía con las más finas sedas procedentes del lejano oriente, suave lino arábigo y estaban engalanados con collares y diademas de oro y plata. El olor a incienso impregnaba la sala, y la música suave y embriagadora del laúd, concedía a la sala una gran sensación de paz y quietud.

La mesa del trono se encontraba en frente de la escultura de Shamash, y estaba adornada con figuras de alabastro y centros de flores. Los invitados fueron llegando, poco a poco, a la gran sala. La clase dirigente de Asiria y sus provincias, estaba allí representada. Generales, jueces, gobernadores, ricos comerciantes, altos funcionarios, influyentes sacerdotes, etc., todos vestían sus más lujosos ropajes, ansiosos por impresionar a todos los presentes, con sus símbolos de poder y riqueza. La mayoría de los asistentes se pavoneaban acerca de sus posesiones, esclavos, concubinas, éxitos comerciales y militares. Los sirvientes llenaban, con gran rapidez, la copas

vacías de los comensales con vino sin aguar y *sikaru restu*. Los efluvios del alcohol, hicieron efecto en alguno de los invitados, antes de que hiciera acto de presencia la familia real. En ese ambiente, Kalam y su mujer se sentían extraños y fuera de lugar. Comenzaron a apartarse hacia una esquina de la sala, para intentar pasar lo más desapercibidos posible.

El sonido de la música acalló el murmullo de los invitados y varios músicos irrumpieron en la sala tocando laúdes, flautas y liras. Detrás de ellos, bellas danzarinas movían sus cuerpos oscilando de un lado a otro de la sala con un suave baile, dejando sin palabras a más de un invitado. Cuando las bailarinas concluyeron sus danzas, entraron en la sala varios soldados de la guardia personal del rey, precediendo a la familia real al completo, el rey Assarhaddon, la reina Zukatu, los príncipes, Sin-Iddina-Apla, Samas-Uma-Ukin y Assurbanipal, la princesa Sherna y cerrando la comitiva la madre del rey Nakiya. Los invitados hicieron un pasillo y se postraban al paso de la familia real. El rey tomó asiento y dio la orden para que se sirviera la comida. Los invitados se sentaron a lo largo de dos largas mesas, situadas de forma perpendicular al trono real, junto a las esculturas que adornaban las paredes. Diligentemente, decenas de sirvientes aparecieron portando enormes bandejas con los más suculentos platos. Asados de cabra y oveja, faisán relleno con dátiles, palomas asadas con higos y uvas, pan de cerveza aromatizado con especias y muchos más manjares hicieron las delicias de los numerosos comensales. Los sirvientes raudos, llenaban las copas de los invitados con *sikaru restu*, vino e hidromiel. La música no dejaba de sonar y las danzarinas con sus gráciles movimientos, deleitaban a los invitados. Varios grupos de acróbatas aparecieron en la sala y maravillaron a los asistentes con sus saltos y piruetas. Posteriormente, un comerciante de animales hizo desfilar ante el rey y su séquito tigres, hipopótamos, avestruces, cocodrilos y otros exóticos y raros animales. Magos, danzarinas y bufones amenizaron la velada, hasta que llegado un momento, el rey se levantó de su trono.

—Queridos invitados —comenzó a decir el rey mientras se secaba el sudor de la frente—, hoy, hace dos semanas que gracias al todopoderoso dios Shamash, un mal que estaba dentro de mí fue expulsado y he vuelto a la vida —hizo una pausa y bebió un largo trago de vino—. Esta fiesta es en

honor al dios Sol, que con su infinita benevolencia, me ha favorecido para servirle humildemente, durante el resto de mi vida. Bien es cierto, que nuestro dios Shamash se valió de las manos de un desconocido *asu* para conseguir tal proeza. Quiero presentaros a Kalam, el médico de quien nuestro amado dios se sirvió, para devolverme al mundo de los vivos y arrancarme de las garras de Nigishzida, el dios del inframundo. Kalam, acércate, quiero que todos te conozcan —ordenó el rey al médico con un gesto.

Kalam estaba desconcertado, hasta ese momento había pasado desapercibido. Sentado junto a su mujer en una esquina de la mesa, apenas había hablado con nadie. Tímido, se levantó y se dirigió hacia la mesa del trono, ante la mirada inquisitiva de más de un invitado. El paseo hasta el trono se le hizo eterno pues se encontraba en la otra punta de la sala y temió que los nervios le jugaran una mala pasada. Finalmente llegó al trono del rey y se postró ante él.

—Cuando finalizó la operación y empecé a sentirme bien, le dije a Nigirsu que quería que Kalam fuera mi médico personal —comenzó a decir el rey—. Es un joven físico que ha demostrado tener los conocimientos, valentía y la fuerza necesaria para ser la mano ejecutora de Shamash. Imashar, mi antiguo médico será su asistente. He hablado con él y está de acuerdo —dijo Assarhaddon ante el asentimiento del *asu*—. He querido aprovechar esta fiesta en la que están presentes los más altos dignatarios de Asiria, para hacerlo oficial.

Se produjo un ligero murmullo en la sala del trono. Prácticamente nadie había recalado en ese joven en toda la noche y de golpe se convertía en una de las personas más influyentes de la corte. Muchos fueron los que le miraron con recelo y Kalam pudo ver la mirada de Tessub que no disimulaba un ápice el odio y el desprecio que sentía por él. Desgraciadamente, Tessub no fue el único que comenzó a tener ese mismo sentimiento.

—Creo que no vienes solo ¿verdad? —le preguntó el rey a Kalam.

—Cierto mi señor, me acompaña mi mujer Damkira.

—¿Tienes hijos?

—Sí, mi rey, tengo un hermoso niño llamado Nabui.

—Muy bien, los dioses también te han bendecido con un hijo —dijo satisfecho el rey levantándose del trono—. Los hijos son lo más hermoso que los dioses te pueden regalar, además de la vida claro. Ya que está aquí tu mujer, tráela ante mí —ordenó el rey—, todos los aquí presentes estamos deseando conocerla. Este es el primer acto social de los muchos a los que te tendrás que acostumbrar a asistir y es bueno que nos conozcamos cuanto antes.

Kalam se giró y miró a su mujer. Damkira bajó los ojos, estaba muerta de vergüenza y no quería levantarse. Los comensales dirigieron su mirada hacia ella y Kalam se vio obligado a llamarla.

—Damkira, el rey te quiere conocer —le dijo con cariño pero con autoridad, no quería dar sensación de debilidad delante de los invitados.

En ese momento, Damkira se levantó de su asiento y todos los asistentes a la fiesta pudieron contemplar su belleza. Se miraron atónitos los unos a los otros, preguntándose cómo era posible que esa diosa hubiera pasado desapercibida durante toda la noche. Vestía una túnica de lino blanco hasta los tobillos y un cinturón de seda azul le ceñía la cintura, insinuando una esbelta silueta. El pelo, recogido por una fina redecilla de oro, estaba ligeramente oculto tras un transparente velo de gasa que le llegaba hasta la cintura. Tenía ambos brazos adornados con pulseras y brazaletes de plata bañados en oro, y un suave maquillaje en labios y pómulos, resaltaban aún más su belleza, regalándole rasgos divinos. Caminó despacio hacia el trono, mirando al suelo y levantando tímidamente la cabeza intentando evitar la mirada de los curiosos. El rey la miraba fascinado. Zukatu observaba la mirada de su marido y sintió como nacía en su interior un odio enfermizo hacia la mujer del médico. Ella era la reina, la mujer del todopoderoso Assarhaddon y la madre del futuro rey. No toleraría que ninguna campesina de sangre innoble le hiciera sombra.

Nisher-Sag, sacerdote del templo del dios Shamash, no perdía detalle. Sentado al lado de la reina madre Nakiya, observaba las miradas de unos y de otros. El rey desnudaba a Damkira con la mirada, Zukatu la observaba con odio, Nakiya con inquietud y el resto de invitados con fascinación. Nisher-Sag vestía una túnica negra que le llegaba hasta los tobillos, le colgaba un collar de oro con un gran medallón de ocho puntas, que le

distinguía como sacerdote del templo del dios Shamash. Tenía la nariz puntiaguda y la barba perfectamente recortada y negra como el ala del cuervo. Un turbante negro cubría su cabeza y siempre aparecía apoyado en un enorme bastón de cedro, con el busto de un toro como pomo. Hombre ambicioso, tenía un gran ascendente sobre el rey; era su consejero, su adivino, su confidente. Assarhaddon no tomaba ninguna decisión importante sin antes consultarle. Nisher-Sag estudiaba los astros, hacía sacrificios animales y analizaba sus vísceras, luego informaba al rey sobre los designios de los dioses y sobre las decisiones más oportunas que este debía tomar. Como por ejemplo, reconstruir la ciudad de Babilonia, destruida hasta los cimientos e inundada por el padre de Assarhaddon, Senaquerib que murió asesinado por sus hijos mayores. Nisher-Sag, después de interpretar un sueño del rey, le aconsejó que reconstruyera la ciudad para calmar la ira de Marduk, el dios protector de Babilonia, si quería evitar ser asesinado por su primogénito, tal y como le ocurrió a su padre. El rey no solo obedeció, sino que además se casó con Zukatu, princesa de origen babilónico. Nisher-Sag, vio en Kalam y en Damkira una amenaza. También era el consejero de la reina y no quería que nada en el mundo la perturbara. La irrupción de Kalam, como *asu* personal de su majestad y de Damkira, mujer de extremada belleza que naturalmente no pasó desapercibida al rey, podían causar ciertas inquietudes en palacio y Nisher-Sag, no estaba dispuesto a perder un ápice de su influencia dentro de la familia real. Debería estar atento a los acontecimientos y obrar en consecuencia. «Esta misma noche consultaré los oráculos», pensó.

Nakiya miraba con preocupación a su hijo, que no disimulaba su mirada lasciva hacia Damkira. Madre protectora, había intercedido por Assarhaddon como rey en contra de su hijastro Arad-Nalil, hijo de Senaquerib y su primera esposa, Gissab que murió durante el parto. Nakiya acusó a Arad-Nalil de conspiración en el asesinato del rey Senaquerib. No tenía muchas pruebas en contra de su hijastro, únicamente un documento encontrado entre las ropas de uno de los asesinos, en el que aparecía su nombre, junto con una bolsa de cuero con doscientos siclos de oro. Prueba suficiente para poner a los nobles y a la mayoría de los gobernadores de su parte. Durante meses, los seguidores de Arad-Nalil fueron perseguidos y

asesinados y este se vio obligado a huir a las lejanas tierras de Urartu. Durante años, la reina madre Nakiya había velado por su hijo, protegiéndole, eliminando uno a uno a sus enemigos y rodeándole de fieles colaboradores.

—El rey debería ocultar un poco más sus emociones —le dijo Nisher-Sag a Nakiya, que estaba sentada a su lado.

—Veo que tú también te has dado cuenta.

—Es evidente, creo que todos los aquí presentes hemos podido ver la mirada del rey hacia la mujer del médico, naturalmente Zukatu también —dijo Nisher-Sag mirando hacia la reina.

—Sí, yo también me he dado cuenta y Zukatu no va a tolerar que el rey tenga otra esposa.

—Está escrito en el contrato de matrimonio, uno de los acuerdos de boda era que Assarhaddon, se negaba a tener más esposas a no ser que Zukatu no le diera descendencia o se tratase de una boda política. Además, Damkira está casada.

—El rey tiene poder suficiente para anular la boda de Damkira y para romper el contrato de matrimonio ¿quién se lo iba a reprochar, tú?

—Mi reina, el equilibrio en el universo parte también de que el rey cumpla sus acuerdos y compromisos. Si el rey incumple, es muy posible que un período de desgracias e infortunios se cierna sobre el imperio —dijo con tristeza el sacerdote—. Esta misma noche estudiaré los oráculos y mañana al alba, sacrificaré un cordero. Espero que los dioses guíen nuestro camino.

—Mantenme informada —ordeno la reina madre.

—Siempre lo hago, mi señora —dijo el sacerdote bajando la cabeza.

A Kalam tampoco le pasó desapercibida la mirada del rey y un fuerte escalofrío recorrió su cuerpo. Aprovechó el paseo de su mujer hacia el trono, para estudiar al resto de invitados. Hasta ese momento, no le había dado importancia, pero presentía que sería interesante conocer cuanto antes, con quién tendría que vérselas desde ese día en adelante. A la mayoría no les conocía, pero pudo distinguir a Tessub, el médico egipcio al que se veía bastante inquieto, a Nigirsu el gobernador de Nínive, que bebía tranquilamente una copa de vino y a su amigo Imashar, que le saludaba en

ese momento con un gesto con la cabeza. También observó como dos generales del ejército, reían a carcajadas después de que uno de ellos hiciera un gesto obsceno. Uno de los oficiales tenía una cicatriz que le cruzaba toda la cara. Cuando dejó de reírse, miró a Kalam que seguía observándole con atención y le saludó levantando una jarra de vino que bebió de un solo trago. Este sería su nuevo ambiente. Se debería acostumbrar a las intrigas de palacio, algo a lo que él, un joven médico llegado hacía poco a la capital del reino, no estaba muy habituado. Tenía ganas de hablar con Imashar, de que le informara sobre los miembros de la corte y que le guiara sobre la mejor manera de conducirse en ese tipo de entornos. Continuaba inmerso en sus pensamientos, cuando su mujer llegó a su altura y le cogió de la mano.

—Mi señor —dijo Damkira postrándose ante el rey.

—Mi bella Damkira, debería ajusticiar a Kalam por tenerte oculta durante todo este tiempo —dijo el rey mirándola fijamente a los ojos, cautivado por su belleza—. Aunque también es verdad que es lógico que te tenga apartada de la mirada de otros hombres y solo te tenga para el disfrute propio.

Kalam se sintió ofendido, pero intentó que sus sentimientos no fueran reconocidos por ninguno de los presentes. Damkira miraba al suelo sonrojada, muerta de vergüenza.

—Mañana mismo os trasladaréis a palacio. El médico real debe vivir en el palacio junto al rey y su familia —dijo Assarhaddon dirigiéndose a Kalam mientras se frotaba las manos y se humedecía los labios—. Os enviaré a un par de criados para que os ayuden con el traslado. Deseo que la velada sea de vuestro agrado, id a vuestra mesa y disfrutad de la fiesta.

—Gracias, mi rey.

Kalam y Damkira se sentaron en la mesa y apenas hablaron, ambos estaban inquietos. Lo que debería haber sido una feliz velada, se convirtió en una noche de inquietud y malos presagios. Al día siguiente, se irían a vivir a palacio, todo un sueño para un hombre como él, pero no podía apartar de su mente la mirada del rey hacia su amada. Tenía ganas de huir, de dejarlo todo, de abandonar la ciudad e irse a un pueblo remoto y oculto, donde pudiera ejercer su profesión sin sobresaltos. Pero por otro lado, intentaba una y otra vez convencerse que quizá, fueran imaginaciones

suyas. Simplemente el rey veía en su esposa a una mujer bella, muy bella y nada más. Se encontraba preocupado y sonrió a su mujer con amargura, intentado apartar los malos pensamientos de su mente. En ese momento, sintió como una mano se apoyaba sobre su hombro.

—Saludos, médico Kalam —dijo con una fingida sonrisa Nisher-Sag.

—Saludos, honorable sacerdote —dijo Kalam levantándose de la mesa —. Permíteme que te presente a mi mujer Damkira.

—Mis mejores deseos para ti, bella mujer —dijo cortésmente el sacerdote—. Creo que a partir de ahora, no vas a pasar tan desapercibida en la corte, tal y como hasta ahora, has intentado muy hábilmente.

Las palabras del sacerdote inquietaron a Kalam. Quizá el interés mostrado por el rey hacia su esposa no fueran imaginaciones suyas.

—Es un honor —dijo Damkira, algo confusa por las últimas palabras del sacerdote—. No estoy acostumbrada a asistir a este tipo de celebraciones y a compartir mesa con invitados tan ilustres. Estaba un poco nerviosa, no quería cometer ningún error.

—Además de belleza tienes una gran inteligencia, algo poco habitual hoy en día en una mujer, salvo honrosas excepciones —dijo el sacerdote mirando a la reina madre—. Mi joven médico, debes saber que como sacerdote del templo del dios Shamash, y como interpretador de sueños y adivino de su majestad, soy a la primera persona a la cual acude nuestro amado rey, cuando tiene una dolencia.

—¿Así lo hizo cuando sintió el dolor en el bajo vientre? —preguntó Kalam, con toda la intención.

La bilis subió por la garganta del sacerdote, que tuvo que hacer grandes esfuerzos por mantener su fingida sonrisa. Guardó la calma y respondió con toda la amabilidad de la que fue capaz.

—Desgraciadamente, en ese caso, los dioses con su infinita sabiduría, no quisieron darme alguna indicación para poder curarle y por eso acudimos a Imashar y posteriormente a ti.

—Los dioses a veces están demasiado ocupados —dijo Kalam hastiado de la fiesta y del sacerdote.

—Con esto te quiero decir —continuó el sacerdote haciendo caso omiso de la blasfemia del *asu*—, que debemos mantener una comunicación fluida

entre ambos y compartir cualquier información que tengamos sobre el estado de salud del monarca y la familia real. Hasta ahora con Imashar, ha sido así y entiendo que no hay razón por la que cambiar.

—Por mi parte no hay problema y serás fielmente informado sobre el estado de salud del rey. Pero también necesito que por tu parte, me informes de cualquier alteración en su estado de salud. Tal y como me has comentado, tú eres la primera persona a la que acude cuando se encuentra mal.

—Es cierto que nuestro primer encuentro no ha sido del todo amistoso —dijo el sacerdote intentando ganarse la confianza del médico—, pero eso no significa que debamos ser enemigos. Por el bien de nuestro amado rey, debemos cooperar y trabajar codo con codo. Ambos buscamos lo mismo, aunque por caminos distintos. Naturalmente que serás adecuadamente informado cuando el rey venga a mí. Ahora tengo que retirarme, por favor, disculpadme, estos actos sociales me agotan. Te deseo lo mejor para ti y tu familia.

—Muchas gracias, honorable Nisher-Sag —dijo en tono conciliador Kalam.

El rey se levantó de la mesa y se dispuso a salir de la sala, escoltado por su guardia personal y acompañado por su familia. Se despidió de los invitados saludando con la mano hasta que salió por la puerta. Se ponía así el punto final al banquete. Los invitados fueron saliendo de la sala en medio de murmullos y conversaciones bajo la música de los laúdes, que no dejó de sonar durante toda la velada.

Eran altas horas de la madrugada cuando Nisher-Sag llegó al tempo de Shamash. Se sentía inquieto y deseoso de comunicarse con los dioses, un extraño presentimiento estremecía su espíritu. Un sirviente le abrió la puerta y el sacerdote ordenó que le subieran un cordero al altar que se encontraba situado en la parte superior del templo. Se dirigió a sus aposentos y abrió un arcón que contenía todos los utensilios que necesitaba para realizar el sacrificio. Cuando subió al altar, ya estaba preparado el cordero. Sacó un cuchillo muy afilado, ligeramente curvo y con la empuñadura de madera

engastada con piedras preciosas. Se colocó al lado del cordero y le puso debajo una bandeja de plata ovalada y un cuenco de madera. Miró hacia el cielo invocando al dios Shamash y le pidió luz y sabiduría para poder interpretar sus augurios. Levantó el cuchillo hacia el cielo apuntando al firmamento y con la precisión de un cirujano, rebanó el cuello del animal que apenas pudo emitir un leve quejido. Comenzó a emanar de su cuello un chorro de tibia sangre hacia el cuenco de madera. Pronto el animal yacía inerte tumbado sobre el altar de piedra. El sacerdote realizó una incisión en el vientre del cordero y comenzó a sacar sus vísceras y depositarlas sobre la bandeja de plata. Separó el hígado y comenzó a estudiar con detenimiento los lóbulos superiores e inferiores, sus apéndices, la vesícula biliar, los conductos cístico y hepático, la vena y la porta. Vio que la parte izquierda del hígado tenía dos perforaciones y estaban ligeramente manchadas con un color blanquecino, la vesícula estaba hinchada y emanaba un olor nauseabundo. Se lavó las manos con agua de una palangana y ordenó a un sirviente que purificara al animal quemándolo en una hoguera situada cerca del altar. El sacerdote bajó pensativo las escaleras, hasta que llegó a sus aposentos. Sin duda, Shamash se había comunicado con él a través del animal y ahora tenía la responsabilidad de cambiar los malos augurios. Ese mismo día hablaría con el rey.

Kalam y Damkira llegaron a su casa escoltados por la guardia real. Apenas hablaron hasta que llegaron a su hogar. Ambos estaban nerviosos, la idea de mudarse al palacio les inquietaba. Los dos eran conscientes de la mirada del rey hacia Damkira y, que a partir del día siguiente, dormirían bajo el mismo techo. Kalam, intentó desechar los malos pensamientos pero tenía bien claro lo que iba a hacer en el caso de que Assarhaddon intentara arrebatarle a su mujer; lucharía por ella hasta la muerte, incluso sería capaz de enfrentarse con el todopoderoso rey de Asiria. Aunque estaba preocupado, no dejaba de pensar que sus inquietudes no eran más que meras conjeturas. Sonrió y pensó que se estaba comportando como un marido celoso. Cuando llegaron a la puerta de su casa, Kalam besó a su mujer.

—Nunca permitiré que nadie te separe de mí.

—Yo nunca me separaré de ti, antes me mataría —Damkira sabía a qué se refería su marido.

—El rey se ha fijado en ti —dijo con tono angustiado Kalam.

—Lo sé, pero no creo que haya de qué preocuparse. Su mujer es muy hermosa y tú le salvaste la vida. Si intentara algo conmigo, los dioses le castigarían.

—Ya sabes que yo no creo mucho en los dioses, solo creo en lo que veo. Si intentara algo contigo, no recibiría el castigo de los dioses, sino de su médico, y te puedo asegurar que sé cómo hacerlo.

—Estamos hablando de más, mañana nos mudamos con nuestro hijo a palacio y seguro que seremos muy felices.

—Seguro que sí cariño —dijo Kalam no muy convencido.

Entraron en su hogar y vieron a su hijo Nabui recostado con Aola, la vecina que le había cuidado durante la noche. Con sumo cuidado, Damkira cogió al niño para acostarle en su cama mientras Kalam, despertaba suavemente a la cuidadora que se frotó los ojos y se despertó con una sonrisa. Vivía a pocas manzanas y Kalam, amablemente, la acompañó hasta su casa.

Al día siguiente, se presentaron en la casa del *asu* los sirvientes prometidos por Assarhaddon, subidos en un carro tirado por dos mulas. Venían de palacio para hacer la mudanza. Kalam y su familia cogieron sus pertenencias que no eran muchas, y dejaron los muebles, innecesarios en el palacio. Pronto llegaron a su destino, y dos robustos soldados le franquearon el paso cuadrándose ante él. Damkira no pudo disimular una sonrisa mientras miraba a su marido que también le sonreía. El sirviente detuvo las mulas y se bajó del carro, abrió una hermosa puerta de roble tallado y les guio hacia su nuevo hogar. Su casa se encontraba en el lado oeste de palacio y estaba compuesta por tres habitaciones, una cocina y un patio interior decorado con una pequeña fuente, que emanaba un chorrillo de agua muy fresca. El patio estaba adornado con todo tipo de flores y un par de datileras le protegían del sol durante todo el día. Las habitaciones estaban decoradas con relieves y figuras de alabastro. Los muebles, de bella

factura, eran de cedro y tapices de lana con ribetes de piel de cabra, cubrían las ventanas. El lugar se veía fresco y limpio. Tres sirvientes comenzaron a descargar el carro mientras Kalam les decía dónde tenían que dejar las cosas.

—Bueno, este es nuestro nuevo hogar —dijo Kalam cuando se fueron los sirvientes.

—Me gusta —dijo Damkira mientras dejaba a Nabui en el suelo—. ¡No me puedo creer que vivamos en el palacio del rey!

—A mí también me gusta —dijo el niño y todos comenzaron a reír.

—Aquí seremos felices —dijo Kalam mientras estrechaba a su mujer con un fuerte abrazo y la besaba.

—Voy a la fuente —dijo Nabui dirigiéndose a la puerta.

—Espera hijo, voy contigo —dijo Damkira—, ¿vienes?

—Voy a buscar a Imashar, quiero que me ponga en antecedentes sobre las dolencias más habituales del rey y su familia, y sobre todo, quiero que me enseñe a manejarme en la corte.

—Me parece buena idea y luego me enseñarás tú cómo moverme en este mundillo tan extraño para mí —dijo una sonriente Damkira.

—Pronto va a parecer que siempre hemos vivido en palacio —dijo Kalam, riendo mientras salía de la casa.

El rey no se podía quitar de la cabeza a la bella Damkira. Desde que la vio por primera vez, se había convertido en una obsesión. No podía pensar en otra cosa, todo le recordaba a ella e incluso a su mujer la llamó Damkira una vez durante el desayuno, algo que a la reina no le hizo nada de gracia. Sabía que, como rey, podía poseerla cuando y como quisiera, pero también sabía que Shamash no toleraría que mancillara el honor de quién le salvó la vida. Decidió dar un paseo por los jardines de palacio para refrescar un poco su cabeza cuando vio que se acercaba Nisher-Sag. Eso le agradó, porque tenía enorme interés en verle.

—Saludos mi rey —dijo Nisher-Sag postrándose ante Assarhaddon.

—Buenos días sacerdote, tienes mal aspecto ¿acaso no has pasado buena noche?

—Es cierto mi señor, no he dormido demasiado bien.

—Es una pena encontrarse mal en un día tan maravilloso ¿no crees? La primavera apenas ha llegado y el frio invierno no parece más que un lejano recuerdo —dijo feliz el rey.

—Un día maravilloso, mi rey —dijo el sacerdote con indiferencia—. No conocía vuestras intenciones de cambiar de médico —continuó Nisher-Sag yendo directamente al grano.

El rey se detuvo ante la inesperada pregunta del sacerdote.

—¿Es Kalam la causa de tu malestar, mi fiel sacerdote?

—Entre otros motivos mi rey —respondió con tono misterioso Nisher-Sag.

—Es normal que nombre a Kalam mi médico personal, me salvó la vida —dijo el rey mientras reiniciaba el paseo.

—Por mediación de Shamash, mi rey —puntualizó el sacerdote.

—Claro, claro, pero fueron sus manos y no las tuyas las que utilizó nuestro gran dios. Que sea mi *asu* es lo más justo y estoy seguro que a los dioses les agradará la idea.

A Nisher-Sag no le pasó desapercibido un cierto tono de reproche en las palabras del rey.

—Es cierto que los dioses se valieron de él para salvaros la vida, pero Imashar es un gran médico y quizá Kalam no tuvo más que un golpe de suerte —dijo con cierto disgusto Nisher-Sag.

—Imashar seguirá siendo mi médico junto con Kalam. Estoy seguro que entre vosotros tres velaréis por mí hasta que llegue mi hora y sea llamado por Shamash.

—Naturalmente mi rey, simplemente me extrañó que no consultaseis conmigo la conveniencia o no de nombrar a Kalam como vuestro *asu* personal.

El rey se detuvo delante de una bella flor a punto de florecer.

—No sabía que tenía que consultarte todas las decisiones que tomo —le dijo en tono cortante mirándole a los ojos.

—No es a mí a quién se debe consultar, mi señor, sino al dios Shamash. Sabéis que la mayoría de las decisiones importantes que habéis tomado han sido consultadas con nuestro dios, que nos ha iluminado con su infinita

sabiduría y, corregidme si me equivoco, pero hasta ahora os ha guiado con éxito —dijo seguro de sí mismo el sacerdote.

Assarhaddon arrancó la flor, la apretó fuerte con el puño y la tiró al suelo. El sacerdote le miraba satisfecho.

—No pensé que esta decisión fuera tan importante para el reino —claudicó finalmente el rey.

—Mi señor, vuestra labor es agotadora, vuestro imperio infinito y vuestra majestad no tiene tiempo para ocuparse de todo. Permítanos que la reina madre y yo, aconsejados por el dios Shamash, le ayudemos en todo lo que precise.

El día ya no le parecía tan maravilloso al rey. El sacerdote tenía la facultad de hacerle sentirse culpable de cualquier cosa. De repente se sintió cansado y se sentó en un banco de piedra. Nisher-Sag le tenía donde quería, era el momento de darle la estocada final.

—También me he fijado como mirabais a la mujer del médico —dijo el sacerdote, mientras observaba distraído una flor de jazmín.

El rey le miró sobresaltado.

—¿A qué te refieres?

—Creo que lo sabéis perfectamente.

—¿Tan evidente es? No se te escapa nada sacerdote —dijo Assarhaddon sin ocultar irritación.

—Con todos mis respetos majestad, fue evidente y todos los allí presentes se dieron cuenta.

—¿Quieres decir que ahora todo el mundo sabe que estoy enamorado de Damkira? —preguntó el rey.

El sacerdote se levantó y miró hacia el horizonte.

—No lo sé mi señor, pero estoy seguro que vuestra mirada no pasó desapercibida.

—Es una mujer extremadamente hermosa, y muchos hombres perderían la cabeza por ella —dijo el rey mirando al suelo y dando una patada a un guijarro.

—Su majestad no es un hombre más, su majestad es el hombre más poderoso del mundo. Debéis respetarla, es la mujer del físico que ayudó, con la mediación de los dioses, a salvaros la vida —matizó el sacerdote.

El rey se levantó y cogió al sacerdote por los hombros.

—¡Busca la manera que me permita yacer con esa mujer sin levantar la ira de los dioses! —le ordenó con energía—. Quizá ofreciendo sacrificios a Ishtar, donaciones a los templos, liberando esclavos… no sé, algo se podrá hacer —dijo desesperado el rey.

—Anoche realicé un sacrificio y estudié el hígado de un cordero —dijo el sacerdote.

—¿Y bien?

—Si tocáis a esa mujer, la desgracia caerá sobre su majestad… —Nisher-Sag hizo una pausa para concentrar toda la atención del rey— y sobre el imperio.

Assarhaddon se sintió desfallecer.

—¿Y… y si fallece Kalam? —preguntó en un susurro el rey, como temiendo ser escuchado por los dioses.

—¿Queréis ordenar la muerte del médico que os salvó la vida? —preguntó desconcertado el sacerdote.

—No, no quiero decir eso. No voy a ordenar ninguna muerte, lo que quiero decir es que si el médico muere de forma natural, o por accidente, ¿qué ocurriría?, ¿cuál sería la decisión de los dioses respecto a Damkira?

Enseguida entendió Nisher-Sag cuáles eran las intenciones de su rey. Meditó durante unos instantes, sopesando todas las posibilidades y sobre todo aquella que más le beneficiase.

—Si tiene una muerte en la cual vuestra majestad no tiene nada que ver, Damkira sería una mujer viuda, que al vivir en el palacio estaría bajo vuestra protección. Los dioses entenderían que mantuvierais una relación con ella, pues prácticamente viviríais bajo el mismo techo —dijo el sacerdote.

—Bien, muy bien, eso es lo que quería oír. No temas mi fiel consejero —dijo sonriendo satisfecho el rey—. No voy a ordenar la muerte de mi médico, es más, voy a intentar evitar ver a Damkira. No quiero caer en ninguna tentación, por lo menos mientras Kalam siga vivo. Olvidemos esta conversación.

El sacerdote sonrió sorprendido por la dirección que estaba tomando la conversación. Tenía a Kalam y al rey a su merced. Era el momento de

quitarse al molesto médico de en medio de una forma definitiva.

—Hay otra cosa más mi señor —dijo el sacerdote.

—Habla —ordenó el rey.

—Los dioses ven en Kalam un peligro para vuestra majestad y para vuestro reino —dijo con semblante serio el sacerdote.

—No lo entiendo, los dioses no me dejan yacer con la mujer del médico y no puedo ordenar su muerte porque le debo la vida pero, a su vez, dicen que es un peligro para mí y para mi reino —dijo confuso el rey.

—A veces los dioses son difíciles de entender, pero creo que en este caso han sido cristalinos como el agua. Kalam es un ateo que reniega de su poder, tiene ideas subversivas y eso no les agrada, sus métodos no son tradicionales y ponen en cuestión el poder de Shamash. En cuanto a Damkira, es una bella mujer que ha engendrado un niño. Ella no es culpable de los pecados de su marido —el sacerdote comenzó a andar mirando al suelo con las manos entrelazadas en la espalda. Medía cada una de sus palabras buscando aquella que fuera más útil para sus propósitos—. Los dioses me dicen que Kalam le ha embrujado con alguna de sus pócimas, ungüentos o incluso, con magia negra. Los dioses consideran a Damkira una gran mujer y por este motivo, la han bendecido con un hijo sano y fuerte. Quieren protegerla y no manchar su karma con el adulterio, aunque sea forzado.

El sacerdote se detuvo y miró a su rey.

—¿Entonces los dioses ven con buenos ojos que Kalam desaparezca? —preguntó expectante Assarhaddon.

—Siempre y cuando su majestad no tenga nada que ver.

—Gracias por tu consejo, mi fiel sacerdote. Como es habitual, tu ayuda ha sido inestimable.

—Es un placer y un honor servir a mi rey —dijo con tono servil Nisher-Sag al despedirse.

El día volvió a ser radiante y Assarhaddon se sentía pletórico. Estaba emocionado, lleno de energía, se sentía radiante. Tenía la necesidad imperiosa de hablar con su madre, contarle todo, su amor por Damkira, la

conversación con el sacerdote y el confuso futuro del médico. Corrió hacia palacio y se dirigió hacia las estancias de Nakiya.

—¡Madre, madre! —gritó el rey golpeando la puerta del dormitorio—. ¡Abre la puerta necesito hablar contigo!

Nakiya oyó los gritos de su hijo y abrió la puerta asustada.

—Hijo, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó la reina madre preocupada.

—Madre, la quiero —sollozó el rey abrazado a su madre.

—¿A Damkira verdad?

—Sí, madre —confirmó el rey— la quiero más que a nada en este mundo.

Nakiya acarició el pelo de su hijo.

—Hijo, debes olvidarla es la mujer de tu médico. Kalam te salvó la vida, los dioses te castigarían si intentas algo con ella.

—He hablado con Nisher-Sag —dijo Assarhaddon secándose los ojos —. Me ha dicho que si muere Kalam, puedo yacer con ella.

Nakiya negó con la cabeza.

—Hijo, creo que estás confundiendo el amor con la lujuria. Tú no quieres a Damkira, simplemente la deseas porque es hermosa. La pasión que sientes por esa mujer es pasajera, y estoy segura que se te pasará en unos días. Tampoco creo que quieras matar al hombre que salvó tu vida.

—La quiero madre —protestó el rey—. No es solo deseo lo que siento por ella, es también amor. En cuanto a Kalam, no voy a ordenar su muerte, no quiero ofender a los dioses. Pero necesito tu ayuda madre. ¡Me tienes que ayudar! —ordenó el rey en tono de súplica.

La reina madre sintió compasión una vez más por su hijo, y volvió a repetir la pregunta que tantas y tantas veces le había hecho a lo largo de su vida.

—¿Qué quieres que haga hijo? —preguntó su madre.

—Me tengo que deshacer de Kalam sin provocar a los dioses.

—Quieres que Kalam muera, pero no quieres ordenar su muerte ¿verdad?

—Así es, madre.

—¡No debes hacer daño a Kalam o la ira de los dioses caerá sobre el imperio! —dijo enfadada Nakiya—. Esa mujer no te conviene. ¡Vete con

Zukatu y cuida de ella!

—Pero la quiero —dijo entre sollozos el rey abrazando nuevamente a su madre.

—¿Y su hijo? —preguntó la reina madre—. ¿Quieres que su hijo sea el rey de Asiria en lugar de alguno de los tuyos? Hijo mío —dijo Nakiya con un tono más sosegado—, tienes tres hijos varones, uno de ellos será rey, si el hijo de Kalam reclama el trono, Asiria puede entrar en desgracia tras tu muerte. La guerra civil se cerniría sobre el imperio y sería el fin de nuestra estirpe. ¡Recuerda lo que le sucedió a tu padre!

Esas palabras bloquearon a Assarhaddon, durante toda su existencia había vivido con el miedo de ser asesinado por sus propios hijos, como ocurrió con su padre, Senaquerib.

—Sabes que Sin-Iddina-Apla será proclamado rey cuando yo muera —dijo el rey.

—Hijo, recapacita y piensa en Asiria, piensa en tu pueblo —suplicó Nakiya.

—Lo haré, madre, lo haré. He de marcharme, estoy cansado —dijo el rey entre sollozos, ante la mirada preocupada de Nakiya.

Assarhaddon salió de la habitación con la mirada baja, lágrimas en los ojos y un fuerte dolor de cabeza. Necesitaba descansar y aclarar sus ideas. Tenía que pensar en la mejor manera de desembarazarse de Kalam, pero ahora no era el momento, se sentía débil y necesitaba dormir.

Nakiya se quedó pensativa en su habitación, una vez más, su hijo la necesitaba, y ella estaba obligada a ayudarle. Desde que era niño, había tenido problemas de salud y su hermanastro Arad-Nalil se mofaba de él y obligaba a sus amigos a hacer lo mismo. Ella siempre le había protegido y defendido, como una leona defiende a su camada. Nunca le había negado nada, pero ahora era distinto, tenía que buscar lo mejor para su hijo y para el imperio. Sabía que Assarhaddon no se iba a echar atrás y que buscaría la manera de poseer a Damkira. Ella tendría que impedirlo y solo tenía dos opciones; o acabar con la vida de Damkira o evitar la muerte de Kalam. Matar a Damkira no agradaría a los dioses, era la mujer del médico que

salvó la vida de su hijo. Los dioses no tolerarían ese acto y la condenarían al más profundo y terrible de los infiernos. Solo le quedaba una opción, proteger la vida del físico. «Mientras Assarhaddon siga encaprichado con Damkira me voy a convertir en la más fiel protectora de Kalam, no tengo otra opción, si quiero ayudar al rey y al imperio. Tengo que proteger a mi hijo de su peor enemigo, él mismo», pensó la reina madre.

Kalam atendía a diario a la familia real. Se había ganado el cariño de los jóvenes príncipes Sin-Iddina-Apla, Assurbanipal, Samas-Uma-Ukin y de la pequeña princesa Sherna. Sin-Iddina-Apla era el mayor y el futuro sucesor del rey. A sus apenas diez años, poseía la fuerza y el carácter de su abuela. La mayor parte del tiempo lo pasaba con su mentor Hashat, que le instruía en el arte de la guerra, así como en el conocimiento de las letras y la astronomía. Assurbanipal tenía cinco años, como su hermano iba a convertirse en rey, él estaba siendo instruido por Nisher-Sag, para convertirse en el futuro sacerdote del templo del dios Shamash. Era un joven taciturno y reservado. Parco en palabras, se refugiaba en los estudios y era fácil encontrarle por los jardines de palacio, estudiando alguna tablilla de arcilla. Samas-Uma-Ukin era un poco mayor que Assurbanipal y no hacía otra cosa que seguir a su hermano menor. Era un niño inquieto e irascible, de carácter impulsivo y variable. En cambio, la princesa Sherna, era todo dulzura y simpatía. Hacía poco tiempo que había aprendido a andar y se divertía corriendo por los jardines, mientras que una niñera fingía perseguirla. La niña no paraba de reír y sus pequeñas carcajadas resonaban por todo el jardín, alegrando tanto a la familia real, como a todos aquellos que tenían el placer de oírla.

Nabui, el hijo de Kalam, jugaba a menudo con ellos y con los hijos de otros altos funcionarios. Era habitual ver un corrillo de niños jugando a las batallas en los jardines de palacio, vigilados de cerca por sus cuidadoras que no paraban de correr tras ellos. La reina Zukatu, apenas hablaba con Damkira, todavía celosa de su gran belleza, no olvidaba como la miraba el rey en el banquete y sus conversaciones, se limitaban a ligeros saludos de cortesía cuando se cruzaban en el palacio. El rey evitaba encontrarse con

Damkira y cuando lo hacía, se dirigía a ella de forma cortés. Solamente la reina madre Nakiya, parecía haber tomado aprecio por la mujer del médico. Solían coser juntas en el jardín o iban a pasear por los mercados de la ciudad. Pasaron así varias semanas, y Kalam pudo aprender de Imashar numerosos aspectos de la medicina que desconocía, pero sobre todo, el anciano médico le enseñó cómo moverse con habilidad en palacio y cómo manejar sus relaciones sociales con las clases dirigentes. Damkira se sentía feliz y cada vez más cómoda en palacio, a pesar de que era consciente de la antipatía que la reina le profesaba. No se sentía culpable y pensaba que, algún día, cuando Zukatu se diese cuenta que era totalmente inofensiva y que el rey no tenía ningún interés por ella, podrían ser incluso amigas.

Era una clara mañana de primavera, y la luz del sol entraba a través de dos grandes ventanales en la sala de lectura. En la enorme estancia, había miles de tablillas de arcilla escritas en lenguaje cuneiforme, escritura propia del idioma acadio, pero también había centenares de tablillas escritas en arameo, hebreo y árabe. Cuidadosamente ordenadas por temas, cubrían las paredes y llegaban hasta el techo de la biblioteca de Nínive. Kalam se encontraba con Imashar, estudiando una tablilla de ciencias en la que se podía leer acerca de las propiedades medicinales de determinadas plantas, cuando un sirviente, visiblemente alterado, entró en la sala y les dijo que se dirigieran de forma urgente a la alcoba del príncipe Assurbanipal, pues se encontraba gravemente enfermo. Kalam fue rápidamente al dormitorio del príncipe acompañado por Imashar, y le encontró postrado en la cama. Velando junto a él, se encontraban Assarhaddon, la reina Zukatu y Nisher-Sag. El dormitorio del príncipe era grande y muy iluminado, una gran ventana permitía que entrara la luz y el aire fresco. Estaba amueblado por un gran arcón de cedro, donde el joven príncipe guardaba sus tablillas y algún que otro juguete, un armario de roble y dos hermosas mesillas de noche. Figuritas de alabastro que representaban a dioses y soldados, estaban esparcidas por la estancia. El príncipe parecía dormido, estaba empapado en sudor y tenía fiebre.

—¿Qué le ocurre al príncipe? —preguntó inquieto Kalam acercándose al niño.

—Tiene fiebre, sudores fríos y el corazón le late con fuerza —dijo el rey, con voz temblorosa, frotándose con fuerza las manos.

—Es el mal del dios Adad, pronto se curará, ya he realizado sacrificios a la diosa de la medicina Gula y los oráculos son propicios —dijo Nisher-Sag seguro de sí mismo.

Kalam observó que, debajo de la cama del joven príncipe, alguien había puesto una figura de alabastro que representaba a un monstruo. Negó con la cabeza y se centró en la curación del niño.

—Me parece bien. Ahora, si al noble sacerdote no le importa, vamos a probar con otros métodos más mundanos —dijo escéptico Kalam—. Tiene la temperatura muy alta y los pómulos están al rojo vivo, también veo que tiene los ojos un poco hundidos. Imashar, tráeme rápidamente agua fresca, zumo de uva y sal. También necesito unas gasas y una palangana con agua.

—He traído una figura de la diosa de la salud Nin-Karrak —intervino el sacerdote, poniendo la figura de alabastro junto a la del monstruo.

—No creo que unas simples figuritas de barro curen al príncipe, pero tampoco creo que le hagan ningún mal. Estoy seguro que con mis remedios y tus dioses, le curaremos —dijo Kalam.

Los ojos del sacerdote se cubrieron de ira. Intentó responder a la blasfemia del *asu*, pero sintió la mano del rey sobre su hombro y prefirió callar, ese no era su momento.

—¿Es grave? —preguntó la reina a Kalam.

—Es posible que los dioses estén enfadados con el príncipe por algún motivo, y esta es su forma de castigarlo —dijo el sacerdote mirando desafiante a Kalam, esperando alguna respuesta blasfema.

—¿Qué puede hacer un niño para que los dioses le castiguen de esta manera? —preguntó la reina.

—No lo sabemos mi reina, pero cuando se recupere el príncipe, se lo preguntaremos —respondió el sacerdote.

—Los dioses son crueles —intervino el rey.

—Los dioses velan por el equilibrio del universo. Si todo está en orden, no participan en nuestro mundo, cuando actúan es para restaurar

nuevamente el equilibro perdido —dijo el sacerdote.

—Mi reina, ¿qué ha estado haciendo el príncipe durante la mañana? —preguntó Kalam indiferente a los debates teológicos.

—Ha estado jugando con sus amigos fuera del palacio, cerca de la muralla, ha llegado sudando y rojo como un hierro incandescente. Luego se ha desmayado y ha perdido el conocimiento. Cuando conseguimos reanimarle, estaba aturdido y no sabía dónde se encontraba —dijo entre sollozos la reina.

—Creo que esto no es un castigo de los dioses —dijo Imashar que entraba en ese momento en la habitación—, el príncipe ha sufrido una fuerte deshidratación. Lo que tenemos que hacer, es darle de beber líquido de forma abundante y ponerle gasas húmedas en la frente. En pocas horas, estará dando patadas y corriendo otra vez como si nada.

Las palabras de Imashar tranquilizaron a los reyes, que sonrieron esperanzados.

—Los dioses te oigan Imashar —le dijo el rey.

—Imashar tiene razón —confirmó Kalam—. Tiene que beber abundante agua con mosto mezclada con un poco de sal y mañana amanecerá como nuevo.

—Shamash es grande —dijo el sacerdote.

—Shamash es grande —respondieron los reyes.

Kalam no dijo nada, secó el sudor de la frente de Assurbanipal y, despidiéndose de los allí presentes, salió de la estancia.

El sacerdote estaba rojo de ira. Cada minuto que pasaba, odiaba más al vanidoso médico. Se despidió cortésmente de los reyes y se dirigió al templo de Shamash inmerso en sus pensamientos. No soportaba más la arrogancia y las blasfemias de ese estúpido *asu*. Le había dejado en ridículo una vez más y no volvería a tolerarlo. Durante toda su vida, había servido fielmente a la familia real y no consentiría que un vulgar médico de provincias le hiciera sombra. Recordaba cuando Assarhaddon era niño, y él velaba su sueño para alejar a los malos espíritus, y como realizaba cientos de sacrificios para apartar el mal que le consumía. Imploraba, noche tras

noche, a todos los dioses hasta que llegaba el alba. Estuvo varios días sin comer, ni dormir, hasta que casi él también enferma. Todos decían que se esforzaba para nada, pues el joven príncipe continuaba consumido por la enfermedad, hasta que quedó postrado en la cama. Raro era el día que no tenía fiebre, dolor de cabeza, diarreas o falta de apetito. Nadie en la corte pensaba que conseguiría vivir mucho más tiempo, pero el esfuerzo del sacerdote, permitió que el príncipe saliera adelante y que incluso, se convirtiera en el rey del más poderoso imperio del mundo conocido. Después de tantos esfuerzos, de tantos sacrificios, de tanto amor derramado en la familia real, no iba a tolerar que ese médico blasfemo se interpusiera en su camino. Quería acabar con él, pero temía despertar la cólera de los dioses. Tenía que buscar la forma de conseguir su propósito, sin irritarles ni provocar su furia. Recordó que el rey también quería ver muerto a Kalam, por motivos distintos, pero quería verle muerto, y el recuerdo de las palabras del rey, produjo una ligera sonrisa en sus labios.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO III

ASSARHADDON estaba sentado en su trono, degustando frutos secos con *sikaru restu*, cuando un soldado irrumpió en la sala. El rey se sobresaltó, y el sacerdote Nisher-Sag, que se encontraba de pie a su lado, casi se cae del susto. La reina madre y Zukatu, que también se encontraban en la sala, miraron aterradas al hombre que se dirigía a toda prisa hacia el rey. La guardia personal se abalanzó hacía el intruso, que se arrodilló delante de estos, mientras intentaba respirar todo el aire que podía. Cuando el primer guardia acercó su lanza hacia el cuerpo del extraño, este levantó los brazos y rápidamente se identificó.

—Mi señor, soy mensajero de su majestad y traigo un mensaje urgente de la guarnición de Kanesh —se apresuró a decir mientras permanecía de rodillas.

—¿Te parece esta una forma adecuada de entrar en los aposentos reales? —le espetó el guardia que mantenía su amenazante lanza apuntando su cuello.

—Lo siento mi rey, pero creo que la urgencia del mensaje justificará la forma de recibirlo —dijo una voz detrás del mensajero.

—Nigirsu, espero que sean noticias importantes. ¡Casi me atraganto con una uva! —dijo el rey mientras tosía—. ¡Habla soldado!

El mensajero permanecía de rodillas mirando al suelo, nunca había estado en palacio y, mucho menos, en presencia del todopoderoso rey de reyes. Hasta ese momento y debido a la excitación por la importancia de su misión, no había sido consciente de dónde se encontraba y se quedó completamente mudo.

—¡Levántate y habla estúpido! —le espetó el rey mientras se levantaba del trono.

—Señor —dijo el mensajero levantándose lentamente y mirando los pies de su rey—, los cimerios nos han atacado. Son miles y se encuentran en la región de Cilicia y Tebal, han saqueado Kanesh, pasando a cuchillo a todos sus habitantes.

—¿Y la guarnición? —preguntó el sacerdote.

—Todos muertos, mi señor. Nuestros exploradores nos han informado que se dirigen hacia el sur. Es posible que a estas alturas estén sitiando Karatepe o Harran.

—¿Cuántos son? —preguntó inquieto el gobernador.

—Miles mi señor, acompañados por cientos de jinetes —dijo con dificultad el mensajero que sentía como le costaba respirar.

Hubo un silencio de preocupación. Hasta ese momento, los cimerios no habían sido mayor problema, se encontraban más allá de las puertas de Cilicia, en la región de Frigia y nunca se habían aventurado a cruzar las fronteras de Asiria. ¿Qué les había hecho cambiar de idea? ¿Acaso pensaban que Asiria no iba a responder a su ataque? Assarhaddon recordó que fueron los cimerios quieres mataron a su abuelo Sargón, durante una batalla y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—En Harran tenemos una fuerte guarnición y la ciudad está muy bien protegida —dijo el rey, mientras paseaba por la estancia—. No obstante, debemos enviar refuerzos cuanto antes, la ciudad no debe caer en manos cimerias. ¡Guardias, llamad a Artacomo, que se presente ante mí ahora mismo! Y tú, soldado, ve a las cocinas, que te den algo de comer y beber. Has hecho un buen trabajo.

El rey, sumido en sus pensamientos, comenzó a pasear por la sala del trono. Se encontraban con él la reina madre y el sacerdote. Quizá el ataque de los cimerios no era tan mala noticia, enviaría unas cuantas tropas y acabaría con ellos sin problemas. Seguía meditando cuál sería la mejor estrategia, cuando le fue anunciada la presencia del general.

—Mi señor —saludó el oficial bajando la cabeza.

—Mi querido general, tenemos malas noticias. Los cimerios han saqueado Kanesh y parece que se dirigen al sur, hacia Karatepe o Harran —dijo Assarhaddon sin más preámbulos.

El general, aunque conocía la noticia antes que el rey, fingió desconocimiento.

—No son buenas noticias, mi señor —dijo preocupado el general—, ¿son muchas tropas?

—Miles o eso parece. Debes ir de inmediato y destruirles.

Artacomo era uno de los mejores generales asirios. Hombre de acción, era el primero en enfrentarse al enemigo y el último en retirarse. Sus métodos, salvajes, no eran cuestionados. Su misión era aniquilar al enemigo a cualquier precio. En su corazón no había sitio para la piedad o el perdón. El enemigo debía morir y si era de una forma cruel, mucho mejor. No eran pocos los ejércitos enemigos que se rendían al escuchar su nombre. Su cuerpo estaba surcado por infinidad de heridas, pero la más evidente, era una profunda cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda. Hombre de complexión fornida, tenía los ojos negros y la mirada profunda. Amado, temido y respetado por sus hombres, conocía mejor que nadie el arte de la guerra y sin duda era la persona adecuada para acabar con los cimerios.

—¿De cuantas tropas dispongo, mi señor? —preguntó el general.

—De las que necesites —contestó el rey—, quiero dar un escarmiento a esos malditos cimerios, para que le sirva de lección al resto de los pueblos que tengan intención de levantarse en armas contra mi poder.

—Bien, mi señor, organizaré todo lo que necesite y partiré lo antes posible.

—Sacerdote, haz ofrendas a los dioses y consulta los oráculos. Quiero que esta campaña sea exitosa. Ahora dejadme a solas con el general, tenemos que concretar algunos detalles de la campaña —ordenó el rey.

La reina madre y el sacerdote se despidieron del rey y del general.

—Sírvete una *sikaru restu* —ordenó el rey.

—Sí, mi señor —dijo el general mientras se servía un vaso de una pequeña tinaja.

—Te acompañará uno de mis médicos personales.

Artacomo le miró sin entender sus palabras, no era habitual que el médico de la corte fuera enviado a la guerra.

—Te agradezco el ofrecimiento mi señor, pero no es necesario, en el ejército tengo suficientes y hábiles cirujanos.

—Creo que no me has entendido, no es una petición, es una orden.

—En tal caso será un placer tener a todo un *asu* de su majestad, entre mis físicos —aceptó el general algo confuso.

El rey se sirvió una *sikaru restu* y se dirigió hacia la ventana. El día era claro y en el cielo volaban las grullas que se dirigían hacia el norte, huyendo del tórrido calor que les aguardaba en el sur. Assarhaddon interpretó la emigración de las hermosas aves como un buen augurio.

—Quiero que muera en esta misión —le dijo al general dándose la vuelta.

—¿Señor? —preguntó perplejo el general—. No entiendo, ¿se refiere a Imashar? Está al servicio de la familia real desde hace años y siempre le ha servido con humildad y fidelidad.

—Hablo de Kalam.

El general recordaba a Kalam de la fiesta en honor a Shamash, y también, cómo no, recordaba a su hermosa mujer. Comenzó a atar cabos.

—Señor, no haré más preguntas y sus órdenes serán cumplidas. Yo mismo mataré a Kalam.

—No será así, Nisher-Sag vaticinó que si ordenaba la muerte de Kalam, la desgracia se cerniría sobre el imperio. Debes enviarle a alguna misión peligrosa, debe morir a manos de nuestros enemigos.

—Así será mi señor, pondré en peligro su vida para que sean los cimeros quienes acaben con él.

—Y será enterrado con los honores de un héroe de guerra —sonrió el rey mientras bebía un trago de *sikaru restu*.

Nakiya se encontraba en el estanque del jardín de palacio, dando de comer a los peces, cuando el sacerdote se la acercó.

—Buenos días, mi reina —dijo Nisher-Sag, haciendo una pequeña inclinación con la cabeza.

—Buenos días tengas, sacerdote.

—Parece que el rey inicia una nueva campaña militar.

—Eso parece —dijo la reina distraída mirando el estanque.

—Artacomo dirigirá la campaña, es su mejor general.

—El más sanguinario diría yo.

La reina se levantó y comenzó a pasear por el jardín acompañado por el sacerdote.

—Y, parece, que esta vez no irá solo —dijo Nisher-Sag intentando llamar la atención de la reina madre.

Nakiya detuvo su paso.

—¿A qué te refieres?

—Su nuevo médico personal irá con él.

—¿Cómo? —preguntó la reina levantando la voz.

Nakiya no quería entender lo que intentaba decirle el sacerdote.

—Parece ser que el rey, ha aprovechado la incursión de los cimerios para quitarse otro, digamos, problema de en medio —dijo sin ocultar satisfacción el sacerdote.

—¿Pero no dijeron los dioses que castigarían al rey y a toda Asiria, si hacía daño a su médico?

—El rey es hábil estratega, él no hará daño alguno a Kalam, serán los cimerios los que se encarguen de hacer ese trabajo.

El rostro de la reina reflejaba preocupación.

—Mi hijo está llegando demasiado lejos por esa mujer, esto tiene que terminar. ¿Qué será lo siguiente, aborrecer a la reina para casarse con Damkira? ¿Y quién será su heredero, sus hijos o el hijo de Kalam?

—El rey será prudente, creo que pronto se aburrirá de Damkira y volverá a los brazos de su esposa.

—¿Cuándo parten?

—En dos días, mi reina. Esta noche tengo que sacrificar un cordero y estudiar su hígado, pero creo que los augurios serán positivos. Cuando termine, me reuniré con el rey.

—Bien, vete a preparar tu sacrificio y que los dioses nos protejan, pero quiero que vengas a hablar conmigo antes de que hables con el rey, quiero conocer los augurios de los dioses antes que mi hijo.

—Así será —accedió dócilmente el sacerdote, mientras se despedía inclinando la cabeza.

Nisher-Sag realizó el sacrificio del cordero y estudió su hígado. Los designios de los dioses eran cristalinos respecto al vencedor de la batalla pero, la sombra de la duda, veló la mente del sacerdote. Después de estudiar detenidamente el hígado del animal, había observado que la llamada «puerta del palacio» era doble y tenía tres protuberancias con forma de riñón, lo que significaba que, a todas luces, la victoria sería del rey, pero también observó que la parte inferior del hígado aparecía con una tonalidad verde pardusca, muy poco habitual y que suele presagiar funestos acontecimientos. Había estudiado muchas tablillas antiguas y en ninguna había visto que, en un mismo hígado, se vieran nítidamente augurios tan dispares. Tendría que meditar y estudiar una y otra vez el hígado en busca de nuevas señales. Paseó por el templo y oró delante de la escultura de Shamash con la esperanza de que el dios, al que tanto veneraba, iluminara su camino. Pasó toda la noche en vela buscando una explicación a los resultados del sacrificio, pero no la encontró. Sería complicado explicar al rey los resultados de la ofrenda, pero antes, como era habitual, iría a hablar con Nakiya, quizá ella pudiera arrojar algo de luz sobre esos misteriosos designios.

Nisher-Sag se dirigió a los aposentos de la reina madre, llamó a la puerta e inmediatamente, Nakiya le dejó entrar. Vestía una túnica de lino negro, ceñida a la cintura por una cinta de algodón de color verde. Al sacerdote, la belleza que irradiaba la reina, no le pasó nunca desapercibida. La conocía desde hacía años, y ejercía sobre él una maléfica influencia. Y, esa noche, estaba más bella que nunca. Nisher-Sag intentó obviar la figura de la reina, pero la tentación era superior a su propia debilidad y le lanzaba miradas ladinas cuando pensaba que no era visto. La reina siempre fue consciente de la fascinación que ejercía sobre los hombres y usaba sus armas de mujer

con inteligencia y astucia. Con una pícara sonrisa, cogió una jarra y llenó dos copas con vino fenicio.

—Saludos, sacerdote ¿cuál es la voluntad de los dioses? —preguntó directamente la reina mientras le daba una copa a Nisher-Sag. Conocía de sobra el motivo de su visita.

—Saludos, mi reina —dijo el sacerdote mientras cogía la copa de vino —. Los dioses vaticinan una gran victoria de nuestro amado rey sobre sus enemigos.

Su túnica traslucía el contorno de su cuerpo, a través de la tenue luz que entraba por la ventana, y el sacerdote tuvo dificultades por reorientar su mirada.

—¿Nada más? —preguntó Nakiya, mientras bebía un sorbo de vino.

—Bueno, parece ser que alguna desgracia o dificultad, se cierne sobre el imperio.

—¿A qué te refieres? —preguntó inquieta la reina.

—Una parte del hígado tenía un color poco habitual. Es un mensaje negativo, difícil de interpretar.

—¿Qué peligros amenazan actualmente al rey o al imperio?

—Que yo sepa el avance de los cimerios, mi reina.

—¿Ninguno más?

El sacerdote intentó hacer memoria.

—Que yo sepa, no —respondió.

—¿No recuerdas lo que dijeron los dioses sobre el rey y Kalam?

—¡Ah! —fingió recobrar la memoria—. Es cierto, si el rey le mataba u ordenaba su muerte, la desgracia caería sobre él y sobre Asiria.

La reina se acercó al sacerdote, que pudo oler la fragancia a jazmín con el que solía perfumarse.

—¿No te parece evidente el motivo por el cual, el rey, envía a Kalam a luchar contra los cimerios?

—Sí, mi reina, pero en este caso la vida de Kalam, no depende del rey sino de los dioses, que decidirán si Kalam muere o vive.

—Pero está facilitando su muerte, quiero decir que es más probable que Kalam muera en el campo de batalla que en el palacio ¿verdad?

—Efectivamente.

—¿No pueden interpretar los dioses que el rey está jugando sucio? —preguntó la reina.

El sacerdote comenzaba a sentirse incómodo. Estaba deseando que Kalam fuera a la guerra contra los cimerios y no volviera jamás, pero la reina no tenía ningún interés en que tal cosa ocurriera.

—Puede ser, mi reina, pero a veces, es muy difícil escrutar los augurios de los dioses. Como prueba, me remito a mi último sacrificio y la ambigüedad de sus resultados —intentó escabullirse el sacerdote, consciente de adónde quería llevarle la reina.

—O quizá, sea precisamente esa la respuesta. Los designios positivos, muestran que venceremos al enemigo y los augurios negativos, son mensajes enviados por los dioses, que nos advierten que se han dado cuenta del plan de nuestro rey, avisándonos para que dé marcha atrás.

Una vez más, la reina le había desarmado y solo pudo claudicar ante ella. Nakiya le miraba con suficiencia. Nada se le escapaba y no le pasó desapercibida, la animadversión que el sacerdote sentía por Kalam. Nisher-Sag veía en Kalam al rival que no tuvo con Imashar y no iba a consentir tener ningún tipo de competencia.

—En tal caso, debemos comunicárselo a Assarhaddon, para que no envíe a Kalam a la guerra —dijo el sacerdote cediendo ante los poderosos argumentos de Nakiya.

La reina negó con la cabeza.

—No, ya pensaría otra argucia para quitarse a Kalam de en medio. Debemos pensar cómo hacer que mi hijo deje tranquilo de forma definitiva a Kalam y sea consciente de que los dioses van a estar vigilándole.

—¿Mi señora tiene algún plan? —preguntó el sacerdote para quien la mejor solución era eliminar cuanto antes a aquel entrometido físico.

—Creo que tengo una idea —dijo la reina madre, mientras terminaba de beber su copa.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV

EL REY se encontraba en la sala del trono despachando con algunos nobles, cuando el mayordomo real, le comunicó que el sacerdote reclamaba audiencia. Assarhaddon, impaciente por conocer los designios de los dioses, despidió a los nobles e hizo llamar al sacerdote, que inmediatamente entró en la sala.

—Saludos, mi rey —dijo el sacerdote.

—Saludos, sacerdote, ¿cuáles son los augurios de los dioses?

—Los dioses se han manifestado, mi señor, pero de forma ambigua y confusa.

—¡Explícate! —ordenó impaciente el rey.

El sacerdote hizo una pequeña pausa para captar, aún más, la atención de su rey. Se le acercó con paso lento y las manos entrelazadas.

—Tal y como le comenté a su majestad, ayer sacrifiqué un cordero y estudié su hígado. Los dioses se han manifestado a través del sacrificio y me han confirmado la victoria de nuestras invencibles tropas sobre nuestros enemigos, los cimerios. Pero también, ciertas marcas o señales en el hígado, parecen indicar que los dioses han percibido vuestro plan para que Kalam muera y pueda yacer con Damkira.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—Los dioses saben que vuestra majestad ha enviado a Kalam a la guerra contra los cimerios para que sean ellos, y no usted, quienes acaben con él, con el único objetivo de poseer a su mujer, y están muy irritados —el sacerdote negó con la cabeza y miró al suelo con expresión preocupada.

Al rey le temblaban las manos y se sirvió un vaso de vino, se lo bebió de un solo trago y volvió a servirse otro vaso, dándole un trago más corto.

Los dioses habían descubierto su plan, se sentía como un ratón atrapado por un gato. Aterrorizado, creyó que se iba a desmayar. Con dificultad, pudo llegar hasta su trono y cayó abatido sobre él.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó en un susurro casi inaudible.

—Los dioses son sabios y solo ellos pueden decidir cuándo alguien vive o muere y no van a tolerar que ningún hombre juegue a ser dios y, ni mucho menos, intente burlarse de ellos —miraba la cara de Assarhaddon, que estaba realmente aterrado—. Y su mensaje es el siguiente; Kalam irá finalmente a luchar contra los cimerios, si muere en combate, su majestad podrá hacer de la esposa del *asu* su mujer, pues los dioses habrán decidido que debe morir. Pero si vuelve, significa que tiene su favor. En tal caso, deberá darle una importante suma de oro y el médico, tendrá que partir de palacio y de Nínive. Que Kalam y su mujer estén cerca de su majestad, le desequilibra y por lo tanto, perjudican al imperio. Si los dioses deciden que debe vivir, lo hará, pero lejos, muy lejos de usted.

—¿Es eso lo que quieren los dioses? ¿No me castigarán por mi comportamiento? —preguntó esperanzado el rey.

—Efectivamente, mi señor, los dioses le aman y no le castigarán por su osadía. Demos gracias a Shamash, que se ha revelado en el sacrificio permitiéndome interpretar sus deseos. Debemos rezarle hasta el fin de nuestros días —dijo Nisher-Sag con tono solemne, levantando los brazos al cielo.

—Así se hará. Kalam irá a la guerra contra los cimerios y que los dioses decidan si vuelve o no. Como muestra de gratitud, pasaré toda la noche orando en el templo de Shamash. Le estoy infinitamente agradecido —dijo el rey, juntando las manos y mirando hacia el cielo.

Nisher-Sag miraba satisfecho al rey. El plan, orquestado por la reina, había funcionado en su totalidad.

—Debemos respetar el designio de los dioses, si queremos que la prosperidad, siga bendiciendo vuestro gran imperio —dijo el sacerdote.

El rey asintió levemente con la cabeza.

—Puedes marcharte —dijo Assarhaddon, que continuaba temblando en su trono.

El sacerdote salió de la sala y se dirigió hacia los jardines interiores, donde la reina le estaba esperando. El plan había salido mejor de lo previsto y Nisher-Sag estaba satisfecho. Independientemente de lo que le deparase el destino, Kalam era historia; o moría en el campo de batalla o tendría que marcharse de Nínive para nunca volver. Ahora era la reina madre quien tenía que actuar, debía proteger a Kalam para que volviera sano y salvo después de la campaña contra los cimerios. Nakiya, llamó a uno de sus siervos y después de darle un mensaje, le ordenó que se dirigiera al campamento militar.

Kalam recibió la noticia por Imashar. No entendía por qué tenía que ir a la guerra. Su padre le había enseñado bien el manejo de la espada e incluso era bueno con el arco, pero no era un soldado. Además, el *asu* del rey, no solía alejarse de palacio. Era algo anómalo y se temía el motivo. Ni siquiera Assarhaddon, se lo había comunicado personalmente. Desde que Imashar le dio la noticia, había intentado reunirse con él en innumerables ocasiones, pero había sido inútil. Temía tanto por su vida como temía por su mujer y por su hijo.

Era su última noche en palacio antes de partir. Poco después del alba, tenía que presentarse ante el general Artacomo. La campaña militar duraría poco, o eso, por lo menos, le había dicho Imashar, cosa de tres o cuatro meses, luego volvería a casa con los honores que corresponden a todo un héroe.

La estancia estaba fresca, era noche cerrada y por las ventanas se oía el suave susurro del viento al golpear indolente las cortinas. Estaban en penumbras, había pocos candiles encendidos y por la ventana solo entraba el frescor de la noche, fuera, la oscuridad lo envolvía todo.

Kalam estaba en la cama abrazado a su mujer. Al amanecer, partiría hacia la guerra, algo desconocido para él. El médico se encontraba mirando al techo, sumido en sus pensamientos, mientras que Damkira le acariciaba el pelo. Era su última noche antes de partir y desconocía si volvería vivo. Estaban callados, no querían que un solo susurro rompiera la magia del momento. Las horas pasaban y el sueño no llegaba, finalmente, el sol

asomó con timidez entre las montañas y el amanecer difuminó el hechizo, haciéndoles volver a la cruda realidad.

Damkira se levantó y le preparó el desayuno a su marido. Leche de cabra, pan, uvas pasas y algo de queso, fue su frugal almuerzo. Kalam comió con desgana, no tenía demasiado apetito. Su mujer le preparó una bolsa de tela donde metió más comida para el camino. Pan, higos, dátiles y queso de cabra eran envueltos con sumo cuidado por la amante esposa, que intentaba reprimir unas fugaces lágrimas. Dos soldados y un esclavo, enviados por el rey, esperaban impacientes en la puerta para ayudar al *asu*, a acarrear los utensilios que necesitaba llevar para la campaña.

—Cariño ten cuidado —dijo Damkira abrazando con fuerza a su marido, sin poder aguantar más las lágrimas.

—No te preocupes, mi vida, estaré en la retaguardia cuidando a los heridos, me mantendré todo lo lejos que pueda de la batalla —dijo Kalam, mientras correspondía a su mujer con otro abrazo.

—Te quiero y si te ocurriera algo, me moriría —dijo Damkira entre sollozos.

—Amor mío, pronto estaré de vuelta, no temas por mí.

—Señor, se está haciendo tarde —dijo un poco incómodo un soldado.

—¡Esperad! —ordenó malhumorado—. Aún no me he despedido de mi hijo.

Kalam, acompañado por Damkira, se dirigió a la habitación donde dormía plácidamente el pequeño. Se agachó y le besó suavemente en la mejilla.

—Te quiero hijo mío, cuida de mamá mientras papá esté lejos —dijo Kalam, con los ojos húmedos.

El esclavo cogió todos los bultos del *asu* y los colocó en un carro de mano. Los soldados le miraban impacientes, si llegaban tarde, el oficial de guardia les daría unos buenos latigazos.

Kalam se encontraba en la puerta de su casa, abrazado a su mujer.

—Volveré.

—Te estaré esperando.

Se dieron un fuerte beso y Kalam partió junto con el esclavo y los dos soldados. Echó una mirada atrás y vio que Damkira, corría llorando hacia la

casa, no quería que su marido la viera rota por el dolor. Los dos soldados miraban la escena con cierto júbilo, eran hombres acostumbrados al dolor y al sufrimiento y cualquier muestra de sensibilidad la veían como un síntoma de flaqueza y debilidad.

—¡Vamos esclavo, date prisa o te daré unos azotes! —gritó un soldado.

—Quieto soldado —le ordenó Kalam—, ya tendrás tiempo de gastar todas tus energías con los cimerios.

—Sí, señor, lo que ordenéis —obedeció el soldado, mirando con desprecio al esclavo.

Kalam llegó al campamento militar y se presentó ante Artacomo. Enseguida reconoció en él al hombre que, durante la fiesta en honor al dios Shamash, hizo gestos obscenos y se rio a carcajadas cuando su mujer fue presentada al rey. Sin duda, no era el mejor de los comienzos. El general era un hombre fornido, con el cuerpo curtido por mil batallas y el rostro marcado por una enorme cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda. Kalam la observó y pensó que debió ser muy dolorosa. Por la marca que le dejó, se trataba de una herida producida por una daga extremadamente afilada. Además, el cirujano que intentó curársela, no acertó con el tratamiento. Lo irregular de la cicatriz indicaba, a todas luces, que se infectó en varias ocasiones. «Seguro que ha estado muy cerca de la muerte», pensó Kalam. El general no tardó en percatarse del interés de Kalam por su cicatriz.

—Veo que mi vieja herida te interesa.

—Lo siento, general —dijo avergonzado Kalam.

—Saciaré tu curiosidad —dijo Artacomo mientras bebía un vaso de vino de un solo trago—. Me la hizo una palestina. La muy zorra aprovechó que estaba durmiendo, cuando me atacó. Me desperté justo cuando iba a clavarme una daga y pude esquivarla. Bueno, mejor dicho, casi la esquivo —dijo el general mientras emitía una estentórea carcajada—. La estrangulé allí mismo, y luego ordené a mis esclavos que la violaran.

—¿Por qué intentó matarte?

El eructo del general debió oírse a kilómetros a la redonda.

—Bueno, quizá que degollara a su padre y violara a su madre, tuvo algo que ver —dijo Artacomo riendo de nuevo—. Maldita zorra palestina, era de Jericó, fuimos allí hace varios años para sofocar una pequeña revuelta. Esos bastardos no volverán a revelarse contra la gran Asiria durante algún tiempo. Y, ahora, vamos a por esos hijos de perra cimerios —dijo el general mientras se servía otra copa de vino y se la volvía a beber de un trago—. Les machacaremos y luego violaremos a sus mujeres e hijos, en fin, lo de siempre —terminó de decir, mientras se sentaba de forma brusca en una silla—. ¿Sabes manejar algún arma?

—La espada —dijo lacónicamente el médico, que ya empezaba a odiar al general.

—Bueno, aquí no vienes a luchar —dijo Artacomo mientras se servía otra copa—. Estarás en la retaguardia, junto con los esclavos y demás cirujanos. Los dos soldados que te han escoltado hasta el campamento, son tu guardia personal, velarán por ti día y noche. Eres el *asu* de su majestad y debo protegerte. Bueno, basta de charla ¡Traed mi caballo! ¡Partimos! —ordenó el general mientras se levantaba de la silla con cierta dificultad.

El ejército salió de la ciudad en loor de multitudes, los habitantes de Nínive se agolpaban para ver el desfile, mientras pétalos de distintas flores impregnaban el ambiente de un embriagador aroma. Música de trompetas y laúdes acompañaban al ejército, seguido con atención por el rey desde el palacio. Tres mil soldados de infantería, mil jinetes, trescientos carros de combate, varios cientos de esclavos y tropas auxiliares, componían el grueso del ejército. El general Artacomo disfrutaba del desfile. Hombre aguerrido, sin escrúpulos, una auténtica máquina de matar. Dirigía a sus hombres con mano de hierro, y no toleraba el más mínimo error. Sus órdenes nunca eran cuestionadas, eran ciegamente obedecidas, aunque eso significase una muerte segura. Sus enemigos le temían, era conocido en todo el imperio por su crueldad y sadismo.

El ejército cruzó las murallas y salió de la ciudad, marcharon durante varios días atravesando las profundas aguas del rio Habur, crecido por el tardío deshielo, cruzaron la ciudad de Gushi, donde se aprovisionaron de

alimentos y caballos de refresco, y finalmente tuvieron a la vista la ciudad de Harran, que todavía no había sido atacada por los cimerios.

Se encontraban a varios kilómetros de Harran y ya podían oír los gritos de júbilo de sus habitantes. Un grupo de jinetes salió de la ciudad para recibir al ejército. Cruzaron la puerta principal entre los vítores del gentío, los hombres abrazaban a los soldados mientras que las mujeres les besaban. Los niños desfilaban detrás de los soldados, imitando su aire marcial. Cruzaron el templo del dios-luna Sin, donde el sacerdote junto con sus asistentes estaba degollando un carnero. En ese momento, Artacomo ordenó a su ejército que se detuviera y bajó del caballo. Se dirigió hacia el templo del dios-luna Sin, el sacerdote vio como un enorme soldado se dirigía hacia él, y dejó el carnero ensangrentado al cuidado de sus asistentes.

—Saludos, señor, seáis bienvenido al templo de nuestro dios-luna Sin —saludó el sacerdote.

—Saludos —dijo respetuoso el general—, debo deciros que soy fiel seguidor del dios-luna Sin, pero nunca he tenido la ocasión de visitar su templo.

—Es un gran honor para mí poder enseñároslo —dijo el sacerdote lleno de orgullo—. En este momento, estaba realizando un sacrificio en su honor para agradecerle vuestra llegada, pero crucemos dentro por favor.

Entraron dentro del templo, el techo estaba construido de madera de cedro fenicio, y una gran escultura de piedra del poderoso dios, dominaba toda la estancia. Representado con una larga barba, estaba coronado con una luna creciente sobre una tiara con cuernos.

—Es una figura imponente —dijo el general.

—No puede ser de otra manera, tratándose del padre de Shamash e Ishtar.

—¿Es cierto qué todos los dioses una vez al mes vienen a consultarle? —preguntó el general.

—Así es, el dios-luna Sin, es el más sabio, incluso el todopoderoso dios Assur le pide consejo —dijo orgulloso el sacerdote.

El general se inclinó ante la imponente figura, oró durante unos minutos y salió del templo acompañado por el sacerdote. Observó el carnero muerto

y como los acólitos del dios-luna depositaban sus entrañas en una bandeja de plata.

—Espero que los augurios sean propicios —dijo Artacomo.

—Estoy convencido que así será.

—Coge esto —dijo el general mientras le entregaba una pequeña bolsa de cuero— son veinte siclos de plata, espero que tengas suficiente para unas cuantas oraciones en mi nombre, mientras dure la campaña contra los cimerios. Yo estoy muy atareado, y no suelo tener tiempo para rezos.

—Será más que suficiente —dijo el sacerdote mientras cogía la bolsa—, eres muy generoso.

—Ja, ja, ja, espero que con esta plata, pueda lavar mis numerosos pecados —dijo el general mientras bajaba por la pirámide escalonada.

Artacomo montó en su caballo y se dirigió al palacio donde se encontraba el gobernador de la ciudad, que le esperaba impaciente en la puerta. Estaba inquieto y la visita del general al templo del dios-luna Sin, le había puesto aún más nervioso. Cuando vio llegar a Artacomo, no esperó a que este bajara de su caballo y fue a su encuentro.

—¡Valeroso general Artacomo! —exclamó con risa nerviosa el gobernador—. Los dioses han sido propicios, y han permitido que llegues a nuestra ciudad antes que los cimerios.

—Gobernador Mushukib, me alegro de llegar antes a la gloriosa Harran, que esos hijos de perra —dijo el general, mientras le daba un cortés abrazo.

—Artacomo, déjame presentarte a Ummun, gobernador militar de la ciudad.

—Saludos, Ummun —dijo Artacomo, cogiéndole el antebrazo.

—Saludos, Artacomo.

—Entremos al palacio —dijo el gobernador—, seguro que querrás comer algo y descansar, más tarde Ummun y yo te pondremos en antecedes.

—Me parece bien, pero mientras comemos me informaréis de la situación. No quiero perder ni un solo segundo, deseo eliminar cuanto antes a esos bastardos —dijo el general, ansioso por entrar en combate.

Entraron en palacio Mushukib, Ummun, Artacomo y sus tres capitanes, el de infantería, caballería y carros. Dentro del palacio, les esperaban varios nobles y altos funcionarios. La sala principal estaba bien decorada con tapices y mosaicos. La silla principal del gobernador había sido retirada, y en su lugar habían colocado divanes y grandes cojines de terciopelo de distintos colores. El aroma a jazmín impregnaba toda la sala. En el centro, había un espacio libre, utilizado principalmente para la realización de todo tipo de espectáculos, con el fin de entretener a la clase dirigente de la ciudad mientras comían. Artacomo se tumbó en un diván cerca con Ummun y Mushukib, el resto de comensales se pusieron cómodos y se sentaron en divanes y cojines. Al leve sonido de un laúd, aparecieron sirvientes que portaban distintas bandejas de comida, tinajas de vino y *sikaru restu*. Carnes asadas de oveja y cabra, higos, uvas, carne de caza y distintos tipos de panes y quesos comprendían la comida. Los sirvientes llenaban constantemente las copas de los invitados con vino y cerveza. Cuando ya estaban suficientemente ebrios, volvió a sonar el laúd y un grupo de bailarinas, ligeramente vestidas, entró en la sala. Pasó poco tiempo antes de que Artacomo cogiera con brusquedad a una de ellas y la tumbara en el diván. Sus capitanes, al ver el comportamiento de su general, hicieron lo propio y pronto toda la sala se llenó de bailarinas corriendo, de un lado para otro, tratando de huir de los oficiales, que borrachos, las perseguían con lascivas intenciones. Los anfitriones miraron con perplejidad la escena pero no hicieron nada. Conocían la fama de su general, y al fin y al cabo, había ido a Harran a ayudarles.

—La fama que tiene este hombre le precede, espero que le haya gustado mi regalo —dijo sonriendo Mushukib al gobernador militar.

—Estoy seguro que sí, solo hay que ver lo bien que se lo está pasando —le contestó mirando a Artacomo, que yacía junto con dos bailarinas en ese momento.

—Dejemos que disfruten y descansen —dijo el gobernador, mientras se levantaba.

—Será lo mejor, no sea que también se encaprichen de nosotros —dijo Ummun, riéndose a carcajadas.

Todos los comensales salieron de la sala del palacio dejando solos a Artacomo y sus hombres que, entretenidos como estaban con las bailarinas, ni siquiera se dieron cuenta. Después de entregarse durante varias horas al desenfreno y la lujuria, cayeron profundamente dormidos.

Durmieron hasta bien entrada la mañana. A Artacomo le dolía la cabeza y tenía un humor de perros, y sus capitanes no estaban mejor que él. Ordenó que le sirvieran el desayuno, y varios sirvientes le llevaron pan, queso e higos secos junto con vino y cerveza. Se bebió una jarra de vino, comió algo de queso y empezó a sentirse de mejor ánimo. A su alrededor, empezaban a despertarse algunas bailarinas, que inmediatamente al ver que los soldados estaban ya despiertos, se hicieron las dormidas. Artacomo salió del palacio y se dirigió al templo del dios-luna Sin, antes de hablar con Ummun o con Mushukib, quería conocer los augurios de los dioses. Subió rápidamente la escalinata del templo y entró por la puerta. Allí encontró al sacerdote junto con algunos de sus acólitos rezando sus oraciones. Artacomo era muy religioso y ferviente seguidor del dios-luna y esperó a que el sacerdote terminara sus rezos para acerarse a él y preguntarle. No quería importunar a su amado dios, interrumpiendo las oraciones de su sacerdote.

—Que los dioses te protejan Artacomo —dijo el sacerdote.

—Saludos, ¿qué designios nos deparan los dioses?

—Bueno —dijo el sacerdote mientras bajaba las escaleras del templo junto con Artacomo—, a veces son algo ambiguos y no se revelan con la claridad que nos gustaría.

—¿Qué quieres decir? —preguntó impaciente el general.

—Ayer sacrifiqué un carnero, pero no vi nada fuera de lo común. Los dioses no se manifestaron, pero por la noche, estudié la luna y los astros.

—¿Y bien? —preguntó Artacomo, aún más impaciente.

—Bueno, leí que pronto va a haber una gran batalla —dijo el sacerdote, mientras seguían caminando por una atestada calle— y que Asiria, nuevamente saldría victoriosa.

—Eso está bien —dijo más tranquilo el general.

—Pero hay algo más.

—¿El qué? —preguntó Artacomo, parándose en seco.

Un hombre chocó contra Artacomo y este le empujó mandándole a varios metros de distancia. El sacerdote no se atrevió a intervenir.

—También vi algo semejante a un cometa —continuó el sacerdote, mientras miraba como se levantaba el aterrado hombre del suelo y salía corriendo—. Esto significa que pronto habrá cambios, cambios importantes en Asiria.

—¿Serán buenos o malos dichos cambios?

—Cuando aparece un cometa, siempre ocurre algo importante. Puede ser bueno o malo, por eso te he dicho, que a veces los dioses son ambiguos. Por ejemplo, pocos días antes de que Senaquerib, el padre de nuestro amado rey, destruyera Babilonia apareció un cometa. El cometa significó la destrucción de Babilonia, pero fue un mensaje de nuestro poder para el resto del mundo. Pero no debes preocuparte querido amigo, de momento los dioses están contigo y vencerás a los cimerios.

El general asintió y le cogió del hombro.

—Eso es lo que quería oír —dijo satisfecho Artacomo.

—Me dirijo a la casa de un comerciante de telas, está gravemente enfermo. Me ha mandado llamar su mujer. ¿Quieres acompañarme?

—¿Qué es lo que le ocurre?

—Ha debido cometer algún pecado horrible y la diosa Ura ha enviado a uno de sus demonios que le ha poseído. Hace semanas que sufre ataques y por lo que dice su mujer, cada día son más fuertes.

—¿Qué tipo de ataques?

—Grita, le dan espasmos, luego cae al suelo y se pone rígido, y en algunas ocasiones le sale espuma por la boca.

—Sí que parece que esté poseído por algún demonio, ¿no es posible realizarle algún exorcismo?

—Este tipo de enfermedad se debe a su mala conducta, en cuanto repare su error volverá la normalidad. No creo que sea necesario realizar ningún tipo de exorcismo.

Siguieron caminando por la ciudad hasta que llegaron a la casa del comerciante. La vivienda de dos plantas, era de adobe cocido y estaba

ricamente decorada, delatando el estatus de sus dueños. La mujer recibió a los visitantes entre sollozos y les acompañó hasta la alcoba del enfermo, que se encontraba sentado en una silla mirando por la ventana.

—Immal, están aquí el sacerdote del templo de Sin y un acompañante —dijo la mujer.

Immal se levantó y se dirigió hacia los visitantes, estaba sonriente y no tenía apariencia de enfermo.

—Saludos, sacerdote y… —dijo el comerciante, mirando al general.

—Artacomo, general del ejército asirio.

—Es un honor para mí recibir tan ilustres visitantes. Mujer trae algo de beber y comer para la visita —dijo nervioso el comerciante. La fama de Artacomo le precedía, y era temido tanto por enemigos como por amigos.

La mujer salió de la estancia, y al poco tiempo regresó con una jarra de *sikaru*, almendras, algo de carne de cabra y panecillos con pasas.

—Me ha comentado tu mujer que estás enfermo —dijo el sacerdote.

—Efectivamente, según parece tengo ataques en los que pierdo el conocimiento. Dice mi mujer que mi cuerpo se mueve de forma convulsiva, a veces me desplomo al suelo y escupo espuma. Cuando me despierto me encuentro desorientado, no sé donde estoy y no reconozco ni a mi mujer… lo cual no es del todo negativo —añadió ante las risas de los presentes—. A veces estos ataques duran poco tiempo sin embargo, otras veces puedo estar desorientado durante gran parte del día.

—¿Sabes a qué puede deberse esos ataques? —preguntó el sacerdote, mirándole fijamente a los ojos, esperando que confesaran un horrible pecado.

—No, nunca me había pasado antes —dijo Immal, apartando la mirada. El sacerdote le ponía nervioso.

El sacerdote miró a Artacomo y asintió, el comerciante le había retirado la mirada, porque sentía vergüenza por algún pecado cometido.

—¿Has cometido algún pecado horrible? —preguntó el sacerdote.

—No, soy respetuoso con las leyes.

—¿Has robado o engañado a alguien?

—No.

—¿Has blasfemado o ultrajado a los dioses?

—No, nunca, soy respetuoso y fiel creyente del dios-luna Sin.

—¿Tienes hijos?

—Sí, tengo una hija y un hijo.

—¿Te has acostado con tus hijos o tus hijos se han acostado entre ellos?

—No, por todos los dioses, son mis hijos —respondió indignado el enfermo.

El sacerdote se paseó por la estancia y comenzó a hablar mirando tanto al paciente como al general. Artacomo tuvo la impresión de encontrarse delante de un maestro que impartía con diligencia una clase a sus alumnos.

—Cuando los dioses castigan a los hombres enviando enfermedades como la tuya, es porque el orden se ha roto. Has debido hacer algo que les ha irritado y como castigo Ura ha enviado a uno de sus demonios, que te ha poseído. Debemos identificar el mal que has cometido para restaurar de nuevo el orden y así expulsar al demonio de tu cuerpo y que regrese a los infiernos de donde vino. Debes ser sincero, si quieres curarte.

Immal negó con desesperación.

—Soy sincero —dijo implorando el enfermo—, no sé qué me pasa, ni porqué, pero te puedo asegurar que soy un buen ciudadano asirio que cumple todas las leyes, paga sus impuestos y no he cometido ningún delito y naturalmente, tampoco he cometido ningún pecado.

—Es posible que hayas pecado sin darte cuenta —dijo el sacerdote.

—Puede ser pero nunca sería mi intención —claudicó Immal. Una leve sonrisa escapó de los labios del sacerdote.

—Bien, vamos a intentar expulsar a ese mal que te consume —dijo el sacerdote mientras sacaba de una bolsa una figura de alabastro con forma monstruosa y amenazante— quiero que coloques esta figura cerca de tu cama. También tendrás que beber dos vasos al día de tu propia orina mezclada con heces y sangre de oveja. Tendrás que sacrificar un carnero cada dos días, y beber su sangre directamente de su cuello. Este carnero deberás sacrificarlo en el templo del dios-luna Sin, y lo harás en honor de la diosa de la salud Nin-Karrak.

—¿Es necesario que beba esa bazofia? —preguntó con asco el enfermo.

—Al beber ese líquido, los demonios que están en tu cuerpo se asquearán y saldrán de él —dijo el sacerdote.

—¿Y la figura del monstruo que representa? —preguntó el general.

—El demonio, cuando salga de su cuerpo y vea al monstruo, huirá espantado y no volverá. Si haces lo que te digo te curarás, pero deberás hacer memoria y pensar que has podido hacer para enfadar a los dioses, de esta forma, sanarás más rápidamente.

—Haré lo que dices sacerdote —dijo resignado el enfermo.

—Que los dioses te protejan Immal —dijo el sacerdote.

—Que los dioses os bendigan grandes señores —se despidió Immal.

El sacerdote y el general se despidieron en la puerta del comerciante, y Artacomo se dirigió hacia el campamento militar, donde le estaban esperando sus capitanes. Pensaba en lo vengativos y crueles que son los dioses y eso le agradó. ¿Sería él también un dios?

«Soy cruel y vengativo como el que más, y castigo a los enemigos de Asiria por sus pecados contra el imperio. Si no soy un dios por lo menos me considero su brazo ejecutor», pensó con agrado.

Continuó su camino y miró con desprecio a todo el que se encontraba a su paso. Él era un ser superior, un semidiós cuya misión en la tierra era impartir la justicia asiria. Él no había elegido ese trabajo, pero lo realizaría con agrado, pues era su obligación.

«¿Qué pecado habría cometido aquel desgraciado para enfadar de esa manera a los dioses? —continuó pensando—. Fuera lo que fuera, seguro que no era ni la mitad de horrible que todas las barbaridades que yo he cometido en mi vida. Asesinatos, mutilaciones, violaciones y demás excesos y pocos daños he sufrido. Algunas heridas leves y la profunda cicatriz en mi rostro, son el precio que he pagado a los dioses por mi comportamiento. Un precio muy bajo a todas luces. Sin duda alguna, soy el brazo ejecutor de su ira, y me adoran», pensó con regocijo.

Inmerso aún en sus pensamientos, llegó al campamento y se reunió con sus capitanes. En el cuartel todo estaba en orden y los soldados estaban impacientes por empezar el combate. Los cimerios tenían fama de ser

grandes guerreros y expertos jinetes. Él nunca se había enfrentado a ellos y, al igual que sus soldados, también estaba impaciente. Preguntó por Kalam y le dijeron que se encontraba en el foro, pasando consulta a los habitantes de la ciudad. Artacomo, acompañado por sus capitanes, se dirigió al foro donde una larga fila de enfermos le guio directamente a la consulta del médico. Allí pudo ver como Kalam, atendía a los habitantes de Harran, que dudaban de los métodos del sacerdote o que simplemente, no habían sentido ninguna mejoría después de haber escuchado sus consejos. Que el *asu* del rey, pasara consulta a todo el pueblo, era un acontecimiento inédito y los ciudadanos aquejados de algún tipo de molestia, no podían desaprovechar la ocasión de escuchar sus sabios consejos. Le observó durante unos momentos y vio como recetaba extracto de abedul para la artritis, semillas de girasol y miel para el asma y amapola para combatir la tos. Le llamó la atención que en ningún momento, invocara a los dioses, no vio ninguna pequeña escultura de la diosa de la salud Nin-Karrak, o de otros dioses, ni siquiera vio alguna figura monstruosa que espantara los males de los desgraciados, como hacía poco tiempo había visto hacer al sacerdote del templo de Sin. Sintió curiosidad por saber qué tratamiento habría utilizado con el endemoniado que acabada de ver y se acercó a él.

—Saludos, Kalam.

—Saludos, general.

El *asu* vendaba el brazo de un hombre, con una tela impregnada con aloe vera.

—Veo que estás muy atareado, espero que te sobre tiempo para cuidar de mis soldados —dijo Artacomo, con cierto tono de reproche.

Kalam no se inmutó. Quizá por desconocimiento, quizá por imprudencia, el general no le infundía ningún tipo de temor. Si acaso, desprecio.

—Tus soldados gozan de buena salud. Ayer pasé consulta a primera hora, y pocos fueron los que necesitaron de mis servicios, o del resto de cirujanos, nada grave que les pueda evitar entrar en combate.

—Bien —dijo satisfecho el general—. He visto que no te sirves de los dioses para realizar tus curas.

—Para eso ya están los sacerdotes, yo prefiero utilizar los medios que me proporciona la naturaleza.

—Ya veo, acabo de estar con el sacerdote, hemos ido a la casa de un desgraciado que ha sido poseído por el demonio.

El médico hizo como si no le hubiera escuchado. Imaginaba cuáles eran sus intenciones.

—Ahora debes mezclar miel y aloe vera, tendrás que hacer una pasta y dejarla macerar en un litro de vino, humedece la tela y venda la herida, cambia el vendaje por lo menos una vez al día —dijo Kalam a su paciente.

—Gracias señor.

—¿No has oído lo que te he dicho médico? —gritó el general, que no estaba acostumbrado a que le ignoraran.

—Lo siento, estaba concentrado en mi paciente. Debo decirte, mi general, que no creo en los demonios, pienso que todas las enfermedades y todos los males tienen una causa natural, y que no basta con rezar a los dioses para conseguir la cura.

—Eso que acabas de decir es blasfemia, podría acusarte de ello ante el gobernador y el sacerdote, y podrías ser ejecutado —amenazó el general.

El siguiente paciente, que estaba escuchando la conversación, decidió darse la vuelta y no ser atendido por el médico.

—Estás asustando a mis pacientes.

—Ja, ja, ja —rio el general—, creo que más les asustas tú con tus blasfemias, pero no temas, no voy a denunciarte, te necesito para esta campaña.

—Me alegro —dijo distraído el médico, que llamó con la mano al siguiente paciente—. ¿Qué te ocurre?

—No es a mí, mi señor —dijo la mujer—, es a mi marido.

—Dime entonces.

—Sufre dolores en la tripa y en el costado, además, tiene sangre en la orina. Se encuentra muy enfermo y lleva así varios días. Cada vez se encuentra peor —dijo la mujer entre sollozos.

—Dime mujer, ¿tu marido bebe agua?

—No señor, odia el agua, solo bebe vino y *sikaru*.

—Está bien, te voy a dar un remedio para curarle. No debes preocuparte por él, tu marido no tiene ninguna enfermedad grave y se curará siempre y cuando haga lo que yo te diga.

—Claro mi señor —dijo esperanzada la mujer.

Kalam cogió una bolsa de un arcón de madera. La abrió, y esparció parte de su contenido sobre una báscula. Pesó una cantidad y la metió en otra bolsa más pequeña.

—¿Conoces la arenaria roja?

—Sí señor, conozco prácticamente todas las flores y plantas de la región.

—Bien, debes poner un litro de agua a calentar y cuando esté hirviendo, le tienes que añadir cuatro siclos de arenaria roja bien seca. Déjalo enfriar y luego lo cuelas. Tu marido debe beber por lo menos dos litros de esta agua. Si no le gusta el sabor, añádele miel pero nunca vino o *sikaru*, tiene prohibido estas bebidas por lo menos durante tres semanas ¿has entendido?

—Sí, mi señor, muchas gracias —dijo la mujer, cogiendo la mano del médico besándola agradecida.

—Bueno creo que ya está bien por hoy —dijo el general—, enfermos iros a vuestras casas con vuestras desgracias, el médico se encuentra cansado y tiene que ir al campamento a descansar. Mañana volverá a pasar consulta.

—Aún no he terminado —protestó Kalam enfadado.

—Yo te diré cuando has terminado —dijo el general, situándose enfrente del médico—. Ahora quiero que me acompañes y veas al endemoniado. Tengo curiosidad por saber qué le vas a recetar, para expulsar al demonio que se ha encariñado con su asqueroso cuerpo… Ya son ganas —añadió con sarcasmo.

Kalam aguantó la fría mirada del general, y después de sopesar la situación, vio que no tenía ninguna opción y decidió acompañarle a casa del enfermo, sus pacientes tendrán que esperar. Artacomo mandó a sus capitanes de vuelta al campamento y se dirigió con Kalam a casa del comerciante de telas. Durante el camino, ninguno de los dos abrió la boca. Kalam odiaba a Artacomo y este, apenas sentía indiferencia por él. Le consideraba poco más que un muerto viviente. Todavía no había pensado

cómo deshacerse de él, tal y como le había ordenado el rey. Debía ser de una manera que no provocara la ira de los dioses y en la que no se viera involucrado Assarhaddon. Tendrían que ser los cimerios los que acabasen con el *asu*. «Bueno, no importa, ya se me ocurrirá algo» —pensaba Artacomo—. Llegaron a la casa del comerciante y la mujer, extrañada, les abrió la puerta.

—Saludos, mujer —dijo el general—, este es Kalam, médico de su majestad Assarhaddon, viene a ver a tu marido.

—Claro señor —dijo gratamente sorprendida la mujer—, se encuentra arriba, en la misma habitación que le habéis encontrado esta misma mañana. Permitidme que os acompañe.

Cuando entraron en la alcoba, Kalam vio que en el suelo, cerca de la cama, alguien había puesto la figura de un monstruo. El enfermo seguía sentado en la silla mirando por la ventana, parecía que no había cambiado de posición durante las últimas horas.

—Immal —dijo la mujer—, está aquí el general Artacomo y viene acompañado por Kalam, médico real.

—Saludos, señores, hoy es un día grato y lleno de sorpresas —dijo el enfermo levantándose de la silla.

—Explícale a Kalam lo que te ocurre —cortó rápidamente el general—, quiero escuchar sus sabios consejos.

—Como le he comentado esta mañana al sacerdote y al general —empezó a decir Immal—, sufro de espasmos y temblores, a veces pierdo el conocimiento y me desvanezco. Otras veces me encuentro desorientado, no reconozco dónde estoy ni tampoco a mi mujer.

El médico se acercó al enfermo y le levantó los párpados para observarle mejor los ojos.

—¿Duran mucho esos ataques? —preguntó.

—A veces poco tiempo, otras veces medio día o más.

—¿Te pasa con frecuencia?

—Cada día con más frecuencia.

—Entiendo que esa figura —dijo Kalam, señalando al monstruo—, la ha puesto ahí el sacerdote ¿qué te ha aconsejado para acabar con tu mal?

—Bueno, me ha dicho que realice sacrificios, que beba sangre de carnero y también orina mezclada con heces y sangre de oveja. Pero creo que esto último no lo voy a hacer, no lo podría soportar.

—¡Yo preferiría seguir endemoniado! —exclamó el general, dando una fuerte carcajada.

—Túmbate en la cama —ordenó el médico.

El paciente obedeció, y Kalam le tomó el pulso, abrió sus párpados para estudiar mejor su retina y le olió el aliento. Después, le puso el oído en el corazón mientras con una mano le apretaba suavemente el cuello por debajo de la mandíbula. El general observaba la escena con atención.

—Tienes dos opciones —le dijo el médico—, o seguir los consejos del sacerdote o los míos.

—Señor, por horribles que sean los suyos, seguro que serán más llevaderos que los del sacerdote —dijo esperanzado el comerciante.

—De la planta llamada cáñamo, toma su resina y ponla al fuego. Debes inhalar su humo cuatro veces al día. También, deberás coger un litro de agua y ponerla a calentar añadiendo espliego, marrubio, hinojo y raíz de espárrago con miel. Y, para poder descansar por la noche, pon espliego seco en una bolsita y colócala debajo de la almohada. Si haces lo que te digo, tu cuerpo entrará en sintonía y los ataques desaparecerán. Si no encuentras estos ingredientes, acércate al campamento militar y yo te los daré.

—Gracias, mi señor —dijo muy agradecido el enfermo—, pero no se preocupe, tengo una prima que conoce cientos de plantas y seguro que las que me acaba de mencionar, le son familiares. Sin duda me serviré de sus consejos pero, para evitar problemas con el sacerdote, le diré que sigo los suyos y sacrificaré y beberé la sangre del carnero.

—Bueno, un poco de sangre tampoco creo que le haga mal a nadie —intervino el general.

—Haz lo que consideres oportuno Immal, lo importante es que te recuperes.

El paciente se incorporó y le dio al médico un fuerte apretón de manos.

—Le estoy enormemente agradecido ¿cómo podría pagaros?

—Soy médico real y ya cobro por ello, nada me debes.

—Gracias señor.

—Debemos irnos ya —apremió el general—, tengo una importante reunión con el gobernador, y voy con retraso.

—Saludos, Immal —dijo Kalam.

—Saludos, grandes hombres —dijeron Immal y su mujer.

El general salió a toda prisa de la casa, seguido con dificultad por Kalam.

—Vas a dejar sin clientela al sacerdote —dijo el general, mientras caminaba rápido hacia el palacio.

—Cada uno busca lo mejor para sus pacientes, simplemente usamos métodos distintos.

—Sinceramente —dijo escéptico el general—, no creo que unos hierbajos echen a un demonio de un cuerpo, pero tampoco creo que lo haga comer mierda, no obstante, prefiero beber hierbajos que comer mierda de oveja —terminó de decir el general escupiendo al suelo.

—Debo ir al campamento, tengo que organizar todo mi equipo.

—Bien, vete y diles a mis capitanes que vayan al palacio del gobernador.

—Así lo haré —dijo Kalam despidiéndose con una suave inclinación con la cabeza.

Artacomo entró en el palacio y se encontró con Mushukib y Ummun que le esperaban impacientes, tenían importantes noticias para él.

—Los cimerios se dirigen a Karkemish, debemos partir de inmediato o toda la región de Capadocia caerá en sus manos —dijo Ummun.

—¿Cuántos soldados son? —preguntó el general.

—Miles —contestó Ummun—. A los cimerios se les han unido mercenarios armenios y escitas. Nuestros exploradores nos han informado de largas columnas de infantería y caballería, calculan que unos ocho mil soldados en total. Parece que no tienen muchos carros.

—Los cimerios no utilizan apenas carros de combate, son tropas muy rápidas basadas en la caballería y en la infantería ligera. Atacan y se retiran para desgastar al enemigo y cuando le ven agotado, mandan a sus jinetes

para que les arrasen. ¿De cuántas tropas disponemos en la ciudad? —preguntó Artacomo.

El gobernador se acarició la barba preocupado.

—Tengo dos mil soldados, de los cuales, quinientos son de infantería pesada y ochocientos son jinetes, además, tenemos doscientos carros.

—Bueno, pueden ser suficientes. Prepara a tus soldados, partimos mañana hacia Karkemish, enseñaremos a esos hijos de perra como luchamos los asirios.

Mushukib se levantó de su asiento y se dirigió a Artacomo. Le sudaban las manos.

—¿Podrás vencerles, general? —le preguntó preocupado el gobernador —. Si eres derrotado tomarán Harran, no tenemos tropas que la protejan y después tendrán el paso libre hacia Palestina o Nínive, dependiendo de adónde quieran dirigirse.

—Les venceré —respondió convencido Artacomo— los cimerios serán exterminados y su nombre será borrado de la historia.

—Que los dioses te oigan —asintió el gobernador—. Mandaré al sacerdote que realice sacrificios en vuestro honor.

—Los oráculos nos son propicios. Le he preguntado al sacerdote y tendremos el favor de los dioses. El botín de guerra hará aún más grande nuestro colosal imperio.

Los capitanes del general asirio hicieron acto de presencia y entraron en la sala, saludaron a los presentes y tomaron asiento. Dos esclavos les sirvieron algo de comer y vino. Eran los más fieles acólitos del general. Hacía años que servían bajo sus órdenes, habiendo logrado ascender, gracias a su valor en combate y a la fidelidad que le profesaban. Bitakyn, capitán de carros, Baladán capitán de infantería y Sargaon capitán de caballería, sus nombres eran conocidos y temidos en las cuatro esquinas del mundo. El rumor del avance de los cimerios había llegado al campamento y estaban inquietos. Según habían oído, los cimerios habían saqueado varias ciudades asirias situadas en la Capadocia y se dirigían a Karkemish. Tenían que evitar el avance cimerio o el imperio asirio se vería gravemente amenazado.

—Conozco a los soldados cimerios —dijo Bitakyn— son muy buenos jinetes. Rápidos y valientes, no tienen miedo a la muerte, debemos tener cuidado con su caballería. En cambio, su infantería no debe ser problema para nuestros soldados, mucho más hábiles con la lanza y la espada.

—Los cimerios a pie no saben luchar —dijo Sargaon—, pero los jinetes, tanto cimerios como escitas, pueden ser un problema.

—¿Y los soldados armenios? —preguntó el gobernador.

Los capitanes asirios sonrieron.

—Son campesinos con espada, no nos crearán ningún tipo de dificultad —dijo Ummun—. No son más que aldeanos pobres que se dejan reclutar como mercenarios para poder subsistir. Seguro que los cimeros los utilizan como fuerza de choque para distraernos y cansar a nuestros soldados, mientras preparan el verdadero ataque.

El general Artacomo asintió, se sirvió una copa de vino y se levantó de su asiento.

—Es cierto lo que dices Ummun —confirmó Artacomo—, los armenios no son problema pero los arqueros a caballo escitas sí. Tienen fama de ser muy habilidosos a caballo. Según comentan, desde que son niños les enseñan el manejo del arco y aprenden a dirigir los caballos sin riendas dejando sus manos libres para disparar sus arcos. Debemos atacar su caballería antes de que ellos nos ataquen a nosotros. Si se coordinan con la caballería cimeria, podríamos tener dificultades.

—Eso será tarea mía, mi general —dijo Baladán levantándose de un salto—, mi infantería pesada y mis arqueros seremos un muro infranqueable, les debilitaremos lo suficiente para que Sargaon y sus jinetes les dé el toque de gracia. Los armenios no serán problema para Bitakyn y sus carros.

—Bien —dijo el general—, debemos volver al campamento y preparar nuestras tropas. Ummun, te espero junto con tus soldados en los muros exteriores de la ciudad, mañana al alba.

Los capitanes se dirigieron hacia el campamento, pensando en la mejor estrategia contra los cimerios. Artacomo estaba preocupado, no había contado con los mercenarios armenios ni escitas. Seguramente, se encuentren en inferioridad numérica. Además, tenía otro problema de qué

preocuparse; cómo quitarse de en medio a Kalam. Artacomo se dirigió hacia la tienda de campaña del *asu*, fuera, se encontraban montando guardia los dos soldados que hacían de escolta. Artacomo llamó a uno de ellos y se perdieron en la oscuridad.

A pesar de que acababa de amanecer, el incipiente calor auguraba el inicio de un tórrido día de finales de primavera. Era temprano y los muros de la ciudad ya estaban atestados de hombres y mujeres que no querían perderse la marcha del ejército y despedían a los soldados con música y flores. El gobernador observaba el poderoso ejército desde la muralla, situada encima de la puerta principal de la ciudad. Las escamas metálicas de los uniformes de los soldados brillaban bajo la tenue luz del sol, dándoles una apariencia irreal, como si fueran soldados de otro mundo. Era el todopoderoso ejército asirio en todo su esplendor. El ejército que dominaba todo el mundo conocido, el terror de Mesopotamia. No había nación que tuviera un poder militar semejante. Solo oír su nombre provocaba el pánico entre sus enemigos. Su valentía, su ferocidad en el campo de batalla y su crueldad con los vencidos les precedía. Desde Urartu a Arabia, desde Elam hasta Egipto, todas las naciones les temían. Todas menos una, los cimerios. Este pueblo nómada, que ahora lideraba el rey Teushpa, había osado enfrentarse ellos. El propio Sargón, abuelo del rey Assarhaddon, había muerto en una batalla contra ellos. Conquistaron Frigia donde su rey, Midas, prefirió morir envenenado antes que caer en sus manos. Ahora dominaban la Capadocia asiria y si no se les detenía, podrían poner en riesgo a todo el imperio.

El ejército asirio emprendió la marcha hacia Karkemish, debían llegar a su destino antes que los cimerios o la ciudad sería arrasada. Llevaban dos días de marcha cuando un explorador, informó a Artacomo que los cimerios habían cambiado de dirección, ahora se dirigían hacia Hubushna, la puerta de Capadocia. También le dijo que, a las tropas de Teushpa, se habían unido más mercenarios provenientes de Frigia y Armenia, ahora el ejército debería estar compuesto por más de quince mil hombres. Artacomo informó a sus capitanes y a Ummun de la situación, y se dirigió con su ejército a Hubushna, donde llegaron después de tres días de infatigable marcha. Las

tropas cimerias habían sitiado la ciudad y Artacomo les observaba desde una pequeña loma. Habían llegado a tiempo, los cimerios no había tenido tiempo de montar sus máquinas de asedio. Deberían ser unos veinte mil soldados, rodeaban completamente la ciudad y sus fuegos iluminaban la oscuridad de la noche. La mañana siguiente hubo movimientos en el campamento cimerio, sin duda, les habían localizado. Teushpa desmontó el asedio y organizó sus tropas para la batalla, desplazó su ejército a dos kilómetros de la ciudad de Hubushna, hacia una zona rocosa con ligeras lomas para dificultar el movimiento de los carros asirios. Mientras el ejército cimerio se movía, Artacomo se mantenía protegido en la loma. Montó empalizadas y rodeó todo el campamento con un profundo foso, no quería sorpresas. Mandó un explorador a Hubushna para que le informara de la situación de la ciudad y reclutar a todos los hombres que fuera posible. A las pocas horas, el explorador volvía acompañado con doscientos jinetes, poco tiempo después, mil hombres se les unieron. Encabezaba las tropas de Hubushna su gobernador civil, Taladeón, un guardia le escoltó a la tienda de Artacomo, donde se encontraba el general, junto con la plana mayor del ejército.

—Saludos, mi nombre es Taladeón gobernador civil de Hubushna —se presentó el gobernador—. Habéis llegado justo a tiempo, doy gracias a los dioses.

—Saludos gobernador, veo que traes algunos soldados contigo —dijo Artacomo.

El gobernador miró al suelo.

—Siento no traer más —se disculpó Taladeón—, pero la guarnición es pequeña y los hombres son aldeanos que no saben luchar, en el campo de batalla serían un estorbo más que una ayuda.

—Eso es cierto, en el campo de batalla, es preferible tener pocos soldados a tener muchos hombres —dijo Sargaon.

—Los cimerios han organizado sus tropas y nos esperan en una zona rocosa. Nuestros carros no tendrán mucho campo de maniobra y podrían ser presa fácil para sus arqueros a caballo —dijo Bitakyn.

—Debemos sacarles de allí y obligarles a luchar en campo abierto —intervino Ummun.

—Un terreno rocoso tampoco les beneficia, sus caballos pueden tropezar y es difícil mantener la formación de las tropas de infantería. Lucharemos allí donde ellos nos esperan, pero lo haremos a nuestra manera —dijo el general.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Taladeón.

—De momento, dormir y descansar —contestó Artacomo—, debemos estar frescos, mañana antes del amanecer, bajaremos la montaña y montaremos el campamento cerca de Hubushna.

—Es una pena que queráis descansar —dijo Taladeón—, os he traído una sorpresa para ti y tus oficiales.

En ese momento, el gobernador de Hubushna dio dos palmadas y entraron en la tienda varios sirvientes portando tinajas con vino y *sikaru restu*. Los soldados sonrieron y empezaron a beber copiosamente, al poco tiempo, el gobernador dio otras dos palmadas y aparecieron varias decenas de mujeres vestidas con ropas transparentes.

—¡Bueno, iré a dormir un poco más tarde! —rio a carcajadas el general —. ¡Gracias por tu sorpresa gobernador, voy a dar buena cuenta del vino y de estas mujeres!

—Te puedo asegurar que es todo un placer —dijo riendo el gobernador mientras se servía otra copa de vino.

Los soldados bebieron y disfrutaron de los encantos de las jóvenes de Hubushna, hasta bien entrada la noche. Finalmente, poco antes del amanecer, cayeron dormidos victimas del vino y el cansancio.

Artacomo había dormido pocas horas y como era habitual en él, se encontraba con un humor de perros. Bebió una copa de vino de un trago y comió algo de carne de cabra con miel. Sus capitanes, aún dormían en su tienda, abrazados a las mujeres. Él era el único que se había despertado. Salió fuera y observó a los cimerios. No se habían movido, permaneciendo en el mismo sitio que el día anterior, era evidente que no tenían intención de moverse de allí. Despertó a sus capitanes y les ordenó que organizasen sus tropas. Estaba impaciente por enfrentarse a ellos.

Los soldados asirios bajaron la montaña y se situaron a pocos kilómetros de las tropas enemigas. Artacomo dirigía al ejército desde su carro tirado por dos caballos. Un auriga y un escudero eran sus acompañantes. Como armas, Artacomo llevaba un arco, varias lanzas y su espada. El escudero le protegía con un gran escudo redondo de madera, mientras soportaba el carcaj cargado de flechas. Vestía botas altas y una túnica con flecos, ceñida al cuerpo, con un cinturón. Dos franjas azules cruzadas en el pecho, informaban de su cargo, mientras que una cota de malla metálica acolchada con lino, le protegería de las flechas y de las estocadas enemigas. Un yelmo de metal, coronado por un penacho de plumas de avestruz, era su casco. El ejército cimerio estaba formado en varias líneas de combate y preparado para la batalla. La primera línea estaba compuesta por los mercenarios armenios, seguidos por la infantería cimeria y la caballería. Los jinetes escitas se situaron a ambos flancos del ejército, para facilitar su maniobrabilidad. Los carros de combate se encontraban en la última fila. Artacomo pudo ver como Teushpa, montado sobre un carro con un auriga como único acompañante, daba órdenes a sus capitanes. No llevaba arco, simplemente su espada y varias lanzas componían su equipo.

A una orden de su general, el ejército asirio avanzó hacia los cimerios. En la primera línea de batalla, se situó la infantería pesada, la fuerza de choque de Artacomo. Estaba compuesta por fuertes soldados, que debían soportar el peso de una lanza de más de dos metros de largo y de un escudo redondo de madera de metro y medio. Con su lanza, mantenían a distancia a las tropas de infantería enemigas, mientras impedían la carga de la caballería, y con sus grandes escudos, protegían a la infantería ligera y a los arqueros situados justo detrás. Los carros de guerra se situaron después de los arqueros y estaban protegidos por la caballería. Una última línea de arqueros, completaba la formación.

Kalam observaba el movimiento de las tropas desde la retaguardia. Allí, junto con otros cincuenta cirujanos y varias decenas de asistentes y esclavos, había preparado un hospital de campaña con todo lo necesario para poder hacer su trabajo que, a todas luces, ese día no le iba a faltar. Varios cientos de soldados protegían la retaguardia de posibles incursiones enemigas, entre ellos los dos escoltas de Kalam, que no se habían separado

de él durante todo el viaje, ni de día, ni de noche. A pesar de todo el tiempo que pasaban juntos, no sabía nada de ellos, ni siquiera sus nombres. Kalam les miró y vio que estaban muy atentos a lo que ocurría en el campo de batalla, no sabía si se alegraban de estar en la retaguardia o hubieran preferido estar en primera línea. Pero después de observarles más detenidamente, se dio cuenta que los soldados hubieran preferido mil veces, estar luchando por su general, que estar protegiéndole a él. Volvió a mirar al ejército asirio y vio que, pocos cientos de metros, lo separaban de su enemigo.

Las tropas asirias avanzaban hacia los cimerios, que permanecían quietos, expectantes. De pronto, el sonido de una trompeta irrumpió en el campo de batalla y cientos de jinetes escitas se abalanzaron contra el ejército asirio. El avance escita no sorprendió a los asirios, que mantuvieron la formación y siguieron avanzando. Los jinetes cabalgaban a toda prisa y preparaban sus arcos apuntando hacia la infantería pesada. Otro sonido de trompetas, esta vez del lado asirio, fue la señal para que las tropas asirias detuvieran su avance. Un tercer sonido de trompetas hizo que los soldados de infantería pesada se arrodillaran, mientras apoyaban sus escudos en el suelo y levantaban en diagonal sus largas lanzas. En ese momento, los jinetes escitas se situaron en paralelo con las tropas asirias y dispararon sus arcos provocando numerosas bajas entre las tropas enemigas. Era impresionante ver su habilidad en el manejo del arco sobre el caballo, teniendo en cuenta que no sostenían las riendas. Sin duda, eran los mejores jinetes del mundo. Los arqueros asirios, situados en dos hileras, empezaron a disparar sus arcos, primero una hilera, y luego la segunda hilera, dando tiempo siempre a una tercera para cargar sus arcos. De esta manera, la lluvia de flechas sobre las tropas enemigas era constante. Muchos jinetes escitas cayeron abatidos, pero siguieron atacando el centro de la formación.

Mientras continuaba el intercambio de flechas entre la infantería asiria y la caballería escita, los soldados armenios comenzaron su avance en forma de cuña hacia la infantería pesada. Artacomo, que vio el movimiento armenio, mandó a Bitakyn y a sus carros contra estos. Mientras, Taladeón y doscientos jinetes, atacaron por los flancos a la caballería escita, que armada únicamente con arcos y una pequeña espada, se vio obligada a

replegarse. Taladeón persiguió a los jinetes escitas provocando numerosas bajas entre sus filas. El capitán escita que mandaba la caballería, al verse perseguido por los jinetes asirios, ordenó la retirada y se dirigió hacia la retaguardia cimeria. Taladeón, confiando en una victoria segura, espoleó a sus jinetes, pero una lluvia de flechas cayó sobre él y sus hombres, provocando numerosos muertos. Cuando se dio cuenta que había caído en una emboscada, retrocedió, pero fue demasiado tarde, la caballería cimeria cayó sobre ellos y los aplastó. Taladeón luchaba rodeado de enemigos, en el suelo yacían la mayoría de sus soldados, estaba agotado y herido.

—¡Taladeón está atrapado, Sargaon, dirígete con tus hombres e intenta liberarle de los cimeros! —ordenó el general.

—¡Sí, mi señor! —exclamó el capitán y espoleó su caballo hacia la posición del gobernador—. ¡Seguidme perros del infierno! —ordenó a su caballería.

Mil jinetes se dirigían hacia Taladeón, mientras, la infantería pesada de Artacomo daba buena cuenta de los armenios, que eran más numerosos pero peor equipados y adiestrados. La infantería pesada asiria avanzaba hacia los cimerios apoyada por las tres hileras de arqueros, que impedían que la caballería enemiga se les acercara. Pero los cimerios no habían dicho su última palabra. Sargaon, al ir a ayudar a Taladeón, había dejado una brecha en el flanco izquierdo. Los jinetes cimerios y escitas no perdieron la oportunidad y se lanzaron hacia la brecha provocando gran número de bajas entre las tropas asirias. La embestida fue brutal y los soldados cimerios llegaron hasta la retaguardia del ejército asirio. Pronto alcanzaron el campamento donde se encontraban los esclavos, las tropas auxiliares y el hospital de campaña. Artacomo vio como el enemigo incendiaba el campamento y ordenó a Ummun que fuera con sus jinetes y arqueros a repeler el ataque. Kalam vio horrorizado como la caballería enemiga atacaba el campamento, matando a todo aquel que se interponía en su camino. El *asu* cogió una espada e intentó defenderse. Un jinete cimerio le golpeó con el caballo y le pasó por encima. Cayó herido al suelo. En ese momento, uno de sus escoltas apareció y le atacó con su espada. Kalam, desde el suelo, consiguió defenderse, pero el soldado seguía atacando con gran violencia. El médico, no sin dificultad, logró levantarse, protegiéndose

una y otra vez de las embestidas del soldado. Trastabillado y cansado, retrocedió hasta que perdió el equilibrio y cayó al suelo. El soldado asirio, que debía velar por su seguridad y proteger su vida incluso con la suya, le tenía a su merced. Se acercó al médico, que permanecía inmóvil en el suelo. Sonrió, disfrutaba de ese momento. Sin duda, para él, matar era un verdadero placer y estaba tomándose su tiempo. Levantó su espada dispuesto a dar la estocada final, pero no lo consiguió. De pronto, su mirada reflejó sorpresa y terror. Miró su pecho y vio como el filo de una espada asomaba por él. Tocó el tibio hierro y observó su ensangrentada mano. Confuso, se dio la vuelta y vio el rostro del hombre que había sido su compañero durante las últimas semanas. Intentó avanzar hacia él pero cayó fulminado al suelo. El soldado extrajo la espada del cuerpo inerte de su anterior compañero y se dirigió a toda prisa hacia Kalam.

—¡Corre médico! —gritó el soldado—. ¡Toma este caballo y huye!

—Pero ¿por qué quería matarme?

—¡No lo sé, solo te puedo decir que la reina madre me dijo que te protegiera de cualquier enemigo! —exclamó el soldado—. ¡No te puedo decir más, ahora date prisa, coge este caballo y huye o morirás!

De pronto, un jinete escita apareció de la nada y disparó una flecha al soldado asirio, que cayó desplomado al suelo. Kalam intentó reanimarle, pero cuando vio que estaba muerto y que ya nada podía hacer por él, se dirigió hacia el caballo. Intentó montar pero un jinete cimerio le golpeó, haciéndole caer al suelo. El cimerio bajó del caballo y atacó a Kalam con su espada. El médico estaba cada vez más débil y apenas podía defenderse. El cimerio le atacó hiriéndole en un costado y continuó su embestida sobre un agotado Kalam, que difícilmente podía sostener la espada. Miró a su alrededor y huyó hacia una gran tienda de campaña que estaba ardiendo. El cimerio le siguió, pero tuvo que salir de la tienda ya que el humo apenas le dejaba respirar. Dio por muerto al *asu* y montó en su caballo. Kalam casi no podía respirar. Vio un odre con agua, se arrancó un pedazo de tela, la empapó y se tapó la cara con ella. Logró salir de la tienda y se montó en un caballo que pacía desorientado por el campamento. Sin mirar atrás, huyó del campamento gravemente herido.

Ummun y sus soldados se dirigieron al campamento, que estaba siendo devorado por las llamas. Los cimerios y los escitas, al ver la llegada de los asirios, se retiraron, pero cuando abandonaban el campamento, una lluvia de flechas cayó sobre ellos. Los arqueros asirios, que estaban en la retaguardia y que hasta ese momento no habían sido llamados a la lucha, aparecieron y vaciaron sus aljabas sobre sus enemigos. Artacomo mandó a los carros contra los cimerios, que ahora se veían seriamente amenazados. Baladán ordenó romper la formación de infantería y cargó con todas sus tropas contra el enemigo. Sargaon había llegado a tiempo de salvar a Taladeón, que se encontraba gravemente herido. El capitán asirio sufrió numerosas bajas y se preguntaba si salvar la vida del necio gobernador, había merecido la pena. Ordenó a dos jinetes que acompañaran a Taladeón a la retaguardia, el resto de los jinetes, cargarían junto a él contra los cimerios. Teushpa vio horrorizado como los carros asirios embestían contra su infantería, pasándoles por encima. Prácticamente sin caballería, solamente podía contar con algunos de sus carros de guerra. Ordenó a sus aurigas que le siguieran y se enfrentó a los carros asirios. El ataque fue desigual y pronto Teushpa se encontró rodeado por los carros enemigos mientras que la caballería de Sargaon aniquilaba su retaguardia. Los mercenarios armenios huían despavoridos, perseguidos por la infantería ligera asiria, los jinetes escitas apenas podían seguir resistiendo el ataque de los arqueros asirios, mientras que los cimerios luchaban en clara inferioridad numérica con la infantería pesada. Teushpa, si quería mantenerse con vida, no tenía más opción que huir con las pocas tropas que aún le quedaban. Conocía de sobra a los asirios y sabía cuál era el destino que les aguardaba a sus prisioneros. Rendirse significaba una muerte segura. Apartó de un golpe a su auriga y le echó del carro, cogió con fuerza las riendas y espoleó a los caballos, que comenzaron a galopar guiados por el diablo. El rey cimerio pasaba por encima de todo lo que se ponía por delante, no importaba si eran soldados aliados o enemigos. Sargaon vio como el rey cimerio intentaba escapar y fue a su encuentro junto con alguno de sus hombres. Teushpa miró atrás y vio como se le acercaba un grupo de jinetes asirios, espoleó aún más a sus caballos que corrían todo lo que podían. Uno de los caballos, exhausto por el esfuerzo, tropezó con una roca

y el carro volcó dando varias vueltas de campana. Una nube de polvo ocultó el carro del rey. Sargaon llegó al carro junto con sus hombres, cuando la nube se estaba disipando. Uno de los caballos estaba herido en una pata, intentaba levantarse, pero tenía parte de la estructura del carro encima y no podía hacerlo. El otro caballo permanecía tumbado, estaba muerto. Se acercaron al carro y no vieron al rey. Sargaon desenfundó su espada, dispersó a sus hombres y se pusieron a buscarle. Finalmente, lo encontraron herido a unos veinte metros del carro, estaba inconsciente pero vivo. No parecía que tuviera ninguna herida grave. Los soldados asirios dieron buena cuenta de sus enemigos, rematando a los heridos y torturando a muchos prisioneros. Grupos de soldados rebuscaban entre los cadáveres cualquier objeto de valor que se pudieran llevar a la bolsa. Varios soldados empezaron a pelearse para determinar el dueño del cadáver de un oficial cimerio. La disputa finalizó cuando se les acercó un oficial asirio, y se apropió del cadáver. Apenas unos centenares de soldados decidieron rendirse, la mayoría de ellos armenios.

Artacomo se dirigió hacia el campamento, o hacia lo poco que quedaba de él. Las llamas lo habían devorado completamente y cientos de soldados muertos, muchos de ellos calcinados, se encontraban esparcidos por toda la zona. Artacomo miraba los cadáveres buscando uno en particular, pero no lo encontraba.

—Señor —dijo un soldado a Artacomo—, hemos hallado los cuerpos de los dos escoltas muertos, también hemos encontrado varios cuerpos calcinados. Según parece, se encontraban en la tienda que almacenaba los alimentos. Algunos de ellos son soldados cimerios y otros compañeros asirios. Junto a ellos han aparecido varios hombres calcinados que, por los restos de sus ropajes, han sido identificados como cirujanos.

—¿Habéis localizado el cuerpo del *asu* del rey?

—No, mi señor, pero creemos que puede ser uno de los cuerpos calcinados encontrados en la tienda.

Artacomo se levantó de un salto y se dirigió hacia los restos de la tienda. Allí pudo comprobar lo que le había dicho el soldado. Varios

cuerpos calcinados se diseminaban por el suelo. Algunos podían ser identificados fácilmente como soldados asirios o cimerios por los restos del metal que componía su uniforme, mientras que otros, eran difícilmente identificables. Observó los cuerpos sin vida y llegó a la conclusión que se trataban de los cirujanos que estaban intentando escapar de los cimerios y se habían ocultado en el almacén. Allí encontraron la muerte cuando los soldados enemigos prendieron fuego a la tienda. Supuso que los soldados asirios intentaron repeler el ataque, pero les fue imposible, y también cayeron bajo el hierro cimerio. Con estas condiciones, era muy difícil que Kalam hubiera sobrevivido y más teniendo que cuenta que sus dos escoltas estaban muertos. Sin duda, podría dar al médico por muerto. Había cumplido con los dos objetivos de su misión; acabar con la incursión cimeria en Capadocia y evitar que Kalam saliera con vida de la campaña. El rey sería extremadamente generoso con él. Se sentía feliz y satisfecho, sin duda, era un gran día.

El general inspeccionaba los restos del campamento cuando, a lo lejos, vio como varios soldados llevaban a Teushpa encadenado ante su presencia. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la comitiva. El rey cimerio se encontraba herido en la cabeza y un pequeño hilo de sangre le cruzaba la mejilla. Se encontraba sucio de sudor y polvo. Estaba cabizbajo, humillado, había perdido toda oportunidad de vencer a Asiria y de poder así, proteger su querida tierra de Frigia, de futuras invasiones enemigas. Artacomo levantó un escabel que estaba caído en el suelo y se sentó. Teushpa fue arrojado al suelo y obligado a arrodillarse ante el general asirio.

—Una gran batalla —dijo Artacomo, mirando los restos de la lucha.

—Eso siempre lo dicen los vencedores —dijo abatido el cimerio.

El general le miró con suficiencia. Se sentía muy superior al derrotado rey.

—Lucháis bien los cimerios, es una pena que os hayáis confundido de enemigos.

—¿Qué vas a hacer con los prisioneros?

Artacomo se mesó la barba y miró a los cautivos.

—Los armenios no saben luchar, a la mayoría les mataré aquí mismo. A los demás, los venderemos como esclavos, serán parte del botín de guerra.

En cuanto a los escitas y los cimerios —dijo mientras se levantaba de la silla y miraba a un grupo de prisioneros fuertemente vigilados por soldados asirios— estos son otra cosa, son muy buenos soldados y les daremos la opción de unirse al ejército asirio, en caso contrario, serán ejecutados, la decisión es sencilla. Los que estén malheridos o no nos sean útiles, serán torturados y eliminados.

—¿Y en cuanto a mí? —preguntó preocupado el líder cimerio.

—Serás llevado ante el rey, que decida él qué hace contigo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO V

ASSARHADDON se encontraba en palacio disfrutando de uno de sus pasatiempos favoritos, un ejercicio de lucha, cuando su copero mayor le informó de la llegada de un mensajero. Raudo, se levantó de su asiento y los luchadores cesaron el combate. Se dirigió hacia la sala real, junto con su madre y el sacerdote. La reina Zukatu, continuó sentada mirando los sudorosos cuerpos de los luchadores, mientras disfrutaba del dulce sabor de unos dátiles.

—¿Qué noticias traes, mensajero? —preguntó impaciente el rey nada más entrar en la sala.

—Mi señor —dijo el mensajero postrándose ante el rey— traigo noticias del gran general Artacomo. La victoria ha sido total, los cimerios han sido derrotados y hemos conseguido un gran botín. El mismísimo rey cimerio ha sido hecho prisionero y será llevado a palacio…

—¿Eso es todo? —interrumpió el rey.

—No, mi señor —contestó el mensajero—, también traigo malas noticias. Kalam, su médico personal, ha muerto en combate.

La reina madre se llevó la mano a la boca y su rostro reflejó una enorme expresión de sorpresa y espanto. En cuanto al sacerdote, una leve sonrisa se pudo vislumbrar en sus labios.

—¡Oh, dioses es una gran pérdida para el imperio! Toda Asiria llorará su muerte —dijo el rey fingiendo dolor, sentándose abatido en su trono—. ¿Cómo murió?

—Como un héroe, mi señor. Los cimerios atacaron el campamento, muchos soldados asirios murieron. Prácticamente todos los cirujanos y esclavos cayeron bajo las espadas enemigas. No pudimos evitar su muerte.

Nakiya miró al sacerdote y pudo ver la satisfacción que irradiaban sus ojos.

—¿Ha podido recuperarse el cuerpo? —preguntó el rey.

—El campamento fue incendiado, su cuerpo, como el de muchos otros, quedó completamente calcinado e irreconocible.

—Entiendo, puedes irte soldado —dijo el rey levantándose del trono—. Recibirá el funeral de un general y se decretarán tres días de duelo en su honor.

La reina madre estaba consternada, ahora el rey tenía vía libre con Damkira. El trono de sus nietos peligraba.

—Señor, recibe mis más sinceras condolencias —dijo el sacerdote—. Teníamos opiniones, encontradas pero no cabe la menor duda que era un gran médico.

—Ahórrate tu compasión, sacerdote —le cortó la reina madre—. Todos sabemos la poca simpatía que sentías hacia el *asu*.

El ataque de la reina al sacerdote le desarmó, Nisher-Sag miró al suelo avergonzado. El rey les miró sin entender qué quería decir Nakiya.

—Es una desgracia para Asiria, era un gran médico —dijo el rey intentando cambiar de tema.

—Sin duda alguna, mi señor. Asiria llorará su muerte durante días —dijo el sacerdote mirando de reojo a la reina, esperando otra reprimenda.

La reina se acercó al rey.

—¿Qué harás con su mujer y su hijo? —le preguntó.

—Haré lo que dicte la ley —respondió el rey mirando al sacerdote.

—La ley dice que, si una mujer queda viuda estando bajo protección del rey, este debe protegerla a ella y a su progenie como si fuera su propia mujer y su propia descendencia. Al dormir bajo el mismo techo, para los ojos de los dioses son marido y mujer.

—Madre, como puedes ver, no tengo otra opción que hacer de Damkira mi esposa. Me tengo que ceñir a los requerimientos de la ley —dijo con sarcasmo el rey, mientras bebía un sorbo de *sikaru restu*.

Los peores augurios de la reina se hicieron realidad. Empezaba a imaginarse al hijo de Kalam sentado en el trono de Asiria.

—¿Cuándo le vas a dar la noticia a Damkira? —preguntó Nakiya.

—Serás tú, madre, quien lo haga —contestó el rey—. Esperaré las pertinentes semanas de luto, antes de hacerla mi esposa.

—¿Y si ella se negara a ser tu mujer? —La reina se agarraba a esa inverosímil posibilidad como un clavo ardiendo.

El rey sonrió.

—¿Negarse a ser la mujer del rey de Asiria? —preguntó riendo el rey —. Será mi mujer, quiera o no.

Nakiya aceptó su derrota.

—Bien hijo, haré lo que me dices. Espero que la muerte del hombre que te salvó la vida no enoje a los dioses —dijo la reina madre con resignación.

—¡No tuve nada que ver con su muerte! —gritó Assarhaddon—. ¡Los dioses no pueden estar enfadados conmigo, ha muerto porque ellos así lo han decidido!

—Claro que sí, mi señor —dijo Nisher-Sag para tranquilizarle—, ha sido el destino. Los dioses han querido que Kalam muera, para que Damkira sea suya.

—Ojalá sea así, hijo mío. Ahora debo marcharme, tengo que dar una mala noticia —dijo Nakiya con preocupación. La muerte del *asu* no estaba en sus planes y temía que los dioses castigaran al imperio por la osadía de su hijo.

La reina caminaba pensativa. Damkira nunca había sido de su agrado, pero tampoco le deseaba ningún mal. Su marido había salvado la vida de su hijo y este, en agradecimiento, le había enviado a una muerte casi segura. No importaba lo que dijera el sacerdote, estaba convencida que los dioses le castigarían por su ingratitud. Sumida en sus pensamientos, llegó hasta su alcoba. Se cambió de ropa y se vistió con un sencillo vestido largo de algodón color oscuro, sin ningún tipo de adorno. Llamó a una sirvienta y le ordenó que fuera a buscar a la mujer del *asu*. Poco después, llamaron a su puerta y Damkira entró en la habitación.

—¿Me has llamado, mi reina?

—Así es, Damkira —respondió huraña Nakiya, mientras ordenaba a una criada que sirviera dos copas de vino—, tengo malas noticias que darte.

—¿Kalam? —preguntó nerviosa.

—Toma esto y bébetelo —ordenó la reina dándole una de las copas.

Damkira cogió la copa y se la bebió de un trago, estaba impaciente por tener noticias de su marido y sabía que hasta que no la apurara, la reina madre no abriría la boca.

—Siento decirte esto —continuó Nakiya—; durante el tiempo que habéis estado viviendo en palacio, os he cogido cariño y además, Kalam salvó la vida de mi querido hijo…

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Damkira muy excitada.

—La batalla ha sido muy dura —continuó la reina esperando que el tranquilizante, que había puesto en su copa de vino, hiciera efecto cuanto antes—, han muerto muchos hombres, la sangre de nuestros soldados ha regado los campos.

—Por favor, no lo soporto más —volvió a interrumpir Damkira fuera de sí— ¿está herido… o muerto?

—Tú lo has dicho, mi querida Damkira, tu marido, el *asu* del rey, ha muerto —respondió Nakiya mirándola a los ojos.

Damkira sintió como todo daba vueltas a su alrededor. No podía respirar, su cuerpo no le respondía. Finalmente, cayó desmayada al suelo. La reina llamó a las sirvientas y la llevaron a su habitación. El viejo Imashar cuidó de ella durante días, pero no encontró mejoría. El desánimo había hecho presa en la bella Damkira.

El general entró en la ciudad de Nínive con todos los honores. Miles de personas se agolpaban para ver al triunfante ejército asirio, nuevamente vencedor sobre sus enemigos. Artacomo estaba eufórico, vestido con sus mejores galas, saludaba a todos los habitantes de la ciudad desde su flamante carro de guerra. Detrás de él, dentro de una jaula tirada por dos bueyes, se encontraba el rey Teushpa. Sucio, humillado, la población de Nínive le recibía tirándole frutas y verduras podridas, además de algún que otro escupitajo. Se encontraba acurrucado, hecho un ovillo, en una esquina del carro. Un final muy triste para un rey, otrora, tan poderoso. Assarhaddon, vestido con el traje de ceremonias, bajó la escalinata de palacio para recibir al héroe. Estaba exultante, no solo habían evitado la incursión cimeria, sino que también, le habían quitado de en medio al molesto Kalam, dejándole vía libre para poder seducir a Damkira.

Artacomo bajó raudo del carro y se dirigió hacia su señor.

—Saludos, mi rey.

—Saludos, mi buen general. Tu victoria ha sido asombrosa, se hablará de ti y de tus gestas durante siglos —dijo sonriendo el rey.

—Solo he servido a mi señor.

—Con efectividad y lealtad, el reino necesita más hombres como tú. El general no cabía de gozo.

—Te he traído un regalo, mi señor —dijo el general mirando hacia el carro donde se encontraba Teushpa.

El rey cimerio les observaba con atención, sabía que su vida dependía de esos dos hombres.

—Bien, luego hablaré con él, ahora entremos en palacio. He ordenado un gran banquete en tu honor.

—Gracias, mi señor —agradeció el general aunque, naturalmente, no esperaba menos después del enorme éxito de su misión.

Subieron la escalinata y se situaron junto a la puerta que daba entrada al palacio. Justo en ese momento, el sonido de trompetas estimuló más a la ya exultante población, que rompió en vítores y alabanzas hacia los dos hombres. Toda la ciudad de Nínive saludaba a sus salvadores. Entraron en palacio seguidos por toda la corte, allí les esperaba un gran banquete. Hicieron acto de presencia en la sala de audiencias, que ya se encontraba abarrotada de invitados; nobles, altos funcionarios, oficiales del ejército, ricos comerciantes y terratenientes, componían la clase dirigente de la capital y por ende, de Asiria. Más de trescientos comensales participarían del gran banquete. Damkira excusó su asistencia indicando que se encontraba indispuesta, hecho que disgustó al rey, que llevaba varios días sin verla. Se olvidó durante unos momentos de ella y observó la enorme sala ricamente decorada y a los invitados vestidos con sus mejores galas. Assarhaddon quería que la majestuosidad del festejo, fuera recordado durante años y lo había conseguido. Una vez sentados cada uno en el sitio que indicaba el protocolo, la música del laúd sonó y los criados desfilaron con los fastuosos manjares y exquisitas bebidas. Los sirvientes, ya fueran hombres o mujeres, vestían túnicas blancas hasta la cintura ceñidas por una

cinta azul y calzaban chinelas de cuero. Algunos de ellos eran esclavos, mientras otros eran sirvientes a sueldo de palacio. Portaban grandes bandejas de plata que contenían todo tipo de manjares. Primero, y como era costumbre, sirvieron la mesa del rey; aves de caza aderezada con miel, aceite y especias de oriente, carne asada de cabra, oveja y caballo, distintos tipos de queso, dátiles, higos, uvas, peras y granadas, componían los ingredientes del jugoso banquete. Ánforas de vino, *sikaru restu* e hidromiel, regaban los alimentos y hacían las delicias de los comensales. Cuando el banquete estaba muy avanzado, un grupo de bailarinas apareció en escena e hipnotizaron con sus danzas a todos los invitados. El ambiente cada vez era más embriagador y los efluvios del alcohol empezaron a hacer acto de presencia. Más de un noble recibió algún que otro golpe propinado por alguna bailarina, a la que había confundido con una prostituta, provocando las risas del resto de invitados. El rey hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una fiesta. Estaba muy interesado en todo lo referente a la campaña contra los cimerios, cuidándose mucho de hablar con el general sobre el fatal destino de su médico. Artacomo le narró con detalle todo lo sucedido durante la batalla y como habían capturado a Teushpa. El rey hizo llamar al prisionero, tenía curiosidad por conocer al cimerio que había osado desafiarle. Dos soldados llevaron a Teushpa ante su presencia. Debidamente encadenado, fue arrojado ante él y obligado a permanecer de rodillas. Su aspecto era aún más lamentable que cuando le vio desfilar encadenado en la jaula y despedía un olor nauseabundo. El rey, asqueado, mandó que le lavaran y le dieran ropas limpias. No quería que el olor de ese pordiosero le estropease la comida. Poco después, regresó el cimerio vestido con una larga camisa hasta los pies, cubierta por un manto llamado *kalasaris*, adornado por flecos. La apariencia de Teushpa había cambiado. Aunque no parecía un rey, tampoco se asemejaba a un paria. El cimerio volvió a ser arrojado ante el rey, intentó levantarse, pero un fornido soldado le golpeó con su lanza y cayó al suelo. El mismo soldado le obligó a ponerse de rodillas delante del asirio, ante las carcajadas de los asistentes, que veían con gozo el trato humillante que el cimerio estaba recibiendo.

—Saludos, cimerio —dijo Assarhaddon, comiéndose un pedazo de carne de codorniz.

—Saludos, poderoso rey de Asiria —saludó respetuoso Teushpa, mirando con ansiedad la comida que el rey asirio degustaba con fruición.

—¿Por qué has invadido mis tierras? —preguntó con tono neutro. En su voz no había ningún reproche, simplemente curiosidad.

Teushpa miraba con atención los alimentos. Hacía varios días que su comida se limitaba a pan duro y agua. Un soldado le golpeó con fuerza en la espalda, lo que distrajo su atención hacia la pregunta del Assarhaddon.

—Debíamos proteger nuestras fronteras.

—La Capadocia es una región importante para nosotros ¿pensaste que no respondería a vuestro ataque? —inquirió irritado el rey.

—Sabíamos que lo harías, nuestra intención era vencer a vuestro ejército y acordar una paz eterna con el poderoso imperio de Asiria.

—Nuestro imperio es invencible ¿acaso no te has dado cuenta?

—A pesar de vuestra victoria, aún tenemos un poderoso ejército en Frigia, podría ser llamado y atacar vuestras ciudades fronterizas. Os propongo una alianza. Para sellarla os entregaría la mano de mi hija Yashmina. Ambos reinos serían hermanos.

Las palabras de Teushpa irritaron a Artacomo, que estuvo a punto de levantarse y patear al cimerio, pero, de haberlo hecho, habría sido duramente castigado, pues solamente el rey, podía hablar con Teushpa. Assarhaddon debía autorizarle a participar en la conversación. Pero su cólera no le pasó desapercibida al rey asirio.

—Artacomo, ¿quieres decir algo? —preguntó el rey mirando a su general.

—Solo con su permiso, mi rey —respondió humildemente.

—Puedes decir lo que quieras, al fin y al cabo tú lo capturaste.

Artacomo se levantó y pateó la cabeza del rey cimerio que cayó de espaldas golpeándose con fuerza contra el suelo. De su nariz comenzó a fluir una gran cantidad de sangre, ensuciando el impoluto suelo de la sala.

—¿Cómo osas amenazar a nuestro rey? —preguntó enfurecido el general al cimerio, que se encontraba retorciéndose de dolor.

—¡Artacomo, te he dado permiso para que intervengas en la conversación, no para que maltrates al prisionero! —le espetó el rey—.

¡Estamos en un banquete real y este no es el lugar más adecuado para que muestres tu brutalidad!

—Lo siento, mi señor —se lamentó el general.

—¡Guardias, llevaros al prisionero! —ordenó el rey.

Los soldados cogieron al cimerio y lo sacaron en volandas de la sala. Artacomo contemplaba como se llevaban al rey cimerio, que aún se dolía del golpe. Todos se quedaron sorprendidos, no esperaban esa respuesta del rey. Creían que Assarhaddon mandaría ejecutar al cimerio allí mismo, delante de los invitados.

—Artacomo, tengo importantes planes para Asiria. Son ambiciosos y harán aún más grande nuestro imperio. Tú tienes un papel muy importante pero, por favor, no lo estropees. No podemos estar enemistados con todas las naciones. Debemos buscar alianzas que protejan nuestras fronteras —dijo el rey en un tono más conciliador.

—Lo que ordenéis, mi rey, vuestra majestad sabe que siempre le serviré con fidelidad.

—Lo sé, mi buen amigo —dijo el rey tocándole el hombro.

Los comensales se fueron despidiendo de Assarhaddon y abandonaron la sala hasta que, ya bien entrada la noche, se fue el último invitado. El rey se quedó solo en la sala, únicamente acompañado por su guardia personal. Se sirvió otra copa de vino, se encontraba muy ebrio. Había sido una noche perfecta y estaba decidido a terminarla de la mejor manera posible. Salió de la sala de audiencias y se dirigió hacia la parte del palacio destinada al personal de servicio, allí se encontraba el dormitorio de Damkira. Llegó dando tumbos a su estancia, abrió la puerta con la llave que le había proporcionado el mayordomo real, y entró. Allí encontró dormida a Damkira, en una habitación anexa, estaba su hijo Nabui. Se acercó a ella despacio, pero estar tan borracho, tropezó con una alfombra y cayó de bruces contra el suelo. El ruido del golpe despertó a Damkira, que se levantó sobresaltada de la cama. La habitación estaba muy oscura y apenas pudo ver una sombra que, con dificultad, intentaba levantarse.

—¿Quién eres, qué es lo que quieres? —preguntó aterrada Damkira.

—No… No temas soy Assarhaddon, tu rey —balbuceó Assarhaddon.

—Mi señor, ¿qué es lo que queréis?

—A ti, mi bella Damkira, ya es hora de que vuelvas a vivir —dijo el rey dirigiéndose hacia ella con paso tambaleante y la lujuria escrita en los ojos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VI

EL SOL le quemaba la piel, sus ojos estaban secos y sentía como la lengua se le hinchaba llenándole toda la boca de una especie de esponja áspera y pegajosa. Apenas podía respirar, el insoportable calor le abrasaba la garganta. La nariz, quemada por el sol, estaba seca y el polvo le rasgaba la garganta cada vez que intentaba respirar. La piel, quemada, negra, agrietada, estaba cubierta por llagas y supuraciones. Intentó retirar la manga de su camisa pero la tela se le había pegado en la piel, sintió un dolor insoportable, pero no tenía fuerzas para gritar. No sabía cuánto tiempo llevaba tumbado en medio del desierto, pero viendo la situación en la que se encontraba, pensó que mucho, demasiado. Ladeó la cabeza buscando su caballo, miró a lo lejos y le pareció ver un bulto, intentó incorporarse pero le fue imposible, no tenía fuerzas. Le ardían los ojos y casi no podía ver. Una fina neblina le impedía vislumbrar más allá de unos metros. Pudo, no sin pocas dificultades, percibir el escenario donde se encontraba. Su caballo yacía en el suelo, posiblemente muerto, a pocos metros de donde él se encontraba. Kalam estaba tumbado sobre un suelo árido, plagado de pequeñas rocas punzantes, que se le clavaban en la espalda y en las piernas como pequeños estiletes.

El espectáculo era desolador, estaba rodeado de infinitas dunas de fina arena que se alternaban con valles de afiladas rocas. Era el desierto. Y no era un desierto cualquiera, todos los asirios lo conocían. Era el desierto de Asharat, nadie jamás lo había atravesado. Se pensaba que era el hogar de los dioses y estos, recelosos de que algún mortal profanase su morada, habían creado un espacio inhóspito que evitase que cualquier ser humano intentase la audacia de acercase a su morada.

Contaba la leyenda que, una vez, un valiente guerrero, intentó atravesar el desierto para comprobar, por sus propios ojos, si en verdad ese lugar era, como se decía, la morada de los dioses o simplemente se trataba de un desierto más. Los dioses, llenos de ira hacia aquel ser inferior, que osaba blasfemar contra ellos negando su existencia, mandaron a su encuentro a una hermosa joven, vestida de blanco y montando un hermoso semental del mismo color. El guerrero, quedó paralizado, primero, por encontrarse con alguien en aquel inhóspito lugar y segundo, ante la belleza del ángel que se encontraba ante él. Hipnotizado ante tanta belleza, bajó del caballo y se acercó hacia la joven doncella. Cuando se encontró a su altura, vio como de los ojos de la mujer, salían dos enormes serpientes que se le enroscaron rápidamente por el cuello a la vez que la mujer daba aterradores gritos. De su boca comenzaron a salir escorpiones que, con gran rapidez, subieron por sus piernas. Estaba aterrado, petrificado ante el horror que se encontraba delante de él. Intentó escapar pero no pudo moverse, sintió como se le tragaba la tierra y en poco tiempo esta le llegó a la cintura. Intentó zafarse de las serpientes y de los escorpiones, pero cada movimiento que hacía, le hundía un poco más en la arena. Finalmente, fue tragado por el desierto y nunca más se supo de él. La mujer, satisfecha por su trabajo, se convirtió en un cuervo y desapareció volando en el horizonte.

Kalam, se encontraba en el mismo desierto de la historia. No era en modo alguno supersticioso, pero si realista, y sabía que solo un milagro podría evitar que muriera allí mismo. Estaba agotado, muy agotado. Sabía que iba a morir, ese sería su final. Sintió un pinchazo en el costado, se abrió la camisa y vio que estaba cubierto por una capa de sangre seca. Se incorporó y sintió un fuerte dolor, del costado herido comenzó a brotar sangre dejando ver una enorme brecha, sucia de barro, costras y restos de tela. La herida era grave y él lo sabía. Necesitaba beber agua o moriría en poco tiempo. Apenas le quedaban algunas horas de vida. Pudo ver que el caballo portaba un pellejo con agua, no sabía si se habría secado o si todavía contenían algo del sagrado líquido. Intentó levantarse pero no pudo, entonces, comenzó a arrastrase, pero el roce de su profunda herida con las afiladas piedras se lo impidió. Estaba convencido que ese sería su último día entre los vivos. Los ojos se le cerraban, ya no tenía fuerzas, no podía

respirar. Notó como una leve calma recorría todo su cuerpo, ya no sentía dolor, solo quietud. La noche llegó al desierto y con ella, la paz envolvió el maltrecho cuerpo del médico.

Despertó de golpe y se movió inquieto, algo le había tocado. Miro a su alrededor pero no vio nada. Aún no había amanecido y la oscuridad se cernía alrededor suyo. Cogió su espada e intento incorporarse pero no pudo. Seguía muy débil. Escuchó algo cerca del caballo muerto. Era un ruido sutil, tenue, alguien o algo reptaba sobre el animal. Intentó incorporarse de nuevo y esta vez tuvo más suerte, con gran esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Balanceándose a cada paso, logró acercarse al caballo con la espada en ristre. Estaba muy débil, pero consiguió sacar fuerzas de flaqueza y se colocó frente al animal muerto. Debido a la oscuridad, apenas podía verlo, simplemente notaba la sombra del mismo. De repente, vio otra sombra que se movía con rapidez, escuchó un gruñido y una bestia enorme cayó sobre él. Estaba tumbado en el suelo y la bestia le babeaba la cara e intentaba morderle. Le agarró del cuello pero la bestia gruñía e intentaba zafarse moviendo la cabeza a ambos lados. En un descuido, sintió un profundo dolor, la bestia le había mordido el brazo izquierdo. Dio un fuerte grito de dolor y desesperación, mientras la bestia hincaba con fuerza sus colmillos en su brazo, intentando desgarrarle la carne. Sentía la tibieza de la sangre bajándole por el hombro. Intentó buscar su espada pero no la encontró. Con el brazo derecho, tanteó el suelo hasta que sintió en sus dedos el frio hierro de la empuñadora. Cogiendo todo el aire que podía y haciendo caso omiso al dolor, giró con todas sus fuerzas el brazo derecho y clavó media espada en el lomo de la bestia, que después de dar un lastimero aullido, cayó fulminada encima de él.

Ya había amanecido cuando despertó. Sobre él se encontraba el cuerpo inerte de un lobo. Se ladeó y el animal cayó a su lado dejando escapar un hilillo de sangre del lomo, donde se encontraba aún clavada la espada. Estaba exhausto. Cogió su espada, la separó del lomo del lobo y comenzó a brotarle sangre de la herida. Sin pensárselo dos veces, acerco sus labios y empezó a beber. No sintió ni asco ni aprensión, tenía mucha sed y la sangre del lobo era el único líquido a kilómetros de distancia. Su brazo izquierdo ya no le dolía, lo miró y vio que le colgaban trozos de carne. No podía

moverlo, pero no sentía dolor, no sentía nada de dolor. Miró hacia el cielo y vio como un grupo de buitres volaban haciendo círculos justo encima de él.

Y su mente viajó. Se encontraba en su ciudad natal, recordando cuanto era niño, cuando era feliz y la vida le sonreía, cuando no tenía preocupaciones y su único cometido era disfrutar de la niñez. Y vio a su padre que le hacía un gesto con la mano para llamar su atención. Él tenía ocho años y jugaba con su amigo Ersham. Siempre jugaban a lo mismo, él era un valeroso capitán de las tropas del rey y su amigo, un soldado hitita, el pueblo que siglos antes, había dominado a los asirios.

—Estoy harto de ser un guerrero hitita —dijo el amigo de Kalam—, son un pueblo bárbaro y sus soldados no se pueden comparar con nuestros guerreros.

Jugaban en el patio interior de la casa, en el centro se encontraba un pequeño pozo, donde cogían agua para los animales y para las labores domésticas. Rodeando el patio, habían plantados algunos árboles frutales que, en verano, daban una más que apreciable sombra al hogar. La casa estaba formada por tres estancias, un corral que hacía de urinario y una pequeña cuadra donde se encontraba el asno. La casa estaba construida con adobe y paja y era muy sobria. La cocina estaba compuesta por un hogar donde cocinaban, una mesa y cuatro sillas. El dormitorio constaba de una mesa, una silla, dos mantas rellenas de paja, que hacían de colchón y un gran arcón donde guardaban la ropa. En la otra habitación su padre recibía a los enfermos. En ella el *asu* tenía una mesa larga, que hacía de camilla, además de varias estanterías donde tenía diverso material médico y pequeñas tinajas donde guardaba brebajes y plantas medicinales.

—Alguien tiene que hacer de hitita —sonrío Kalam—, no podemos estar en el mismo bando, sino, el juego no tendría gracia.

—Ya, el problema es que siempre soy yo el hitita ¿por qué no lo eres tú de vez en cuando, aunque sea para variar?

—Porque yo soy más grande y más fuerte que tú ¿y no querrás que nuestro pueblo vuelva a estar bajo el yugo de los hititas? ¡Cómo se entere el rey, te van a condenar por alta traición!

Kalam era un año mayor que su amigo y cuando tenían la misma conversación, se acogía a la amenaza de la traición al rey para campar a sus

anchas y elegir él su personaje favorito. A su amigo le causaba pánico que le acusaran de traición. Tenía solo siete años, pero era muy consciente de lo que les ocurría a aquellos que eran acusados, con o sin pruebas, de traición al rey y a su reino. Aquel que osara traicionar al rey, traicionaba al orden del universo. La traición era el caos, el caos era la barbarie y la barbarie lo que más temían los asirios. Así pues, el castigo a los traidores, debía ser equiparable al caos que dicha traición provocaría. Esto significa que los traidores podrían ser empalados vivos, despellejados, desmembrados, enterrados vivos o lapidados. El castigo depende del rey, que es quién decide cómo y en qué grado administrarlo. Fuera cual fuera su elección, el sufrimiento del traidor estaba asegurado.

—¡Siempre me haces lo mismo! Ya no juego —protestó Ersham—, me voy a mi casa.

—¡Kalam, ven, necesito que me ayudes! —gritó el médico desde la habitación donde atendía a los enfermos.

—¡Voy padre! Ersham, no te enfades, ¿nos vemos por la tarde?

—Bueno pero esta vez yo seré un general asirio —dijo sonriendo—. Tendrás que dejarte ganar o seré yo quién te denuncie por traidor. Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, —rio divertido Kalam— aprendes rápido, está bien, me dejaré ganar.

Kalam se dirigió a la estancia donde se encontraba su padre, a él le gustaba ayudarle en sus tareas como médico, aprendía mucho a su lado. Era consciente que todos esos conocimientos le serían muy útiles en el futuro. Su padre era una persona severa pero cariñosa, quería mucho a su único hijo y tenía mucha fe en él. Sabía que tenía una inteligencia superior a la del resto de los niños, pero también era consciente, que le perdía el temperamento. Era muy impulsivo e impaciente, carecía de autocontrol y esos defectos, si no eran convenientemente tratados, frustrarían su futuro como *asu*. Él le estaba educando y le instruía en el noble arte de la medicina. El niño era muy joven y mientras otros chiquillos de su edad jugaban o ayudaban a sus padres en las tareas del campo, él asistía con su padre a los enfermos y escuchaba atentamente todas sus enseñanzas.

Los médicos tenían muy buena reputación y su padre además, era llamado habitualmente para asistir a algún miembro de la nobleza de Assur,

lo que les permitía vivir con cierta holgura. Bien es cierto, que ser médico no escapa de ciertos riesgos y que incluso no estaban libres de maquinaciones palaciegas y de luchas de poder.

—Hola Padre —saludó Kalam.

—Hola hijo, este señor tiene una herida en el brazo y se la tenemos que coser. Si no lo hacemos, es posible que se le infecte y tenga fiebres. Cuando seas médico y veas una herida como esta, lo primero que tienes que hacer es limpiarla con agua y vino.

El médico cogió una pequeña gasa de algodón, la humedeció con agua y vino y muy suavemente, limpió la herida de su paciente. Comenzaba una clase práctica de su padre. A veces, se preguntaba cómo era posible que sus pacientes consintieran que, mientras les están curando, un niño que apenas sube un palmo del suelo, les observara atentamente. Cuando era ya un adolescente se lo preguntó a su padre y le contestó: «Algún día tú tendrás que cuidar sus heridas y curar sus enfermedades, cuanto antes empieces a formarte como médico, antes podrás ejercer tu profesión y antes podrás cuidar sus males. Siempre ha sido así y siempre será así».

Kalam era muy joven, pero ya había asistido a su padre varias veces y había visto ese tipo de heridas. Era muy común en tiempos de guerra —que eran la mayoría— se trataba de un corte profundo provocado, sin duda, por el filo de un cuchillo o de una espada. Después de las batallas, a su padre no le faltaba trabajo, estaba horas y horas atendiendo a los heridos. En muchos casos, salvaba la vida de sus pacientes, en otros, los heridos morían en sus brazos. «Cuando seas médico y no puedas salvar la vida de tu paciente —le dijo un día—, no te aflijas, piensa en las vidas que has salvado y, sobre todo, que has hecho todo lo posible por salvarle. Nuestros conocimientos son escasos y en muchas ocasiones, estamos en manos del destino».

No era cuestión suya dónde se había hecho esa herida, él era médico y su misión era curarle. Es cierto que, en más de una ocasión, fue interrogado por guardias sobre algún paciente suyo. En ese caso, contestaba con evasivas y si le presionaban en exceso, pedía el amparo del sacerdote. Esta petición, asustaba a los soldados, muy supersticiosos y temerosos de las fuerzas sobrenaturales que, según creían, dominaban los sacerdotes. «No

hay mayor valentía que el conocimiento y mayor cobardía que la ignorancia» —le decía a su hijo.

El paciente era joven, tenía los ojos claros y limpios y cubría su cabeza con un turbante azul. Detrás de su barba, poco espesa y negra como el ala del cuervo, dejaba traslucir una boca de finos labios y blancos dientes. Parecía un noble, pues no tenía el porte de un funcionario real o un comerciante. A Kalam este personaje le fascinó, tenía una hermosa espada con la empuñadura labrada en bellas formas. De la faja le colgaba una bellísima daga dorada como el oro, digna de un rey o un príncipe, portaba un enorme arco fabricado en una madera negra como el tizón y el carcaj y las flechas que contenía (un gran numero como pudo ver) eran del mismo material. Iba muy bien armado para no tratarse de un soldado. ¿Quién sería ese hombre?

—Después de limpiar la herida —continuó explicándole su padre—, debes coger una aguja como esta —le dijo, señalando una fina aguja ligeramente curva y con un pequeño orificio en una de sus puntas—, la hilvanas con este fino hilo de seda y la pasas varias veces por encima de una vela. Con esto, conseguiremos que todas las impurezas de la aguja desaparezcan con el calor de la vela, de esta manera, evitaremos infectar la herida al tocar la aguja con la piel.

El niño observaba con atención cada movimiento de su padre, había visto la escena cientos de veces y cientos de veces, Alamkar le había repetido el procedimiento. Aún así, le fascinaba cada acción de su padre, al que adoraba como a un dios.

—Debes introducir la punta muy despacio en la piel, intentando no penetrar en exceso en la carne —le indicaba el *asu*—, después debes empujar suavemente evitando que el hilo se anude.

El paciente, mientras tanto, observaba las indicaciones del médico y le sorprendía ver al chiquillo como se empapaba de las enseñanzas del padre. Cuando el médico acabó de coser la herida, salió de la estancia para recoger un poco de agua para limpiar la aguja y demás herramientas, dejando solos al paciente y a su hijo.

—Te llamas Kalam ¿verdad? —preguntó el paciente.

—Sí, señor —respondió tímidamente el niño mirando al suelo.

—¿Te gustaría ser médico como tu padre?

—Sí, señor.

—Los niños a tu edad, suelen preferir ser soldados ¿por qué en cambio tú quieres ser médico?

El niño no tenía ninguna duda sobre la respuesta.

—Quiero ser médico para poder curar a los enfermos y ser querido por todos en el pueblo, como lo es mi padre.

—Claro, es muy interesante. ¿Nunca te ha interesado convertirte en un gran soldado, defensor de tu patria?

—Alguna vez lo he pensado, luchar contra los enemigos y vivir un sin fin de aventuras. ¿Tú eres soldado?

—En mi pueblo, todos los hombres nacimos soldados.

—¿De dónde eres?

—De un país un lejano.

—¿Y qué has venido a hacer aquí? ¿Cómo te has hecho esta herida?

Alamkar entró en la estancia y escuchó la indiscreta pregunta de su hijo.

—¡Niño cállate y deja de molestar al señor! —le espetó su padre—. Disculpe a mi hijo, a veces es un poco impertinente.

—Ja, ja, ja —rio el paciente—. No te preocupes, la inocencia de los niños… Gracias por su atención, toma esta bolsa como pago por tus servicios.

—No es necesario señor —dijo el médico rechazando el dinero del extraño.

—¿No me vas a cobrar por este formidable trabajo? Ojalá tuviera médicos como tú en mi país, acepta la bolsa, en mi pueblo es de mala educación rechazar los regalos, sean cuales sean y más tratándose de dinero —le dijo acercándole la bolsa.

Alamkar la abrió y vació su contenido en su mano; treinta siclos de plata era el precio que el extraño había pagado por sus servicios, un precio muy alto por la cura de una herida superficial.

—Perdone señor —protestó el médico—, es un precio excesivo por una simple herida.

—Estos siclos están bien pagados y no cubren únicamente la cura de la herida, sino tu silencio, ya sabes que los escitas no somos muy bien

recibidos por estas tierras.

—Gracias señor —dijo Alamkar, y volvió a meter las monedas en la bolsa de cuero—. No se preocupe, nadie sabrá jamás que ha estado aquí.

El extraño asintió convencido de las palabras del *asu*.

—Muchas gracias médico. Tienes un hijo muy inteligente, será un gran médico…, como su padre.

—Gracias señor, eso espero, el niño tiene mucho interés por la profesión y yo estoy encantado de poder enseñársela.

—También es conveniente que conozca el arte de las armas, ¿ha practicado alguna vez con alguna?

El *asu* odiaba las armas y la guerra. Había visto tantas mutilaciones, tanto dolor, tantas muertes inútiles durante su experiencia como médico, que sentía repulsa por todo lo que la guerra significaba. Alamkar odiaba la violencia, pero por desgracia, era parte de su vida, como la del resto de los asirios.

—No señor, aún es joven pero estoy de acuerdo con usted, el manejo de la espada le puede ser muy útil en estos tiempos.

—Sería conveniente enseñarle a manejar la espada y arco. Para estos conocimientos, no importa la edad. En mi tierra, a la edad que tiene tu hijo, los niños ya son hábiles con el manejo del arco a caballo —dijo el paciente recogiendo sus armas—. Ha sido un placer conocerte, sin duda, has realizado un gran trabajo. Te deseo lo mejor para ti y tu familia.

—Gracias señor, le deseo un tranquilo regreso a su país —dijo el médico estrechándole la mano.

—Adiós pequeño —dijo el paciente tocando el pelo al niño—, estoy seguro que serás un gran médico y quién sabe, quizá tus hazañas lleguen algún día hasta tierras tan lejanas como la mía y tenga que requerir tus servicios.

—Allí estaré señor —dijo orgulloso el niño, sacando pecho ante las risas de su padre y del extraño—. Que tenga un feliz viaje.

Salió el extranjero por la puerta, con su aspecto señorial y bien pertrechado con todas sus armas. Montó en un hermoso caballo de guerra y cabalgó a toda prisa seguido por dos guerreros, que le aguardaban en la puerta, dejando una estela de polvo a su paso.

—¿Quién era ese señor? —preguntó Kalam, mientras observaba como se alejaba el extraño acompañado por sus hombres.

—Es un gran señor, viene de un país muy lejano y poderoso.

—¿Y qué ha venido a hacer aquí?

—No lo sé, hijo mío y créeme, es mejor así. Vámonos a comer, ya es tarde y tu madre seguro que ya ha preparado la comida.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VII

UN GOLPE le despertó de sus ensoñaciones, abrió los ojos y vio un límpido cielo azul surcado por algunas aves. Estaba tumbado, intentó incorporarse pero le fue imposible, todavía se encontraba extremadamente débil. Sintió que se movía y dedujo que se encontraba en algún tipo de carro. Le dolía todo el cuerpo y el movimiento de las ruedas, golpeando pequeñas rocas y baches, tampoco ayudaba a su recuperación. Ladeó la cabeza y pudo ver que no se encontraba solo.

—Ya ha despertado —oyó decir a un hombre.

—Por fin, pensé que ya no volvería con nosotros —le respondió otro—. Dale un poco de agua, quizá espabile.

Sintió en su boca el frescor del agua y eso pareció reanimarle.

—¿Don… dónde estoy? —consiguió preguntar.

—Estás en un carro tirado por bueyes, nos dirigimos a Sari.

—¿Hacia dónde? —inquirió confuso.

—Hacia Sari, en Masagetia, a unos tres meses de viaje de aquí —contestó otra voz.

—Pero yo debo volver a Nínive, con mi mujer y mi hijo —dijo preocupado, intentó incorporarse pero carecía de las fuerzas suficientes.

Los dos hombres sonrieron.

—Eso ya no es posible —dijo uno de ellos—, ahora eres un esclavo y nos perteneces.

—¿Un esclavo?

—Sí, ¿o pensabas que solo los asirios tienen derecho a tenerlos?

—¿Quiénes sois vosotros?

—Somos una familia de comerciantes escitas, acompañamos siempre a nuestros mercenarios. Negociamos con ellos el botín de los saqueos y también comerciamos con los pueblos amigos. Ahora volvemos a casa, nuestros soldados han sido derrotados por vuestras tropas. Por cierto, ¿cómo llegaste al desierto de Asharat? No tienes uniforme de soldado, ¿acaso eres un desertor?

—Soy físico —contestó Kalam.

—Bien, eso subirá tu precio. Ahora descansa, nos espera un viaje muy largo y debes recuperarte cuanto antes.

Se encontraba muy débil, miró sus heridas y pudo ver que estaban bien curadas. El olor a estiércol que emanaba, delató el tipo de tratamiento que los escitas, habían utilizado para curar sus heridas. No era un mal método, pero se necesitaba mucha pericia para poder tratar adecuadamente el estiércol, para que cerrase una herida y no la infectara. Debían hervir agua y después agregar el estiércol, era imprescindible mover constantemente la marmita para que todas las impurezas del estiércol cayeran al fondo. Una vez que el estiércol estaba preparado, se dejaba secar al sol y se mojaba con vino. Se hacia una pasta y se colocaba sobre la herida, un vendaje sujetaba la pasta para que se mantuviera firme. Era necesario cambiar el vendaje cada dos horas o el estiércol infectaría la herida. Funcionaba como coagulante y evitaba que el herido siguiese desangrándose, además, facilitaba su cicatrización.

—¿Cuántos días hace que me encontrasteis? —preguntó Kalam débilmente.

—Una semana.

—¿Cuándo fue la batalla?

—Hará dos semanas.

—Llevo dos semanas inconsciente —dijo con voz queda.

—Debes darle las gracias a tus dioses, no sabes lo cerca que has estado de la muerte.

—Pero ahora soy vuestro esclavo —dijo abatido.

—Sí, pero estás vivo.

Pasados unos días, se encontró mejor y le permitieron seguir a la caravana andando sin cadenas. Al fin y al cabo desconocía, dónde se encontraba y si hubiera intentado escapar, habría muerto de sed o de hambre. Miró más detenidamente la caravana, de unos doscientos escitas entre hombres, mujeres y niños. El grupo estaba compuesto por cientos de ovejas, cabras y caballos. Cincuenta carretas, tiradas por bueyes, eran su hogar durante la noche. Cada escita conocía bien su cometido; había pastores, cocineros, carreteros y cuando algún carro tenía algún problema, no faltaba algún carpintero o herrero que pudiera solucionar la avería. Naturalmente, varios jinetes protegían la valiosa caravana. Su aspecto era feroz, tenían largas barbas y bigotes, y protegían sus cabezas con yelmos de cuero, adornados con cuernos de ciervo. Eran los mismos hombres a los que, hacía pocos días, el ejército asirio venció en la encarnizada batalla. Se les veía dirigir sus caballos casi con el pensamiento, y sus manos permanecían libres, dejando las riendas de los caballos sueltas. Comían, bebían y orinaban encima del caballo, solo bajaban para darle descanso o cuando llegaba la noche. Sin duda, eran los mejores jinetes del mundo. Los escitas no hablaban mucho con él, a veces, algún niño se le acercaba por curiosidad pero inmediatamente salía corriendo.

Un caluroso día, Kalam se acercó a un jinete escita y le preguntó quién le había curado sus heridas. El escita, parco en palabras, le señaló a un anciano que se encontraba unas carretas más adelante. Kalam aceleró la marcha hasta que se encontró a la altura del carro.

—Saludos, quiero darte las gracias por salvarme la vida —dijo Kalam.

—Mi deber es salvar vidas —dijo el anciano sin mirarle.

—Mi nombre es Kalam y también soy médico.

—Yo no soy médico, mi joven amigo, soy *shaman* y mi nombre es Jafar.

Kalam observó detenidamente al anciano, no podía concretar su edad, pero aparentaba tener cien años o más. De aspecto frágil, era pequeño y muy delgado. Tenía la espalda curva, el cabello largo y blanco, y su rostro estaba oculto tras una rala y cana barba. Iba vestido con una túnica sin mangas, con una manta cruzada sobre el costado. Era *shaman*, lo que significaba que era un hombre sabio, un hombre al que se le pedía consejo y

era escuchado, un hombre que curaba a los enfermos. Era el vínculo entre los dioses y los hombres. Un mago, un sacerdote y un médico, todo en una única persona.

—No creo en el poder de la magia para curar a los enfermos, tampoco creo en el poder de los dioses —dijo Kalam para llamar la atención del anciano.

El *shaman* miró con indiferencia al asirio, sus ojos eran inexpresivos.

—No menosprecies el poder de la mente en la curación. El poder de la magia y de los dioses lo envuelve todo, aunque tú no tengas la sensibilidad suficiente para poder verlo —dijo con contundencia el anciano—. Mira a tu alrededor, mira el cielo, mira el bosque, el río, las aves que surcan los aires. ¿No te parece algo mágico? ¿No crees que los dioses tuvieron algo que ver en todo ello?

—Todo debe tener su explicación, no creo que los dioses participen en nada —contestó escéptico Kalam.

—Eres joven y has visto poco mundo. No soy yo quién debe hacerte cambiar de opinión, serán tus propias experiencias quienes lo hagan. Simplemente abre tu corazón y no mires únicamente con los ojos.

El asirio quedó impresionado con las palabras del viejo.

—Hablas con palabras sabias anciano, pero yo solo creo en mis conocimientos para poder curar a los enfermos.

—Supongo que utilizarás plantas medicinales, ¿verdad? —preguntó Jafar.

—Por supuesto.

—Las plantas medicinales tienen el poder de curar, pero también el poder de matar. ¿Quién crees que les dio ese poder?

—¿Me vas a decir que los dioses?

El anciano negó con la cabeza.

—La madre naturaleza proporciona a cada uno de sus hijos una serie de características y propiedades y a través de ellas, nos cura o nos mata. No es la planta quien nos enferma o nos sana, es la naturaleza la que se sirve de sus hijos para hacerlo.

—¿No crees en los dioses?

—Claro que creo en los dioses y en los espíritus, me he reunido muchas veces con ellos en mis noches de trance. Son ellos quienes crearon la naturaleza que es el principio de todo. A partir de ahí, la naturaleza nos creó a nosotros.

—¿Cómo son los dioses?

—Mi joven amigo, aún no estás preparado para saberlo.

—¿Crees que algún día lo estaré?

—Eso dependerá únicamente de ti.

El anciano se fue a la parte de atrás del carro y se cubrió con un manta. Había dado por terminada la conversación.

En su situación como esclavo, Kalam se veía obligado a ayudar a los mercaderes nómadas en todo aquello que le pidiesen, pero Jafar intercedió por él y le permitieron que le asistiera, cuando así, fuera requerido. No estaba encadenado y era libre de vagar por la caravana. Sabían que no conocía el terrero, los pueblos distaban a gran distancia unos de otros y la tierra era dura e inhóspita. Si intentaba huir moriría. Durante semanas, Kalam observó al *shaman* y este, viendo el interés que el joven médico tenía en todo lo que decía o hacía, lo aceptó como acólito suyo. Kalam aprendió nuevas formas de curar el reuma, cortar la menstruación, cerrar heridas profundas, curar dolores de cabeza, problemas digestivos y decenas de dolencias más. Comenzó a valorar el poder de la mente, de las palabras y de la sugestión para curar las enfermedades. «Uno se cura, cuando tiene fe en que se va a curar». Le dijo una vez Jafar. Incluso el *shaman*, le enseñó a interpretar los sueños como signos o síntomas de una actual o futura enfermedad.

—¿Has soñado alguna vez que tenías sed? —le preguntó un día el *shaman*.

—Claro.

—¿Y cuando has despertado acaso no tenías sed?

—Es cierto.

—¿Has soñado alguna vez que orinabas?

—Es verdad y cuando me he despertado me estaba meando —respondió Kalam con una carcajada.

El anciano sonrió.

—Estos son dos ejemplos sencillos de cómo los sueños nos indican que nuestro cuerpo tiene alguna carencia. Los sueños tienen varias finalidades y una de ellas, es avisarnos sobre males presentes o futuros, no desprecies sus mensajes porque no seas capaz de interpretarlos.

—Tienes razón Jafar, creo que me he comportado de forma estúpida.

—La juventud es una enfermedad que se cura con los años. Los jóvenes, por regla general, sois vanidosos y estúpidos. Solo con la experiencia, conseguís adquirir los conocimientos suficientes para daros cuenta de lo ignorantes que sois. Creo que tú ya has dado el primer paso.

Un día, paseaba Kalam junto a Jafar, cuando el *shaman* fue reclamado por un soldado. Parecía que uno de los comerciantes se encontraba gravemente enfermo. Fueron rápidamente a su carro, y le encontraron tumbado, retorciéndose de dolor.

—¿Qué es lo que le ocurre Pitmira? —le preguntó Jafar a la mujer del comerciante, una señora entrada en carnes, que difícilmente se movía por el carro sin aplastar a su marido.

—Lleva dos días muy malo, tiene dolores muy fuertes en el estómago, también tiene fuertes picores que le impiden dormir por la noche. El dios Sol nos ha castigado.

—Jafar —dijo dolorido el paciente—, me pica el culo, es un picor horrible, sobre todo por las noches. No lo puedo soportar, me rasco tanto que incluso me hago sangre. El picor es peor aún que el dolor de estómago. Es una maldición horrible la que me ha enviado el dios Sol. El *shaman* se acercó al enfermo, le olió el aliento y le auscultó el estómago. Le dijo que se diera la vuelta y observó que tenía manchas rojas en la parte baja del camisón, le pidió que le enseñara las manos y vio que, entre las uñas, había restos de sangre.

—Mujer, mañana con la primera luz del alba, vendré a visitar a tu marido. No temas por él, no creo que su problema sea grave, de todas formas, rezad constantemente al dios Sol, su ayuda nunca estará de más. ¡Ah! —exclamó el *shaman*, cuando ya se iba—, además de rezar al dios Sol, lava sus manos con agua mezclada con un poco de vino y véndaselas.

Cuando llegó el amanecer, Jafar se dirigió a la tienda del comerciante acompañado por Kalam. Allí se encontraba Pitmira, secándole el sudor de

la frente a su marido, que se retorcía por el dolor y los picores. El *shaman* sacó de una pequeña bolsa unas telas de lino y las impregnó con resina, luego ordenó al comerciante que se levantara el camisón. Cogió la tela de lino impregnada con la resina y se la colocó alrededor del ano. Pasados unos minutos, retiró el lino y lo observó a través de unos extraños cristales que aumentaban el tamaño de los objetos. Kalam estaba fascinado, nunca había visto nada semejante. Bajo ese instrumento transparente, un simple grano de trigo parecía una enorme roca.

—Mitmet, tienes gusanos en el estómago —fue el diagnóstico del *shaman*.

—¡Oh dios Sol! ¿Por qué nos envías este castigo tan horrible? —comenzó a lamentarse la mujer, rasgándose las vestiduras y tirándose de los pelos—. ¿Por qué?

—No temas Pitmira, tu marido sobrevivirá —dijo seguro de sí mismo el *shaman*—, el dios Sol se me ha parecido en sueños, y me ha revelado la cura para tu marido.

La mujer le miraba con expectación y esperanza. Kalam, observaba la escena atentamente.

—El dios Sol me ha dicho que has abusado de algunos de tus clientes, vendiéndoles productos a un precio muy superior a lo que en verdad le corresponden —dijo *shaman*, aunque ya conocía la respuesta.

—Pero muy pocas veces Jafar y eran extranjeros —intentó justificarse el mercader.

—Eso no importa, el dios Sol nos bendice a todos los hombres seamos escitas o no.

El comerciante se echó las manos a la cara y comenzó a llorar.

—No volveré a hacerlo —sollozó arrepentido.

—Eso es precisamente lo que quiere nuestro dios Sol. Los gusanos son el primer aviso, han sido enviados por él para comerte poco a poco en vida. Tú has intentado absorber la sangre de tus clientes a través de tus precios y el dios Sol, ha enviado a los gusanos para que absorban tu sangre directamente de tu cuerpo.

—¿Qué más debo hacer? —dijo el hombre cogiendo al *shaman* por los hombros, mientras que por sus mejillas corrían las lágrimas.

Jafar fingió lástima por el enfermo. Si algo temían los escitas, era enfadar a su dios y recibir sus castigos. Era el momento de acabar con la codicia del comerciante de una forma definitiva.

—Para poder curarte totalmente, tendrás que lavar con agua caliente toda la ropa de cama. Es más, te aconsejo que laves toda la ropa que tengas en el carro, incluida la de tu mujer. Tienes que lavarte las manos todos los días antes de comer y de irte a la cama. Hazlo con agua mezclada con vino. Debes evitar rascarte el ano y durante unos días, no te toques la boca ni la nariz. También pon tomillo machacado en agua hirviendo, deberás tomar dos o tres tazas al día. Estos consejos también son válidos para ti, mujer, tienes que hacer lo mismo que le he dicho a tu marido, los gusanos pasan muy fácilmente de un cuerpo a otro. Rezad y arrepentíos de vuestro pecado, de esta manera, sofocaréis la ira que el dios Sol siente por vosotros y los gusanos desaparecerán. Y, sobre todo, no volváis a engañar a vuestros clientes. El dios Sol da una oportunidad a sus hijos, no dos.

—Jafar, ¿estás seguro que el dios Sol nos perdonará? —preguntó esperanzado Mitmet.

—Eso me ha dicho en sueños, pero deberéis hacer todo lo que os he ordenado.

Kalam seguía observando con atención. ¿De verdad se le había aparecido el dios Sol en sueños? ¿Tan grande era su poder? Pensaba que la historia del *shaman* era falsa, pero después de conocerle, dudaba de todo, incluso de los conocimientos que había adquirido como *asu*. Estaba deseando salir de la tienda para hacerle cientos de preguntas. Finalmente, Jafar se despidió de los comerciantes y salió de la tienda. Pasaron varios minutos antes de que Kalam se atreviera a hablar.

—¿Es cierto que has visto en sueños al dios Sol? —le preguntó por fin.

—No.

—¿Por qué les has mentido?

El *shaman* negó con la cabeza, parecía que su acólito no había aprendido nada.

—Mitmet y Pitmira son muy religiosos, tienen una fe ciega en el dios Sol. Si les digo que el comerciante tiene gusanos y únicamente le doy el remedio para curarse, posiblemente no me tome en serio y se limite a rezar

pensando que es la única manera de curar su mal. Pero si le digo que el dios Sol, se me ha aparecido en sueños, y me ha revelado cómo curarle, estoy seguro que Mitmet y su mujer, se preocuparán en hacer todo lo que yo les ordene.

—¿Y el castigo por estafar a sus clientes? ¿Cómo lo sabías?

—¿Conoces a algún comerciante que no aumente de forma desorbitada sus precios? —rio el *shaman*—. La gente religiosa vincula la enfermedad a alguna mala acción, entonces, como castigo a esa mala acción, los dioses envían una maldición que hace que el pecador enferme. No pueden creer que la enfermedad pueda ser causada por la propia naturaleza.

—Creo que ya entiendo.

—Antes de conocer la enfermedad, tienes que preocuparte por conocer al enfermo. Debes saber si cree en los dioses, si es rico o pobre, si se alimenta bien, si es limpio, si bebe de forma habitual, si es de complexión fuerte o débil… Toda esta información te será muy útil a la hora de diagnosticar la enfermedad y sobre todo, en el momento de ofrecerle una cura. Recuerda, la sugestión es la mitad de la curación. Debes adaptarte a cada tipo de enfermo y aunque la enfermedad sea la misma, la forma de ofrecerle el tratamiento debe variar dependiendo del paciente.

Kalam meditó las palabras del *shaman*, hasta ese momento, no había sido consciente de lo ignorante que era. En toda su experiencia como *asu*, se había limitado a curar a los enfermos, a todos por igual, sin entrar en detalles, sin profundizar en las características de sus pacientes. Se había focalizado en la enfermedad, dejando de lado lo más importante; el enfermo. Ahora, gracias a las enseñanzas del anciano Jafar, se abría ante él una nueva forma de entender la medicina.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VIII

DESPUÉS de varias semanas de agotadora marcha, llegaron a la ciudad masageta de Sari. Estaba situada a mitad de camino de las caravanas que se dirigían tanto a occidente, como a oriente. Sus casas eran de planta circular, estaban construidas con bloques de piedra y la techumbre con ramas secas de brezo. Una alta muralla de robustos sillares y varias torres de vigilancia, la protegían de sus enemigos. Los vecinos de la ciudad acudieron raudos al encuentro de la caravana, ávidos de noticias de tierras lejanas y novedosas mercancías. Kalam, como era habitual cada vez que llegaban a un centro urbano, era encadenado para evitar su huida. El caudillo del pueblo, de nombre Jusman, salió a recibir a los comerciantes.

—Saludos, hermano.

—Saludos, amigo Jusman —saludó Kamed, el líder de la caravana.

—Veo que traes muchas mercancías.

—No tantas como quisiéramos, la campaña ha terminado antes de tiempo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó interesado Jusman.

—Después de conquistar varias ciudades, el rey cimerio ha sido derrotado por los asirios y con él, nuestros mercenarios. Por eso nos volvemos a casa antes de lo previsto.

—Es una verdadera pena. Pero vayamos mi casa, te serviré una jarra de *kumis* y ahogaremos nuestras desgracias bebiendo y contando viejas historias.

—Gracias amigo, todos necesitamos distraernos y alegrar nuestras almas después de un viaje tan largo.

—Y aún os queda un largo trecho antes de llegar a casa —dijo Jusman con malicia.

—¡No me lo recuerdes! —exclamó Kamed con una sonrisa.

Kamed, al igual que los habitantes de Sari, era de etnia masageta, tribu conocida por su coraje en la batalla y el uso de la crueldad extrema con los vencidos. Habitualmente, cortaban las cabezas de sus enemigos, les quitaban toda la carne y el cuero cabelludo y las preparaban como recipiente de bebidas. Era tradición entre los masagetas beber *kumis*, una bebida alcohólica proveniente de la fermentación de la leche de yegua, en el cráneo de algún jefe u oficial enemigo, después de la batalla cuando los huesos aún están calientes. También se comentaba que practicaban canibalismo, algo que no era de extrañar por la dificultad, sobre todo durante los largos inviernos, de conseguir alimentos. Kamed cruzó las murallas de Sari, acompañado por Jusman, no sin antes ordenar la construcción de un pequeño foso y la colocación de empalizadas alrededor de la caravana. No quería ser sorprendido por los bandidos durante la noche.

Entraron en el hogar del caudillo. Al igual que la mayoría de las casas de Sari, estaba construida de piedra, con la techumbre de brezo y con forma cónica. Una enorme hoguera situada en el centro de la casa, era el punto de reunión de toda la familia. Jusman vivía junto con sus seis mujeres y doce hijos. Debido a la alta mortandad masculina, era común la poligamia entre los masagetas. La única obligación del marido era mantener a todas sus mujeres. Se comentaba que Ushan, un antiguo rey masageta, había llegado a la nada inestimable cifra de doscientas mujeres y más de mil hijos. Tener tantas mujeres era un signo de poder y masculinidad para los masagetas. Jusman, como caudillo y máximo exponente del poder en la ciudad, estaba obligado a tener muchas mujeres y en pocos años había celebrado seis nupcias, aunque su intención era tener alguna más.

—¿Cómo están las cosas más allá del Tigris? —preguntó Jusman, mientras servía el *kumis* en una calavera.

—Los asirios siguen dominando toda la tierra desde el desierto de los medos hasta los reinos de fenicia —contestó Kamed mientras bebía.

—¿Y Egipto?

—Todavía es independiente, que yo sepa.

—Veo que los cimerios, junto con nuestros valerosos jinetes, no han sido rival para los asirios.

Kamed apuró su cráneo de *kumis*.

—Tienen un ejército muy organizado y sus armas son las mejores. Nuestros soldados son diestros a caballo pero no tanto a pie —dijo Kamed, mientras Jusman le llenaba su calavera con más *kumis*—. Además, no tenemos tanta habilidad con la espada como con el arco y en el campo de batalla, nos movemos de forma desorganizada.

Jusman miró preocupado al mercader. El ejército asirio parecía verdaderamente invencible.

—¿Atacarán Frigia ahora que han derrotado a los cimerios?

—Con los asirios todo es posible, de todas formas, prefiero que sus ojos miren hacia el oeste antes que hacia el este.

—Nuestras tierras no les interesan, son muy pobres y apenas tienen recursos. Son frías en invierno y extremadamente cálidas en verano, los asirios prefieren las temperaturas más templadas de occidente.

—Eso creo yo también —dijo Kamed, que contemplaba detenidamente a una de las mujeres de Jusman, que estaba dando el pecho a su hijo.

—Se llama Yilda —dijo el caudillo, que ya se había dado cuenta del interés de Kamed por su mujer—. Si te place, puedes dormir esta noche con ella.

—Es muy bella, te agradezco la invitación.

—¡Yilda, deja al niño y ven a atender a nuestro invitado como es debido!

Yilda apartó al niño de su pecho y se lo entregó a otra de las mujeres de Jusman, se acercó al invitado y se quitó la ropa quedándose completamente desnuda delante de él.

Al día siguiente, los carros de la caravana se convirtieron en pequeños tenderetes, donde los comerciantes escitas mostraban sus mercancías a los vecinos de Sari. Ropajes de fina lana o de suave algodón, hacían las delicias de las mujeres, mientras que recias espadas de hierro, cotas de malla y

manejables arcos, lo hacían de los hombres. Era un día de fiesta en la ciudad, ansiosa de noticias y novedades que amenizaran su rutinaria vida. Jusman paseaba con Kamed, mientras observaba las mercancías. Como buen anfitrión y por las más elementales normas de cortesía, realizó algunas compras, y se dirigió a un pequeño cercado donde se encontraban los esclavos que, unidos los unos a los otros mediante gruesas cadenas, esperaban un comprador.

—¿Quién es ese? —preguntó a Kamed, señalando a Kalam.

—Es un médico asirio, lo encontramos medio muerto, tirado en el desierto de Asharat.

—¿Qué hacía allí?

—Según ha comentado, era cirujano del ejército asirio.

—¿Está en venta?

—Claro, es un esclavo. Pero no creo que te interese, acerquémonos a aquellas mujeres, te voy a enseñar unas cuantas esclavas que seguro que van a ser mucho más de tu agrado que este asirio.

—Ja, ja, ja —rio Jusman, dirigiéndose hacia los esclavos—, de eso estoy seguro, pero déjame que antes hable con el asirio, tengo curiosidad.

—Haz lo que quieras amigo, allá tú si quieres perder tu tiempo.

Kalam se encontraba sentado con la espalda apoyada en la cerca, estaba encadenado a otro esclavo. Kamed se dirigió sigilosamente hacia el asirio y le dio una fuerte patada en la espalda, que le hizo caer hacia delante, retorciéndose de dolor.

—¡Levántate esclavo! —ordenó Kamed—. El caudillo de la ciudad quiere hablar contigo.

Kalam, con enorme dificultad y todavía doliéndose del golpe, consiguió ponerse en pie.

—Me ha dicho Kamed que eres médico —dijo Jusman.

—Así es.

—¿Eres bueno?

—Intento hacer bien mi trabajo —respondió Kalam, intentando ocultar su pasado como *asu* de Assarhaddon.

—En mi ciudad carecemos de médico, tenemos un *shaman*, pero está medio loco y ya nadie confía en él. ¿Qué precio tiene? —preguntó a

Kamed.

—Bueno, creo que una mina de plata puede ser un buen precio.

—¡Es muy caro! —exclamó Jusman—. ¡Acaso crees que Sari es Bhakri o la mismísima Nínive!

—¿Quieres poner precio a la salud de tu pueblo? —preguntó el mercader, fingiendo indignación.

—Sí que lo tiene, y no es una mina de plata —dijo soltando una fuerte carcajada el caudillo.

El regateo era muy común entre los escitas, podían pasarse horas y horas discutiendo por la más ínfima diferencia de precios. De hecho, si un cliente no regateaba, el mercader se sentía ofendido, incluso humillado y no le vendía la mercancía. El regateo era una especie de protocolo social de obligado cumplimiento.

—Está bien, dame cincuenta siclos de plata y es tuyo —dijo Kamed.

—¿Así pagas mi hospitalidad, intentando estafarme? —preguntó ofendido Jusman—. ¿Acaso no disfrutaste ayer de los encantos de mi mujer? Deberías regalármelo, de esta forma, te ahorraría una boca que alimentar hasta Bhakri.

—Eres duro de pelar amigo, ¿qué ofreces por él?

Jusman sonrió.

—Bueno, si tenemos en cuenta lo que te vas a ahorrar en su alimentación, te puedo dar veinticinco siclos de plata.

—Es muy poco y lo sabes, dame treinta siclos de plata y dos barricas de *kumis* y es todo tuyo.

—Creo que te has dado cuenta de la calidad de nuestro *kumis*, en Sari, se hace el mejor de toda Masagetia. Parece que empezamos a entendernos.

—¿Qué te opinas de mi oferta? —preguntó Kamed.

—Acepto. Vamos a comer a casa, te entregaré el dinero y las barricas.

—Para celebrar el acuerdo abriremos una. ¡Siempre y cuando me dejes dormir otra vez con Yilda! —exclamó Kamed dándole un golpe en el hombro.

—¡Voy a tener que vendértela! —rio Jusman.

—No, ya tengo dos esperándome en Bhakri. Otra mujer más no la podría mantener, no soy tan rico como tú, amigo Jusman. Además, no

soporto a las dos como para meter otra más en mi casa. Sinceramente, no sé como lo haces para aguantar a tus seis mujeres. Te admiro —dijo Kamed soltando una fuerte carcajada.

Kamed ordenó a uno de los soldados que liberase a Kalam y lo escoltase a la casa de Jusman. El asirio estaba inquieto, desconocía cuál sería su futuro como esclavo en Sari. Ni siquiera tuvo la oportunidad de despedirse de su amigo Jafar, le buscó con la mirada, pero desgraciadamente, no le encontró. Un hondo pesar nubló su mirada, añoraba a su mujer y su hijo, les echaba terriblemente de menos y más en esos momentos de angustia y soledad. Pensando en su familia, se dirigió hacia la choza del caudillo de la ciudad.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IX

INMENSAS eran las fronteras de Asiria y no menos numerosos sus enemigos. Entre ellos, el más peligroso era Taharqa, el faraón de Egipto. Cansado del poder asirio, había decidido debilitarlo promoviendo, a cambio de apoyo económico y militar, revueltas en distintas ciudades y reinos súbditos de Assarhaddon. Solo los fenicios respondieron favorablemente al levantamiento en armas de Taharqa, y las ciudades de Biblos, Sidón y Tiro se rebelaron contra la ocupación extranjera y asesinaron tanto a los gobernadores, como a los soldados asirios que velaban por los intereses del imperio. En Sidón, el gobernador asirio Amunnon, fue decapitado junto con toda su familia y clavaron sus cabezas en picas, colocándolas en la puerta principal de la ciudad. En Biblos el gobernador no había corrido mejor suerte y fue brutalmente asesinado junto con la guardia asiria. Fueron torturados y posteriormente empalados, flanqueando el camino principal de entrada a la ciudad. Esas noticias habían llegado a la capital y despertaron un fuerte sentimiento de venganza en toda Asiria. El rey debía sofocar la revuelta o se propagaría, como el fuego en un pajar, por todos los reinos dominados por el imperio.

Se encontraban reunidos en la sala de audiencias los más destacados dirigentes de Asiria, Artacomo como *turtanu* o general en jefe de las tropas asirias, Imoal como *nagir ekalli* o heraldo del palacio, Hammaratbi como *rab shaque* o copero mayor, Hitsinue como *abarakku* o intendente y los *shaknu* o gobernadores de las principales ciudades asirias; Assur, Nippur, Babilonia, Sippar, Kalah, Nimrud y, naturalmente Nigirsu, como *shaknu* de la capital Nínive. Cerraba el consejo, el sacerdote del templo del dios Shamash, Nisher-Sag El rey presidía la reunión, puso en antecedentes a los

miembros del consejo y les pidió su opinión sobre las medidas más convenientes para sofocar la revuelta.

—¡Debemos mandar a nuestras mejores tropas y aniquilarles! —exclamó con vehemencia el general Artacomo, crecido tras su victoria sobre los cimerios.

—Deben sufrir nuestra ira. Tenemos que destruir las ciudades fenicias, no dejar piedra sobre piedra. Su aniquilación hará que otros pueblos se lo piensen dos veces antes de levantarse contra nuestro glorioso imperio —intervino Hitsinue, buscando el apoyo de sus palabras en la mirada de los presentes.

—Partamos cuanto antes, —insistió Artacomo— no debemos permitir que disfruten ni un segundo más de su triunfo.

—Si la sublevación no es reprimida pronto puede que se les unan los cimerios, egipcios o incluso los medos. Corremos el riesgo de que la rebelde Babilonia se envalentone e intente independizarse —añadió Imoal.

El gobernador de Babilonia se levantó de un salto, tirando las copas de vino que se encontraban a su alrededor.

—¡Babilonia es fiel a nuestro rey! —exclamó encolerizado Eshergaar —. ¡No tolero que ofendas a mi pueblo!

—¿Tu pueblo? —preguntó Imoal—. ¿Acaso no eres asirio como el resto de nosotros?

—Soy asirio —respondió Eshergaar— pero ostento el cargo de *shaknu* de Babilonia desde hace años y me siento uno de ellos.

Imoal sonrió, tenía a Eshergaar donde quería.

—¿Reniegas de Asiria a favor de Babilonia? —preguntó sarcástico Imoal, levantándose de su silla.

—¡No pongas en mi boca palabras que no he pronunciado! —exclamó Eshergaar.

—No te alteres Eshergaar —intervino el rey—, sabes que Babilonia es una ciudad que más de una vez nos ha ocasionado quebraderos de cabeza, pero nadie en esta sala —añadió mirando a Imoal—, duda de tu fidelidad. No hagas caso de las palabras de Imoal, sabes que tiene la virtud de encolerizar a la gente.

Las palabras de Assarhaddon, tranquilizaron al gobernador de Babilonia.

—Mi señor, mi fidelidad está fuera de toda duda. Bien es cierto que desde, que vuestra alteza comenzó la reconstrucción de la ciudad y devolvió la escultura del dios Marduk a su templo, el odio a Asiria prácticamente ha desaparecido —dijo más calmado el gobernador.

—Eso habría que verlo —le susurró con tono jocoso Imoal a Hitsinue, que se encontraba a su derecha.

Eshergaar se levantó y se dirigió hacia Imoal con su espada desenvainada.

—¡Basta Imoal! Y tú Eshergaar, enfunda tu arma y siéntate en tu sitio. Por todos los dioses ¿no os dais cuenta de dónde estáis? —les espetó el rey —. El imperio se encuentra con serias dificultades y vosotros os comportáis como auténticos chiquillos. Si continuáis con vuestra actitud, quizá no volváis a ver vuestras respectivas ciudades —les amenazó Assarhaddon.

Ambos gobernadores se disculparon ante el rey. La discusión parecía zanjada.

—Mejor así. He convocado esta reunión, no para valorar la fidelidad de Babilonia, si no por los problemas que estamos teniendo con las ciudades fenicias. El rey Taharqa les ha instado a la rebeldía y se han sublevado contra nuestro poder. Debemos enviar nuestros ejércitos contra ellos, pero antes, quiero conocer cuál es la voluntad de los dioses —dijo el rey mirando a Nisher-Sag.

El sacerdote se dirigió hacia el centro de la sala tomándose su tiempo antes de hablar. Disfrutaba viendo a todos impacientes y expectantes ante los sagrados augurios de los dioses.

—Mi rey —saludó el sacerdote haciendo una leve inclinación con la cabeza—, hace unos días, realicé sacrificios y estudié las estrellas… —hizo una leve pausa—, y puedo decir, con total seguridad, que los dioses se me han manifestado —se escuchó un breve murmullo de aprobación en la sala —. Es más, los dioses me han confirmado una nueva y aplastante victoria sobre nuestros enemigos —los consejeros rieron y aplaudieron enfervorecidos—. Pero los dioses también me han dicho que debemos buscar aliados, debemos protegernos contra temibles enemigos que llegarán

más allá del mundo conocido. Enemigos procedentes de lejanas estepas o altas montañas, pueden poner en peligro nuestro imperio. Debemos buscar aliados que nos ayuden a proteger nuestras fronteras contra esos pueblos bárbaros. No podemos estar en guerra contra todas las naciones. Debemos cambiar nuestra política de alianzas y centrarnos en aniquilar a nuestro peor enemigo, Egipto.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala, todos estaban de acuerdo con las palabras del sacerdote.

—¿Qué más te han dicho los dioses? —preguntó Artacomo.

—Debemos proteger nuestras espaldas para poder enviar un gran número de tropas y sofocar la revuelta de los fenicios. Una vez que hayamos fortalecido nuestras alianzas, nos dirigiremos a Gaza, ciudad aliada y puerta del Sinaí.

—¿Luego atacaremos Egipto? —preguntó Karmilamon, primo del rey y gobernador de Nimrud—. ¡Debemos aniquilar a Taharqa y exterminar su maldita estirpe nubia!

Los gobernadores vitorearon las palabras de Karmilamon, la guerra contra Egipto era deseada desde hacía años. El rey se levantó de su trono y pidió silencio.

—Atacaremos Egipto cuando los reinos fenicios sean pacificados. Debemos afianzar nuestro poder en Fenicia y Palestina, antes de emprender la campaña contra Taharqa.

—Podríamos atacar Egipto una vez que hayamos sometido a los pueblos fenicios, todo en una misma campaña —dijo Hammaratbi.

—Desconocemos el estado en el que se encontrarán nuestras tropas, una vez sofoquen la sublevación. Será mejor que Artacomo nos espere en Gaza, su rey Sil-Bal es nuestro más fiel aliado en la zona. Una vez allí, el general nos informará, y si fuera necesario, enviaríamos tropas de refresco —añadió el rey mirando a Artacomo.

—Me parece un buen plan —dijo el general—. Hablamos de reducir tres ciudades importantes y no sé qué resistencia podremos encontrar.

—Es posible que el mismo Taharqa haya enviado tropas egipcias a defender esas ciudades —dijo Nigirsu.

—No creo —intervino Artacomo—, nuestros espías nos habrían informado de cualquier movimiento importante de tropas, pero aún así, no podemos obviar esa posibilidad.

—Debemos escuchar a los dioses, ellos guiarán nuestros pasos y nos llevarán hacia la victoria definitiva sobre nuestros enemigos —dijo el sacerdote, cerrando los ojos y levantando los brazos.

El rey dio dos palmadas y entraron en la sala varios sirvientes trayendo consigo bandejas de comida, tinajas de *sikaru restu* y vino aguado, Assarhaddon no quería que, en una reunión tan importante para el imperio, el alcohol mermara la lucidez de sus consejeros. Una vez que los sirvientes salieron de la sala, se reanudó el consejo.

—¿Sacerdote, a qué se refieren los dioses con proteger nuestras espaldas? —preguntó Karmilamon.

—Debemos pactar con Urartu, Elam y con los cimerios, de esta manera, las fronteras norte y este del reino estarán protegidas y no sufriremos ningún ataque mientras centramos nuestros esfuerzos en sofocar la sublevación de los fenicios.

—Mandaremos delegaciones a esos reinos —dijo Assarhaddon.

—El rey cimerio Teushpa, sigue siendo nuestro prisionero —dijo Artacomo—. Podemos pedir una fuerte cantidad de oro como rescate para poder financiar la campaña. Les forzaremos a firmar un tratado de paz y que nos envíen rehenes como garantía, su hija Yashmina podría ser uno de ellos, el cimerio se la ofreció a nuestro rey como esposa.

Assarhaddon asintió, le pareció buena idea.

—Aceptaré como esposa a la hija del cimerio. En cuanto a las alianzas, yo mismo iré a Urartu y a Elam, para negociar un pacto con ellos. Ni que decir tiene que esta conversación no puede salir de esta sala. Los espías vigilan cada uno de nuestros movimientos.

—Si bien he entendido, mi señor —intervino Artacomo—, mandaremos nuestras tropas a las ciudades fenicias, las someteremos y llegaremos a Gaza, donde informaré del estado de mis tropas. En el caso de que fuera necesario, recibiría refuerzos y si no fuera el caso, atacaría Egipto ¿es correcto, mi señor?

—Efectivamente Artacomo, así será como vamos a actuar. Mañana reúnete conmigo para concretar los detalles de la campaña.

Artacomo asintió. La campaña contra los fenicios podría ser el aperitivo de lo que siempre había sido su gran sueño; conquistar Egipto. Ya se imaginaba desfilando por Men-Nefer, con el rey Taharqa encadenado en una jaula, detrás de su carro de guerra.

—Será una victoria histórica mi señor —dijo Imoal ante el murmullo de aprobación del resto de consejeros.

—Los dioses bendecirán una vez más a nuestros ejércitos —confirmó el sacerdote—. La victoria será de nuestro rey.

—Espero que así sea. Consejeros, podéis marcharos —ordenó Assarhaddon.

Cuando salieron los consejeros, ordenó que le trajeran al rey cimerio ante su presencia, quería negociar la alianza con Teushpa sin que hubiera nadie delante. Al poco tiempo, unos soldados arrojaron ante el rey a un ser sucio, andrajoso y amoratado. Teushpa se encontraba en un estado deplorable. Vestido con harapos, era apenas la sombra del poderoso rey que hacía pocos meses, osó cuestionar el poder asirio.

Poco duraron las negociaciones. Teushpa, tenía poco margen de maniobra, y se limitó a aceptar las exigencias de Assarhaddon. De esta manera, el rey de los cimerios se vio obligado a entregarle las ciudades fronterizas de Tarsos e Isos; tres mil jinetes para su nueva campaña militar; cinco talentos de oro, veinte talentos de plata y dos mil caballos, y como garantía de la alianza, Teushpa acordó la entrega como rehenes, de los primogénitos de las diez familias más importantes de Gordio, incluida su hija Yashmina, con quién Assarhaddon recibiría esponsales.

Teushpa firmó la alianza y fue escoltado a sus aposentos en el palacio, ya en calidad de aliado, en lugar de prisionero. Asiria había conseguido proteger su frontera norte, y Frigia evitaría ser invadida por los asirios como castigo a sus ataques. El acuerdo beneficiaba a ambas naciones que, desde aquel día, no volvieron a guerrear entre ellas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO X

NIMRUD, hacía años que había sido destronada como capital del imperio, pero continuaba siendo una de las ciudades más florecientes de Asiria. Situada en la orilla este del río Tigris, era cruce de caminos de las caravanas que transportaban sal, oro y especias hacia el reino de Elam. Estaba rodeada por una muralla de ladrillo de ocho kilómetros de largo y quince metros de alto y cuatro puertas, fuertemente vigiladas, permitían el acceso a su interior. Un canal artificial saciaba la sed de hombres y animales permitiendo regar huertos y jardines. En el centro de la ciudad, se encontraba el mercado, corazón de la urbe y lugar de encuentro de comerciantes que vendían sus productos, y ciudadanos ávidos de mercancías o noticias. El comercio era la base de la prosperidad de la ciudad.

El gobernador de la ciudad, Karmilamon, era primo del rey. Hombre de pequeña altura y muy entrado en carnes, tenía el pelo lacio y limitado. Sus ojos, desproporcionadamente grandes, sobresalían en una cara redonda y amofletada. La boca, sin labios, era muy grande y cuando la abría daba la impresión de que en cualquier momento, se iba a comer a su interlocutor. Su cuerpo orondo estaba cubierto por decenas de verrugas y tenía una incipiente joroba. Vestía siempre con las mejores sedas y decoraba sus orondos dedos con anillos de oro y piedras preciosas. Coronaba su redonda cabeza con una diadema de plata y oro sobre una peluca debidamente aceitada con óleo de Fenicia. Karmilamon era conocido en la ciudad como el sapo y no únicamente por su aspecto físico. Era una persona ambiciosa, se rodeaba de lujos y de aduladores. Una decisión suya podía suponer la muerte de cualquiera que osara importunarle. Le gustaba rodearse de

artistas de todo tipo, pintores, escultores, filósofos, deseaba dar la impresión de ser una persona culta e interesante. Pero sobre todo, le gustaba estar rodeado de efebos. A su guardia personal la seleccionaba personalmente y no los elegía precisamente por su habilidad con las armas. Pero su debilidad eran los niños y los eunucos. No eran pocos los días que paseaba por el mercado con el único objetivo de comprar, a buen precio, algún joven esclavo con el que compartir sus noches de soledad.

Era amigo personal del general Artacomo y les unían las mismas ambiciones. Soñaba con abandonar Nimrud y convertirse en el rey de alguna gran provincia o ciudad sometida. Soñaba con Damasco, Tiro o, por qué no, Egipto. Este era su verdadero sueño, convertirse en faraón de Egipto, y haría cualquier cosa para conseguirlo. Más de una vez, le había asegurado a Artacomo, que algún día conquistaría Egipto y su poder e influencia sería superior a la del mismísimo Assarhaddon. El general fingía sentirse ofendido y le amenazaba con denunciarle por alta traición, pero después de beber varias copas de vino y disfrutar de los encantos de las esclavas, su imaginación volaba hasta las mismísimas murallas de Men-Nefer.

—Tú serás rey de Asiria —le dijo un día Karmilamon—, y me harás rey de Egipto. Dale tiempo a los dioses para que preparen su plan.

—Debería ensartarte con mi espada por traidor —le respondió Artacomo.

—Los dos somos fieles a nuestro rey, pero nada nos impide soñar e imaginar que nuestros deseos se hagan realidad.

—Yo nunca he deseado ser rey de Asiria.

—¿Acaso no sería la mejor de las glorias, para el más valeroso de sus generales?

—Nunca lucharía contra mi rey.

—Yo tampoco, estamos hablando de mi primo y si soy gobernador de Nimrud, es gracias a él, pero ¿quién sabe lo que nos puede deparar el futuro, mi buen amigo?

—Somos siervos de los dioses y en muchas ocasiones, meros juguetes en sus manos. Lo que me depare el destino, no me preocupa, simplemente

estoy en el mundo para machacar a los enemigos del imperio, pero si los dioses deciden que sea rey de Asiria, lo aceptaré de buen grado.

El rey conocía la personalidad y los gustos de su primo, y como medida de precaución y para evitar más excesos de los prudentemente debidos, había destinado en Nimrud al general Hitman, como gobernador militar de la ciudad y, exceptuando la guardia personal del gobernador, todas las tropas dependían de él. Hitman, le mantenía puntualmente informado sobre los actos y comportamientos del gobernador y curiosamente, Karmilamon también le informaba sobre los actos y comportamientos del general.

Hitman era un hombre rudo, curtido en mil batallas contra los medos y los palestinos. Hombre alto, de complexión fuerte y de piel cobriza, sus ojos negros transmitían dignidad y nobleza. Su relación con el gobernador era muy tensa. Oficialmente se soportaban, pero el odio que se profesaban era conocido en toda la ciudad. Eran dos personas muy distintas, con motivaciones muy diferentes.

Una mañana, mientras Hitman se encontraba desayunando, un emisario le entregó un mensaje proveniente de palacio; Assarhaddon requería su presencia en Nínive. Rápidamente, se montó en su caballo y se dirigió a galope hacia la capital del reino.

Entró en la sala del trono y encontró al rey bebiendo una copa de *sikaru restu* y observando una bella puesta de sol.

—Buenas tardes mi rey —dijo el general postrándose ante él.

—Mi querido general —contestó el rey girándose hacia Hitman—, me alegro mucho de verte. Es increíble que viviendo en dos ciudades tan próximas, nos veamos tan poco ¿quieres una copa de *sikaru restu*? —le preguntó el rey, mientras daba dos palmadas—. A mí me calma el dolor de cabeza.

—Muchas gracias mi rey, estoy demasiado acostumbrado a *sikaru tabu*, hace meses que no bebo una buena cerveza —dijo el general, mientras cogía una copa de cerveza de una bandeja—. ¿Qué tal se encuentra de salud? Espero que los dioses le bendigan con una vida larga y próspera.

—Me encuentro en perfecto estado, la diosa de la salud, Nin-Karrak, me ha rozado con su sagrado manto, permitiéndome superar todos los males que me han afligido.

—Me alegro y doy mil gracias a los dioses.

Era última hora del día y por las ventanas entraba el frescor de las azaleas y un ligero aroma de jazmín. El sofocante calor, parecía que se había tomado una tregua, por lo menos de momento. La sala del rey estaba decorada con bellos tapices babilónicos y las cortinas de seda que cubrían ligeramente las ventanas, ondeaban suavemente al sentir el ligero contacto de la brisa. Assarhaddon estaba preocupado, la situación del imperio era muy complicada y debía actuar con diligencia. Observaba con atención a Hitman, evidentemente ya no era aquel joven oficial que luchó junto a su padre Senaquerib contra los judíos o los medos, pero aún mantenía el mismo porte marcial y su profunda mirada. Debido a su edad, había sido trasladado a Nimrud, una ciudad populosa pero tranquila, un retiro plácido para un gran general. Pero su presencia, era de nuevo requerida para volver a la acción. Desde que le destinaron a Nimrud, su vida militar se había limitado a combatir a bandidos y a mantener el orden en la ciudad. La inactividad le mataba y siempre estaba de un humor de perros. Necesitaba la guerra como el fuego necesita la leña, o como el cazador necesita la presa. Había nacido para luchar, y esperaba que la llamada del rey, significase su vuelta al campo de batalla. Assarhaddon vio el brillo en sus ojos, sonrió y le puso en antecedentes.

—El rey egipcio Taharqa ha animado a las ciudades fenicias a levantarse contra nosotros, de hecho, las ciudades de Biblos, Tiro y Sidón ya lo han hecho. Como podrás entender, es algo que no estoy dispuesto a tolerar. Quiero someter a esas ciudades cuanto antes, para que la rebelión no se propague a otros reinos vecinos, pero también tengo que acabar con la amenaza que suponen los maneos para las ciudades del este, y para esta misión te necesito. Quiero que vengas conmigo a Urartu y me ayudes a aniquilarles.

Las expectativas del general se vieron confirmadas, volvía a la guerra.

—Mi rey, será todo un honor —dijo el general sin poder reprimir una leve sonrisa de satisfacción—, ¿cuándo nos ponemos en camino?

—Partiremos en treinta días —respondió el rey, mirando hacia la ventana—. Tienes tiempo suficiente para preparar todo lo que necesites. Será una campaña larga, pues también tendremos que ir a Elam y Urartu, quiero pactar una paz duradera que nos permita el comercio con los países del norte y del oriente, además, no me puedo permitir tener varios frentes abiertos.

—¿De cuántas tropas disponemos?

—De unos treinta mil soldados, pero espero que Rusa, el rey de Urartu, nos proporcione algunos más. No obstante, los maneos son sus molestos vecinos y estoy seguro que Rusa, estará encantado de quitárselos de encima. Ahora amigo, será mejor que te vayas, tienes mucho trabajo por hacer.

—Estoy impaciente por empezar la campaña. Después de tantos años de inactividad, siento que la sangre vuelve a correr por mis venas.

—Que los dioses te acompañen general.

—Que Shamash le protejan muchos años, majestad.

El general se despidió del rey y salió de la sala real con toda rapidez, estaba impaciente por partir con su poderoso ejército cuanto antes. Tenía muchos preparativos por hacer y no quería perder ni un solo minuto. Después de tanto tiempo, volvía al campo de batalla, estaba tan excitado como la primera vez que luchó.

Días después de la reunión del rey de Asiria con Hitman, llegó a la capital el emisario cimerio con el pago del rescate de Teushpa, junto con los rehenes y tres mil jinetes. Assarhaddon y Yashmina contrajeron matrimonio y el rey cimerio fue devuelto a sus tierras escoltado por mil jinetes asirios. Assarhaddon había conseguido una importante alianza con los cimerios, lo que le permitía tener protegido el territorio noroeste del imperio. Ahora debía proteger, mediante sendas alianzas con Urartu y Elam, las regiones del este y someter a los maneos obligándoles a firmar una capitulación, de esta forma, podría focalizarse hacia su gran objetivo, Egipto. Acompañado por Hitman, partiría hacia Tushpa, capital del reino de Urartu donde se reuniría con Rusa, su rey. Después, y con su ejército reforzado con tropas urartianas se dirigirían a Hassanlu, capital del reino de Man.

Posteriormente, marcharía hacia el sur, cruzaría el río Diyala hacia Hagmatana una de las ciudades más importantes de los medos, la saquearía y se dirigiría a Susa, capital de los elamitas, donde firmaría una alianza con su rey Urtaku.

La ciudad se vistió con las mejores galas para despedir al más respetado de sus generales. Artacomo, al que ya muchos comenzaban a llamar el Terror de Asiria, se encontraba extramuros con su poderoso ejército. Una hueste aún más impresionante que aquella que combatió a los cimerios, estaba preparada para iniciar la campaña contra los reinos rebeldes. Casi cien mil hombres componían su invencible ejército, todos perfectamente equipados, entrenados y dispuestos para la batalla. El ejército de Asiria era el más poderoso del mundo y la base sobre la que se asentaba todo el imperio. Ahora se dirigían a reprimir a los reinos fenicios. Pobres infelices, ya muchos presagiaban su futuro. Brutalmente asesinados, violados, esclavizados y en el mejor de los casos, deportados a tierras lejanas. Este es el porvenir de aquellos que osaban levantarse contra el yugo asirio y desafiar su inmenso poder.

Artacomo se encontraba en su flamante carro tirado por cuatro caballos. Un auriga, un escudero y un arquero, eran sus acompañantes. Detrás de él, sus fieles capitanes Bitakyn, Baladán y Sargaon, cada uno de ellos, sobre un carro dirigido por su auriga de confianza. Les seguían el resto de aurigas conduciendo un total de quinientos carros. Detrás de ellos, veinte mil jinetes, entre lanceros y arqueros, todos vestidos con cotas de metal y corazas de lino, les seguían veinte mil soldados de infantería pesada, con sus enormes y pesadas lanzas; cuarenta mil soldados de a pie, ejército formado por jabalineros, honderos, arqueros y soldados de infantería ligera que portaban un escudo de madera redonda, rematada con una chapa de bronce, y una espada de hierro corta y ágil, capaz de cercenar cualquier miembro enemigo gracias a su afilada hoja. Cerraban la procesión, más de quince mil asistentes, entre porteadores, cirujanos, cocineros y esclavos. Acompaña al ejército una legión de comerciantes y prostitutas ávidas de dinero fácil. Varios kilómetros separaban la cabeza de la retaguardia de la

tropa. El ejército de Artacomo era una ciudad rodante, un negocio viviente que permitía a Asiria llenar sus arcas y a sus soldados conseguir un cuantioso botín. Treinta días le separaban de Biblos y de la gloria. El general estaba nervioso, impaciente, deseoso de enfrentarse con su enemigo. Pero Biblos, Sidón y Tiro, no eran más que el aperitivo, la verdadera gloria estaba más allá del monte Sinaí, en Egipto.

El rey le observaba desde la muralla, a su lado, se encontraba el general Hitman.

—Un magnífico espectáculo —dijo el general.

—El más bello del mundo. Ten paciencia Hitman, pronto partiremos nosotros.

—No veo la hora de marchar, estoy verdaderamente impaciente.

—Yo también. No quiero que Artacomo se lleve toda la gloria. Nos esperará en Gaza e iremos juntos a Egipto —dijo sonriendo Assarhaddon.

—Pensé que eso dependería de cómo se encontrasen las tropas después de sofocar la sublevación —dijo extrañado el general.

—Lo acabo de decidir —dijo el rey observando como toda la ciudad clamaba el nombre de su general—, no quiero que Artacomo conquiste Egipto, eso le daría demasiado poder. Debo ser yo quien entre en Men-Nefer y clave la cabeza de Taharqa en una lanza. El pueblo ya le quiere demasiado y no conviene que confunda quién es su señor.

—Eso nunca ocurrirá —dijo serio Hitman.

—No toleraré que nadie me haga sombra, ni siquiera el mejor de mis generales —sentenció el rey, mirando a Artacomo que se alejaba por el horizonte.

Las palabras del rey no pasaron desapercibidas. A pocos metros de él, y muy atento a la conversación, se encontraba su primo Karmilamon, que no había perdido detalle de su advertencia. Hitman cruzó la mirada con el gobernador de Nimrud, que le sonrió nervioso. Desde que el general llegó a Nínive, apenas habían cruzado palabra, no se fiaban el uno del otro.

Los niños corrían y desfilaban junto a los guerreros. Varios perros ladraban desorientados mientras que, las madres y mujeres de los soldados, lloraban y se consolaba mutuamente. Un grupo de hombres se dirigió hacia una taberna, con ganas de celebrar la partida del ejército. Era una mañana

cálida y soleada, los soldados, con sus cotas de malla y sus escudos de bronce, brillaban bajo los rayos del sol. El optimismo emanaba de una ciudad deseosa de un nuevo triunfo de sus tropas sobre el enemigo. «Los dioses vuelven a sernos propicios», pensaba Nisher-Sag, desde lo alto del templo del dios Shamash, mirando al ejército que se ocultaba bajo una nube del polvo.

Cuando el último soldado salió de Nínive, la puerta principal se cerró dejando la ciudad protegida y esperanzada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XI

SINTIÓ el calor del hierro incandescente acercándose a su espalda, arqueó todo su cuerpo previendo el dolor que iba a sufrir. Sería marcado de por vida, marcado como una bestia de carga por su dueño. A partir de ese momento, dejaría de ser un hombre para convertirse en un animal, ya no sería dueño de su vida, sería un esclavo. En la choza, el calor era insoportable debido a la enorme hoguera que prendieron en su centro, y hacía casi imposible poder respirar. Dos hombres sujetaban los brazos desnudos de Kalam, que se encontraba dando la espalda a la pira. Para debilitarle, le habían puesto a pocos metros del fuego. Tenía la espalda abrasada. El dolor era insoportable, pero se encontraba tan débil, que no tenía fuerzas para gritar y apenas podía sostenerse en pie. Jusman se dirigió hacia él portando el hierro incandescente. Los dos hombres obligaron a Kalam a tumbarse, cuando estaba bien aferrado en el suelo, Jusman, con un movimiento certero y contundente, grabó con una «w» con forma de cuernos de búfalo la espalda del médico. Un humo blanco surgió de su espalda impregnando toda la choza con el acre olor a carne quemada. Kalam consiguió emitir un único y desgarrador grito antes de perder el conocimiento. A partir de ese momento, dejó de llamarse Kalam para convertirse en Afarat el esclavo de Sari.

—Despierta esclavo, eres un maldito holgazán, pero yo te enseñaré a trabajar duro —dijo una voz, mientras le arrojaba un cubo de agua a la cara.

Afarat se despertó desconcertado y vio que todavía se encontraba en la choza donde había sido marcado. Del gran fuego, solo quedaban algunas reminiscencias traducidas en pequeñas brasas, de las que emanaban dispersos hilos de humo. Le dolía la espalda y, para su desgracia, recordaba

muy bien el motivo. Intentó levantarse con movimientos suaves, para evitar que las telas rozaran sus quemaduras.

—¡Levántate maldito perro asirio! —le gritó la voz, mientras le golpeaba con un látigo justo donde había sido marcado.

El dolor le atería todo el cuerpo, que se volvió rígido como una piedra, pero otro latigazo en la espalda le dobló definitivamente, dejándolo medio muerto en el suelo.

—¿Estás loco Mushabat? —gritó Jusman quitándole el látigo—. ¿Quieres matarlo?

—Es un maldito asirio, tiene lo que se merece. Si por mi fuera, lo mataría ahora mismo.

—Puede ser útil para la comunidad, es médico y lo necesitamos.

—Ya tenemos a Itbala, no necesitamos a nadie más y mucho menos a un asirio —dijo Mushabat escupiendo en el suelo.

—Itbala está medio loco y sabes que siempre está borracho, ya no puede ayudarnos.

—Está bien, pero déjame que yo me encargue de él.

—Pertenece al pueblo, no es tu esclavo, ha sido comprado para servir a Sari no para servirte a ti.

—¿Y quién le va a vigilar para que no escape?

—Será obligación de toda la comunidad, que se encargará de alimentarlo y darle abrigo.

—Como digas caudillo, pero cómo intente escapar, se cruzará con mi espada.

—No le hagas daño o te las verás conmigo.

—Simplemente te digo que no respondo si este perro hace algo que no debe.

El caudillo de Sari se acercó a Mushabat de forma amenazante.

—Para castigarle estoy yo Mushabat, recuerda quién es el caudillo de este pueblo y no lo olvides, y ahora fuera de mi vista —dijo Jusman encolerizado, a unos centímetros del rostro de Mushabat.

Mushabat se retiró reconociendo su derrota, pero se detuvo en la puerta de la choza.

—Eso fue un accidente, en cualquier momento tu maldita suerte puede cambiar —dijo en voz baja, dando la espalda a Jusman y saliendo de la choza.

Mushabat era el hijo de Hasset, antiguo líder de Sari. Durante una emboscada, fue hecho prisionero y posteriormente brutalmente torturado y asesinado por los asirios. Jatmala, padre de Jusman, siguió durante varios días a las tropas asirias hasta que, en un estrecho desfiladero, consiguió cercarles y junto con varios centenares de jinetes masagetas, les aniquiló sin darles oportunidad de defenderse. Volvió a la ciudad con varias decenas de prisioneros, que fueron torturados hasta morir para saciar la sed de venganza por la muerte de Hasset. El pueblo, agradecido por tal gesta, le nombró nuevo caudillo en lugar del primogénito del anterior líder. Mushabat era apenas un niño, pero recordaba con enfermizo odio como los asirios habían arrebatado la vida de su padre y por ende, también el liderato de su pueblo, algo por lo que, desde que era muy niño, su padre le había educado. Cuando Jatmala murió, Mushabat reclamó el liderato de Sari como legítimo caudillo, pero el consejo de ancianos habían declinado tal solicitud, pues no le veían preparado para dicha tarea y decidieron que fuera Jusman, el hijo de Jatmala, el nuevo caudillo. Mushabat nunca aceptó tal decisión, y juró que vengaría la muerte de su padre degollando a todo aquel asirio que se cruzase en su camino y que algún día sería el caudillo de Sari costase lo que costase, pues se consideraba el legítimo líder de su pueblo y Jusman no era más que un usurpador.

Jusman se acercó al cuerpo inerte de Afarat e intentó reanimarle, pero sin resultado, salió de la choza y fue a buscar a Itbala, que como era costumbre, se encontraba tirado en su camastro de paja borracho y apestando a *kumis*.

—Despierta viejo borracho —dijo Jusman, mientras zarandeaba al *shaman*—, necesito que me ayudes.

—¿Qué ocurre, por todos los dioses qué pasa? —preguntó desorientado el viejo.

—Tengo un esclavo herido y necesito que le veas.

—¿Ahora? Déjame en paz, estoy durmiendo —protestó Itbala.

—¡O vienes conmigo o te echo de una vez por todas de este pueblo! ¡Maldito holgazán! —amenazó Jusman.

Itbala se levantó a regañadientes.

—Está bien, está bien, dame un minuto.

Cuando el viejo llegó a la choza, encontró a un joven aturdido tirado en el suelo bocabajo, tenía varias contusiones y una enorme «w» marcada a fuego en la espalda.

—Necesito *kumis* —dijo el anciano.

—¿No has bebido ya bastante, maldito borracho? —preguntó irritado Jusman.

—Tengo la mente más despejada cuando el *kumis* corre por mis venas.

—Está bien, tráele una jarra de *kumis* al *shaman* —ordenó Jusman a un esclavo.

Hasta que no llegó el esclavo con la jarra e Itbala dio buena cuenta de ella, no se puso a auscultar a Afarat. Le puso la mano en la frente para medir su temperatura, estudió sus ojos, metió su nariz en su boca, puso su oreja en el pecho y observó con detenimiento la quemadura y los moratones de la espalda.

—La quemadura se le ha infectado —dijo el *shaman*—, tiene la fiebre alta y la cicatriz está muy hinchada, tenemos que bajarle fiebre o morirá. Tiene fuertes golpes en la espalda, esto ha provocado que la cicatriz sangre de forma copiosa y la herida se infecte ¿quién ha sido el animal que ha golpeado a este esclavo cuando la quemadura es tan reciente?

—Mushabat.

El *shaman* negó con resignación.

—Lo tenía que haber imaginado. Bueno, lo primero es bajarle la fiebre. Subid al esclavo al camastro y tumbadle boca abajo —ordenó el anciano a los esclavos. Necesito corteza de olivo, láudano, paños y una vasija de agua fresca.

—Esclavos, traed lo que dice el *shaman* —ordenó Jusman a los dos esclavos que salieron a toda prisa de la choza—. ¿Se curará?

—Eso depende de los dioses, parece fuerte, pero la quemadura tiene muy mala pinta ¿quién es, para que te hayas tomado tantas molestias?

—Es un médico asirio.

—Ah, entiendo, quieres que sea mi sustituto ¿verdad?

—Tú no vas a vivir siempre y el pueblo necesita un médico.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente y haré lo que pueda por él —dijo el *shaman*, justo en el momento en el que entraban los esclavos con todo lo que había pedido.

Itbala mojó un paño y comenzó a frotar con suavidad la espalda de Afarat, dejando caer unas pocas gotas de agua encima de la quemadura. Luego, le levantó suavemente la cabeza y colocó otro paño húmedo debajo de la frente. Cortó un poco de corteza de olivo y lo puso en un vaso con agua, después agregó láudano. Incorporó a Afarat lo suficiente para que pudiera beber un poco.

—Que uno de tus esclavos moje la espalda de este hombre cada media hora y le dé de beber de este vaso, también es importante que humedezca el paño que tiene bajo la frente. Si pasa de esta noche, es posible que sobreviva. Ahora quiero otra jarra de *kumis*.

Afarat pasó la noche gritando y delirando, pero sobrevivió a la fiebre. Debido al láudano, apenas sentía ningún dolor, pero se encontraba desorientado. Intentó darse la vuelta, pero un fuerte pinchazo en la espalda, despertó en él los hechos ocurridos hacía unos días. Volvió a recordar que era un esclavo, que había sido marcado y que un bárbaro le había golpeado con fuerza, pero no recordaba mucho más. Miró a su alrededor y vio que se encontraba en la misma palloza en la que había sido marcado. Por su tamaño, debía de tratarse de la choza comunitaria, aquella en la que se reunía el consejo de pueblo. Cerca de él, se encontraba un esclavo, permanecía adormilado con la espalda apoyada en la pared. Pudo ver la hoguera, ahora completamente apagada, donde pusieron a fuego el hierro con el que fue marcado. Intentó darse la vuelta otra vez, pero el fuerte dolor le obligo a desistir. El esclavo, al oír el quejido de Afarat, se despertó y sin decirle una palabra, salió corriendo de la palloza regresando al poco tiempo junto con el caudillo de Sari.

—Veo que por fin has despertado —dijo Jusman sentándose en la cama junto a Afarat—, debes dar gracias a los dioses, has estado muy cerca de la muerte ¿te encuentras bien?

Afarat miraba hacia la pared, sentía vergüenza; no se atrevía a mirar a su amo.

—¿Vienes a ver qué tal se encuentra tu posesión? —preguntó desafiante —. No temas, de momento no tengo pensado reunirme con ellos.

—No seas insolente Afarat, no pienso tolerar que ningún esclavo me falte al respeto.

—¡Mi nombre es Kalam no Afarat! —exclamó, en un arrebato de dignidad.

Jusman se incorporó enojado.

—Creo que debo explicarte cuál es tu nueva situación, veo que no te ha quedado muy clara. Ahora eres un esclavo; no tienes pasado, no tienes presente y no tienes futuro. No eres un hombre, eres poco más que una bestia y tienes menos valor que un buen caballo. Ahora perteneces a la comunidad, que puede hacer contigo lo que le plazca. Ya no eres Kalam, el médico de Asiria, ahora eres Afarat, el esclavo de los masagetas. ¿Me has entendido? Si valoras en algo tu vida, espero que asumas tu nueva condición.

—Mi nombre es Kalam y soy… —dudó, no sabía si sería conveniente decir quién era pero, finalmente, pensó que sería lo mejor—. Soy el médico de su alteza real Assarhaddon, rey de Asiria. No soy Afarat, no soy un esclavo.

Jusman no le creyó. ¿Qué hacía todo un *asu* de su majestad, en una caravana de mercaderes escitas?

—Como si has sido el médico del dios Sol, ahora eres un esclavo y por tu bien, espero que te vayas haciendo a la idea —le espetó con rudeza.

—¡No soy un esclavo! —gritó Kalam con todas las fuerzas que pudo.

—Bien, esclavo, creo que ya has tomado tu decisión.

Después de diez días encerrado en la más absoluta oscuridad, bajo tierra, en un agujero de cuatro metros cuadrados y alimentado únicamente con agua y

algo parecido al pan, uno se plantea muchas cosas. ¿Merece la pena vivir como esclavo o es mejor morir como hombre libre? ¿Hay que luchar por volver a ver a la familia o morir sin saber nada más de ella? En definitiva, la cuestión era; morir o vivir. Un día, cuando su carcelero le llevaba su ración de agua y pan diario, Afarat le pidió hablar con Jusman, tenía algo importante que decirle. Ya había tomado su decisión. El caudillo de Sari apareció tres días después, demostrando, una vez más, quién mandaba.

—¿Qué quieres esclavo? —preguntó con desprecio Jusman.

—Quiero vivir —respondió Afarat.

—¿Asumes tu condición de esclavo y por tanto tu nuevo nombre?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

Afarat dudó unos instantes, pero finalmente claudicó.

—Mi nombre es Afarat.

El caudillo sonrió.

—¿Y qué eres?

—No soy más que un esclavo del pueblo de Sari —contestó el asirio con lágrimas en los ojos.

Abrieron la puerta del agujero y la luz del sol hirió los ojos del esclavo, poco acostumbrado a tanta claridad. Después de casi quince días en la más profunda oscuridad, cualquier mínima luz, le cegaba los ojos impidiéndole la visión. Pasaron varios minutos hasta que pudo vislumbrar algunas formas. Una de ellas, le era familiar, aunque no recordaba de qué.

—Este hombre está agotado y necesita descansar. Si quieres que sobreviva, envíale a la casa de la sanación hasta que se recupere. Yo cuidaré de él —dijo Itbala.

Jusman asintió y varios guerreros se llevaron al asirio a la choza donde cuidaban a los enfermos o heridos. Itbala cuidó con esmero de su paciente y en pocos días, ya estaba plenamente recuperado de sus quemaduras y de la inanición sufrida por su dura estancia en la cueva. Comenzó a dar pequeños paseos alrededor de la choza hasta que, un día, recibió la visita de Jusman y se lo llevó. El caudillo afirmó que ya era momento de presentárselo al pueblo, a sus amos y señores.

Los vecinos de Sari se encontraban en la plaza mayor de la ciudad. Afarat fue escoltado por varios guerreros hasta el centro del foro, donde habían construido un estrado de madera. Presidiéndolo, se encontraban el caudillo y el *shaman*, justo detrás, había un grupo de nueve ancianos.

—Pueblo de Sari —comenzó a decir Jusman—, durante años, nuestro querido Itbala ha sido nuestro *shaman*, ha intercedido por nosotros ante los dioses y ha espantado a los demonios y malos espíritus de nuestra querida tierra. Ahora, después de tanto tiempo de impagable servicio, ha llegado la hora de su relevo. Quiero presentaros a todos a Afarat, nuestro nuevo *shaman*.

—¿Un asirio va a ser nuestro valedor ante nuestros dioses? ¿Un hereje? Además, él no es *shaman*. No es más que un perro asirio, deberíamos matarle ahora mismo —gritó Mushabat ante los enfervorizados gritos de sus seguidores.

—¡Yo le enseñaré el camino hacia los dioses! —exclamó Itbala, intentado hacerse oír entre el griterío.

—¿Tú, viejo borracho? —le preguntó despectivo Mushabat—. Solo le podrías enseñar el camino hacia la taberna —dijo ante las carcajadas de buena parte de los asistentes.

El anciano, avergonzado, bajó la cabeza.

—¡Basta! —gritó Jusman—. Afarat es un gran médico, que ha servido en la corte del mismísimo Assarhaddon —dijo Jusman sin mucho convencimiento de que fuera cierto—. Aún le falta conocer el camino de la sabiduría, que guiará sus pasos hacia la morada de nuestros dioses, pero estoy seguro que Itbala sabrá orientarle.

—¡Si es tan válido como dices, que haga ahora la prueba del conocimiento! —gritó alguien, arropado por varios vecinos más.

—Naturalmente que realizará el rito de iniciación —dijo Jusman—, sabéis que es obligatorio para todo aquel que vaya a ser nuestro *shaman*. Os he congregado aquí, no solamente para presentároslo, sino también para que seáis testigos de su valía, y no hay mejor manera de comprobarlo que poniendo en peligro de muerte su propia vida. Afarat contempló a la

muchedumbre, no sabía a qué se referían cuando hablaban de «prueba del conocimiento». Quizá se tratase de una prueba similar a la que, en Asiria, hacen a los aspirantes a médico. Fuera como fuera, era consciente que en muy poco tiempo, saldría de dudas.

—¡Entonces que la haga ahora mismo y delante de todos nosotros, sus amos! —volvió a gritar Mushabat.

Jusman no tenía más opción que aceptar la propuesta de Mushabat, había apostado mucho por Afarat y si se negaba a que realizara el rito de iniciación, corría el riesgo de que el pueblo, alentado por Mushabat y sus acólitos, linchara al asirio.

—Muy bien, pues vayamos todos a la cueva del dios Sol y comencemos el ritual de iniciación.

—Debemos llevar comida y agua para tres personas y tres días —le dijo el *shaman*.

—Preparad todo lo que necesite Itbala —ordenó Jusman a un esclavo.

Jusman comenzó la marcha seguido por Itbala y Afarat. Muchos habitantes del pueblo les siguieron. Hacía años que no se realizaba el rito de iniciación de *shaman* y pocos eran los que se lo querían perder. Caminaron durante algunas horas hacia una montaña que se encontraba a varios kilómetros. Cruzaron pequeños ríos, atravesaron densos matorrales y subieron empinados senderos hasta que llegaron a un alto donde se divisaba un espectacular paisaje. Allí se detuvieron. Afarat no había abierto la boca en todo el trayecto, acompañado por Itbala y Jusman, de vez en cuando miraba hacia atrás donde se encontraba Mushabat, que le miraba con atención sin perder ni un solo detalle de sus movimientos. El resto del pueblo, seguía la comitiva como si de un día festivo se tratara. Hombres, mujeres y niños reían, hablaban y especulaban sobre el ritual de iniciación a *shaman*.

—Ya hemos llegado —dijo Itbala, ante la mirada expectante de los congregados, que no eran capaces de ver una cueva por ningún lado—. Ahora, continuaremos solos el ascenso hasta la cima, Jusman, como caudillo de Sari, Afarat, como aspirante a *shaman*, un representante del pueblo, y yo, como guía espiritual.

—¡Queremos que sea Mushabat el representante del pueblo! —exclamó uno de sus acólitos, ante los gritos de aprobación del resto de la camarilla.

—¿Estáis todos de acuerdo? —preguntó Jusman a la multitud que les había seguido.

Un murmullo se aprobación comenzó a surgir de la muchedumbre. Mushabat miró con satisfacción a Jusman, que no tuvo más remedio que aceptarle.

—Está bien, si así lo queréis, Mushabat nos acompañará a la cueva —aceptó el caudillo a regañadientes.

Los cuatro hombres comenzaron a subir por una senda que, a cada paso que daban, se volvía más angosta y tupida debido la vegetación que la lindaba. Después de andar durante algunas horas, llegaron a una zona umbría y se detuvieron. El día se había vuelto fresco y una fina niebla dificultaba ver más allá de unas decenas de metros. Se encontraban en un denso bosque de altos y frondosos árboles, que impedían que los rayos del sol llegaran hasta el suelo.

—Hemos llegado a nuestro destino, estamos en el bosque sagrado. Preparad unas antorchas —ordenó el *shaman*.

Itbala se acercó a unos matorrales y los apartó dejando ver una cavidad oscura. Luego entró en ella, seguido por los demás. El paso de la cueva era angosto, las antorchas apenas iluminaban y corrían el riesgo de escurrirse, pues el suelo estaba mojado y resbaladizo. El techo no era muy alto y tuvieron que entrar encorvados. Afarat pudo ver que a lo largo del túnel, se sucedían una serie de galerías. Sin duda, perderse allí podría ser peligroso. Cruzaron varios pasadizos, unas veces el *shaman* se dirigía a la derecha, otras veces a la izquierda, a veces el pasadizo era alto y ancho y permitía el paso sin dificultad, y otras veces, tenían que atravesarlos prácticamente a gatas. Después de deambular varios minutos por el subterráneo laberinto, llegaron a una enorme galería. Tendría unos veinte metros de alto y doscientos de ancho. Cientos de estalagmitas y estalactitas, decoraban la inmensa sala y varias decenas de riachuelillos la cruzaban o se deslizaban suavemente por sus húmedas paredes. Curiosamente, a pesar de llevar solamente cuatro antorchas, toda la sala estaba bien iluminada. Las paredes

brillaban reflejando todo tipo de tonalidades doradas, pues se encontraban en el interior de una mina de oro.

El *shaman* se dirigió hacia un pequeño montículo formado por leña amontonada. Arrojó en ella unos polvos, golpeó dos piedras y la leña, a pesar de la humedad, comenzó a prender sin dificultad. Después llamó a sus acompañantes y se sentaron frente al fuego.

—Estamos en la morada de nuestro dios Sol —comenzó a decir el *shaman*—, a él le debemos todo lo que somos. A él le debemos nuestra prosperidad, nuestros hijos, nuestros caballos, nuestras victorias. A él le debemos la sabiduría que guía a sus más fieles servidores, a nosotros, los *shamanes*. Hoy, estamos nuevamente en su morada, para que nos vuelva a iluminar con su infinita sabiduría. Ante nosotros se encuentra Afarat, *asu*, médico asirio. Un hombre que tiene distintos dioses que nosotros, un hombre que proviene de una tierra lejana, de una cultura distinta. Un hombre que procede de un pueblo enemigo, que durante años, ha combatido contra nosotros. Un hombre que es un esclavo. ¿Estará dispuesto nuestro buen dios a aceptarle en su seno? ¿Estará dispuesto nuestro buen dios a orientarle hacia el camino de la sanación? Estamos aquí Jusman, como caudillo y líder de Sari, Mushabat, como representante del pueblo, y yo, Itbala, como *shaman*, para comprobarlo —sacó un pequeño frasco de barro de una bolsa que llevaba colgada y bebió un pequeño trago.

Afarat observaba al *shaman* con atención, aún no sabía qué iba a ocurrir, qué prueba tendría que superar y qué consecuencias tendría si fracasase.

—Pronto sabremos si el dios Sol acepta a Afarat como *shaman* de Sari o no —dijo Itbala, poniéndose en pie y levantando los brazos sobre el cielo —. Espero por tu bien que así sea —le dijo mirando a Afarat—, no serías el primero que muere perdido en esta cueva.

Mushabat sonrió al oír las palabras del *shaman*, el dios Sol nunca aceptaría a un hereje, a un esclavo, a un perro asirio en su seno. Nunca aceptaría que ese bastardo fuera uno de sus sirvientes. El destino de Afarat estaba escrito y su muerte sería cuestión de pocos días.

—Si eres aceptado por nuestro dios, su espíritu te guiará hasta la salida de la cueva, si eres rechazado, nunca la encontrarás y morirás de hambre o

caerás en alguna de sus simas —le dijo el *shaman*—. Ahora bebe de esta botella, te ayudará a encontrar el camino en el caso de que el dios Sol decida aceptarte como hijo suyo —le entregó la botella de barro a Afarat, que dio un pequeño trago—. Bébetela entera —ordenó Itbala.

Afarat obedeció y se bebió toda la botella. Sintió como un líquido amargo se deslizaba por su garganta y poco a poco, sus sentidos se fueron agudizando. Oía cada gota de agua que se deslizaba por las paredes de la caverna, sentía el profundo odio que Mushabat le profesaba, el aprecio del *shaman* y la indiferencia del canciller, más preocupado por perder la inversión que había hecho al comprarlo, que de su propia vida. Sentía el olor a humedad, a espacio cerrado, al humo de la hoguera.

—Ahora llegó el momento de comprobar si eres digno —dijo el *shaman* mientras arrojaba agua al fuego.

La oscuridad lo envolvió todo, miró a su alrededor pero no veía nada. Llamó al *shaman* pero solo el eco de la caverna respondía sus llamadas, llamó a Jusman, incluso gritó el nombre de Mushabat pero nada, solo su propio eco recibía por respuesta. Notó como le latía el corazón, pensaba que se le iba a salir del pecho, sintió su respiración, cada vez más fuerte, más angustiada. Estaba bloqueado. Durante varios minutos no se movió, intentó agudizar su vista, su oído, en busca de alguna señal que le permitiera salir de la profundidad de la caverna. Poco a poco, su cuerpo fue serenándose. De nada servía caer en el pánico, tendría que buscar la salida, intentar hacer memoria, recordar cómo había llegado hasta la galería. Cerró los ojos y se concentró. Entonces lo sintió, era un leve ulular, una suave brisa. Un ligero viento rozó su brazo derecho, decidió permanecer con los ojos cerrados y que el resto de los sentidos le guiaran. Una vez, escuchó a su padre decir que, cuando uno pierde un sentido, el resto se agudizan para suplir dicha pérdida y ahora su vista no era nada útil. Recordaba donde estaba la hoguera y a gatas, palpando los leños aún calientes, consiguió coger una vara de poco más de metro y medio que no estaba totalmente quemada. Se levantó y despacio, se dirigió hacia el origen de la brisa. Pronto se encontró frente a una galería, palpó con las manos y pudo sentir que podía entrar en ella pero a gatas. No era la galería por la que había entrado en la caverna y se inquietó, pero sentía, cada vez con más fuerza, el frescor del aire sobre su

piel. Gateó durante varios minutos. Percibía el aire cada vez más fresco, pero también, notaba como la galería se estrechaba, hasta que acabó arrastrándose por ella. Continuó reptando hasta que su vara golpeó contra una pared. Palpó todo el pasadizo, sintió una pequeña corriente de aire en la cabeza, alargó el brazo y el frescor de una corriente de aire tocó su mano pero, para su desesperación, no era más que una pequeña grieta en la pared. La galería no tenía salida.

Jusman, Itbala y Mushabat esperaban al asirio fuera de la caverna. Una vez que el *shaman* había apagado el fuego en la galería, los tres hombres salieron de la cueva aprovechando los efectos que había provocado en Afarat, la pócima que Itbala le había dado de beber. Le esperaban sentados junto a un fuego, donde habían colocado algunas piezas de caza. Según la tradición del rito de iniciación, el *shaman*, el líder y el representante del pueblo, debían esperar al iniciado durante tres días y tres noches frente a la caverna. Pasado ese tiempo, si no aparecía, se le daba por muerto.

—Nunca saldrá de la cueva —dijo satisfecho Mushabat, mirando al fuego.

—Eso solamente lo podrá decidir nuestro dios —respondió el *shaman*, mientras bebía un largo trago de *kumis*—, debemos esperar.

Jusman había pagado una fortuna por él. Un dinero que era del pueblo, si el asirio moría, Mushabat y sus seguidores podrían poner a los ciudadanos de Sari en su contra y derrocarle como caudillo. Por su propio bien, esperaba verle salir pronto de la gruta.

—Lo conseguirá —dijo Jusman, más para convencerse así mismo que para convencer a los demás—, démosle tiempo.

Pasaron dos días y no tenían noticias de Afarat. Mushabat ya le daba por muerto, Itbala había permanecido prácticamente borracho todo el tiempo y Jusman estaba muy preocupado. Intentaba dar la apariencia de serenidad, pues no estaba dispuesto a dar ningún tipo de satisfacción a Mushabat, pero su rostro reflejaba inquietud y se encontraba muy tenso.

—Este *shaman* es un borracho —dijo Mushabat mirando a Itbala, que dormitaba bajo un árbol—, y su aspirante, un perro asirio. Seguro que está

muerto en la caverna. Eres un pésimo caudillo, cuando vuelva a Sari será tu fin.

Durante dos días, apenas habían hablado y las palabras de triunfo de Mushabat irritaron a Jusman.

—No te será tan fácil derrocarme, el pueblo me prefirió a mí y no a ti, recuérdalo —dijo Jusman manteniendo la serenidad.

—No fue el pueblo quien te eligió, sino un grupo de viejos cobardes —le espetó Mushabat.

—Deberías respetar al consejo de ancianos, ellos representan la sabiduría de nuestros ancestros.

—Cuando sea caudillo, lo primero que haré será degollar a esos estúpidos viejos.

—Nunca serás caudillo, por lo menos mientras yo viva.

—Eso tiene fácil solución —dijo Mushabat desenvainado su espada y dirigiéndose hacia Jusman, que se encontraba desarmado.

—¡Quieto! —le ordenó Itbala—. Enfunda tu arma Mushabat ¿o tienes pensado matarme a mí también, para no dejar testigo alguno de tu crimen?

Mushabat miró con odio al *shaman* y enfundó su arma.

—Ya tendré otra ocasión y la próxima vez, ya me cuidaré que no haya ningún borracho cerca que te proteja —le dijo a Jusman, mientras se perdía en el bosque.

Itbala se levantó con dificultad y se dirigió al fuego donde se encontraba Jusman. Se sentó a su lado y comió una pieza de conejo que habían cazado el día anterior.

—No hay sitio en Sari para los dos —le dijo Itbala después de beber un trago de agua—, algún día os mataréis entre vosotros. Quizá deberías desterrarlo.

—¿Cómo? —preguntó Jusman—. Que yo sepa, no ha cometido ningún delito.

—Acaba de intentar matarte ¿no te parece suficiente delito?

—No, no me lo parece y con todos mis respetos, no me sirves como testigo.

—Ya, bueno, el *shaman* borracho que no vale para nada —dijo Itbala con resignación—, en eso te doy la razón. No tengo el aprecio del pueblo.

No les culpo, yo mismo me he labrado mi destino. En cuanto tenga un sustituto volveré aquí y me reuniré con nuestro dios, espero que él sepa perdonarme.

Un ruido de pisadas llamó la atención de los dos hombres. De pronto, surgió entre la maleza una figura humana. Estaba muy sucia, tenía las ropas echas jirones y heridas por todo el cuerpo. Se la veía muy débil, arrastraba los pies y andaba encorvada. Cuando llegó a la altura del fuego, cayó al suelo.

—Dale un poco de agua, yo le prepararé algo de comer —dijo Itbala.

Jusman vertió un poco de agua en los labios de Afarat, que permanecía sin conocimiento. Al notar el líquido en la boca, recobró un poco la consciencia, aunque seguía encontrándose muy débil. Itbala cogió un poco de pan y lo humedeció en agua, luego le añadió un pequeño trozo de conejo e hizo una pequeña pasta. Con mucho cuidado, la introdujo en la boca de Afarat, que muy débilmente, comenzó a masticar. Pocas horas después, cuando ya casi había anochecido, apareció Mushabat, miró con sorpresa a Afarat, que ya se encontraba completamente consciente pero débil y volvió a la ciudad lleno de ira.

Descansó durante toda la noche, por la mañana, se encontraba bastante restablecido e iniciaron el viaje de regreso a Sari. Hicieron varias paradas, pues Afarat, se cansaba con facilidad. Después de varias horas de marcha, llegaron a la ciudad.

Fueron recibidos entre vítores y abrazos, todos se alegraron de que Afarat hubiera superado la prueba. Solamente Mushabat y sus acólitos, permanecieron apartados del júbilo del pueblo.

Habían pasado varios días desde que regresaron de la cueva del dios Sol. Afarat se encontraban en la palloza reservada a los esclavos. Era una gran estancia en la que se hacinaban veinte de los más de cien esclavos comunitarios que servían a los habitantes de Sari. De planta completamente circular, unas pocas banquetas de madera y un fuego central, eran su único mobiliario. Los esclavos dormían en el suelo sobre un manto de paja que era cambiado todas las semanas. Afarat se encontraba plenamente

restablecido y ayudaba a Itbala en sus tareas como *shaman*. Itbala intentaba beber menos, quería dar una imagen de mayor responsabilidad a su aprendiz, pero el *kumis* era su perdición y raro era el día que anochecía y el *shaman* no estaba completamente borracho.

Afarat se encontraba solo con Itbala, pues el resto de esclavos estaban trabajando en las distintas tareas para las que fueron comprados.

—¿Cómo lo conseguiste? —le preguntó el *shaman*.

—No lo sé —le respondió Afarat—, solo te puedo decir que algo dentro de mí, guio mis pasos.

—Puede ser, yo tampoco recuerdo como conseguí salir de la cueva.

—Me veo en sueños reptando por un estrecho túnel sin salida, recuerdo el sentimiento de angustia y desesperación que sentía en ese momento. Pensaba que iba a morir enterrado vivo.

—Seguro que debió ser así, ¿no recuerdas nada más?

Afarat intentó hacer memoria, pero no de su experiencia en la cueva, de la que prácticamente carecía de cualquier recuerdo, si no de un sueño que, de forma recurrente, le asaltaba casi todas las noches.

—En mi sueño siento que la cueva forma parte de mí. Ya no soy un ser extraño ajeno a ella, sino que formo parte de ella, es como si yo fuera la cueva y la cueva fuera yo, ambos fundidos en una sola cosa. Sé que suena extraño, la verdad es que no sé cómo explicarlo.

Itbala entendía perfectamente lo que Afarat quería decirle. Él tuvo los mismos sentimientos cuando pasó la prueba.

—No te preocupes, continúa.

—Entonces visualicé la cueva y cada una de sus galerías, para mí, era tan conocida como mi propia casa. No tuve problemas en encontrar la salida y, aunque me encontraba exhausto cuando salí de ella, recuerdo por mis sueños, que me sentía pletórico y lleno de energía. Pero como te he dicho antes, estas sensaciones las tengo cuando sueño. Mis recuerdos de la experiencia son muy vagos y prácticamente solo recuerdo cuando me abandonasteis, en la más profunda oscuridad.

—Estoy seguro que si volviéramos ahora mismo a la cueva, no te perderías.

—Lo dudo.

Itbala sonrió.

—Te lo puedo asegurar. No obstante, seguro que tendremos ocasión de comprobarlo.

—Espero que no. No tengo ningún interés en volver ¿tiene alguna explicación, lo que me ha ocurrido en la cueva?

El llanto de un niño despertó a algunos esclavos. La madre, diligente, descubrió uno de sus pechos y dio de comer a su hijo que dejó de llorar. El *shaman* miró la escena y sonrió. Luego miró a Afarat que esperaba impaciente que le respondiera.

—Lo que te ha ocurrido en la cueva nos ha ocurrido a todos los que hemos superado la prueba. El dios Sol nos ha bendecido, permitiéndonos encontrar la salida. Pero debes saber que son muchos los que se quedan en el camino. Este es uno de los motivos, por el que no tengo ningún aprendiz, nadie en el pueblo quiere correr el riesgo de tener que pasar la prueba y poder morir en el intento. Por eso te compraron al mercader.

—Pero tener un esclavo como *shaman* no es muy lógico ¿algún día podré ser hombre libre? —preguntó esperanzado Afarat.

—Siento decirte que ya has sido marcado con el hierro de la esclavitud —le dijo con voz triste Itbala, tocándole en el hombro—, no quiero engañarte, puede que algún día seas libre pero, si no quieres torturarte día tras día, será mejor que olvides cualquier esperanza. Es cierto que no es normal que el *shaman* de Sari sea un esclavo y menos asirio, pero nuestro pueblo necesita un *shaman* y esta ha sido la única manera que Jusman ha encontrado para tenerlo.

Vino a su memoria la imagen de su familia y sintió un fuerte pinchazo en el corazón. La sola idea de no volver a verles le torturaba. Tendría que haber un camino, una forma de ser libre y poder volver a Asiria. No descansaría hasta encontrar el modo.

—Olvida a tu familia —le dijo de golpe Itbala, como si supiera lo que estaba pensando—. Ahora, lo más cercano que tienes a un familiar soy yo.

—Nunca les olvidaré y estoy seguro que volveré a verles —le dijo tajante Afarat.

—No es mi intención hacerte cambiar de idea, si el recuerdo de tu familia te da fuerzas para seguir viviendo, bendito sea —dijo Itbala con

pesar.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XII

MILKI-ASHAPA, rey de Biblos, se movía inquieto por el palacio. Habían pasado varios días desde que, el ejército asirio, fue divisado dirigiéndose a su ciudad y si no recibía pronto la ayuda prometida por el faraón de Egipto, sería el final de su reino. Las ciudades que se sublevaban contra el yugo asirio, eran arrasadas y borradas de la faz de la tierra. Recordaba la reunión que, junto con los reyes fenicios de Tiro y Sidón, tuvieron con Taharqa en la ciudad de Tanis. El faraón se comprometió a ayudarles si se sublevaban contra los asirios y les aseguró que su tiranía y crueldad había llegado a su fin.

—El rey Assarhaddon está enfermo, es el momento de levantaros en armas contra los asirios y recobrar vuestra libertad —les dijo Taharqa.

—¿Y si se recupera? —preguntó Milki-Ashapa—. Assarhaddon enviará sus huestes y destruirá nuestros reinos.

—Mis espías me confirman que en palacio hay movimientos. Si la enfermedad del rey dura mucho más tiempo, ciertos nobles inconformistas se rebelarán y lucharán por controlar el poder —les aseguró el egipcio.

—¿Qué garantías tenemos de que esos nobles que tú comentas, no lucharán contra nosotros? —preguntó el rey de Tiro.

El ambiente estaba tenso, los reyes de Biblos, Tiro y Sidón, temían a los asirios y Taharqa tenía que jugar bien sus cartas si quería poner a los asustadizos fenicios de su parte.

—Enviaré tropas que os ayuden a proteger vuestras ciudades de un hipotético ataque asirio —dijo con seguridad Taharqa.

—¿De cuantas tropas estamos hablando? —preguntó interesado Abdi-Milkuti, rey de Sidón.

—Cinco mil de mis mejores soldados en cada una de vuestras ciudades. Creo que serán suficientes para que los asirios se lo piensen dos veces antes de atacaros. Pensad que estamos hablando de quince mil soldados egipcios protegiendo vuestras tierras fenicias.

Los tres reyes se miraron y asintieron, pero uno de ellos no estaba del todo convencido.

—Los asirios tienen cientos de miles de soldados. Cinco mil egipcios no les van a asustar, para ellos serían poco más que un aperitivo —dijo Milki-Ashapa que no lo veía nada claro.

La paciencia del rey de Egipto no era infinita y comenzaba a hastiarse de oír los lloriqueos de los temerosos reyes fenicios, pero no tenía más remedio que continuar con la negociación, si quería conseguir sus objetivos.

—Entiendo tu temor Milki-Ashapa —dijo Taharqa comprensivo—. Los cinco mil soldados son únicamente una medida disuasoria, en el caso de que vuestras fronteras se vean amenazadas por tropas asirias, enviaré en vuestra ayuda un ejército de cincuenta mil soldados, entre ellos varios cientos de carros. Espero que ahora seáis más receptivos en aceptar mi alianza.

Milki-Ashapa sonrió y asintió, eso era precisamente lo que quería escuchar.

—En tal caso cuenta con mi apoyo —dijo el rey de Biblos.

—Y con el nuestro —dijeron al unísono los reyes de Sidón y Tiro.

La negociación había sido dura pero Taharqa había conseguido su objetivo. Los fenicios serían sus aliados y sus fronteras estaban protegidas de las incursiones asirias. Ahora, simplemente se tendría que ocupar de Sil-Bal, el incómodo rey de Gaza y fiel aliado asirio. Pero gracias a su alianza con los reinos fenicios, podría presionarle para que se replanteara su apoyo a Asiria. Haciendo frontera con los reinos fenicios por el norte y con Egipto por el sur, la asfixia económica de Gaza era cuestión de tiempo y el amor que sentía Sil-Bal por el oro, era de todos conocido.

—Os aseguro que no os arrepentiréis —dijo satisfecho el egipcio, mientras brindaba con una copa de vino.

Las últimas palabras del faraón retumbaban en la cabeza de Milki-Ashapa: «Os aseguro que no os arrepentiréis». Los cinco mil soldados llegaron a Biblos poco después que empalaran a toda la guarnición asiria y

mutilaran al gobernador, pero los cincuenta mil soldados egipcios prometidos, todavía no habían aparecido y eso que ya hacía varias semanas, desde que su emisario partiera hacia Men-Nefer. No había recibido ninguna noticia del faraón y el ejército asirio estaba cada vez más cerca. Si las tropas egipcias no llegaban en un par de días, Biblos caería en manos asirias y sería el fin.

Seguía andando, casi corriendo de un lado a otro del palacio, cuando el mayordomo real le notificó la llegada del ansiado emisario. Milki-Ashapa ordenó que el mensajero fuera llevado a su presencia de forma urgente. Poco después, un hombre vestido con una túnica blanca, sucia por el polvo, se presentó ante él. Sin más dilación, le entregó una carta escrita en un papiro debidamente lacrado con el sello del faraón. Al rey de Biblos le temblaban las manos y al romper el sello del faraón, rasgó el papiro, lo que interpretó como una señal de mal augurio. Nervioso, leyó la misiva de Taharqa.

—Llama a todos los consejeros y generales, que se presenten en palacio ahora mismo —ordenó Milki-Ashapa al mayordomo real.

En menos de dos horas se encontraban en el palacio del rey todos los prohombres del reino. Milki-Ashapa se encontraba sentado en el trono, cuando le comunicaron la llegada de las personas más influyentes de la ciudad.

—Mi rey, se encuentran en la sala real los consejeros del reino; Lemab, médico real, Atmensis, sacerdote del templo de Baal, dios de las tormentas, Eritsu, general de todos los ejércitos, Suerib, capitán de la guardia real y Shitura, administrador real —dijo mayordomo real.

—¿Y Yamed? —preguntó el rey.

—Al consejero Yamed no le localizamos, mi señor.

—Entiendo, haz que pasen.

El mayordomo real hizo pasar a todos los consejeros, que tomaron asiento en una larga mesa de madera de cedro donde se encontraban ya colocadas varias bandejas de fruta y jarras de vino aguado. El rey estaba sentado en un trono situado sobre una escalinata separada de la mesa principal, a su lado se encontraba Demet el heraldo real, su mano derecha y hombre de confianza.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde se encuentra Yamed? —preguntó directamente a sus consejeros, antes incluso de que hubieran tomado asiento.

Todos contestaron de forma negativa.

—Era lo que me temía. Si alguno recibe alguna noticia suya, que me lo haga saber cuanto antes. Os he hecho llamar porque he recibido un mensaje del faraón Taharqa.

Los consejeros se miraron los unos a los otros y se movieron inquietos en sus asientos.

—Estamos impacientes por conocer la respuesta de nuestro aliado a nuestra petición de refuerzos —dijo Eritsu entre los murmullos del resto de los consejeros.

—Como sabéis, nuestro ejército se compone de cinco mil egipcios, mil mercenarios y tres mil biblonios, en total tenemos nueve mil soldados —dijo el rey levantándose del trono y paseando por la sala— frente a casi cien mil asirios.

—¿Quieres decir que Taharqa no nos va a enviar los cincuenta mil soldados que prometió? —preguntó Suerib levantándose de su asiento.

—Efectivamente, hoy he recibido la respuesta del faraón. Según dice, tiene problemas con distintas tribus nómadas y va a necesitar de todos sus efectivos para protegerse de sus ataques. En definitiva, estamos solos.

Un mar de improperios atronó en la sala. Algunos consejeros maldijeron al rey egipcio mientras que otros se echaron las manos a la cabeza desesperados.

—¡Traidor! —gritó Eritsu—. Nos incita a la revuelta y ahora nos deja abandonados a nuestra suerte.

—Quizá podríamos intentar pactar algún acuerdo con los asirios ¿los dirige el propio Assarhaddon? —preguntó Shitura.

—No, los dirige Artacomo —dijo lacónicamente Eritsu.

Los consejeros se quedaron en silencio mirando a Eritsu. Sabían perfectamente lo que eso significaba; sus peores pesadillas se habían hecho realidad.

—Entonces sabemos cuáles son las intenciones de Assarhaddon con Biblos —dijo Shitura.

—Destruirla hasta sus cimientos. Nos querrá borrar del mapa como si nunca hubiéramos existido —dijo Demet.

—Sacerdote Atmensis, ¿qué dicen los dioses? —preguntó el rey.

Todos los consejeros observaban con atención al sacerdote. Su única oportunidad de supervivencia, como pueblo, dependía de los augurios de los dioses. El sacerdote espero unos instantes hasta que se aseguró de captar toda la atención de los consejeros. Cuando un profundo silencio, embargó la sala, el sacerdote comenzó a hablar.

—Hace días tuve un sueño, en él, la ciudad de Biblos aparecía envuelta en llamas. Miles de cabezas cortadas se agolpaban en las esquinas y ríos de sangre cruzaban sus calles —profetizó el sacerdote ante el estupor de los consejeros—. Si los dioses no lo remedian, estamos ante el final de Biblos. Esta noche sacrificaremos cien corderos, espero que la sangre de estos animales aplaque su sed.

—Lemab ¿no tienes nada qué decir? —preguntó el rey al médico, que había estado toda la reunión en silencio.

—Debemos evacuar la ciudad y buscar asilo en Sidón, Tiro o incluso Egipto. No somos rival para los asirios, nos van a aniquilar.

—Sidón y Tiro también se levantaron contra Asiria, serán las siguientes ciudades en caer en manos de Artacomo. Si debemos evacuar la ciudad, será mejor que marchemos a Egipto o mejor aún, a alguna de las ciudades fenicias de occidente —dijo el administrador real.

—Es posible que a estas ciudades sí que Taharqa les envíe las tropas que prometió —dijo Lemab.

—Debemos intentar un acuerdo, una paz, una claudicación, lo que sea —dijo fuera de si el administrador—, o moriremos todos.

Antes del levantamiento, Biblos rendía vasallaje a Asiria, lo que significaba que tenía que pagar enormes tributos, mantener una guarnición militar asiria, soportar a sus funcionarios y lo que era peor, todas las decisiones del rey o del consejo tenían que ser supervisadas por el gobernador asirio impuesto por Assarhaddon, que debía dar su visto bueno después de informarle debidamente. El gobernador asirio era el verdadero señor de la ciudad. Cuando se produjo la revuelta, Hutman, el gobernador asirio de Biblos, fue asesinado y desmembrado, la guarnición asiria

empalada y los habitantes de origen asirio brutalmente asesinados. Todos los consejeros tenían en mente las barbaries cometidas contra los asirios y eran conscientes que Artacomo, no quería solo sofocar la revuelta, sino también vengar la muerte de sus compatriotas.

—Enviaré emisarios a Artacomo para negociar una rendición sin condiciones —dijo el rey—, pero no tengo mucha fe en que la acepte. Eritsu, tú dirigirás a las tropas biblónicas, Suerib tú dirigirás a los egipcios, a los mercenarios y naturalmente, a la guardia real. Esto es todo, señores.

Artacomo se encontraba en la tienda principal reunido con sus capitanes, cuando un soldado le informó de la llegada de un noble procedente de Biblos. El general asirio sabía perfectamente de quién se trataba pues, antes de partir hacia Biblos, había mantenido una reunión con él. Ordenó que le hicieran entrar inmediatamente.

—Saludos, gran general, que los dioses bendigan tus ejércitos —dijo Yamed.

—Mi querido Yamed, si estás aquí, entiendo que es porque los soldados egipcios y tus mercenarios han salido ya de Biblos —dijo Artacomo saludando afectuosamente al consejero.

—Además, tengo comprados a los soldados de guardia y a una orden de uno de mis sirvientes, abrirán las puertas de la ciudad. Simplemente tienes que evitar matarles cuando salgan galopando a toda velocidad —dijo satisfecho Yamed—. Los soldados egipcios y los mercenarios que aún permanecen en Biblos, saldrán esta misma noche, ya les he dado la orden.

Cinco años antes del levantamiento de Biblos contra asiria, la ciudad sufrió una revuelta. El pueblo, hambriento, se levantó en armas exigiendo comida. Muchos comerciantes y nobles fueron asesinados por una muchedumbre hambrienta, pero la represión fue brutalmente sofocada, muriendo cientos de hombres y mujeres que únicamente suplicaban poder alimentar a sus hijos. Milki-Ashapa, consciente del odio que despertaba en su pueblo, intentó congraciarse con él, abrió las despensas reales y repartió comida

entre los pobres. Con el estómago lleno, la situación se calmó y la estabilidad volvió a la ciudad, pero el rey necesitaba a alguien que le informara de lo que ocurría en Biblos. La mayoría de sus consejeros eran nobles y pocas veces se habían mezclado con ciudadanos comunes. Fue informado acerca de un comerciante que tenía gran influencia entre las clases más bajas. Era justo lo que el rey necesitaba, alguien que le informara de lo que el pueblo pensaba en realidad. Yamed fue llamado por el rey y nombrado consejero. El comerciante se sentía lleno de gozo, de ser un paria, se había convertido nada más y nada menos que en consejero real. Pero desgraciadamente para él, su ambición no quedo ahí. Procedente de una familia humilde, había progresado en la sociedad de Biblos a través de la usura, haciendo pequeños préstamos con grandes intereses, principalmente a las clases más bajas, también había comerciado con occidente e incluso poseía un barco con tripulación propia. En toda la ciudad era conocido por su ambición y pocos escrúpulos. Sin embargo, era muy buen negociador y gracias a su mediación, el rey consiguió contratar a los mil mercenarios que ayudaban a proteger la ciudad. Pero cuando estalló la revuelta, fue consciente que los asirios clamarían venganza y arrasarían Biblos. Entonces envió un emisario a Nínive, para concertar una reunión con el mismísimo Assarhaddon, pero al encuentro fue Artacomo, en representación del monarca. En ella, Yamed le dijo que ayudaría a los asirios a tomar la ciudad siempre y cuando respetasen su vida y la de sus familiares y que, para evitar más muertes inútiles y por varias minas de oro, haría que las tropas egipcias y mercenarias abandonaran la ciudad a la llegada de los asirios. Artacomo aceptó de buen grado el acuerdo y ahora Yamed había ido a su encuentro para cobrar lo pactado.

—Excelente, entonces será esta noche cuando cobres tu oro —le dijo el general.

—No hay problema.

—¿Tu familia ha salido ya de la ciudad?

—Salieron en barco esta misma mañana.

—¿Adónde se dirigen?

—A la isla de Alasiya.

—Bien, allí estarán seguros hasta que todo esto acabe. ¿Cómo has conseguido que la guarnición de Egipto abandone la ciudad? —preguntó el general.

—Fue fácil, saben que estáis cerca de Biblos y a su capitán Bennu, le tengo a mi servicio desde que llegó a la ciudad. No ha sido difícil que Bennu mande un mensaje a Taharqa advirtiéndole de vuestra llegada y comunicándole la inutilidad de custodiar la ciudad, pues será arrasada por vuestras tropas. Taharqa le ordenó que volviera cuanto antes, junto con las guarniciones de Sidón y Tiro, no tiene ningún interés en perder quince mil valiosos soldados. Esta noche, Bennu le comunicará a Milki-Ashapa que abandona Biblos. En cuanto a los mercenarios, ya están licenciados y acompañarán a los egipcios hacia su tierra. Como puedes ver, mi general, acabo de quitaros de en medio seis mil soldados enemigos. Espero que seáis generosos, pues la mayoría de mis posesiones se encuentra en Biblos y posiblemente sean arrasadas por tu poderoso ejército.

—Por supuesto, mi querido amigo —dijo el general mientras le ponía el brazo sobre el hombro—. Asiria es generosa con sus amigos y cruel con sus enemigos. Esta noche, recibirás una parte de lo acordado y cuando arrasemos la ciudad, el resto. No obstante, Assarhaddon será generoso contigo y tendrá en cuenta que nos hayas quitado a los egipcios de en medio.

Esa misma noche, tal y como había prometido Yamed, el capitán Bennu le informó al rey de Biblos que había recibido órdenes de abandonar la ciudad cuanto antes, los mercenarios le acompañaron con la intención de buscar fortuna en tierras africanas. El rey se encontraba con tres mil soldados frente a cien mil. Sin más tiempo que perder, organizó como pudo la evacuación de la ciudad por barco a Egipto, Alasiya o hacia alguna colonia fenicia de occidente. Pero fue demasiado tarde, pocas horas después de que el último mercenario abandonara la ciudad, el siervo de Yamed dio la orden y el cuerpo de guardia abrió las puertas de Biblos, huyendo posteriormente, y a todo galope, de la carnicería que se avecinaba. No fueron necesarios más de diez mil hombres para entrar a galope en la ciudad y arrasarla piedra

por piedra. Los excesos de esa noche no tuvieron límite, la mayoría de la población estaba durmiendo, nadie podía esperar que los soldados de guardia dejaran las puertas abiertas al enemigo. Una turba salvaje entró en la ciudad blandiendo sus espadas y con las lanzas en ristre. No hubo supervivientes, entraron casa por casa y violaron, torturaron y mataron a todo ser viviente que se encontraron a su paso. Saquearon toda la ciudad y luego la incendiaron. Miles de cabezas fueron cortadas y colocadas formando una montaña en la puerta principal. Cuando el día despertó, el espectáculo era desolador, la ciudad aún permanecía en llamas y miles de cuerpos decapitados se esparcían por las calles de Biblos o lo que quedaba de la otrora magnífica ciudad fenicia. No habían hecho distinción de sexo o edad, hombres, mujeres y niños, habían sido pasados a cuchillo y muchos de ellos aparecían mutilados o cruelmente torturados para sonsacarles dónde tenían escondidas sus pertenencias. La cabeza del rey Milki-Ashapa, junto a la de varios miembros de su familia, apareció clavada en largas picas rodeando el palacio real. El botín que obtuvo el ejército asirio fue cuantioso, varias decenas de talentos de oro, plata y bronce, cientos de caballos, madera de cedro, finas piezas de orfebrería y telas de seda y lino fueron el premio de la conquista.

Artacomo se encontraba junto con Yamed y sus capitanes paseando por la ciudad, observando impasibles, como algunos de sus soldados luchaban entre ellos por hacerse con cualquier objeto que tuviera algo de valor. Otros soldados entraban en casas y al poco tiempo, salían cargados con algún botín. También observaba el general, como sus soldados buscaban entre los cadáveres alguno que estuviera vivo y lo remataba sin contemplaciones. A otros les cortaban las cabezas y las colocaban en un carro tirado por acémilas, luego, las llevaban al exterior de la ciudad y las arrojaban sobre una montaña de cabezas.

—Quizá deberíamos habernos quedado con algunos esclavos —dijo Sargaon.

—Tenemos que dar un escarmiento a todos los rebeldes, es mejor así —sentenció el general—. Pronto llegará a oídos de los ciudadanos de Tiro y

Sidón lo que aquí ha ocurrido y el terror se hará dueño de ellos. Serán conscientes de que aquellos que no abandonen la ciudad, recibirán el mismo trato que los ciudadanos de Biblos.

—Mi señor —intervino tímidamente Yamed—, he perdido mis posesiones en Biblos, espero que el pago por mis servicios compense tan enorme pérdida.

—Tendrás tanto oro como para poder comprarte tu propio reino —dijo Artacomo— tus servicios han sido inestimables y Asiria sabrá recompensar tu sacrificio. Te entregaré cinco talentos de oro y veinte de plata ¿te parece bien?

—Es más que suficiente —dijo satisfecho Yamed mientras se frotaba sus huesudas manos—, en cuanto tenga todo preparado, marcharé a Alasiya para encontrarme con mi familia.

—Espero que tengas suerte Yamed y que los dioses te sonrían. Sargaon, acompaña a Yamed hasta el administrador y que le pague lo acordado. Las mulas y caballos que necesite para la carga están incluidos.

—Gracias, mi señor, os deseo toda la suerte del mundo en esta campaña.

Yamed se encontraba pletórico, había traicionado a su pueblo pero a cambio, poseía el tesoro de un rey. Inmensamente rico, partiría hacia la ciudad de Ladnana en Alasiya donde ya le esperaba su familia. Allí, gracias a su riqueza, sería un gran señor y quién sabe si alguna vez, pudiera ser nombrado rey de la ciudad o incluso de toda la isla. Yamed recogió la gratificación por sus servicios y junto con varios esclavos, y los soldados biblonios a los que había sobornado, se dirigió al único barco que aún no había sido incendiado, una nave de su propiedad que había sido protegida por orden de Artacomo.

Una vez cargada toda la mercancía y cuando se disponían a partir, Yamed oyó una voz a su espalda, se giró y sintió un fuerte dolor en el pecho antes de caer desplomado en el suelo. Una flecha había acabado con los sueños y la vida del traidor de Biblos. Su guardia fue rodeada por los soldados asirios y tiraron sus espadas. Todos fueron pasados a cuchillo. Varios días después, un barco asirio atracó en un puerto de Alasiya con la

misión de asesinar a toda la familia de Yamed. Su estirpe debía ser borrada de la faz de la tierra.

Artacomo nunca habría permitido que un traidor partiera con semejante fortuna. Ahora, el tesoro de Yamed se dirigiría a Nimrud y otras manos se encargarían de su gestión.

Poco después de arrasar Biblos, Artacomo se dirigió hacia Sidón, con parte de su ejército, pues unos cinco mil soldados, volvieron a Nínive con el botín procedente del saqueo de Biblos y otros quinientos custodiaron el efímero tesoro de Yamed y se dirigieron a Nimrud. Solo pasaron tres días hasta que llegaron frente a las murallas de Sidón. Desgraciadamente para los asirios, las noticias sobre la destrucción de Biblos fueron más rápidas que sus ejércitos y llegaron antes a la ciudad. La mayoría de los ciudadanos habían abandonado Sidón por tierra o por mar y únicamente los viejos y los enfermos, permanecieron en la ciudad. Aún así, Artacomo no tuvo piedad, encolerizado porque le habían privado de un valioso botín, arrasó Sidón y mató a los pocos habitantes que no pudieron huir. Toda la ciudad fue incendiada, el general ordenó que todos los edificios, incluida la muralla, fueran destruidos y no quedara piedra sobre piedra.

Pocos días después de la destrucción de la ciudad, una patrulla de exploradores capturó al rey de Sidón, Abdi-Milkuti, cuando se disponía a tomar un barco hacia Egipto junto con toda su familia. Artacomo no tuvo contemplaciones con él. Lo decapitó junto a todo su séquito y clavó sus cabezas en unas picas. El resto del cuerpo fue desmembrado y arrojado a los buitres.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIII

ARTACOMO se encontraba a pocos kilómetros de su siguiente objetivo, la rica y próspera ciudad de Tiro. Estaba dividida en dos zonas claramente diferenciadas; una construida en la costa y la otra situada a lo largo de un pequeño istmo de poco más de un kilómetro que terminaba en una isla fortificada. La anchura de la lengua de tierra que unía ambas partes de la ciudad, tenía varias decenas de metros, pero variaba mucho según las mareas, llegando a tener poco más de veinte metros durante la marea alta. La isla tenía forma alargada y estaba protegida por dos puertos fortificados. Una enorme muralla de cuarenta y cinco metros de alto, la hacían prácticamente inexpugnable.

El general asirio pudo ver que la ciudad de la costa parecía abandonada. Era evidente que todos sus habitantes habían huido y buscaron refugio en la isla fortificada. El ejército asirio registró casa por casa y después de no encontrar ningún habitante, ni nada de valor, tomó posiciones en el istmo. Artacomo dejó que sus soldados descansaran después de varios días de marcha bajo un inmisericorde sol, y llamó a sus capitanes, que fueron a la tienda del general para preparar la batalla. Ese día no habría más muertes.

—Señores, estamos ante la ciudad más inexpugnable de la tierra. Hasta ahora, ningún reino ha conseguido conquistarla. Han sido tributarios nuestros por acuerdos, no por conquistas. Estamos ante nuestro mayor reto, pero si salimos victoriosos de esta batalla, tendremos el campo libre hasta Egipto —dijo el general a sus capitanes.

—¿Sabemos de cuantas tropas disponen? —preguntó Baladán.

—Según el censo del que nos valemos para cobrar el tributo, la ciudad tiene treinta mil habitantes, pero desconozco de cuantas tropas disponen, así

como, si tienen contratados mercenarios o hay tropas egipcias tras sus murallas.

—Murallas de más de cuarenta metros. Estamos a un kilómetro de la isla pero aún así se ven imponentes, ¿alguna idea sobre cómo asaltar la ciudad? —preguntó Sargaon.

—Acepto sugerencias —dijo el general—, pero olvidaros de un largo asedio, desde su puerto pueden recibir víveres y agua de Egipto u otras ciudades amigas. Además, quiero llegar a Egipto antes del invierno.

—Nuestras torres de asedio más altas no llegan a los veinte metros, además, será complicado desplazarlas hacia la fortificación, corremos el riesgo de que queden hundidas en la arena debido a su peso —dijo Bitakyn.

—Las construiremos más altas —dijo el general—, el problema será hacerlas llegar hasta los muros.

—Podríamos construir un camino de piedra o de madera sobre el que las torres puedan desplazase sin hundirse —intervino Sargaon.

—Hay numerosos cedros por esta zona, podemos talarlos y hacer un camino, pero tardaríamos mucho tiempo —dijo Bitakyn.

—Llamad al jefe de zapadores, quiero conocer su opinión —ordenó el general.

Poco después, entró en la tienda de Artacomo un hombre de unos cincuenta años, tenía una larga y cana barba rizada y el pelo sujeto con una cinta de tela. De mirada inteligente, era uno de los mejores ingenieros militares de Asiria y por ende del mundo. Hacía años, había ideado un magnifico ariete que, sujetado en una viga mediante cadenas, se balanceaba hacia las murallas enemigas golpeándolas con gran fuerza hasta que se derrumbaban. Una lona de cuero cubría todo el ariete, protegiendo a los soldados de los dardos y del aceite hirviendo que, desde las murallas, les arrojaban los defensores. Este ariete fue un gran avance y consiguió doblegar varias ciudades que de otro modo, habría sido imposible.

—Mi querido Erishcad —saludó afectuosamente Artacomo—, estamos ante un importante problema y necesitamos de tus sabios consejos.

—Es un gran honor servirte, mi general ¿en qué os puedo ayudar?

—Necesitamos construir una torre de asalto de cincuenta metros y también un camino de madera que llegue hasta los muros de la ciudad.

El ingeniero le miró atónito, lo que le estaba pidiendo su señor era a todas luces imposible.

—Nunca se ha construido una torre de esa altura, además, necesitaríamos la fuerza de cien bueyes para poder moverla. Mi general, debemos abandonar esa idea. En cuanto a la segunda cuestión, no habría problema, tenemos madera suficiente para construir un camino hasta la isla, pero no creo que los asediados nos permitan acercarnos mucho a sus muros —dijo Erishcad.

—¿Cómo crees que podríamos superar sus muros? —preguntó Baladán.

—No soy soldado, ni estratega, simplemente construyo maquinas, pero tengo la obligación de deciros que ninguna máquina de asedio puede superar los cuarenta y cinco metros que tiene la muralla de Tiro.

—Que todavía no se haya construido no significa que no pueda hacerse —objetó el general—. Podríamos construirla por partes y luego montarla en las mismas puertas de la ciudad.

—¿Bajo el fuego de cuarenta mil defensores? —preguntó Sargaon—. Mi señor, veo la tarea muy complicada.

—Podemos mover varias balistas para proteger a los zapadores mientras montan la máquina. Los dardos los prenderemos con brea para poder hacer aún más daño. Lo importante es saber si podemos montar una torre de cincuenta metros y cuánto tiempo podríamos tardar —dijo el general mirando a Erishcad.

Todos le miraron expectantes. Erishcad comenzó a pasear por la tienda con las manos en la espalda. No quería defraudar a su general, pero la idea de construir una torre de más de cuarenta y cinco metros era totalmente irrealizable. Pasaron varios minutos antes que se decidiera a hablar, no podía decir a su general que no, sin ofrecerle alguna alternativa.

—Es prácticamente imposible mi general. A la dificultad de construir la torre, tendríamos que añadir la imposibilidad de desplazarla. Eso sin contar con el fuego enemigo. Si permitís daros mi opinión, creo que la mejor manera para derribar la muralla es por medio de zapadores que provoquen fuego en sus muros. Las piedras, debido al calor, terminarán por estallar y el muro se debilitará, cuando esto ocurra, podemos atacar con un gran ariete

que golpeé la muralla hasta que finalmente ceda. También podemos enviar nuestras torres de asalto para proteger a los zapadores.

El general miró al suelo decepcionado.

—Bien, prepara las máquinas, así lo haremos.

—Podríamos enviar unas tropas de asalto que trepen por los muros e intenten abrir las puertas. Lo harían amparados por la oscuridad de una noche sin luna —dijo Sargaon cuando el jefe de los zapadores hubo salido de la tienda.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó interesado Artacomo.

—Varias decenas de soldados nadarían sobre unos odres llenos de aire hacia la isla —comenzó a decir Sargaon—. Amparados por la luna nueva, subirían por los muros, matarían a los soldados de guardia y abrirían la puerta principal. Después, nos harían una señal y la caballería se dirigiría hacia la puerta, que estaría abierta, entonces, nuestros jinetes atravesarían la muralla y atacarían la ciudad, que se encontraría indefensa y dormida.

—¿Lo ves factible? —preguntó incrédulo Bitakyn.

—No creo que el rey de Tiro espere que escalemos sus murallas durante la noche.

—El problema será encontrar entre nuestras tropas buenos nadadores, que además, sean grandísimos escaladores —dijo Baladán.

—Entre nuestras tropas hay unos dos mil ugaritios. Como sabéis, son buenos nadadores, solo necesitamos que varios de ellos además, sean grandes escaladores —dijo el general.

—Llamemos a su capitán, él conoce a sus hombres y sabrá cuántos de ellos nos podrán ser útiles —dijo Sargaon.

—Baladán, ve a buscarlo —ordenó el general.

Mirabal era el capitán de los ugaritios. Tenía a su mando a más de dos mil soldados, todos ellos procedentes de Ugarit, ciudad costera situada al sur de la Capadocia. Era conocida por la habilidad de sus habitantes para nadar y bucear bajo las aguas del mar. De niños, los ugaritios, eran adiestrados en la natación y el buceo, de hecho, muchos eran obligados a bucear si querían comer. Sus padres arrojaban una piedra al mar y los niños se tenían que arrojar a las bravas aguas para recoger la piedra si querían comer. Mirabal tenía la tez bronceada por el sol, era un hombre fornido de

anchas espaldas, vestía cota de malla sobre una coraza de lino, y los bombachos típicos de su tierra, estaban rematados en unas botas altas de cuero. Un casco de forma cónica con penacho revelaba su rango.

—Señor —saludó Mirabal bajando la cabeza.

—Mirabal, los ugaritios tenéis fama de ser grandes nadadores —dijo el general—; según se dice, de pequeños os instruyen en la natación y si no sabéis nadar o bucear, no coméis ¿es eso cierto?

El ugaritio sonrió y negó con la cabeza.

—No es del todo correcto mi general, si un niño no consigue aprender a nadar o bucear, es sacrificado. Sería un lastre para su familia. Para nosotros, el mar es nuestra madre, de ella conseguimos nuestros alimentos y muchas de nuestras herramientas. Es una obligación para cualquier ugaritio estar congraciado con ella, de otra forma, sería imposible nuestra supervivencia.

—Entonces todos los ugaritios sabéis nadar, ¿no es cierto? —preguntó Sargaon.

—Como he dicho antes, si en nuestro pueblo nace un niño con algún problema físico o mental que le impidiera nadar o bucear, sería inmediatamente sacrificado —respondió tajante Mirabal—. Nuestro pueblo es pobre y no se puede permitir alimentar a gente con limitaciones. Nuestras mujeres dan a luz en el agua y desde el primer momento, el sagrado líquido es nuestro elemento.

—¿Además de nadar sabéis alguno de vosotros escalar? —preguntó Baladán.

—Muchos de nosotros hemos cruzado el Orontes y escalado las puertas de Siria. Lo hacemos porque creemos que en la cima vive Hadad, nuestro dios del cielo.

—¿Entonces hay escaladores o no entre tus hombres? —preguntó impaciente Bitakyn.

—Yo mismo soy un gran escalador y en mis tropas tengo varios jóvenes que saben escalar No conozco el número exacto, pero creo que varias decenas de mis soldados serían capaces de escalar cualquier cima.

—Eso espero —dijo Artacomo—, habla con tus hombres y luego me informas, necesito que sean capaces de subir paredes verticales de más de cincuenta metros ¿lo ves factible?

—Si te refieres a que si somos capaces de trepar o no por los muros de Tiro, la respuesta es sí —dijo con seguridad Mirabal.

—Efectivamente, ese puede ser uno de los planes, pero antes necesitaría que me confirmaras cuántos de tus hombres pueden hacer tal hazaña —dijo el general.

—Dame unas horas y te lo diré.

—Vete pues —ordenó Artacomo.

El capitán ugaritio salió raudo de la tienda del general y se dirigió donde se encontraba acampada su división. Artacomo hubiera preferido no dar tanta información, no quería que entre el ejército corriera la noticia de que varios soldados iban a trepar las inexpugnables murallas de Tiro, pero debía asegurarse que todos los hombres de los que iba a disponer Mirabal estuvieran preparados.

—Dentro de tres días habrá luna nueva —dijo Bitakyn— sería un buen momento para intentar el asalto.

—Sí, sería nuestra oportunidad —confirmó el general.

—Pero creo que, mientras tanto, podríamos pedir ayuda al rey de Gaza —intervino Baladán—, no tenemos nada que perder. Mientras asaltamos las murallas o preparamos nuestras torres de asalto, podríamos enviar mensajeros para que Sil-Bal nos envíe sus barcos, de esta forma, asediaríamos la ciudad por tierra y por mar. El rey de Tiro no conoce nuestras intenciones, ni tampoco sabe si tenemos pensado preparar un largo asedio o no, al ver los barcos de Sil-Bal en el mar y nuestras tropas fuertemente atrincheradas en tierra, puede que intente llegar a un acuerdo.

Artacomo estudió la idea de Baladán. Efectivamente, mientras planeaban varias estrategias, no era mala idea que Sil-Bal enviara sus barcos, sin duda, eso creará incertidumbre a Baal y puede que rinda la ciudad ante la perspectiva de tenerla asediada durante meses.

—Está bien, siempre es bueno tener varias alternativas. Sargaon —ordenó el general—, llama a tus tres mejores jinetes, tengo un mensaje para el rey de Gaza.

Artacomo escribió en una tablilla de arcilla, la metió en una bolsa de cuero que lacró con su sello personal y se la entregó a uno de los jinetes de Sargaon, que partió inmediatamente hacia Gaza, junto con dos compañeros.

Pocas horas después, Mirabal entró en su tienda y le informó que ciento ochenta de sus hombres, estaban capacitados para escalar las murallas de Tiro. El general le dijo que descansara con sus soldados, pronto le haría llamar.

Era una noche fresca y oscura, solamente los fuegos del campamento asirio y a lo lejos, algunas antorchas, perturbaban dicha oscuridad. Ciento cincuenta ugaritios, vestidos con telas negras y embadurnados de pies a cabeza con lodo, se preparaban para la misión más arriesgada de sus vidas. El agua del mar estaba fría pero en calma, los soldados, uno a uno, se fueron introduciendo despacio en ella y comenzaron a nadar hacia la isla flotando en odres llenos de aire. Después de varios minutos, que a más de uno se les hicieron eternos, llegaron a la orilla. Subieron por las rocas y se encontraron en la base de la muralla. Mirabal los dirigía. Cuando se aseguró que todos sus hombres habían llegado a su posición, ordenó que se iniciara la escalada a la muralla. Los soldados sacaron sus cuerdas, picas y mazas de madera y comenzaron el ascenso. Con gran maestría y casi sin hacer ruido, subían uno tras otro. Mirabal y diez de sus mejores hombres ascendieron primero. Colocaban una pica en una grieta entre dos sillares y luego aseguraban la cuerda, los demás subían tras ellos. Poco tiempo después, una larga hilera de soldados trepaba de forma inexorable por la fortificación.

Las cuerdas parecían firmemente aferradas a los muros de la ciudad y los soldados trepaban por ellas evitando hacer cualquier mínimo ruido. Los defensores tirios hacían guardia y vigilaban patrullando de un lado a otro de la muralla. Estaban alertas y atentos a todo lo que ocurría a su alrededor. La noche parecía tranquila. Mirabal subía con sus hombres, miró a su alrededor pero casi no podía ver nada, desde el campamento asirio habían apagado todos los fuegos para evitar que el mínimo reflejo descubriera a los escaladores. Solo se oía el susurro de las olas. Un soldado tirio miró hacia el campamento enemigo, le llamó la atención no ver nada, ni una sola luz en el horizonte. Pensó que los asirios habían desistido del asedio y se habían marchado, se dio la vuelta para informar al jefe de la guardia pero no le dio tiempo. Mirabal, que ya había trepado la muralla, se colocó detrás de

él y le degolló. Sin hacer el mínimo ruido, el cuerpo inerte del soldado cayó al suelo sujetado por el ugaritio. Mirabal ayudó a alguno de sus hombres a subir por el muro. De pronto, se oyó un ruido seco, luego otro y finalmente un tercero, alguien había caído hacia las rocas. El ruido llamó la atención de varios guardias que se dirigieron hacia el lugar de la muralla de donde procedía el ruido. Miraron hacia abajo, pero solo veían oscuridad, entonces, tiraron varias antorchas y pudieron ver a varios soldados aferrados a la muralla para no caer al vacío, donde ya se encontraban varios de sus compañeros. Una pica mal aferrada a la roca, y un resbalón inoportuno, provocó la caída del primer escalador y con él, la de los dos compañeros que tenía asegurados. La guardia tiria hizo sonar sus cuernos dando la voz de alarma y cientos de soldados aparecieron en las murallas iluminando el cielo con sus antorchas.

—Nos han descubierto —dijo Mirabal a varios de sus hombres, que estaban escondidos tras una almena—, debemos huir o nos aniquilaran, bajemos por las cuerdas.

Pero fue demasiado tarde. Mirabal, junto con sus hombres, fue descubierto y varios arqueros tirios apuntaron sus armas hacia ellos matando a dos ugaritios. Mirabal miraba el abismo mientras sus soldados intentaban bajar por las cuerdas. Docenas de soldados tirios acudieron a la voz de alarma y se dirigieron hacia él. Los arqueros tirios seguían disparando sus flechas y mataron a otros cuatro ugaritios. Los defensores comenzaron a arrojar piedras y brea ardiendo a los asaltantes, que caían al vacío arrastrando con ellos a más de un compañero. Los arqueros vaciaban sus carcajes disparando en la oscuridad con el deseo de abatir a algún enemigo. Mirabal se encontraba rodeado y no podía bajar por la cuerda, pues se encontraba uno de sus soldados iniciando el descenso. Varios tirios le atacaron y el capitán ugaritio, que se defendió con bravura, mató a tres enemigos antes de ser atravesado por la espada de un defensor. La mayoría de sus soldados no corrieron mejor suerte y fueron abatidos por los arqueros. Solo veinte ugaritios lograron volver al campamento asirio, aunque muchos de ellos heridos al saltar a gran altura de la muralla o por las flechas de los tirios. El asalto había fracasado.

Artacomo observaba la fortaleza desde la oscuridad del campamento. El alboroto que veía entre las almenas, no presagiaba nada bueno. Demasiadas antorchas se movían de un lado a otro. Observó varias lenguas de fuego arrojadas desde las almenas, todo parecía indicar que les habían descubierto. La caballería permanecía atenta a la señal convenida para cargar contra la ciudad. Sargaon, estaba inquieto sobre su caballo, él dirigiría la caballería que iba a cargar contra la ciudad una vez que viera la señal desde las murallas. Tendría que esperar una mejor ocasión.

La luz del alba confirmó los peores presagios. Los pocos supervivientes fueron llegando agotados a la orilla, donde fueron rápidamente socorridos por sus compañeros, que les ofrecieron abrigo y agua. Estaban exhaustos por el cansancio y el frío. Apenas hablaban, simplemente algunos preguntaron por la suerte que habían corrido el resto de sus compañeros. Artacomo los observaba con pesar. Tomar la ciudad no iba a ser tarea fácil, tendría que poner en marcha todo su ingenio si quería conseguir su propósito. Sin más dilación, llamó a Erishcad y enseguida, comenzaron a montar las máquinas de asedio y a talar árboles para construir un camino de madera hacia Tiro.

El ritmo de trabajo fue frenético, miles de soldados cortaban árboles, mientras otros hacían tablas y otros más, las asentaban en el istmo. Las torres de asalto avanzaban según se construía el camino. Su misión era proteger a los zapadores de los dardos que les lanzaban los tirios, mientras colocaban los tablones. Pero la tarea era muy complicada, los tirios disparaban sus flechas desde los muros de cuarenta y cinco metros y alcanzaban con facilidad a los zapadores, que se encontraban precariamente protegidos bajo lonas de cuero. Colocaron balistas en las torres de asalto pero su alcance era muy limitado y muy pocas veces consiguieron asustar a los arqueros. Aún así, el camino avanzaba y las torres se acercaban cada vez más a los muros de la ciudad. Habían pasado cuatro semanas desde el primer asalto a la muralla, cuando, a lo lejos, apareció una enorme flota de barcos. Artacomo, que inspeccionaba la construcción de una torre de asalto, observó las naves sin saber exactamente quienes eran. Hacía mucho tiempo que había enviado a sus mensajeros a Gaza y, desde entonces, no había tenido noticias suyas. Desconocía que les había ocurrido y estaba pensando

en enviar a uno de sus capitanes en busca de alguna noticia sobre ellos. Una enorme nave de guerra atracó cerca de la costa, Artacomo pudo ver la insignia de la casa real de Gaza y como, varios hombres, bajaban del barco y se subían a una pequeña barca auxiliar, se dirigían hacia la playa. Artacomo montó en su caballo y junto con su guardia personal, fue a su encuentro. La barca llegó a la playa y desembarcaron un grupo de nobles. A la cabeza se encontraba Sil-Bal, el rey de Gaza. El general fue a su encuentro, sonriendo satisfecho.

—Es un placer verte Sil-Bal —saludó cortésmente Artacomo—, pensé que mis enviados no habían conseguido llegar a Gaza, no he vuelto a tener noticias de ellos.

El rey de Gaza se dirigió hacia Artacomo y le dio un fuerte abrazo. Tanta afectividad sorprendió al general. Había visto un par de veces en su vida a Sil-Bal y tampoco era muy amigo de los saludos efusivos.

—Y no creo que las tengas, amigo Artacomo —dijo el rey de Gaza, sin dejar de sonreír—, por lo menos de ellos personalmente, están muertos.

—¡Bastardos, traed un caballo para el rey de Gaza! —ordenó el general —. ¿Qué les ha ocurrido?

—Una patrulla los encontró cerca de Ascalón —dijo el rey, mientras subía al caballo que le había proporcionado Artacomo—, dos estaban muertos y el otro malherido, parece que habían sido atacados por bandidos.

—¿Cómo recibiste mi mensaje?

—Tus soldados son muy hábiles. El que aún estaba vivo, les dijo a mis soldados que eran emisarios tuyos y que habían sido atacados por salteadores. Durante el ataque, había conseguido esconder tu mensaje entre unos matorrales y mis hombres lo encontraron, poco después, tu mensajero murió. Parece que estaba esperando que alguien encontrara tu mensaje para poder morir en paz, con su misión cumplida. Tienes grandes soldados Artacomo, puedes estar orgulloso.

—Lo sé, ¿y sus cuerpos?

—Han sido debidamente embalsamados y los he traído conmigo para ponerlos a tu disposición, se han comportado como verdaderos héroes.

—Recibirán un gran homenaje. Tengo que reconocer que ya no esperaba ver tus barcos y que vengas tú personalmente con ellos, es una

agradable sorpresa —dijo el general mientras dirigía su caballo hacia el campamento.

—He venido tan pronto como he podido y traigo conmigo casi todo lo que no se hunde en el mar, más de cincuenta barcos de todo tipo, incluidos mis cinco barcos de guerra. Es un honor poder ayudar a nuestros aliados.

—Tu ayuda es inestimable —dijo satisfecho el general—, ahora Tiro está asediada por tierra y por mar.

—¿Cuáles son tus intenciones?

Artacomo dudó, aunque el rey de Gaza había demostrado ser un fiel aliado en muchas ocasiones, la experiencia le había enseñado a ser precavido e informar únicamente de aquello que era imprescindible.

—Ahora que has llegado, no tengo muy claro si hacer un largo asedio o atacar directamente la ciudad —respondió el general—. Hemos realizado algún ataque, pero sin resultados positivos.

Sil-Bal observó el impresionante campamento y las enormes máquinas de asedio, tampoco le pasó desapercibido el camino de madera que se estaba construyendo a lo largo del istmo.

—Veo que has hecho un magnífico trabajo —reconoció Sil-Bal—. Ahora, con tu ejército y con mis barcos, que Tiro sea conquistada es únicamente cuestión de tiempo.

—Eso espero, no podemos permitir que ninguna ciudad se levante en contra de nuestro imperio y si lo hace, tiene que sufrir la cólera de los dioses.

A Sil-Bal no le agradó ese comentario. Hacía no demasiados años, Judea se levantó en armas contra la tiranía asiria. Todas las ciudades fueron arrasadas menos Jerusalén. El rey Ezequías, cansado de la guerra, llegó a un acuerdo con Senaquerib y la guerra terminó, pero se vieron obligados a jurarle lealtad eterna y a pagar cuantiosos tributos. No obstante, con el pago del tributo, se aseguraban la paz con Asiria y su apoyo en el caso de recibir algún ataque egipcio.

—He ordenado a mis naves que bloqueen los puertos de Tiro, y que no permitan que ningún barco salga o entre de la ciudad —dijo el rey cambiando de tema.

—Perfecto, ahora vayamos a comer algo, estoy seguro que estarás cansado del largo viaje y querrás descansar un poco.

—Así es, tengo un hambre de lobo y también me gustaría dormir un poco.

Se dirigieron a la tienda del general, allí les sirvieron queso de cabra con pasas, dátiles y pescado en salazón. Después, el rey se fue a descansar mientras que Artacomo dirigía las labores de construcción del camino.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIV

DESPUÉS de varias semanas de duro asedio, la llegada de Sil-Bal fue un bálsamo para las tropas asirias, que ya temían la imposibilidad de doblegar la ciudad. Desde las almenas, Baal, rey de Tiro, observaba con horror como su ciudad estaba rodeada por tierra y por mar. Sin suministros procedentes de Egipto, que la ciudad sucumbiera al hambre y las enfermedades era cuestión de tiempo. Impotente, veía como los asirios construían un camino de madera y sus formidables torres de asedio estaban cada vez más cerca. Miró a su alrededor y vio a sus súbditos contemplar los movimientos del enemigo en silencio, sus ojos transmitían una profunda preocupación. Un niño lloró y su llanto rompió el espeso silencio, su madre intentó consolarle ante la mirada de varios tirios. El rey se acercó al niño y, sonriendo, le toco la mejilla. El niño se calló al momento y le devolvió la sonrisa. Su madre miraba a Baal con gratitud. El rey de Tiro había tomado una decisión. Haría lo imposible por salvar su hermosa ciudad.

—Mi general —dijo un soldado dirigiéndose a Artacomo—, emisarios de Tiro solicitan audiencia.

Artacomo se encontraba paseando por la playa acompañado por el rey de Gaza, detrás de ellos, y atentos a cualquier movimiento, les seguía sus guardias personales.

—Está bien, pasaremos revista a las naves judías y nos entrevistaremos con los emisarios —dijo el general.

Anduvieron hasta que llegaron a la nave real, un hermoso trirreme fenicio comprado junto con varios barcos más por Sil-Bal, para proteger sus

costas de las incursiones piratas. Artacomo se detuvo delante de la bella nave.

—Un barco impresionante.

—Mi mejor compra —dijo satisfecho el rey de Gaza—, me costó un dineral, pero mereció la pena.

—Nosotros apenas tenemos barcos, los asirios vivimos de espaldas al mar.

—Es normal, vuestras ciudades están muy lejos de la costa y ya tenéis a los fenicios para que naveguen por vosotros —dijo con una sonrisa Sil-Bal, mirando a Artacomo.

—Subamos.

Franqueados por los soldados de guardia, entraron en la nave. Artacomo seguía encantado mirando con atención cada detalle del barco cuando apareció ante ellos Garbaal, almirante del rey.

—Artacomo —dijo el rey de Gaza—, este es Garbaal, almirante de mi flota, el mejor marinero que existe en el mundo.

—Saludos general —saludó Garbaal bajando levemente la cabeza.

—Saludos almirante.

Artacomo le preguntó, durante varios minutos, acerca de las características y virtudes del trirreme, cuando hubo saciado su curiosidad, se despidió de él y se dirigió hacia el campamento, donde le esperaban los enviados del rey de Tiro. Cuando llegaron a la tienda, los dos emisarios se pusieron en pie. Hacía un calor horrible y a los tirios no les habían ofrecido ni una gota de agua. A pesar de la sombra, estaban sudorosos y esperaban de buen grado, que el general fuera generoso con ellos y les ofreciera algún refrigerio.

—El rey de Tiro, nuestro señor Baal, os saluda —dijo uno de ellos—. Mi nombre es Zalamet, soy el primer ministro de su majestad y él es Itbalem, heraldo mayor del reino. Venimos en nombre de nuestro rey para negociar la paz con el poderoso Artacomo, general del imperio asirio. Ruego que mis palabras sean escuchadas.

Zalamet era un hombre de mediana edad, de cara muy redonda y frente muy despejada, sus ojos eran claros y emanaban autoridad, vestía una túnica larga hasta los tobillos de color blanco con borlas. Itbalem tenía la

cara alargada y la nariz aguileña, la espalda la tenía ligeramente encorvada y era extremadamente delgado. Vestía una túnica de color marrón oscuro y tenía la cabeza cubierta por un sombrero de forma cónica, ligeramente alargada, del mismo color que la túnica.

—Hablad pues —dijo el general, mientras tomaba asiento y se servía un vaso de agua fresca ante la rogante mirada de los emisarios.

—Nuestro rey pide perdón al rey Assarhaddon por el levantamiento, está dispuesto a pagar una fuerte suma en compensación por los soldados muertos y a volver a someterse al poder asirio —dijo Itbalem, que miraba de soslayo la jarra de agua.

Era lo que Artacomo esperaba. El general sabía que Baal, mientras controlase la costa, no se rendiría. Tiro debía ser conquistada, pues no podía ser asediada a no ser que se dispusiera de barcos. Pero el rey de Tiro no contaba con las naves de Sil-Bal, ahora no tenía escapatoria, o pedir la paz o morir de hambre. La rendición era solo cuestión de tiempo. Pero Artacomo no se lo iba a poner nada fácil.

—Han muerto muchos soldados, y el gobernador fue salvajemente asesinado ¿qué compensación puede subsanar, aunque solo sea en parte, tal ofensa? —preguntó enérgicamente Artacomo.

—Hace muchos años, Ezequías, rey de Jerusalén, entregó treinta talentos de oro y ochocientos de plata al rey asirio Senaquerib, para salvar la ciudad, estamos dispuestos a pagar el doble —dijo Zalamet—. Si Senaquerib perdonó a Jerusalén, espero que tú también perdones a Tiro.

No era una mala oferta, además, no deseaba un asedio largo, su objetivo era otro y faltaban pocos meses antes de que llegase el invierno y las lluvias convirtieran los caminos en lodazales impracticables.

—¿Qué más ofrece tu rey? —preguntó indiferente el general, mientras se servía otro vaso de agua. Bebió un trago y el resto lo tiró al suelo ante la mirada suplicante de los tirios.

—Tiro volverá a ser ciudad tributaria de Asiria —contestó Zalamet.

—Eso es evidente —dijo con desdén Artacomo.

—Ofreceremos rehenes que garanticen nuestra lealtad —dijo Itbalem.

—Será la familia de Baal la que garantice la lealtad de Tiro. Todos los miembros de la familia real, exceptuando a Baal, serán deportados a Nínive.

Se os prohibirá cualquier contacto con Egipto, incluso comercial. El rey será encerrado en palacio y no podrá salir mientras viva o mientras Assarhaddon lo estime oportuno. No tendréis ejército, y doscientos de vuestros habitantes de entre quince y treinta años serán ejecutados. Nosotros elegiremos a los prisioneros. Además, mil tirios serán deportados a tierras asirias. Una guarnición de cinco mil soldados asirios, mantenidos por Tiro velará por el cumplimiento del acuerdo. Estas son mis condiciones y hoy mismo, antes del anochecer, espero respuesta.

Los emisarios se quedaron de piedra, no esperaban unas condiciones tan duras. El presidio del rey, la deportación de la familia real junto con mil tirios, la ejecución de doscientos tirios, el pago de tributos y el mantenimiento de los soldados asirios, además, de la prohibición de comerciar con Egipto, su mejor cliente, hacían muy difícil la supervivencia de la ciudad.

—Son condiciones muy duras, significaría el fin de mi pueblo —se atrevió a protestar Zalamet.

Artacomo se levantó como una centella, desenfundó su espada y atravesó el corazón del primer ministro tirio, que cayó muerto al suelo.

—¿Algo más que decir? —preguntó Artacomo, aún de pie y con la espada goteando sangre.

Itbalem negó con la cabeza, sus ojos reflejaban sorpresa y horror, estaba tan aterrorizado que no podía moverse.

—Pues vete entonces. ¿A qué estás esperando?

El tirio huyó del campamento asirio temblando hasta los huesos, tenía la mirada fija en Tiro y corrió hacia su ciudad sin mirar atrás. Antes del anochecer, Artacomo recibió la respuesta de Baal. La ciudad se rendía.

Varios días después de la ejecución de Zalamet, el ejército asirio partió hacia Gaza. Artacomo, tal y como había acordado con los tirios, dejó cinco mil soldados como guarnición en la ciudad, además, otros veinte mil escoltarían el enorme tributo y a los mil tirios deportados hacia Nínive. A sus espaldas, dejó doscientas cabezas cortadas e insertadas en estacas clavadas en el istmo que unía la ciudad costera con la fortificada. Artacomo

entregó diez talentos de oro y doscientos de plata a Sil-Bal como gratitud por el envío de su flota, de los cuales, cinco talentos de oro serían depositados en las arcas de Gaza pero pertenecerían a Artacomo. Sil-Bal, aceptó de buen grado el acuerdo con el general y le entregó una tablilla de arcilla que le identificaba como dueño y señor de esa cantidad de oro. Después de un gran festejo en honor a los dos grandes líderes, Sil-Bal organizó su flota y se dirigió por mar a Gaza, mientras que los asirios se dirigieron a la ciudad por tierra. La campaña estaba siendo muy provechosa para el general asirio, que volvería a Nínive siendo inmensamente rico.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XV

EL VERANO llegó a su fin, y las esperanzas de Afarat de encontrarse con su mujer y su hijo se fueron con él. Poco a poco el frío otoño se fue adueñando de Sari y de sus habitantes. Las partidas de caza habían aumentado considerablemente, tenían que cazar todos los animales posibles, para poder pasar el crudo invierno. Los desecaban o los salaban colgándoles en las vigas de un enorme almacén, donde guardaban también el resto de las provisiones de la ciudad. Nadie poseía los alimentos, toda la comida era repartida según el número de hijos o el estatus social al que pertenecían. No obstante, todas las familias tenían un pequeño huerto y alguna que otra gallina que le proporcionaba huevos o, en momentos de extrema escasez, un sabroso caldo. Los días se hacían más cortos y las despensas estaban llenas de leños, para que el hogar no se quedara desabastecido. Escapar de Sari era un imposible. No conocía la región ni qué dirección tomar, si no moría de hambre moriría de frío. Esperaría a la llegada de la primavera. Mientras tanto, tendría que pasar el invierno en la palloza junto con el resto de esclavos.

Desde que volvió de la cueva, Afarat había asistido, junto con Itbala, a varios enfermos. A pesar de su devoción por la leche de caballo fermentada, el *shaman* era un hábil curandero y Afarat había aprendido muchas cosas de él. Itbala le delegaba cada vez más responsabilidades y, de esta forma, él tenía más tiempo para dedicarse a lo que verdaderamente le gustaba, beber *kumis* hasta perder el conocimiento. Cada día que pasaba el aspecto del *shaman* empeoraba. Pronto moriré —le dijo un día a Afarat—, este será mi último invierno entre los vivos. Cualquier noche el dios Sol se presentará en mis sueños y reclamará mi presencia. Afarat no hacía demasiado caso a las

ideas del viejo *shaman* sobre su muerte, le había cogido bastante cariño y, como bien le dijo un día a Itbala, le consideraba como parte de su familia, una especie de tío lejano.

Era una mañana fría que anunciaba el comienzo del otoño, todo el mundo se preparaba para la gran fiesta, que celebraba el fin del calor y la llegada del frío. Pocas semanas después, los habitantes de Sari prácticamente no saldrían de sus pallozas hasta la llegada de la primavera. A pocos kilómetros de la ciudad, se habían congregado la mayoría de sus habitantes y también los visitantes de los pueblos cercanos para preparar la gran fiesta del invierno. Vestidos con sus mejores galas, se preparaban los manjares más suculentos y se bebían ingentes cantidades de *kumis* y cerveza. La fiesta duraba tres días, siendo el último el más importante, pues en él se disputaba la gran carrera de caballos. En ella, los niños menores de doce años montaban en el mejor caballo de su familia. Una carrera de veinte kilómetros donde el vencedor era galardonado con todos los honores. Los niños representaban a cada una de sus familias, era un momento de extrema responsabilidad para ellos, temerosos por defraudar a sus padres que durante meses, les habían entrenado para ese momento.

Era el primer día de fiesta y las mujeres preparaban la comida mientras los hombres se distraían realizando competiciones de lucha, tiro con arco o carreras de caballos. El aroma a carne de cordero a la brasa, junto con todo tipo de guisos, impregnaba el ambiente.

—Vamos a ver la competición de lucha —le dijo Itbala a Afarat—, pero antes vayamos a por un vaso de *kumis*, tantas emociones me dan sed.

—Deberías beber menos —le aconsejó Afarat.

—Por mí no te preocupes —le dijo sonriendo el *shaman*—, ya te he dicho que de este invierno no paso, así que para lo que me queda de vida, voy a intentar disfrutar lo más posible.

Afarat le miró y negó con la cabeza, durante meses le había insistido para que dejara la bebida. Era una guerra perdida.

—¡Mira! —exclamó Itbala, señalando a un enorme hombre que se estaba echando aceite por el cuerpo—. Ese es Krakot, es el mejor luchador de toda Masagetia, y estoy convencido que también del mundo entero, nunca ha perdido un combate.

Krakot era un gigante de casi dos metros de altura, tenía el pelo largo agarrado con una coleta, pesaría unos ciento veinte kilos y estaba vestido únicamente con un taparrabos de tela. Tenía los ojos rasgados y debido al aceite con el que se había embadurnado todo el cuerpo, brillaba bajo la luz del sol.

—¿Contra quién va a luchar? —preguntó Afarat.

—Se va a realizar un sorteo. Todos los participantes introducen, en una bolsa de cuero, una piedra con el nombre de la familia a la que representan. Los jueces cogen dos piedras y anuncian los nombres de los luchadores a las que pertenecen y lucharán entre ellos. Entonces, la piedra del luchador que vence en combate se mete en otra bolsa de cuero. Se repite este proceso hasta que llega el último combate.

—¿Y cuál es el premio?

—No hay ningún premio, simplemente se lucha para saber quién es el mejor luchador de Sari y de toda la comarca.

—¿No se premia al ganador? —preguntó extrañado Afarat.

—Durante meses se habla del mejor luchador y su nombre es escrito con letras de oro en el gran libro de la lucha. ¿Hay mayor premio que la propia vanidad?

—¿Qué es el gran libro de la lucha?

—En este libro aparecen los nombres de todos los campeones desde que se celebra la fiesta del invierno y de eso hace más de ciento treinta años. Tiene un valor incalculable.

—¿Dónde está ese libro?

—Está custodiado muy lejos de aquí, en Bhakri. Allí está mejor protegido. Todos los años un funcionario real lo trae hasta aquí durante las fiestas, para anotar el nombre del ganador y cuando acaban las fiestas se lo vuelve a llevar. Vamos a ver el sorteo.

Los dos hombres caminaron hacia una multitud. Allí, sobre un atril, un hombre metía una mano en una bolsa de cuero y pronunciaba en alto un nombre. Mientras tanto, los luchadores esperaban en una especie de escenario de un metro y medio de altura. Todos los luchadores estaban a la vista del público para que todo el mundo pudiera verlos y poder así, decantarse por unos o por otros a la hora de hacer sus apuestas. Cada vez

que un nombre era pronunciado por el juez, la muchedumbre gritaba enfervorizada y las bolsas con dinero pasaban de unas manos a otras.

—¡Krakot! —gritó el juez—. ¡Contra Hassalin!

Del escenario bajaron los dos luchadores, Krakot saludaba a todo el mundo que vitoreaba su nombre. Estaba tranquilo consciente de su victoria. Hassalin estaba concentrado, miraba al frente, nadie le saludaba. También era un gigante, casi tan alto como Krakot, tenía los ojos rasgados y el pelo, negro y largo, atado en una coleta.

—Vayamos a ver el combate —dijo animado el *shaman*.

—¿Por qué nadie saluda a Hassalin? —preguntó Afarat.

—Es extranjero, nadie le conoce mientras que Krakot es el luchador más famoso de toda Masagetia y máximo favorito.

—¿De dónde es?

—Es un yuezhi, proviene de tierras muy lejanas. Kushan se llama su país.

Afarat observó a Hassalin, tenía la mirada fría y los músculos en tensión. Parecía que su mente se encontraba en otro lugar muy lejos de allí.

Los jueces se dirigieron hacia una explanada acompañados por todos los luchadores y por una bulliciosa multitud. El público formó un círculo de unos siete metros de diámetro, dos jueces se pusieron a cada lado y uno de ellos dijo los nombres de los primeros luchadores.

Lejos de la multitud y los luchadores, se encontraba Mushabat reunido con algunos de sus acólitos.

—Debemos ser rápidos —dijo Mushabat— y robarlo justo en el último combate. Todo el pueblo estará presente y solo tendremos que ocuparnos de los soldados.

—¿Qué harás luego con el libro? —le preguntó uno de sus seguidores.

—Lo venderé, ya tengo comprador, pero por vuestra seguridad no puedo deciros nada.

Mushabat estaba reunido con sus seguidores en su palloza. Durante meses, había planeado la forma de robar el libro de la lucha, después lo vendería por una gran suma de dinero y con el oro pagaría el salario de

varias decenas de mercenarios. Derrocaría a Jusman el usurpador y se haría nombrar caudillo. Una vez nombrado líder de la ciudad, marcharía junto con sus mercenarios y sometería a todos los pueblos vecinos de Sari. Pronto sería nombrado caudillo de todos los masagetas y haría frente al mismísimo Teuman, rey de todos los pueblos escitas.

—¿Cómo lo haremos? —le preguntó otro de sus seguidores.

—Ya os avisaré cuando llegue el momento. Por ahora es mejor que no sepáis nada, id a ver la competición, me reuniré con vosotros allí, cuando llegue el momento.

El campeonato había comenzado, y la mayoría de los luchadores ya habían combatido. La multitud estaba enloquecida, después de cada combate, los gritos de alegría de los ganadores en las apuestas, eclipsaban los gritos de desesperación de los perdedores.

—Hay quién se juega todo lo que tiene en estos combates —dijo Itbala —, incluso se juegan lo que no tienen.

—¿Qué quieres decir?

—Hay jugadores que se apuestan sus tierras, sus caballos e incluso sus mujeres, he visto a más de uno apostar a su primogénito.

—¡Es una locura!

—Es cierto, creo que muchos de ellos son enfermos, ¿ves aquel árbol de allí? —le dijo Itbala a Afarat, señalando un enorme cedro—. Es raro el año en el que no aparece alguien colgado de él cuando acaba la fiesta, le llaman el cedro de los perdedores.

—¡Último combate de la primera ronda, Krakot contra Hassalin! —exclamó uno de los jueces.

Todo el mundo gritó el nombre de Krakot, pocas apuestas había a favor de Hassalin. Los dos luchadores se dirigieron despacio hacia el lugar que debían ocupar en el círculo. Krakot se sentía seguro de sí mismo, daba vueltas y levantaba los brazos en señal de victoria. El público aclamaba cada uno de sus movimientos y gritaba enfervorizado su nombre una y otra vez, mientras un grupo de yuezhi permanecían semiocultos entre la muchedumbre.

—Krakot y Hassalin, los dos conocéis las reglas —dijo uno de los jueces, ante el asentimiento de los luchadores—. Ganará el combate el que consiga tirar al suelo a su contrincante y lo inmovilice durante diez golpes en el suelo.

Mientras uno de los jueces hablaba, el otro inspeccionaba a cada uno de los luchadores. Revisaba el taparrabos en busca de algún arma u objeto cortante, inspeccionaba sus uñas y también que el aceite con el que habían embadurnado todo su cuerpo, no tuviera ninguna sustancia toxica. Una vez que comprobó que estaba todo correcto, hizo una señal de asentimiento al otro juez.

—Colocaros en vuestros sitios —ordenó el juez a los luchadores que obedecieron de forma inmediata—. ¡Que comience el combate!

Krakot se lanzó rápidamente hacia su contrincante que ya le estaba esperando. Le agarró de la cintura con ambos brazos y le levantó por el aire. Hassalin, que ya conocía esa llave, agarró por la mandíbula a Krakot e intentó girarle la cabeza. Krakot viendo la maniobra de Hassalin se vio obligado a soltarle para evitar que este le rompiera el cuello. «No va a ser tan fácil como pensaba», se dijo Krakot. Mientras, los apostantes no paraban de gritar e intercambiar bolsas de cuero con dinero. Un grupo de yuezhi permanecía atento al combate mientras que uno de ellos intercambiaba algunas bolsas de cuero con algún apostador. Durante unos instantes, ambos luchadores dieron vueltas alrededor del círculo sin darse la espalda, mirándose fijamente a los ojos… se estaban estudiando. Fue Hassalin el que intentó atacar, agarró por el taparrabos a Krakot e intentó tirarle al suelo, pero este, realizando un movimiento muy ágil, logró zafarse de su adversario. Durante varios minutos ambos luchadores se atacaron y se defendieron como pudieron. Nadie recordaba que Krakot hubiera tenido jamás un combate tan igualado. Los dos luchadores se encontraban exhaustos, seguían estudiándose buscando un punto débil, un momento de distracción de su adversario pero era imposible, se trataba de dos grandes luchadores. Hassalin miró de reojo a uno de los yuezhi y vio como le asentía. En ese momento se dirigió como una exhalación hacia su rival, que no esperaba ese movimiento tan rápido. Krakot intentó defenderse pero no lo consiguió, Hassalin cayó sobre él y le derribó. Ambos cayeron al suelo

pero Hassalin cayó encima de Krakot, que tenía la espalda en el suelo. Intentó zafarse de Hassalin pero le fue imposible, estaba completamente inmovilizado. El juez, tardando más de lo que Hassalin hubiera deseado, se arrojó al suelo y estudió la inmovilización de Krakot, tenía la espalda completamente en suelo. Dio diez golpes y proclamó al yuezhi vencedor del combate. La mayoría del público no se lo podía creer, casi todos habían apostado por Krakot, que había sido vencido en su primer combate contra un desconocido. Pocos eran los vítores y los gritos de alabanza hacia Hassalin. Un yuezhi reclamaba el dinero de las apuestas a varios apostantes ante la atenta mirada de sus compañeros. Hassalin permanecía en el centro del círculo, su brazo derecho había sido levantado por uno de los jueces. No estaba feliz, su rostro no reflejaba ningún tipo de emoción, mantenía la misma mirada fría y el mismo gesto imperturbable que tenía antes del combate.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Itbala—. Estoy seguro de que nadie esperaba que Krakot perdiera en su primer combate. ¡Es increíble!

Afarat observaba al vencedor, que se había puesto una piel sobre los hombros para no coger frío. No mostraba ningún signo de alegría. Si no fuera porque Afarat había visto el combate, pensaría que estaba mirando al luchador derrotado. No entendía el comportamiento del luchador.

—Es extraño —dijo Afarat.

—¿El qué? —preguntó indiferente Itbala.

—A pesar de haber ganado al campeón, no se le ve feliz por la victoria.

—Tienes razón, pero no le des mayor importancia, aún falta mucho campeonato y Hassalin todavía no ha conseguido nada. Supongo que comportarse de esa manera le permitirá estar más concentrado para el siguiente combate.

—Puede ser —terminó por decir Afarat sin mucho convencimiento.

—Vayamos a beber algo, todavía queda tiempo para ver el siguiente combate de Hassalin. Eso no me lo pierdo por nada.

—¿Ni por una jarra de *kumis*? —preguntó riendo Afarat.

—Ja, ja, ja —río el *shaman*—. Puedo ver el combate con una jarra de *kumis*, no son gustos incompatibles.

Poco después, la victoria de Hassalin sobre Krakot corrió por toda la multitud, que se había congregado en la fiesta. Nadie se quería perder su próximo combate, todas las apuestas le daban como favorito. Una hora después de su primer combate, fue llamado para el segundo, que solventó sin problemas, después un tercero, que también liquidó en poco tiempo, un cuarto, un quinto y finalmente fue llamado para la gran final.

—¡Llamo a la final del campeonato a Hassalin, y a Yihar! —gritó uno de los jueces.

En ese momento entraron en el círculo los dos luchadores. Yihar era escita, tenía la tez muy morena y unos profundos ojos negros. Era más alto que Hassalin, pero mucho más delgado. Había ganado todos sus combates con solvencia y aunque a falta de Krakot, era el favorito de los sarianos, las apuestas estaban muy igualadas. La final era el combate más esperado, y todo el mundo quería verlo. Los apostantes agitaban sus bolsas de cuero al aire mientras pronunciaban el nombre de su favorito y decían la cantidad que iban a apostar. Si alguien aceptaba su apuesta se anotaban los dos nombres y la cantidad apostada en dos tablillas de arcilla y la sellaban con cera. Después, cada uno de los apostantes marcaba con su anillo la cera de las dos tablillas y se quedaban con una de ellas. En la tablilla quedaba anotado el favorito de cada uno de los apostantes, la cantidad de la apuesta, el nombre del apostante y el sello que le identificaba. De esta forma, el ganador podría reclamar al perdedor la deuda. Si el perdedor carecía de dinero para poder saldar su deuda era apresado. Tenía dos días para conseguir el dinero o llegar a un acuerdo con su acreedor, si pasado este tiempo no podía hacer frente a su deuda, todas sus posesiones serían propiedad de su acreedor, y su familia y él mismo serían sus esclavos. Por este motivo, muchos apostantes aparecían colgados en el cedro de los perdedores cuando acababa el campeonato. Si él moría, su deuda no sería heredada por su familia, su deuda moría con él.

Mushabat salió de su palloza y se dirigió hacia la tienda escita donde se custodiaba el libro de la lucha. Estaba nervioso y miraba todos los lados, buscaba algo o a alguien. Sus compañeros le observaban inquietos, a lo lejos pudo ver como unos hombres les saludaron con el brazo. Al poco

tiempo llegaron a su altura y se reunieron con ellos. Eran seguidores suyos que estaban viendo la competición de lucha.

—La final va a comenzar, ya han llamado a los luchadores. No creo que tarde más de cinco minutos en iniciarse el combate —dijo uno de ellos.

—Bien, ha llegado el momento —dijo Mushabat—. Todo el mundo está viendo el combate, tenemos poco tiempo para hacernos con el libro.

—Debemos darnos prisa, el combate puede durar menos de un minuto —dijo nervioso otro de ellos.

—No te preocupes, tenemos tiempo suficiente —dijo Mushabat seguro de sí mismo.

Sin saber de dónde habían salido, junto a ellos aparecieron tres hombres. Los seguidores de Mushabat se sobresaltaron y desenvainaron sus espadas nerviosos.

—¿Quiénes sois? —preguntó inquieto unos de los acólitos de Mushabat apuntándoles con la espada.

—No te preocupes —le tranquilizó Mushabat levantando su mano y saludando a los extranjeros—, son amigos.

Los yuezhi le saludaron con leve movimiento de la cabeza. Vestían unas túnicas largas con capucha de color marrón que les llegaban hasta los tobillos. La cabeza la tenían cubierta con la capucha y apenas se les podía ver la cara.

—El combate durará lo acordado —dijo uno de ellos—, tenéis diez minutos para conseguir el libro.

—Será tiempo suficiente —dijo Mushabat.

—El combate está a punto de comenzar —dijo otro yuezhi—, creo que no tenéis mucho tiempo que perder.

—No te preocupes, nos veremos en el lugar acordado cuando acabe el combate.

Los yuezhi se fueron hacia la multitud, Mushabat y sus seguidores se dirigieron a la tienda donde los soldados del rey Teuman custodiaban el libro.

—¿Quiénes son esos? —le preguntó un seguidor a Mushabat.

—Son los que nos van a pagar una fortuna por el libro.

Cuatro soldados custodiaban confiados la puerta de la tienda. Dentro, seis soldados más apostaban su jornal jugando a los dados. Todo fue muy rápido, Mushabat y sus seguidores atacaron a los cuatro soldados que murieron antes de saber qué estaba pasando. Luego entraron en la tienda y mataron a los soldados, que jugaban a los dados. Fue un trabajo rápido y limpio. Después de rematar a uno de los soldados escitas, Mushabat se acercó a un cofre de cedro remachado con hierro y lo abrió. Ante él surgió la imagen del libro. No tendría más de cuarenta centímetros de largo y unos treinta de ancho. Era de oro y piedras preciosas, las hojas estaban hechas de piel curtida de cabra y se podían ver los nombres de todos los ganadores del campeonato de lucha escritos en letras de oro. Era una auténtica maravilla, Mushabat se quedó hipnotizado ante aquella obra de arte, y tuvo que ser uno de sus hombres el que le espabilara de su ensimismamiento.

—Mushabat, debemos irnos —le dijo.

—Sí, sí, claro. ¡Vámonos muchachos!

El combate acababa de comenzar y gran parte del público aún continuaba haciendo sus apuestas. Entre la multitud, varios hombres ocultos bajo túnicas marrones con capucha observaban atentos a los luchadores.

Hassalin en un lance del combate cayó al suelo y Yihar aprovechó la ocasión para lanzarse sobre él, le tenía a su merced. Uno de los jueces comprobó si tenía toda la espalda en tierra y comenzó a golpear el suelo con la mano. Hassalin observó como uno de los yuezhi apostaba con varios hombres y repartía varias tablillas de arcilla. Cuando el juez estaba a punto de golpear el suelo por décima vez, Hassalin logró zafarse del rival y se puso en pie. Miró hacia el publico y vio como un hombre con capucha marrón le hacia un gesto con la mano. Debía esperar un poco más. Los dos luchadores comenzaron a andar en círculo estudiándose mutuamente y esperando el momento propicio para atacar. Yihar lo intentó dos veces más pero Hassalin, mucho más ágil, consiguió zafarse del escita. Hassalin pasó a tomar una posición más defensiva. No atacaba, simplemente se defendía de

los ataques de Yihar. Parecía cansado, respiraba con dificultad y un par de veces pareció que perdía el equilibrio. Miró hacia el yuezhi que hacia las apuestas y le pareció ver que asentía. Llegó el momento definitivo. Hassalin se arrodilló cansado y puso sus manos sobre el suelo. Yihar no vería otra oportunidad más clara para acabar con su oponente y se lanzó contra el yuezhi. Cuando ya se encontraba prácticamente encima, Hassalin se levantó, se giró ligeramente y enganchó al escita con el brazo derecho por la cintura mientras que con el brazo izquierdo inmovilizó el brazo derecho de Yihar. No tuvo problemas para proyectarle hacia el suelo, Yihar cayó con toda la espalda sobre el suelo y quedó aturdido por el golpe. Hassalin se puso encima de él inmovilizándole completamente. El juez observó que la espalda del escita estuviera tocando el suelo completamente y empezó a contar hasta diez.

Gran parte del público saltó de alegría cuando el juez gritó el nombre de Hassalin. Un yuezhi, acompañado por dos hombres más, reclamaba raudo el pago de las deudas a los perdedores mientras que los otros yuezhi abandonaban aquel hervidero y se dirigían hacia el bosque.

—¡El mejor combate que he visto jamás! —gritó emocionado Itbala.

—No sé qué decirte, creo que Hassalin ha estado jugando con Yihar —le dijo Afarat.

—¿Tú crees qué se puede jugar con un hombre que pesa más de cien kilos?

Afarat había visto todos los combates de Hassalin y había algo que no le cuadraba. En todos, menos en el combate contra Krakot, había vencido sin mayores problemas. Pero se había dado cuenta que en todos los combates, en un momento determinado, había dado muestras de flaqueza momentos antes de vencer a su rival. Observó a Hassalin y vio cómo miraba hacia un grupo de hombres, que se introducía en la profundidad del bosque.

—Debo marcharme, luego te veo —le dijo a Itbala.

—¿Dónde vas?

—Voy a aligerar aguas ¿quieres venir conmigo? —le preguntó, mientras se dirigía hacia el bosque.

—No amigo, creo que eso lo puedes hacer solo. Me voy a celebrar este combate, ya sabes dónde encontrarme.

—Nos vemos en la taberna, pero intenta no beber demasiado *kumis*, espero verte sereno.

Los yuezhi entraron en el bosque y se dirigieron hacia una pequeña cabaña de piedra que utilizaban los cazadores para guarecerse del mal tiempo en épocas de caza. Entraron en ella y allí encontraron a Mushabat junto con varios de sus seguidores.

—¿Tienes el libro? —le preguntó el que parecía ser el jefe de los yuezhi.

—Sí, lo tengo, pero hay un problema.

—¿Cuál es el problema?

—Su valor ha aumentado —le dijo Mushabat.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, sin ocultar su enojo el yuezhi—. ¡Habíamos acordado cuatro minas de oro y doscientos siclos en piedras preciosas!

—Eso fue antes de ver el libro, ahora creo que me queríais engañar, el libro vale mucho más que eso.

Uno de los yuezhi se dirigió hacia Mushabat con gesto amenazante. El que parecía el jefe le paró de golpe con un gesto con la mano.

—¿Cuánto pides ahora?

—Quiero el doble —respondió el masageta, cruzando los brazos.

—Aquí no tenemos tanto dinero.

—Te doy tres días para reunirlo.

—Sabes que nuestro dinero lo tenemos en nuestro país. Tardaríamos más de cuatro meses en volver y poder pagarte.

—Si no tienes el dinero en tres días se lo venderé a otro comprador.

Un ruido fuera de la cabaña distrajo a atención de los yuezhi.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de ellos.

—Habrá sido un animal —intentó tranquilizar Mushabat—. Sal y vete a ver qué ha sido ese ruido —le ordenó a uno de sus hombres, que salió de inmediato de la cabaña empuñando su espada.

El seguidor de Mushabat miró alrededor de la cabaña pero no vio a nadie, se adentró por el bosque pero seguía sin ver nada. Finalmente desistió de la búsqueda y entró en la cabaña.

—Fuera no hay nada, habrá sido algún animal —dijo el acólito con indiferencia entrando en la cabaña.

—Está bien, está bien —tranquilizó Mushabat—. Entonces ¿hay trato o busco otro comprador?

—En tres días nos reuniremos aquí y espero por tu bien que no vuelvas a subir el precio del libro —dijo el yuezhi.

Los yuezhi salieron rápidamente de la cabaña. Estaban verdaderamente enfadados. El jefe sintió una presencia, miró sobre su espalda hacia la espesura del bosque. Estuvo un instante mirando hacia las copas de los árboles, sentía que algo le estaba observando. Cuando comprobó que no había nada de qué preocuparse, continuó su camino. Pocos minutos después, salió Mushabat de la cabaña junto con sus seguidores.

Una multitud enfervorecida aclamaba el nombre del campeón. Hassalin permanecía casi imperturbable y una mueca que imitaba a una sonrisa, se reflejaba en su cara. Jusman se acercó al campeón y levantó su brazo derecho. Uno de los yuezhi cobraba el beneficio de su apuesta ante la mirada expectante de otros dos yuezhi que observaban con atención cualquier movimiento extraño entre los deudores. Hassalin era abrazado por el gentío y todos los presentes luchaban por acercarse al gran campeón y tocarle. Era venerado como un semidiós.

—¡Ha llegado el momento, nuestro campeón ha de firmar en el sagrado libro de la lucha! —exclamó Jusman ante los vítores de la gente—. ¡Vayamos a la tienda donde los soldados del rey lo custodian!

Jusman dirigía la comitiva acompañado por Hassalin, la multitud seguía vitoreando y aclamando constantemente al yuezhi. Itbala no perdía detalle de todo el espectáculo y, observó la mirada perdida y el rostro preocupado de algunos hombres. Eran los perdedores de las apuestas. «¿Cuántos desgraciados visitarán al cedro de los perdedores esta noche?», pensaba. Estaban llegando a la tienda, cuando vieron como un hombre corría hacia ellos, gesticulando como si estuviera poseído por el diablo. Cuando llegó a la altura de Jusman, se detuvo para coger un poco de aire antes de hablar, todo el mundo le observaba con curiosidad.

—¡Han… han matado a los soldados del rey y robado el libro de la lucha! —exclamó respirando con dificultad.

—¿Qué dices? —le preguntó Jusman zarandeándole.

—Mi señor, vengo de la tienda, hay cuatro soldados muertos en la puerta y otros seis en el interior. El libro no aparece por ningún lado, lo han robado.

Jusman miró al hombre con el rostro desencajado, no se podía creer lo que estaba escuchando. Rápidamente se dirigió hacia la tienda seguido por la multitud que de golpe se quedó en silencio. Hassalin permanecía impertérrito como si todo aquello no fuera con él. Cuando Jusman llegó a la tienda pudo comprobar con sus propios ojos como todo lo que le dijo el hombre era verdad. Los diez soldados del rey Teuman habían sido asesinados y el libro había desaparecido.

—Redoblad la guardia —ordenó Jusman a uno de sus oficiales—, enviad patrullas por los alrededores y que revisen el bosque en profundidad. Cerrar las puertas de la ciudad y establecer el toque de queda. ¡Nadie podrá salir de la ciudad y los que quieran entrar deberán ser interrogados! Recluid a todo el mundo que esté en la explanada, nadie podrá salir de ella hasta nueva orden. Registrad toda la carga, toda carreta, bolsa o alforja deberá ser revisada.

Miró hacia su espalda y vio a la multitud, que le observaba con preocupación.

—Escoltad a todos estos a la explanada. Las fiestas serán suspendidas hasta que los asesinos sean capturados y encontremos el libro.

—¿Suspender las fiestas, mi señor? —le preguntó el oficial.

Las pérdidas económicas serían importantes. La fiesta del invierno suponía un dineral para las arcas de Sari, y para sus comerciantes. Anular los festejos significaba la ruina para muchos mercaderes, tanto de la ciudad como los provenientes de otras tierras.

—No hay otra opción —contestó Jusman—, tenemos que volcar todas nuestras energías en encontrar a los asesinos y recuperar el libro. El rey no tolerará que este asesinato quede impune. Nuestra autonomía como pueblo está en juego.

El oficial asintió, su caudillo tenía razón. El prestigio de Jusman y la autonomía de Sari pendían de un hilo. Si no encontraban pronto a los asesinos, Teuman enviaría sus tropas para que se encargaran de las investigaciones y no se irían hasta que no encontrase a los culpables. Un oficial del rey tomaría el mando de la ciudad y Jusman correría el riesgo de ser cesado como caudillo. Teuman no podía permitir que nadie asesinase impunemente a sus soldados, debían capturarles y darles un escarmiento, que sirviera de aviso, para todos los que osasen desafiar su poder.

Afarat permaneció escondido casi una hora después de haber visto salir de la cabaña a Mushabat y a los misteriosos hombres vestidos con túnicas. Cuando se aseguró que no quedaba nadie en la cabaña y tomando todas las precauciones debidas, salió de su escondrijo. Había logrado ocultarse tras unos arbustos justo en el momento que salía de la cabaña uno de los hombres de Mushabat. Le vio buscando algo entre los arbustos y por los alrededores de la cabaña. Hubo un momento en el que pasó tan cerca que pudo tocarle. Afarat contuvo la respiración, pensó que finalmente le localizaría. Su corazón luchaba por salir por la garganta, se tocó el pecho y durante un momento pensó que el seguidor de Mushabat podía oír sus latidos. El hombre rebuscó entre los matorrales y golpeó unos arbustos con su espada, convencido de que nadie se ocultaba en el bosque, negó con la cabeza y desistió en su búsqueda entrando de nuevo en la cabaña. Poco tiempo después, vio como salían los yuezhi. Uno de ellos miró hacia el lugar donde él se encontraba. Afarat tuvo la sensación de que le miraba directamente a los ojos. Volvió a aguantar la respiración y, aunque estaba muy nervioso, intentó no hacer el más mínimo movimiento. Después de un breve instante que a Afarat se le hizo eterno, el yuezhi decidió continuar con su camino. Estaba temblando de miedo, si le hubieran descubierto le habrían matado allí mismo. Respiraba aceleradamente y el corazón parecía que se le iba a salir por el pecho. Decidió esperar un poco más, para tranquilizarse un poco y asegurarse que no sería descubierto. Cuando ya se encontraba más tranquilo, se dirigió hacia Sari. Numerosos soldados custodiaban la puerta de la ciudad y cuando uno de ellos recaló en su

presencia, avisó al oficial de guardia que le dirigió una mirada de desconfianza.

—¿De dónde se supone que viene ese? —preguntó uno de los soldados.

—Habrá que preguntárselo —dijo el oficial.

Afarat templó los nervios y respiró con calma. Observó como todas las miradas de los soldados se dirigían hacia él.

—¿De dónde vienes, esclavo? —le preguntó el soldado.

—He estado toda la tarde en la explanada disfrutando de los combates —respondió Afarat, sonriendo e intentando ocultar su nerviosismo, que volvía a aflorar.

—Venías de la dirección del bosque.

—Necesitaba aliviarme, y qué mejor sitio que ese —dijo Afarat frotándose las manos.

El oficial de guardia observaba la conversación con el ceño fruncido. El esclavo estaba excesivamente nervioso y sus manos le sudaban. Se acercó a él y le habló.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —le preguntó a Afarat.

Afarat titubeó antes de contestar.

—No sé a qué te refieres ¿qué es lo que ha pasado? —Su corazón le latía con fuerza.

—No pretendas engañarnos —le espetó el oficial de guardia—, lo sabes de sobra.

—No os engaño, os prometo que no sé de qué me estás hablando —dijo sin mucha convicción, pues mentir nunca había sido su fuerte.

—Acompáñame, iremos a hablar con Jusman quizá a él le digas la verdad.

Mushabat se dirigía hacia la ciudad satisfecho, había conseguido el valioso libro y duplicado su precio. La empresa había tenido un éxito aún mayor del que esperaba. Bromeando con sus hombres llegó a la puerta de la ciudad. Los soldados, que estaban de guardia, detuvieron su paso. Mushabat les observó asustado. Un soldado se le acercó sonriendo y le saludó afectuosamente, era su primo Gaulam.

—¿Qué ocurre Gaulam? —preguntó más tranquilo Mushabat.

—Han robado el libro de la lucha y asesinado a los soldados del rey, Jusman ha decretado el toque de queda. Nadie puede salir de la ciudad ni de la explanada donde se celebra la fiesta del invierno.

—¿Que han robado el libro de la lucha? —preguntó Mushabat fingiendo desconocimiento—. ¡Es increíble! ¿Y se sabe quién ha podido hacer algo tan horrible?

—Aún no se sabe gran cosa, lo único que te puedo decir es que ya tenemos a un sospechoso.

—¿Quién es? —preguntó inquieto Mushabat.

—El esclavo asirio, hace menos de una hora intentó entrar en la ciudad, le preguntamos de dónde venía y nos contestó que del bosque. La respuesta le extrañó al oficial de guardia, pues el bosque no es un lugar muy apropiado para un esclavo solitario. No sé, quizá solo intentó escapar y, al ver las tropas patrullando en busca de los ladrones, se asustó y volvió a la ciudad. Lo hemos llevado ante Jusman para que lo interrogue.

Mushabat se quedó pálido. Si Afarat se encontraba en el bosque. ¿Habría escuchado su conversación con los yuezhi? Sus hombres se miraron inquietos.

—Por cierto ¿vosotros de dónde venís? —preguntó Gaulam.

—Venimos de las tiendas de las prostitutas —le dijo Mushabat riéndose y golpeando el hombro de su primo— ya sabes, durante estas fechas todas esas zorras están como locas buscando clientes.

—Afortunados sois y yo aquí de guardia.

—Ja, ja, ja —rio Mushabat— el próximo día te vienes con nosotros.

El soldado sonrió.

—Anda primo, siempre dices lo mismo. Entrad en la ciudad antes que me arrepienta y os deje toda la noche fuera en la intemperie. Recordad que Jusman ha establecido el toque de queda, id directamente a vuestra casa o corréis el riesgo de ser arrestados cuando anochezca.

—¿No debería ser interrogado? —le preguntó un soldado de la guardia a Gaulam.

—Es mi primo, estoy seguro de que no tiene nada que ver con los asesinatos. No debemos hacer perder el tiempo a nuestro caudillo.

El soldado miró con desconfianza a Mushabat, pero se apartó de la puerta dejándole el paso libre.

—Pasa con tus amigos e id directamente a vuestras casas —le insistió Gaulam.

Mushabat miró a su primo y sonrió agradecido. Durante unos breves instantes dudó si entrar en la ciudad. ¿Y si Afarat le delataba? Era posible que el asirio no les hubiera visto y su presencia en el bosque fuera pura coincidencia. Además, no entrar en la ciudad cuando estaba a punto de anochecer, podría despertar sospechas. Finalmente y no sin inquietud, cruzó la puerta acompañado por sus hombres. La ciudad estaba completamente en calma y no había nadie por las calles, solo el ruido de las patrullas rompía el profundo silencio que la embargaba.

—Ahora id a vuestras casas y esperad mis noticias —les ordenó Mushabat.

—¿Y si el asirio nos ha visto y nos ha delatado a Jusman? —preguntó con temor uno de sus hombres.

—De eso me ocupo yo, vosotros haced lo que os he dicho.

Preocupados, los hombres de Mushabat se dirigieron a sus hogares. En cambio, su líder fue a la palloza principal donde el caudillo, junto con el consejo de ancianos, impartía justicia. Posiblemente Afarat se encontrara allí para ser interrogado. La puerta de la palloza estaba custodiada por dos guardias que le impidieron la entrada. A través de una ventana pudo ver la figura de Jusman, y a varios de los ancianos. Intentó ver a Afarat pero no lo consiguió. Quizá ya había sido interrogado. Observó a Jusman que discutía con un consejero. Intentaba escrutar algún mensaje en la cara de Jusman, cuando sintió una mano que le agarraba con fuerza el brazo.

—¿Qué haces aquí, te has vuelto loco? —preguntó el hombre en voz baja, pero enfurecido.

Mushabat tardó un instante en recuperarse del susto, pensó que había sido apresado por la guardia. Cuando vio la cara del hombre que aún se aferraba a su brazo, se tranquilizó.

—Vámonos de aquí, o seremos descubiertos.

Los dos hombres se movieron sigilosamente y se perdieron en la oscuridad.

—Tenemos problemas —dijo el hombre.

Mushabat observó a su fiel amigo Gaffar, uno de los miembros más eminentes del consejo de ancianos. Tenía el rostro contraído y la mirada velada por la preocupación. Durante años había servido con fidelidad a su padre Hasset, cuando fue el caudillo de Sari. Se había opuesto a la candidatura de Jusman y le había apoyado para ocupar el puesto tras la muerte de Jatmala. Siempre había servido fielmente a su familia y estaba dispuesto a hacerlo una vez más.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mushabat.

—Sois unos estúpidos, el asirio os ha visto negociando con los yuezhi. Ya ha hablado con Jusman, y acaba de convocar al consejo de ancianos.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Olvídalo —dijo Gaffar, conociendo las intenciones de Mushabat—. No podrás llegar a él, está custodiado por la guardia personal de Jusman. No se fía de nadie y teme por su vida.

—¿Cómo sabes lo que le ha contado?

—Vi al jefe de la guardia escoltar al asirio, les seguí hasta la casa de Jusman, y me oculté tras unos arbustos. Escuché todo lo que Afarat le dijo.

—¿Jusman y el consejo de ancianos le creerán?

—Sois muchos los implicados, basta con que uno hable, y será el fin de todos y te puedo asegurar que pocos son los que aguantan los interrogatorios de los carceleros.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó muy nervioso Mushabat.

Gaffar meditó unos instantes. Durante años había servido a su padre y deseaba que Mushabat fuera el líder de la ciudad. Estaba al corriente de las intenciones de Mushabat y su interés por robar el libro de la lucha, pero no había participado. Aún no había llegado su momento, su misión era otra. Ahora, debido a la imprudencia de Mushabat y sus hombres, todo el plan podría dar al traste y lo que era peor aún Mushabat, en el caso de ser descubierto, sería brutalmente ejecutado.

—¿Dónde está el libro? —preguntó Gaffar.

—Lo oculté en el bosque, está en un lugar seguro.

Las palabras de Mushabat le tranquilizaron, temía que hubiera sido tan estúpido de haber llevado el libro consigo.

—Debes huir de la ciudad, coge el libro y huye hacia la tierra de los sármatas, ellos te acogerán.

—¿Los sármatas? —preguntó indignado Mushabat—. Ellos son nuestros enemigos.

—Y ahora tú eres un prófugo de tu tribu, los masagetas, y además tienes el libro. Eso te hace valioso para ellos. Quizá te puedan ayudar a conseguir lo que no has logrado con tus acólitos. Yo me reuniré contigo cuando pase el invierno.

—Los sármatas me matarán en cuanto me vean —dijo Mushabat, con la voz entrecortada.

—No, diles que quieres ver al rey, que eres el hijo de Hasset, el legítimo caudillo de Sari. Diles que me conoces y que cuando llegué el invierno iré a visitarles para proponerles un interesante acuerdo.

Las palabras de Gaffar confundieron a Mushabat. ¿Los sármatas le ayudarían a conseguir su meta? ¿Qué le pedirían a cambio? Gaffar percibió la duda, en la mirada de Mushabat.

—¿Acaso no quieres alcanzar tu sueño más deseado? ¿Acaso no quieres ser caudillo de Sari? —le preguntó—. Pues todo tiene un precio, y ahora tú no eres más que un proscrito. Tú decides.

—¿Qué hacemos con mis compañeros?

—Deberás sacrificarles, debes huir solo. Es imposible que con el toque de queda un grupo de hombres pase desapercibido. Serías capturado.

A Mushabat no le preocupaba en exceso el futuro de sus hombres, pero estaba inquieto por el largo viaje que tendría que hacer hasta llegar a tierras sármatas.

—Las puertas de la ciudad están cerradas y vigiladas. ¿Cómo puedo salir de Sari?

—Vamos a mi casa, cogeremos algunas cosas que necesitarás para el viaje, luego te ayudaré a salir de la ciudad.

Fueron a la casa de Gaffar, donde cogieron comida, un pellejo de agua, dinero y una tea, y después se dirigieron, a través de unas callejuelas, hacia la muralla norte de la ciudad. Anduvieron despacio, ocultándose de las

patrullas que vigilaban durante el toque de queda. Llegaron a la muralla, esperaron a que pasara la patrulla que hacía la ronda sobre el muro, y se acercaron a un arbusto. Gaffar apartó la hojarasca y algo de tierra que ocultaba una pequeña trampilla de madera.

—Pocos son los que conocen la existencia de este pasadizo —le dijo Gaffar levantando despacio la trampilla—. Huirás por aquí, el túnel llega hasta el bosque, coge el libro y dirígete hacia el oeste. Pasados varios kilómetros llegarás a una pequeña aldea, se llama Nelkari, no entres en ella, bordea la ciudad siguiendo el pequeño riachuelo que la cruza hasta que encuentres una pequeña choza. En ella vive Thishpu, un ermitaño amigo mío. Dile que vas de mi parte, dale el libro y pídele que te haga una copia lo más exacta posible.

—¿Es de fiar? —le preguntó.

—Más que tú y que yo, te aseguro que no hablará. Dile que pronto iré personalmente a recoger tanto el original, como la copia.

Mushabat le miró con suspicacia y luego sonrió.

—No sé cómo darte las gracias.

—Ya llegará el momento. Recuerda, nos veremos cuando llegue la primavera —le dijo a Mushabat, entregándole una tea.

Mushabat abrazó a Gaffar y se introdujo en la oscuridad del pasadizo. Bajó por unas escaleras con mucho cuidado, pues apenas veía nada. Miró hacia arriba y vio como Gaffar cerraba con cuidado la trampilla. Ahora la oscuridad era total. Se quedó quieto, inmóvil, encerrado en aquella tumba, oía como Gaffar echaba tierra y hojas sobre la trampilla para volver a ocultarla. Después, oyó sus pasos alejándose de la muralla. El pasadizo olía a cerrado, a humedad, a podredumbre. Posiblemente ese túnel no hubiera sido utilizado desde hacía años. Hizo un pequeño fuego y prendió fácilmente la antorcha gracias a un pequeño frasco de brea que Gaffar le había entregado. Comenzó a andar por la galería, mientras sentía como su corazón latía con fuerza.

Afarat le dijo a Jusman todo lo que había visto y oído, luego fue dirigido hacia la palloza principal, donde volvió a repetir la información ante la

mirada atónita e incrédula de algunos consejeros. Jusman hizo llamar a Mushabat y a sus hombres, en cuanto a los yuezhi, ordenó que fueran trasladados a la ciudad. Al día siguiente serían interrogados.

Algunos consejeros no creían las palabras de Afarat, le insultaban, e incluso le acusaban de ser el autor del robo. Jusman le creía y la mayoría del consejo de ancianos también. El ambiente era muy tenso. Un consejero llegó a acusar a Jusman de complicidad con el asirio, para poder quitarse de en medio a su rival de forma definitiva. Jusman tuvo que reprimirse para no ensartar al anciano con su espada. Todos los consejeros se gritaban encolerizados. Temían la respuesta del rey Teuman, en cuanto le llegasen las noticias de la muerte de sus soldados y del robo del valioso libro. Gaffar entró en la palloza, y todos dirigieron hacia él miradas interrogantes.

—¿Dónde estabas? Te hemos hecho llamar desde hace bastante tiempo —le espetó Jusman enojado.

—Estaba en casa de un familiar —se justificó Gaffar—, desconocía que se había convocado al consejo.

Jusman le miró con desconfianza, pero le puso en antecedentes intentando escrutar en su rostro algún indicio que delatara si tenía alguna relación con el robo del libro. Era conocido por todos la cercanía de Gaffar con Mushabat, a quien siempre había apoyado como había hecho con su padre.

—Es un desastre —dijo un consejero.

—Teuman enviará a sus tropas y dejará una guarnición, dejaremos de ser libres —dijo otro.

—Y la fiesta cancelada, será la ruina para muchos de nosotros —dijo otro.

—¡Hemos perdido el libro de nuestros ancestros y han muerto diez hombres! —exclamó otro—. ¡Esto sí que es importante, los demás pueblos masagetas nos perderán el respeto!

—Lo primero será recuperar el libro y ejecutar a los culpables —añadió un consejero.

Gaffar permaneció en silencio, era consciente de que cualquier palabra suya se magnificaría, sería mejor esperar los acontecimientos.

—¿Gaffar, tú qué opinas de todo esto? —le preguntó directamente Jusman, al ver que no participaba en el debate.

Gaffar meditó sus palabras.

—Deberíamos conocer la versión de Mushabat antes de condenarle, no obstante, en el caso de ser juzgado y declarado culpable, todo el peso de la ley debería caer sobre él.

—Así se hará, el peso de la ley caerá sobre él y sobre sus compinches —dijo Jusman, mirando a Gaffar que le aguantaba la mirada desafiante.

—Creo que todavía no ha sido juzgado —dijo Gaffar.

—Como bien dices, no ha sido juzgado… todavía, pero no tengo ninguna duda de que Mushabat tiene algo que ver en todo este asunto. Es cuestión de tiempo que la guardia dé con él y nos los traiga ante nuestra presencia, junto con sus seguidores.

—Esperemos entonces —dijo Gaffar.

Los dos hombres se miraban fijamente, cuando entró un soldado en la palloza.

—Señor, no hemos encontrado a Mushabat —dijo el soldado.

—¿Y sus hombres? —preguntó Jusman.

—Estaban todos en sus casas. No han ofrecido resistencia y según han dicho, no saben nada del libro. Están fuera custodiados por la guardia.

—Bueno, veremos si tienen o no algo que ver. Trasladadlos a la cueva.

—Hay algo más, señor.

—Habla —ordenó Jusman.

—Un guardia ha confirmado que Mushabat entró en la ciudad con posterioridad al toque de queda acompañado por sus hombres.

—¿Por qué no fue interrogado como ordené? —preguntó enfadado Jusman.

—Un familiar suyo estaba de guardia, y entendió que no tenía nada que ver con el robo.

—Apresad a ese soldado y enviadlo a la cueva junto con los demás. Es posible que tenga algo que ver y si no lo tiene, ha desobedecido una orden mía y eso merece un severo castigo. En cuanto a Mushabat, buscad casa por casa, si está en la ciudad no podrá escapar. Tenemos que dar con él.

Los consejeros enmudecieron. Aquellos que dudaban de las palabras de Afarat, miraban al suelo. El consejero que acusó a Jusman, se sentía avergonzado, se levantó y se dirigió hacia el caudillo, le pidió disculpas y se marchó.

—¿Tienes ahora alguna duda de que Mushabat tiene algo que ver? —preguntó Jusman a Gaffar.

—Seguiré dudando hasta que escuchemos qué tiene que decir —dijo con seguridad Gaffar.

—Tenemos a sus hombres, estoy seguro que conseguiremos que nos digan la verdad. En cuanto a Mushabat, daremos con él y será ejecutado.

La reunión había terminado y Gaffar, junto con el resto de los consejeros, salió de la palloza observado por Jusman, que pensaba que algo tenía que ver con el robo del libro y el asesinato de los soldados de Teuman.

Era noche cerrada cuando Jusman se dirigió hacia la cueva junto con Afarat y su guardia personal. Entraron en una palloza que estaba custodiada por varios soldados, y levantaron una trampilla que había en el suelo. Un olor nauseabundo golpeó con fuerza sus rostros. Entraron despacio en la oscuridad de la cueva iluminados por teas. La cueva era una galería de poco más de metro y medio de ancho y veinte de largo. A ambos lados de la galería se encontraban las celdas. Estaba construida a pico bajo la palloza y tenía tres plantas. Las celdas más profundas las reservaban para los culpables de los delitos más graves. La oscuridad era casi total y unas pocas antorchas, difuminadas por todo el pasillo, iluminaban levemente la sombría prisión. Jusman y Afarat se pusieron un pañuelo en la cara para poder aguantar el mal olor. Llegaron a una puerta de madera y el caudillo ordenó al soldado que estaba de guardia que la abriera. Entró acompañado por Afarat y alguno de los soldados. Los prisioneros les miraron asustados.

—¿A quiénes viste? —preguntó Jusman a Afarat.

—Aquí no puedo verles bien, necesitaría más luz.

—Soldado, acerca tu antorcha al rostro de los prisioneros. El asirio, con la cara tapada por un pañuelo, miró uno por uno a todos los cautivos. Pudo

identificar con toda seguridad a tres de ellos. Jusman ordenó que fueran trasladados a una celda situada en una planta inferior.

—Los prisioneros que no han sido identificados no recibirán ni comida ni agua. Mañana al alba los subiréis a la palloza donde Afarat, con más luz, podrá confirmar si se encontraban en la cabaña con Mushabat. Los que han sido identificados serán interrogados durante toda la noche —ordenó el caudillo—. Quiero una confesión mañana al alba y no me importa los métodos que utilicéis. ¿Dónde están los yuezhi? —le preguntó a un soldado.

—Están custodiados en el almacén.

—Vayamos a hablar con ellos.

Jusman se dirigió hacia el almacén para interrogar a los yuezhi. Afarat fue escoltado a la casa de Itbala, donde sería custodiado por varios soldados para velar por su seguridad. Cuando Jusman llegó al almacén, encontró a seis hombres vestidos con túnicas marrones con capucha.

—¿Quién es vuestro jefe? —les preguntó.

Nadie dijo nada, pero todas las miradas se dirigieron hacia uno de ellos.

—Bien, no me andaré con rodeos —dijo Jusman, dirigiéndose al yuezhi que las miradas apuntaban como líder—. Tenemos testigos que aseguran que tenéis mucho que ver con los asesinatos de los hombres del rey y el posterior robo del libro de la lucha. Hemos detenido a los hombres de Mushabat y ya os han delatado —mintió el caudillo—. Quiero conocer los motivos, ¿por qué queríais el libro?

El yuezhi guardó silencio. Miraba fijamente a Jusman, pero no dijo nada.

—Tu silencio confirma que tenéis algo que ver —dijo Jusman—. Quiero saber la verdad y si hay más gente implicada. Te aseguro que tengo métodos para haceros hablar.

—Tus métodos son inútiles contra nosotros —dijo el yuezhi.

—Eso lo veremos. ¡Habla! —le ordenó.

El yuezhi le dio la espalda sin decir nada, daba la conversación por terminada.

—Si eso es lo que quieres, así será —le dijo enfurecido—. Soldados, enviad a estos yuezhi a la cueva. Encerradlos en celdas individuales en lo

más profundo de la prisión. Interrogadles hasta que no les queden fuerzas para hablar.

Amanecía un nuevo día y Jusman y Afarat, se encontraban en la palloza donde se ocultaba la cueva. El caudillo apenas había dormido esa noche, tenía que encontrar el libro y a Mushabat como fuera. Había capturado a varios hombres implicados en el robo, pero tenía que descubrir el motivo por el cual, los yuezhi querían hacerse con el libro de la lucha y averiguar si había más gente implicada. Ordenó a los soldados que les subieran los tres seguidores de Mushabat, que habían sido identificados por Afarat. Poco tiempo después, se encontraban delante de él tres despojos humanos. Tenían todo el cuerpo sucio y ensangrentado. Uno tenía ambos ojos hinchados, a otro le faltaban varios dedos y otro tenía un muñón por mano. Le habían arrancado todos los dedos y cubría el muñón con un sucio trapo sanguinolento.

—Tenemos una confesión completa de los tres hombres —le dijo un oficial.

—¿Han dicho algo de Mushabat? ¿Saben dónde se encuentran?

—Todos le han acusado de ser el instigador del robo, pero desconocen dónde se encuentra. Les pidió a todos que fueran a sus casas y esperasen noticias suyas, ahora ha desaparecido y ellos creen que les ha traicionado.

—Sigue buscando, no puede habérsele tragado la tierra.

—Tengo a mis hombres revisando casa por casa y hay varias patrullas buscándole fuera de la ciudad.

—¿Por qué Mushabat quería el libro? —preguntó Jusman al oficial.

—Lo quería para vendérselo a los yuezhi, con el oro conseguido, contrataría mercenarios para derrocarte y así poder controlar la ciudad.

—¿Hay más implicados?

—Parece ser que el campeón del torneo, Hassalin, tiene algo que ver, pero su papel en todo este asunto todavía no está muy claro.

—Esto lo tendremos que aclarar con los yuezhi. Sacad al resto de los prisioneros.

Uno a uno, fueron saliendo de la cueva el resto de cautivos. Se pusieron en fila delante de Afarat, que fue identificando a los que vio en la cabaña. Solamente dos de ellos no fueron identificados por el asirio, aún así, fueron devueltos a la cueva, había que aclarar si tenían algo que ver con el robo. El resto de prisioneros fueron interrogados y torturados durante horas.

Jusman estaba muy preocupado. Nada más ser informado del robo del libro, envió un mensajero a Bhakri para informar al rey de los acontecimientos. Esperaba con impaciencia la repuesta de Teuman. Habían pasado varias horas desde que comenzaron los interrogatorios y Jusman ya tenía casi toda la información que necesitaba. Los acólitos de Mushabat dijeron todo lo que sabían, de eso no había ninguna duda, pues todas sus declaraciones coincidían, pero faltaba por saber el motivo por el cual los yuezhi, un pueblo tal lejano, querían el libro. Se sirvió un vaso de *kumis* y se lo bebió de un trago. Se encontraba solo en su casa, necesitaba pensar. Los festejos se habían anulado y los asistentes extranjeros seguían recluidos en la explanada. Se mantenía el toque de queda en la ciudad y los soldados patrullaban constantemente, tanto por ella, como por los bosques cercanos. Varias partidas de soldados con perros habían salido en busca de Mushabat, pero no habían tenido suerte. Jusman estaba convencido de que alguien le había ayudado a escapar. Continuaba sumido en sus pensamientos, cuando un soldado abrió la puerta de la palloza y entró acompañado por el líder yuezhi. Tenía la túnica rota, sucia y ensangrentada. Cojeaba de la pierna derecha y pudo ver que le habían amputado tres dedos del pie. Aún así, Jusman había sido informado que el yuezhi no había dicho nada, y había aguantado la tortura sin emitir el más leve quejido. Un soldado le amenazó con decapitar a uno de sus compañeros si no hablaba, y el monje ni se inmutó, cuando el mismo soldado le arrojó la cabeza de su compañero a los pies. Jusman miró detenidamente al yuezhi. A pesar de sus ropas harapientas y las heridas sufridas, mantenía la misma mirada profunda y sabia.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Jusman.

—Mi nombre es Ging-Liu —respondió el yuezhi, con voz débil.

—Acabar con este sufrimiento depende únicamente de ti —le dijo Jusman mientras se acercaba a él y le ofrecía un vaso de agua—. ¿Por qué quieres el libro?

—No podrías entenderlo, ni tú ni tu gente —le contestó rechazando el agua.

—¿No quieres agua? Seguro que estás sediento.

—Mi sed no tiene nada que ver con el agua, si mis monjes no beben, yo tampoco lo haré.

Jusman le miró con sumo respeto.

—Quizá, si me explicases para qué quieres el libro, podría entenderlo.

El monje dudó pero finalmente habló.

—Te contaré lo que quieres saber, pero antes tendrás que prometerme que dejarás libres a mis monjes.

—Lo que me pides no te lo puedo prometer, el delito que habéis cometido es muy grave.

—Soy su maestro, la idea del robo fue mía. Ellos no sabían nada hasta que llegamos a Sari y les conté el verdadero motivo de nuestra visita.

—¿Hassalin tampoco sabía nada?

La pregunta descolocó al yuezhi. Desconocía que también hubieran descubierto a Hassalin.

—Hassalin no tiene nada que ver.

—Le he visto luchar, está claro que es un gran campeón pero no parece muy listo.

—Tiene un gran corazón —dijo el yuezhi ofendido—. No deberías humillarle, es un gran hombre.

Jusman se sintió un poco avergonzado, no debería haber prejuzgado al luchador yuezhi.

—Si hablas liberaré a tus compañeros. Tú te quedarías aquí con Hassalin, podrías sernos útil en el futuro. Esta es mi última oferta, la decisión es tuya.

—No podría vivir esclavizado lejos de mi pueblo, antes prefiero morir.

—No serás esclavizado, vivirás como hombre libre siempre y cuando prometas que no intentarás escapar. Te quedarás con nosotros durante cinco años, luego podrás volver con tu pueblo.

El yuezhi estudió detenidamente la proposición del caudillo y después de valorar los pros y los contras, aceptó el acuerdo. Jusman parecía satisfecho, ordenó a un soldado que entregasen comida y bebida a los yuezhi y que Itbala y Afarat curasen sus heridas. Ging-Liu cogió el vaso de agua que anteriormente le había ofrecido Jusman y bebió con avidez.

—¿Para qué queríais el libro? —preguntó Jusman.

El yuezhi esperó unos instantes antes de hablar. Lo que iba a decir no debería saberlo ningún extranjero. Nadie, excepto los monjes de su templo, conocía el secreto que se guardaba escrito en las hojas de piel de cabra del libro, al que esos ignorantes llamaban libro de la lucha. Si hablaba nunca podría volver a su pueblo, a su templo, nunca volvería a ver su gente. El deshonor habría manchado su nombre, pero había fracasado en su misión y ahora sus prioridades eran otras; velar por Hassalin y el resto de los monjes. Después de meditarlo, decidió hablar.

—¿Has visto alguna vez el libro? —le preguntó a Jusman.

—Le veo todos los años, cuando inscribimos el nombre del campeón.

—¿Pero lo has podido leer?

—No, únicamente he visto el exterior y la hoja en blanco donde el juez inscribe el nombre del ganador del torneo. No he podido ver nada más, los soldados del rey no permiten que nadie pueda ver su contenido. Pero pude comprobar que es una verdadera obra de arte de extremada belleza.

—Lo es —confirmo Ging-Liu—. Es de oro con incrustaciones de piedras preciosas. La portada tiene caracteres serigrafiados en un dialecto antiguo del yuezhi que muestra el verdadero nombre del libro.

—¿Mushabat te lo enseñó?

—No, es así como nuestros sabios nos han explicado que es, yo nunca lo he visto.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Jusman.

El yuezhi titubeo. Le diría que contiene el libro, pero nunca su verdadero nombre. Sería la mayor ofensa que le puede hacer a su templo y ya había dicho demasiado.

—No puedo decirte el verdadero nombre del libro, mi pueblo nunca me lo perdonaría, pero sí te puedo decir por qué es importante para nosotros.

—No entiendo, me puedes decir que conocimientos o sabiduría contiene el libro, pero no me dices su nombre. Definitivamente eres un hombre curioso.

—Si yo te doy una fórmula mágica, pero no te digo para que sirve ni como mezclar los ingredientes, en definitiva no tendrás nada. Con nuestro libro pasa exactamente lo mismo. Te diré por qué es importante para nosotros, pero nunca te desvelaré su nombre ni los conocimientos que el libro esconde, aunque tenga que sacrificar mi vida por ello.

Jusman estaba intrigado y se preguntaba qué fabulosos conocimientos contenía el libro, para que el yuezhi se negara a desvelárselos, incluso a costa de su vida. Pero eso no le preocupaba, tenía métodos para hacer hablar a los prisioneros y si Ging-Liu no le revelaba dicha información, seguro que alguno de los yuezhi sí que lo haría.

—Solo quiero saber por qué es importante para tu pueblo, lo demás no me importa —mintió Jusman.

Ging-Liu le miró de soslayo, enseguida percibió la ambición que reflejaba la mirada de su captor.

—El libro que vosotros llamáis libro de la lucha, nos pertenece desde hace siglos. En él está inscrita toda la historia de nuestro pueblo desde los primeros tiempos.

—¿Cómo llegó hasta Sari?

—Hace muchos años los pueblos bárbaros del sur invadieron nuestras tierras, mucha gente murió. Nuestro rey, temiendo que los bárbaros se apoderaran del libro, se lo entregó a un noble con la misión de que huyera de nuestras tierras y ocultase el libro en un lugar seguro. El noble se dirigió hacia el este, a la ciudad de Wuwei pero fue capturado y durante años, se perdió la pista del libro. Es el tesoro más valioso de mi pueblo. Nuestras raíces, nuestras tradiciones, nuestros conocimientos más ancestrales, están escritos en él. Con su pérdida olvidamos nuestra esencia como pueblo y el país se fraccionó en distintas tribus y clanes.

—¿Cómo lo localizasteis después de tanto tiempo?

—El año pasado un mercader yuezhi oyó en una taberna que alguien hablaba de un libro de pasta de oro, donde los luchadores de un determinado torneo inscribían su nombre en letras de oro. Se acercó a los

hombres que hablaban de ese libro y les invitó a beber. Uno de los hombres era Krakot, se vanagloriaba de haber inscrito su nombre varias veces. El comerciante le pidió que le describiera el libro y Krakot, ebrio, así lo hizo. Cuando el comerciante volvió a Kushan, entró en nuestro templo y le dijo a uno de nuestros monjes todo lo que le habían dicho los escitas sobre el libro. No estábamos seguros de que se tratara del mismo libro que durante siglos habíamos buscado, pero era la única pista que teníamos, y nos decidimos a seguirla. Parecía una buena oportunidad de recuperar, lo que en justicia, siempre nos ha pertenecido.

El yuezhi hizo una pausa, estaba fatigado por el cansancio. Bebió un poco más de agua y arrojó un poco sobre su pie amputado. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Jusman se sentía culpable. Llamó a un guardia y le ordenó que llamase a Itbala.

—El comerciante nos dijo que el libro estaba custodiado en Bhakri —continuó el yuezhi—, pero que una vez al año, lo trasladaban a la ciudad de Sari para inscribir en letras de oro el nombre del campeón de un torneo de lucha.

—No entiendo como un libro tan importante pueda ser utilizado únicamente para poner el nombre de un luchador —dijo Jusman—. Me parece increíble que nadie se haya preocupado nunca en traducirlo.

—El libro está escrito en yuezhi, pero en un dialecto casi extinto. Solo los monjes más eruditos estarían en condiciones de traducirlo. Que ahora sea únicamente utilizado para poner el nombre de un luchador, es una aberración que simplemente confirma la ignorancia de tu pueblo.

Jusman no se sintió ofendido, al fin y al cabo el yuezhi tenía razón. Su pueblo no había sido consciente del valor de un libro que habían poseído durante los últimos ciento treinta años.

—Conseguimos en Bhakri toda la información que pudimos. Según nos comentaron algunos sabios escitas, cuenta la leyenda que el rey bárbaro que nos arrebató el libro, era un gran luchador pero muy ignorante, apenas sabía leer y escribir, pues había sido educado para la guerra. Al ver el libro, se maravilló de su belleza, pero no entendió la sabiduría que contenía. Llamó a varios sabios y eruditos para que tradujeran el libro, pero todos los intentos fueron inútiles. Un día, estudiando el libro vio que tenía muchas páginas en

blanco. No entendió que un libro de esa belleza estuviera inacabado y llegó a la conclusión de que su contenido no sería importante. Su valor estaba en el exterior, en el material con el que fue realizado, en ese momento dejó de preocuparse por lo que decía el libro. En uno de sus viajes, llegó hasta Sari el día que vosotros celebráis vuestra fiesta del invierno. El rey bárbaro participó en el campeonato, y venció a todos sus rivales. Para celebrarlo y que todo el mundo recordara lo gran luchador que era, escribió su nombre en el libro con letras de oro. Como tradición y para recordar su gran hazaña, ordenó que todos los años se escribiera el nombre del campeón con letras de oro en el libro al que él llamó; el libro de la lucha. Como Sari era un pueblo pequeño, temía que fuera fácilmente robado y lo envío a la capital, Bhakri donde sería custodiado. Una vez al año se enviaría a Sari, para que el campeón inscribiera su nombre en él, luego volvería a Bhakri.

—Parece ser que la leyenda es cierta —dijo Jusman—. Tamohat es el nombre del primer luchador que aparece inscrito en el libro. Fue nuestro rey hace ciento treinta años. Debió ser el rey escita que os venció y os arrebató el libro.

—Sí, efectivamente debió ser así. Ahora estábamos prácticamente seguros de que se trataba del libro que estábamos buscando.

—¿Por qué el libro está inacabado?

—En él escribía nuestra historia el sumo sacerdote de nuestro templo. Todos los años, en el solsticio de verano, escribía los acontecimientos más importantes que habían sucedido en nuestro pueblo, incluidos los nuevos conocimientos y experiencias que habían llegado a nuestras tierras. Había un mapa del mundo que se iba actualizando según se tenían nuevas informaciones. Todo el saber de varias generaciones está escrito en él y está inacabado por que la historia es infinita y nunca puede terminar de escribirse.

—Entonces decidisteis robarlo ¿por qué no lo hicisteis vosotros, por qué mandasteis a otros que hicieran vuestro trabajo?

—Somos monjes no ladrones y además, somos yuezhi, extranjeros en estas tierras, no queríamos provocar un conflicto con los escitas o vosotros, los masagetas. Debía ser uno de vosotros el que robase el libro.

—Y ahí entra Mushabat, ¿cómo lo localizasteis?

—Fue la tarea más sencilla —dijo el yuezhi—, aprovechábamos cualquier caravana de mercaderes para llegar a Sari sin despertar sospechas, luego entrábamos en la taberna e invitábamos alguno de los clientes a cerveza o a esa bebida de leche fermentada que bebéis vosotros.

—*Kumis* —dijo Jusman.

—Efectivamente, *kumis*. Durante varios meses no conseguimos más información, hasta que un día, uno de nuestros enviados invitó a beber a un masageta. Después de varias jarras de *kumis*, le dijo a nuestro enviado que él debería ser el caudillo de Sari, pues su padre también lo fue. También nos dijo que el actual caudillo era un usurpador…

El yuezhi enmudeció, pero Jusman le hizo una señal para que continuara.

—Dijo que si tuviera el oro suficiente, contrataría mercenarios y derrocaría al caudillo. Nuestro enviado fue muy prudente y para ganarse su confianza, habló con él en varias ocasiones sin preguntarle nada acerca del libro. Finalmente, una noche después de beber bastante alcohol, le propuso el robo del libro y acordaron un precio. Es increíble lo que se puede conseguir invitando a un masageta a cerveza o a vuestro *kumis*. Le dio una pequeña parte por adelantado y acordaron verse días antes de la fiesta del invierno. Su nombre era Mushabat.

—En todo esto no entiendo el papel de Hassalin.

—Nuestro pueblo es pobre y la cantidad que teníamos que pagar por el libro era muy elevada, Hassalin nos fue muy útil para recaudar dinero a través de las apuestas y poder así, con la ayuda de sus victorias, hacer frente a parte del pago del libro.

Jusman miró sorprendido a Ging-Liu.

—¿Me quieres decir que sabíais que Hassalin iba a ganar el torneo? —preguntó incrédulo.

—Nuestros luchadores son los mejores del mundo, cualquier joven monje de nuestro templo, habría puesto en serias dificultades a ese que llamáis Krakot. Este conocimiento también está escrito en el libro, pero por fortuna, tenemos una fuerte tradición oral que nos permite traspasar ciertos conocimientos de padres a hijos sin necesidad de escribirlos.

—Debéis ser un poderoso pueblo.

—Lo fuimos —dijo con nostalgia el yuezhi—, ahora estamos desunidos y luchamos hermanos contra hermanos. Espero conseguir el libro y que la paz y la prosperidad vuelvan a nuestras tierras.

Jusman comenzó a andar pensativo por la palloza. Observó al monje, que pudo ver la avaricia reflejada en la mirada del caudillo. Un escalofrío recorrió la espalda de Ging-Liu, no le faltó mucho tiempo para darse cuenta de que había sido engañado.

—Tú y tus mojes habéis cometido un delito muy grave. Después de hablar contigo, me he dado cuenta de la importancia del libro y no puedo tolerar que le sea arrebatado a mi pueblo, pues lo posee desde hace más de cien años. Sois un peligro y no os puedo dejar libres.

—Prometiste que liberarías a mis compañeros. Fue lo que acordamos ¿acaso tu palabra no vale nada?

—No conocía la historia del libro, lo siento, pero será Teuman el que decida qué hace con vosotros.

—Veo que Mushabat no estaba del todo equivocado.

—¿A qué te refieres?

—Eres un hombre sin palabra, no eres el digno líder que un pueblo necesita —dijo Ging-Liu desafiante, mirándole a los ojos—. Quizá Mushabat tuviera razón cuando dijo que no eras el legítimo caudillo de Sari.

Jusman no pudo reprimirse y golpeó con fuerza al monje que cayó al suelo.

—Nunca debí contarte la historia del libro, he traicionado a mi pueblo y me siento avergonzado por ello —dijo con pesar Ging-Liu.

El caudillo observaba al yuezhi, estaba destrozado, hundido. Vio como se arrodillaba y ocultaba su cara entre las manos. En ese momento, un soldado entró por la puerta.

—Señor, el *shaman* se encuentra indispuesto —le dijo el soldado—, en su lugar he traído al esclavo Afarat.

—No importa, ya me lo figuraba. Afarat quiero que cures la herida de este hombre y de sus amigos —ordenó Jusman.

Afarat miró al anciano, que se encontraba arrodillado. Era un desecho humano. La túnica sucia y ensangrentada dejaba ver un cuerpo dolorido y mutilado. Pero lo que más impresión le causó a Afarat fue su mirada. Sus

ojos carecían de expresividad, estaban vacíos, carentes de vida y esperanza. Parecía un hombre resignado a su suerte, un hombre que esperaba, como una liberación, la llamada de la muerte. Era un alma atormentada que deseaba encontrar la paz. Afarat pidió agua caliente y paños limpios. Mezcló el agua con unas hierbas y comenzó a limpiar el mutilado pie del yuezhi. El monje le sonrió.

—Tú estabas en el bosque —le dijo Ging-Liu muy débilmente.

No parecían palabras de reproche, pero Afarat no podía aguantar su mirada. Sin decir palabra, continuó auscultando al yuezhi. Tenía moratones y cortes por todo el cuerpo, pero lo más grave era la amputación de tres dedos de su pie derecho. Con un trozo de túnica, el monje se había hecho un rudimentario vendaje, pero la herida se había infectado y el yuezhi tenía fiebre.

—Este hombre está muy enfermo, su pie amputado se ha infectado y tiene fiebre, si vuelve a la cueva morirá. Por favor —suplicó el asirio—, te ruego que permitas que él y sus amigos sean trasladados a la palloza de sanación. Allí podré curar sus heridas.

Jusman miró al asirio, que le observaba con ojos suplicantes. No era mala idea, era su obligación proteger la vida de los yuezhi hasta la llegada del enviado de Teuman, y ya había muerto uno durante el interrogatorio. No era conveniente que murieran más antes de volver a ser interrogados por los emisarios del rey.

—Está bien, ordenaré que trasladen a los yuezhi a la choza de sanación, pero los amigos de Mushabat permanecerán en la cueva. A ellos también quiero que les cuides hasta que llegue el enviado del rey y nos diga qué hacemos con ellos.

La choza de sanación se encontraba cerca de la palloza de Itbala. De estructura ovalada, estaba compuesta por diez camastros, varias estanterías y algunos arcones con vendas y todo tipo de hierbas. Jusman ordenó que los dos enfermos que se encontraban en ese momento en la choza, fueran enviados a sus casas, donde serían tratados. No quería que los yuezhi tuvieran ninguna relación con nadie de la ciudad.

Tal y como había ordenado Jusman, los yuezhi fueron llevados a la choza de sanación. Todos excepto Hassalin, que continuaba encerrado en

una celda de la cueva, no había sido torturado, ni estaba enfermo. Jusman, decidió que era más prudente dejarle encerrado en la cueva. En la choza de sanación era más fácil escapar. Afarat encontró a los yuezhi completamente desahuciados, no había parte de su cuerpo que no hubiera sido golpeada, además, estaban deshidratados y mal nutridos. A un yuezhi le habían amputado varios dedos de su mano derecha y todos tenían cortes profundos que, en muchos casos, se habían infectado. Afarat desinfectó los cortes que sufrían los yuezhi con agua caliente mezclada con lavanda y luego les aplicó aloe vera para facilitar su cicatrización. Para bajarles la fiebre, les dio a beber una infusión de menta. Después de realizar las primeras curas, se dirigió a Jusman, que le observaba con atención.

—Estos hombres están muy graves, además de las heridas que han sufrido, están deshidratados y desnutridos. Si quieres que vivan hasta que llegue el enviado del rey, deberán recibir los cuidados que yo diga —le dijo a Jusman.

—¿Qué necesitan?

—Deberán beber agua fresca, por lo menos dos litros al día y tendrán que comer. Que hoy y mañana coman sopa de gallina y a partir de mañana leche, queso, dátiles y algo de carne. Deberán comer por lo menos tres veces al día.

—Estos criminales van a comer mejor que yo —dijo Jusman con sarcasmo.

—De ti depende que vivan o mueran —le respondió Afarat.

—Así se hará, pero hasta que recobren la salud, cuando se encuentren en mejor estado volverán a la cueva.

Durante varios días los yuezhi recibieron los cuidados que Afarat había ordenado. Itbala, ya restablecido de su indisposición, ayudaba al asirio en el cuidado de los yuezhi. Les cambiaban los vendajes, preparaban infusiones y curaban las heridas. Durante todo este tiempo, Afarat apenas había intercambiado alguna palabra con ellos. Él les observaba con atención. Escuchaba sus melódicos rezos, que le transportaban a otras tierras lejanas y desconocidas, observaba como, durante horas, permanecían con las

piernas cruzadas y con los ojos cerrados. Les habría preguntado tantas cosas de su país y de sus tradiciones. Pero no podía, la culpabilidad por haberles denunciado se lo impedía. Sentía vergüenza de sí mismo. Miraba a aquellos monjes y la grandeza que transmitían le hacían sentirse pequeño, un ser inferior. Él no era más que un delator.

—No te aflijas —le dijo un día Ging-Liu—, hiciste lo que tenías que hacer.

Afarat no dijo nada, seguía atendiendo el profundo corte que uno de los yuezhi tenía en el brazo.

—Eres esclavo, no tenías elección —le dijo el yuezhi.

—Siempre hay elección —le contestó Afarat.

El yuezhi observó a Afarat, era evidente que no siempre había sido esclavo. Era experto en las artes curativas y su porte no era el de un simple servidor. Se concentró en su aura y pudo ver que un increíble dolor martirizaba su corazón. Ese dolor iba más allá de su mera existencia como esclavo. Se trataba de un hombre al que la vida, le había arrebatado todo lo bueno que un buen día tuvo a bien entregarle. El médico sufría.

—No te martirices por nosotros, tu dolor ya es lo bastante fuerte —le dijo el yuezhi, con compasión—. Además, con tus sabios cuidados has espirado cualquier mal que nos hubieras hecho.

—Todavía seguís siendo prisioneros y muchos de vosotros estaréis mutilados de por vida.

—Querido amigo, no hay peor mutilación que la del alma. Las mutilaciones del cuerpo son banales si el espíritu está en paz y en equilibrio con la naturaleza.

—Los sacerdotes asirios dicen que las enfermedades son castigos de los dioses por vulnerar el equilibrio con el universo.

—Si lo piensas bien, decimos lo mismo pero desde otro punto de vista. En nuestro caso, el papel que les damos a los dioses es bien distinto.

—¿Ahora vosotros estáis en paz y en equilibrio con la naturaleza? —le preguntó Afarat.

Ging-Liu, sonrió.

—Nuestro equilibrio está alterado, pero volverá a restablecerse en poco tiempo.

—No te entiendo. ¿Cómo vais a restablecer vuestro equilibrio siendo prisioneros y con miembros mutilados?

—Como te he dicho antes, el cuerpo no es más que un recipiente, ¿qué más da que esté roto o incompleto? Lo importante es el contenido de ese recipiente. Ahora nuestro espíritu, que es el contenido del recipiente, no está en equilibrio porque no es libre. Nuestra alma debe ser libre. Los yuezhi hemos nacido para ser libres no prisioneros, preferimos la muerte que vivir encerrados. Cuando seamos de nuevo libres, nuestro espíritu volverá a estar en paz y te aseguro que esto, ocurrirá pronto.

Afarat le miró fijamente sin entender exactamente a qué se refería. Escapar de la ciudad no sería tarea fácil y, aunque su salud había mejorado en los últimos días, todavía estaban débiles y algunos mutilados. Estaba convencido que nunca conseguirían salir de su prisión.

—Tú buscas la libertad para volver a estar con los tuyos ¿verdad? —le preguntó Ging-Liu.

Afarat se limitó a asentir, era incapaz de decir ninguna palabra.

—Necesitamos tu ayuda para liberar a Hassalin —le dijo el yuezhi—. Si nos ayudas, te sacaremos de esta ciudad y volverás a ser libre ¿qué dices?

—Por supuesto —dijo entusiasmado—, la vida sin mi familia no tiene sentido. Haría cualquier cosa por salir de aquí.

—Debemos darnos prisa y huir de aquí antes de que llegue el enviado del rey Teuman.

—Dime qué tengo que hacer.

—De momento cuida de nuestras heridas; esperaremos a la luna nueva.

Era una mañana fría de comienzos de invierno. Un cielo azul sin mácula saludó a Afarat cuando salió de la choza de los esclavos. Se dirigía a la cueva para asistir a Hassalin. Habían pasado varias semanas desde el robo del libro y, a pesar de los esfuerzos de los soldados de Jusman, no se había encontrado ninguna pista de Mushabat ni del libro. El caudillo había enviado espías e informadores a las cuatro esquinas del mundo conocido, pero todavía no había obtenido ninguna respuesta. Si no encontraba el libro pronto, el deshonor caería sobre él y podría correr el riesgo de ser cesado

como caudillo. Deseaba capturar a Mushabat y recuperar el libro antes de la llegada del enviado del rey.

Los yuezhi habían mejorado de sus heridas y Afarat temía que, en cualquier momento, Jusman, ordenase que volvieran a la cueva. Deberían darse prisa si querían escapar, y después de varias semanas de espera, el ansiado día había llegado, esa noche había luna nueva.

Afarat llegó a la palloza donde se ocultaba la cueva, y cruzó la puerta franqueado por los soldados que hacían guardia. Le sonrieron y saludaron. Otro guardia, de imagen más huraña, le abrió la trampilla a regañadientes y Afarat comenzó a bajar las escaleras con mucho cuidado para no caerse. A pesar de que bajaba por esas mismas escaleras casi todos los días, no se había acostumbrado al nauseabundo olor de la cueva. Entró en una celda donde se encontraban varios seguidores de Mushabat. Eran los hombres que no había identificado, por lo que no estaba clara su implicación en el robo. Aún así, habían sido torturados y sus cuerpos reflejaban el resultado de los métodos que los soldados de Jusman utilizaban para conseguir arrancar las confesiones de sus encarcelados. Un soldado le comentó a Afarat que uno de ellos había confesado estar implicado en el asesinato de uno de los soldados del rey, pero su declaración no encajaba con la del resto de detenidos, y Jusman interpretó que su declaración se debió a la tortura, y que el hombre no decía la verdad, simplemente quería que cesase su sufrimiento y tener una muerte rápida.

Afarat curó las heridas de los prisioneros y cambió sus vendajes. A diferencia de los yuezhi, los hombres de Mushabat no habían mejorado su estado físico. Alguno tenía la fiebre muy alta y uno de ellos murió. Sin duda, el ambiente de podredumbre en el que se encontraban, no ayudaba a mejorar su salud. Después de asistir a los hombres de Mushabat, se dirigió a la celda de Hassalin. Se encontraba en la planta más profunda de la cueva donde el calor, la humedad y el olor a detritus, eran aún más insoportables. Un soldado con la cara oculta tras un trapo húmedo le abrió la puerta, y entró en la oscura celda. Iluminado por una antorcha pudo ver al gigante yuezhi sentado de espaldas a la puerta con las piernas flexionadas. Estaba más delgado, pero su estado de salud parecía bueno. No había sido torturado. El yuezhi no hizo ningún gesto, ni se inmutó cuando oyó la

puerta abrirse a su espalda. Afarat colocó la antorcha en la pared y se acercó con cierto temor al gigante.

—Saludos, Hassalin, soy Afarat.

El yuezhi no hizo ningún gesto. Seguía con los ojos cerrados, la cabeza ligeramente levantada y las manos apoyadas en las rodillas.

—Veo que te encuentras en perfecto estado —dijo Afarat, en un intento de llamar la atención del gigante.

Hassalin seguía meditando con los ojos cerrados y sin inmutarse, como si se encontrara solo en su celda o en un lugar lejano.

—Traigo un mensaje del maestro Ging-Liu —le susurró Afarat al oído, asegurándose antes de que el guardia no le pudiera oír.

El gigante abrió los ojos y giró ligeramente la cabeza hacia el hombre que le había susurrado el nombre su maestro. El asirio había conseguido captar la atención del yuezhi.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVI

EL SOL se ocultaba tras las montañas, cuando Afarat se disponía a cambiar la venda a uno de los yuezhi. Un soldado con cara de pocos amigos se le acercó y le dio un ligero golpe en la espalda.

—Esclavo, date prisa y acaba con lo que estás haciendo, pronto va a anochecer y ya sabes que nadie puede salir de sus casas durante el toque de queda —le advirtió el soldado.

—Ya estoy terminando, no me llevará más de un minuto —le dijo Afarat sin mirarle, mientras cambiaba el vendaje del mutilado pie de Ging-Liu.

Afarat terminó de cambiar el vendaje y salió por la puerta de la choza de sanación franqueado por los soldados.

—Esperad un momento, creo que he olvidado algo —dijo Afarat, volviendo a la choza.

Había llegado el momento. Aprovechando que la puerta estaba abierta, los cinco yuezhi se dirigieron rápidamente hacia los soldados, que no esperaban unos movimientos tan ágiles en unos hombres a los que se les suponía enfermos y mutilados. Los monjes no tuvieron problemas en inmovilizar y aturdir a sus guardianes, luego corrieron hacia la cueva. A Afarat le costaba seguirles, pues se movían como centellas y no parecía que tocasen el suelo, era como si flotaran sobre él. Cuando llegaron a la cueva, se desembarazaron sin problema de los soldados que estaban de guardia. Entraron en la choza, levantaron la trampilla y se encontraron con Hassalin, que ya había abierto la puerta de su celda con la llave que la había proporcionado Afarat. Los siete prófugos corrieron hacia la muralla norte, la más próxima al bosque. Se movieron raudos por las callejuelas

ocultándose de las patrullas que velaban el toque de queda. Después de correr durante varios minutos, llegaron a la muralla de la ciudad. Esperaron a que la guardia que se encontraba sobre la muralla hiciera su ronda. Hassalin, cuando se aseguró de no ser descubierto por los soldados, se acercó al muro y se pegó a él. Luego otro monje corrió hacia el yuezhi y de un salto, se puso encima de él. Otro monje hizo lo mismo y se subió en la espalda del último compañero. Todos los monjes hicieron lo mismo hasta que crearon una escalera humana que superó la altura de la muralla. El último en subir fue Afarat. No lo hizo con la misma agilidad que el resto de prófugos, pero consiguió trepar por la muralla sin demasiadas dificultades. Después, uno a uno fue subiendo por las espaldas de sus compañeros. El primero en subir fue Hassalin que había soportado la torre de seis yuezhi. A pesar de su tamaño, subió con gran agilidad por las espaldas de los monjes mientras estos se aferraban con fuerza en las piernas del yuezhi que tenían encima. Una vez que subió Hassalin, agarró los brazos del compañero que se encontraba encima de todos. Los yuezhi fueron subiendo por las espaldas del monje que les precedía, hasta que todos se encontraron encima de la muralla. Sonreían y felicitaban cuando vieron que la guardia que hacía la ronda, se dirigía hacia ellos. Todavía no les habían visto, pero debían darse prisa si no querían ser descubiertos. Hassalin fue el primero en descolgarse de la muralla sujetándose en una almena. Luego bajó otro yuezhi por su espalda y se sujetó a sus piernas. El resto de prófugos hicieron lo mismo, mientras que la guardia se les acercaba. Afarat era el último en bajar. Pegado a la almena, vio como los soldados estaban llegando a su altura. Estaba protegido por las sombras, pero si hacía algún movimiento, sería descubierto. Miró hacia abajo y vio como Hassalin le apremiaba con la mirada para que se diera prisa. Los soldados se acercaban. No había tiempo. Afarat miró a Hassalin.

—Iros sin mí —le susurró—, y dile a tu maestro que siento todo el mal que os he hecho.

Los soldados le descubrieron y corrieron hacia él dándole el alto, mientras desenvainaban sus espadas. Afarat corrió alejando a los soldados de la presencia de los yuezhi. Oyó el sonido de un cuerno de guerra. La guardia había dado la voz de alarma. Miró atrás y vio un grupo de soldados

que pasaron por la muralla donde se encontraban colgados los monjes y no les vieron. Respiró aliviado.

—¡Alto a la guardia! —ordenó un soldado.

—¡Ríndete, no tienes escapatoria! —gritó otro.

Salieron soldados por todas partes. Afarat se detuvo un instante y buscó con la mirada el mejor camino para poder escapar. Entonces sintió un fuerte golpe en la cabeza y, mientras caía al suelo, oyó unas voces lejanas que le identificaban como el esclavo asirio.

Su mente viajó hasta su niñez, sus verdaderos años de felicidad. Se vio saliendo de su casa una noche sin luna. Rememoró el día que presenció el nacimiento de un niño. Normalmente era una matrona la que atendía a la parturienta, mientras que las mujeres iban y venían con paños y agua caliente. El parto prácticamente era un acto secreto de las mujeres, donde la presencia masculina estaba prohibida. Ese caso fue distinto, la mujer se encontraba muy débil, había perdido mucha sangre y el niño no podía salir por el útero.

Eran altas horas de la noche y dos mujeres, bastante alteradas, golpearon la puerta pidiendo ayuda. Alamkar se puso la túnica, abrió la puerta y después que las mujeres le pusieron en antecedentes, cogió sus utensilios de trabajo y sin más dilación, las acompañó a la casa de la parturienta. Kalam corrió tras él por las calles oscuras, guiado por las dos mujeres que corrían como llevadas por el diablo. Cuando el médico llegó a la casa, entró en la habitación donde se encontraba la futura madre. En la casa, solo se escuchaban sollozos y rezos de varias mujeres que se encontraban en una estancia anterior. Kalam aprovechó un ligero descuido de las mujeres y entró en el hogar. Después, protegido por unas cortinas que tapaban una ventana, se situó en una parte de la estancia que le permitía ver toda la escena. En la habitación se encontraba su padre, acompañado por las dos mujeres que fueron a buscarle. La parturienta estaba muy débil. Empapada en sudor, jadeaba y se movía entre inquietantes convulsiones.

—El niño viene de lado —dijo su padre.

—Dios mío —sollozó una de las mujeres—, ¿qué puede hacer?

—La única solución es abrir la barriga y sacar al niño por allí.

—¿Quiere abrirla en canal? —gritó la otra mujer—. ¡Quiere matarla!

—Si no lo hacemos rápidamente, los dos morirán —dijo serenamente el médico, que sabía cómo proceder en estos casos—. Ahora, por favor, necesito que me dejen solo.

Las mujeres intentaron protestar, pero un solo movimiento de mano de su padre bastó para que abandonasen la estancia. El médico abrió la alforja y sacó una pequeña botella que contenía un líquido transparente. Se digirió hacia la paciente y, en pequeños sorbitos, le dio de beber. En un breve instante, la mujer se dejó llevar por un grato sueño, y no despertaría hasta pasadas varias horas. Cuando comprobó que la mujer dormía plácidamente, le tomó el pulso, le levantó suavemente los párpados y dirigió los oídos hacia su respiración. Luego tomó de la alforja un enorme cuchillo, cogió un paño de algodón y lo empapó con vino; posteriormente pasó el cuchillo por una vela para desinfectarlo. Clavó la punta del cuchillo a la altura del esternón y suavemente fue rajando la barriga de la paciente mientras el lecho se cubría del color bermellón. Introdujo sus manos suavemente en las entrañas de la mujer y sacó a una pequeña criatura que, cubierta de sangre, no se movía y parecía muerta. El médico cogió una pequeña navaja y cortó el cordón umbilical que le unía a su madre. Tomó una manta y envolvió a la criatura, le dio un pequeño golpecito y el atronador ruido de un niño llorando inundó la instancia.

—El niño está vivo, ahora quién me necesita es la madre —dijo Alamkar.

En la habitación de al lado, las mujeres oyeron los lloros de la criatura, pero no se atrevían a entrar por miedo al médico. Se limitaron a consolar al aterrorizado padre, que no hacía otra cosa que llevarse las manos a la cara y al cielo implorando a los dioses, mientras lloraba completamente desconsolado.

El médico se situó frente a su paciente, que estaba envuelta en un charco de sangre y sumida en un plácido sueño. Cogió de su bolsa una aguja, la hilvanó y con suavidad y paciencia fue cerrando la brecha que la mujer tenía en su estómago. Una vez hubo cosido a su paciente, la lavó con agua caliente y vino, la cambió de lecho, lo limpió y situó a la feliz

parturienta de nuevo en él. Volvió a tomarle el pulso, le levantó suavemente los párpados y acercó su oído a la boca para escuchar su leve respiración.

—Mujeres, ya podéis entrar —dijo el médico saliendo de la estancia—, la madre está dormida pero se encuentra en buen estado. Por cierto, es un niño y muy fuerte.

Las mujeres corrieron hacia la joven madre, a la que encontraron plácidamente dormida y junto a ella, contemplaron a un pequeño bebé que dormitaba protegido en su regazo. La estancia estaba limpia y la parturienta dormía tranquilamente, como si nunca hubiera estado al límite de la muerte. Las mujeres se pusieron a llorar y abrazaron y besaron al médico. El padre de la criatura, entró en la estancia y se dirigió hacia su mujer y su hijo. Al comprobar que ambos estaban en perfecto estado, miró al médico y corriendo, se abalanzó sobre él dándole un abrazo tan fuerte, que casi se caen ambos hombres al suelo. Las mujeres empezaron a reír y lo que hacía un momento era angustia, dolor y tristeza, ahora eran risas y felicidad.

Justo en ese momento, se percataron de la presencia del niño, que desde su pequeño escondite, había visto toda la escena. En otro momento, le habría caído una buena reprimenda de su padre, no eximida de algún que otro golpe. Pero una vez que el médico explicó que ese mocoso era su hijo y que le había seguido hasta la casa, volvieron las risas y causó gracia la audacia del chiquillo.

Fue en ese momento, cuando decidió que sería médico como su padre, y que curaría las desgracias de sus semejantes, llenando de felicidad todos los lugares donde él se encontrara. Sería médico, un gran *asu* del cual su padre se sentiría orgulloso. Sería el mejor médico del mundo, viajaría por toda Asiria y todo el mundo hablaría de él. Los reyes de lejanos países le pedirían consejo y las mujeres caerían a sus pies, rendidas ante su sabiduría.

Un ruido de pisadas y el crujido de una puerta oxidada mientras se abría, borraron sus recuerdos y volvió a su sombría realidad. Abrió los ojos con dificultad, pero no pudo ver nada, la oscuridad le rodeaba. No sabía dónde se encontraba, pero el olor a podredumbre de la estancia, le era familiar. Sintió un escalofrío y el terror le sobresaltó, se encontraba en la cueva.

Comenzó a respirar con dificultad y el corazón le latió con fuerza. Sus ojos aún no se habían aclimatado a la oscuridad y alargó los brazos con desesperación, intentando tocar la pared. Abatido y asustado, hundió su rostro en sus manos y comenzó a llorar.

Jusman le observaba desde una ventana de la puerta de la celda. Contemplaba como el asirio, acurrucado en una esquina, respiraba con ansiedad. «Él se lo ha buscado, aquí no sobrevivirá ni una semana», pensó el caudillo. Abrió la puerta de la celda y se acercó a él. Afarat vio que unas sombras con antorchas se aproximaban, pero no podía distinguir de quién se trataba. La cabeza le dolía y su visión era borrosa.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Jusman.

Afarat identificó la voz, pero no dijo nada, tenía la mente confusa y no recordaba nada.

—¡Contesta al caudillo, esclavo! —le gritó un soldado mientras le golpeaba con un palo en el hombro.

—Déjale, todavía no se ha recuperado del golpe. Traedle agua —ordenó Jusman.

Un soldado salió y trajo una escudilla con agua. Le dio de beber a Afarat que lo hizo con avidez. Comenzó a recordar. Se vio huyendo por las callejuelas de la ciudad junto con los yuezhi. Vio como llegaban a la muralla y los extranjeros treparon por ella subiéndose unos sobre otros. Recordó como saltaron hacia el otro lado de la muralla, hacía el exterior de la ciudad, hacia la libertad. Entonces vio como varios soldados se acercaban a él. Durante unos instantes, dudó pero después, huyó seguido por los soldados. No quería que la guardia apresara a los yuezhi. Oyó voces que le ordenaban que se detuviera. En un momento, se vio rodeado por varios soldados. Recordó como un soldado llegó por su espalda y le golpeó con una maza. Había sido capturado y encerrado en la cueva.

—¿Por qué les ayudaste a escapar? —volvió a preguntarle Jusman.

—Ellos querían ser libres como yo —susurró Afarat—. Yo les ayudaría a ellos y ellos me ayudarían a mí. ¡No soy un esclavo! —exclamó con todas sus fuerzas, sin poder reprimir las lágrimas.

—Te has buscado tu propia ruina. Ahora no eres un esclavo, eres carne de patíbulo.

Afarat levantó la cabeza y miró a Jusman.

—¿Qué va a ser de mí?

—Eso lo decidirá el enviado de Teuman, pero tu delito es muy grave y la pena se paga con la muerte. El enviado decidirá si tendrás una muerte rápida o lenta.

Jusman se acercó a él y se agachó.

—Espero por tu bien que sea una muerte rápida —le susurró al oído.

Dos semanas después del arresto de Afarat, llegó el enviado de Teuman, doscientos soldados le acompañaban. Entró por la puerta de la ciudad, franqueado por los soldados sarianos y se dirigió hacia la casa de Jusman. Era un hombre maduro, tenía la mirada de un depredador y la dureza de sus rasgos intimidaba al más osado. Tenía el porte de un noble. Un yelmo con penacho oscuro cubría un pelo negro que comenzaba a clarear. Los labios, finos y endurecidos por las guerras, estaban ocultos por una barba larga y cana. Jusman le esperaba en su casa acompañado por varios consejeros.

—Saludos Jusman, mi nombre es Marlat, soy general de nuestro amado rey Teuman. Vengo a ocuparme personalmente de la investigación por la muerte de nuestros soldados y del robo del libro —dijo con voz seria, nada más desmontar.

—Saludos, general. Supongo que estarás cansado después de un viaje tan largo, mis siervos te han preparado algo de comer. Luego, si es tu deseo, podrás descansar.

—Me parece bien, mientras comemos ponme en antecedentes.

Jusman ordenó a un guerrero que atendiera a los soldados de Teuman y a sus monturas, luego entraron en la casa de Jusman, donde ya se había preparado una mesa con alimentos y bebidas. El caudillo informó de todo lo ocurrido a Marlat sin omitir ningún detalle. El general le escuchaba con atención, mientras comía y bebía con fruición. Cuando Jusman terminó de hablar, Marlat cogió un vaso de *kumis* y se lo bebió de un trago.

—Me gusta vuestro *kumis*, me llevaré un par de barriles a Bhakri —dijo el general escita.

—Será un regalo del pueblo de Sari por tu colaboración en este triste asunto.

El general le miró con indiferencia, en ningún momento había pensado pagar los barriles.

—Resumiendo; tenemos a un tal Mushabat, que junto con varios cómplices, mataron a los soldados del rey y robaron el libro. Su objetivo era vendérselo a un grupo de yuezhi que fueron detenidos pero, un esclavo asirio, les ayudó a escapar. Tenemos prisioneros a los cómplices de Mushabat y al esclavo pero Mushabat y los yuezhi han escapado ¿es correcto lo qué digo? —preguntó Marlat.

—Así es —confirmó Jusman.

—¿De cuántos hombres se componía el grupo de Mushabat?

—De diez hombres.

—Bien, pasado mañana ejecutaréis a cinco de ellos en la plaza de la ciudad. Serán lentamente mutilados, así todo el pueblo de Sari sabrá lo que les hacemos a aquellos que incumplen las leyes de nuestro rey. En cuanto a los yuezhi, cuando regrese a Bhakri informaré al rey, y supongo que enviaremos una embajada a Kushan para exigirles que nos los entreguen, aunque dudo mucho que hayan vuelto a su tierra.

—¿Y qué les ocurrirá al resto de prisioneros?

—Serán llevados a Bhakri, allí serán ejecutados ante el rey.

—¿También os llevaréis al esclavo asirio?

Marlat se acariciaba la barba mientras pensaba qué hacer con el esclavo.

—Me dijiste que fue médico en Asiria y que incluso sirvió en la corte del rey Assarhaddon ¿verdad?

—Eso es lo que dice él.

—¿No comprobaste si lo que decía era cierto?

—Es evidente que miente ¿qué hacía el *asu* de Assarhaddon mal herido perdido en el desierto?

—Llévame ante él, quiero verle —ordenó Marlat.

La luz de las antorchas cegó a Afarat. Había perdido la noción del tiempo y desconocía cuánto tiempo llevaba encerrado en la cueva. Cuando Marlat

entró en la celda, vio un sucio bulto acurrucado en una esquina. Se acercó al asirio y puso su antorcha cerca de su rostro, quería ver la cara de quien se hacía pasar por médico de Assarhaddon. Enfrente tenía a un hombre vestido con harapos que emanaba un olor nauseabundo. Estaba muy sucio y se podían ver restos de sangre reseca en las ropas. No parecía haber sido torturado, pero las visitas que le hacían los carceleros eran frecuentes. Afarat se protegió los ojos de la luz de la antorcha y se acurrucó aún más en la esquina.

—Dicen que te llamas Afarat, pero que tu verdadero nombre es Kalam ¿es cierto? —preguntó Marlat.

Afarat miró hacia el hombre que había pronunciado su casi olvidado nombre y asintió.

—También dicen que has sido médico personal de Assarhaddon, rey de Asiria —prosiguió Marlat.

—Agua por favor, necesito agua —dijo Afarat en un hilo de voz.

Marlat miró a uno de los carceleros que inmediatamente salió de la celda a por un pellejo de agua, volviendo poco después. El general le entregó el valioso líquido y bebió con avidez.

—Traedle algo de comida a este hombre, parece un saco de huesos —ordenó Marlat.

El general escita observó al deshecho humano que tenía delante, pero no sintió ninguna pena por él. Deseaba que fuera verdad que se trataba del *asu* de Assarhaddon, de esta manera, podría proporcionar interesante información sobre el rey asirio. El ruido de una puerta que se abría distrajo los pensamientos del general, y un soldado con pan, queso e higos secos, entró en la celda. Afarat miró con gratitud a aquel hombre y, aunque estaba muerto de hambre, comió muy poco. Su estómago llevaba varios días sin recibir apenas alimento y era consciente del peligró que corría si comía mucho de golpe. Marlat observó como Afarat escondía parte de la comida entre sus sucios ropajes.

—No temas por la comida —le dijo—, ordenaré que seas alimentado todos los días.

—Gracias.

—Ahora dime si es verdad qué has sido médico en la corte del rey Assarhaddon.

Afarat bebió un poco más de agua. Estaba dolorido y todavía tenía hambre, pero los alimentos que le había proporcionado ese hombre, habían aliviado un poco su sufrimiento.

—Mi verdadero nombre es Kalam, hijo de Alamkar. Durante años ejercí la noble profesión de *asu* en mi ciudad natal, Assur, hasta que me trasladé junto con mi mujer Damkira y mi hijo Nabui, a la ciudad de Nínive —el recuerdo de su familia llegó a su mente, sintió un pinchazo en el corazón y no pudo evitar que se le humedecieran los ojos y se le trabase la voz.

Marlat miró con atención al esclavo y pudo ver el profundo dolor que habitaba en su corazón. Esperó a que se recuperara de la emoción, no quería presionarle.

—Después de varios años de trabajo en Nínive, conseguí el puesto de médico personal del rey Assarhaddon.

—¿Cómo conseguiste ese cargo? —le preguntó Marlat.

—Conseguí curarle de una grave enfermedad y, como agradecimiento, me nombró su médico personal.

—Continua.

—Serví a la familia real durante varios meses. Un día, el rey, inició una campaña militar contra los cimerios y me ordenó que acompañara al ejército como cirujano. Durante una batalla, fui atacado por varios soldados pero logré escapar malherido. Después, desperté en una carroza escita. Me dijeron que nos dirigíamos a Sari, donde fui comprado por Jusman, caudillo de la ciudad.

—¿Puedes demostrar qué has sido médico de Assarhaddon?

—El rey me entregó el anillo que me distinguía como empleado real, pero supongo que los escitas me lo robaron cuando me encontraron.

—¿Sabes tú algo del anillo? —preguntó Marlat a Jusman, que se encontraba en la puerta de la celda.

—No tengo ni idea, cuando me lo vendieron no traía nada de valor consigo —le respondió Jusman, encogiéndose de hombros.

Marlat comenzó a hacer preguntas a Afarat sobre Assarhaddon y la familia real. Preguntó sobre sus rasgos físicos, su personalidad, sus gustos y

aficiones. Luego le preguntó por el séquito real, por la reina madre, por el sacerdote, por los gobernadores. Después, le pidió que describiera el palacio. Cuando el asirio terminó de responder a todas sus preguntas, Marlat le miró satisfecho y ordenó que le trasladaran a una celda más salubre. Asqueado por el horrible olor, el general escita dio una fuerte bocanada de aire fresco nada más salir de la lúgubre prisión.

—Hace muchos años estuve con nuestro rey en Nínive —comenzó a contarle el general a Jusman—. Teuman aún era príncipe, dirigía una embajada de nuestro país, negociábamos la venta de cientos de nuestros caballos. Nos atendió personalmente el rey Senaquerib, padre de Assarhaddon. Nuestro rey era joven e impulsivo y, cuando volvíamos a Bhakri, tuvimos un pequeño percance con una patrulla asiria y necesitó ser atendido por un médico en Assur. Afarat ha descrito a la perfección las ciudades de Nínive y Assur, además del palacio. No conozco personalmente al rey asirio, ni a sus consejeros o gobernadores pero, según nuestros espías e informadores, los nombres coinciden con los que me ha dicho Afarat.

—¿Quieres decir qué es cierto que era médico del rey de Asiria? —preguntó Jusman, fingiendo incredulidad.

—Eres un estúpido —le espetó el general—, has tenido en tu poder al médico del rey más poderoso del mundo y no has sido consciente de ello. Es lamentable que ni siquiera te hayas molestado en hablar con él, para corroborar si lo que decía era cierto o no. Teuman será debidamente informado de tu negligencia, otra más.

—Pensé que mentía ¿cómo podía creer que un miserable esclavo había sido médico de Assarhaddon? —intentó justificarse Jusman.

—A tu pueblo sí le dijiste que el esclavo había sido el médico del rey de Asiria.

Jusman le miró sorprendido.

—Me lo han asegurado algunos vecinos tuyos.

—Tenía que justificar su alto precio. Sabía que tenía conocimientos médicos, así me lo confirmó nuestro *shaman*, pero en ningún momento pensé que había sido el médico de Assarhaddon.

—Lo más triste es que ni siquiera te molestaras en comprobarlo. Eres un necio. Haz los preparativos para las ejecuciones, quiero volver cuanto antes

a Bhakri —le ordenó Marlat con desprecio.

La plaza mayor de Sari estaba atestada de gente. Toda la ciudad quería estar presente en la ejecución de los condenados. Los cinco prisioneros habían sido tumbados sobre una mesa de madera. Estaban colocados con los brazos y las piernas estiradas sujetadas por grilletes. A cada lado de la mesas se encontraban los verdugos, que portaban una gran hacha de un solo filo. Jusman observaba la escena desde una tribuna, a su lado se encontraba Marlat y los consejeros. Un condenado suplicó clemencia mientras que otros lloraban en silencio. Todos estaban aterrados. Jusman levantó su brazo derecho y lo bajó con fuerza. Los verdugos, nada más ver el movimiento de su caudillo, cercenaron el brazo izquierdo de los ajusticiados a la altura del hombro y comenzaron a gritar y retorcerse de dolor. Suplicaban, mediante gritos desesperados, la clemencia que el enviado del rey no les iba a conceder. Jusman volvió a levantar la mano y a bajarla. Los verdugos cortaron la pierna derecha de los reos a la altura de la rodilla. Dos de los verdugos erraron el primer golpe y tuvieron que dar un segundo hachazo. Los alaridos de dolor asustaron a una bandada de pájaros que emprendieron el vuelo huyendo despavoridos. La multitud, que al comienzo de la ejecución jadeaba divertida e insultaba a los prisioneros, permanecía en silencio, impactada por el infinito sufrimiento de los condenados. Entonces Marlat se levantó de su asiento.

—¡Pueblo de Sari, este es el castigo que recibirán todos aquellos que atenten contra las leyes de nuestro rey! Los delitos por los cuales estos hombres han sido condenados, son muy graves y solamente mediante su dolor y agonía, se verá expugnada parte de su culpa. Estos hombres han matado a diez soldados y robado vuestro mayor tesoro, vuestro libro de la lucha. ¡Tienen el castigo que se merecen! —exclamó el general.

Un murmullo recorrió a la multitud, que no tardó en gritar e insultar a los prisioneros. En pocos minutos, los gritos de la muchedumbre ocultaron los alaridos de dolor de los mutilados. El público quería más. Marlat miró a Jusman y este volvió a levantar y a bajar su brazo. Varios hombres se acercaron a los ajusticiados con tinajas y antorchas. Empezaron a verter un

líquido negro con un fuerte olor sobre los cuerpos doloridos de los prisioneros, que no dejaban de gritar. Uno de ellos tuvo suerte y perdió el conocimiento. Cuando los verdugos comprobaron que todos estaban bien impregnados de brea, cogieron la antorcha que traían sus asistentes y les prendieron fuego. Una columna de humo negro se levantó por toda la ciudad, impregnándola con el olor a brea y a carne quemada. Los gritos desgarrados de dolor fueron acallando y en pocos segundos el silencio se adueñó de la ciudad.

Marlat partió al día siguiente hacia Bhakri, junto con cien soldados y el resto de prisioneros. El general dejó a otros cien soldados en Sari para que patrullaran por toda la región en busca de los fugitivos. Jusman continuaba siendo caudillo de la ciudad, pero sería relevado si no encontraba a Mushabat y recuperaba el libro robado. Marlat le había dado seis meses de plazo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVII

EL PALACIO de Gaza era uno de los edificios más hermosos del mundo conocido. Tapices medos, muebles de madera de cedro y exquisitos frescos, adornaban el singular edificio, que exhibía una gran suntuosidad, a pesar de que Gaza, no era ni mucho menos una ciudad rica y próspera. El rey Sil-Bal no era precisamente querido por su pueblo. Mientras muchos de sus súbditos vivían en la más profunda de las pobrezas, su rey no paraba de malgastar el oro que recaudaba de los impuestos en caprichos caros y en muchos casos absurdos. Y, ahora, el pueblo tenía que alimentar a los casi cien mil soldados asirios. Sil-Bal, esperaba que pronto marcharan hacia Egipto pero llevaban ya más de un mes en la ciudad esperando noticias de Assarhaddon. Tenía serías dificultades en poder alimentar al inmenso ejército asirio y se había visto obligado a requisar alimentos a los humildes pescadores y campesinos. Aunque Artacomo, le había prometido una gran suma de dinero para compensar el costoso mantenimiento de su ejército, la dificultad era otra. En Gaza no había alimento suficiente para dar de comer a su pueblo y a las tropas aliadas. Por culpa del hambre, las revueltas en la ciudad eran cada vez más frecuentes, y Sil-Bal temía un gran levantamiento que pudiera costarle la corona.

Artacomo se encontraba en palacio, comiendo con el rey Sil-Bal y sus capitanes. La situación era insostenible y ambos lo sabían. El ejército asirio tenía que partir o toda Gaza moriría de hambre.

—Te pagaré con creces lo que estás haciendo por nosotros —le dijo Artacomo mientras cogía una uva de una bandeja de plata.

—Sabes que no es un problema de dinero —le dijo preocupado Sil-Bal—, nuestros silos están vacíos de grano y pronto llegará el invierno.

—¿No podríais comprar alimentos a otros pueblos? —le preguntó Baladán.

—¿A quiénes? Antes comerciábamos con las ciudades fenicias que habéis arrasado, tenemos prohibido negociar con Egipto, Babilonia está muy lejos y tardaríamos meses en recibir el grano. No, no hay ninguna ciudad próxima con la que podamos comerciar. La más cercana es Jerusalén y debido a los altos tributos que os pagan apenas pueden subsistir. Sil-Bal mintió. Jerusalén, a pesar de los fuertes tributos que se veía obligada a pagar a Asiria, vivía en paz y sus cosechas no eran arrasadas, ni quemadas por sus enemigos, pues el ejército asirio la protegía. Tenía sus silos llenos de grano y sus bodegas rebosantes de vino. Además, había varias ciudades con las que el rey podía comerciar, pero prefirió omitir esa información.

—Ten paciencia, hace semanas que envié un mensaje a Assarhaddon y estoy esperando su respuesta. Enseguida partiremos —le dijo Artacomo.

—Tu mensaje está tardando demasiado tiempo en ser respondido —le dijo Sil-Bal sin ocultar su impaciencia.

—Es cierto, nuestro rey estaba haciendo campaña contra los maneos y los medos. Además, tenía que visitar la tierra de los urartios y negociar con los elamitas. Desconozco dónde se encuentra en estos momentos y mis mensajeros deben estar locos buscándole.

Sil-Bal bebió un trago de vino, desconocía los viajes de Assarhaddon y ahora estaba aún más preocupado, debido a la dificultad que estaban teniendo los mensajeros en encontrarle. Eso retrasaría todavía más la marcha del ejército asirio. Miraba con preocupación su copa de plata finamente labrada, cuando el mayordomo real entró en la sala.

—Mi señor —dijo el mayordomo bajando la cabeza—, ha llegado un enviado del rey Assarhaddon, trae un mensaje para el general Artacomo.

El general asirio se levantó de un saltó y se dirigió hacia el mayordomo. Todos sonrieron expectantes. Sil-Bal estaba tan impaciente por conocer la información que contenía el mensaje real, que estuvo a punto de levantarse y acompañar a Artacomo.

—¿Dónde está? —preguntó impaciente el general.

—Está fuera, esperando.

Salió rápidamente de la sala y se encontró a un soldado sucio, con los ojos hundidos por la fatiga y la falta de sueño. Cuando Artacomo llegó a su altura, el soldado se cuadró.

—Mi general, traigo este mensaje del rey Assarhaddon —le dijo mientras le entregaba una pequeña bolsa de cuero.

—Has tardado mucho soldado —le espetó en un tono de reproche, mientras cogía la bolsa.

—Lo siento, mi señor, ha sido difícil encontrar a su majestad. No sin esfuerzo le hemos conseguido localizar en Babilonia —se disculpó el soldado.

El general no le escuchaba, rompió el sello real con el que estaba lacrada la bolsa de cuero y sacó dos finas tablillas de arcilla. Comenzó a leer los caracteres cuneiformes. Su rostro cambió por momentos.

—¡Dile a mis capitanes que les espero en el campamento! —le ordenó enfurecido.

—Mi… mi general, ¿dónde se encuentran los capitanes? —preguntó asustado el soldado, que nunca había estado en Gaza y desconocía por completo la ciudad.

—¡Estúpido, en la sala del rey! —le espetó el general, mientras le abofeteaba con fuerza—. ¡Vete, a qué estás esperando! —le volvió a gritar.

El soldado cayó fulminado al suelo después de recibir el golpe de Artacomo, se levantó con dificultad, y corrió atemorizado en busca del mayordomo real para transmitirle el mensaje.

Artacomo se alojaba en una villa a las afueras de Gaza. Para evitar el contacto con la población y los altercados que dichos contactos provocarían, el ejército asirio había acampado a unos diez kilómetros de la ciudad. La villa se había convertido en el cuartel general del ejército y en un improvisado hospital. Era propiedad de un noble de Gaza que «voluntariamente» le había prestado su casa a Artacomo, durante el tiempo que los asirios permanecieran en la ciudad. La villa constaba de un edificio de dos plantas con un hermoso patio interior. Una fuente y varios árboles frutales, adornaban y daban frescor al patio, haciéndole muy acogedor en

los días de calor. La casa, encalada, estaba rodeaba por varios ejemplares de palmeras datileras. El anterior color blanco de las paredes había dejado paso a un color sucio y oscuro producido por los orines de los soldados, que encontraban pocos abrigos en la zona, a la hora de hacer sus necesidades. Tal llegaba a ser el olor, que Artacomo ordenó que a un kilómetro del campamento se cavara una enorme zanja, y que todos los soldados fueran allí a hacer sus necesidades. Aún así, no eran pocos los que apremiados durante la noche, encontraban en las antes impolutas paredes, el mejor y más cercano sitio para poder aliviarse.

El general se encontraba inquieto, daba vueltas de un lado a otro del patio sin dejar de beber vino. Estaba rojo de ira, parecía que en cualquier momento iba a estallar. El ruido de una puerta al abrirse distrajo su atención, sus capitanes habían llegado.

—Mi general —saludaron al unísono sus oficiales.

—He recibido un mensaje de Assarhaddon —dijo Artacomo sin disimilar un ápice su irritación.

Ninguno se atrevió a preguntarle, por su rostro dedujeron que no se trataban de buenas noticias.

—Se encuentra en Babilonia. No tenía previsto ir allí, pero quería revisar las obras de reconstrucción de la ciudad —añadió con un además desdeñoso.

—¿Y de Egipto? —preguntó por fin uno de sus capitanes—. ¿Ha dicho algo de Egipto?

—Sí, lo ha dicho —dijo Artacomo, bebiéndose de un trago otro vaso de vino y llenándolo otra vez.

—No parecen buenas noticias —dijo Sargaon.

—Nuestro rey nos ordena que volvamos a casa. Según dice en el mensaje, no le da tiempo a reunirse con nosotros en Gaza antes del invierno. Quiere que retrasemos la campaña hasta el año que viene.

Los soldados enmudecieron, sabían lo que significaba Egipto para su general y la orden del rey era un verdadero varapalo.

—Pero no necesitamos las tropas del rey para conquistar Egipto, con nuestro ejército es suficiente —dijo Bitakyn, mirando a sus compañeros que asintieron convencidos de sus palabras.

—Pero el rey nos ordena que volvamos a Asiria —dijo Baladán.

—¡El rey tiene celos de Artacomo, siempre los ha tenido y teme que conquiste Egipto y se lleve toda la gloria! —exclamó enfurecido Bitakyn—. ¡Deberíamos partir ahora mismo a Egipto!

Baladán miró a Artacomo esperando que golpeara a Bitakyn por tal insubordinación, o por lo menos, que le hiciera callar. En cambio, el general permaneció en silencio.

—No volveré a casa, partiremos a Egipto y será cuanto antes.

—Señor, eso sería desobedecer una orden directa del rey. El castigo se paga con la muerte —le dijo preocupado Baladán.

—Lo sé y no quiero arrastraros en esta campaña, sois libres de venir conmigo o no. Si tenemos éxito en esta guerra, estoy seguro que el rey no tendrá en cuenta que le hayamos desobedecido. Si fracasamos, cosa que dudo, y sobrevivimos a la batalla, cosa que dudo aún más, diré que os obligué a marchar junto a mí. Pero os lo repito, sois libres, la decisión es vuestra; volver a Asiria o marchar contra Egipto.

Los capitanes se miraron los unos a los otros. Siempre habían luchado junto a su general y ese no era el mejor momento para dejarle solo. La gloria de conquistar Egipto les esperaba y no iban a dejarla escapar. La idea de la derrota no pasaba por su mente. Siempre habían salido victoriosos y esta vez no sería distinto.

—Siempre estaré a tu lado, mi general —le dijo Sargaon golpeando su pecho con el puño derecho.

—Siempre juntos, mi general —le dijo Bitakyn haciendo lo mismo que su compañero.

—Puedes contar conmigo —le dijo Baladán preocupado.

El general les miró orgulloso.

—No esperaba menos de vosotros, mis fieles capitanes. Preparad al ejército, quiero salir en tres días.

—A tus órdenes, mi general —le dijo Sargaon.

Los capitanes se despidieron de Artacomo y salieron de la villa hacia el campamento militar, para organizar la campaña contra Egipto, tal y como les había ordenado su general. Artacomo se quedó solo y bebió otro sorbo de vino. Ahora se encontraba más tranquilo, su semblante había cambiado.

Nadie podría evitar que conquistara Egipto, ni siquiera el mismísimo rey de Asiria. En esos momentos se sentía el hombre más poderoso del mundo. Sonrió, bebió otro trago de vino y metió su mano entre los pliegues de su túnica. Sacó una pequeña tablilla de arcilla, era un mensaje que había recibido de su buen amigo Karmilamon. La comenzó a leer.

Saludos, mi querido general:

Sin duda, esto retrasará vuestro encuentro en Gaza, por lo que es muy probable que el rey quiera retrasar la conquista de Egipto hasta el año que viene. Quiero decirte que tus conquistas en Fenicia han hecho que tu fama de gran general sea comentada por todas las ciudades de nuestro glorioso imperio. Los niños juegan a ser el gran general, las madres sueñan que sus hijas se desposan contigo y las mujeres desean gozar de tus encantos. Eres querido, alabado y admirado. Mucho me temo que el rey tenga celos de tus victorias, Assarhaddon no tolerará que conquistes Egipto, sería un golpe para su orgullo. Yo te aconsejo, amigo mío, que en el caso de que el rey te ordene posponer la guerra contra Egipto, no le obedezcas, dirígete con tus soldados a Men-Nefer y toma la capital de los egipcios. Apresa a Taharqa y vuelve con el faraón encadenado en tu carro. Assarhaddon no te sancionará, aunque le hayas desobedecido. ¿Assarhaddon castigaría al conquistador de Egipto? Todo el pueblo se pondría en contra suya y el ejército te apoyaría. No te he dicho nada hasta ahora pero, el día de tu marcha, escuché como le decía al viejo de Hitman que no toleraría que tú conquistases Egipto. El rey quiere la gloria para él y nadie más. Marcha contra Egipto y vuelve con la gloria. Tus victorias te preceden, espero que la noticia de la conquista de Egipto también preceda tu regreso.

Quiero informarte que he recibido el dinero que el desafortunado Yamed ha tenido a bien que tú gestiones. Tal y como acordamos, está invertido en negocios comerciales con oriente y en la compra de esclavos, tan necesarios en estos tiempos donde es tan

difícil encontrar mano de obra barata. En pocos meses seremos inmensamente ricos. ¡Qué los dioses así lo quieran!

Como sabes, tengo intereses comerciales en varios países y agentes distribuidos por las cuatro esquinas del mundo, proporcionándome todo tipo de informaciones. Uno de ellos me informó que hace poco tiempo estuvo nuestro rey Assarhaddon, que Assur tenga a bien tenerlo entre nosotros durante muchos años, en Susa. Según me dijo este agente, se rumoreaba que las intenciones del rey eran visitar Babilonia para poder ocuparse personalmente de la reconstrucción de la ciudad.

Que Assur te proteja,

Karmilamon.

Cogió la tablilla y la volvió a guardar entre los pliegues de su túnica. «Este Karmilamon es astuto como el zorro y peligroso como la cobra», pensó.

El rumor de la marcha hacia Egipto contagió de entusiasmo al ejército asirio, que ya sentía las consecuencias de la ociosidad en forma de pendencias y peleas. La actividad en el campamento se hizo frenética, nadie permanecía quieto, todo el mundo tenía prisa por partir cuanto antes hacia la victoria. Sil-Bal recibió satisfecho la noticia, la marcha de los asirios dejaría más tranquilos a los ciudadanos de Gaza, que ya no tendrían la obligación de alimentarlos por más tiempo. Artacomo, personalmente, le dio la noticia.

—Partiremos en dos días —le dijo—. Ahora necesito un último sacrificio por tu parte.

—Sabes que te ayudaré en todo lo que pueda.

—Necesito provisiones.

Sil-Bal miró a Artacomo con preocupación, su pueblo estaba a punto de morir de inanición y, ahora, el general asirio, le pedía que abasteciera a sus tropas. Si pedía a su pueblo ese último sacrificio, correría el riesgo que sufrir una revuelta de consecuencias imprevisibles.

—Solo necesito provisiones para dos semanas —le dijo Artacomo, que supo interpretar la mirada del rey de Gaza—. Hasta que crucemos el Sinaí,

luego conseguiremos suministros en las ciudades egipcias que vayamos conquistando.

—Cuenta con ellas —accedió Sil-Bal—, y cuenta con cinco mil de mis soldados. Siento no poder ofrecerte más, pero ya sabes que mi pueblo está muy inquieto y temo disturbios.

—Agradezco tu esfuerzo, eres un fiel aliado de Asiria y así se lo transmitiré a nuestro rey.

—Suerte en tu campaña. Mi mayordomo se encargará de organizar los suministros —le dijo Sil-Bal, mientras apretaba su mano.

—Saludos, rey de Gaza.

Sil-Bal era un hombre hábil pero codicioso, cuando los asirios abandonaron la ciudad, envío funcionarios a Jerusalén, Ascalón y Jaffa para comprarles grano, cabras y aceite de oliva. Había esperado la marcha de sus aliados para no tener que compartir con ellos el alimento que necesitaba su pueblo, y así, poder ahorrarse una parte importante del botín conseguido en Tiro, para uso y disfrute propio. Pocos días después de la marcha de los asirios, una caravana cargada de alimentos entró en la ciudad colmando de alegría a la hambrienta población.

El ejército asirio partió de Gaza hacia su destino Men-Nefer, capital del reino de Egipto. Se trataba de un largo viaje. Varios días de dura marcha separaban ambas ciudades, y donde el calor y la falta de agua, serían sus peores enemigos. Artacomo había calculado que necesitarían quince días para atravesar el Sinaí y llegar a Per-Bastet, primera ciudad de importancia de Egipto. Una vez allí, había pensado que no tendrían problemas en abastecerse de alimentos y agua para proseguir su camino hacia Men-Nefer. Pero sus cálculos habían sido erróneos. Veinte días llevaban de marcha y todavía no habían atravesado los desiertos de la península del Sinaí. Los alimentos y el agua comenzaban a escasear y habían sido racionados. Las fuentes que se encontraron a su paso habían sido cegadas por los egipcios, que ya estaban avisados de la llegada del poderoso ejército y, los pocos

pueblos que se cruzaron en su camino, habían sido abandonados. Algunos soldados, sedientos y hambrientos, se habían jugado su ración de agua y comida a suertes con otros compañeros. El perdedor podría estar un día sin beber, ni comer, bajo el ardiente sol del desierto. Los soldados comenzaron a desfallecer y a enfermar, lo que retrasaba la marcha del resto del ejército. Artacomo prohibió el juego bajo pena de muerte y los soldados que estaban desahuciados eran abandonados a su suerte. El descontento del ejército era cada vez mayor.

Baladán cabalgaba junto con Bitakyn, estaba preocupado por la situación de las tropas y, sobre todo, por haber desobedecido la orden de Assarhaddon. Baladán era un hombre muy religioso y sabía que los dioses no dejarían impune a aquel que desobedeciese una orden del rey. Observó a su ejército y le pareció bien distinto al que conquistó los reinos fenicios. Los soldados arrastraban sus pies por el ardiente suelo, estaban sucios y agotados. Miró a Bitakyn, el más fiel de los capitanes de Artacomo. Sabía muy bien que iría al mismísimo infierno si su general se lo ordenaba, o incluso se quitaría la vida si así se lo pidiera.

—Quizá nos hemos precipitado —le dijo Baladán—. Deberíamos habernos llevado más alimentos y agua de Gaza. Por lo menos, para treinta o cuarenta días.

—Sabes que no había en Gaza tantos víveres como para alimentarnos durante ese tiempo —le contestó Bitakyn sin dejar de mirar al frente.

—Pues quizá no deberíamos haber partido.

—Artacomo sabe lo que se hace, ten paciencia y no desfallezcas, tienes que ser ejemplo para tus hombres.

—No deberíamos haber desobedecido al rey, los dioses nos castigarán.

Bitakyn detuvo su caballo y le miró con severidad.

—Escúchame Baladán, los dioses le aman, Artacomo es el brazo ejecutor de su ley, pero nuestro rey no es digno de nuestro general, su cobardía pone en peligro a nuestro imperio. Egipto se está fortaleciendo y si esperamos más tiempo para atacarles, corremos el riesgo de que sea demasiado tarde. Artacomo no te obligó a acompañarnos, eres muy libre de volver a Nínive cuando quieras, pero si decides continuar con nosotros, será mejor que dejes de cuestionar esta campaña ¿me has entendido?

—Perfectamente —respondió Baladán.

—Porque la próxima vez que hablemos sobre este tema, uno de los dos yacerá en el suelo sobre un charco de sangre —amenazó Bitakyn, y puso su caballo a galope, dando la conversación por terminada.

—Tu fe ciega en Artacomo te impide ver lo evidente —susurró el capitán asirio.

Baladán observó como Bitakyn se alejaba a galope dejando una estela de polvo a su paso. Bajó de su caballo, tenía necesidad de acercase a sus hombres. Muchos soldados tenían la cara cortada por el sol y los labios resecos. Intentaban guardar la formación, pero más que andar, arrastraban los pies por la ardiente arena. Vio como un soldado cayó al suelo y otro intentó levantarle, cuando vio que no podía hacer nada por él comenzó a registrar todo lo que llevaba, varios soldados le observaron y se lanzaron hacia el soldado muerto como aves de rapiña. Hubo una pequeña pelea entre varios soldados y se levantó una nube de polvo. Cuando la nube se disipó, el cuerpo semidesnudo del desafortunado soldado apareció ante la mirada indiferente de sus compañeros.

—Estamos abocados al fracaso —dijo con tristeza.

Llevaban varios días de dura marcha y la situación del ejército asirio no mejoraba. En el horizonte, la silueta de un lejano pueblo infundió nuevos ánimos en las agotadas tropas. Los soldados corrieron desesperados hacia su última esperanza. Pero su ímpetu se vino abajo cuando llegaron a la aldea y vieron con horror que había sido abandonada, los árboles frutales quemados y las fuentes desprendían un olor nauseabundo. Varios soldados sedientos y desesperados, corrieron hacia los pozos y comenzaron a sacar agua con un pellejo.

—¡No bebáis puede estar envenenada! —gritó un oficial.

Los soldados ignoraron la orden de su oficial, desconfiados, pensaron que quería quitarles el pellejo para bebérselo. Bebieron con avidez. Pocos minutos después, murieron bajo fuertes dolores intestinales. Artacomo cegó con arena los pozos, de esta manera, se aseguraba que ningún desesperado bebiera agua con la esperanza de que no estuviera envenenada. La situación

se hacía más crítica por momentos. Ya no les quedaba alimentos y el agua escaseaba. Los caballos y los animales de carga también sufrían las consecuencias de la falta de agua. Muchos comenzaron a morir y la carga de las carretas fue repartida entre los debilitados soldados.

Artacomo dirigía la vanguardia del ejército. Se sentía muy débil y cansado. A su lado se encontraba Sargaon. Ambos caminaban cogiendo las riendas de sus agotados caballos. A pesar de que quedaban pocas semanas para que acabase el verano, el sol seguía siendo abrasador y golpeaba con fuerza sus castigados cuerpos. Habían pasado treinta días desde su salida de Gaza. El general asirio intentaba infundir ánimos en sus maltrechas tropas, pero difícilmente lo conseguía.

—Ya queda poco, pronto llegaremos a Per-Bastet y podremos saciar nuestra hambre y nuestra sed —le dijo a su capitán.

—Assur te oiga mi señor.

—Ten paciencia y nuestro objetivo será cumplido. Si caemos en lamentaciones y desgracias, nosotros mismos nos buscaremos nuestra propia ruina.

—El ejército está desmotivado señor, tiene hambre y sed. Además, ha llegado a oídos de la tropa que nos dirigimos a Men-Nefer desobedeciendo una orden del rey.

—Vaya, parece que alguien se ha ido de la lengua —le dijo con sarcasmo—. Por eso no te preocupes, cuando conquistemos Men-Nefer y todos nademos en la abundancia, nadie se acordará de quién ha dado la orden de conquistar Egipto.

—¿Qué es eso? —preguntó Sargaon señalando el horizonte.

A lo lejos vieron una nube de polvo, y la figura de dos jinetes cabalgando a toda velocidad apareció ante ellos. Eran exploradores asirios.

—Mi general —le dijo un explorador bajándose rápidamente del caballo —, Per-Bastet se encuentra detrás de esas dunas, está a pocos días de aquí, si encontramos un lugar cercano donde podamos vadear el rio.

—¿Hay agua cerca? —preguntó el general.

—Sí, mi señor, hay un gran delta y el agua es potable, nuestros caballos y nosotros damos fe.

Artacomo y Sargaon se miraron y sonrieron esperanzados.

—¿Habéis visto la ciudad? —preguntó el general.

—Está cruzando el río.

—Bien, seguiremos la marcha sin decir nada a los soldados. Si comentamos que hemos encontrado agua, el ejército perderá la formación y será presa fácil en una emboscada. Buen trabajo soldados, ahora volved y encontrad el mejor camino para llegar a la ciudad.

Poco tiempo después, el ejército de Artacomo se encontraba bebiendo con avidez de las aguas del Nilo. Construyeron varias redes y pescaron todo ser viviente que nadaba por el río. Otros soldados treparon a las palmeras para coger dátiles y distintos huevos de aves. Cazaron antílopes y algún búfalo. Se hizo una gran fiesta en honor a Artacomo, gran benefactor, que les había guiado con éxito hacia las lejanas tierras de Egipto. El buen humor y el optimismo volvieron a las filas del ejército asirio.

En las orillas del Nilo descansaron durante varios días. El ejército se abasteció de agua y de comida, los enfermos mejoraron de sus dolencias, y los soldados se repusieron y recobraron energías. Artacomo se encontraba ahora más tranquilo y esperanzado.

—Pronto llegará el invierno, cuando conquistemos Egipto, deberemos esperar a la primavera para volver a nuestras casas —dijo el general.

—Con todo lo que hemos pasado eso no será problema —dijo Sargaon.

Artacomo se encontraba en su tienda acompañado con sus capitanes. Después de una semana de descanso, habían recuperado las fuerzas y se encontraban deseosos de entrar en combate. Les había hecho llamar, tenía noticias de los exploradores.

—Echo de menos el vino —les dijo Artacomo, mientras ponía cara de asco después de beber un vaso de agua.

—¡Y yo, las mujeres! —exclamó Bitakyn entre risas, mientras hacía gestos obscenos.

—Cuando conquistemos Men-Nefer podrás saciar tu lujuria con todas las zorras egipcias que quieras —le dijo Artacomo.

—Espero encontrarme alguna de esas zorras en Per-Bastet, no quiero esperar tanto.

—Quizá tus deseos sean cumplidos antes de lo que te imaginas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sargaon.

—Tengo noticias de los exploradores, han encontrado un vado por donde podremos cruzar el Nilo hasta Per-Bastet.

Bitakyn sonrió.

—¿Está muy lejos? —preguntó el capitán.

—A cuatro días de aquí.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Baladán.

—Tendremos que construir un puente para poder cruzar el río. Tomaremos la ciudad de Per-Bastet. Luego nos dirigiremos a Lunu y después a Men-Nefer. Si no tenemos mayores problemas, espero conquistar la capital egipcia antes de que las lluvias del otoño hagan impracticables los caminos.

—Nuestros soldados están descansados y deseosos de entrar en combate, podríamos partir cuando desees —le dijo Sargaon.

—En un par de días marcharemos contra Per-Bastet, tomad todas las provisiones que podáis.

—Tenemos pescado desecado, carne de caza y varios sacos de dátiles. De momento el agua no es problema, creo que tendremos provisiones para quince días —dijo Baladán.

—Esta vez será suficiente, seguiremos el río que nos proporcionará agua y el alimento suficiente —dijo satisfecho Artacomo—. Señores, la gloria nos espera.

—¡La gloria nos espera! —gritaron al unísono los capitanes levantando su puño derecho en alto.

Durante su camino a Per-Bastet, Artacomo y sus hombres solo encontraron desolación. Las tierras de cultivo y los árboles frutales habían sido quemados. Las pocas casas que habían encontrado estaban abandonadas y sus habitantes no habían dejado nada de valor en su interior. Los egipcios habían huido con sus pocas pertenencias según se acercaba el ejército asirio. De momento, la comida y la bebida no eran problema, pero Artacomo temía que los ciudadanos de Per-Bastet hubieran hecho lo

mismo. Había contado con los víveres de la ciudad, necesitaban carne y grano, pues su alimentación a base de pescado seco y dátiles, era insuficiente. Según se acercaban a Per-Bastet, el camino se hacía más cenagoso. El general tuvo que enviar varios grupos de exploradores para buscar mejores sendas para poder llegar a la ciudad. Los carros se quedaban atrapados por el barro y el cieno, los caminos estaban completamente enfangados y ocultos por la vegetación y, miles de mosquitos, les atacan día y noche impidiendo a los soldados dormir y produciéndoles dolorosas picaduras. Llevaban siete días de marcha y aún no habían llegado a la ciudad. Muchos soldados habían enfermado y los carros se quedaban constantemente atrapados en el fango. Para evitar a los molestos mosquitos, Artacomo decidió acampar en un claro alejado del río y envió un contingente de mil soldados mandados por Bitakyn, a conquistar la ciudad. El número de enfermos aumentaba cada día y los cirujanos que acompañaban al ejército estaban desbordados. Desconocían cómo tratar la enfermedad. Los soldados tenían escalofríos, náuseas, diarreas y una fiebre muy alta. No tardó en morir el primer soldado.

Los enfermos fueron aislados del resto del ejército por temor a que la enfermedad fuera contagiosa. Artacomo visitó el campamento donde se encontraban, y vio con preocupación, a varios cientos de soldados tumbados en el suelo sobre esteras. Un cirujano intentaba refrescar, con un paño mojado, la frente de un soldado que tiritaba de frío, mientras observaba el cielo con la mirada perdida.

—¿Qué les ocurre a mis soldados? —preguntó preocupado a un físico.

—No lo sabemos, mi general —respondió compungido—. He hablado con el resto de cirujanos y ninguno de nosotros hemos visto nada igual en nuestra vida.

—¿Puede ser la peste?

—No, si fuera la peste tendrían bulbos en distintas partes del cuerpo. Debe ser algún tipo de infección o contagio.

El general miró al soldado que intentaba taparse con una manta para mitigar su frío. Le tocó la frente y pudo sentir como ardía. Miró al cirujano que le negó con la cabeza. No había esperanzas para el soldado.

—He visto varios casos como este —le dijo el cirujano—, no hay nada más que podamos hacer.

—¿Cuántos soldados hay afectados?

—Unos trescientos.

—¿Es contagioso?

—No lo sabemos, pero no podemos desestimar esa posibilidad. Por precaución, debemos separar los enfermos de los sanos y detectar a los soldados que tengan los primeros síntomas, para aislarle del resto cuanto antes.

Artacomo asintió.

—¿Cuántos enfermos mueren?

—Cuando llegan a este estado, casi todos —respondió, el médico mirando al soldado—. Debe ser el estadio final de la enfermedad. En cuarenta y ocho horas mueren. Pero no todos los soldados enfermos fallecen, creo que sobreviven más de la mitad.

El general miró a su alrededor y vio enfermos tirados en el suelo por todos los lados. Estaba muy preocupado y temía que todos sus soldados enfermaran. Durante un momento, pensó si había sido castigado por los dioses por desobedecer al rey. Intentó apartar esa idea de su cabeza, y se dirigió hacia el campamento. Observó los rostros de sus soldados, que le suplicaban con sus miradas, que les sacara de aquel infierno. En su larga vida como militar, nunca se había visto en una situación tan complicada. Sabía luchar contra ejércitos enemigos, pero se sentía inútil y sin recursos contra las enfermedades y las desgracias. Inmerso en sus pensamientos, llegó a su tienda y se sentó en un escabel. Su rostro era serio, preocupado, esperaba inquieto alguna noticia del contingente que había enviado a Per-Bastet. Necesitaba escuchar buenas noticias pronto. Después de cuatro días acampados, sus soldados seguían enfermando y los alimentos volvían a escasear, debían tomar la ciudad cuanto antes y dirigirse a Lunu. Cogió un vaso de madera con agua, lo miró y lo tiró al suelo con brusquedad. Se levantó maldiciendo a todos los dioses, cuando entró un cirujano en la tienda.

—Siento interrumpirte, mi señor —dijo el cirujano.

—¿Qué quieres médico?

—Hoy han muerto cincuenta soldados. Son buenas noticias, si tenemos en cuenta que ayer murieron ciento veinte y que antes de ayer lo hicieron doscientos. Además, hoy solo han ingresado en nuestro campamento tres enfermos más. Creemos que la infección está remitiendo.

—¿Y cuál puede ser el motivo?

—No lo sabemos, pero creemos que el río tiene algo que ver. Quizá la enfermedad sea transmitida al beber su agua.

—Pero no hay pozos cerca, tenemos que seguir bebiéndola.

El médico dudó, no sabía si debía decir lo que estaba pensando.

—El campamento está alejado de toda fuente de agua y los mosquitos han desaparecido. No sé, a los mosquitos les gusta el agua y la humedad, tampoco debemos descartar que tengan algo que ver —dijo el físico en voz baja y mirando al suelo.

En una sociedad donde la enfermedad era justificada como un castigo de los dioses, culpar a unos mosquitos de la muerte de cientos de soldados podría ser considerado como herejía, y el médico podría ser condenado a muerte.

—Seguiremos bebiendo el agua, pero solo lo esclavos se acercarán al río para recogerla diariamente. No creo que una mierda de mosquito sea el causante de la muerte de nadie, pero no podemos correr más riesgos —dijo Artacomo, obviando la blasfemia del físico.

Dos días después, ningún soldado enfermó. Únicamente un esclavo tuvo que ser tratado por los cirujanos del ejército. La enfermedad parecía controlada, pero más de cuatrocientos soldados habían muerto.

Artacomo se encontraba despachando con Sargaon y Baladán, cuando un grupo de soldados, cubiertos de barro y con el agotamiento marcado a fuego en sus rostros, apareció en el campamento. El general fue rápidamente avisado. Eran los soldados que había enviado Artacomo para conquistar Per-Bastet. Traían con ellos varios soldados muertos.

—¿Qué ha ocurrido oficial? —preguntó Artacomo, cuando vio el cuerpo de su capitán y varias decenas de soldados muertos en el suelo.

—Ha sido un verdadero infierno, mi general —respondió el oficial, mientras cogía una escudilla con agua que le había entregado un cirujano—. Los egipcios nos asediaban constantemente —dijo antes de beber un largo trago de agua—, disparaban sus flechas y luego se escondían entre los árboles. Un dardo mató al capitán. Hemos traído los cuerpos que buenamente hemos podido recuperar.

Artacomo miró el cuerpo inerte de su capitán. A su lado se encontraban Sargaon y Baladán. Aunque intentaban aparentar indiferencia, el general escrutó en sus ojos el dolor por la muerte de su compañero.

—Cuéntame todo desde el principio —ordenó el general.

—Marchamos hacia Per-Bastet a través del fango y los matorrales. Todo el río estaba impregnado de sanguijuelas y serpientes venenosas. De hecho, dos soldados murieron por picaduras de serpiente. Cruzamos decenas de ciénagas y el agua nos llegaba al cuello, nuestras armas están ahora inservibles —dijo el oficial, mostrando su oxidada espada—. Estábamos cerca de la ciudad, cuando los egipcios nos atacaron con sus flechas. Intentamos protegernos con nuestros escudos, pero desconocíamos por dónde nos disparaban. Muchos hombres murieron. Gracias a la valentía de nuestro capitán Bitakyn, pudimos recomponernos y contraatacar. Matamos a varios egipcios, pero la mayoría consiguió escapar. Pocas horas después, volvieron a atacarnos. Doblamos la guardia, protegimos la retaguardia y los flancos, pero todo fue inútil. Grupos de cincuenta o setenta egipcios nos atacaban con rapidez y escapaban antes de que pudiéramos contraatacar. Aún así, llegamos a la ciudad de Per-Bastet —se interrumpió el soldado para beber otro trago de agua.

Artacomo y sus capitanes estaban expectantes.

—Estaba abandonada —continuó el oficial—, y las tierras de labor habían sido anegadas. El acre olor a muerte impregnaba la ciudad. Registramos casa por casa y no encontramos nada de valor.

—¿No había ningún habitante? —preguntó Sargaon.

—Nadie mi capitán, los egipcios habían abandonado la ciudad llevándose sus pertenencias consigo. Bueno, se llevaron lo que pudieron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Artacomo.

—Registrando la ciudad encontramos el motivo del fuerte olor a muerto.

—¿Qué era?

—La mayor parte de la ciudad se encuentra inundada, los egipcios habían roto los diques que la protegían de las subidas del Nilo y de las lluvias torrenciales. En lo que en su día parecía ser la plaza de la ciudad se había creado un enorme lago. Según parece, los animales que los egipcios no pudieron llevarse fueron sacrificados. Cientos de cabras, ovejas, camellos, caballos y cerdos, aparecieron flotando en el lago. El olor era insoportable y los mosquitos nos comían vivos.

—¿Mosquitos? —preguntó inquieto el general.

El oficial miró extrañado a Artacomo. ¿Qué importancia tenían los mosquitos en todo esto?

—Estaban por todas partes. Nubes gigantescas que durante el día tapaban la luz del sol. Nos atacaba día y noche.

—¿Hay enfermos en vuestras filas? —preguntó el general.

—Sí, creo que unos diez o doce soldados están enfermos —contestó extrañado el oficial.

Artacomo hizo un gesto a un cirujano para que asistiera a los soldados enfermos y, sobre todo, para que los aislase, no quería correr el riesgo de que contagiaran al resto del ejército.

—¿Cómo murió Bitakyn? —preguntó Sargaon.

—Fue ayer, mi señor, murió junto con algunos de los hombres que traemos con nosotros. Fue el peor ataque. Anochecía y estábamos buscando un buen lugar para acampar, pero no era fácil. El agua nos rodeaba por todas partes. De pronto, una lluvia de flechas cayó sobre nosotros. Intentamos protegernos pero fue inútil. Los egipcios eran invisibles. Solo podíamos oír silbar las flechas. Murieron muchos soldados, solo hemos podido recuperar estos cuerpos, el resto se hundió en las ciénagas.

Artacomo miró a su capitán y luego al resto de los soldados fallecidos. Ya no podía hacer nada por Bitakyn salvo hacer un funeral propio de un gran soldado. Ahora sus preocupaciones eran otras.

—Todos los soldados que tengan escalofríos, náuseas o fiebre serán traslados al campamento de los cirujanos. Debemos incomunicarles cuanto

antes —ordenó el general.

—Sí, mi señor.

—¿Encontrasteis algún alimento? —preguntó Baladán.

—Nada, no había absolutamente nada. Solamente una ciudad inundada y cientos de animales muertos flotando en un agua inmunda. Siento haber fracasado —dijo el oficial con lágrimas en los ojos.

—No ha sido tu culpa, has hecho lo que has podido. A veces, los dioses ponen piedras en nuestro camino para hacer más gratificante la consecución de nuestras metas —le consoló el general—. Ahora haz lo que te he dicho, envía a los enfermos al campamento de los cirujanos y ordena al resto que descansen. Pronto partiremos.

Artacomo decidió continuar por el margen derecho del Nilo hacia la ciudad de Lunu. Para evitar el contacto con los mosquitos, tomó la decisión de alejarse varios cientos de metros del río lo que le impedía utilizar los caminos. Se desplazaban despacio, los carros se quedaban constantemente atascados en la arena y los soldados caminaban lentos y se cansaban enseguida. El verano tocaba a su fin, pero el calor seguía martirizando a las agotadas tropas. Los esclavos proporcionaban agua al ejército pero los alimentos escaseaban. Los egipcios no dejaban de acosar a los asirios, atacaban a los flancos o a la retaguardia en grupos de quinientos jinetes y cuando los asirios conseguían recomponer sus filas rápidamente se retiraban. Las visitas de los arqueros egipcios también se hicieron más asiduas cuanto más se aproximaban a Men-Nefer. Muchos fueron los soldados asirios que murieron camino a Lunu.

—Debemos encontrar pronto alimentos o el ejército sucumbirá —le dijo Baladán a Sargaon.

Era de noche, el fuego de las hogueras iluminaba el campamento y los soldados se guarnecían con raídas mantas para protegerse del frío nocturno. Nadie hablaba, solo el relincho de algún caballo y alguna tos perdida rompía el silencio. El ejército estaba desmotivado. Sargaon nunca había visto a sus soldados en un estado tan lamentable. Estaban famélicos por la falta de alimento, con la cara quemada y cortada por el sol. Los que no tenían botas cojeaban debido a las llagas que les había ocasionado el roce de la arena en sus viejas sandalias de cuero. Sargaon cogió un dátil, se lo

metió en la boca y escupió su hueso. Llevaban tres días comiendo únicamente dátiles. Todos estaban cansados.

—No sé en qué estado nos encontraremos cuando nos topemos con las tropas de Taharqa —volvió a decir Baladán.

—No te muerdas la lengua y escupe lo que estás pensando —dijo Sargaon.

Baladán observó a su compañero, que le miraba fijamente a los ojos.

—Lo que nos está ocurriendo en esta campaña jamás lo había visto —dijo Baladán.

—Quizá sea porque nunca hemos intentado conquistar un país tan inmenso como Egipto —le respondió Sargaon—. Hemos luchado contra pequeños reinos y ciudades, pero ahora estamos hablando de conquistar uno de los países más poderosos del mundo. Nadie dijo que fuera fácil. —Tampoco nunca habíamos desobedecido una orden del rey.

—Tuviste la oportunidad de regresar a Nínive, ahora no vengas con lamentaciones —le dijo Sargaon enfadado—. Siempre has sido fiel a Artacomo y ahora tienes que seguir siéndolo, nuestro general nos necesita. La gloria nos espera, debemos tener paciencia.

—¡Mira a tu alrededor! —gritó Baladán y Sargaon le hizo un gesto para que bajara el tono de voz—. ¿Tú crees que podremos vencer a los egipcios?

—Somos guerreros asirios, somos invencibles. Nadie mejor que tú debería saberlo que has luchado en decenas de batallas. Los egipcios caerán como lo han hecho el resto de nuestros enemigos. Intenta no transmitir esos sentimientos derrotistas a tus soldados o estaremos todos perdidos.

Baladán tiró un palo al fuego.

—Descuida, mis opiniones son solo mías.

—Bitakyn me habló de tus dudas. Espero poder contar con tu fidelidad a nuestro general —le dijo Sargaon mirándole fijamente a los ojos.

—Siempre lo seré. Quizá la muerte de Bitakyn me haya afectado más de lo que creía —intentó justificarse Baladán.

—Te entiendo, pero debemos ser fuertes y un ejemplo para nuestros soldados. Tus dudas pueden infundir temor e incertidumbre en las tropas. Ten fe en Artacomo, él nos sacará de este entuerto como siempre ha hecho.

—¿Cómo ha hecho con Bitakyn? —preguntó con malicia Baladán.

Sargaon le cogió del cuello.

—Ahórrate tus sarcasmos o te mato aquí mismo.

—Lo siento, no volverá a pasar —dijo con dificultad en un hilo de voz, mientras intentaba zafarse de las garras del capitán.

Enfurecido, Sargaon soltó el cuello de Baladán, dio una patada a una rama y se perdió en la oscuridad dejando a su compañero tosiendo y respirando con dificultad.

El ejército asirio proseguía su camino a Lunu, cuando una cortina de humo apareció en el horizonte. Artacomo espoleó su caballo y se dirigió al origen del fuego, acompañado de sus capitanes y su guardia personal. A pocos kilómetros, se cruzó con una patrulla de exploradores.

—Mi señor, es Lunu —dijo uno de los jinetes—. El fuego es reciente, deben haber abandonado la ciudad esta misma noche.

—¿Han dejado algún alimento? —preguntó Artacomo.

Los exploradores se miraron los unos a otros con expresión de culpabilidad.

—Han quemado a los animales. Por suerte hay alguno que ha podido salvarse, aunque solo sea en parte.

—¿Habéis comido de esos animales antes de avisarnos?

Los soldados bajaron la cabeza.

—Seréis arrestados y pagaréis vuestra falta con unos buenos latigazos. Oficial, detén a estos soldados y dadles veinte azotes a cada uno, dejadles sin comer ni beber durante dos días.

—Señor, con este calor, si les dejamos sin agua morirán —dijo el oficial.

—¿Me estás cuestionando? —preguntó Artacomo.

—¡Entregadnos vuestras armas! —les ordenó el oficial a los exploradores—. ¡Soldados, apresad a los exploradores y ponedlos a buen recaudo!

Artacomo observó las ruinas de Lunu. La ciudad había sido consumida por las llamas casi en su totalidad. Los egipcios, antes de huir, habían matado a todos los animales, los habían amontonado y quemado. Los

soldados pudieron recuperar varios que no habían sido totalmente calcinados. Registraron lo que quedaba de las casas y de los huertos buscando algo de comida y encontraron cebollas, puerros, algunos higos y ajos. No en gran cantidad, pero junto con los animales que habían encontrado, saciaría, aunque solo en parte, el hambre del ejército.

El general envió a Sargaon junto con cinco mil jinetes en persecución de los habitantes de Lunu. Necesitaba provisiones para llegar a Men-Nefer y seguro que los egipcios, en su huida, se habían llevado gran parte de los alimentos de la ciudad. Solo habían quemado todo aquello que no podían llevarse, animales incluidos.

Tres días tardó Sargaon en volver a las ruinas de Lunu, donde le aguardaba un expectante Artacomo. Durante ese tiempo, los soldados habían descansado del largo camino, los caballos de guerra habían sido liberados de sus cabalgaduras y las bestias de carga debidamente alimentados con follaje procedente de la orilla del Nilo. El general quería que sus soldados descansasen todo lo que pudiesen. El camino hasta Men-Nefer ahora estaba expedito y en pocos días se encontrarían frente a las tropas de Taharqa. Artacomo miró hacia el horizonte y vio que su capitán traía consigo un rebaño de ovejas y varios cientos de caballos.

—Mi general —saludó Sargaon bajando del caballo.

—Veo que disteis con los egipcios —dijo satisfecho el general.

—¡Por fin una buena noticia! Los localizamos hace dos días, estaban escoltados por varios centenares de soldados egipcios que no fueron problema para mi caballería. Matamos a todos menos a las mujeres, simplemente dejamos con vida a unos veinte hombres para que nos ayudaran a traer el ganado hasta el campamento. Ahora nos pueden servir como esclavos.

—Buen trabajo capitán ¿qué traes en los carros?

—Algo que estoy seguro que te agradará.

—¿Qué es? —preguntó interesado Artacomo.

—Traigo varias tinajas de vino e hidromiel, que junto con las mujeres, harán las delicias de las tropas.

—Me acercaré a ellas para reservarme tres para mí —dijo el general mirando al grupo de mujeres—. Esta mercancía subirá la moral de la tropa justo antes de la batalla final. Esta noche haremos una gran fiesta en tu honor, Sargaon.

En una sola noche, el ejército asirio dio buena cuenta de las tinajas de vino e hidromiel. Mataron varios cientos de corderos y las mujeres fueron violadas una y otra vez hasta el amanecer. Parecía que la suerte de los asirios había cambiado. El nuevo día despertó a más de uno aún borracho, pero con mucho mejor ánimo. Un día más descansaron en las ruinas de Lunu antes de partir. Ahora el ejército tenía alimentos y agua suficiente para varias semanas, solucionando uno de sus mayores problemas. Las mujeres y el vino habían subido la moral de los soldados, y estaban listos para la batalla. El general miraba con orgullo a su ejército que volvía a ser aquel que infundía pavor y terror entre sus enemigos. Definitivamente, Egipto caería bajo el yugo asirio.

Cruzaron el Nilo por un vado y siguieron el camino que dirigía a Men-Nefer. Se encontraban a poco más de tres días de marcha. Artacomo había nombrado a un nuevo capitán de carros para sustituir al fallecido Bitakyn. Se llamaba Kishdar y era el primer oficial de Bitakyn, su sucesor natural. Era un hombre rudo de pocas pero contundentes palabras, siempre había sido fiel a Bitakyn y por ende, a Artacomo y sabía cómo hacerse respetar.

El general levantó un campamento cerca del camino de Men-Nefer. Ordenó que construyeran una fosa y levantaran una empalizada. La batalla final estaba próxima y no quería sorpresas de última hora. Se encontraba con sus capitanes, bebiendo un vaso de vino de una tinaja, que pudo rescatar de la fiesta. Había recibido noticias de los exploradores, que le informaron que Taharqa, había acuartelado sus tropas a las afueras de la ciudad. Según sus cálculos, su ejército se encontraba a dos días de las tropas egipcias.

—De acuerdo con nuestros exploradores, los egipcios están movilizando sus tropas cerca de Men-Nefer —dijo Artacomo.

—¿Sabemos de cuántas tropas disponen? —preguntó Sargaon.

—Pueden ser en torno a ciento cincuenta mil soldados.

—Con las bajas que hemos sufrido nosotros no debemos ser más de setenta mil —dijo Baladán.

—Tenemos setenta y cinco mil soldados —dijo Artacomo mirando a Baladán— pero te recuerdo, que nosotros somos guerreros y los egipcios son labriegos a los que se les ha entregado una espada. Tener miedo es un lujo que no puedo permitir a mis capitanes. ¿Acaso tienes miedo, capitán? —le preguntó mirándole fijamente.

—No, mi general —respondió Baladán, aguantando la mirada de Artacomo.

—Me alegran tus palabras, no me puedo permitir que alguno de mis capitanes se asuste con facilidad o tenga dudas sobre esta campaña.

Baladán bajó la mirada avergonzado y miró de reojo a Sargaon, que le sonreía con desprecio.

—Partiremos mañana al amanecer. La victoria total sobre los egipcios nos espera —dijo Artacomo levantando su copa—. Capitanes, nuestros nombres serán escritos con letras de oro en la historia de nuestra gloriosa patria.

—¡Por Asiria! —gritó Kishdar.

—¡Por Artacomo! —gritó Sargaon.

—¡Por Assarhaddon! —gritó Baladán.

Después de brindar por la victoria, salieron de la tienda y Baladán se dirigió a Sargaon.

—¿Le has contado algo? —le preguntó cogiéndole el brazo.

—¿A qué te refieres? —Sargaon fingió desconocimiento.

—Sabes lo que quiero decir, desde que te dije que tenía dudas sobre esta campaña, el general no me dirige la palabra y aprovecha cualquier situación para humillarme.

Sargaon miró con desdén a su compañero.

—Tú sabrás por qué lo hace, yo no te puedo ayudar.

—Le has debido contar algo.

—Yo no le he contado nada, el general no necesita a nadie para eso, con una sola mirada sabe quién le es fiel o quién tiene dudas. Estoy seguro de

que Artacomo ha leído la desconfianza en tu mirada y ahora no se fía de ti. No nos culpes al resto por tus errores.

Sargaon se zafó del brazo del capitán y se dirigió hacia su tienda.

Baladán había perdido el favor del general. Artacomo desconfiaba de él y eso era algo muy peligroso. Ahora le necesitaba para dirigir la infantería contra los egipcios, pero su futuro era incierto una vez terminada la guerra. Tenía que hacer algo para volver a ganarse la confianza de su general, o sus días estarían contados.

Artacomo estudiaba con atención a las tropas egipcias, el espectáculo era impresionante. El general pensó que Taharqa había hecho un gran trabajo. El ejército egipcio estaba ordenadamente dispuesto en formación de combate. Podía ver con claridad a los generales egipcios que mandaban cada una de las divisiones del poderoso ejército. Nobles de alta alcurnia, dirigían las divisiones compuestas, cada una de ellas, por cuatro mil soldados de infantería y mil aurigas que gobernaban los quinientos carros que las componían. Los egipcios carecían prácticamente de caballería y basaban toda su fuerza en la poderosa infantería y en la rapidez de sus carros de guerra cuya misión era la de atravesar las líneas enemigas y arrasar con todo lo que se encontraban a su paso. Artacomo observó que una de las líneas de combate estaba compuesta por soldados de lo más variopinto. Por el color negro de su piel y sus vestiduras a base de pieles de animales, dedujo que se trataba de mercenarios nubios, junto a ellos, se encontraban los shardana con sus característicos yelmos de cuero con cuernos y varios miles de soldados lukkas, mercenarios procedentes de la isla de Iadnana. El general asirio pudo comprobar que Taharqa, también había contratado los servicios de jinetes numidios, que cubrían sus flancos y la retaguardia.

La primera línea de combate egipcia estaba compuesta por los *menfyt*, los soldados de infantería veterana, su armamento se componía del *khopesh*, espada con forma de guadaña, una daga y un hacha de bronce. Protegían sus cuerpos con un casco y una coraza de cuero cubierta por chapas de metal. Un escudo de madera rematado en bronce completaba su equipamiento. La

segunda línea de combate estaba compuesta por los arqueros. Con sus poderosos arcos de doble curvatura eran capaces de lanzar largas flechas que atravesaban sin problemas las corazas enemigas. Protegiendo a los arqueros se encontraban los carros de guerra. Cada uno de ellos estaba compuesto por un *seneny* o arquero, armado con un arco de doble curvatura y un *kedjen*, cuya misión era conducir el carro y proteger con un escudo al arquero. Otro soldado, llamado corredor, acompañaba al carro para rematar a los soldados que caían a su paso. En la retaguardia se situaban los *nefru*, infantería compuesta por reservistas y soldados no profesionales. Solo entraban en combate en situaciones de extrema urgencia.

Artacomo miró al cielo, era primera hora de la mañana y el día estaba completamente despejado. A pesar de las fechas, no hacía excesivo calor y una pequeña brisa refrescaba el cuerpo de los nerviosos soldados. «Hace un magnífico día para morir», pensó el general. Miró hacía atrás y comprobó que su ejército estaba perfectamente organizado. La primera línea de combate estaba compuesta por la infantería pesada y los soldados provenientes de Gaza; en la segunda fila se encontraban los arqueros y, en la tercera, Artacomo había situado los carros. La caballería protegía los flancos del ejército. Baladán dirigía la infantería pesada, Kishdar los carros y Sargaon la caballería. Los egipcios les duplicaban en número pero eso no era problema. Los asirios eran profesionales, auténticos soldados acostumbrados a matar y a morir. Llevaban años luchando y entrenándose en el arte de la guerra, a diferencia de la gran parte del ejército egipcio, que estaba compuesto por campesinos y artesanos que apenas habían recibido una instrucción de unos pocos días. Muchos egipcios se habían alistado en el ejército para conseguir tierras o como medio de ganarse la vida. Nunca ascenderían, siempre serían soldados rasos de infantería. Los puestos de mando estaban acotados para los nobles. Además de los puestos de mando, los auténticos profesionales en el ejército egipcio eran los mercenarios y los llamados *nakhtu-aa*, fuerza de elite que componía la guardia personal del faraón Taharqa.

Artacomo, sobre su caballo, volvió a mirar a sus capitanes y levantó su brazo derecho. El caballo se movía inquieto presintiendo la batalla. Los

capitanes respondieron a su general levantando el brazo. Era la señal esperada, las tropas estaban preparadas.

—¡Soldados! —exclamó el general—. ¡Estamos ante el día más glorioso de la historia de nuestra amada Asiria! Nuestros enemigos están a punto de caer atravesados por nuestras espadas y lanzas. ¡Prometo oro y tierras a todos vosotros, volveréis como hombres ricos a Asiria y seréis el orgullo de vuestras mujeres e hijos! —Al general le costaba gobernar a su caballo, cada vez más inquieto ante los gritos de júbilo de las tropas—. ¡Soldados! ¡Por la gloria! ¡Por Asia! ¡Por nuestro rey! —terminó de exclamar Artacomo y ordenó que sonaran los tambores de guerra.

El primero en marchar contra el enemigo fue Baladán junto con la infantería pesada que portaba sus largas lanzas. Detrás de ellos, como era habitual, dos hileras de arqueros. La infantería ligera, con su escudo redondo de madera y la espada corta, les protegía. Taharqa vio el movimiento asirio pero permaneció quieto, esperando el momento adecuado para atacar. Ordenó a los arqueros que prepararan sus armas y a los soldados de infantería que mantuvieran la posición. La infantería asiria avanzaba, mientras el sonido de los tambores de guerra retumbaba por todo el campo de batalla. Artacomo observaba desde su caballo el avance de los asirios, cuando una lluvia de flechas cayó sobre ellos. Los soldados detuvieron su paso y se cubrieron con los escudos. Los arqueros asirios, carentes de escudos retrasaron su posición que fue ocupada por la infantería ligera. Los egipcios no dejaban de lanzar sus dardos contra el enemigo. Los asirios estaban atrapados, no podían avanzar, pues quedarían desprotegidos, pero tampoco podían retroceder. Los arqueros asirios estaban demasiado lejos y aunque hicieron algún intento, sus flechas cayeron muy lejos de su objetivo. Muchos soldados murieron. Aprovechando el desconcierto entre las filas asirias, Taharqa ordenó a sus carros de guerra que cargaran contra el enemigo. Con su eje posterior y la trocha mucho mayor que el ancho del vehículo, los carros egipcios eran muy manejables, podían girar y cambiar de dirección con facilidad y eran prácticamente involcables. Eran carros muy rápidos y al tener solo dos ocupantes se movían con gran agilidad entre las tropas enemigas.

El movimiento de los carros egipcios sorprendió a los asirios y causó muchas bajas en sus filas. Los *seneny* disparaban sus arcos protegidos por los *kedjen* mientras que los corredores egipcios remataban a los asirios malheridos con sus lanzas. Varias fueron las acometidas que hicieron los carros de guerra egipcios ante la miraba impotente de Artacomo, que veía como su ejército sucumbía. Baladán era consciente de que su infantería estaba perdiendo el combate. Debía ganarse el favor de su general y solo había una forma de hacerlo. Se lanzó sobre un carro egipcio y dio buena cuenta de sus ocupantes.

—¡Soldados de infantería! —gritó desde el carro—. ¡Dejad de defenderos y atacad a los *kedjen* y a sus caballos, debemos acabar con los carros y dirigirnos hacia los arqueros!

Los soldados tiraron sus molestos escudos y pesadas lanzas, y se lanzaron, empuñando la espada corta, contra los *kedjen* en una lucha cuerpo a cuerpo. Los arqueros asirios no podían disparar sus armas, pues podrían herir a sus compañeros. Los egipcios mataron a muchos asirios, que erraban en su intento de subir a los carros, pero también sufrieron numerosas bajas. Taharqa ordenó que se retiraran y una lluvia de flechas volvió a caer sobre la indefensa infantería asiria, que estaba desprotegida sin sus escudos. Baladán ordenó a uno de sus soldados que condujera el carro de guerra y junto con la infantería se dirigió hacia los arqueros. Libre de riendas, cercenaba miembros y mataba a todo aquel egipcio que se cruzaba con su carro. Artacomo, asombrado por el valor de su capitán, ordenó a Sargaon que le apoyara con su caballería. Los arqueros asirios avanzaron y lograron tener a los arqueros egipcios a tiro. Una lluvia de flechas paso por encima de la cabeza de Baladán cayendo sobre los egipcios obligándoles a replegarse. El capitán asirio abrió una brecha entre las tropas egipcias que fue aprovechada por la caballería de Sargaon.

—¡Acabad con el asirio y con toda su infantería, debemos recomponer nuestras filas antes de volver a enviar nuestros carros! —ordenó Taharqa al capitán shardana.

Un ruido ensordecedor enmudeció el griterío del campo de batalla. Golpeando su escudo de metal con su espada, los shardana avanzaron hacia

los asirios. Los arqueros y los soldados de infantería egipcios abrieron paso a los mercenarios, que se dirigieron directamente hacia Baladán.

—¡Baladán, sal de ahí van a por ti! —le gritó Sargaon.

—¡Les haré frente, pronto probarán el frío de mi espada!

—¡No tienes nada que demostrar, sal de ahí o conseguirás que te maten!

Baladán no respondió, desde el carro atacaba a todo egipcio que se cruzaba en su camino. Sargaon, consciente de la situación, ordenó a una parte de su caballería que protegiera al capitán. Era evidente que no tenía pensado retroceder. Los shardana dieron un grito ensordecedor y se lanzaron como fieras hambrientas sobre su presa. El choque fue brutal, los shardana se arrojaron con furia sobre los asirios que se defendieron como pudieron. Sargaon les apoyaba, pero el empuje de los mercenarios impedía avanzar a su caballería. Miró a Baladán y vio que estaba rodeado por el enemigo. Intentó dirigirse a él, pero un mercenario atacó a su caballo hiriéndole de gravedad y cayó al suelo. Sus jinetes le rodearon para evitar que fuera atacado y un soldado le entregó otro caballo.

—¡Debemos defender a Baladán, tenemos que darnos prisa si no queremos que esos hijos de perra le maten! —ordenó.

Sargaon se dirigió todo lo rápido que pudo hacia Baladán, que se defendía con valor desde el carro. Los shardana atacaban con fuerza, parecía que desconocían el temor. Un mercenario corrió gritando con su espada desenfundada hacia un soldado asirio sin darse cuenta que estaba solo y rodeado de enemigos. Cuando se percató de su situación, sonrió y se lanzó contra los asirios matando a siete soldados antes de caer muerto.

Varias jabalinas fueron lanzadas hacia el carro de Baladán, matando al auriga e hiriendo a uno de los caballos. El asirio bajó del carro, ahora inútil, y se defendió de varios enemigos hasta que sintió un fuerte golpe en el pecho, se tocó y sintió la tibieza del rojo líquido en su mano. Miró al frente y vio un mercenario con los ojos inyectados en sangre, que apuntaba con su espada hacia el cielo y daba un salvaje grito de victoria. Casi sin fuerzas, el capitán asirio cayó al suelo malherido. El mercenario viendo a su víctima indefensa, se preparó para rematarla. Baladán le miraba tumbado en el suelo, cerró los ojos y encomendó su alma a los dioses. Cuando había

abandonado toda esperanza, sintió un golpe seco en el estómago, abrió los ojos y vio que la cabeza del mercenario estaba en el suelo, junto a él.

—Rápido cogedle y subidle al carro.

Oyó una voz familiar y sintió como dos hombres le cogían en volandas y le llevaban a un carro.

—Tranquilo amigo. Este hijo de puta está muerto.

—Lo siento, mi señor.

—No tienes nada que sentir —le dijo Artacomo mientras fustigaba a los caballos—. Has luchado con valentía y esta victoria te la deberemos a ti.

Artacomo viendo a su capitán en peligro, se subió en un carro de guerra y, poniendo en riesgo su propia vida, se lanzó a salvar la del hombre que había abierto una brecha en la sólida defensa egipcia. Vio como un mercenario le hería y se disponía a darle el toque de gracia. Espoleó aún más a sus caballos, desenvainó su espada y cuando estuvo a la altura del shardana, le cercenó la cabeza. Ahora, a salvo del enemigo, se dirigía a toda velocidad al campamento de los cirujanos.

—Salva la vida de este hombre o lo pagarás con la tuya —le dijo Artacomo a un físico nada más llegar al campamento.

—Pero señor…

—Ya me has oído, no quiero que pierdas ni un segundo más.

El cirujano deseaba que fuera una simple amenaza. El hombre que traían consigo estaba herido de muerte y nada podían hacer por él. Dos asistentes cogieron a Baladán y lo introdujeron a una de las tiendas donde los físicos atendían a los numerosos heridos.

Liberados de la presión de Baladán, y con la infantería asiria desorganizada, Taharqa ordenó una nueva embestida de sus carros de guerra. Los arqueros asirios, carentes de la protección de la infantería, huyeron hacia la retaguardia pero fueron presa fácil de los carros egipcios. Artacomo montó en su caballo y se dirigió, junto con su guardia personal, a proteger el repliegue de sus arqueros. El rey egipcio, observó el movimiento desesperado del general y aprovechando su superioridad numérica, envió a los mercenarios nubios y a los jinetes numidios a su captura. Sargaon seguía luchando contra los feroces shardana. Intentó zafarse de ellos pero era imposible, su poderosa caballería era incapaz de acabar con tan aguerridos

soldados. Sargaon no había luchado con tan poderosos enemigos en su larga vida militar. Miró a su alrededor y vio como los carros de guerra egipcios atacaban a los arqueros que huían despavoridos. La infantería intentaba aguantar la posición ante la envestida de los shardana. Vio como Artacomo se dirigía a todo galope hacia los carros egipcios, mientras que desde el lado egipcio, una gran nube de polvo ocultaba el movimiento de los jinetes numidios. Decidió ir a ayudar a su general y espoleó a su caballo, sus jinetes le siguieron. Fue un error. Su flanco quedó completamente desguarnecido y los shardana lo aprovecharon para profundizar la brecha en las filas asirias.

—¡No! —gritó Artacomo, cuando vio a la caballería de Sargaon dirigirse hacia él—. ¡Mantén tu posición!

Pero Sargaon no le oyó. Taharqa vio el pasillo que el capitán asirio le había dejado y no desaprovechó la ocasión. Envío a toda su infantería para que apoyara a los shardana. Artacomo decidió abandonar a los arqueros para ir a cubrir a Sargaon. Galopaba rápidamente hacia el frente principal deshaciéndose de todos los enemigos a su paso. Ya casi estaba a la altura de su capitán cuando vio, con horror, como Sargaon caía inerte del caballo.

—¡Maldita sea, id a cubrir la brecha. Evitad que los shardana lleguen al campamento o estaremos perdidos! —gritaba el general mientras se dirigía a socorrer a su capitán—. ¡Dile a Kishdar que envíe a todos sus carros a proteger la retaguardia! —le ordenó a un soldado.

Los shardana alcanzaron el campamento asirio matando a los soldados que cubrían la retaguardia. Los cirujanos, al ver la llegada de los mercenarios, huyeron abandonando a los heridos a su suerte. No tuvieron piedad. Mataron a todos los heridos y quemaron las tiendas. Kishdar llegó tarde. Sus carros, más pesados que los egipcios, no eran fáciles de manejar en un suelo plagado de cadáveres. Cuando Kishdar llegó al campamento, los shardana ya se habían marchado. Habían hecho todo el daño posible y huyeron cuando vieron la llegada de los carros asirios. Kishdar bajó de su carro y se dirigió a una tienda que no había sido quemada. Cuando entró, vio varios cuerpos mutilados, entre ellos el de Baladán.

El general se bajó del carro y levantó el cuerpo inerte de Sargaon. Los ojos se le nublaron llenos de ira. Dio un fuerte grito y a pie, embistió a sus enemigos. Artacomo estaba encolerizado, fuera de sí. La guardia personal, espoleada por el odio de su general, atacó con fuerza a los mercenarios nubios y shardana. Los nubios huyeron ante la embestida de los asirios y dejaron solos a los shardana frente a sus enemigos. Un oficial shardana mató a un nubio que huía e instó a sus hombres a hacer lo mismo. Taharqa, viendo lo complicado de la situación, envió a los *nakhtu-aa* para defender la posición de los shardana. Por suerte para Artacomo, Kishdar llegó a tiempo con sus carros. La lucha fue feroz. Taharqa presintiendo que el fin de la batalla estaba próximo, envió todas las tropas a ese frente incluidos los mercenarios lukkas y los *nefru* a los que estaba reservando. Allí se decidiría la batalla. Los nubios, al ver que sus tropas eran más numerosas que las del enemigo, regresaron al campo de batalla. El oficial shardana miraba con desprecio a sus aliados, que volvían al combate.

Artacomo se defendía con ferocidad protegido por los carros de guerra de Kishdar. Los pocos arqueros que aún quedaban con vida, protegían la retaguardia de los ataques de los shardana. La infantería asiria se las tenía que ver con los nubios y con los soldados egipcios. Los asirios estaban rodeados por todas partes y Artacomo lo sabía. Estaba exhausto luchando contra los *nakhtu-aa* y los shardana. Había soldados enemigos por todas partes. El general asirio nunca había perdido una batalla. ¿Perdería la que era, sin lugar a dudas, la batalla más importante de su vida? ¿Había sido castigado por los dioses por su desobediencia? Las preguntas se agolpaban en su cabeza mientras desviaba una y otra vez las estocadas enemigas. Kishdar se dirigió hacia su general, que estaba rodeado por varios adversarios. Disparó varias veces su arco y mató a tres egipcios dejando el paso libre hasta Artacomo.

—¡Mi general! —gritó el capitán de carros—. ¡Estamos perdidos, debemos huir!

—¡Eso jamás, nunca abandonaré mis tropas! —le gritó Artacomo, zarandeándole de los hombros.

—Debemos huir con las tropas que podamos. Muertos no seremos útiles a nuestro país. Volveremos mi general, te lo prometo.

Artacomo dudó.

Assarhaddon ya sabría que le había desobedecido. ¿Qué opciones tenía ahora que había perdido la batalla contra los egipcios y con ella a miles de hombres? El prestigio del ejército asirio estaba en juego y él, como general de las tropas y su máximo responsable, no podía huir como un cobarde dejando a sus hombres, que tanto habían luchado por él, a su suerte.

—Seguiré luchando hasta el final —dijo el general—, prefiero morir con honor en el campo de batalla, que vivir bajo la vergüenza de la derrota.

Artacomo dio la espalda a su capitán y se dirigió hacia un *nakhtu-aa* que luchaba contra un soldado asirio al que tenía acorralado, pero no llegó hasta él. Sintió un fuerte golpe en la cabeza y su vista se nubló hasta que le embargó una profunda oscuridad.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVIII

MIENTRAS que Artacomo se dirigía hacia occidente, para contener a los insurgentes fenicios. Assarhaddon marchó hacia oriente, con el fin de acordar tratados de paz y acuerdos comerciales con los reinos de Urartu y Elam, y luchar contra las tropas maneas y medas, que tantos problemas les estaban ocasionando a sus aliados.

Su primera visita fue a Rusa, el rey de Urartu. Allí ratificó la eterna alianza que tenían ambas naciones y compró varios miles de caballos, y hábiles esclavos forjadores, muy útiles para templar espadas y afilar puntas de flecha. Después, marchó al reino de Man, y apoyado por Rusa y varios miles de soldados urartios, arrasó su capital Hassanlu. Su rey Hajji, fue empalado junto al resto de la familia real en la puerta principal de la ciudad.

Una vez hubo eliminado a los incómodos maneos, Assarhaddon fijo su mirada en Hagmatana, la hermosa capital de Media. Rusa, que había sufrido en su territorio los constantes ataques de los medos, insistió en destruir la ciudad y, al igual que habían hecho con los maneos, eliminar a los medos de la faz de la tierra. Pero la intervención de Jiroft, *magie* de los medos, lo impidió. Místico sacerdote del dios Ahura Mazda, mantuvo largas conversación con Assarhaddon, que quedó fascinado por su dios, dudando incluso de su amado dios Shamash. Pero Ahura Mazda era un dios bondadoso, que odiaba la violencia y la sangre, y Assarhaddon pensó que Asiria necesitaba dioses fuertes y crueles, no débiles y benevolentes. Con Jiroft, el rey asirio tuvo una experiencia mística, y pudo ver como su alma salía de su cuerpo. La fascinación que sintió Assarhaddon por Jiroft, sirvió para que Hagmatana fuera salvada, pero Daiaukku tuvo que pagar muchos talentos de oro y plata, y entregarles miles de sus caballos, los famosos

neseos medos, para poder evitar que su hermosa ciudad fuera pasto de las llamas.

Assarhaddon se despidió de Rusa en Hagmatana, y se dirigió hacia Susa, capital del reino de Elam, mientras que el rey de Urartu regresaba a Tushpa, capital de su reino. En Susa se reunió con su amigo Urtaku y ratificaron la alianza existente entre ambas naciones. Allí, el rey asirio, recibió la noticia de la victoria de Artacomo sobre las naciones fenicias sublevadas y le informó que se encontraba en Gaza, esperando sus instrucciones. Assarhaddon temía que el más valeroso de sus generales, venciera al faraón Taharqa, y que su popularidad le hiciera sombra, poniendo en peligro su propia corona. Lo consultó con Hitman, y decidió ordenarle que volviera con sus tropas a Nínive, la conquista de Egipto tendría que esperar un año más.

En Urartu, Assarhaddon pudo disfrutar de su pasatiempo favorito, la caza del león y consiguió que Urtaku, les entregara la estatua de la diosa Ishtar, saqueada de tierras asirias hacía muchos años, cuando ambas naciones estaban en guerra. Después, visitó Babilonia, donde supervisó la reconstrucción de la ciudad, destruida por su padre Senaquerib, como castigo por una insurrección. Assarhaddon, se reunió con Eshergaar, gobernador de Babilonia y rezó en el templo de Marduk, el dios protector de la ciudad. El rey descansó durante varios días, y disfrutó de los encantos de las bailarinas babilonias, así como de su famoso vino. Cuando recuperó las fuerzas, decidió que era el momento de regresar a Nínive.

Cruzaron las aguas del río Éufrates, que bañan Babilonia, y siguieron el curso del río Tigris visitando todas las ciudades que encontraron a su paso. Hitman aconsejó al rey que sería conveniente que aprovecharan el viaje de regreso a Nínive, para acercarse a las ciudades más importantes que estuvieran en su camino, y así poder conocer de primera mano, la situación real de cada una de ellas. En todas las ciudades se entrevistó con el gobernador, y pudo darse un baño de multitudes. De esta forma, visitaron Dur-Kurigalzu y su hermoso zigurat, y Sippar donde visitó el templo del dios Shamash, uno de los templos dedicados a este dios más importante de su reino. También visitó Assur, ciudad en la que el rey se detuvo a descansar durante unos días antes de continuar su viaje.

Se dirigía al templo de los dioses Anu y Adad acompañado por su fiel Hitman. Hacía varias semanas que había emprendido el viaje hacia Nínive y todavía no había recibido noticias de Artacomo. No estaba preocupado, pues no dudaba de la fidelidad de su general, pero temía que el ejército asirio hubiera caído en alguna emboscada o tuviera otro tipo de problema. Intentó borrar los malos pensamientos de su mente, y subió la escalinata de acceso al templo de Anu y Adad. Recordó las palabras de su maestro cuando le habló de estos dioses.

—Adad es el dios de las tormentas y del temporal. Fue él quien envió el diluvio universal, que arrasó el mundo. Anu es el dios del cielo, es el más viejo de los dioses y el padre de todos, de ahí su importancia —le dijo su mentor.

Sumido en sus recuerdos de juventud, no oyó una voz que le llamaba a lo lejos. Los guardias desenvainaron sus armas y apuntaron hacia un hombre que corría a toda prisa hacia su rey.

—¡Tengo noticias importantes para el rey, dejadme pasar! —exclamó un hombre a los fornidos soldados, que hicieron una muralla para defender a su señor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Assarhaddon, bajando la escalinata.

Frente a él, se encontraba un hombre vestido con una túnica de lino blanco, que le llegaba hasta los tobillos. Tenía el pelo recogido con una cinta negra y un cinturón de seda verde, ceñía su oronda cintura. Tenía el aspecto de un mercader o de un ciudadano adinerado.

—Señor, tengo noticias importantes que afectan a uno de sus generales —dijo el hombre, intentando coger aire.

—¡Habla! —ordenó el rey.

—Mi nombre es Ezequías y provengo del reino de Judá, donde gobierna nuestro amado rey y aliado vuestro Manases. Soy mercader de vino y tengo empleados trabajando por todo el oeste de vuestro imperio desde Alepo a Gaza.

El rey le miraba impaciente, no necesitaba que Ezequías le contara su biografía, y movió su mano derecha apremiando a su interlocutor.

—Pues bien, mi señor —dijo el mercader, mirando casi todo el tiempo al suelo—. Uno de mis criados acaba de volver de Gaza, donde ha estado

negociando en mi nombre y trae noticias de sus tropas.

—¿Qué sabes tú de mis tropas? —preguntó irritado el rey, acercándose al judío.

Ezequías inconscientemente se apartó unos pasos.

—Sé que han destruido varias ciudades fenicias y que han descansado durante varios días en Gaza —dijo el judío, comenzando a arrepentirse de su idea de hablar con el rey asirio.

—Eso no es noticia. ¿Qué más dices saber?

—Según me ha dicho mi criado, las tropas asirias han sufrido numerosas bajas en su camino hacia el sur. Parece ser, que muchos soldados han caído enfermos y que los soldados egipcios han acosado a sus tropas provocándoles numerosas bajas. Mi criado ha recorrido todo el camino a caballo sin descanso, llegó ayer, y me contó lo sucedido. Aprovechando su visita en la ciudad, quise darle la noticia, pues pensé que sus mensajeros no le habían informado todavía.

Assarhaddon no entendía lo que el mercader le estaba diciendo. ¿En el camino hacia el sur? ¿Le habría desobedecido Artacomo y habría marchado hacia Egipto?

—¿De dónde ha obtenido tu criado esa información? —preguntó el rey.

—Aprovechando un ataque egipcio, un grupo de esclavos, que acompañaban al ejército, escaparon y se dirigieron a Gaza en busca de alimentos. Fueron atrapados por el rey Sil-Bal y ejecutados. El rumor corrió por toda la ciudad en pocos minutos.

—Quiero hablar con tu criado, tráemelo ahora mismo —ordenó Assarhaddon.

El mercader corrió por las callejuelas de Assur a toda prisa acompañado por dos soldados de la guardia. Assarhaddon y Hitman se miraron sin decir nada, querían esperar a tener más noticias. El rey, acompañado por su general, subió la escalinata del templo y oró durante varios minutos. Cuando salieron del templo ya les esperaba Ezequías con su criado.

—Mi señor, él es Samuel —dijo señalando a un apuesto joven que se encontraba a su derecha—, el criado que me ha dado la información, os dirá todo lo queráis saber.

—Habla —ordenó Assarhaddon.

—Mi rey, vengo de Gaza donde se comentan los problemas que ha tenido vuestro ejército en su camino hacia el sur…

—¿Cómo sabes que se dirige al sur? —preguntó Hitman.

El criado del mercader le miró sin entender la pregunta.

—¡Habla! —ordenó Hitman—. ¿Cómo sabes que el ejército asirio se dirigió hacia el sur?

—Señor, no entiendo qué quieres decir. El ejército asirio se dirigió hacia el sur, hacia Egipto.

—Pero…

—¿Qué problemas ha tenido mi ejército? —preguntó Assarhaddon interrumpiendo a su general.

—Los esclavos comentaron que los víveres que portaba el ejército fueron insuficientes, y a las pocas semanas de partir se terminaron. Debido a la falta de agua y a las duras condiciones del desierto, muchos hombres murieron. Pero ahí no terminaron los problemas, pocos días después de llegar al Nilo, muchos soldados enfermaron y murieron.

—¿Sabes si el ejército llegó a Men-Nefer? —preguntó el rey asirio.

—Poco después de que el ejército asirio tomase Per-Bastet, los esclavos escaparon. Es toda la información que le puedo dar, mi señor.

—Bien, seréis recompensados por vuestro servicio. Podéis marcharos.

Si la información era correcta, la situación era extremadamente grave. Artacomo le había desobedecido y el ejército asirio tenía serios problemas. Assarhaddon montó en su caballo y se dirigió a galope hacia el palacio acompañado por Hitman y su guardia. Estaba confuso, no sabía cómo actuar. Nunca se había sentido traicionado, era una situación completamente nueva para él. Tenía que pensar y buscar una solución cuanto antes, pero lo primero sería confirmar la información del mercader judío. Llamó a su capitán de confianza y le envió, junto con una decena de sus más rápidos jinetes, en busca de Artacomo y del ejército asirio.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIX

A LO LEJOS, entre las colinas, las cortinas de humo delataban lo que fue campo de batalla. Los supervivientes del ejército asirio, huían todo lo rápido que podían de los jinetes y los carros de guerra egipcios. Estaban heridos y cansados, pero el temor de ser capturados por el enemigo, infundió en ellos la energía propia del animal acorralado. Del poderoso ejército de Artacomo, apenas unos cinco mil soldados habían logrado escapar, de momento, de las tropas egipcias. El resto estaban muertos o habían sido apresados. El futuro de los capturados era incierto. Muchos de ellos serían vendidos como esclavos en las lejanas tierras de Nubia o Numidia, otros serían ejecutados. Vagaban como fantasmas mirando hacia atrás temiendo la llegada del enemigo. Parecían un ejército de muertos vivientes. Volvían por el mismo camino que habían atravesado llenos de esperanza pocas semanas antes, y con el sueño de conseguir la gloria y con ella un enorme botín.

Artacomo se encontraba tumbado, inconsciente, en un carro de guerra. Una rueda golpeó contra una roca y el movimiento del carro le despertó.

—¿Qué ha ocurrido, dónde estoy? —preguntó confuso.

—Volvemos a casa —le contesto Kishdar, que no se había separado ni un solo segundo de él desde que acabo la batalla.

Le dolía la cabeza, se acercó su mano derecha y vio que estaba atado de pies y manos.

—¿Qué diablos hago atado? —preguntó lleno de ira.

Durante la lucha, Kishdar, le había pedido al general que ordenara la retirada, la batalla estaba perdida y su prolongación solo provocaría más muertes entre las filas asirias. Ante la negativa de su general, Kishdar le

golpeó con fuerza en la cabeza con una maza. Lo subió a un carro y lo ató. Como único capitán que quedaba vivo, asumió el mando del ejército y ordenó la retirada.

—Eres mi prisionero —respondió el capitán.

—¿Qué coño estás diciendo hijo de perra? —preguntó el general intentando zafarse de las ataduras—. ¡Suéltame o te mato bastardo de mierda!

—Será mejor que moderes tu lenguaje o serás castigado —dijo Kishdar sin perder el control.

—Hijo de perra, no tienes los suficientes cojones —le desafió.

Kishdar cogió un látigo y golpeó con fuerza a su anterior superior ante la mirada de indiferencia de los soldados, que bastante tenían con huir con vida de ese infierno.

—Te mataré cabrón, te juro que te mataré —dijo Artacomo con los ojos inyectados en sangre, mientras intentaba protegerse de los latigazos.

El capitán golpeó con fuerza a su general hasta que este quedó agotado por el dolor.

—¿Por qué estoy atado? ¿De qué se me acusa? —preguntó débilmente Artacomo.

—De traición —respondió Kishdar, guardando su fusta.

—No entiendo.

—Bitakyn me dijo que Assarhaddon te había ordenado que volvieras a Nínive y tú le has desobedecido llevando a su ejército hacia su destrucción.

Una noche poco antes de morir, Bitakyn le confesó que la invasión de Egipto había sido una decisión de Artacomo, contraviniendo las instrucciones del rey Assarhaddon, que le había ordenado que volviera a Nínive. Le dijo que el general les llevaría a la gloria y que no le asustaba desobedecer al rey. Kishdar no estaba del todo de acuerdo con su capitán, pero como buen soldado que era, obedeció sin mayores problemas. Tampoco dijo nada cuando murió Bitakyn y fue nombrado capitán. Pero ahora las cosas eran distintas. El ejército había sido derrotado y era hora de buscar culpables. Cuando capturó a Artacomo su intención era llevarle a

Asiria como principal causante de la derrota y por desobedecer al rey, pero cuando registró sus ropas y encontró la tablilla de Karmilamon, vio la posibilidad de acusarle de traición, el más grave de los delitos. Sin duda sería condenado a muerte.

—Eso no es cierto —mintió Artacomo.

—Eres un traidor, te llevaré ante Assarhaddon para que seas juzgado.

—¿Qué esperas con tus mentiras? —preguntó el general—. ¿Quieres mi puesto, quieres oro, la gloria? ¿Qué diablos quieres? —le gritó Artacomo.

Kishdar siguió cabalgando junto a Artacomo sin decir nada.

—No tienes pruebas, serás juzgado por traición y ejecutado.

El capitán sacó de los pliegues de sus ropajes una tablilla de arcilla y se la mostró.

—¿Sabes qué es esto?

Artacomo buscó algo entre los pliegues de su camisa pero no lo encontró. La tablilla de Sil-Bal, haciéndole dueño de varios talentos de oro que estaban custodiados en Gaza, y la de Karmilamon, animándole a conquistar Egipto, desobedeciendo las órdenes de Assarhaddon, ahora estaban en posesión del capitán.

—¿No te parecen suficientes pruebas de tu traición la carta de Karmilamon, o el oro que le entregaste al rey de Gaza para que te lo custodiara?

El general se sintió abatido, enseguida comprendió que era su fin.

—Si me dejas escapar te haré el hombre más rico del mundo. Como sabes, tengo mucho oro esperándome en Gaza —le dijo Artacomo.

—Guarda la poca dignidad que aún te queda. No todos los soldados nos movemos por dinero —le espetó Kishdar.

Durante varios días caminaron hacia el norte, dirigiendo sus cansados pasos hacia la ciudad de Gaza, sin dejar de mirar atrás, hasta que se aseguraron, que los egipcios habían dejado de perseguirles. Casi sin agua, ni comida, llegaron a las ruinas de Lunu. El nuevo líder del ejército había prohibido a los soldados que se acercaran a coger agua del río Nilo. Temía que estuviera infectada o que los mosquitos les contagiase alguna extraña enfermedad,

como había ocurrido en el viaje hacia Men-Nefer. Tuvieron que matar a algunos caballos y abandonar los valiosos carros. Artacomo intentó escapar en varias ocasiones. Primero tanteó sobornar al auriga y tras su negativa, a todos los soldados que pasaban cerca de su carro. El grandioso general asirio había perdido el favor de su ejército, que le consideraba máximo responsable de la derrota ante los egipcios. Kishdar, terminó por amordazarle durante varios días para que dejara de intentar sobornar a más soldados.

Con mucho esfuerzo, llegaron a la ciudad de Per-Bastet. Los soldados estaban agotados, al límite de sus fuerzas, muchos murieron por el camino. El capitán, nada más ser derrotados a las afueras de Men-Nefer, había enviado varios mensajeros a Gaza para avisar al rey Sil-Bal de la derrota asiria, y pedirle ayuda en su regreso a Nínive. Esperaba los refuerzos de Gaza con impaciencia, eran su última esperanza.

Siguieron el curso del Nilo pero manteniendo cierta distancia con el río para evitar el ataque constante de los mosquitos. Pero ya no les quedaba agua. Varios soldados, desesperados, fueron corriendo hacia el Nilo para saciar su sed. Kishdar intentó impedírselo pero al final, él también se vio obligado a beber agua del río. El Sinaí estaba próximo y, le gustase o no, necesitaba abastecerse de agua para poder atravesarlo. Como el capitán se temía, varios soldados enfermaron y tuvieron que ser abandonados. Después de varios días de arduo camino, los supervivientes de la batalla y de la dura diáspora llegaron a las puertas del desierto del Sinaí. Durante el día, el calor hacía insoportable la marcha, pero en la noche, era el frío el que golpeaba con fuerza los huesos de los sufridos soldados. Durante el viaje, Artacomo apenas abrió la boca. Comía y bebía lo mínimo para garantizar su supervivencia. Estaba resignado a su suerte, quería hacer frente a su destino con la dignidad del gran general que había sido.

A pesar del incipiente otoño, el calor era sofocante y varios soldados, que no habían administrado bien la reserva de agua, y llevaban varios días sin beber, cayeron al suelo exhaustos. No volvieron a levantarse. Tuvieron que matar a todos los caballos para poder beber su sangre y comer su carne. Artacomo fue atado y custodiado por varios guardias. El paso de los

soldados se hizo cada vez más lento. Nadie hablaba, no querían malgastar sus pocas fuerzas. Los soldados más débiles fueron muriendo.

Kishdar arrastraba los pies por la ardiente arena. Los rayos del sol nublaban su vista. Miró a su derecha y vio que el soldado que custodiaba a Artacomo, caía al suelo. El general intentó desatar la cuerda que le sujetaba, pero no lo consiguió, se encontraba muy débil y carecía de las fuerzas suficientes. Agotado, cayó al suelo al lado del soldado. Kishdar observaba la escena como si se tratara de un sueño. Miró a su alrededor y vio varios soldados cayendo al suelo o andando arrastrando los pies. El calor era sofocante. Se detuvo, ya no tenía fuerzas para seguir caminando. Miró hacia el horizonte y pudo ver lo que parecía una cortina de humo. Se frotó los ojos pensando que se trataba de un espejismo y vio como una nube de polvo se acercaba, ya podía diferenciar a los jinetes montados en sus caballos. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero le pareció ver a uno de los mensajeros que había enviado a Gaza. Se protegió del sol con la mano y le pareció ver que el jinete le saludaba.

—¡Sí, son ellos! —gritó todo lo fuerte que pudo—. ¡Aguantad compañeros, estamos salvados!

Varios soldados intentaron incorporarse del suelo. Los que tenían más fuerza se abrazaban entre ellos. Artacomo, no sin dificultad, logró ponerse de rodillas, miró al soldado que yacía junto a él y vio que su espada estaba enfundada. Los jinetes espolearon sus caballos hasta que llegaron a la altura de los soldados, bajaron raudos de sus monturas y les dieron agua. Habían pasado varias semanas desde la derrota asiria contra los egipcios y una quinta parte de los soldados que lograron escapar habían muerto en el viaje de vuelta a Gaza.

—Señor, lo conseguimos —le dijo un jinete a Kishdar, mientras le entregaba un pellejo de agua.

—Buen trabajo soldado —dijo Kishdar después de dar un largo trago de agua.

Artacomo, cogió la espada del soldado muerto. Cortó las cuerdas que le aprisionaban y miró a Kishdar, que seguía bebiendo agua. Ahora era libre para escapar pero las fuerzas le flaqueaban, intentó ponerse de pie pero volvió a caer al suelo de rodillas. No intentaría escapar, no podría ir muy

lejos. Observó a los soldados de Gaza como auxiliaban con diligencia a los asirios que bebían agua agradecidos. No, definitivamente no escaparía. No pasaría el resto de sus días huyendo como un criminal. Había servido fielmente a Asiria y no se merecía un final tan indigno. Cogió la espada y, todavía de rodillas, la apoyó sobre su vientre.

—¡Kishdar! —gritó—. ¡Contempla como muere un general asirio!

Y se dejó caer sobre el filo de la espada atravesándole el estómago.

—¡No! —gritó Kishdar y corrió todo lo rápido que pudo hacia el general.

Pero ya era tarde, el capitán cogió la cabeza de Artacomo y la puso en su regazo. Un hilillo de sangre brotó de su boca.

—Eres un gran capitán —le dijo con dificultad, aferrándose al hombro de Kishdar—, no cometas mis mismos errores. No permitas que la ambición confunda la verdadera misión de un oficial del ejército; servir a Asiria y a su rey.

—Así lo haré.

El general Artacomo sonrió al capitán y murió.

Los despojos del poderoso ejército asirio llegaron a Gaza, donde fueron recibidos por Sil-Bal. En esa ocasión, se permitió que los soldados entraran en la ciudad. Los hombres y las mujeres de Gaza daban escudillas de agua y alimentos a los soldados, que deambulaban desorientados por las calles. Los asirios fueron atendidos por los físicos y no les faltó comida y agua. El rey de Gaza dejó que descansaran durante dos días antes de solicitar la presencia de su nuevo capitán. Sil-Bal ya había sido informado de la muerte de Artacomo.

Recibió al capitán asirio en la sala de audiencias del palacio. Estaba sentado en su trono flanqueado por varios altos funcionarios y su guardia personal. Un esclavo le estaba sirviendo uvas en una bandeja de plata.

—Que los dioses te den larga vida rey de Gaza —saludó Kishdar.

—Saludos, capitán.

Kishdar no perdió detalle de Gaza, una ciudad muy diferente a la que dejó hacía algunas semanas.

—He visto que tu pueblo ya no está tan hambriento como estaba antes de nuestra partida hacia Egipto, de hecho, creo que alguno ha engordado —

dijo el capitán, mirando a un orondo consejero.

—Milagrosamente recibimos algunas mercancías de varias ciudades de Judea —intentó justificarse el rey.

El capitán sabía que el rey de Gaza mentía. Durante los dos días que llevaba en la ciudad, había tenido ocasión de hablar con varios vecinos que le habían informado de los alimentos recibidos de Jerusalén y otras ciudades, nada más partir el ejército asirio. Kishdar enseguida entendió los motivos y culpaba, de alguna manera, al rey de Gaza de la derrota de su ejército. Con los suficientes víveres, no hubieran muerto tantos soldados por el camino, y habrían estado en mejores condiciones para la batalla.

—Es una pena que no las hubierais recibido cuando aún estábamos aquí. Habríamos ido mejor abastecidos hacia la guerra —le dijo mirándole a los ojos.

—A veces las cosas son así —dijo el rey comiéndose una uva.

—¿Quieres beber o comer algo? —preguntó intentando cambiar de tema.

—No, muchas gracias —respondió el capitán sentándose en un diván a la derecha de Sil-Bal—. Quiero agradecerte tu ayuda. Sin ella, los pocos que hemos sobrevivido hubiéramos muerto.

Sil-Bal sonrió.

—Es lo mínimo que puedo hacer por nuestros aliados. He sido informado de la muerte del general Artacomo, tengo entendido que no tenía órdenes de marchar contra los egipcios.

—Así es, su muerte ha sido el precio que ha pagado por su desobediencia.

El rey de Gaza negó con la cabeza. Tenía aprecio por el general y sentía su muerte.

—Un precio muy alto creo yo.

—Han muerto más de sesenta mil soldados, yo diría que todo lo contrario.

—Yo también lamento tanta muerte, de los cinco mil soldados que enviamos, solo han vuelto trescientos. Todos hemos perdido mucho en esta campaña.

—Creo que Artacomo tenía oro guardado en tus arcas —le dijo sin más dilación.

A Sil-Bal no le sorprendieron las palabras de Kishdar. Se imaginaba que, tras ser arrestado, el general asirio habría sido registrado y la tablilla de arcilla que le hacía poseedor de esa fortuna, encontrada.

—Dejadnos solos —ordenó el rey.

Los dos hombres se quedaron solos, incluso la guardia personal del rey abandonó la sala.

—¿Quién más conoce la existencia de esa tablilla? —preguntó el rey.

—Por lo que parece, solo tú y yo.

El rey se levantó del asiento y comenzó a pasear por la sala.

—Es una gran suma de dinero —dijo el rey.

—Diez talentos de oro y doscientos de plata, exactamente. Artacomo se apropió de cinco talentos de oro y el resto te lo entregó a ti como pago por tus servicios.

—El dinero es una parte tributo que nos pagó Baal para que no destruyéramos la ciudad. Podríamos repartírnoslo entre los dos. Yo guardaría tu parte como hice con Artacomo —dijo el rey mirando a Kishdar.

—Veo que el honor se cotiza al alza en estos tiempos difíciles. Agradezco el envío de tus tropas, que vinieron en nuestra ayuda cuando la muerte llamaba a nuestra puerta, pero estoy seguro que si hubieras comprado los alimentos a Jerusalén, cuando aún estábamos aquí y nos hubiéramos abastecido con más víveres, el resultado de la batalla hubiera sido otro.

Kishdar paseaba por la sala y miraba a Sil-Bal, que tenía el rostro desencajado.

—Y ahora me pides que guarde silencio y me apropie de un dinero que le corresponde por derecho a Asiria —continuó diciendo, acercándose a Sil-Bal y cogiendo una uva de la bella bandeja de plata—. Ese dinero volverá conmigo a Nínive y servirá para equipar las nuevas tropas que partirán, en su momento, a la conquista de Egipto. Respetaré el pago que te hizo Artacomo por tu ayuda en el sitio de Tiro, pero deberás entregarme los cinco talentos de oro. Espero que no pongas ningún impedimento.

—Es una verdadera pena —dijo el rey—, pero en fin, así se hará. Los cinco talentos de oro te serán entregados en cuanto estimes oportuno.

El capitán sonrió y asintió con la cabeza.

—Otra cosa —dijo el rey—, espero que omitas a Assarhaddon la tardanza en la compra de víveres. No quiero que haya ningún mal entendido entre ambos reinos.

—No sé cuándo, pero en cuanto nos recuperemos de esta pérdida, iniciaremos una nueva campaña contra los egipcios. Espero que en esa ocasión seas tan generoso con tu aliado como Artacomo lo fue contigo —dijo el capitán, saliendo de la sala de audiencias y dejando al rey de Gaza con la palabra en la boca.

Poco más de tres mil quinientos soldados estaban preparados para el regreso a Asiria. Sus caras estaban marcadas por el calvario de la campaña contra Egipto. Para recompensarles por su inhumano esfuerzo, Kishdar entregó veinticinco siclos de oro, provenientes de las arcas de Gaza, a todos los soldados. La medida fue aclamada por sus tropas entre vítores y alabanzas, Kishdar se había ganado el favor de sus hombres.

Sil-Bal, para congraciarse con el nuevo capitán, había abastecido con víveres de sobra a las tropas asirias para que llegaran a Nínive sin mayores dificultades. Temía la información que el asirio pudiera transmitir a su rey. Pero Kishdar rechazó la ayuda. Se encontraban en territorio asirio y no tendría problemas para conseguir alimentos o agua. Del rey de Gaza solo aceptó lo suficiente para poder marchar durante quince días.

Kishdar siguió el río Jordán, cruzando las ciudades de Jerusalén y Samaria. Atravesaron el monte de Hermón y continuaron por el cauce del río Orontes por las ciudades de Qadesh, Qatna y Hama. Desde allí siguieron el camino de las rutas comerciales del norte hacia la ciudad de Harran.

Las tropas de Kishdar estaban de mejor humor. Habían sobrevivido a un verdadero infierno y volvían a Nínive con el sabor de la derrota pero como auténticos héroes. Además, el oro que les entregó su capitán sería un importante suplemento a sus soldadas.

—No os preocupéis por el botín perdido durante la batalla —les dijo una noche Kishdar a sus soldados—. Volveremos a Egipto y conseguiremos un botín mucho mayor. Saquearemos Men-Nefer y las riquezas de sus palacios.

Los guerreros asirios eran soldados profesionales. Cobraban un salario y además, tenían autorización para saquear las ciudades vencidas después de la batalla. El dinero procedente de los saqueos lo portaban en bolsas de cuero y lo ocultaban entre los pliegues de sus ropajes. Pero aquellos objetos saqueados que eran más voluminosos como joyas, copas de plata, armas, tapices o muebles, eran entregados a administradores del ejército, que los custodiaban durante el tiempo que durase la campaña. Pero durante la batalla contra los egipcios, las tiendas donde se custodiaban las posesiones de los soldados habían sido abandonadas por lo que habían perdido todas las riquezas que habían saqueado.

Cruzaron el río Balikh y entraron en la ciudad de Harran donde fueron recibidos por Mushukib y Ummun. Kishdar apenas recordaba al gobernador civil, pero si se acordaba de Ummun, el gobernador militar, pues hacía poco más de dos años, habían luchado juntos contra los cimerios. El capitán bajó de su caballo y se dirigió hacia los gobernadores de la ciudad.

—Saludos, mi nombre es Kishdar y soy capitán del ejército, y en estos momentos, su máximo responsable.

—Te recuerdo, eras oficial de Bitakyn ¿verdad? —le preguntó Ummun.

—Efectivamente, ocupé su lugar cuando murió en tierras egipcias.

—Ha debido ser muy duro —dijo condescendiente Mushukib—, pero pasemos al palacio y ponnos al corriente de todo. Estamos impacientes por conocer todos los detalles.

Entraron en el palacio de Mushukib y Kishdar les contó todos los pormenores de la campaña contra Egipto. Los dos hombres conocían a Artacomo y recordaban como, hacía pocos años, les había salvado de un inminente ataque cimerio. Sintieron su muerte. Kishdar omitió que Artacomo no tenía órdenes de atacar Egipto y que poseía cinco talentos de oro en Gaza que había robado del botín de Tiro. No quería manchar su nombre, esa información estaba reservada para el rey. Paseaban por los jardines del palacio cuando un guardia anunció la llegada de un oficial de

Assarhaddon. El gobernador hizo pasar de forma inmediata al enviado del rey. Un soldado, con cota de maya y yelmo con penacho, entró en los jardines.

—Que Assur les proteja —dijo el soldado mirando a los hombres—. Mi nombre es Eshirpal, soy capitán de la guardia real —enseguida reconoció a Kishdar.

—Saludos, capitán —dijo Mushukib.

—Saludos, Eshirpal, es un placer verte después de tanto tiempo —dijo Kishdar, dándole un abrazo.

Ambos soldados se conocían desde hacía años. Habían sido instruidos en los mismos campamentos militares, pero sus caminos se separaron cuando Kishdar decidió orientar su carrera militar hacia los carros de guerra mientras que Eshirpal ingresó en la caballería de la guardia real.

—Hemos recibido noticias confusas sobre la campaña contra Egipto. Nos dirigíamos a Gaza pero ha sido una suerte encontrar parte del ejército en Harran. ¿Dónde está Artacomo?

Kishdar miró a los gobernadores. No era momento de entrar en detalles con Eshirpal delante de ellos.

—Con el general no podrás hablar, está muerto. Señores —dijo Kishdar —, permítanme que me reúna con el capitán de la guardia real a solas, tenemos que hablar de asuntos militares, que no son conveniente que todo el mundo conozca.

—Capitán ¿acaso hace falta que te recuerde que soy el gobernador militar de Harran? —preguntó ofendido Ummun.

—Lo siento gobernador, pero la información que debo transmitir al capitán es confidencial y solamente el rey la debe conocer.

Kishdar salió de la sala acompañado por el capitán de la guardia y le contó todos los detalles de la campaña de Egipto. Inmediatamente, y sin apenas descanso, Eshirpal partió a Nínive para informar a Assarhaddon.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XX

EL OTOÑO avanzaba de forma inexorable y las lluvias comenzaban a hacer impracticables los caminos. Las campañas militares tendrían que esperar hasta la primavera siguiente. Assarhaddon se encontraba en palacio junto con la reina Zukatu y sus hijos Sin-Iddina-Apla, Samas-Uma-Ukin y Assurbanipal, la princesa Sherna se encontraba en otra sala cosiendo junto con sus damas de compañía. El rey observaba a sus hijos, ya eran mayores y en la próxima campaña le acompañarían. Sin-Iddina-Apla, era el hijo mayor y futuro heredero de la corona. Ya desde niño había sido educado para ser rey. Era un joven brillante, muy inteligente y hábil con las armas. Samas-Uma-Ukin, era introvertido y con fuerte carácter. Era habitual verle golpear a los esclavos y fustigar a los caballos con violencia. En cambio, Assurbanipal, el hijo pequeño, era completamente distinto. Desde niño había sido educado para servir a los dioses como sacerdote o escriba y siempre había encontrado refugio en los libros. Sabía leer y escribir en varios idiomas, era cariñoso y amaba profundamente a su madre. Assarhaddon estaba orgulloso de sus hijos. Su descendencia estaba asegurada y confiaba que no sufriría el mismo final que su padre, asesinado por su hijo mayor Arad-Nalil. Su sucesor era Sin-Iddina-Apla y sus hermanos habían aceptado tal designación con absoluta obediencia. Observaba al rey como sus hijos practicaban el tiro con arco cuando un guardia real anunció una esperada visita.

—Señor, el capitán Eshirpal solicita audiencia —dijo el guardia.

—Hazle pasar —ordenó impaciente el rey.

El capitán entró con el semblante serio, a nadie le gusta dar malas noticias.

—Señor, vengo de Harran donde me he entrevistado con Kishdar capitán del ejército…

—¿Kishdar? —interrumpió el rey—. No me suena ese nombre.

—Lo nombró Artacomo, tras la muerte del capitán de carros de guerra Bitakyn.

—Continúa —ordenó el rey.

Era evidente que Eshirpal tenía mucho que contar.

Eshirpal informó a Assarhaddon. El rey estaba preocupado. Un formidable ejército había sido prácticamente aniquilado, su mejor general le había desobedecido y se había suicidado además, el gobernador de Nimrud le había traicionado. Assarhaddon ordenó a su capitán que marchara hacia Nimrud y apresase a Karmilamon. Quería tenerlo ante su presencia lo antes posible.

Kishdar y lo que quedaba del glorioso ejército de Artacomo, llegó a Nínive varios días después de que el rey fuera informado por Eshirpal. El capitán asirio, nada más llegar a la ciudad, fue recibido por Assarhaddon en audiencia. Había gran expectación en la sala del trono por conocer al capitán que había devuelto con vida a parte del ejército asirio. Asistieron a la audiencia todos los nobles y altos funcionarios de la corte. Nisher-Sag, permanecía al lado de la reina madre Nakiya, mientras que Nigirsu, gobernador de Nínive, estaba a la izquierda del rey. A la derecha de Assarhaddon permanecía Hitman, que había sido nombrado capitán general de todos los ejércitos. Kishdar, entró en la sala del rey escoltado por dos miembros de la guardia real. Uno de ellos era Eshirpal, que miraba orgulloso a su viejo compañero de armas.

—Shamash te guarde por muchos años —saludó el rey.

—Que Assur le bendiga con larga vida majestad —dijo Kishdar mirando al suelo.

—Has hecho un magnífico trabajo al traer con vida a pocos supervivientes del poderoso ejército que mandaba Artacomo. Debió ser un verdadero infierno.

—Así fue, mi señor. Desde que partimos de Gaza todo ha sido un desastre. Deberíamos haber vuelto a Nínive como ordenaste.

—¿Sabías que le había ordenado a Artacomo volver a Asiria? —preguntó el rey.

—Sí, mi señor. Me lo dijo el capitán Bitakyn poco antes de morir.

El rey se levantó de su trono.

—¿Por qué no te negaste a obedecerle y volviste a Asiria?

—Soy un soldado y en el campo de batalla debo obedecer a mi general —levantó la cabeza y miró a su rey—. No tenía otra opción, si hubiera intentando volver a Nínive hubiera sido apresado y Artacomo hubiera ordenado mi muerte. Cuando Bitakyn me lo dijo, ya era demasiado tarde, no tuve más opción que marchar hacia Egipto. Assarhaddon miró a Hitman y le autorizó a participar en la conversación.

—Mi señor, el capitán tiene razón. No tenía más opción que obedecer al general —dijo Hitman en defensa de Kishdar—. Todos conocíamos a Artacomo, no habría tolerado que un oficial le desobedeciera. Si Kishdar lo hubiera hecho, el general le habría matado y el desastre de nuestro ejército hubiera sido total ya que no se hubiera podido salvar la vida de los cuatro mil hombres.

El rey se acarició la barba.

—No estamos aquí para juzgar a este hombre, si no para premiarle por el valor que demostró en combate. No solo ha salvado la vida de miles de soldados sino que además tuvo la valentía de capturar al general Artacomo y descubrir una conspiración contra el imperio —dijo el rey paseando por toda la sala.

Los asistentes comenzaron a susurrar entre ellos, estaban sorprendidos por las palabras del rey. Nisher-Sag miró a la reina Nakiya que le hizo un gesto de desconocimiento.

—Nuestro capitán ha traído documentos que acreditan que Artacomo había conspirado con el gobernador de Nimrud. Su objetivo era conquistar Egipto y luego volver a Nínive donde, aprovechando el apoyo del ejército, me derrocaría y se proclamaría rey de Asiria —dijo el rey ante la sorpresa de todos—. Pero si las tablillas que ha traído Kishdar no es suficiente

prueba de su delito —continuó el rey—, el propio gobernador de Nimrud así lo ha confesado.

Assarhaddon dio la orden y al momento, el gobernador de Nimrud entró en la sala custodiado por dos soldados. Karmilamon había sido torturado, tenía la cara amoratada y sus manos estaban ensangrentadas; le habían levantado las uñas de su mano derecha. Arrastraba los pies y se cayó un par de veces antes de llegar ante la presencia del rey.

Temblaba de miedo, sabía cuál era el destino que le esperaba a los que osaban traicionarle.

—Aquí está mi primo Karmilamon, el traidor. No le bastaba con ser el gobernador de una de las ciudades más prósperas del reino, sino que su desmesurada ambición le llevó a conspirar con Artacomo para que una vez que conquistara Egipto, le nombrara faraón. ¿No es así primo?

El pedazo de carne ensangrentado asintió. Miraba constantemente al suelo. Conocía a todos los presentes y la vergüenza le impedía levantar la cabeza.

—Tal y como marcan nuestras leyes serás juzgado, pero en el caso de ser declarado culpable todo el peso de la ley caerá sobre ti —le dijo el rey a pocos centímetros de su cara, mirándole con desprecio—. ¡Lleváoslo!

Los presentes miraron como la guardia se llevaba al desafortunado gobernador. Muchos de ellos le conocían y no les extrañó las acusaciones del rey. Era un ser vil, mezquino y su avaricia no tenía límites.

—Bueno, volvamos a temas más gratos —dijo el rey mientras volvía a sentarse en su trono—. Tengo que anunciar que todos los soldados que han vuelto de Egipto serán recompensados con cuatro hectáreas de tierras y dos esclavos para que las trabajen. También les pagaremos cincuenta siclos de plata como ayuda para la compra de los aparejos necesarios para cultivar la tierra. Es lo mínimo que podemos hacer después del infierno que han vivido.

El ruido atronador de los aplausos comenzó a oírse por toda la sala.

Kishdar miró a Eshirpal y le sonrió. Assarhaddon, desde su trono levantó su mano derecha y la gente volvió a guardar silencio. Dirigió su mirada hacia el capitán asirio.

—Quizá Kishdar no tiene la experiencia suficiente, pero ha demostrado tener varias de las cualidades que se le suponen a un buen general. Durante la campaña de Egipto has demostrado tener mucho valor y te has ganado el respeto de los soldados. Te nombro general del ejército y espero poder contar contigo para la próxima campaña contra los egipcios.

—Mi señor, espero no defraudarle —dijo Kishdar con un nudo en la garganta.

—Estoy seguro de que no lo harás. Quiero que seas la sombra de Hitman, él te enseñará todo lo que necesitas saber para poder desempeñar perfectamente tu nueva labor —dijo el rey mirando a Hitman, que asintió aceptando de buen grado su nuevo cometido.

El rey presidía el tribunal de justicia. Estaba sentado en un trono y sujetaba un instrumento de medida, en señal de justicia y equidad. Delante de él, sentados en un banco de cedro, se encontraban los otros doce grandes magistrados dirigidos por Tanezmet, juez de Nínive. Detrás del rey se podía ver un relieve que representaba al dios de la justicia Shamash. En él aparecía el dios con una tiara con varios cuernos, barba larga y vestido con volantes de lana. Una figura que representaba al rey Assarhaddon, vertía libaciones en una vasija en señal de respeto y sumisión. Un gran sol en la parte superior del relieve dominaba toda la escena. Tanezmet ordenó silencio en una sala repleta de curiosos. Hacía años que una personalidad tan importante no era juzgada por un delito tan grave.

—Shamash, rey de los cielos y de la tierra, juez del mundo y del infierno, luz de los dioses, guía de los justos, dios que mantiene el orden en el universo, te ruego ilumines a este tribunal con tu sabiduría para juzgar a aquellos que han osado violar nuestras sagradas leyes, desviándose del camino marcado por ti y llevando al imperio al desorden y el caos —dijo Tanezmet mirando al relieve con los brazos en alto.

Después de invocar la oración de la justicia al dios Shamash, Tanezmet volvió a tomar asiento en el centro del tribunal.

—Que se presente ante nosotros Karmilamon —ordenó Tanezmet.

Una puerta doble se abrió y entró el gobernador de Nimrud, debidamente escoltado por dos soldados. Le habían aseado y vestido con ropas limpias para la ocasión, pero su imagen era deplorable. A pesar del poco alimento que había recibido en los últimos días, mantenía su orondo cuerpo bien entrado en carnes. Los ojos los tenía hinchados y enrojecidos, le temblaba el labio inferior y andaba encorvado arrastrando los pies. Sus heridas habían sido curadas y tenía la mano derecha vendada.

—¿Tu nombre es Karmilamon? —preguntó Tanezmet cuando el preso llegó a la altura del tribunal.

—Sí, señor —confirmó débilmente.

—¿Eres el gobernador de Nimrud?

—Sí, señor.

—¿Sabes por qué estas siendo juzgado?

Karmilamon titubeó, miró a Assarhaddon que desde su trono situado a un nivel superior al tribunal, le miraba con severidad.

—Creo que se me juzga por traición —dijo finalmente.

—Los delitos por los que se te juzgan son; traición, conspiración contra el imperio y robo —le dijo Tanezmet—. ¿Cómo te consideras de estos delitos?

—Me considero culpable —dijo Karmilamon mirando al suelo.

—¿Hay alguien más implicado en tu traición?

—No, señor.

—¿Acaso no estaba implicado el general Artacomo?

Karmilamon levantó la cabeza.

—Al general Artacomo solo se le puede culpar de desobedecer al rey y no volver a Asiria cuando así se le ordenó.

—¿Acaso no te envío parte del botín que consiguió en Biblos y que pertenecían a su majestad?

El gobernador guardó silencio.

—¡Contesta! —ordenó Tanezmet.

—El general me envío una cantidad importante de dinero para que se la administrara. Desconozco su procedencia.

—Importa poco lo que digas a favor de Artacomo —intervino Assarhaddon— el general pagó su delito quitándose la vida. Ahora

simplemente queremos saber si hay alguien más implicado en la conspiración para derrocarme.

La sala quedó en silencio expectante ante las palabras de gobernador.

—No, mi señor. Todo el plan fue ideado por mí.

—¿Cuál era tu plan? —preguntó Tanezmet.

—Si… siempre he soñado con ser rey de algún importante país. Dirigí mi mirada a Egipto aprovechando la campaña de Artacomo. Mi idea era conspirar contra el rey para derrocarle y nombrar en su lugar a Artacomo. Como agradecimiento, yo sería nombrado rey de Egipto. Eso es todo —dijo Karmilamon entre temblores.

—Si nadie del tribunal tiene más preguntas el acusado puede abandonar la sala.

No hubo más preguntas y Karmilamon volvió a los calabozos del palacio de justicia. El tribunal salió de la sala y se reunió para meditar el castigo que iban a impartir al gobernador. Pocos minutos tardaron en acordar la sentencia y Karmilamon fue llamado de nuevo. Assarhaddon estaba de pie. Como máximo responsable del tribunal, sería el encargado de comunicar la condena.

—Shamash ha iluminado a este tribunal y yo, Assarhaddon, rey de Asiria y brazo ejecutor de sus designios, te condeno a ti Karmilamon, gobernador de Nimrud y acusado de traición, conspiración y robo… —hizo una pausa y miró a los ojos del gobernador—, a muerte.

Un ligero rumor comenzó a recorrer la sala.

—La sentencia se ejecutará mañana al amanecer. Serás empalado y tu cuerpo se pudrirá en la puerta del dios del inframundo Nergal.

—¡No! —gritó aterrado Karmilamon que fue golpeado por un guardia y cayó doblado al suelo.

—Espero que el infierno acoja tu corrupta alma —añadió el rey.

Al día siguiente Karmilamon fue ejecutado ante la mirada curiosa de los ciudadanos de Nínive. Su cuerpo fue pasto de los cuervos y se pudrió en la puerta del dios Nergal hasta que fue retirado por la guardia. Nisher-Sag, como *shangu* del dios Shamash supervisó toda la operación.

«Su alma no encontrará consuelo y vagará por los caminos del inframundo hasta el fin de los días», pensó Nisher-Sag, mientras observaba

como los soldados retiraron el cadáver del gobernador.

Sus restos fueron esparcidos por los caminos para que fueran presa de las alimañas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXI

TEUMAN esperaba la llegada de su general con los prisioneros. El asesinato de diez de sus soldados no podía quedar impune. Debía dar un escarmiento a los asesinos para que sirviera de lección a todos aquellos que osaran violar sus leyes. El rey escita se encontraba en el palacio, calentándose en un fuego en la sala del trono. El otoño golpeaba con fuerza las frías tierras de los escitas.

—Este invierno será duro mi señor —le dijo un consejero.

—Sí, las lluvias han llegado demasiado pronto y hemos tenido que aplazar algunas campañas. En fin, esperemos que el año que viene tengamos más suerte.

Debido al territorio yermo en el que vivían, los escitas no cultivaban prácticamente nada, basaban su medio de vida en el pastoreo y el pillaje. Había sido un mal año y los pocos saqueos realizados, no habían sido tan fructíferos como hubieran deseado.

—Señor, ha llegado Marlat —dijo un soldado.

—Bien, hacedle entrar.

Marlat entró con paso marcial en la sala acompañado por Afarat. El rey miró extrañado a su general. No entendía que hacía ese esclavo en el palacio. Si tenía algo que ver con el asesinato de sus soldados, tendría que estar en el calabozo.

—Mi señor —saludó el general.

—Saludos general, espero que hayas tenido un buen viaje desde Sari.

—Los caminos empiezan a estar impracticables y eso ha dificultado un poco nuestro regreso, pero por lo demás, ha sido un viaje de lo más tranquilo.

—Me alegro ¿quién es este? —dijo el rey, mirando a Afarat.

—Es Afarat, un esclavo de Sari, le he traído ante tu presencia porque creo que es interesante que le conozcas.

Teuman escrutó al esclavo, había algo en él que era familiar. Afarat le miró desafiante, se consideraba hombre muerto y había asimilado su destino, no tenía nada que perder. El rey abofeteó al esclavo por mirarle de forma insolente.

—Ten cuidado esclavo, si tienes algo que ver con el asesinato de mis hombres morirás, pero hay muchas maneras de hacerlo y algunas son muy lentas y dolorosas.

El labio de Afarat comenzó a sangrar.

—¿Qué puede tener este esclavo que sea interesante para mí? —preguntó Teuman a su general.

—Ha sido médico del rey Assarhaddon.

Teuman miró sorprendido a Marlat, no se creía lo que estaba oyendo. Miró con más atención al esclavo.

—¿Es eso cierto?

Afarat, consciente del interés del rey, supuso que si tenía una oportunidad de salir con vida de Bhakri era debido a su pasado como *asu* del rey.

—Sí, mi rey.

—Su verdadero nombre es Kalam, le cambiaron el nombre cuando le marcaron. Ha sido médico en Assur.

—¿En Assur? Yo conocí a un médico en Assur, me curó una herida en el brazo hace años.

Los recuerdos brotaron en la mente de Afarat, miró al rey y recordó a un joven que llegó a la consulta de su padre hacía muchos años, tenía herida en el brazo. Recordó sus ojos claros y sobre todo su daga, un arma que parecía de oro. Afarat vio que la misma daga colgaba del cinturón del rey.

—Era mi padre, te cosió una herida del brazo —dijo Afarat.

El rey se remangó la camisa dejando ver una cicatriz en su brazo.

—Tú eras el pequeño que asistía atento a todas sus indicaciones, ¿verdad?

—Así es mi señor.

El rey sonrió.

—Y llegaste a ser el *asu* de Assarhaddon. Desde pequeño era evidente que ibas a llegar muy lejos.

—Mi señor, siento contradecirte pero ahora no soy más que un esclavo de los masagetas.

Teuman se dirigió a Marlat.

—Me gustaría conocer su historia pero antes quiero saber si tuvo algo que ver con la muerte de mis soldados —le preguntó.

—Directamente no, pero si quieres te cuento lo ocurrido.

El general le transmitió toda la información de la que disponía. El rey le miraba con atención, a veces desviaba la mirada hacia Afarat que permanecía atento a la conversación. Cuando Marlat terminó de hablar, el rey se dirigió a él.

—¿Es correcta la información de Marlat?

—Sí, mi señor. Ayudé a escapar a los yuezhi, ese ha sido mi delito. Ansiaba la libertad y ellos eran los únicos que podían proporcionármela.

El rey comenzó a pasear por la sala, con las manos en la espalda. No sabía qué hacer con él. Había ayudado a escapar a unos yuezhi que estaban directamente implicados en el crimen. Pero había sido médico de Assarhaddon y cualquier información que le pudiera proporcionar sobre el rey sería bienvenida. No obstante, Afarat debía ser castigado por su delito, o sería un mal ejemplo para su pueblo.

—Pensaré que hacer contigo y con los otros prisioneros. De momento, quiero que Afarat sea lavado y aseado. Permanecerá custodiado en palacio hasta que decida qué hacer con él —dijo el rey.

Pocos días después, el rey tomó su decisión. Los cómplices de Mushabat no fueron condenados a muerte. Un verdugo les quemó los ojos y les arrancó orejas y lengua. Vagarían por la ciudad de Bhakri mutilados hasta el fin de sus días. Serían un ejemplo viviente de la justicia del rey. Mas dificultad tuvo para encontrar un castigo para Afarat. Había decidido que estuviera a su servicio. Si había sido *asu* de Assarhaddon seguro que se trataba de un médico excepcional y en Escitia no sobraban precisamente los físicos. Además, su conocimiento de Asiria y de la familia real le podría ser

útil. Finalmente, le condenó a recibir veinte latigazos por ayudar a escapar a los yuezhi, una pena menor y casi simbólica.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXII

EL FRIO golpeó con fuerza la tierra de los masagetas. Comentaban los más ancianos del lugar, que se trataba del peor invierno que jamás habían vivido. Empezaba a faltar la comida y los recién nacidos y los ancianos eran los primeros en pagar las consecuencias. Itbala tomó su último trago de *kumis* y sonrió. Se sentía viejo y cansado, cogió una alforja y metió pan, un pellejo con agua y una jarra de *kumis*. Todavía no había amanecido. Pensó en su soledad y en la indiferencia que sentía el pueblo por él. No les culpaba, al fin y al cabo, no era más que un viejo borracho. Abrió la puerta de su choza y una racha de viento golpeó su débil cuerpo. Sabía que su momento había llegado; el dios Sol se lo había anunciado hacía tiempo y se dirigía hacia su destino. Atravesó el desierto pueblo escoltado por la luna, a lo lejos solo se oía el lastimero ladrido de un perro. Cruzó la muralla ante la mirada indiferente de los soldados de guardia. No sin dificultad, cruzó los arroyos, crecidos por las lluvias y subió por los resbaladizos senderos hasta que llegó a la cueva del dios Sol. Recordaba que hacía varios meses, había realizado el mismo camino, pero para un fin bien distinto. «¿Qué sería de Afarat?», se preguntó. No tuvo ocasión de despedirse de él. Una mañana le llevaron preso los soldados del rey, acusado de complicidad en el robo del libro de la lucha y del asesinato de los soldados que lo custodiaban. Negó con la cabeza, no era muy optimista con el futuro del joven asirio. Durante el tiempo que le tuvo como acólito le cogió aprecio, era uno de los pocos del pueblo que no le despreciaban. Sintió su marcha. Ahora, definitivamente, nada le ataba en este mundo. Miró hacia la cueva y sintiéndose liberado, entró en ella.

Nadie volvió a saber de Itbala y, a decir verdad, pocos fueron los que le añoraron.

Gaffar se preparó para emprender un largo viaje, pocas semanas después y ajeno al destino que había corrido el viejo *shaman*. Habían pasado varias horas desde que el sol se ocultó tras el horizonte. Era una noche clara y rasa donde el frío atería los huesos. El invierno daba sus últimos coletazos negándose a que la primavera ocupara su lugar. Gaffar cogió todo lo que necesitaba para emprender su viaje. Llenó sus alforjas y se montó en su caballo. Salió de la ciudad saludando a los guerreros que se encontraban de guardia. El viento azotaba su rostro. Miró hacia atrás y contempló por última vez la ciudad de Sari.

Entre las sombras, dos figuras siguieron raudas y silenciosas al consejero, que continuó su camino confiado, sin sentir su presencia.

El ciervo estaba malherido, el señor de Kutatisi había acertado en su disparo, y el animal cayó desplomado al suelo, después de que una flecha le atravesara un pulmón. Bajó de su caballo y observó al animal. Respiraba con dificultad y por su boca comenzó a brotar un hilillo de sangre. El señor estaba orgulloso de su caza, pues se trataba de un buen ejemplar. Cogió su cuchillo y degolló al animal acortando su agonía. Mushabat le observaba desde su caballo.

—Lleváoslo, esta noche nos lo cenaremos —ordenó el señor de Kutatisi a sus sirvientes, que se aprestaron a obedecer a su amo.

—Ha sido un gran disparo, sin duda alguna —dijo Mushabat. Enuro le miró con desdén. Limpiaba la sangre de su cuchillo cuando un soldado llamó su atención.

—Señor, un extranjero reclama su presencia, dice llamarse Gaffar y viene de la ciudad de Sari —le dijo el soldado.

—Vaya, parece que nuestro amigo Gaffar ha cumplido su palabra. Veremos qué es eso tan importante que viene a ofrecernos —dijo Enuro montando en su caballo.

Gaffar estaba cansado, el viaje había sido muy duro para un anciano como él. Sentado en la puerta de la ciudad, se frotaba las manos para entrar en calor. Un soldado le ofreció un caldo caliente y lo tomó con agrado. Miró al horizonte y vio a varios jinetes cabalgando a toda velocidad.

Por sus ropajes, enseguida reconoció a Enuro, el señor de la guerra, al lado suyo cabalgaba otro jinete. Cuando se acercó, brotó en él una sonrisa. Había reconocido a Mushabat.

—Veo que finalmente llegaste a Kutatisi —dijo el anciano a Mushabat.

—¡Qué alegría volver a verte! —exclamó Mushabat, bajándose del caballo y dándole un abrazo.

—Saludos mi querido amigo —le dijo Enuro—, ¿qué tal el viaje? Gaffar se echó las manos a la espalda.

—Cualquier viaje es malo para un viejo —dijo sonriendo—, pero lo importante es que ya estoy aquí.

—Me dijo Mushabat que tenías algo que ofrecerme.

—Estoy seguro que te va interesar, pero antes permite que mis viejos huesos descansen de un viaje tan largo.

—Ordenaré a mis soldados que preparen un camastro en las dependencias de Mushabat. Esta noche, durante la cena, hablaremos —dijo Enuro entrando en la ciudad.

Los siervos entraron en la gran sala portando bandejas con ciervo asado, el mismo que había cazado Enuro esa misma mañana, junto con varias tinajas de cerveza y vino. El señor de Kutatisi estaba sentando presidiendo una larga mesa, donde se habían sentado todos los prohombres de la ciudad. Gaffar y Mushabat se sentaron a su derecha, a su izquierda estaba sentada Alania, la esposa de Enuro.

—Bueno, anciano, ¿qué es eso tan importante que me tenías que ofrecer? —preguntó directamente Enuro tras beber varias jarras de cerveza.

—Como sabes, Mushabat tiene en su poder el libro de la lucha.

—Lo sé, supongo que a Teuman no le habrá hecho mucha gracia —dijo riendo el sármata.

—El libro, como ya te dije, es muy valioso —dijo Mushabat, levantándose ligeramente de su asiento para acercarse a Enuro.

—El libro es algo más que todo eso —le interrumpió Gaffar, haciéndole un gesto con la mano para que se sentara.

Enuro les miraba con indiferencia, estaba más interesado en que los siervos llenasen su jarra con cerveza.

—Tenía pensado ofrecerte el libro a cambio de que ayudaras a Mushabat a tomar, lo que por ley, le corresponde —dijo Gaffar.

—Sí, me lo ha repetido miles de veces —dijo cansado Enuro—. Mushabat se considera el legítimo caudillo de Sari.

—¡Es que lo soy! —exclamó Mushabat.

—Nunca lo he dudado —dijo con sorna Enuro—. Pero ¿para qué quiero yo un libro?

Gaffar miró con dureza a Mushabat para que se callara.

—Es un libro muy valioso y no solo me refiero a los materiales con los que está hecho —dijo Gaffar—. Es un antiquísimo libro yuezhi, en él, está escrito toda la sabiduría y los conocimientos de ese pueblo. Enuro le miró sin entender.

—Quiero decir que ese libro, en las manos apropiadas, puede ayudar a conquistar tierras e incluso naciones enteras —dijo Gaffar.

—¿Ah sí? ¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó incrédulo Enuro.

—El pueblo yuezhi era fuerte y poderoso hasta que lo perdió. Todas sus técnicas y estrategias militares están escritos en él.

—Parece interesante, ¿hay algo más?

—Sí, está escrito todo el saber del antiquísimo pueblo yuezhi, es decir, sus conocimientos de agricultura, lucha, gestión administrativa, fabricación de armas, sus habilidades médicas… no sé, con ese libro en tus manos, creo que serías capaz de unir a todas las tribus sármatas y proclamarte rey de un imperio colosal —le dijo Gaffar que le veía cada vez más animado.

—¿Cómo sabes que el libro contiene todos esos conocimientos? —preguntó Enuro, mientras bebía un buen trago de cerveza.

Gaffar sonrió a Mushabat, que permanecía en silencio. Había conseguido captar el interés del señor de Kutatisi.

—El sacerdote yuezhi, que había organizado su robo se lo dijo a Jusman.

—¿Dónde está el libro ahora?

—Está en… —intentó decir Mushabat.

—En lugar seguro —interrumpió Gaffar.

Enuro sonrió.

—Está bien, os ayudaré, pero antes quiero que me deis toda la información sobre el robo y en qué situación se encuentra ahora Sari. Si tengo que enviar a mis hombres quiero saber contra quién van a luchar —dijo el sármata.

Gaffar salió satisfecho del castillo de Enuro, había conseguido su objetivo. Pronto volvería a Sari y las cosas serían completamente distintas. Nombrarían a Mushabat caudillo de la ciudad y él sería su primer consejero. Sari no era más que un pequeño pueblo masageta, pero con el apoyo de los sármatas podría convertirse en una gran ciudad. Gaffar sonreía pensando en el grandioso futuro que les aguardaba, cuando miró a Mushabat que le observaba confuso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó mientras se dirigían a su choza.

Mushabat golpeó una piedra con el pie.

—No entiendo por qué le vamos a dar a Enuro el libro si es tan valioso, ¿por qué no nos lo hemos quedado nosotros? Podríamos conquistar el mundo con él.

—Necesitarías miles de libros como ese para poder conquistar el mundo. El libro no hace milagros —le dijo Gaffar con sarcasmo.

—Creo que le hemos pedido poco a cambio.

Gaffar se detuvo.

—¿Convertirte en caudillo de Sari te parece poco? —le espetó—. ¿Que tu dinastía vuelva a gobernar la ciudad que te vio nacer te parece poco? No seas mezquino, además, este sería el comienzo.

—¿El comienzo? ¿El comienzo de qué?

—Hay una cosa que no le he contado a Enuro.

—¿Qué es?

—El libro está escrito en yuezhi antiguo, no son muchos los que conocen el idioma.

—¡Pero cuando lo sepa entrará en cólera! —exclamó Mushabat.

—Yo nunca le he dicho en qué idioma está escrito, lo importante es que tenemos una copia lista en Nelkari, ahora solo falta encontrar a un traductor. Nosotros nos serviremos de su interior, los conocimientos y las enseñanzas que contiene, y que Enuro se sirva del exterior, el oro y las piedras preciosas.

Mushabat, miró a Gaffar. «Menudo viejo zorro está hecho», pensó y golpeó otra piedra.

En una semana el ejército sármata ya estaba preparado para partir hacia Sari. Mushabat y Gaffar acompañaban a Enuro que dirigiría la campaña. El ejército sármata estaba compuesto únicamente por jinetes. Unos eran arqueros y vestían una túnica corta sobre un pantalón amplio. Cubrían sus antebrazos con brazaletes, portaban arcos compuestos de doble curvatura y cubrían su cabeza con un casco de metal de forma cónica. Otros eran lanceros, equipados con sus *contus*, lanzas de cuatro metros de largo. Protegían sus cuerpos y el de sus caballos, con una armadura laminar. Eran la verdadera fuerza de choque del ejército. Salieron de la ciudad ante la mirada expectante de la población.

—No lucharé contra los escitas —dijo Enuro—, no quiero problemas con ellos.

—No queremos que se derrame una sola gota de sangre, solo deseamos que Jusman abandone la ciudad y las tropas escitas acepten a Mushabat como nuevo caudillo. Tus tropas nos servirán como amenaza y coacción, espero que para nada más —le dijo Gaffar.

—Cuando el pueblo de Sari vea tu poderoso ejército caerá rendido ante mí —le dijo sonriendo Mushabat.

—No creo que los soldados de Teuman dejen libre tan fácilmente al asesino que mató a diez de los suyos —dijo con sorna el sármata.

A Mushabat se le heló la sangre, no había caído en eso. Gaffar miró su rostro asustado.

—No te preocupes Mushabat, ya encontraremos la forma de quitarnos a los soldados escitas de en medio —le dijo.

—Espero que lo hagas pronto o yo no me acerco a la ciudad —dijo temblando.

Enuro y Gaffar se miraron y sonrieron, les costaba creer que Mushabat había robado el libro y asesinado a diez soldados escitas.

De camino a Sari, pasaron por la ciudad de Nelkari. El ejército sármata hizo una parada para que los caballos bebieran y descansaran. Gaffar consiguió escabullirse, y se acercó a la choza de Thishpu, el anacoreta a quién Mushabat le había entregado el libro de la lucha, para que hiciera una copia. Llamó a la puerta después de asegurarse de que nadie le seguía.

—¿Quién es? —preguntó una voz detrás de la puerta.

—Soy Gaffar —susurró el masageta.

—¡Amigo Gaffar! —exclamó un anciano nada más abrir la puerta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó, fundiéndose en un abrazo con su amigo—. Por el dios Sol, ¡qué viejo estás! —añadió con una gran sonrisa.

—Ja, ja, ja. Pasa, pasa, te preparé algo caliente para tomar.

Gaffar entró en la vieja choza del ermitaño. Un catre, un arcón, una mesa y dos sillas eran su único mobiliario. Los muebles eran muy viejos, pero estaban en buen estado. Thishpu echó agua en un caldero y lo puso a calentar en el fuego. Los dos ancianos comenzaron a hablar de sus años de juventud. Cuando el agua ya estaba hirviendo, echó unas hierbas en el caldero, lo removió con un palo y luego introdujo dos escudillas.

—Bueno, creo que conozco el motivo de tu visita a mi humilde choza. Hace meses pasó por aquí un masageta, me dijo que venía de tu parte y me entregó un libro. Me pidió que hiciera una copia —dijo el anciano mientras bebía de la escudilla.

—Efectivamente, vengo a por los dos libros.

—Está escrito en una lengua desconocida, pero se ve que es un libro muy valioso.

—Más de lo que tú crees —dijo Gaffar, mientras sacaba de los pliegues de sus ropajes una bolsa de cuero—. Toma este dinero, espero que lo utilices para tirar esos muebles mohosos y pagar a un carpintero para que te haga unos nuevos.

Thishpu se levantó de la silla y se dirigió al arcón, lo abrió y sacó un bulto envuelto en una tela, lo desenvolvió dejando a la vista el libro de la lucha y su copia.

—Te aceptaré el dinero, no por el trabajo que me ha costado realizar la copia, sino por lo difícil que es encontrar a un buen pulidor de pieles de cabra y lo caro que me han costado los materiales. Además, he gastado cientos de pergaminos para practicar esa escritura y como sabes, los pergaminos son caros, pero quería hacer un buen trabajo —le dijo el ermitaño.

Gaffar echó un vistazo a los dos libros y sonrió satisfecho.

—Sin duda lo has conseguido, es un trabajo perfecto.

—He tenido todo el invierno para hacerlo —dijo sonriendo Thishpu.

—Creo que debo marcharme ya, o comenzarán a buscarme.

—Lo entiendo amigo, ha sido un placer volver a verte.

Gaffar se levantó de la silla y, sin mediar palabra, sacó un puñal que tenía oculto en su cinturón, y con un movimiento ágil y certero, degolló a Thishpu, que no se esperaba el ataque de su antiguo amigo. El cuerpo del ermitaño cayó al suelo entre espasmos en un charco de sangre.

—Lo siento, pero nadie debe saber que existe una copia —dijo Gaffar mirando al cadáver de su amigo, que yacía inerte en el suelo. Metió los dos libros en su alforja y salió de la choza.

Ocultos entre los matorrales, dos hombres vieron como Gaffar salía a toda prisa de la choza dejando la puerta abierta. Tomando todas las precauciones, entraron sigilosamente y encontraron el cuerpo sin vida de Thishpu en el suelo. Uno de ellos le tomó el pulso y comprobó que estaba muerto. Registraron la casa y encontraron varios pergaminos rotos con extraños caracteres escritos.

—Mira —dijo uno, mostrándole al compañero un trozo de pergamino —, parece que estaba practicando nuestra caligrafía.

El otro hombre cogió el pergamino y lo analizó con atención.

—Busquemos más pedazos.

Registraron la choza con más cuidado y encontraron más trozos de pergamino parcialmente quemados en la chimenea. Juntaron varios pedazos y los colocaron encima de la mesa.

—Está claro que ha practicado nuestra caligrafía —dijo uno de ellos.

—¿Cómo es posible que conozca nuestro idioma?

—Muy sencillo, Gaffar o Mushabat le entregó nuestro libro y me temo que le pidió que hiciera una copia.

—Si es correcto lo que dices, sabemos que Gaffar tiene una copia y que nos puede llevar hasta el original.

—Efectivamente, debemos darnos prisa y hacernos con el libro y con la copia cuanto antes. Ahora salgamos de aquí y no perdamos de vista a Gaffar ni un solo segundo.

El campamento sármata fue montado junto a un arroyo y se encontraba a pocas jornadas de su meta, la ciudad de Sari. Ya anochecía y Enuro estaba sentado con los oficiales sármatas junto a un fuego. Intentaban calentar sus ateridos cuerpos cerca de la lumbre, era una fría noche de finales de invierno. Un soldado se acercó a Enuro y le susurró algo al oído. El jefe de los sármatas se levantó y se perdió en la oscuridad. Allí le esperaba Gaffar.

—Ya tengo el libro en mi poder —le dijo a Enuro.

—¿Dónde está?

—En un lugar seguro, será tuyo cuando todo haya terminado.

—Está bien, no tengo prisa.

—Estamos a dos días de Sari, mañana marcharé solo hacia la ciudad. Dile a Mushabat que he ido a Sari para asegurar su integridad ante los escitas. Espera en las afueras hasta que yo te avise.

El sármata miró con suspicacia a Gaffar.

—No estoy en condiciones de competir contra tu ejército —le dijo Gaffar, como si supiera lo que estaba pensando—. Debes confiar en mí.

—Así lo haremos —dijo el sármata volviendo al campamento.

Enuro estaba inquieto, llevaba más de dos días esperando en el campamento las noticias de Gaffar. Observaba como las patrullas escitas y guerreros masagetas le vigilaban desde la distancia. Había construido una empalizada para evitar sorpresas. Mushabat también estaba nervioso, se movía de un lado a otro del campamento sin rumbo definido. Temeroso, pensaba en su incierto futuro, cuando el galope de unos caballos llamó su atención, miró hacia el horizonte y vio un grupo de cincuenta jinetes cabalgando hacia el campamento.

—¡Soldados, preparad vuestras armas! —exclamó Enuro desenvainando su espada.

Los arqueros tomaron posiciones y armaron sus arcos apuntando hacia los jinetes. Los lanceros se montaron en sus caballos y prepararon sus *contus* listos para embestir con sus pesadas cabalgaduras contra el enemigo. Desde su atalaya, Enuro vio que los jinetes disminuían su velocidad según se acercaban al campamento. Entre ellos se encontraba Gaffar. Finalmente, los jinetes frenaron sus caballos y el masageta se dirigió solo hacia el campamento.

—¡No disparéis es Gaffar, dejadle pasar! —exclamó Enuro.

El masageta cruzó la empalizada ante la mirada atenta de los soldados que no le perdían de vista. Bajó de su caballo y se dirigió a Enuro. A su lado se encontraba Mushabat.

—Perdonad el retraso, pero ya estoy aquí —dijo sonriendo Gaffar.

—Ya me temía lo peor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó inquieto Mushabat—. ¿Qué has acordado con los escitas?

La situación era tensa, pero Gaffar se encontraba muy tranquilo, sonrió y cogió a Mushabat del hombro.

—No temas Mushabat, serás nuevo caudillo de Sari, así lo he acordado con los escitas —dijo sonriente Gaffar.

—¿Qué les has ofrecido a cambio? —le preguntó Mushabat.

Gaffar miró a Enuro que le observaba expectante.

—Por eso no te preocupes, ahora vayamos a hablar con los soldados escitas. Enuro, me ha dicho el oficial al mando que puedes ir acompañado por los soldados que consideres oportuno. Mushabat, tú también vendrás con nosotros.

Mushabat miró a los soldados escitas que permanecían atentos a varios cientos de metros del campamento, a pesar de las palabras de Gaffar, no las tenía todas consigo y estaba muy asustado. No sin temor, montó en su caballo y se dirigió hacia los escitas flanqueado por Enuro y Gaffar. Cien jinetes sármatas les acompañaban. Mushabat sudaba, parecía que su corazón iba a salirle por la garganta, hubo un momento que pensó que se iba a desmayar. Miraba a los soldados escitas y cómo susurraban entre ellos, sin duda, sabían de quién se trataba, y naturalmente eran conscientes de que había sido él, quien había matado a diez de sus compañeros. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Gaffar, estaba realmente aterrado. Casi sin darse cuenta, como si flotara en una nube y todo aquello fuera irreal, llegó a la altura de los soldados escitas, miró a Gaffar y este le sonrió para tranquilizarle, intentó devolverle la sonrisa pero su cara reflejó algo más parecido a una mueca. Los tres hombres se adelantaron ante la mirada vigilante de los jinetes sármatas.

—Ugaman, este es Enuro, el señor de Kutatisi —dijo Gaffar. Ambos hombres asintieron con desconfianza.

—Y este es Mushabat —dijo señalando al masageta.

El oficial miró con dureza a Mushabat y desenvainó su espada.

—¡Mushabat, por orden del rey Teuman quedas arrestado por el asesinato de diez soldados! —le espetó el oficial—. ¡Tira tu espada y baja del caballo!

Mushabat miró desconcertado a Gaffar sin saber qué hacer.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó mirando a Gaffar y al oficial escita.

—¡Baja de tu caballo o te haremos bajar nosotros! —le exclamó Ugaman.

—Haz lo que te dicen, todo ha terminado —le dijo con suavidad Gaffar.

—¡Me has traicionado! —exclamó Mushabat desde su caballo, que se movía inquieto.

Mushabat observó que Enuro sonreía. No sabía los motivos pero Enuro y Gaffar se habían confabulado en contra suya. Nervioso, espoleó su caballo que salió corriendo a galope, varios jinetes corrieron detrás de él. Un arquero sármata armó su arco, apuntó hacia el masageta y disparó su flecha.

El disparo del arquero sármata fue certero y dio en el blanco. Mushabat sintió un fuerte golpe en la espalda y cayó al suelo. Gaffar, acompañado por Enuro y Ugaman, se acercó al cuerpo del masageta.

—¿Por qué? —preguntó Mushabat débilmente antes de morir.

Gaffar cerró sus ojos.

—Nos llevaremos su cabeza y se la entregaremos a nuestro rey —dijo Ugaman.

Desenvainó su afilada espada y con un solo tajo cercenó la cabeza de Mushabat, la metió en una alforja y se montó en su caballo.

—Hubiera preferido habérmelo llevado vivo, creo que tu arquero se ha precipitado —le dijo el capitán escita a Enuro.

—No podíamos correr el riesgo de que escapara —le dijo Gaffar.

Ugaman le miró con desconfianza, Mushabat no habría podido escapar de ninguna manera, espoleó su caballo y se dirigió hacia Sari. Su misión en la ciudad masageta había terminado.

—No ha dicho nada del libro —dijo Enuro.

—Es el acuerdo al que he llegado con él.

Enuro le miró.

—Cuando llegué a Sari me entrevisté directamente con Ugaman, nadie en la ciudad sabe que estoy aquí. Le dije que los sármatas habíais capturado al asesino y que lo entregaríais a cambio del libro. Y él accedió.

—Pero es un libro muy valioso ¿cómo conseguiste que aceptara sin reclamarlo? —preguntó confuso Enuro.

—Es un libro masageta, no escita. Ellos nos lo custodiaban desde hace años por tradición, pero no les pertenece. Lo que los escitas querían era encontrar al asesino de sus soldados para volver cuanto antes a su tierra, y esta era la forma de conseguirlo. Sabían que si no encontraban a Mushabat pasarían años antes de poder volver a sus casas. El libro no les importa nada

—dijo Gaffar—. En cuanto los escitas partan a Bhakri tu ejército entrará en acción.

—Volvamos al campamento, esperaremos hasta que eso ocurra.

Jusman estaba tirado en la cama completamente borracho, cuando un guerrero le despertó. Abrió los ojos con dificultad, le dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar. Los gritos del soldado golpeaban sus oídos como cuchillos, estaba tan borracho que no entendía lo que el guerrero le quería decir.

—No grites maldito ¿acaso quieres que me reviente la cabeza? —dijo mientras se sentaba en la cama y se echaba las manos a la cabeza, creía que en cualquier momento le iba a estallar.

—Señor, han capturado a Mushabat —dijo el soldado, intentando serenarse.

—¿Qué? —preguntó Jusman.

—Han capturado a Mushabat, los escitas tienen su cabeza en una bolsa.

—¿Dónde está?

—En el campamento escita.

Jusman metió su cabeza en un cubo de agua. El frío líquido le despejó, se secó la cara y se dirigió a toda prisa al campamento escita, que se encontraba extramuros de la ciudad.

—Quiero hablar con Ugaman —dijo el masageta al soldado de guardia.

—Dile al capitán que el caudillo de Sari quiere verle —le dijo el guardia a un soldado.

Jusman observó que había mucho movimiento en el campamento escita. Los soldados desmontaban las tiendas, preparaban sus caballos y cargaban de bultos las carretas. Parecía que se preparaban para partir.

—Veo que ya te has enterado de la noticia —le dijo Ugaman cuando llegó al puesto de guardia.

—¿Dónde está?

—Ven, te la enseñaré.

Entraron en el campamento y se dirigieron hacia la tienda del oficial. Jusman seguía observando como los soldados guardaban sus bultos y

ensillaban sus caballos.

—¿Os vais? —preguntó Jusman.

—Ya nada nos ata aquí.

—¿Y el libro?

—Lo tienen los sármatas.

—¡Pero nos pertenece!

Ugaman se detuvo.

—Puedes ir a recuperarlo cuando quieras, ya sabes dónde están acampados —le dijo mirándole a los ojos.

Entraron en la tienda y Ugaman sacó la cabeza ensangrentada de una bolsa. Jusman la miró y salió de la tienda. El oficial escita salió detrás de él.

—Nos dejáis solos ante los sármatas —le dijo.

—Los sármatas no atacarán la ciudad, saben que somos aliados y nos temen.

—¿Entonces qué hace aquí su ejército?

—Con ellos está Gaffar, quizá deberías preguntárselo a él.

Jusman le miró sorprendido. Siempre había desconfiado del consejero y su desaparición hacia unos meses confirmaba sus sospechas, pero nunca hubiera creído que traicionaría a su pueblo y lo vendería a los sármatas.

—Esta misma tarde partiremos. Te deseo suerte —le dijo Ugaman.

Jusman sonrió con desgana y salió del campamento escita. Tenía mucho trabajo por hacer, temía un ataque sármata y debía organizar la defensa de la ciudad.

El ruido de los cuernos de guerra despertó a los ciudadanos de Sari. Jusman no había dormido en toda la noche esperando un ataque sármata. Observaba desde la muralla a las tropas sármatas, que se encontraban a pocos cientos de metros de la ciudad. Con ellos estaba Gaffar. Las tropas masagetas estaban preparadas y habían calentado aceite y arena para evitar que los sármatas treparan las murallas. Un tenso y amenazador silencio envolvía toda la escena. Gaffar cabalgó hacia la ciudad acompañado por Enuro y varios jinetes sármatas. Querían dialogar.

Jusman observó la llegada de Gaffar y del líder sármata hasta la ciudad. Bajó de la muralla y se montó en su caballo. Acompañado por varios de sus oficiales se dirigió hacia el encuentro de la delegación sármata.

—Saludos Jusman —le dijo Gaffar—. Él es Enuro, señor de Kutatisi.

—¿Qué es lo que quieres traidor? —le espetó Jusman sin mirar al sármata.

—Quiero que abandones Sari —le respondió Gaffar—, no eres el caudillo que esta ciudad necesita, has demostrado ser un auténtico inepto.

—¿Y tú crees que eres la persona más adecuada para el puesto?

—Sin duda. Desde que robaron el libro no levantas cabeza. Estás todos los días borracho y has desatendido tus obligaciones. Quiero que convoques al consejo de ancianos y que ellos decidan.

Jusman miró a Enuro y a su ejército.

—El consejo estaría coaccionado por las tropas sármatas, no sería una votación justa.

—Convoca al consejo —le dijo Gaffar—, si votan a favor tuyo partiré con los sármatas y no volveré nunca más, pero si votan a favor mío, abandonarás el pueblo con toda tu familia.

—¿Y si no lo convoco?

—Si no lo convocas mis tropas arrasarán tu ciudad —mintió Enuro, que no tenía la más mínima intención de tener un enfrentamiento con los escitas.

—La decisión es tuya —le dijo Gaffar.

El caudillo meditó durante unos instantes, miró su ciudad y luego al ejército sármata. No tenían posibilidad ninguna de vencerles.

—Está bien, convocaré al consejo para esta misma noche —claudicó Jusman—. Pero quiero que los sármatas nos devuelvan el libro.

—Será mejor que te olvides de él —le dijo Gaffar.

—El libro nos pertenece.

—Te equivocas, el libro pertenece a los yuezhi y nosotros se lo robamos. Nunca ha sido nuestro.

—¿Es el precio que has pagado a los sármatas? —le preguntó Jusman.

—Ellos encontraron a Mushabat y se lo quitaron. Acordaron con los escitas que entregarían a Mushabat a cambio del libro.

—¿Los escitas lo acordaron con los sármatas o contigo? —le preguntó Jusman.

—Olvídate del libro y convoca al consejo. Esta reunión ha terminado —dijo Enuro, dándoles la espalda y volviendo hacia sus soldados.

Los dos hombres miraron al sármata, que se dirigía hacia sus tropas, escoltado por la guardia. Gaffar y Jusman se quedaron solos.

—Has traicionado a tu pueblo —le espetó Jusman.

—Haz lo que dice Enuro si tienes aprecio a tu asquerosa vida —le dijo Gaffar y siguió al sármata.

Estaba anocheciendo y varios fuegos iluminaban el campamento sármata. Gaffar, estaba satisfecho, hasta ese momento todo iba según lo había previsto. Pronto conseguiría su propósito, pero todavía quedaba mucho por hacer. Se dirigió hacia el fuego en el que estaba sentado Enuro con algunos de sus oficiales. Habían clavado pedazos de carne en unos palos y los estaban asando sobre el fuego, el olor a asado despertó el hambre del viejo consejero y sus tripas comenzaron a reclamar algo de atención.

—Saludos, señores —dijo Gaffar—, espero estar invitado a esta sabrosa cena.

—Tenemos algo pendiente —le dijo con acritud Enuro, mientras le entregaba un palo con un pedazo de costilla de cordero clavada.

Gaffar cogió la costilla y se la comió con avidez, cortó otro pedazo de carne, lo clavó en un palo y lo puso al fuego. Estaba disfrutando de ese momento.

—No creas que me he olvidado, pero todavía no he sido nombrado caudillo de la ciudad.

—Estás acabando con mi paciencia —le dijo Enuro mientras miraba al fuego—, el trato era quitar de en medio al inútil de Mushabat y forzar al consejo de ancianos para que te nombren caudillo, y lo hemos hecho. Si ahora deciden que el caudillo sea otro, no será nuestro problema. Quiero el libro y lo quiero ahora.

—Bien, tienes razón, aquí tienes el libro —accedió Gaffar, sacando el libro de una alforja.

El sármata se quedó maravillado ante esa obra de arte. El brillo del libro resplandecía con las llamaradas del fuego, lo tocó suavemente y sintió el frío de las piedras preciosas. Lo abrió y vio que estaba escrito en letras de oro, en un lenguaje que desconocía. Pasó varias páginas en blanco y encontró los nombres de los vencedores del campeonato de la lucha. Volvió a mirar las primeras páginas del libro y miró a Gaffar.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Es el lenguaje de los antiguos yuezhi —le dijo Gaffar mordiendo un pedazo de carne.

—¿Cómo puedo hacer uso de él si no entiendo lo que dice? —le espetó Enuro levantándose de un salto.

Gaffar no se asustó, siguió comiendo su carne sin apartar la mirada del fuego.

—Tendrás que buscarte un traductor.

—¡Me dijiste que con este libro podría conquistar el mundo! —le gritó Enuro levantándole del cuello—. ¡Bastardo me has engañado!

—Y lo dominarás, simplemente tendrás que tener algo más de paciencia y buscar a un traductor —le dijo Gaffar, respirando con dificultad.

—¿Dónde?

—En Kus… Kushan —a Gaffar le empezaba a faltar el aire y casi no podía hablar.

Enuro soltó a Gaffar, que cayó desplomado al suelo casi sin poder respirar.

—Mandarás a alguien a por ese traductor, mientras tanto, me quedaré con algo tuyo de recuerdo —le dijo Enuro descubriendo un puñal de su cinturón.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Gaffar aterrado.

Sin contestarle, Enuro agarró una oreja del masageta y con un certero corte se la cercenó. Gaffar comenzó a sangrar copiosamente gritando de dolor.

—Que te sirva de escarmiento. Al señor de Kutatisi no le va a engañar un perro masageta. Tu oreja mutilada te recordará todos los días que tienes una tarea pendiente conmigo. Si veo que tardas más de lo razonable en encontrar a un traductor, vendré a por la oreja que te queda y posiblemente

no sea lo único que te corte. ¡Ahora vete de mi campamento, bastardo! —le gritó mientras le daba una patada en el estómago.

—Esta noche se reúne el consejo para decidir quién es el nuevo caudillo de Sari —dijo con voz trémula Gaffar—. Te pido, mejor te suplico, que retrases tu partida un par de días, hasta que esté plenamente afianzado como caudillo de la ciudad.

Enuro le miró con desprecio, pero accedió a su solicitud. Tenerle de aliado podría serle útil en el futuro.

—Está bien, si eres nombrado caudillo nos marcharemos en dos días, en caso contrario, mañana al amanecer partiremos. Infórmame esta misma noche, cuando el consejo haya terminado sus deliberaciones.

—Así lo haré, gran señor de Kutatisi.

Gaffar cruzó las murallas de la ciudad y entró en su casa. Sentía un fuerte dolor y el muñón que tenía ahora por oreja no dejaba de sangrar. Cogió una tela, la empapó en vino, y oprimió la herida con la intención de cortar la sangría. Cuando la hemorragia comenzó a remitir, cortó varios jirones de una sábana y se hizo un aparatoso vendaje. Sentía fuertes dolores y se encontraba muy débil. Había menospreciado a los sármatas y ahora estaba pagando las consecuencias. Tenía que pensar en una solución cuanto antes o en pocos meses su vida no valdría nada. No tenía ni esclavos ni amigos, no podía mandar a nadie a Kushan a buscar a un traductor, ni siquiera sabía dónde buscar. Agotado, se tumbó en su camastro e intentó descansar, en pocas horas se reuniría el consejo y debía estar lo más lúcido posible. Sus argumentos deberían convencer al consejo de ancianos para que le nombraran caudillo, pero si eso no era suficiente, la amenaza del ejército sármata debería bastar. Volvió a cambiarse el vendaje, su oreja seguía sangrando.

Pocas horas después, un mensajero acudió al campamento sármata. El consejo de ancianos de Sari había tomado una decisión.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXIII

DOS HOMBRES observaron la escena con atención y tuvieron que hacer denodados esfuerzos para controlar sus emociones. Habían localizado el libro de la lucha y sabían quién lo poseía. Ahora tenían que hacerse con él y con su copia. Su maestro estará orgulloso de ellos.

—Yo seguiré a Enuro e intentaré arrebatarle el libro —dijo Khan-Jiu uno de los yuezhi que le estaba siguiendo—, tú no pierdas de vista a Gaffar. Espérame, cuando regrese, le arrebataremos la copia.

—Está bien, pero no tardes mucho estoy impaciente por volver a casa.

—Pronto volveremos y lo haremos con nuestro libro sagrado.

Los dos hombres sonrieron.

—Volver a casa. ¡Uf, todo un sueño! —exclamó Wonpot—. Estoy deseando que acabe esta pesadilla.

—Es cierto, todos hemos sufrido mucho, incluso nuestro hermano Tiansé ha muerto. Pero nuestro maestro nos necesita ahora más que nunca. Su reputación y honor están en peligro, debemos volver con el libro a nuestra tierra.

—Por eso seguimos aquí cuando escapamos de Sari. El maestro no volverá a Kushan hasta que haya cumplido su misión.

—Y nosotros tampoco —dijo Khan-Jiu—, ahora no pierdas de vista a Gaffar, yo informaré al maestro y seguiré a Enuro.

—Suerte hermano —se despidió Wonpot dándole un fuerte abrazo.

Khan-Jiu se dirigió hacia la profundidad del bosque, mientras que Wonpot se escondió en un lugar oculto cerca de la puerta de Sari. Desde allí podía observar cualquier salida y entrada de la ciudad sin ser visto. Cogió varias bayas y frutos por el camino utilizando su túnica como escudilla.

Sabía que debería estar oculto durante días y necesitaba recoger todos los alimentos que pudiera. No podía permitirse el lujo de dejar escapar a Gaffar mientras buscaba comida. Se encontraba próximo a la puerta, enterró los frutos secos cerca de un frondoso abeto y se subió a él. Protegido por las ramas, tenía una visión perfecta de la puerta de entrada a Sari. Allí esperaría la llegada de su compañero.

Khan-Jiu desapareció como un fantasma entre la vegetación del bosque. Tenía poco tiempo para avisar a su maestro. No quería perder de vista a Enuro, seguirle a él era seguir al libro. Cruzó raudo un riachuelo, intentaba esquivar las ramas y apenas rozaba la hojarasca del suelo. Quería evitar hacer el más mínimo ruido. Después de varias horas de marcha, llegó al lugar secreto donde se encontraba el maestro con Hassalin y el resto de compañeros. El sonido conocido de un búho alertó de su presencia. Sus amigos le habían localizado. Entre los árboles y la penumbra fueron apareciendo los yuezhi.

—¡Maestro, hemos localizado el libro! —exclamó Khan-Jiu en cuanto vio a su maestro sin poder ocultar su emoción.

—Gran trabajo hermano Khan-Jiu —dijo satisfecho Ging-Liu—. ¿Dónde está ahora?

—Lo tiene Enuro, se lo entregó Gaffar. Tal y como tú sospechabas, tiene algo que ver con el robo.

El maestro se quedó pensativo.

—No tengo muy claro que Gaffar tuviera algo que ver con el robo pero, lo que es evidente, es que se está beneficiando, de alguna manera, del mismo. Será mejor que me lo cuentes todo Khan-Jiu, luego sacaremos conclusiones.

Khan-Jiu le dijo que siguieron a Gaffar, cuando salió de la ciudad. Durante semanas viajaron hacia el norte, hacia las tierras desconocidas de los sármatas. No perdieron de vista al masageta ni un solo segundo. Le contó el encuentro de Gaffar con Mushabat en Sarmatia, su regreso a Sari, el asesinato del ermitaño, las hojas de pergamino con caracteres yuezhi, la muerte de Mushabat y, finalmente, la entrega del libro de la lucha a Enuro.

—Le dijo Enuro a Gaffar, que buscara un traductor o era hombre muerto. Como aviso le cortó la oreja —dijo Khan-Jiu.

—Pero Gaffar no sabe dónde se encuentra nuestro templo, es imposible que pueda encontrar a alguien que le pueda traducir el libro. Gaffar es hombre muerto.

Khan-Jiu negó con la cabeza.

—Maestro, Gaffar ha elegido su camino, ahora tendrá que pagar las consecuencias de sus actos.

—Ninguno de nosotros estamos libres de equivocarnos y la muerte es un castigo muy alto —dijo serio Ging-Liu.

—Pero él mató al ermitaño, quién sabe si ha matado a alguien más en su vida.

—No debemos colaborar más en esta barbarie. Consigue el libro pero evita causar ninguna muerte por su culpa —dijo el maestro—. Prefiero que siga en manos de Enuro, antes que tener que matar para arrebatárselo.

Khan-Jiu asintió. Estaba entrenado para matar, pero nunca lo había hecho y la sola idea de segar la vida de un hombre le repugnaba.

—No temas maestro, Enuro no morirá, robaré el libro sin causar más muertes.

Ging-Liu le sonrió agradecido.

—Maestro, debo volver al campamento sármata. Si Gaffar no es nombrado caudillo partirán mañana al amanecer. No quiero perder de vista a Enuro.

—Ve, hermano, y ten cuidado. Nosotros asistiremos a Wonpot hasta tu llegada.

El yuezhi saludó respetuoso a su maestro y se abrazó con el resto de compañeros. Cogió una alforja con agua y alimentos que le entregó Hassalin y se perdió en la oscuridad del bosque.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXIV

AFARAT estaba atendiendo a un enfermo, cuando fue llamado por el rey. Desde que llegaron a Bhakri, se había instalado en los aposentos reservados para el personal de servicio existentes en el palacio. En ningún momento se le trató como a un esclavo. Su principal cometido fue atender las necesidades de la familia real y pasar consulta, una vez por semana, a los ciudadanos de Bhakri.

Se dirigió hacia la sala de audiencias, donde le esperaba el rey. Desde que había llegado a la capital escita, no había dejado en un solo momento de pensar en su familia. Esperaría un tiempo razonable y le pediría a Teuman que le liberara, para poder volver a Nínive y reencontrarse con su mujer y con el pequeño Nabui. Confiaba en que el rey se apiadaría de él, y le concediera esa gracia. Un soldado anunció su presencia y entró en la sala de audiencias. Se encontró con Teuman, que estaba acompañado por un oficial escita.

—Saludos, mi rey —dijo Afarat nada más entrar en la sala.

—Saludos, Afarat, este es Ugaman, viene de Sari y nos trae interesantes noticias —dijo el rey.

Afarat saludó al capitán con un gesto con la cabeza. Ugaman, cogió una bolsa que estaba en el suelo y vació su interior. La cabeza de un hombre rodó por el suelo hasta pararse en los pies del asirio.

—¿Le conoces? —le preguntó Ugaman.

Se agachó y giró ligeramente la cabeza del muerto. A pesar de los claros signos de putrefacción y al incipiente trabajo de algunas larvas necrófagas, no tardó en identificarle.

—Es Mushabat. ¿Dónde le capturasteis?

—Le atraparon los sármatas, que nos lo entregaron a cambio del libro —contestó Teuman.

—¿Y se lo habéis entregado? —preguntó Afarat.

—Es un libro masageta, nosotros se lo guardamos desde tiempo inmemorial, pero si ellos no tienen interés en cuidarlo nosotros tampoco —dijo Teuman—. Simplemente quería la cabeza del asesino de mis soldados, el libro no es mi problema.

—Creo que has cometido un error —dijo Afarat.

—¿Cómo osas insultar a nuestro rey? —le espetó el capitán, desenfundando su espada.

—Tranquilo general, explícate asirio, ¿qué quieres decir? —le preguntó el rey.

Afarat respiró algo más tranquilo cuando Ugaman apartó la espada de su cuello. Recordó sus visitas a la cueva para asistir a los yuezhi y una conversación entre Jusman y Ging-Liu.

—El pueblo que posea ese libro podría dominar el mundo. Creo que no es conveniente para vuestro pueblo que los sármatas lo posean —le dijo Afarat.

—Se lo entregué a cambio de la cabeza de Mushabat, ahora no podemos reclamárselo —dijo Ugaman.

—¿Qué es eso que está escrito en ese libro y que le hace ser tan importante? —preguntó Teuman.

El asirio le contó la conversación que escuchó entre Jusman y Ging-Liu. Cuando terminó, Teuman estaba preocupado. Los sármatas no eran enemigos suyos, entre ambos pueblos había cientos de kilómetros salpicados por ciudades masagetas que le servían como barrera protectora y de alarma en el caso de que los sármatas movilizaran sus ejércitos, pero si tenían el libro en su poder, podrían invadir Masagetia y luego…

—¿Qué hicieron los sármatas cuando les diste el libro? —preguntó el rey.

El capitán meditó sus palabras antes de hablar, recordaba aún la frase del caudillo de Sari recriminándole que les dejaba solos a manos de los sármatas.

—Gaffar era el consejero de Sari que negoció con nosotros la entrega de la cabeza de Mushabat, quería convertirse en el nuevo caudillo de la ciudad y utilizar la presencia de los sármatas para forzar su nombramiento.

—Debiste haberme informado de eso. Los masagetas siempre han sido aliados nuestros y no puedo permitir que el caudillo de Sari esté en deuda con los sármatas —dijo el rey.

—Dejé cien soldados como retén, no creo que los sármatas se atrevan a atacarnos.

El rey negó con la cabeza.

—Veo que no lo entiendes. Puede que ahora no, pero si ese libro es tan poderoso como dice Afarat, esperarán el momento adecuado para hacerlo. Puede que pasen seis meses o seis años, pero cuando se decidan a atacar Sari, tus cien soldados serán insuficientes.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el oficial.

—Volverás a Sari y recuperarás el libro.

—Pero mi rey, los sármatas habrán vuelto a Kutatisi.

—Irás tras ellos si es necesario.

—Yo puedo ayudar, conozco muy bien Sari y a muchos de sus ciudadanos. Podría acompañarle —dijo Afarat.

El rey miró al asirio y asintió.

—Me parece bien, acompañarás a Ugaman a Sari —le concedió el rey.

—Pero hay un problema, sigo siendo esclavo masageta y si vuelvo a Sari me podrían reclamar —dijo Afarat.

Teuman comenzó a reír a carcajadas.

—Muy hábil asirio, muy hábil —el rey se acercó a Afarat, le cogió del hombro y le miró con aprecio—. Hace muchos años tu padre me ayudó, creo que ha llegado el momento de pagar mi deuda. Ugaman, en cuanto llegues a Sari habla con Jusman o quién sea ahora el caudillo y compra la libertad del *asu*.

Afarat sonrió, nunca había visto su liberación tan cerca. Después de años de esclavitud, tenía la posibilidad de recuperar su ansiada libertad. Su corazón latió con fuerza debido a la emoción. El recuerdo de su familia llegó a su mente infundiéndole nuevos ánimos y esperanzas. Recordó la sonrisa de su mujer, su olor, sus caricias, su dulce voz cuando le susurraba

al oído. Recordó a su pequeño Nabui, correteando por el jardín, jugando con sus soldados de terracota y le pareció oír como, en la lejanía, le llamaba papá. Sintió un nudo en la garganta y sus ojos se humedecieron.

—Ayuda a Ugaman a recuperar el libro y luego puedes volver con tu familia a Nínive —le dijo Teuman, dándose cuenta de la emoción que sentía el asirio.

—Gracias mi señor, nunca lo olvidaré.

La ciudad de Sari recibió a la delegación escita con expectación, Ugaman cruzó sus murallas junto con Afarat, acompañado por varios escoltas, el resto de soldados acampó extramuros. Muchos se sorprendieron al ver al asirio, a quien consideraban hombre muerto, y susurraban a su paso. Afarat observaba a los sarianos buscando a su amigo Itbala, pero lo no encontró. La ciudad parecía la misma que había dejado hacia meses. Se dirigieron a la casa del caudillo, donde fueron recibidos por Gaffar.

—Saludos, Gaffar, veo que eres el nuevo caudillo de Sari —dijo Ugaman nada más bajar del caballo.

—Así lo ha decidido el consejo. Saludos Afarat, veo aún sigues vivo —le dijo con acritud el caudillo.

—¿Qué te ha pasado en la oreja? —le preguntó Afarat, mirando la cicatriz que le había dejado Enuro al arrancarle la oreja.

—Fue el precio que tuve que pagar por la libertad de Sari —respondió, tocándose la cicatriz instintivamente con la mano.

—No te entiendo —dijo Ugaman.

Gaffar recordó la reunión del consejo de ancianos. Se encontraba muy débil por la pérdida de sangre, pero era el momento más importante de su vida y no iba a dejar escapar su oportunidad por nada en el mundo. Sí, estaba muy débil, pero encontró la manera de convertir dicha debilidad en la mayor de sus fortalezas.

—Enuro me cortó la oreja por defender a mi pueblo.

—¿Eso le contaste al consejo? —preguntó un incrédulo Ugaman.

El caudillo mantuvo su rostro huraño.

—Le dije la verdad. Enuro estaba dispuesto a destruir la ciudad, independientemente de quién fuera nombrado caudillo. Pero le dije que si era nombrado caudillo, seríamos aliados suyos por encima incluso de los escitas —dijo Gaffar mirando a Ugaman, que le observaba con atención—. Entonces me pidió una prueba de lealtad. Yo le ofrecí mi oreja.

—¿Y convenciste con esa sarta de mentiras al consejo? —preguntó Ugaman.

—Los hechos fueron así, en ningún momento mentí —respondió serio el caudillo.

Ugaman dio una fuerte carcajada y el caudillo le miró desconcertado.

—Eres un hábil mentiroso Gaffar, no dejarás de sorprenderme. ¿Entonces tengo que decirle a Teuman que eres aliado de los sármatas? —preguntó desafiante.

—Miro por el bien de mi pueblo, puedo ser tanto aliado de los sármatas como de los escitas —respondió Gaffar tragando saliva.

—Bien, transmitiré tus palabras a nuestro rey. Te recuerdo que sois la frontera natural entre Escitia y Sarmatia, y que cualquier desequilibro en esta zona conllevará un movimiento de tropas —le dijo Ugaman mirándole a los ojos—. En su momento tendrás que decidir de qué lado estás.

Se produjo un tenso silencio. Ugaman sabía que Gaffar mentía y su oreja mutilada así lo demostraba. Por su parte, el caudillo no quiso insistir en la mentira y no volvió a mencionar a los sármatas.

—Se ve que está mal cicatrizada. ¿No te la curó Itbala? —preguntó Afarat, cambiando de tema.

—¿Itbala? Nadie sabe nada de él. Desapareció un día y no ha vuelto, supongo que estará tirado en algún lugar borracho como siempre. Me la tuve que curar solo —dijo Gaffar con desprecio.

—¿Hace mucho tiempo que desapareció? —preguntó Afarat.

—Según parece, se marchó de la ciudad una fría noche de invierno. Los soldados que estaban de guardia fueron los últimos que le vieron.

Afarat sintió pena por el *shaman*, por desgracia, creía saber dónde se encontraba. Ya le dijo un día que pronto el dios Sol le llamaría. Parecía que ese día había llegado. Sintió pena en su corazón y rogó a los dioses por su alma.

—¿Y Jusman? —preguntó Ugaman.

—Como es norma en nuestro pueblo, tuvo que abandonar la ciudad con su familia, no sé dónde se ha dirigido —contestó Gaffar—. Por favor, entremos en la casa, estoy impaciente por conocer el motivo de vuestra visita. Afarat, puedes esperar fuera, el general y yo tenemos que hablar.

El asirio se detuvo.

—Uno de los temas que tenemos que comentar incumbe a vuestro esclavo, él debe estar presente —le dijo Ugaman.

Gaffar asintió y accedió. Los tres hombres entraron en la casa seguidos por parte de la guardia escita. Se sentaron en unas sillas de madera y unos sirvientes les trajeron *kumis* servido en unas calaveras. Afarat miró con aprehensión su calavera y prefirió beber su *kumis* en una jarra de madera.

—Veo que todavía no has aceptado alguna de nuestras costumbres —le dijo Gaffar.

—Beber en una calavera humana no me parece una costumbre, sino una muestra más de vuestra barbarie —le dijo Afarat.

—Los asirios cometéis las atrocidades más horrendas y luego os sorprendéis por las cosas más nimias.

—Gaffar, el rey me ha ordenado que compre la libertad de Afarat —dijo Ugaman cortando la conversación.

Gaffar miró al capitán con sorpresa. El asirio, no solo aún seguía vivo, sino que además, el rey Teuman estaba dispuesto a liberarle.

—¿Qué interés tiene el rey Teuman en este esclavo? —preguntó extrañado Gaffar.

—Eso no es asunto tuyo, simplemente dame un precio.

—El precio que Jusman pagó por él fue muy alto, si queréis comprarlo os saldrá caro.

—Di el precio —insistió el escita.

—Cincuenta siclos de oro.

—Te daré cincuenta siclos de plata y no tientes tu suerte.

—Vale mucho más —intentó protestar Gaffar.

Ugaman se levantó del asiento y se enfrentó al caudillo de Sari.

—¡Mira bastardo, me has ocultado información sobre el libro y se lo has entregado a los sármatas, por tu culpa he tenido que volver a esta miserable

ciudad y el rey Teuman está enfurecido conmigo! No me provoques, si no quieres que ordene a mis tropas que arrasen tu aldea, o mejor aún, le puedo decir al consejo de ancianos que pactaste con los sármatas la entrega de la ciudad en el caso de que no te nombraran caudillo —le dijo Ugaman fuera de sí—. ¡La decisión es tuya!

—Es… está bien, aceptaré los cincuenta siclos de plata. ¿Qué más os trae por la ciudad? —preguntó temblando.

—Esta misma noche te entregaré el dinero y tú me darás el documento que libera al asirio —le dijo más tranquilo Ugaman.

Afarat sonrió, sentía como el corazón se le salía del pecho. La imagen de su mujer y su hijo apareció en su mente. «Pronto volveré con mi familia», pensó.

—Supongo que no has venido a Sari solo para comprar al esclavo asirio ¿verdad? —le preguntó Gaffar sin ocultar su irritación.

—He venido para recuperar el libro de la lucha que tú has entregado a los sármatas.

—¿Vais a luchar contra los sármatas?

Ugaman miró a Gaffar, no se fiaba de él. Recordaba como un día se presentó en su tienda y le dijo que los sármatas habían capturado a Mushabat, y que se lo entregarían a cambio del libro. Se informó y descubrió que Gaffar era amigo de Mushabat y su más fiel defensor. Había algo que no encajaba en toda esa historia. Le retuvo en el campamento hasta que pudo averiguar sus verdaderas intenciones. Después de unos días, el mismo Gaffar le confesó que su máximo objetivo había sido convertirse en el caudillo de la ciudad. Había apoyado a Hasset durante el tiempo que había sido caudillo, y tras la muerte de Jatmala, padre de Jusman, había defendido la candidatura de Mushabat. Su plan estaba muy sencillo, Mushabat era un joven impulsivo e incompetente, como caudillo habría fracasado y entonces él se erigiría como salvador de Sari, forzando su nombramiento como caudillo. Pero no contaba con el apoyo que Jusman tenía en el consejo y vio como su plan se frustraba. Desde entonces, había apoyado al hijo de su amigo Hasset, con el único objetivo de derrocarle en el futuro y autoproclamarse caudillo. Aparecer en Sari arropado por el ejército sármata le sería muy útil para conseguir su meta. Ugaman

recordaba como toda esa historia le era indiferente. Su misión era capturar al asesino de los soldados del rey, lo demás no le importaba. Lo que le ocurriera al libro, o a la ciudad masageta, no era problema suyo. Ahora era consciente de lo equivocado que estaba.

—No creo que sea necesario, intentaremos llegar a un acuerdo con ellos —dijo Ugaman sin querer dar más información.

—Espero que tengas suerte —le dijo Gaffar, mientras comía un pedazo de cordero asado.

Era una hermosa noche de finales de primavera y las estrellas brillaban con un fulgor casi irreal. Afarat estaba tumbado en el suelo, observando el cielo. Estaba nervioso, impaciente, Ugaman se había reunido con Gaffar para formalizar su compra. Aunque prácticamente estaba todo acordado, se sentía inquieto y el tiempo pasaba lentamente. Se levantó y comenzó a pasear entre los soldados. Un guerrero, que afilaba su espada le saludó con la cabeza, otro reía a carcajadas mientras jugaba una partida de dados, ante la mirada enfurecida de su compañero. Se acercó a un fuego y arrojó una ramita a las llamas. Entonces escuchó una voz que le llamaba.

—¡Afarat! —le gritó Ugaman.

El asirio se giró, su corazón latía con fuerza.

—¿O he de llamarte Kalam? —le preguntó blandiendo un documento.

Afarat fue corriendo hacia el escita, que le entregó su carta de libertad. La leyó rápidamente y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Miró a Ugaman y sin poder resistir tanta emoción, le abrazó. Deseaba abrazar a todo el mundo, después de mucho tiempo se sentía feliz, dichoso. Pensó en su familia, pronto volvería con ellos. Los sacaría del palacio y abandonarían Nínive, iría muy lejos, fuera del alcance de Assarhaddon y sus tropas.

—Bueno, ya tienes el documento que te da la libertad, vuelves a recuperar tu nombre, Kalam —le dijo Ugaman, sonriendo.

—Muchas gracias, hoy es uno de los días más felices de mi vida —dijo, pletórico de felicidad con lágrimas en los ojos.

—Dale las gracias a Teuman, a él se lo debes, no a mí.

Kalam asintió y sonrió.

—Pero recuerda que aún tenemos trabajo por hacer, hasta que no recuperemos el libro no puedes volver a Nínive con tu familia —le dijo Ugaman tocándole el hombro.

—Lo sé, pero por lo menos ahora vuelvo a ser Kalam un hombre libre y no un esclavo. ¿Cuándo partimos a Kutatisi?

—Pasado mañana.

—Mejor, cuanto antes nos vayamos, antes podré volver a Nínive.

La marcha de Ugaman y sus soldados había agradado a Gaffar. La presencia de los soldados escitas acampados fuera de sus murallas, no era precisamente tranquilizadora.

Como cada mañana, caminaba por la muralla de la ciudad, esperando ver en cualquier momento la llegada de las tropas sármatas. Miró hacia el horizonte y vio una caravana de comerciantes, que se dirigía hacia la puerta principal de la ciudad. Observó como uno de los mercaderes se acercaba al jefe de la guardia, y después, ordenaba a sus subordinados que montaran las tiendas. El oficial de guardia les había autorizado a acampar. El líder de la caravana entregó una pequeña bolsa de cuero al soldado que custodiaba la entrada y entró en la ciudad acompañado por dos hombres más. A Gaffar le pareció ver rasgos orientales en aquellos mercaderes y decidió ir a su encuentro.

—Saludos extranjeros —les dijo Gaffar nada más verles. Los mercaderes saludaron bajando la cabeza con desconfianza—. Soy Gaffar el caudillo de Sari —se presentó.

—Saludos, gran señor —dijo más tranquilo el hombre al que Gaffar había identificado como líder de la caravana—, mi nombre es Tsu-Mai y venimos de Kushan.

A Gaffar se le iluminó la mirada al escuchar las palabras del comerciante.

—Excelente, permitidme que os invite a *kumis*. ¿Es la primera vez que venís a Sari?

—Sí, señor, y espero que los negocios sean tan buenos que no sea la última.

Fueron a una taberna donde los yuezhi dieron buena cuenta de varias jarras de *kumis*. Gaffar les preguntó sobre su país, sus costumbres y su idioma. Los yuezhi, muy habladores gracias al efecto del *kumis*, saciaron la curiosidad del caudillo de Sari. Le informaron de la existencia de un templo, donde los monjes son eruditos en lenguas olvidadas. Gaffar hábilmente consiguió que le dibujaran un mapa detallado. Satisfecho, el caudillo les invitó a dos jarras más y salió de la taberna.

Era bien entrada la noche y Gaffar se dirigió hacia la choza de los esclavos. La puerta estaba custodiada por dos guerreros y cerrada con una gruesa cadena. Gaffar ordenó a los guardias que le abrieran la puerta. Cogió una antorcha y entró en la enorme choza. Sintió un fuerte olor a humanidad. Algunos esclavos despertaron y miraron al caudillo con temor. Cuando alguien entraba en la choza de los esclavos a media noche, habitualmente era para saciar sus más ocultos instintos sexuales. Gaffar miró a los esclavos hasta que encontró lo que buscaba.

—Puedes irte y cierra la puerta —ordenó al guerrero que le acompañaba.

Se dirigió hacia un esclavo que estaba acompañado por una mujer y un niño de unos tres años, que dormía plácidamente. El esclavo le miraba con pavor, era un hombre menudo con rasgos orientales y el pelo muy fino.

—¿Tú eres Madú? —le preguntó.

—Sí, mi señor —respondió el esclavo humillando la cabeza.

—Dicen que vienes de regiones remotas de oriente.

—Provengo de una pequeña aldea del lejano reino de Kroraina.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

El esclavo miró a su mujer y a su hijo con tristeza.

—Llevó aquí más de diez años, fui vendido por comerciantes yuezhi. Es un vago recuerdo, como una lejana pesadilla —el esclavo hizo memoria—. Hace muchos años, unos bandidos arrasaron mi aldea. La saquearon e incendiaron casa por casa, muchos de mis paisanos murieron, pero a los hombres y mujeres jóvenes nos esclavizaron y vendieron a los yuezhi.

—Te voy a dar la oportunidad de recobrar la libertad —le dijo Gaffar en voz baja poniéndose de cuclillas.

A Madú le brillaron los ojos.

—¿Qué tengo que hacer?

Gaffar, sacó un papiro de los pliegues de su ropa y se lo entregó.

—Quiero que vayas a esta ciudad y me traigas a uno de los monjes de su templo.

Madú conocía parte del camino, pero el resto le era totalmente desconocido. Pero no le preocupaba, la posibilidad de volver a ser libre borraba de su mente cualquier tipo de inquietud.

—¿Qué quieres que le diga? ¿Cómo puedo convencerle para que me acompañe?

—Dile la verdad.

—¿Qué verdad?

Gaffar cogió al niño en brazos y este se despertó. El bebé comenzó a gimotear frotándose los ojos con las manos. Cuando vio que un hombre desconocido le tenía en brazos, comenzó a llorar y alargó los brazos hacia su padre. Gaffar se lo entregó a Madú.

—Un niño precioso —dijo Gaffar sonriendo—. Dile al monje que tu familia esta esclavizada y que la única manera de liberarles es llevarle a la ciudad de Sari. También dile que como no vuelvas en menos de un año, tu hijo y tu mujer morirán —su sonrisa despareció.

El esclavo le miró aterrorizado, enseguida se dio cuenta de que el masageta hablaba en serio. Su mujer, horrorizada por las palabras del caudillo, se tapó la cara con las manos.

—¿Cuándo he de partir? —preguntó abatido.

—Ahora mismo. Toma esta bolsa, en ella hay diez siclos de plata y treinta de bronce, haz un buen uso del dinero y regresa lo más pronto que puedas. Creo que en cinco o seis meses deberías estar de vuelta pero, seré benevolente contigo, te esperaré hasta el último día del invierno. Toma también esta alforja hay comida suficiente para varios días.

Madú abrazó a su mujer y besó a su hijo, que estaba dormido en el regazo de su madre. Tenía el corazón en un puño, la vida de su mujer y su hijo dependían de él. Viajaría a tierras extrañas y peligrosas, y debía volver con un monje yuezhi. La tarea no era fácil, pero haría todo lo posible por conseguirlo, aunque le costase la vida.

A Wonpot le llamó la atención que Gaffar se dirigiera hacia la choza de los esclavos a esas horas de la noche. Pensó que quizá buscase los servicios sexuales de alguna desgraciada esclava, aún así, permaneció atento y no perdió detalle cuando a los pocos minutos, salió de la choza junto con un esclavo. Se dirigían hacia la puerta de la ciudad. Gaffar no dejaba de hablar, parecía que le estuviera dando algún tipo de instrucción, el hombrecillo le escuchaba con atención y asentía constantemente. El caudillo se acercó al oficial de guardia y este permitió al esclavo salir de la ciudad. Madú abandonó Sari a toda prisa, mientras que Gaffar le observaba desde la puerta. Cuando le perdió de vista, se dirigió hacia su choza. Wonpot no lo dudó, rápidamente bajó de su escondrijo y siguió al esclavo.

El castillo de Enuro era realmente formidable. El grosor de sus murallas permitió la construcción de un pasadizo en su interior, para que los soldados pudieran desplazarse de una forma mucho más ágil. Tenía cuatro torres defensivas y la colosal altura de la torre del homenaje permitía divisar al enemigo a decenas de kilómetros. Construida en una loma y rodeada por un foso, era prácticamente inexpugnable. En la torre del homenaje tenía Enuro sus aposentos.

El señor de Kutatisi contemplaba el libro con admiración. Era una auténtica obra de arte. Si además contenía los conocimientos que le había dicho Gaffar, se trataba de una obra de incalculable valor. Tocó con cuidado sus piedras preciosas y el suave cuero de la cubierta. Lo abrió, y allí aparecieron los caracteres ininteligibles que le daban su poder. Pasó algunas hojas y comenzó a leer los nombres de los campeones de la lucha. Se preguntaba si Gaffar sería capaz de conseguir un traductor. Negó con la cabeza. La próxima primavera mataría al caudillo de Sari, y él mismo mandaría emisarios a las lejanas tierras de Kushan en busca de un traductor. Cerró el libro y lo guardó en un arcón. Era una noche calurosa, se acercó a la ventana buscando un soplo de aire fresco.

—Entrégame el libro y no te haré daño —dijo una voz a su espalda.

Enuro se giró de golpe y se encontró ante un hombre vestido con una túnica marrón con capucha.

—¿Quién diablos eres? —preguntó confuso Enuro, echando mano de su espada.

—No quiero hacerte daño, simplemente quiero que me entregues el libro —dijo con calma Khan-Jiu.

—¿Cómo has llegado a mis aposentos? —El señor de Kutatisi estaba perplejo, no podía entender como ese hombre había burlado la guardia y entrado en su habitación sin problemas.

El monje se acercó lentamente a Enuro y dirigió sus brazos hacia él levantando las palmas de las manos.

—Por favor, solo quiero el libro. No quiero hacerte daño, ya ha habido demasiadas muertes.

Enuro desenvainó su espada y se dirigió hacia el extraño. Khan-Jiu esquivó sin problemas los mandobles del sármata que se veía una y otra vez superado por un hombre desarmado. Después de varios minutos de infructuoso ataque, Enuro se detuvo. Estaba agotado. Miró a su rival y vio que estaba completamente fresco. Cogió aire y volvió a atacar al monje que volvió a esquivar sus ataques una y otra vez. Enuro estaba desesperado.

—¿Quién eres? —preguntó entre jadeos.

—Solo un hombre.

—Nunca había visto una forma de luchar semejante.

—Entrégame el libro por favor, no quiero hacerte daño —suplicó el monje.

Estaba agotado, había atacado con todas sus fuerzas al monje y no le había hecho ni un rasguño. Enuro era un gran guerrero, en su larga vida militar había matado a decenas, casi a cientos de hombres, pero no era capaz de rozar al extraño que además, estaba desarmado.

—No podrás escapar, cuatro soldados protegen la puerta de mi estancia.

—Tus hombres duermen plácidamente, para mí será tan fácil salir como entrar.

—¿Qué gano si te entrego el libro?

—Tu vida, ¿te parece un buen precio?

El sármata comenzó a reír a carcajadas dando la espalda al monje. Sigilosamente, cogió una daga que tenía oculta en el cinturón, rápidamente se giró y se la lanzó con todas sus fuerzas. Sus esperanzas de victoria estaban depositadas en el frío hierro del puñal, pero fracasó.

—No debiste hacer eso —le dijo el monje portando su daga en la mano.

Enuro estaba desconcertado. Khan-Jiu había cogido la daga al vuelo y ahora la tenía en su poder. El sármata no había visto nada igual en su vida. Tiró su espada al suelo y sonrió.

—Asombroso, realmente asombroso. El libro es tuyo —dijo Enuro dirigiéndose al arcón.

El sármata sacó el libro del arcón y se lo entregó al monje.

—Creo que merezco que me digas quién eres.

—Soy Khan-Jiu y soy yuezhi.

—Entiendo, entonces vienes a por lo que es tuyo —reconoció Enuro.

—Pertenece a mi pueblo. Te agradezco que me lo entregues.

—Has sido valiente y has luchado con honor. No puedo hacer otra cosa que entregarte lo que es tuyo. Si lo deseas, mis hombres te escoltarán hasta la frontera.

—No es necesario —dijo Khan-Jiu—, conozco el camino y sé cuidarme de mí mismo.

—No lo dudo.

Enuro se le acercó y le ofreció su mano que fue aceptada con agrado por el monje.

—Te deseo suerte y espero que vuestro pueblo sepa hacer buen uso de ese libro.

—Es un libro de paz, no de guerra y nosotros somos gente de paz. Con nosotros está en buenas manos. Ahora debo marcharme, mi maestro me espera.

—Ve en paz, ordenaré a mis hombres que te dejen marchar.

Miró al monje con admiración, sonrió y abrió la puerta de su estancia. Fuera, cuatro hombres yacían en el suelo.

—No te preocupes, simplemente duermen. En un par de horas despertarán y solo tendrán un fuerte dolor de cabeza.

Enuro sonrió, bajó las escaleras de la torre del homenaje y acompañó al monje hasta la puerta del castillo. Los soldados le miraban sorprendidos y se preguntaban quién era ese hombre y de dónde había salido.

—Te deseo suerte amigo, espero que pronto te encuentres con tu maestro —se despidió sincero Enuro.

Se estrecharon las manos y sonrieron. El monje hizo un leve gesto con la cabeza y se fue corriendo hacia el sur. Enuro le observó con atención. Parecía que no corría, sino que flotaba sobre el suelo. Era un espectáculo casi mágico.

—Increíble, realmente increíble —susurró Enuro, mientras veía a Khan-Jiu como se perdía en el horizonte.

Era noche cerrada y todavía faltaban varias horas para que el sol asomara por el horizonte. Madú caminaba rápido. Se dirigía al este, orientado por las estrellas. En su mente solo había un objetivo; encontrar a un yuezhi que pudiera traducir el libro de Gaffar, y no cejaría en su empeño hasta encontrarlo, la vida de su familia dependía de ello. A pesar de llevar varias horas de rápida marcha, no estaba cansado, le esperaba un largo viaje y quería llegar cuanto antes a las lejanas tierras de Kushan. El recuerdo de su familia le infundía suficientes fuerzas para no desfallecer. Subía un sendero angosto y empedrado cuando le pareció ver, a lo lejos, una figura humana. Frenó prudentemente su paso y caminó con precaución. La figura estaba sentada con las piernas cruzadas en una gran roca en la linde del camino. No parecía un bandido pero, por precaución, evitó seguir por el sendero y prefirió continuar por el bosque. Después de varios minutos, y cuando estaba convencido de haber dejado atrás al desconocido, volvió al sendero. El sol comenzaba a asomar por el horizonte y decidió hacer un breve descanso. Se sentó en una piedra, comió algo de queso, pan y bebió agua de un pellejo. Observó con atención el nacimiento del sol. Era un amanecer muy bello. Durante unos instantes se sintió libre y feliz, pero el recuerdo de su mujer y su hijo, presos y esclavizados por los masagetas, volvió a su mente oprimiendo su corazón.

Se levantó y reanudó su camino.

—Quizá deberías descansar, son muchas horas de dura marcha.

Madú se sobresaltó al oír la voz. Miró hacia todos los lados, pero no vio nada. El incipiente sol le cegaba y todo a su alrededor eran sombras.

—A decir verdad, yo también estoy un poco cansado.

—¿Quién eres? —preguntó asustado, mirando a su alrededor.

—No temas, no voy a hacerte ningún daño.

Madú cogió una piedra del suelo, estaba aterrado.

—Muéstrate si es cierto que no quieres hacerme ningún daño.

—Pues aquí estoy —dijo una voz a su espalda.

En un gesto instintivo, Madú arrojó la piedra contra Wonpot que la esquivó con dificultad.

—¡Eh, ten cuidado, eso puede hacer daño! —protestó Wonpot.

—¿Quién eres? —preguntó asustado Madú.

—Soy Wonpot —se presentó el yuezhi haciendo una pequeña inclinación con la cabeza—. ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Madú y soy esclavo de la ciudad de Sari.

—¿Qué hace un esclavo tan lejos de Sari? ¿Acaso estás intentando escapar?

—¡No! —exclamó Madú, temiendo que Wonpot fuera un cazarrecompensas—. Tengo un importante encargo de Gaffar, señor de la ciudad.

—¿Qué encargo es?

Madú dudó si contestar, no sabía quién era la persona que tenía delante y cuáles eran sus intenciones.

—Lo siento, no puedo decírtelo —contestó.

—No temas, soy amigo. No voy a hacerte ningún daño, soy monje yuezhi y estamos en contra de cualquier tipo de violencia.

—¿Has dicho yuezhi? —preguntó emocionado Madú.

—Sí.

—Gaffar me ha encargado que vaya a la ciudad de Gushi en Kushan y allí localice algún monje para llevarlo a Sari.

—¿Para qué quiere Gaffar un monje de Kushan?

—No lo sé.

Wonpot sonrió.

—Pues amigo, tu viaje ha terminado. Soy monje yuezhi —le dijo tocándole el hombro—, hoy es tu día de suerte. Te acompaño a Sari.

El esclavo no cabía de gozo. Su viaje de varios meses había durado apenas unas pocas horas. Los dioses le sonreían, no podía creer la suerte que tenía. Casi con lágrimas en los ojos, iniciaron el camino de vuelta a la ciudad masageta.

Llegaron a Sari antes del anochecer, pero Wonpot decidió que entrarían en la ciudad bien entrada la noche. No quería ser visto. Por precaución y para no ser reconocido por los soldados de guardia, Madú entró solo en la ciudad. Wonpot decidió entrar trepando por las murallas. Acordaron encontrarse en la casa de Gaffar.

El caudillo dormía plácidamente cuando un ruido le sobresaltó. Alguien estaba llamando a su puerta. Desconfiado, cogió un puñal antes de acercarse a la entrada. Preguntó quién era y cuando oyó la voz de Madú, se extrañó, pensaba que ya estaría a varios kilómetros. Abrió la puerta y se encontró con la sonrisa del esclavo.

—¿Qué haces aquí estúpido? —le espetó el caudillo con el puñal en la mano.

—Señor, he cumplido lo que me pedisteis.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confuso.

—Quiere decir que aquí está el monje de Kushan, que ordenaste que trajera —dijo Wonpot entrando en la casa.

Gaffar enseguida reconoció al monje, como uno de los apresados por el robo del libro de la lucha. Se le heló la sangre. Wonpot entró en la casa junto con Madú y cerró la puerta atrancándola con un madero.

—Bueno, ya me ha comentado Madú que tienes a su familia esclavizada y que si no traía ante tu presencia a un monje yuezhi en menos de un año, su hijo moriría ¿es eso cierto? —preguntó Wonpot.

El caudillo calló. Su corazón latía con fuerza y no dejaba de mirar al suelo.

—Madú ha cumplido su palabra y ahora es el momento de que tú cumplas la tuya. Quiero que escribas un documento que acredite la libertad

de Madú y su familia —ordenó el yuezhi.

Sin dudarlo un segundo, Gaffar cogió un pergamino y comenzó a escribir. Cuando hubo terminado, se lo entregó a Madú.

—Dale esto al soldado que custodia la choza de los esclavos y te entregará a tu familia. Eres libre —le dijo Gaffar.

Madú tenía los ojos empapados en lágrimas, miró con gratitud a Wonpot.

—Ve con tu familia y marcha lejos de aquí —le dijo sonriendo el monje.

—No sé cómo darte las gracias por lo que has hecho —dijo Madú, que ya no podía contener más las lágrimas y se abrazó al yuezhi.

—Bueno, bueno, tranquilo, no tardes más tiempo y vete con tu familia —le dijo emocionado el monje, metiéndole en el bolsillo de su túnica varios siclos de plata sin que Madú se diera cuenta.

Wonpot abrió la puerta para que Madú pudiera salir y volvió a cerrarla.

—Aquí tienes lo que querías, un monje yuezhi ahora dime ¿para qué me necesitabas?

Gaffar no dijo nada.

—Supongo que tendrá algo que ver con el libro de la lucha o mejor dicho con su copia.

El caudillo miró sorprendido al monje. ¿Cómo era posible que supiera de la existencia de una copia del libro? Pensó que era inútil ofrecer más resistencia. Resignado a su suerte, se levantó, cogió una escudilla y bebió un poco de agua. Ya más tranquilo, dejó la daga en la mesa y se dirigió a un viejo arcón de madera. Lo abrió y extrajo un libro con los lomos de cuero. El monje le observaba con atención, cuando vio el libro enseguida supo de qué se trataba.

—¿Hay más copias? —preguntó Wonpot.

—No, es la única que existe —le dijo Gaffar entregándole el libro.

Wonpot cogió el libro y lo abrió.

—Querías que te lo tradujeran, ¿verdad?

—Tanto este libro como el original.

—Supongo que no tendrás inconveniente en que me lo lleve.

Gaffar negó con la cabeza.

—Me alegro, es lo más prudente por tu parte. Creo que ha llegado el momento de marcharme. Por tu bien, espero que no avises a la guardia y nos dejes marcharnos tanto a Madú como a mí de esta ciudad.

—Descuida, no tengo ninguna intención de alertar a la guardia.

El monje asintió y salió de la casa de Gaffar con el libro. Trepó las murallas y salió de la ciudad de Sari. Después, subió al árbol que otras veces le había servido de escondrijo y observó como Madú salía de la ciudad acompañado por su familia. Andaban rápido, querían alejarse todo lo que pudieran de la ciudad, no fuera que Gaffar cambiara de opinión y enviara a los soldados para capturarles. Wonpot los siguió durante varios kilómetros para asegurarse que no fueran apresados. Los veía marcharse felices y durante unos instantes sintió envidia de ellos. Como monje, nunca sabría lo que es crear una familia, tener un hijo o amar a una mujer. Miró como Madú se echaba mano del bolsillo de su raída túnica y sacaba unas monedas. El esclavo se giró esperando ver al monje yuezhi pero no le vio. De sus ojos brotaron unas lágrimas de agradecimiento. Le mostró las monedas a su mujer y se abrazaron.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXV

LA DELEGACIÓN escita emprendió su camino hacia Kutatisi. Le esperaba un largo viaje por las abruptas tierras sármatas. Kalam cabalgaba junto a Ugaman a quién, después de varias semanas de marcha, había cogido afecto. A pesar de su gesto serio y huraño, recordaba la felicidad que reflejaba su rostro cuando le entregó los documentos que le concedían la libertad. Después de varios años, volvía a ser Kalam, el *asu* de Asiria y podía olvidarse para siempre de Afarat, el esclavo. Se sentía feliz, sabía que en pocos meses regresaría a Nínive y podría volver a ver a su familia. Sin darse cuenta, comenzó a sonreír.

—Se te ve contento —le dijo Ugaman.

—Estoy pensando en mi familia, pronto me reuniré con ellos.

—Bien te lo mereces amigo, espero que pronto consigamos el libro y puedas volver con ellos.

Ambos hombres encabezan la delegación escita que tenía que negociar la compra del libro de la lucha a los sármatas. Les acompañan veinte jinetes, todos ellos soldados experimentados bien armados y protegidos con cotas de maya.

—¿Qué harás cuando vuelvas a Nínive? —le preguntó Ugaman.

Kalam sabía a qué se refería. Le había contado que Assarhaddon le había enviado a la campaña contra los cimerios posiblemente para quitárselo de en medio y poder así, yacer con su mujer, o por lo menos eso creía él. Debía ser prudente en su vuelta a la capital asiria.

—Entraré en la ciudad sin ser reconocido. Me uniré a un grupo de comerciantes o campesinos. Debo estar seguro de que Assarhaddon no tiene nada en contra mía.

—¿Y si lo tiene?

—En tal caso, cogeré a mi familia y huiré de Nínive, y de Asiria. Iré allí donde Assarhaddon nunca pueda encontrarme.

—Espero que no sea necesario, pero estoy seguro que el rey Teuman no tendrá ningún inconveniente en aceptarte a ti y a tu familia en su corte. Un gran médico siempre es bien recibido.

—Gracias amigo.

Un ruido en la retaguardia de la delegación les distrajo de la conversación, un jinete había caído al suelo. Oyeron un agudo silbido y una flecha, surgida de la espesura, alcanzó en el cuello a otro escita haciéndole caer inerte al suelo.

—¡Protegeros, nos atacan! —exclamó Ugaman desenfundando su espada.

Tras un grito ensordecedor, comenzaron a bajar de los árboles decenas de hombres vestidos toscamente con pieles. Armados con bastones y mazos, protegían sus cabezas con cascos de cuero con cuernos.

—¡Bandidos alanos! —gritó uno de los jinetes.

Los alanos golpearon con fuerza a los desprevenidos escitas. Dando feroces gritos, intentaban amedrentar a sus enemigos. Un bandido cayó encima de Ugaman haciéndole descabalgar, los dos hombres lucharon cuerpo a cuerpo hasta que el escita, mucho más hábil que su enemigo, consiguió ensartarle con su espada. Kalam desenvainó su arma y se dirigió con su caballo hacia un bandido, que golpeaba a un jinete escita con una enorme maza, intentando derribarle de su montura. Con un solo tajo consiguió matarle y el jinete escita le sonrió agradecido. Pero los alanos les superaban por mucho en número. Los escitas luchaban con bravura, pero por cada bandido muerto, tres ocupaban su lugar.

—¡Debemos escapar o moriremos todos! —gritó Ugaman, subiendo de nuevo en su caballo.

Se oyeron varios silbidos y tres escitas más cayeron al suelo abatidos por los arqueros alanos. Estaban por todas partes. De la espesura del bosque, y gritando como si estuvieran poseídos por el peor de los demonios, aparecieron más alanos portando enormes bastones. Los jinetes escitas intentaron escapar, pero era demasiado tarde. Les habían rodeado con redes

y no tenían escapatoria, solo les quedaba luchar por sus vidas. Viendo lo desesperado de la situación, Ugaman intentó organizar a sus hombres y cargó contra los alanos provocando un gran número de bajas. Pero los bandidos no se daban por vencidos. Con sus bastones comenzaron a golpear las patas de los caballos quebrándolas y provocando la caída de los jinetes. Una vez en el suelo, y como si de una jauría de lobos se tratara, los alanos caían sobre los desgraciados escitas golpeándoles hasta la muerte.

—¡Ugaman, a tu espalda! —gritó desesperado Kalam.

Fue demasiado tarde. Cuando Ugaman se giró, solo pudo ver como un grupo de alanos la emprendieron a bastonazos con su caballo hasta que cayó mal herido al suelo. El escita cayó con él. Intentó levantarse, pero su pierna izquierda quedó aprisionada por el peso de su montura. Inmovilizado en el suelo, vio con horror como una jauría de alanos se dirigía a él con los bastones levantados. Kalam azotó a su caballo y se dirigió hacia Ugaman, pero llegó tarde. Los alanos la emprendieron a golpes con el capitán escita destrozándole la cabeza.

—¡No! —gritó Kalam, mientras se enfrentaba con todas sus fuerzas con los bandidos.

—¡Matadle! —ordenó el que parecía ser el líder de la banda.

Kalam se vio rodeado de bandidos que le amenazaban con sus bastones y mazas de madera. Miró a su alrededor y pudo ver que era el único superviviente. Los cuerpos de los escitas yacían inertes junto a sus caballos. El líder de los alanos dio un desgarrador grito y varios bandidos se abalanzaron sobre él. Intentó defenderse, pero todo fue inútil, los alanos eran muy numerosos y jugaban con él, como el gato juega con el ratón. Sintió un fuerte dolor, un alano le había golpeado con una maza rompiéndole la pierna derecha. El dolor era insoportable, dio un par de mandoblazos al aire para mantener la distancia ante las risas de los alanos, que comenzaron a imitarle burlándose de él. Un bandido se le acercó por la espalda, le agarró y le tiró al suelo. Cayó a tierra con mala fortuna y golpeó el suelo con su pierna rota. Dio un grito desgarrador, se llevó las dos manos a la pierna y pudo tocarse el hueso. Sangraba copiosamente. Los alanos le rodearon mientras se reían. Kalam les miró desde el suelo.

—¡Quietos bastardos, este es mío! —ordenó el que parecía el líder, y los alanos abrieron el círculo dejándole paso.

Kalam observó al jefe de los alanos. Era un gigante de cerca de dos metros, tenía una larga barba y los ojos inyectados en sangre. Tendría alrededor de treinta años y era una enorme mole de puro músculo. El asirio observó con terror como el alano se situó delante de él, levantó su enorme maza y la bajó dando un grito ensordecedor. La oscuridad le envolvió y con ella un profundo silencio. Todo había terminado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXVI

LA CIUDAD de Gushi estaba emplazada en un oasis en medio de un erial. Situada en la depresión del rio del mismo nombre, estaba rodeada por el desierto y se aprovisionaba de agua a través de pozos, tuberías subterráneas, canales y pequeñas presas, que se abastecían del agua procedente del deshielo de las montañas circundantes. Gushi era un auténtico vergel, la mano del hombre había dominado el líquido elemento permitiendo, que en medio del desierto, se pudieran cultivar numerosos tipos de frutas y verduras. Rebaños de cabras y ovejas pastaban libres por la depresión protegidos de los vientos áridos y calurosos de la meseta. Los ciudadanos de Gushi eran principalmente pastores y campesinos, que cultivaban con esmero sus pequeñas parcelas.

Tallado en la roca de uno de los acantilados que bordeaban la ciudad, se encontraba el templo de los monjes de Kushan. Se accedía a él a través de una estrecha y serpenteante escalera y estaba compuesto por varias decenas de cavernas e infinidad de galerías. Protegido del calor exterior, el templo estaba fresco y limpio, estando constantemente ventilado gracias a innumerables ventanucos que daban al exterior. Allí los monjes vivían, rezaban y hacían sus ejercicios, tanto físicos como espirituales.

En una de las salas de la cueva se encontraba Ging-Liu, curando a un enfermo. La habitación estaba levemente iluminada por unas pocas velas. Sobriamente decorada, el mobiliario lo componía un camastro, una mesa pequeña y un viejo arcón. El monje prendió un poco de incienso y lo dejó cerca del paciente, luego frotó sus manos y las colocó sobre su pecho. Rezó una plegaría y salió de la habitación. Fuera le esperaba uno de sus acólitos.

—¿Algún cambio, maestro? —preguntó su alumno.

—Ninguno, debemos esperar y rezar.

—Maestro, ya son seis meses en este estado.

—Lo sé hermano, pero cada día que pasa es un triunfo. Si dios hubiera querido llevárselo, lo habría hecho ya —dijo Ging-Liu.

—A decir verdad, ya es un milagro que haya llegado vivo a Gushi. El maestro confirmó con la cabeza.

—Dios tiene un propósito o una misión para él —dijo pensativo el monje—, estoy seguro que sobrevivirá a esta experiencia.

Ging-Liu salió del templo y se dirigió a la ciudad. Hacía pocos meses que había vuelto de Sari, y desde entonces, era aún más admirado y respetado por su pueblo. Después de su larga ausencia y cuando todos le daban por muerto, había regresado, y no solo eso, si no que lo había hecho trayendo consigo el sagrado libro del pueblo de Kushan. Su cojera delataba que no había sido un viaje fácil, y que el precio que habían pagado sus monjes y él había sido muy alto. Ging-Liu recordaba el compañero muerto. Había sido decapitado para forzarle a hablar. Meditaba si hizo lo correcto, si podría haber evitado la muerte de su alumno. Sintió pena en el corazón. Paseaba por uno de los canales que abastecían de agua a la ciudad, acercó su mano a la acequia y bebió un poco de agua. Se maravilló de la grandeza del hombre, que era capaz de crear un paraíso en medio del desierto. Relajado por el sonido del agua se sentó en una roca, cruzó sus piernas y comenzó a meditar.

—¡Maestro, maestro, ha despertado! —le gritó a lo lejos uno de los aprendices, cuando llevaba apenas unos minutos de meditación.

El aprendiz se detuvo cuando vio que su maestro estaba meditando. Ese momento era sagrado para los monjes. Ging-Liu, abrió los ojos y sonrió al monje, que estaba exhausto después de la carrera que se había dado para avisarle.

—Maestro, el asirio ha despertado —dijo más tranquilo el monje cogiendo aire.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Ging-Liu incorporándose.

—No, simplemente ha abierto los ojos y los ha vuelto a cerrar.

—¿Está dormido en estos momentos?

—No lo sé maestro, estaba cambiándole la ropa de cama cuando abrió los ojos, enseguida pregunté dónde estabas y salí en tu busca.

Ging-Liu aligeró el paso, quería comprobar en qué estado se encontraba el asirio. Cuando le encontraron, tenía la pierna rota y un golpe muy fuerte en la cabeza, además de numerosas contusiones. Le habían apaleado hasta que le dieron por muerto. Perdió mucha sangre y temía que pudiera sufrir alguna secuela física o mental. Preocupado, entró en la sala y se encontró al asirio dormido, y a su lado velaba un monje.

—¿Ha vuelto a despertar? —preguntó inquieto Ging-Liu.

—Sí, maestro, un par de veces. Abre los ojos y los vuelve a cerrar.

Ging-Liu se acercó al asirio y le tocó la frente. Por lo menos no tenía fiebre, temía que su cambio de estado se debiera a algún tipo de delirio provocado por la calentura. Cogió un vaso de agua y le dio de beber. Kalam dio algunos sorbos, y el resto del agua se desparramó por su cuello. El maestro le limpió con cuidado.

—Esta noche velaré por él —dijo Ging-Liu—, podéis marcharos.

Los dos monjes obedecieron y salieron de la sala dejando a su maestro junto al extranjero. Ging-Liu permaneció atento a cualquier movimiento del asirio durante horas. Llegó la noche y el enfermo seguía sin hacer un solo movimiento. El maestro estaba preocupado y comenzó a pasear por la pequeña sala. Sabía que tenía que controlar sus sentimientos, pero en ciertos momentos y a pesar del duro entrenamiento al que había sido sometido, le costaba un gran esfuerzo hacerlo. Cansado, cayó vencido por el sueño y se durmió.

Un ruido le sobresaltó, se sorprendió al haberse quedado dormido. Pensó que se estaba haciendo mayor. Miró al suelo y vio un vaso en el suelo. Se había caído de la pequeña mesa que estaba al lado del camastro del asirio. Se levantó y cogió el vaso, lo colocó en la mesa y miró al asirio, que permanecía dormido. Algo le extrañó, recordaba que le había tapado con una manta pero el brazo derecho del asirio estaba al descubierto. Sin duda lo había movido.

—Despierta Afarat, estás entre amigos —le dijo con voz muy suave.

Kalam permanecía con los ojos cerrados en silencio.

—Ya llevas demasiado tiempo dormido. Tienes que despertar si quieres curarte —volvió a decirle, tocándole ligeramente la frente.

El asirio abrió los ojos.

—Bien amigo, despierta, no tienes nada que temer —le dijo Ging-Liu con los ojos húmedos.

—¿Dónde estoy? —preguntó Kalam en un susurro.

—Estás entre amigos, ¿no me recuerdas?

El asirio miró al anciano que tenía delante. Tenía la sensación de haberle visto antes pero no le recordaba. Negó con la cabeza.

—Es lógico, ha pasado mucho tiempo y has sufrido un fuerte golpe. Ahora descansa, ordenaré que te traigan caldo de gallina. Mañana seguiremos hablando.

—Mi… mi nombre es Kalam, no Afarat —dijo con dificultad.

—Kalam es tu nombre de hombre libre, me lo dijiste en Sari…

—Soy un hombre libre —le interrumpió el asirio.

—Me alegra oír esta noticia —sonrió sincero Ging-Liu—. Descansa amigo, creo que tenemos mucho de qué hablar.

Al día siguiente Ging-Liu fue a visitarle. Le auscultó y pudo comprobar que no podía mover las piernas y que los brazos los movía con dificultad. Comenzó a hablar con él, pero Kalam le respondía casi siempre con monosílabos. Tenía enormes dificultades para hablar y apenas pronunciaba unas palabras se fatigaba. Le quitó la manta y observó la pierna que tenía rota. Una enorme cicatriz señalaba claramente por donde se había quebrado. Cogió la pierna y la levantó. Intentó doblarla suavemente pero Kalam dio un fuerte grito. Pasarían muchos meses si no años, hasta que el asirio pudiera recuperarse de la paliza recibida. Si es que lo conseguía algún día.

—Veo que no puedes mover las extremidades inferiores y tienes dificultades con las superiores. También sufres fuertes dolores, ¿me has reconocido o todavía no sabes quién soy?

Kalam negó con la cabeza.

—Bueno, ese puede ser un problema menor. Cuando alguien recibe un golpe fuerte en la cabeza a veces sufre amnesia. Es posible que comiences a

recordar en cualquier momento —dijo el maestro, con más fe que convencimiento.

—¿Dónde estoy? —preguntó Kalam, con voz trémula.

—Estás en Kushan, un país muy lejano del tuyo, Asiria, ¿recuerdas tu país?

—Sí, claro. Recuerdo mi país y muchas cosas más —intentó hacer memoria—. Lo último que recuerdo fue el ataque de los bandidos alanos. Todos murieron. Recuerdo que estaba en el suelo rodeado…

—Ahora descansa, —le interrumpió Ging-Liu tocándole el hombro, no quería que ningún pensamiento negativo aflorara en su cabeza— ya tendrás tiempo de recordar muchas cosas. Vamos a comenzar tu tratamiento de rehabilitación, será largo y doloroso, pero creo que en pocos meses volverás a estar como nuevo.

—Debo volver a Nínive, con mi mujer y mi hijo —susurró el asirio.

Ging-Liu, sonrió.

—Bien, veo que recuerdas a tu familia. Al único que no recuerdas es a mí —dijo soltando una carcajada—. No te preocupes, volverás con tu familia y nosotros te ayudaremos, pero antes, debes curarte por completo. Lo primero que vamos a hacer es aliviar tus dolores musculares.

El maestro cogió un pequeño recipiente de barro y vertió en su mano un líquido transparente con olor a espliego. Frotó con fuerza sus manos y luego comenzó a masajear la pierna herida del asirio.

—Soy médico —le dijo Kalam.

—Lo sé —dijo Ging-Liu sin dejar de masajearle.

—Ese líquido contiene espliego ¿verdad?

—Efectivamente, es muy útil para combatir el dolor. Hemos macerado espliego con alcohol durante quince días. Te daremos un masaje diario, en pocos días el dolor de tu pierna desaparecerá.

—También me duele la cabeza.

—Es debido al fuerte golpe que recibiste.

Kalam se echó la mano a la cabeza y tocó la cicatriz que el golpe del alano le había producido. Después de varios minutos de masaje, el maestro salió de la sala entrando pocos minutos después con una bolsa de tela negra. Sacó un pequeño frasco de barro y otro mucho más grande. Cogió un vaso y

vertió un líquido marrón, después abrió el frasco pequeño, se echó algunas gotas en las manos y las frotó enérgicamente. Luego cogió el vaso y se lo dio a Kalam.

—Vamos a intentar aliviar tu dolor de cabeza. Por favor, bébetelo —le dijo Ging-Liu señalando el vaso de barro que tenía Kalam en su mano.

Kalam obedeció, el líquido tenía un fuerte sabor amargo, pero no dejó una sola gota. Confiaba en el anciano. Ging-Liu volvió a frotarse las manos y las colocó en las sienes de Kalam. Comenzó a masajearle con suavidad. Primero las sienes, luego el cuello y posteriormente toda la cabeza. Kalam parecía más relajado.

—Beberás tres vasos al día, junto con los masajes te ayudará a superar tu dolor de cabeza.

—¿Qué es? —preguntó Kalam—. No identifico su amargo sabor.

—Es corteza de sauce cocida.

Le estuvo masajeando durante varios minutos. Sorprendentemente, el dolor de cabeza desapareció. Ging-Liu le pidió a un monje que le trajera algo. Poco después, el monje entró en la sala con un plato de uvas blancas. El maestro sacó un pequeño cilindro de barro cocido, lo abrió y vertió tres gotas de un líquido verdoso en una uva, luego se la entregó a Kalam.

—Toma, cométela.

—Nunca había visto una uva blanca.

—Son originarias de Kushan, no se cultivan en ningún otro lugar.

Kalam se comió la uva y le sorprendió su sabor, era extremadamente dulce. Ging-Liu, cogió una a una todas las uvas, les echó tres gotas y las dejó en el plato.

—Te comerás una de estas uvas media hora antes de dormir. Facilitará tu sueño.

—¿Qué líquido le has echado? —preguntó curioso—. Huele a limón.

—Es esencia de melisa.

El asirio asintió, sin duda se encontraba ante un gran médico.

—Las uvas son muy dulces.

—Esta es una tierra muy seca donde casi nunca llueve —le dijo Ging-Liu—. Las temperaturas son muy altas y hay muchas horas de sol, por este motivo nuestras uvas, así como otros tipos de frutos, son muy dulces.

Ging-Liu comenzó a meter en la bolsa marrón todos los frascos que había sacado.

—A partir de mañana recibirás masajes diarios, tanto en la cabeza como en la pierna. Tienes que beber tres vasos de cocción de corteza de sauce y recuerda que antes de dormir, debes comerte una de las uvas con melisa. Espero que en pocas semanas ya puedas dar algún paseo.

—Muchas gracias… maestro —dijo agradecido Kalam.

—Dale las gracias a tus dioses, es un milagro que hayas sobrevivido —le dijo Ging-Liu tocándole el hombro.

Una imagen surgió de pronto en la mente de Kalam. Vio a un anciano monje, se encontraba en un calabozo oscuro y maloliente, le habían amputado tres dedos del pie derecho y golpeado por todo el cuerpo. Recordó su mirada de gratitud mientras limpiaba sus heridas y cambiaba los vendajes.

—¡Maestro!

Ging-Liu se giró.

—¡Te recuerdo! —le dijo Kalam, y el anciano asintió con una sonrisa.

Kalam se esforzaba cada día con el único objetivo de acortar su tiempo de recuperación. Hacía semanas que consiguió levantarse de la cama y dar algunos pasos muy cortos. Poco después y gracias a los masajes y a los ejercicios de rehabilitación, los pequeños pasos se convirtieron en largas caminatas. Siempre acompañado por el maestro, o por algún monje, caminaba cada día un poco más. El recuerdo de su mujer e hijo, le daba las fuerzas necesarias para luchar por su curación. Se ayudaba de un bastón, el fuerte golpe sufrido le dejó secuelas.

Todavía no había amanecido y hacía frío. Era el mejor momento para pasear pues, en pocas horas, el ardiente sol de Gushi le impediría andar poco más de unos centenares de metros. Kalam tomó un frugal desayuno compuesto por melón dulce y arroz, cogió su bastón y se dispuso a salir del monasterio. En la puerta le esperaba el maestro. Bajaron por la escalera de piedra del

templo hasta que llegaron a la depresión del rio. Siguieron su cauce y cruzaron la ciudad dejando atrás sus casas de adobe y cuevas cavadas en la roca. Cipreses y abedules franqueaban su paso y el olor a azahar impregnaba todo el camino. El rio cruzaba la ciudad medio seco y una estela verde de plantas acuáticas y matorral de ribera le escoltaba hasta las afueras, donde el terreno yermo y árido le relevaba. Continuaron por el cauce del rio hasta que comenzaron a subir por un barranco seco. Kalam se movía con dificultad por la pedregosa superficie. Finalmente, y no sin pocos esfuerzos, consiguió subir a la loma. Delante de él se encontró con las llamadas montañas flameantes. La erosión del agua y del viento, había producido en la montaña una serie de barrancos y surcos que junto con el color ocre de sus tierras, generaba la sensación de encontrarse ante un enorme incendio petrificado. El sol reflejaba sus rayos en la montaña, haciendo aún más verosímil la imagen del fuego hermanado con la roca. Kalam quedó fascinado ante el mágico paisaje.

—Un lugar muy bello, ¿verdad? —le preguntó Ging-Liu.

—Nunca había visto nada igual.

—El desierto tiene una enorme belleza, pero es más sutil. Kalam se sentó en una roca y contempló las montañas.

—Maestro, ¿cuándo podré volver a Nínive?

Durante las últimas semanas no había preguntado otra cosa. Su impaciencia por volver a su hogar crecía día a día.

—Pronto, pero antes debes estar en plenas facultades, el camino de regreso es largo y peligroso.

—Siempre me respondes lo mismo —se quejó Kalam.

—Quizá sea porque siempre me preguntas lo mismo —le dijo el monje con una sonrisa.

Un ruido les distrajo, alguien estaba subiendo por el barranco. Al poco tiempo, la figura de un monje apareció ante ellos.

—Saludos, maestro —dijo el monje bajando la cabeza—, y saludos, extranjero.

—Saludos, Khan-Jiu.

Kalam enseguida reconoció al joven monje, era uno de los que acompañaba a Ging-Liu cuando les apresaron en Sari. Sintió un poco de

vergüenza al recordar que los denunció ante Jusman.

—Saludos, monje —dijo Kalam bajando la cabeza.

Ging-Liu se sentó en la roca junto a Kalam y Khan-Jiu hizo lo propio.

—No nos hemos visto desde que volvimos de Sari ¿qué tal tu viaje? —le preguntó Ging-Liu.

Khan-Jiu había viajado por toda Kushan, para informar a todo el país de la recuperación del libro.

—Muy bien, muy bien, me han tratado a cuerpo de rey —dijo riendo—, en cada pueblo que paraba para anunciar la buena nueva, me atendían divinamente ofreciéndome exquisitos manjares y la mejor de las camas. El pueblo vuelve a estar feliz.

Ging-Liu sonrió.

—Kalam, este es el monje que te salvó la vida. Aunque yo ya te he contado cómo ocurrió, estoy seguro que te va a interesar oír la historia en voz de su protagonista —le dijo el maestro.

—Por supuesto, es un gran placer y honor conocer al hombre que me salvó la vida, no sé cómo puedo darte las gracias.

—No tienes nada que agradecer. Gracias a ti pudimos escapar de Sari —le dijo el monje sonriendo—. Soy yo quien debe darte las gracias.

Los dos hombres se estrecharon las manos y Kalam pudo sentir la energía que irradiaba. Sin duda, se trataba de un hombre excepcional.

—Te contaré la historia —comenzó a decir Khan-Jiu—. Yo volvía de Kutatisi hacia Sari cuando, llegada la noche, me cruce con un grupo de alanos. Por suerte pude esconderme y observarles sin ser visto. No entiendo su idioma, pero pude ver como se pegaban entre ellos por la posesión de algunas armas u objetos que ellos consideraban de valor. También portaban varios caballos muertos y uno de ellos comenzó a ser descuartizado. Por los ropajes y armas que portaban en distintos fardos, pude ver que habían sido soldados escitas los que había sufrido el asalto. Me lamenté por ellos, pues es bien sabido, que los alanos no dejan supervivientes. En la mañana siguiente, continué mi viaje de regreso a Sari, donde me esperaba el maestro.

Ging-Liu asintió.

—En el camino me encontré con los restos de lo que había sido una dura batalla. Los cuerpos de los escitas estaban esparcidos por el bosque junto con decenas de alanos. Los asaltados habían vendido cara su derrota. Los cuerpos habían sido desnudados para despojarlos de las pertenencias que llevaban consigo. Algunos de ellos mostraban señales de haber sido devorados por las alimañas que viven en el bosque. Pude ver varias decenas de cuervos y un par de zorros, que huyeron al sentir mi presencia. Observé los cuerpos, muchos de ellos mutilados, y uno de ellos me resultó familiar. Estaba desnudo y completamente ensangrentado. La pierna la tenía rota a la altura de la rodilla y presentaba un fuerte golpe en la cabeza. Parecía que estaba muerto. Me acerqué a él y le limpie la sangre reseca que le tapaba toda la cara. Enseguida pude ver que se trataba del asirio que nos ayudó a escapar de Sari. Eras tú Kalam, y estabas en un estado lamentable —le dijo a un atento Kalam, que no perdía detalle de la historia—. Un ruido ahogado surgió de tu garganta. Pensé que serían tus últimos estertores, pero te tomé el pulso y, aunque débil, tu corazón todavía latía. Te hice un torniquete para evitar que siguieras sangrando y curé tus heridas con las pocas hierbas medicinales que siempre llevo en mi alforja. Intenté darte de beber, pero me fue imposible, estabas completamente inconsciente y apenas conseguí mojar tus labios. Te subí a hombros y comenzamos el viaje de regreso. Varias semanas después, llegamos a nuestro escondrijo en Sari, donde el maestro te atendió hasta que comenzamos el camino de regreso a Gushi. Esa es la historia hasta el día de hoy. Me alegro de encontrarte en tan buen estado, cuando me fui, temí que a mi regreso hubieras muerto.

El asirio se admiró de la suerte que había tenido. Si el monje no se hubiera cruzado en su camino, estaría muerto y habría sido pasto de las alimañas.

—Es la segunda vez en mi vida que escapo de la muerte —dijo Kalam, ante la atenta mirada de los monjes—. Hace años, acompañé como cirujano a las tropas de Assarhaddon que combatían contra los cimeros. Durante la batalla, fui atacado por un soldado asirio. Me temo que Assarhaddon lo ordenó así. Protegido por otro soldado, evité ese primer ataque, pero el campamento asirio, donde yo me encontraba asistiendo a los heridos, fue

asaltado por lo cimerios. Milagrosamente pude escapar malherido y fui rescatado por los escitas, que me vendieron como esclavo a Jusman.

—Tus dioses tienen un plan para ti —le dijo Ging-Liu.

—¿Qué quieres decir?

—Todos en esta vida tenemos una misión y tú también tienes la tuya. Los dioses te protegerán la vida hasta que la cumplas.

—¿Qué misión puede ser? —preguntó inquieto el asirio.

—Solo tus dioses lo saben —le dijo el maestro levantándose de la roca —. Será mejor que volvamos, pronto el calor será insoportable.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXVII

EL AMANECER sorprendió a Imashar deambulando inquieto por su alcoba. Con las manos en la espalda, caminaba de pared a pared con la esperanza de que el paseo iluminara su mente. Las pequeñas bolsas que colgaban de sus ojos delataban las infatigables horas de insomnio que llevaba a sus espaldas. Se sintió cansado y tomó asiento en un escabel. Se frotó con energía el rostro intentando espantar el sueño que amenazaba con hacer acto de presencia. Su deber le impedía tomar descanso, cogió un vaso y bebió una fuerte infusión que le mantendría despierto unas horas más, sacó unos antiquísimos pergaminos de un recio arcón de cedro y comenzó a estudiarlos bajo la incipiente luz del alba, que comenzaba a iluminar la estancia. Estaba preocupado, la reina Zukatu se encontraba aquejada de una grave y rara enfermedad. Buscó en pergaminos egipcios, tablillas de arcilla asirias y pieles medas, cualquier información que pudiera identificar la dolencia de la reina.

También le preocupaba Assarhaddon. Permanecía día y noche velando a su mujer. En los últimos años, se había sentido más unido que nunca a ella, se podría decir que en él afloró un amor que permanecía oculto en lo más profundo de su corazón.

Retomó el paseo por la habitación, no conseguía dar con el remedio adecuado a la enfermedad. Repasó mentalmente todos los síntomas que padecía la reina; color amarillento de la piel, pérdida de apetito, cansancio, fiebre, fuertes arcadas y orina muy oscura. Intentó subsanar la debilidad de la reina con la aplicación de una dieta rica en carne pero sin éxito, el color amarillento de la piel evitando su exposición al sol, la orina oscura obligándola a beber varios vasos de agua al día y la pérdida de apetito

mediante pequeños paseos y suaves ejercicios físicos. Pero sus remedios fueron un auténtico fracaso y la reina se encontraba cada vez peor. Preocupado, decidió salir de la habitación y dirigirse a las estancias reales, quería comprobar en qué estado se encontraba. No tardó mucho en llegar a la habitación de Zukatu. Para que pudiera asistirla más rápidamente, le acomodaron en una habitación muy próxima. Llamó a la puerta y uno de los criados le abrió. La sala estaba a oscuras y olía ligeramente a cerrado, ordenó abrigar a la reina y abrir una ventana para que la estancia pudiera ser ventilada. Observó al rey, que permanecía sentado con la cabeza apoyada en la cama, vencido por el cansancio. La reina dormía tranquila. Varias figuras, que representaban a demonios y monstruos estaban diseminadas por toda la habitación. No pudo evitar una sonrisa al recordar a Kalam y su escepticismo ante las extrañas figuras del sacerdote Nisher-Sag. «¿Qué será de él? ¿Estará vivo?», se preguntó. Enseguida desechó ese pensamiento de su mente, Kalam estaba muerto, así se lo comunicó Assarhaddon, había muerto en la batalla contra los cimerios. Acercó su mano a la frente de la reina, estaba caliente y sudada. Cogió una gasa de lino, la mojó en agua y con sumo cuidado, la puso sobre la frente de Zukatu. Alguien llamó a la puerta, el criado la abrió y entró Nisher-Sag. Los dos hombres se saludaron.

—Parece que no soy el único que no ha podido dormir —dijo el sacerdote.

—Creo que la preocupación por la salud de la reina nos desvela a ambos.

—¿Cómo se encuentra?

—Está estable, pero tiene la fiebre muy alta y eso me preocupa.

—Acabo de sacrificar a un cordero y he leído su hígado.

—¿Algo interesante? —preguntó Imashar.

—¿Qué tal se encuentra él? —preguntó Nisher-Sag, señalando al rey.

—Está hundido.

El sacerdote se dirigió al rey y le observó con atención. Su respiración era acelerada y movía los párpados con rapidez, sin duda tenía una pesadilla.

—Lo que he leído en el hígado no es bueno —dijo el sacerdote—. Creo que los dioses reclaman a la reina ante su presencia.

Imashar no dijo nada, conocía desde hacía años a Nisher-Sag y sus opiniones no eran cuestionadas. No obstante, tampoco le faltaba razón, si no encontraba pronto un remedio a su enfermedad, la reina moriría.

—Ahora lo que me preocupa es el rey —añadió Nisher-Sag—, tiene un imperio que gobernar y no debe dejarse llevar por el desánimo.

—Hablas como si la reina estuviera ya muerta.

Nisher-Sag le miró con firmeza.

—Que la reina muera es solo cuestión de tiempo, y creo que tú también lo sabes.

—Solo sé que todavía está viva.

El sacerdote negó con la cabeza.

—Tú eres *asu* y el mejor de Asiria debo añadir, pero yo tengo comunicación con los dioses, ellos se han revelado, la muerte de Zukatu es cuestión de tiempo.

—Lo siento Nisher-Sag, pero mientras la reina respire no cejaré en mi empeño de curarla.

—Loable y lógica tu actitud, pero también estéril. Deberías guardar tus energías para aliviar el dolor del rey, la reina es una causa perdida —dijo Nisher-Sag saliendo de la habitación.

Imashar veló el sueño de la reina y de Assarhaddon. Ya bien entrada la mañana, despertó con suavidad al rey que le observó con la mirada perdida.

—Majestad debéis comer algo o enfermareis —le dijo.

—No tengo hambre.

Imashar llamó a un criado y se acercó con una bandeja con queso, frutas, pan y leche. La dejó en una mesa próxima a la cama y se marchó. Imashar sirvió un vaso de leche y se lo dio al rey que bebió a regañadientes.

—No ayudaréis a vuestra esposa si también enfermáis —dijo Imashar.

El rey se levantó, se dirigió a la mesa y tomó un pedazo de pan y queso. Comió con desgana y volvió a sentarse en el regazo de su mujer.

—Los dioses me han castigado —dijo con pesar.

—La enfermedad de la reina no es culpa vuestra, mi señor.

—Sí, lo es, dudé de Shamash en favor de Ahura Mazda y ahora estoy pagando las consecuencias de mi apostasía.

—Nunca habéis negado a Shamash, sino todo lo contrario, siempre habéis sido fiel a él. Olvidad esos pensamientos, no os hacen ningún bien.

—Pero…

La reina dio un pequeño quejido y los hombres dejaron de hablar para prestarla atención. Se había despertado.

—Amor mío, ¿cómo te encuentras?

La reina le miró y sonrió.

—Mi reina, debéis tomar alimento —le dijo Imashar, ofreciéndole un dátil sin hueso—, tomad este dátil, os dará energía.

Cogió el dátil y se lo comió con dificultad, tenía la garganta completamente seca. Imashar cogió un vaso con agua y se lo dio.

—Estoy débil —dijo la reina con dificultad.

—Pronto te curarás —le dijo el rey sonriendo.

Imashar volvió a tocarle la frente. La fiebre había bajado, observó sus ojos y vio como los tenía de color amarillento, igual que la piel. Su pulso era muy débil. Cogió un vaso de agua y le vertió una cucharadita de un polvo blanco.

—Bebed esto mi señora —dijo Imashar dándole el vaso—, es planta seca de diente de león con agua, os abrirá el apetito.

La reina tomó el vaso y bebió con lentitud.

—Mi rey, debéis comer esto —le dijo Imashar entregándole un higo seco—. Está relleno de jengibre, animará vuestro espíritu. La reina y toda Asiria os necesitamos, por favor no caigáis en la desesperanza.

El rey cogió el higo, lo abrió con curiosidad y se lo comió.

—Ahora debo marcharme, volveré en unas horas. Por favor, mi rey, debéis descansar.

—Imashar espera —le dijo Assarhaddon, cuando el *asu* se disponía a salir de la habitación—, tengo que hablar contigo.

Los dos hombres salieron de la habitación y cerraron la puerta. No querían que la reina escuchara su conversación.

—¿Va a morir? —preguntó directamente el rey.

Imashar le miró con tristeza.

—Solo los dioses lo saben.

—¿Pero qué enfermedad tiene? ¿No hay ningún médico en Asiria que pueda curarla?

—Hubo uno mi señor.

El rey se quedó callado, sabía de quién se trataba.

—Él está muerto —dijo con acritud—, y no creo que tuviera los conocimientos suficientes para salvar a la reina.

—Era el único que podría haberlo hecho, mi rey.

Los remordimientos golpearon con fuerza la conciencia de Assarhaddon. Ahora lo entendía todo. Había ordenado la muerte del médico que le salvó la vida, y ahora su mujer moriría como castigo.

—Si no le hubiera enviado a una muerte segura, la reina viviría —dijo el rey.

—No entiendo, mi señor —dijo confuso Imashar.

—Quería poseer a Damkira y la única forma de hacerlo era enviando a Kalam a una muerte segura, por eso lo envíe a la campaña contra los cimeros —se sinceró Assarhaddon, sin dejar de mirar al suelo en ningún momento.

—Pero simplemente le enviaste a luchar contra los cimerios, fueron ellos los que le mataron.

—No, ordené a Artacomo que me librara de Kalam. Si los cimerios no le mataban, lo habría hecho un soldado suyo. Su suerte ya estaba echada.

Imashar le miró horrorizado, sospechaba del interés del rey por Damkira, pero nunca pasó por su cabeza que fuera capaz de hacer algo tan horrible para conseguir su objetivo. Quizá, al fin y al cabo, los dioses sí que tuvieran que ver en la enfermedad de la reina. Assarhaddon había enviado a la muerte al hombre que le salvó la vida. El equilibro del cosmos había sido alterado y ahora los dioses intervenían para volver a restaurarlo.

—Pero eso no es todo, mis pecados son infinitos —susurró el rey como si temiera ser oído por los dioses.

—Tienen que ver con Damkira y Nabui ¿verdad? —preguntó Imashar con el corazón encogido, temiéndose la respuesta.

—Sí —respondió el rey mirando avergonzado al suelo.

Assarhaddon cayó de rodillas, miró al *asu* y decidió contarle la verdad. Una verdad que llevaba oculta en su interior demasiado tiempo,

martirizándole, comiéndole por dentro como un parásito devora a su víctima, como la enfermedad destruye al enfermo, como la langosta se come las cosechas.

El rey había vomitado todo de su interior y ahora se encontraba exhausto pero liberado. No había levantado una sola vez la mirada del suelo, se sentía sucio, avergonzado, incapaz de mirar a los ojos a su viejo *asu*.

—Los dioses me odian.

Balbució el rey esperando unas palabras de consuelo de su médico, que no encontró. Imashar estaba hundido, destrozado. Sumergido en un mar de lágrimas, no se dio cuenta cuando Assarhaddon, entró en la habitación de la reina dejándole solo con su dolor.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXVIII

DESPUÉS de meses de recuperación, el momento de la partida había llegado. Kalam se encontraba en el comedor del templo; una enorme sala donde estaba dispuesta una larga mesa para dar servicio a más de cincuenta comensales. La comida estaba compuesta por arroz a mano, pan cocido relleno de verduras y sopa de pollo. De postre tomaron el famoso melón dulce de Kushan. Kalam estaba muy feliz, en pocas horas partiría hacia su tierra. Nervioso, comía con fruición deseando que pasaran las horas cuanto antes. Ging-Liu le miraba con satisfacción. Había recuperado la forma y únicamente una sensible cojera y una cicatriz en la frente, testimoniaban lo cerca que el asirio había estado de la muerte.

—Tranquilo Kalam, no por comer más rápido las horas pasarán más deprisa —le dijo el maestro sonriendo.

—No veo el momento de volver a mi tierra y ver a mi familia —dijo emocionado.

—Lo entiendo, pero tendrás que ser prudente. No sabemos qué hará Assarhaddon cuando te vea. Si es cierto que te envío a luchar contra los cimerios para matarte, es muy probable que vuelva a intentarlo.

—Ir con la caravana de mercaderes me permitirá entrar en la ciudad sin levantar sospechas. Luego allí buscaré a Imashar, para que me informe. No temas amigo, seré prudente, solo quiero coger a mi familia y marcharme lejos de Asiria. Quizá vuelva con ellos a Gushi.

—Si esa fuera tu decisión, serías bien recibido. Esta es tu casa —le dijo Ging-Liu tocándole el hombro.

Todavía faltaban varias horas para el amanecer y la caravana ya estaba preparada. Como cada año, un grupo de mercaderes yuezhi, viajaba hacia el

oeste, hasta las lejanas tierras fenicias para comprar y vender todo tipo de productos. Como era habitual, siempre hacían escala en Nínive, donde sus mercancías y muy especialmente la pimienta, eran muy apreciadas. Ging-Liu, hábilmente, se había servido de la partida de la caravana para incluir en ella a Kalam. La caravana estaba compuesta por decenas de mulas, camellos y burros que cargaban las mercancías, doscientos palafreneros que cuidaban y alimentaban a las bestias, varios centenares de asistentes y porteadores, cien guardias y naturalmente, los comerciantes. Kalam observó con atención la caravana. Los guardias yuezhi iban vestidos con un uniforme negro rematados en botas de piel del mismo color y cubrían sus cabezas con un pequeño turbante también de color negro. Como armas, llevaban consigo un arco bien amarrado al caballo junto con un carcaj cargado de flechas. La espada la tenían guardada en una vaina situada en la espalda. Los mercaderes eran de todo tipo, los había que portaban únicamente una mula y eran acompañados por un asistente o porteador, mientras que otros, mucho más ricos y poderosos, tenían a su cargo varias decenas de caballos y asistentes, incluidos algunos guardias personales.

Kalam se encontraba acompañado por Ging-Liu y varios monjes, entre ellos, Kahn-Jiu. Eran sus últimos instantes con el maestro y se sentía triste, había cogido gran afecto al anciano.

—Ha sido un verdadero placer conoceros —les dijo un emocionado Kalam.

—Te deseo toda la suerte del mundo, espero que te reúnas pronto con tu familia —le dijo Ging-Liu—. Y si tu destino es abandonar Nínive, nosotros te recibiremos con los brazos abiertos.

—Suerte hermano —le dijo Kahn-Jiu dándole un abrazo.

En ese momento se les acercó un hombre acompañado con varios guardias.

—Saludos, honorable Ging-Liu y compañía —saludó el hombre.

—Dios te guarde Kargicheng, permíteme que te presente al asirio que os acompañará hasta Nínive —le dijo Ging-Liu señalando a Kalam.

—Saludos, asirio.

—Saludos, Kargicheng, gracias por aceptarme en tu caravana.

—No, no, soy yo quién debe darte las gracias, es un lujo tener a un médico de tu nivel con nosotros —le dijo sonriendo Kargicheng—, ahora debo marcharme, la caravana está a punto de partir y todavía faltan por perfilar algunos detalles. Saludos hermanos.

Kalam observó al yuezhi y con qué autoridad ordenaba a los más rezagados de la caravana que se dieran prisa, amenazándoles con dejarles en Gushi. Tenía el rostro redondo y la mirada bondadosa, su pelo era corto, lacio y de color negro. Un poco entrado en carnes, vestía una larga túnica de color marrón con flecos.

—Es el hombre más rico de Gushi y el jefe de la caravana. La mayor parte de las mercancías son suyas —le dijo el maestro.

Con lentitud, la caravana comenzó la marcha. Kalam dio un fuerte abrazo al maestro y se despidió con lágrimas en los ojos. Los monjes también estaban tristes por la partida del asirio y no pudieron evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos. Sin poder retrasar más la salida, Kalam se unió a la retaguardia de la caravana.

—¡Adiós hermanos, que los dioses os guarden! —gritó Kalam despidiéndose con la mano.

—¡Adiós asirio, que tus dioses te protejan! —exclamó Ging-Liu, con la voz entrecortada.

Ging-Liu le observó hasta que se perdió en la oscuridad de la noche.

—Amigo Kalam, espero que cumplas la misión para la que has sido llamado —susurró el maestro.

Las extensas tierras de cultivo anunciaban la llegada de la caravana a la ciudad de Korle. Cruzaron el rio Kongque y se abastecieron de un importante cargamento de peras. Conocidas en toda la región por su dulzor, serían una fuente importante de energía durante el largo camino que se les avecinaba. Ging-Liu le pidió a Kargicheng que protegiera en todo momento a Kalam, pues estaba en deuda con él. El comerciante se tomó muy en serio el encargo del anciano monje y no dejaba a Kalam ni a sol y a sombra. Si no estaba cerca de él, eran varios de sus guardias quienes le custodiaban. Al principio el asirio se sentía incómodo, pero luego llegó a acostumbrarse a la

presencia del comerciante y de sus guardias. Le estaba cogiendo aprecio. Durante el viaje, Kalam asistió a los enfermos y a los accidentados. No eran pocos los que sufrían cortes, contusiones o dolores de espalda debido a las pesadas cargas.

Se dirigían hacia la ciudad de Kashgar, dejando el desierto de Taklamakan al este. Kalam viajaba en un caballo proporcionado por Kargicheng, un hermoso ejemplar medo de color blanco, a su lado cabalgaba el comerciante. Se encontraba de buen humor, llevaban varios días de viaje, y todavía no habían tenido ningún problema importante.

—Mira Kalam —le dijo el comerciante señalando—, esas son las montañas de Pamir, detrás se encuentra el desierto de Taklamakan. Es curioso, las montañas tienen nieve todo el año, pero en el desierto no cae ni gota. Es el más seco que conozco y mira que conozco muchos. Kalam miró con admiración las enormes cumbres.

—No se sabe de nadie que haya conseguido cruzarlo, no hay ni pozos ni oasis. Su nombre significa «el que entra, nunca sale». Así se le quitan las ganas a uno de aventurarse —dijo el comerciante sonriendo.

—No seré yo quien lo intente.

—Al estar rodeado por montañas, su clima es extremadamente frío en invierno, se comenta que hubo un año que apareció cubierto por una fina capa de escarcha.

Continuaron el viaje y llegaron a la ciudad de Kashgar. Situada en la vera de la cordillera de Tian Shan, la ciudad era un oasis donde las caravanas encontraban refugio para abastecerse de agua y provisiones. La amabilidad de sus habitantes era bien conocida, y nada más ver la llegada de los comerciantes, comenzaron a salir de la ciudad mujeres y niños deseosos de ver todo tipo de productos y mercancías. Allí hicieron noche y continuaron el viaje a la mañana siguiente.

Cruzaron el río Syr Darya, acamparon en la ciudad de Kokand y luego se dirigieron a Samarcanda. La ciudad estaba construida sobre una loma y su ciudadela la hacía prácticamente inexpugnable. Allí coincidieron con varias caravanas de comerciantes. Samarcanda era cruce de caminos tanto para los que se dirigían hacia la India como para los que se encaminaban hacia Tiro o Bhakri. Fuera de las murallas, el bullicio era ensordecedor y

cientos o incluso miles de comerciantes informaban, voz en grito, de las virtudes y calidades de sus productos. Kargicheng se dirigió hacia la aduana que se encontraba en las puertas de la ciudad y pagó los aranceles que le permitía vender sus productos y abastecerse de todo aquello que necesitara para el viaje.

—Esta ciudad será algún día grande, siempre y cuando sus dirigentes sepan mantener unos aranceles equilibrados, claro está —dijo el comerciante.

—¿Es qué ahora no lo es? —preguntó Kalam señalando al gentío que había a su alrededor.

—Sí, sin duda, ahora es una gran ciudad. Está casi en el centro de las grandes rutas comerciales y es cruce de caminos para la mayoría de las caravanas. Además, el gobernador es muy hábil y sabe que es la seguridad de las rutas lo que los comerciantes más valoramos, y ha situado varios cuarteles militares a lo largo de ella. Hace años que los bandidos no se aventuran por estas tierras.

Un comerciante negociaba un cargamento de especias con otro mercader de rasgos occidentales. Hacía gestos exagerados de indignación cuando el occidental le dijo un precio y arrojó simbólicamente una pizca de las especias al suelo, haciéndole ver, que preferiría tirar su mercancía, que vendérselas por ese importe. La negociación duró varios minutos más, hasta que ambos llegaron a un acuerdo y se dieron un abrazo. El occidental le entregó al comerciante una bolsa con monedas que comenzó a contar con celeridad, dando su aprobación con una sonrisa. Luego llamó a varios criados, que cargaron a toda velocidad varios sacos de especias en un carro.

—El occidental ha hecho una compra desastrosa, podría haber conseguido la mercancía a mitad de precio. Tiene mucho que aprender si quiere sobrevivir en este negocio —dijo Kargicheng.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Kalam.

—Las especias que ha comprado son de pésima calidad. Provienen del norte de la India, donde este año las fuertes lluvias han anegado los campos. Lo poco que se ha salvado estaba medio podrido y han tenido que secarlo al fuego en lugar de hacerlo lentamente bajo el sol, que es la mejor manera para que las especias obtengan su mejor aroma y sabor. Estoy seguro que es

el primer viaje del occidental y que desconoce la materia prima que quiere comprar, craso error para un mercader.

Pasaron cerca del comerciante y Kargicheng le saludó, el mercader le guiñó un ojo y le hizo un gesto con la mano fingiendo que se cortaba el cuello. Ambos rieron.

—Además, al comerciante le conozco, se llama Lipan, es de lo mejorcito de Samarcanda —dijo Kargicheng—. Le encantan los occidentales, sabe sacarles el mayor provecho.

Kalam observó como Lipan se acercaba a unos mercaderes y les mostraba un puñado de especias de color rojo.

—Una buena negociación es como una guerra en la que los comerciantes son como dos poderosos ejércitos —le dijo Kargicheng.

Kalam le observó con atención.

—Tenemos que estudiar con detalle la mercancía, analizar a nuestro oponente e intentar saber hasta dónde está dispuesto a llegar. Una buena compra puede significar conseguir una verdadera fortuna o caer en la ruina. Entre el éxito y el fracaso apenas median unos pocos siclos de plata.

—El viaje es largo y peligroso y siendo tan rico como eres ¿por qué no te quedas en Gushi y envías a alguien en tu lugar para que negocie?

Kargicheng rio.

—Dios no me ha bendecido con hijos y sinceramente, no me fio lo suficiente de ninguno de mis administradores. Un viaje mal hecho sería mi ruina. Desgraciadamente, solo me fio de mí. Además, este es mi sitio. Viajar, negociar, dormir al raso con mis camellos, es lo que me da la vida.

—Según lo dices, parece que el dinero es lo de menos.

—Si además de hacer lo que de verdad me gusta, gano dinero… ¿Qué más puedo pedir?

Los dos hombres rieron mientras paseaban entre el gentío. Kalam recordó la primera vez que estuvo en el mercado de Nínive, pero aquello era infinitamente más asombroso. Miles de personas se agolpaban extramuros de la ciudad paseando entre los cientos de tenderetes. El aroma a especias, inciensos y alimentos, se mezclaba con el olor a humanidad, animales y excrementos.

Varios días permanecieron en Samarcanda, donde la caravana se abasteció de provisiones suficientes para llegar a Bukhara, la siguiente ciudad de su viaje y parada obligatoria antes de dirigirse a Bhakri, capital escita. Kargicheng compró en Samarcanda madera, piedras preciosas, oro y plata. Como buen negociante que era, consiguió un magnífico precio para algunos de los productos que portaba, como marfil de la India, especias y seda. Kalam se admiró de su habilidad de palabra, de como jugaba con los silencios y sobre todo, como engañaba a sus interlocutores, haciéndose pasar por un advenedizo en lugar del hábil negociador que era. Desgraciadamente para él, cada vez eran más los mercaderes que le conocían y sabían de sus estrategias. En tal caso, se aprovechaba de alguno de sus administradores para realizar la transacción. En total eran cinco los administradores que gestionaban sus mercancías. Cada uno de ellos sobresalía en distintas cualidades y eran expertos en diferentes mercancías, y Kargicheng se aprovechaba de esa virtud, dependiendo de la mercancía o del comerciante con el que tenían que tratar. Antes de hacer cualquier tipo de compra, Kargicheng paseaba tranquilamente por los tenderetes fingiendo indiferencia. Observaba la calidad de los productos y la habilidad negociadora del comerciante. Si el mercader no le conocía, se encargaba él personalmente de la negociación. En caso contrario, enviaba a alguno de sus administradores, aleccionándole antes sobre las virtudes y defectos de su interlocutor.

—Bien invertidos han sido los siclos que he pagado en la aduana —le dijo Kargicheng. Sus negocios en Samarcanda habían terminado y se dirigían a Bukhara—. ¡Qué fácil es hacer buenos tratos en esta ciudad, dios la bendiga por muchos años!

Kalam le sonrió.

—¿Dónde nos dirigimos ahora? —preguntó.

—A la ciudad de Bukhara, será una breve parada, luego iremos a Bhakri, allí nos quedaremos tres o cuatro días dependiendo de las ventas. Saludaré al rey Teuman, hace años que no le veo. La última vez que estuve en Bhakri el rey se encontraba de campaña militar en el norte.

—¿Nos dirigimos a Bhakri? —preguntó inquieto Kalam.

—Sí, después de ir a Bukhara, ¿tienes problemas con los escitas?

Teuman le dio la libertad a cambio de ayudar a Ugaman a recuperar el libro de la lucha. Ahora Ugaman estaba muerto y el libro de la lucha en poder de los yuezhi. Desconocía cómo actuaría Teuman una vez supiera, que no había cumplido con su misión. Kalam puso a Kargicheng en antecedentes.

—En tal caso debemos ser prudentes —le dijo el comerciante—. Teuman es un gran soberano, justo y noble, pero la conducta de los poderosos es impredecible. Será mejor que te quedes con el resto de los asistentes, e intentes pasar lo más desapercibido posible.

Kargicheng ordenó que la caravana acampara a orillas del rio Amu Darya y él, acompañado por Kalam, su guardia y algunos sirvientes cargados con barriles, entró en la ciudad de Bukhara. A pesar de encontrarse en la ruta de las más importantes caravanas, Bukhara no había prosperado como las ciudades vecinas Samarcanda o Bhakri. Gracias a su proximidad al río Amu Darya tenía agua en abundancia, pero sus tierras eran yermas y nada, que fueran malas hierbas o arbustos, podía crecer en su estéril terreno. La mayoría de sus habitantes habían emigrado a Samarcanda o a Bhakri, en busca de un mejor futuro para ellos y sus familias. Solo lo más viejos del lugar, demasiado ancianos y tercos para abandonar su pueblo, y varios centenares de funcionarios y soldados, daban vida a la otrora importante ciudad escita.

—¿Por qué entramos en Bukhara? —preguntó Kalam nada más cruzar sus murallas—. Aquí parece que no hay gente con la que comerciar.

—Debemos abastecernos de agua y para ello tenemos que pagar los consabidos impuestos.

—¿No podemos evitar entrar en la ciudad y tomar el agua que necesitamos lejos de ella?

—Ja, ja, ja. ¡Te falta tanto por aprender! —rio Kargicheng—. ¿No te llama la atención el número de soldados que hay en Bukhara?

Kalam miró a su alrededor, varios cientos de soldados y jinetes a caballo, cruzaban constantemente las murallas. No entendía por qué una ciudad con tan pocos habitantes y pobre, merecía ser custodiada por tan ingente número de soldados. Divagando sobre el interés de Teuman por Bukhara, entró en una casa de adobe sin ventanas donde se encontraba un hombre mayor, de unos cincuenta años y bien entrado en carnes. Estaba sentado en una vieja silla de madera de pino, protegían su espalda dos soldados escitas bien armados. Los guardias y los sirvientes esperaron fuera, mientras que Kargicheng entraba en la casa acompañado por Kalam.

—Saludos, honorable administrador de Teuman —dijo protocolariamente el comerciante.

—Me llamo Rhamet —dijo secamente el funcionario—. ¿Qué deseas?

—Vengo a pagar los aranceles que permitan a mi caravana abastecerse del agua del rio Amu Darya.

—Entrégame el documento.

Kargicheng le entregó un documento curtido en piel de cabra, enrollado en un cilindro de madera. El funcionario sacó el legajo y comenzó a leer. En dicho documento quedaban registradas todas las transacciones realizadas desde su partida de Gushi. Mercancías compradas, vendidas, aranceles pagados, número de animales de carga, guardias, esclavos, todo quedaba reflejado en el escrito. Sin él, la caravana se consideraba ilegal y el jefe se arriesgaba a morir decapitado. Rhamet miró a Kargicheng y asintió, estaba todo correcto.

—Son sesenta siclos de plata —dijo.

—Cada vez es más caro abastecerse de agua en este rio —se quejó el yuezhi.

—Siempre puedes coger el agua sin pagar los impuestos o dirigirte a Bhakri sin pasar por aquí.

El comerciante sonrió con desgana y le entregó la cantidad que el funcionario le pedía. Rhamet tomó un sello, lo puso al fuego y suavemente, marcó el documento, después, lo metió en el cilindro de madera y se lo entregó a Kargicheng.

—Todo en orden, podéis coger el agua que necesitéis.

—Como muestra de gratitud, os he dejado fuera un presente que espero que os agrade —dijo Kargicheng.

El funcionario salió intrigado de la casa y vio que fuera, había un grupo de soldados y sirvientes, junto a ellos cinco barriles esperaban el momento de ser abiertos. Rhamet hizo un gesto a un soldado y este, sin más dilación, desenvainó su espada y haciendo palanca con ella, abrió uno de los toneles.

—¡Es cerveza! —gritó exultante.

El funcionario corrió hacia el tonel y apartó al soldado, hundió sus manos y comenzó a beber la cálida bebida.

—Gracias yuezhi, hacía años que no bebía cerveza —le dijo el funcionario con toda la cara mojada.

Kargicheng respondió con un asentimiento y se dirigieron a las afueras de la ciudad, donde les aguardaba la caravana.

—Esta ciudad es pobre, pero el agua del rio es imprescindible para llegar a Bhakri sin problemas. Los soldados patrullan constantemente el rio vigilando que todos los que se abastecen de él hayan pagado sus impuestos. ¡Hay de aquel que cojan bebiendo agua sin haber pagado! —exclamó el comerciante.

—¿Qué le ocurriría? —preguntó Kalam.

—Sería condenado a muerte y la pena se ejecutaría mediante ahogamiento. Su cabeza sería sumergida en un tonel hasta que el reo muriera ahogado. El mensaje es claro: ¡No quieres agua, pues bebe hasta que revientes! —exclamó Kargicheng entre risotadas.

—Ahora entiendo que no nos abasteciéramos de agua en otro lugar.

—Cuando pagas tus impuestos puedes coger el agua donde quieras, pero pobre de aquel que no los haya pagado y sea capturado por las tropas escitas.

—¿Y la cerveza?

—Es bueno llevarse bien con los soldados, nunca sabes cuando los vas a necesitar. Ahora las tropas escitas hablarán de un yuezhi que les ha entregado cinco barriles de cerveza, saben que soy generoso y que en caso de necesitar su ayuda sabré como agradecérselo.

Cruzaban la puerta de la ciudad cuando una nube de polvo les rodeó. Una patrulla escita regresaba de hacer la ronda por el rio y entraron en la

ciudad a toda prisa, llevándose por delante a los yuezhi, que difícilmente pudieron evitar ser atropellados. Un guardia de Kargicheng les insultó, y el que parecía ser su jefe, giró el caballo y se encaró con el soldado que desenvainó su espada. Kalam enseguida reconoció al oficial escita e intentó ocultarse.

—¡Guarda tu espada estúpido, a no ser que quieras que tu sangre riegue está polvorienta tierra! —le espetó el oficial escita desde el caballo.

—Guárdala —le ordenó Kargicheng, y el guardia obedeció.

—Has hecho bien mercader, pero será mejor que vigiles mejor a tus perros o tendrás problemas —dijo el oficial antes de darle la espalda y dirigirse a las caballerizas.

Kargicheng apremió a sus hombres para salir cuanto antes de la ciudad, no quería tener ningún altercado con el oficial escita. Eso solo significaba problemas.

—Espero que cuando beba mi cerveza se tranquilice —dijo el comerciante.

—A ese oficial le conozco —dijo Kalam.

El comerciante le observó con atención.

—Es Marlat, general de Teuman, espero que no me haya reconocido.

—No creo —intentó tranquilizar Kargicheng—, había mucho polvo y confusión, creo que en la única cara en la que ha reparado, es en la del guardia que les ha insultado. No debes preocuparte.

Caminaron en silencio hacia la caravana, que aparecía a lo lejos acampada cerca del rio. La preocupación nubló la mirada de Kalam, que temía haber sido descubierto por Marlat. Kargicheng le observaba en silencio, no quería tener conflictos con los escitas, pero había dado su palabra a Ging-Liu, prometiéndole que velaría por la vida del asirio hasta su llegada a Nínive. Cuando llegaron al campamento, cada uno se fue a su tienda. Kargicheng ordenó que se doblara la guardia de la tienda de Kalam. El mercader, inquieto, entró en su tienda, abrió un enorme arcón de madera de cedro ennegrecida al fuego y buscó algo oculto que se encontraba en el fondo.

Como era habitual, acamparon extramuros de la ciudad de Bhakri. Kargicheng se dirigió con su guardia y los administradores a la aduana, para pagar los aranceles. Kalam permaneció oculto en su tienda lejos de las miradas de los soldados escitas, que pudieran reconocerle y sobre todo, lejos de la mirada de Marlat. El comerciante entregó el documento de rutas al funcionario y este lo selló, una vez hubo cobrado sus buenos siclos de plata.

—Informa al rey Teuman que estoy aquí, me está esperando —dijo Kargicheng.

El funcionario le miró con sorpresa.

—¿Y quién eres tú para solicitar una audiencia con nuestro rey? Teuman está muy ocupado como para ser molestado por un mercader.

—Traigo mercancías solicitadas por él y tengo orden de entregárselas en persona. Si no avisas al rey, partiré y tú serás el responsable de que Teuman no tenga lo que me pidió. La decisión es tuya.

El funcionario frunció el ceño, pero finalmente claudicó, no quería sufrir la ira del rey en el caso de que el mercader tuviera razón. Avisó a un soldado que se dirigió raudo al palacio. Kargicheng esperó fuera la respuesta de Teuman. Casi una hora después, llegó el soldado y entregó un mensaje al funcionario que hizo entrar a Kargicheng.

—Nuestro rey te atenderá esta noche durante la cena —dijo a regañadientes el escita, sin aceptar su derrota.

—Gracias —dijo Kargicheng con una sonrisa, disfrutando de su pequeña victoria.

El rey se encontraba recostado sobre unos cojines y degustando unos aperitivos que le ofrecía una de sus doce mujeres. Detrás de él, se encontraban el resto de sus esposas, algunos consejeros y su guardia personal. El rey vestía ropas holgadas de fieltro y cuero, ceñidas con un gran cinturón de cuero. Sus ropajes eran de color marrón oscuro, casi negro. Una tiara de oro adornaba su cabeza y le distinguía como rey de los escitas. El comerciante fue presentado y Teuman, sin levantarse de los cojines,

autorizó su entrada con un gesto con la mano. Kargicheng entró en la sala acompañado por un administrador.

—Saludos, poderoso rey Teuman. Hace años que no nos vemos y doy gracias a dios por verte en tan buen estado de salud —dijo cortésmente el comerciante.

—Siempre eres bien recibido en mis tierras, querido Kargicheng, toma asiento mientras mis esclavos te sirven algo de comer.

Kargicheng se sentó con las piernas cruzadas sobre un cojín. Un sirviente le entregó un plato de palomo con cebolla y ajo, que el yuezhi comió con agrado. Otro sirviente le entregó una copa de plata con vino fenicio, Teuman sabía cómo agasajar a sus invitados.

—¿Qué tal van las cosas en las tierras lejanas de Kushan? —preguntó Teuman.

—Todo tranquilo, mi señor, las cosechas de fruta han sido muy buenas y el comercio nos permite a más de uno vivir razonablemente bien.

Teuman bebió de su copa sin dejar de mirar al comerciante.

—Me alegro, me alegro, siempre es bueno recibir gratas noticias de países amigos. ¿El funcionario de aduanas me ha comentado que tienes un regalo para mí? —preguntó.

El mercader sonrió, hacía rato que esperaba esa pregunta. Haciéndose de rogar y aumentando así la impaciencia del rey, bebió lentamente su copa hasta apurarla, la dejó en una bandeja y cogió una alforja que llevaba consigo. Metió la mano derecha y sacó un objeto envuelto en una tela de lino. Se levantó y se lo entregó a Teuman ante la mirada expectante de la guardia, que ya había echado mano de sus empuñaduras por si se trataba de un atentado contra su rey. Teuman descubrió el objeto y pudo ver un bello peine de oro con incrustaciones de perlas y plata, que representaba a un jinete atravesando con su lanza a un soldado enemigo.

—Una verdadera obra de arte ¿dónde la has adquirido?

—Se la compré el año pasado a un mercader medo ¿te agrada mi señor? —preguntó Kargicheng conociendo la respuesta. Se había informado de los gustos del rey y sabía que adoraba la orfebrería en oro y plata.

—Es muy bella —dijo satisfecho—. Te agradezco tu regalo ahora dime, ¿con qué mercancías vas a entretener a mi pueblo durante los días que

disfrutemos de tu presencia?

—Mi señor, traigo especias y marfil de la India, sedas de Kushan, maderas nobles de Sogdiana y cientos de artículos más, todos ellos de primera calidad.

El rey asintió satisfecho.

—Tu fama te precede y tu nombre es garantía de calidad, no obstante, no todos los comerciantes están autorizados para proveer a la casa real.

—Gracias mi rey.

—¿Y no traes nada más en esa caravana, que pudiera ser de mi interés? —preguntó el rey.

—No te entiendo mi señor —respondió confuso Kargicheng.

—¿Quién es el asirio que os acompaña? —preguntó, levantándose de su asiento.

Kargicheng titubeó. Si negaba la existencia del asirio corría un gran peligro, mentir al rey se castigaba con la muerte. Por otro lado, la pregunta de Teuman significaba que sabía algo, era posible que Marlat le hubiera informado de la presencia de Kalam en la caravana.

—Un asirio llamado Kalam viaja en tu caravana, yo os vi en Bukhara —dijo una voz que se abría paso entre la guardia.

—Te presento a Marlat, general del ejército, pero creo que ya os conocéis, ¿verdad? —preguntó el rey.

El mercader no podía levantarse, le temblaba todo el cuerpo. Teuman parecía verdaderamente enojado, Kalam corría grave peligro.

—¿Y bien? —preguntó el rey.

—Sí, mi rey. Conmigo viaja un asirio llamado Kalam.

—¿Sabes que es un desertor? —preguntó enojado el rey—. ¿Sabes que era un maldito esclavo y que le ofrecí la libertad? ¿Sabes que lo único que le pedí fue que ayudara a uno de mis oficiales a recuperar el libro de la lucha y que los abandonó a su suerte?

—En eso estás equivocado —dijo Kargicheng—, fueron atacados por bandidos y él fue el único que sobrevivió.

El rey le miró extrañado, no esperaba que el mercader le defendiera.

—Tráelo ante mi presencia, ahora mismo —ordenó el rey.

El mercader hizo un gesto con la cabeza a su administrador, que salió a toda prisa del palacio. Pocos minutos después, entró en la sala acompañado por Kalam. Al asirio le temblaban las piernas, lo que acentuaba su cojera. Miró a Teuman que le observaba con severidad. Temió que sus peores presentimientos se hicieran realidad.

—Te creía muerto —le dijo el rey.

—Pude sobrevivir gracias a los yuezhi.

—¿Qué pasó?

—Fuimos atacados por bandidos alanos, todos murieron incluido Ugaman, que luchó con gran valor. Yo fui gravemente herido, pero un monje me salvó la vida y me llevaron a Gushi donde me recuperé de mis heridas.

El rey observó el rostro de Kalam y vio una profunda cicatriz en su frente, también percibió su sensible cojera cuando andaba.

—¿Por qué no te presentaste ante mí cuando llegaste a Bhakri?

—Temía ser castigado por no cumplir con mi misión.

—De hecho no la has cumplido —dijo severo el rey.

Kalam bajó la cabeza, no sabía qué decir.

—Hace años, para saldar una antigua deuda con tu padre, te ofrecí la libertad —comenzó a decir el rey paseando delante suyo—. Solo te pedí una cosa, que ayudaras a Ugaman a recuperar el libro de la lucha que estaba en posesión de los sármatas. Durante meses no recibimos noticias vuestras. Envié una patrulla, que encontró los restos de varios soldados escitas, todos ellos irreconocibles debido a la acción de las alimañas. Te di por muerto, como al resto. Hace meses, un comerciante que hacía la ruta de oriente, me informó que los yuezhi habían recuperado su mítico libro, el que nosotros llamábamos el libro de la lucha. Mis esperanzas por conseguirlo se desvanecían. No obstante, prefiero que ese libro lo posean los pacíficos yuezhi, antes que los impredecibles sármatas. Hace pocos días, Marlat me dijo que había visto a un hombre muy parecido al desaparecido Kalam, se dirigía hacia Bhakri en una caravana de comerciantes yuezhi. El libro de la lucha lo tienen los yuezhi y curiosamente tú estás con ellos ¿acaso tú lo localizaste para ellos?

—No mi señor, desconozco como lo consiguieron, pero yo no tuve nada que ver —se defendió Kalam.

—¡Mientes, permanecerás en los calabozos hasta que los yuezhi nos lo devuelvan!

—¡No! —exclamó Kalam, poco antes de caer al suelo tras sufrir un fuerte golpe en la espalda.

—¡Basta! —ordenó Teuman al soldado—. Coged al asirio y llevadle al calabozo.

El soldado levantó con brusquedad a Kalam, que respiraba con dificultad.

—Mi rey, ¿por qué te interesa tanto el libro? Es cierto que su valor es incalculable pero ya eres inmensamente rico y no lo necesitas para incrementar tu fortuna —dijo Kargicheng, mientras observaba como el soldado se llevaba a Kalam.

—El libro no me interesa por los materiales de los que está hecho, me interesa lo que hay escrito en él.

—¿Cuándo liberarás a Kalam?

—Le liberaré cuando los yuezhi me entreguen el libro. Cuando regreses a tu tierra se lo comunicas a los monjes —dijo Teuman dando la espalda al yuezhi y bebiéndose una copa de vino.

Kargicheng cogió su alforja del suelo y sacó un libro de lomos de cuero curtido.

—El gran Teuman es un hombre de palabra —comenzó a decir el comerciante dirigiéndose a los presentes—, ha asegurado que liberará al asirio una vez tenga el libro de la lucha en su poder. Pues bien, aquí tengo el preciado libro, ruego al poderoso rey que libere al asirio, pues ya tiene lo que desea.

El rey, sorprendido al escuchar tales palabras, se giró y vio que Kargicheng se acercaba a él portando un libro. Lo cogió y lo comenzó a leer.

—Como puedes ver, está escrito en acadio, te será más fácil traducirlo. Este libro es más útil que el original, que está escrito en un dialecto poco conocido de nuestra lengua —le dijo Kargicheng.

Teuman comenzó a pasar las páginas con avidez, y de un solo vistazo, supo que se trataba de un libro que contenía un saber y unos conocimientos infinitos. Lo cerró y miró con enojo al comerciante. Había asegurado que liberaría a Kalam si los yuezhi le entregaban el libro y ahora lo tenía en su poder. No podía echarse atrás, o su palabra sería cuestionada, no tenía más opción que liberar al asirio.

—Has ocultado a Kalam sabiendo que le estaba buscando. Te estará prohibido comerciar en Bhakri, mañana al alba abandonarás la ciudad y no volverás jamás. Ahora fuera de mi vista y llévate al asirio —claudicó el rey, consciente de que había caído en la argucia del comerciante.

Kargicheng saludó respetuosamente, y salió a toda prisa acompañado por su administrador y por Kalam.

—No esperaremos al alba, nos marcharemos ahora mismo —dijo Kargicheng.

—Pero señor, viajar por la noche es muy peligroso —protestó el administrador.

—Más peligroso es quedarnos, Teuman tiene el libro y nada le impide que aprese a Kalam, o que incluso, nos detenga a nosotros por haberle ayudado. Las acciones de los poderosos son imprevisibles.

Kalam permaneció todo el camino en silencio hasta que llegaron al campamento. Se sentía culpable. Kargicheng había perdido una fortuna al no poder comerciar con sus productos en Bhakri y lo que era peor, nunca más podría hacerlo. Además, le habían entregado una copia del libro de la lucha a Teuman, que podría usar los conocimientos que contenía, para guerrear con los países vecinos y aumentar su poder. Llegó a su tienda y rápidamente, se dispuso a recoger todas sus cosas. Los criados estaban durmiendo cuando llegó Kargicheng al campamento y les ordenó que recogieran las mercancías, se marchaban.

—¿Por qué nos vamos, mi señor? —preguntó un administrador con los ojos soñolientos.

—Obedece y no hagas más preguntas, debemos irnos ya —ordenó Kargicheng.

En pocos minutos la caravana estaba preparada y partía hacia la ciudad de Merv. Kargicheng miró hacia atrás, esperando ver llegar a los jinetes escitas en cualquier momento. La noche era muy cerrada y unos bateadores, ayudándose de antorchas, guiaban la caravana por las traicioneras dunas. Los caravaneros estaban todavía confusos, en principio, iban estar comerciando cuatro días en la ciudad de Bhakri, una de las más importantes de su ruta, pero de repente, y a media noche, les habían ordenado abandonar la ciudad a toda prisa.

Con el amanecer y a varios kilómetros de Bhakri, la calma pareció llegar a la caravana. Kargicheng informó a sus administradores que tuvieron que abandonar rápidamente la ciudad porque había indicios de que sufría la peste. Pronto todos se alegraron de haber salido raudos de la ciudad, aunque hubiera sido a media noche y estuvieran durmiendo. Kargicheng, dirigía la caravana. Estaba más tranquilo, miró por última vez a su espalda y vio que la ciudad de Bhakri se perdía en la lejanía, los escitas no les atacarían. Había perdido una fortuna, pero había conservado la vida. Durante todos sus años de experiencia, había conocido cientos de reyes, reyezuelos y todo tipo de gobernantes. Sabía que eran corruptos y vanidosos, solo les importaba el poder y amasar la mayor fortuna que pudieran, pero también sabía que eran caprichosos e impredecibles. Un buen día eres su mejor amigo y te cuentan todo tipo de confidencias, y al día siguiente te cortan la cabeza porque piensan que eres un espía, o que has ido a la ciudad para asesinarle. Pensaba en lo ruines y mezquinos que eran los gobernantes, cuando Kalam se puso a su lado.

—Aún no te he dado las gracias por lo que has hecho —le dijo.

—No tienes nada que agradecer, el libro era tuyo.

—No entiendo —dijo confuso Kalam.

—El libro me lo entregó Ging-Liu. Me dijo que una vez estuvieras a salvo en Nínive, te lo entregara como muestra de gratitud.

—¿Gratitud? ¡Pero si me han salvado la vida!

—Nuestro pueblo es muy agradecido —le dijo el mercader—, y sin duda, has causado una gran impresión en el maestro. Cuando me entregó el libro me dijo que tus dioses te han encargado una misión y que el libro te podría ayudar a realizarla con éxito.

—El libro me ha permitido mantener la libertad.

—Mi intención era entregártelo en Nínive, pero creo que no tuve más opción que dárselo a Teuman para evitar que te encerraran.

Kalam le miró agradecido con los ojos húmedos. Nunca le dejarían de sorprender los yuezhi.

—Siento que tuviéramos que abandonar Bhakri, entiendo que habrás perdido mucho dinero.

—El dinero es solo dinero, las mercancías que no he podido vender aquí las venderé en Hagmatana, Nínive o en Fenicia. Lo importante es que seguimos con vida.

Kargicheng miró a Kalam y vio que tenía el semblante triste, se sentía culpable de todo lo sucedido.

—Amigo Kalam, a Ging-Liu le prometí que te protegería hasta que llegásemos a Nínive y te aseguro que haré todo lo posible para que así sea. Los yuezhi, cuando prometemos algo, vive dios que lo cumplimos. No te aflijas ni por mí, ni por mis negocios, lo importante es que llegues sano y salvo a Nínive y te reúnas con tu familia —le dijo Kargicheng con una sonrisa.

—No sé cómo agradecértelo.

—Cuidar de mis caravaneros durante el viaje será suficiente ¿qué esperabas? ¡Soy comerciante, no doy nada a cambio de nada! —exclamó riendo Kargicheng.

Continuaron el viaje y cruzaron la ciudad de Merv. Para evitar problemas y viejos resentimientos con los masagetas, evitaron entrar en Sari y se dirigieron a Hagmatana, la bella capital de los medos. A Kargicheng le fascinaban sus murallas. Majestuosas, sólidas e inexpugnables, indicaban que Hagmatana no era una simple ciudad. Como era habitual, la caravana acampó a unas decenas de metros de las murallas. Kargicheng, acompañado por Kalam, un administrador y su guardia, entró en la capital meda para cumplir con el tradicional pago de aranceles.

—Entramos en una ciudad mágica —le dijo Kargicheng—, esta es la tierra de los *magie* y de Ahura Mazda, el dios de los medos.

—¿Solo tienen un dios?

—Al igual que nosotros, solo creen en un único dios. Si tenemos suerte puede que nos reunamos con Jiroft, *magie* principal de los medos, es todo un personaje.

Cruzaron las murallas y se encaminaron al edificio de aduanas. Pagaron los impuestos correspondientes y después se dirigieron al palacio. Kargicheng pidió audiencia con el rey Daiukkuru. El oficial de guardia le informó que el rey medo le vería en audiencia al día siguiente a media mañana. El comerciante ordenó a su administrador que fuera a la caravana y que organizase el montaje de los tenderetes.

—Bueno, vayamos al templo del Ahura Mazda, con suerte quizá podamos hablar con Jiroft —dijo Kargicheng.

Hagmatana produjo una grata impresión en el asirio. En cada esquina, portal o callejuela, podía ver una figura esculpida, un friso con figuras geométricas o un relieve que representaba una batalla o alguna escena mística. La ciudad emanaba belleza por todas partes. Después de andar durante varios minutos, llegaron a un edificio que era fácilmente identificable como la morada del dios Ahura Mazda. Los dos hombres entraron en el templo.

—Es el fuego sagrado, siempre está encendido —dijo Kargicheng, señalando la hoguera que prendía frente a la escultura del dios de los medos.

En el templo, el olor a incienso era embriagador y se escuchaba un suave cántico que hacía de todo aquello algo mágico y misterioso.

—¿Qué es esa música? —preguntó Kalam.

—Son los monjes recitando el *Avesta*, el libro sagrado de Ahura Mazda.

El comerciante sacó unas monedas y las depositó en un plato de bronce que estaba debajo del fuego sagrado.

—Un pequeño donativo para mi amigo Jiroft —dijo sonriendo.

—¿Está aquí?

—No lo sé, él es el *magie* principal, pero es posible que esté en cualquier lugar del país predicando la palabra de Gaymorat, el primer iluminado.

—Estoy aquí, amigo Kargicheng —dijo una voz que salía de la oscuridad.

—¡Amigo Jiroft, pensé que me marcharía de Hagmatana sin verte! —exclamó feliz el comerciante.

Ambos se dieron un fuerte abrazo.

—Permíteme que te presente a mi amigo. Él es Kalam y es asirio.

—Un asirio con un yuezhi no es algo muy corriente. Saludos, amigo Kalam.

—Saludos, *magie*.

—Vaya, veo que Kargicheng ya te ha hablado de nosotros —dijo sonriendo Jiroft.

—Algo me ha contado sobre vuestro sorprendente dios.

Jiroft asintió.

—A vosotros los asirios, acostumbrados a cientos de dioses, os sorprende cualquier religión que alabe a un solo dios. A vuestro rey le ocurrió lo mismo.

—¿Assarhaddon estuvo aquí? —preguntó Kalam.

—Hace años, vino con Rusa, el rey de Urartu. Sus intenciones no eran buenas, pues su objetivo era arrasar la ciudad. Gracias a Ahura Mazda llegamos a un acuerdo y la paz venció a la guerra. Pero salgamos fuera y demos un paseo, hace un día maravilloso.

Los tres hombres salieron del templo y pasearon por los jardines anexos.

—¿Entonces negociasteis con Assarhaddon una alianza? —preguntó Kargicheng mientras paseaban.

—Le pagamos una verdadera fortuna para evitar que nos atacara, pero mereció la pena. Unas cuantas minas de oro y algunos caballos bien valen salvar esto ¿verdad? —dijo Jiroft girando con los brazos en alto mostrando la belleza de la insigne ciudad.

—Sin duda —confirmó Kalam.

—¿Tuviste ocasión de hablar con Assarhaddon? —le preguntó Kargicheng.

—Efectivamente, tuvimos una experiencia mística y él estaba muy interesado en que se la interpretara.

—¿Una experiencia mística? —preguntó Kalam.

—Es cuando tu alma rompe las cadenas del cuerpo y vaga libremente por el universo ¿verdad? —preguntó el comerciante.

—Más o menos, pero vas bien encaminado.

—Son muchos años comerciando por estas tierras y conversando contigo.

El *magie* tomó asiento sobre un banco de piedra y el resto hizo lo mismo. Parecía cansado. Kargicheng miró a Kalam y le hizo un gesto, el asirio entendió perfectamente, las preguntas sobre Assarhaddon las haría él.

—Háblanos sobre Assarhaddon, nunca he estado tan cerca de alguien que le conociera —dijo Kargicheng.

Jiroft sonrió.

—Parecía muy interesado en Ahura Mazda, conversamos mucho sobre él.

—Pensé que era fiel al dios Shamash —dijo Kalam.

—Creo que tuvo dudas, pero cuando le dije que Ahura Mazda era el dios de la paz y que para él todos los hombres son iguales, cambió de idea, ya no le pareció tan atractivo.

—Dudar de los dioses es pecado para los asirios —dijo Kalam—. Estoy seguro que cuando llegó a Nínive, lo primero que hizo fue hablar con Nisher-Sag, para espiar sus pecados.

—Vaya, parece que conoces muy bien a Assarhaddon para no haberle visto jamás —dijo inquisitivo Jiroft.

Kalam bajó la cabeza y el yuezhi carraspeó ante la divertida mirada de Jiroft. Los tres hombres hablaron largo y tendido hasta que la noche les obligó a retirarse. Kalam se quedó fascinado ante la personalidad y la energía que irradiaba el *magie*, al que ya consideraba un hombre santo. Mientras se dirigían hacia la caravana, Kalam compró varias figuras y telas que representaban al dios Ahura Mazda.

—Si entras en Nínive con estas imágenes, te condenarán por hereje y creo que ya tienes bastantes problemas —le dijo serio Kargicheng.

—No te preocupes, sé cómo ocultarlas.

—¿Para qué las quieres?

—Aún no lo tengo muy claro, pero tengo la sensación de que me serán muy útiles en el futuro.

El comerciante negó con la cabeza sin entender a qué se refería.

Al día siguiente se reunieron con el rey medo Daiukkuru. Kargicheng negoció con los administradores del reino la compra de varias decenas de neseos, doscientas ovejas y cincuenta cabras, además de varias docenas de vacas. El comerciante les vendió maderas nobles, sedas y marfil. Kargicheng vendería a precio de oro los famosos caballos medos en Asiria o en Fenicia. En cuanto al ganado, tampoco le faltarían compradores en cualquier ciudad camino de Tiro. Durante cuatro días estuvo la caravana de Kargicheng en Hagmatana y no les faltó negocio. Sus productos eran muy solicitados y compensó con creces la falta de ventas de Bhakri, no obstante, la ciudad de Hagmatana era inmensamente más rica que la capital escita. Pasados los cuatro días, desmontaron los tenderetes y partieron hacia Nínive. Después de varios días de travesía, llegaron al rio que hacía de frontera natural entre los medos y los asirios. Kalam se bajó de su caballo y Kargicheng hizo lo propio.

—Mira, el rio Diyala —dijo Kalam.

—Al otro lado está tu tierra.

Kalam estaba nervioso. Siete años habían pasado desde la batalla contra los cimerios. Él había cambiado, se encontraba más mayor, más cansado. Cojeaba ostensiblemente de la pierna derecha y tenía una cicatriz en la frente, sin contar con la marca en su espalda que le había identificado como esclavo masageta. Su hijo Nabui tendría once años y su mujer… Sintió un pinchazo en el corazón, ¿habría vuelto a casarse? Era lo más lógico, una mujer sola con un niño necesita un hombre. Sintió como el alma se le desgarraba y sus ojos se entristecieron. No podía presentarse así, de golpe, y reclamar lo que un día fue suyo. Su hijo seguro que no le reconocía y si su mujer hubiera rehecho su vida… él no tendría ningún derecho a perturbar la felicidad de lo que fue su familia. Entonces tomó una decisión.

—Entraré como sirviente tuyo en Nínive y buscaré a Imashar para que me informe sobre mi mujer y mi hijo. Si Damkira se ha casado y el *asu* me

confirma que tanto ella como mi hijo son felices, te acompañaré hasta Tiro y luego volveré contigo a Gushi, donde me estableceré hasta el final de mis días —le dijo Kalam mirando el rio.

—Sabes que siempre serás bien recibido en mi tierra, y que estoy feliz de tenerte entre nosotros pero, espero que no sea necesario y en el caso de querer acompañarme, lo hagas con tu familia.

Los dos hombres se fundieron en un fuerte abrazo y las lágrimas brotaron incontrolables por sus ojos. Una fuerte amistad había nacido entre ambos.

Cruzaron el rio Diyala y entraron en tierras asirias. Kalam, para pasar desapercibido, vestía como un esclavo. Como único ropaje llevaba un pantalón corto blanco bastante sucio, cubría su cabeza con un turbante del mismo color y caminaba descalzo. El pecho, al descubierto, dejaba a la vista la marca del esclavo. Tenía la barba rala y, debido a la cicatriz de su frente y a su cojera, sería muy difícil que nadie pudiera reconocerle. Siguieron el cauce del Tigris hasta que llegaron a su afluente, el Khosr. Cruzando el rio, se encontraba la capital del reino más poderoso del mundo, Nínive.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXIX

TAL y como había vaticinado Nisher-Sag, la reina murió a los pocos meses de contraer la enfermedad. En toda Asiria se decretaron quince días de luto y se prohibieron las fiestas y el alcohol. Todo el reino debía llorar la muerte de Zukatu. El funeral se ofició en el Palacio Antiguo de Assur, antigua capital Asiria. Los cientos de asistentes al sepelio se agolparon en el palacio y formaron una auténtica marea humana en el exterior. Como sacerdote real, Nisher-Sag dirigía la ceremonia. La sala real estaba adornada con flores y el aroma a incienso apenas mitigaba el fuerte olor de los allí presentes. Por la puerta principal entraron cuatro sacerdotes portando el sarcófago de madera que contenía el cuerpo inerte de la reina. Comenzaron a oírse cánticos sagrados, la multitud enmudeció y abrió paso a la marcha fúnebre. Varias mujeres comenzaron a llorar. Con un paso cadencioso, los sacerdotes cruzaron la sala y colocaron el sarcófago sobre un altar, quitaron su parte superior descubriendo el cuerpo de la reina, que apareció situada de lado y en posición fetal. Había sido debidamente embalsamada y vestida con sus mejores galas y joyas; brazaletes de oro y lapislázuli, un collar de plata que dibujaba distintas formas geométricas y una tiara de oro con incrustaciones de cornalina, ágata y turquesa, todas ellas joyas de noble factura. Nisher-Sag se situó delante del altar y los sacerdotes se retiraron.

—¡Oh gran dios Dumuzi, amo de la ultratumba y del renacimiento, de las cosechas y de las inundaciones, de la muerte y de la vida! —comenzó a exclamar Nisher-Sag mientras miraba al cielo con los brazos en alto—. ¡Oh gran dios Dumuzi, señor de lo vivo y de lo muerto. De tus pechos mana la leche que permite la vida y los rayos de sol que secan nuestras tierras. Yo,

Nisher-Sag, tu fiel servidor, te imploro por el alma de Zukatu, amada esposa de Assarhaddon, rey de todas las asirias!

Cogió un cuenco lleno de huesos quemados, procedentes del sacrificio en honor al dios Dumuzi, y los echó en el sarcófago.

—¡Que los restos del sacrificio satisfagan tus deseos y guíes el alma de Zukatu hacia tu glorioso reino de ultratumba, no permitas que confunda su camino y regrese al mundo de los vivos. Este ya no es su mundo, ya no pertenece a los vivos, si no que te pertenece a ti, gran dios Dumuzi. Su alma debe descansar en el reino de los muertos!

De una caja de madera cogió una balanza de oro, dos pequeñas pesas y un cilindrosello.

—¡Oh gran dios Shamash, dios de la justicia y del conocimiento, del cielo y de la tierra, garante de la equidad entre los hombres, conocedor de secretos y vigilante de las acciones de tus siervos! —exclamó Nisher-Sag —. ¡Te entregó esta balanza, estas pesas y este cilindrosello, que representan las buenas acciones de nuestra amada reina, que simbolizan su amor y devoción por los dioses patrones de Asiria y que expresan la pureza de su alma! —dijo el sacerdote poniendo todos los elementos sobre el cuerpo de la reina—. ¡Te ruego que no seas severo con ella, y permite que eluda los infiernos y tenga el descanso eterno que se merece!

Tras sus últimas palabras, aparecieron varios monjes cantando oraciones y salmos, se situaron frente al sarcófago y después de terminar sus oraciones, lo cerraron, lo subieron a hombros y comenzaron a bajar a una cripta situada en el centro de la sala real. Les siguió Nisher-Sag y la familia real. La princesa Sherna estaba destrozada y no dejaba de llorar, el joven Assurbanipal intentaba ocultar su dolor pero sus ojos llorosos le delataban. Más serenos parecían el príncipe heredero Sin-Iddina-Apla y sobre todo Samas-Uma-Ukin al que parecía que todo aquello no tuviera nada que ver con él. La reina madre Nakiya, sostenía a Assarhaddon, que andaba con dificultad destrozado por el dolor.

Dos días estuvo velando la familia real el cuerpo de la reina en la cripta. Pasado este tiempo, abandonaron Assur y se dirigieron a Nínive. Urgentes asuntos de estado precisaban la atención del rey. La reina madre Nakiya no dejó a su hijo ni de día ni de noche, le asistía constantemente junto con

Imashar y Nisher-Sag. El sacerdote había acabado casi con todos los rebaños de corderos de Nínive, debido al gran número de holocaustos que había realizado en honor de los dioses. Les suplicaba por la recuperación del rey, que había sucumbido en una profunda nostalgia. En una sola noche, había sacrificado, junto con sus acólitos, más de cien corderos en honor a la diosa de salud Nin-Karrak, pero sin resultado.

El rey permanecía en cama y se levantaba únicamente para hacer sus necesidades y comer algo en una mesa próxima. Debido a la inactividad, comenzaron a salirle erupciones en la piel y úlceras, lo que acrecentó su depresión. Imashar intentó curar sus eccemas con bayas de laurel macerados en aceite de oliva, pero el rey no mejoró. Cambió el tratamiento por otro a base de cataplasmas de limón, aceite de oliva y zumo de arándano, pero tampoco tuvo mejores resultados.

Imashar entró en los aposentos reales y encontró al rey tal y como lo había dejado horas antes, tumbado en la cama con la mirada perdida. Había adelgazado mucho y su estado físico era preocupante.

—Mi señor, ¿qué tal os encontráis hoy? —preguntó el *asu*.

El rey no dijo nada, parecía como si no hubiera percibido la presencia del médico. Imashar auscultó al rey y le cambió las gasas que cubrían los eccemas. No tenía fiebre, lo que era buena noticia, le estudió los ojos y el aliento, le tomó el pulso y, con la ayuda de un sirviente, consiguió cambiarle de posición.

—No quiero morir —dijo con voz lastimera—, los dioses me odian y quieren llevarme ante ellos.

Imashar se sorprendió, no esperaba que el rey fuera a hablar.

—Mi rey, vuestra enfermedad es producto de su mente. Los dioses no tienen nada que ver con ella.

—He pecado de apostasía y he sido castigado.

Impotente, el *asu* ordenó a un sirviente que fuera a buscar a Nisher-Sag, el único que podría ayudarle. Dos horas más tarde, se presentó junto con dos de sus acólitos.

—Siento la tardanza, me encontraba en el monte meditando junto con varios sacerdotes y el sirviente ha tardado bastante en encontrarme —se disculpó Nisher-Sag.

—No te preocupes, te he hecho llamar porque creo que mis servicios son inútiles para ayudar al rey. Su mal es de espíritu y solamente encontrando el equilibrio entre su cuerpo y su alma podrá salvarse —dijo Imashar—. Piensa que su enfermedad está causada por los dioses y que solamente ellos pueden curarle.

Nisher-Sag se acercó a Assarhaddon.

—Mi rey, los dioses son benevolentes, saben perdonar cualquier pecado que haya cometido —le dijo.

—No quiero morir, no quiero ir al infierno —sollozó Assarhaddon.

—He hecho cientos de sacrificios y en todos ellos los dioses han tenido a bien revelárseme. Los dioses me han hablado, y le puedo asegurar que le han perdonado. Ellos sufren al verle así, mi señor, ellos le necesitan, necesitan de su fuerza y poder para que pueda propagar sus enseñanzas y su fe a las cuatro esquinas del mundo. Mi rey, habéis sido perdonado por los dioses, ahora necesitáis ser perdonados por vos mismo.

—He dudado, he dudado de Shamash a favor del dios de los medos y la reina ha muerto. Ha sido por mi culpa.

—Shamash me ha hablado y me ha dicho que le perdona, sabe que le amáis más que a vuestra vida. Mi señor, abandonad vuestros miedos, los dioses no quieren haceros ningún daño —suplicó Nisher-Sag.

El rey se giró y calló, dando la conversación por terminada. Imashar y el sacerdote se miraron con pena. La enfermedad de Assarhaddon era grave y desconocían la cura.

Nakiya se encontraba en la sala del trono junto con el príncipe Sin-Iddina-Apla, el gobernador Nigirsu, Imashar, Nisher-Sag, y los generales Hitman y Kishdar. Habían pasado varias semanas desde el funeral de Zukatu y el estado de salud de Assarhaddon no mejoraba. Era el momento de pensar en quién iba tomar las riendas del país, mientras el rey permaneciera

inhabilitado. La reina tomó asiento en el trono real mientras que su nieto permanecía de pie a su derecha, los demás se sentaron en sendos escabeles.

—Es de todos conocidos que el rey está gravemente enfermo —dijo Nakiya—. Su estado de salud no mejora y el país necesita que alguien lo dirija. Os he reunido aquí para informaros que a partir de hoy, yo seré la reina regente de Asiria y me ocuparé de los asuntos internos y externos que afecten al reino.

Todos asintieron dando su conformidad, Nisher-Sag aplaudió entusiasta la decisión de la reina.

—El príncipe heredero mandará sobre todos los ejércitos y comandará las campañas militares —añadió.

—Nos alegra la noticia —dijo Hitman.

—Será un gran honor estar a las órdenes del príncipe Sin-Iddina-Apla, mi señora —dijo Kishdar.

La reina madre les miró satisfecha.

—Pero lo primero es conocer el estado de salud de nuestro rey. Imashar, Nisher-Sag, decidnos cuáles son vuestras impresiones sobre la enfermedad del rey y cuánto tiempo pensáis que durará su mal —dijo Nakiya.

—Mi reina, la enfermedad del rey está en su cabeza…

—¿Quieres decir que el rey está loco? —interrumpió Nigirsu al *asu*.

—No gobernador, simplemente quiero decir que la enfermedad que sufre su majestad está provocada por su sentimiento de culpa, piensa que ha pecado y se castiga por ello.

—¿Qué opinas tú Nisher-Sag? —preguntó la reina.

—Creo que algo o alguien ha roto el equilibro con el cosmos y la enfermedad del rey es la manera que han encontrado los dioses para reinstaurarlo.

—¿Entonces el rey sufre un castigo divino? —preguntó Kishdar.

Nisher-Sag negó con la cabeza.

—Es muy complicado interpretar a los dioses. Me comunico de forma habitual con ellos mediante el estudio de las estrellas, las vísceras o los sueños. En ocasiones, sus indicaciones o deseos son claros, pero otras veces, sus revelaciones son confusas y difíciles de traducir. Lo que puedo

asegurar es que en algún lugar o en algún momento, Assarhaddon ha hecho algo que ha disgustado a los dioses.

—Le dijiste que los dioses le habían perdonado —le dijo Imashar.

—Y así es, le han perdonado, si muere no irá a los infiernos, pero desconozco qué precio le van a pedir para saldar su deuda.

—¿Podría morir? —preguntó angustiado el príncipe.

—Así es, mi señor, los dioses pueden reclamar la presencia del rey para poder subsanar el equilibrio roto —respondió el sacerdote.

Imashar se levantó de la silla y se dirigió hacia Nisher-Sag.

—Que el rey viva o no, depende únicamente de él, no de los dioses. Ha caído en una profunda nostalgia y si en poco tiempo su salud no mejora, será el desánimo lo que acabe con él, no los dioses —dijo el *asu* intentando controlarse.

—Desánimo producido por los dioses como castigo por algún pecado cometido, no lo olvides —le dijo Nisher-Sag.

—Dejemos las discusiones teológicas para otro momento, lo que le importa al país es saber cuánto tiempo va a permanecer en este estado —intervino Nakiya.

Los dos hombres se miraron sin saber que decir, desconocían la respuesta.

—Puede curarse mañana, dentro de cinco años o nunca —dijo Imashar.

—O incluso morir —dijo Nisher-Sag mirando al *asu*.

La reina se reclinó en el trono real y cogió la mano del joven príncipe, que le sonrió con tristeza. Guardó silencio durante unos instantes y luego se levantó.

—Como desconocemos cuánto tiempo va a durar la enfermedad del rey, y ni siquiera sabemos si sobrevivirá a ella, yo Nakiya, madre del rey, hago uso de mi legítimo derecho a gobernar Asiria como reina regente, hasta que el príncipe heredero Sin-Iddina-Apla, esté capacitado para llevar las riendas del país.

Todos aceptaron de buen grado la decisión tomada por la reina madre, no obstante, era conocida por sus sabias decisiones tanto en tiempos de su marido, el rey Senaquerib, como durante el reinado de su hijo Assarhaddon.

—El reino de Asiria está en buenas manos —dijo un solemne Nisher-Sag.

La reina sonrió.

—Ahora tenemos que ocuparnos de otro grave problema —dijo la reina, ante la mirada expectante de todos—. Hemos recibido un preocupante mensaje de Sil-Bal, rey de Gaza. Han sido vistas tropas egipcias cruzando el Sinaí.

—¿Se dirigen hacia Fenicia? —preguntó Hitman.

—No, se dirigen directamente a Gaza —respondió la reina.

—¿De cuántas tropas de trata? —preguntó Kishdar.

—Según el mensajero de Sil-Bal, alrededor de diez mil soldados entre infantería, caballería y carros de guerra.

Kishdar se levantó del asiento.

—No son muchos para representar una seria amenaza a nuestras fronteras. Creo que lo que quieren es tantearnos.

—Estarán crecidos después de su victoria sobre Artacomo —intervino Hitman.

—Generales asirios, ¿qué nos aconsejáis? —preguntó la reina.

—Debemos luchar contra ellos y devolverles al delta hasta que tengamos fuerzas suficientes para arrasar Men-Nefer —dijo Hitman.

—No podemos dar ninguna señal de flaqueza, si ven que permitimos que ataquen a nuestros aliados, lo siguiente que harán será atacar las ciudades fenicias y para entonces será muy difícil detenerles —dijo Kishdar.

—La decisión está tomada, enviaremos las tropas a luchar contra los egipcios. El príncipe dirigirá las tropas pero tú, Kishdar, le acompañaras como comandante en jefe, conoces muy bien el terreno y al ejército egipcio.

—Será un gran honor.

—Preparad todo lo que necesitéis. No entiendo de guerras ni de ejércitos, os doy plena libertad para que toméis las decisiones que estiméis oportunas. Podéis marcharos.

Hitman, Kishdar y el joven príncipe se dirigieron hacia el campamento militar. Sin-Iddina-Apla estaba emocionado, desde niño le habían adiestrado en el arte de la guerra y sabía manejar con gran soltura tanto la

espada como la lanza. Pero nunca había entrado en combate, y se disponía a derramar sangre egipcia para defender las fronteras de su país. Los generales le observaron y sonrieron, vieron en sus ojos el fulgor y la virilidad de los jóvenes guerreros.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXX

LAS PUERTAS de la muralla se abrieron para dejar salir a las tropas que marchaban contra los egipcios. Nakiya observaba con satisfacción como su nieto Sin-Iddina-Apla, los dirigía. Quince mil infantes, dos mil jinetes y trescientos carros de guerra, componían el ejército asirio. Tropas muy superiores en número al ejército egipcio, Hitman y Kishdar no querían sorpresas. Como era habitual, toda la población de Nínive se reunió para despedir a sus soldados. La música y los pétalos de flores amenizaron la partida y paliaron, aunque solo en parte, el dolor de madres y esposas que veían como sus seres queridos partían hacia la guerra. El príncipe giró su caballo y saludó a la reina madre que le observaba orgullosa desde la muralla.

—Será un gran rey —le dijo Hitman a Nakiya.

—Estoy nerviosa, es su primera batalla.

—Los astros son propicios, mi señora, la victoria será nuestra y la gloria para el joven príncipe —intervino Nisher-Sag.

Kalam caminaba junto a Kargicheng. Durante su estancia en Nínive, fingiría ser su esclavo personal. Estaban próximos a la ciudad cuando fueron detenidos por una patrulla asiria. A Kalam casi le da un vuelco el corazón, pensaba que ya habían informado a Assarhaddon de su presencia en la caravana. Se tranquilizó cuando el oficial que mandaba la patrulla les informó que tenían que detenerse, pues el ejército asirio se disponía a salir de la ciudad.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó Kargicheng desde su caballo.

—A Gaza, por lo visto hay tropas egipcias merodeando por la zona —contestó el oficial.

A Kalam le hubiera gustado preguntar infinidad de cosas al soldado, pero tuvo que contenerse. Si hubiera osado dirigirse al oficial, habría sido fustigado por insolente. Un esclavo nunca puede iniciar una conversación o preguntar a un hombre libre y mucho menos a un oficial asirio. Kalam observó el imponente ejército y se fijó en quién les dirigía. Habían pasado muchos años y el niño que jugaba por los jardines de palacio, se había convertido en un hombre. Enseguida reconoció a Sin-Iddina-Apla, pero no al general que le acompañaba. Se preguntó dónde estaría Artacomo. Miró hacia la muralla y pudo distinguir a Nakiya, a Nisher-Sag y al general Hitman, pero le sorprendió no ver ni a la reina Zukatu ni al rey. Sutilmente se acercó a Kargicheng y le pidió que se lo preguntara al oficial. Pero si el comerciante quería obtener la información, antes tendría que ganarse la confianza del huraño soldado. Ordenó a uno de sus sirvientes que le llevara un ánfora con vino.

—Oficial, hace mucho calor y parecéis sediento, tomad y probad de este vino, estoy seguro de que no habéis probado nunca nada parecido —dijo sonriendo el comerciante, entregándole el ánfora.

El oficial miró desconfiado pero tomó el ánfora y bebió. Satisfecho, sonrió y se la entregó a sus hombres que la vaciaron en pocos minutos.

—No veo a la reina, ni al rey despedir al ejército —dijo Kargicheng, después de haberle entregado una ánfora más.

—La reina murió hace unos meses y el rey se encuentra gravemente enfermo —dijo el oficial, con la lengua más desatada de lo debido gracias al efecto del vino.

Kargicheng y Kalam se miraron.

—Oh, lo siento, ¿se conoce qué mal está causando la enfermedad del rey? —preguntó el yuezhi.

—Poco sabemos de las cosas que ocurren en palacio, a nosotros solo nos mandan, no nos informan.

—¿Entonces se desconoce qué enfermedad tiene? —insistió.

—Solo sé lo que se rumorea. Se comenta que el rey ha caído en una profunda nostalgia y que solo desea reunirse con su mujer —el oficial

observó como la totalidad del ejército asirio había abandonado la ciudad—. Las tropas han salido de la ciudad, podéis continuar hacia Nínive. Gracias por el vino.

El comerciante le sonrió y la caravana continuó el camino hacia la capital asiria. Durante las campañas militares estaba prohibido que los extranjeros entraran en la ciudad, así que Kargicheng tuvo que hacer uso de todas sus influencias para poder entrar en Nínive. Durante casi una hora estuvo negociando con el funcionario de aduanas. Le había permitido comerciar con sus productos y acampar extramuros pero le había impedido el paso a la ciudad. Finalmente, tuvo que reclamar la presencia del gobernador, al que conocía desde hacía años, para poder entrar en la capital asiria. Kargicheng ordenó a sus administradores que organizaran el montaje de las tiendas de campaña y los tenderetes. Mientras tanto, él esperaría la autorización de Nigirsu en la puerta de la ciudad, acompañado por su guardia personal y cinco sirvientes que portaban pesados fardos. Kalam se encontraba entre ellos. Poco después, apareció la figura sobria del gobernador. Iba vestido de riguroso negro y su semblante era serio.

—Kargicheng, es un placer volver a verte —dijo huraño Nigirsu, incapaz de mostrar ningún tipo de emoción.

—Saludos, gobernador, veo que los años son benevolentes contigo —dijo sonriendo.

Nigirsu no pudo evitar una sonrisa.

—Entremos en la ciudad, supongo que estarás cansado después de tanto viaje. Vayamos a palacio, he informado a la reina madre de tu presencia y está impaciente por saber qué productos traes en esta ocasión.

Kalam cruzó la hermosa puerta de Shamash, con sus dos torreones proyectados y su arco abovedado, y entró en la ciudad confundido con el resto de sirvientes. Evitó en todo momento acercarse a Nigirsu más de la cuenta y no abrió la boca durante todo el trayecto. Sintió una fuerte emoción al volver a la ciudad donde, hacía muchos años, encontró la felicidad pero también el infortunio. Poco había cambiado desde entonces. Durante el camino hacia el palacio, Kargicheng intentó indagar algo más

sobre la muerte de la reina y la enfermedad que sufría el rey, pero Nigirsu, como era habitual en él, o no respondía o lo hacía con monosílabos. Después de hacer algunas preguntas más, el yuezhi desistió, dándose por vencido. Llegaron a las puertas de palacio y Kalam entregó su fardo a uno de los sirvientes reales. Después, junto con el resto de esclavos, fue conducido hasta las caballerizas donde le dieron agua y un pedazo de pan. Kargicheng fue presentado ante Nakiya que le recibió con una sonrisa.

—Estimado Kargicheng, es grato verte en estos momentos de profunda tristeza.

—Saludos, mi señora, ya he sido informado de la muerte de la reina. Le doy mis más sinceras condolencias —dijo triste el comerciante.

Nakiya asintió y sonrió agradecida.

—He oído que el rey también está enfermo —dijo Kargicheng—, espero que no sea nada grave.

—No es nada de importancia, simplemente está algo indispuesto. Me ha pedido que te salude de su parte —mintió—. Ahora dime ¿qué mercancías nos traes?

—Mi reina, como regalo personal, he traído cinco fardos de seda virgen de distintos colores para que tus costureras os hagan los vestidos más bellos, con las más suaves y magníficas telas.

Hizo un gesto con la mano y entraron en la sala de audiencias los siervos reales portando los fardos. Con sumo cuidado, el comerciante los cortó, dejando a la vista las más hermosas sedas que la reina había visto.

—Es un regalo muy generoso —dijo satisfecha Nakiya, mientras tocaba con agrado las suaves telas.

—Espero que sirvan para mitigar, aunque sea solo en parte, el dolor por la muerte de la reina Zukatu.

Nakiya sintió un nudo en la garganta, su nuera había muerto, su hijo estaba gravemente enfermo y su nieto se dirigía a la guerra contra los egipcios. Fingió una sonrisa y bebió un sorbo de vino de una copa de plata. A Kargicheng no le pasó desapercibida la triste mirada de la reina. Sabía que la enfermedad del rey era más grave de lo que Nakiya intentaba transmitirle.

—Te agradezco tu visita, mi querido Kargicheng, pero estoy muy cansada y mucho me temo que debo despedirte.

—Ha sido un placer mi reina. Deseo una pronta recuperación del poderoso rey Assarhaddon.

—Los dioses te oigan.

El comerciante se despidió y salió de la sala de audiencias acompañado por Nigirsu. Caminaban hacia la puerta principal del palacio cuando el comerciante sufrió un fuerte dolor en el estómago.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el gobernador.

—Siento un dolor horrible —dijo Kargicheng con la espalda doblada.

—¡Guardias, avisad a Imashar! —ordenó Nigirsu—. Acompáñame a la habitación de invitados, allí el *asu* del rey te podrá atender.

Apoyándose en dos sirvientes y entre fuertes dolores, Kargicheng fue llevado a una de las habitaciones de invitados. Le desvistieron y le acomodaron en la cama. A los pocos minutos entró Imashar.

—Saludos Nigirsu, veo que tienes un invitado con molestias —dijo Imashar.

—Acabamos de estar con la reina, nos disponíamos a salir de palacio cuando cayó doblado por un dolor de estómago —dijo Nigirsu.

—Saludos, comerciante, mi nombre es Imashar.

—Es un honor ser atendido por el *asu* real, mi nombre es Kargicheng y provengo de Kushan —dijo con dificultad el comerciante.

—De lejanas tierras vienes —le dijo Imashar mientras le auscultaba.

Le palpó el estómago y el yuezhi se estremeció, le tomó el pulso y le olió el aliento, momento del que sirvió Kargicheng para decirle en voz baja que tenía que hablar con él a solas. Extrañado, el *asu* ordenó que le dejaran solo con el comerciante, pues tenía que hacerle una exploración más exhaustiva.

—Con los cuidados de Imashar te recuperaras pronto, no obstante, puedes hacer uso de esta habitación todo el tiempo que necesites. Fuera dejaré a uno de los sirvientes que te atenderán en todo lo que precises —dijo Nigirsu.

—Gracias gobernador —dijo con un hilo de voz Kargicheng.

Los sirvientes y Nigirsu salieron de la habitación dejando solos al *asu* y al comerciante.

—Entiendo que tu dolor es fingido y que ha sido una excusa para poder hablar conmigo a solas, ¿me equivoco? —preguntó Imashar.

—Estás en lo cierto, no tengo dolor ninguno, simplemente quería hablar contigo sin que hubiera nadie delante, tengo una noticia importante que darte.

Kargicheng se incorporó y se sentó en la cama, el *asu* le miraba con atención.

—Conmigo viaja una persona que tú conoces, su nombre es Kalam.

—¿Kalam? —preguntó incrédulo Imashar—. El rey dijo que estaba muerto —añadió confuso.

—Eso creía él, pero está vivo.

Imashar no podía creer lo que estaba oyendo. Después de tantos años, Kalam había vuelto a Nínive. Estaba emocionado, nervioso, esperanzado, recordó como un buen día, entró en su vida curando la enfermedad del rey. Era un joven audaz, valeroso, lleno de vida, volcado en el amor por su mujer y su hijo…, entonces recordó una conversación que tuvo con Assarhaddon y su sonrisa se desvaneció. Sintió una fuerte opresión en el corazón que le obligó a sentarse en la cama. Kargicheng le miraba confuso.

—¿Dónde está ahora? —preguntó inquieto Imashar.

—En lugar seguro, Kalam teme por su vida.

—Y no le falta razón.

—Quería hablar directamente contigo, preguntarte por su familia, por Assarhaddon, pero pude convencerle para que fuera yo quien se comunicase contigo en su lugar. Como te he comentado, Kalam teme por su vida, sospecha que Assarhaddon le envío a luchar contra los cimerios para provocar su muerte.

El *asu* no pudo sofocar el llanto, el comerciante intentó consolarle pero no lo consiguió. El recuerdo de Kalam, Damkira y el pequeño Nabui, llegó a su mente produciéndole un insoportable dolor. Y el *asu* lloró durante varios minutos, hasta que pudo desahogar parte de su pena sobre el hombro del desconocido. El médico, ya más calmado, comenzó a hablar.

—Kalam corre peligro, debe marcharse, huir de Nínive cuanto antes.

—¿Dónde está su familia?

—Debe marcharse —insistió el *asu*.

—Sabes que no se irá sin su familia, ¿dónde están?, ¿qué ha sido de ellos? —preguntó nervioso Kargicheng temiéndose lo peor.

Imashar se tapó la cara con las manos, se veía incapaz de narrarle los hechos tal y como se los había contado el propio Assarhaddon. Se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana. Respiró hondo, intentó tranquilizarse y sin dejar de mirar por la ventana, contó la desgraciada historia. Cuando hubo terminado, se giró y miró a Kargicheng, que lloraba con el corazón destrozado.

—Debéis iros de Nínive y cuanto antes.

—Si nos marchamos ahora podemos levantar sospechas, porque tenemos acordados cuatro días de mercado —dijo Kargicheng algo más recompuesto.

—Entonces oculta a Kalam en la caravana e impide que salga de su tienda.

El yuezhi se levantó con dificultad de la cama, tenía los ojos húmedos y el alma rota. Recordaba como Kalam, durante el viaje, no dejaba de hablar de su bella esposa y su hermoso hijo. Cada vez que lo hacía, sus ojos brillaban orgullosos y emocionados. Estaba como loco por ver de nuevo a su familia, besar a su mujer, abrazar y jugar con su hijo. Ahora, su gran deseo había sido frustrado por el capricho y la lujuria del rey.

—¿Cuándo se lo diremos a Kalam? —preguntó el yuezhi.

—No lo sé. Ni siquiera sé si es conveniente que lo sepa.

—Debe saberlo, tiene derecho a saber qué ha sido de su familia.

—En tal caso, seré yo quien deba decírselo —dijo con tristeza Imashar —, mañana al anochecer iré a vuestro campamento.

Kargicheng asintió agradecido.

—Ahora debo marcharme. Que dios te guarde, *asu*.

—Que los dioses te protejan.

El yuezhi se dirigió hacia las caballerizas donde le esperaba Kalam y el resto de sirvientes. El asirio estaba impaciente por saber si Kargicheng

había conseguido hablar con el *asu*. Esperó a que hubieran cruzado las murallas de la ciudad, para dirigirse al comerciante.

—¿Has conseguido hablar con Imashar? —pregunto nervioso.

Kargicheng miró a sus espaldas para asegurarse que ningún soldado asirio les observaba.

—Debes ser más prudente Kalam, cualquier mínimo error y Assarhaddon sabrá que estás vivo.

—Lo siento, pero es que no puedo soportarlo más, los nervios me van a matar, ¿le has visto?

—Sí, pero apenas hemos podido cruzar unas palabras. Mañana por la noche vendrá al campamento y podrás hablar con él —dijo Kargicheng intentando ocultar su dolor.

—¿Te ha podido decir algo de mi familia?

El comerciante sintió un nudo en el estómago.

—No, lo siento, como te he dicho antes, apenas nos hemos saludado —dijo Kargicheng mientras iba aligerando el paso—. Debemos darnos prisa, ya es tarde y mañana es día de mercado. Nos espera un día muy duro.

Las lágrimas comenzaron a brotarle de los ojos, caminó más deprisa para evitar que Kalam le viera. El asirio le miró con preocupación, extrañado por la conducta huidiza del comerciante, y caminó en silencio hacia el campamento.

Kalam esperaba impaciente al *asu* del rey. Kargicheng le había aconsejado que permaneciera todo el día en su tienda. Tenía que ser prudente, al igual que Marlat le había descubierto, cualquier otro podría hacerlo. Miraba constantemente fuera de la tienda esperando ver el ocaso del sol y la llegada de Imashar. ¿Se habría casado Damkira? ¿Mi hijo estaría sano estudiando en palacio junto con los príncipes? Las preguntas se agolpaban en la mente del asirio, cada minuto que pasaba crecía su impaciencia. Después de años de espera, por fin había llegado el momento de reunirse con su familia. Oyó ruido fuera de la tienda, asomó la cabeza y vio que dos sombras se aproximaban entre la penumbra, pudo identificar al *asu* y al comerciante. El corazón se le salía del pecho cuando los dos hombres entraron en la tienda.

—¡Imashar amigo mío! —exclamó Kalam abrazando al médico.

—Querido Kalam, creíamos que habías muerto —dijo Imashar con lágrimas en los ojos.

—¡Cuántos años, por todos los dioses!

—Muchos, amigo mío, muchos —Imashar tomó asiento, estaba cansado —. Cuando Kargicheng me dijo que seguías vivo mi corazón lloró de gozo.

—Siento decirte que tienes mal aspecto ¿te encuentras bien?

—No te preocupes por mí, simplemente estoy algo cansado, los años pesan sobre mí como auténticos sillares de piedra.

Kalam observó el semblante serio del médico que sonreía forzado desviando la mirada.

—¿Qué ocurre Imashar? Se trata de mi familia, ¿verdad? —preguntó Kalam temiéndose lo peor.

—Siéntate por favor —le dijo Kargicheng.

El asirio obedeció.

—Kalam, tengo que darte malas, muy malas noticias sobre tu familia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kalam, cogiendo con fuerza el brazo de Imashar.

El médico le miró, no encontraba la manera de decírselo.

—Por favor Imashar, dime lo que sea, pero dímelo ya, no puedo soportarlo más —suplicó el asirio.

—Toma Kalam, bébete esto, te tranquilizará. Te contaré lo que le ha pasado a tu familia —le dijo Imashar dándole un vaso en el que había añadido un tranquilizante.

Esperó a que el sedante le hiciera efecto, haciendo caso omiso a las súplicas de Kalam, que le apremiaba impaciente para que le contara lo que le había ocurrido a su familia. Observó sus pupilas y fue consciente de que el bebedizo empezaba a hacer efecto. Respiró hondo, miró a Kargicheng y aguantando las lágrimas narró la desgraciada historia.

—Ocurrió el día que Artacomo llegó triunfante de su victoria sobre los cimerios. Hubo una gran fiesta y el rey bebió más de la cuenta. Cuando los invitados se fueron, Assarhaddon siguió bebiendo, barruntado una idea que había surgido en su cabeza. Abandonó la sala del trono y se dirigió…, se dirigió hacia la alcoba de Damkira.

A pesar del tranquilizante que le habían proporcionado, Kalam se incorporó nervioso ante las palabras de su amigo.

—Ella estaba durmiendo y el rey la despertó —continuó Imashar, con gran pesar en su corazón, pero con la obligación de tener que hacerlo—. Intentó abusar de ella —las lágrimas, incontrolables, comenzaron a aflorar —, Damkira fue valiente y se resistió, pero el rey era más fuerte, entonces el pequeño Nabui, debido a los gritos de su madre, se despertó y valientemente comenzó a golpear al rey…

El *asu* hizo una pausa, se sentía incapaz de seguir hablando.

—Continúa por favor —suplicó Kalam con los ojos húmedos.

—Assarhaddon le golpeó tirándole al suelo, Damkira fue a socorrerle y pudo comprobar que, a pesar de haber recibido un fuerte golpe, se encontraba bien. Assarhaddon la cogió por la espalda y la arrojó a la cama, y a cambio de salvaguardar la vida de su hijo, accedió a sus deseos. Pero antes le suplicó poder llevar al pequeño a su dormitorio, para que sus ojos no fueran testigos de la violación de su madre. El rey aceptó.

—Sigue —ordenó Kalam, al que ya le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Damkira se acercó a Nabui y lo cogió entre sus brazos para tranquilizarlo —el *asu* hizo una pausa—. Desconozco que pasó entonces por su cabeza, ni por qué lo hizo. Quizá, creyendo que habías muerto y ante la perspectiva de verse ultrajada y humillada por el rey, un sentimiento de angustia y soledad azotase su atormentada alma, quizá pensase que sin ti, la vida no tenía ningún sentido y ni siquiera el chiquillo era suficiente motivo para seguir viviendo…

Imashar no podía continuar, un nudo en la garganta le impedía hablar. Kargicheng le puso la mano sobre el hombro y, con los ojos nublados por las lágrimas, intentó consolarle.

—Por favor, sigue —dijo Kalam, intentando aparentar una entereza de la que carecía.

No sin dificultad y después de beber un vaso de agua, el médico continuó.

—Con el niño en brazos, Damkira corrió hacia la ventana. Assarhaddon, viendo sus intenciones, se lanzó hacia ella justo en el momento que saltaba

por la ventana con Nabui en su regazo. Estiró su brazo e intentó agarrar a Damkira, que ya se precipitaba hacia el vacío, pero solo consiguió coger al niño. Damkira cayó por la ventana, mientras que Assarhaddon sujetaba con fuerza la pierna de Nabui, que boca abajo, observó como su madre se precipitaba contra el suelo.

—Lo siento, Kalam —le dijo Kargicheng tratando de consolar a su abatido amigo.

Kalam sintió un fuerte mareo, intentó levantarse pero no pudo. Casi se cae al suelo si no hubiera sido por la ágil reacción de Kargicheng. No había conseguido asimilar lo que acababa de oír. Sintió como su corazón se rompía en mil pedazos, como una parte de su alma le era arrebatada para siempre. Hundido en un mar de desesperación y dolor, comenzó a llorar.

—Damkira, Damkira, mi amor, mi vida… —comenzó a susurrar entre sollozos.

—Kalam, amigo —le dijo Kargicheng mientras le abrazaba.

—¿Dónde está Nabui? —preguntó Kalam, recordando que Assarhaddon había salvado su vida—. Si el rey lo salvó, debe estar vivo.

Kargicheng e Imashar se miraron, entonces el *asu* cogió una jarra que contenía el tranquilizante que habían proporcionado a Kalam, y se sirvió un vaso que bebió de un solo trago.

—La corte ocultó la muerte de Damkira —comenzó a decir— y solo los más allegados al rey, dónde no me encontraba yo, sabían lo que había sucedido. A los familiares de Damkira se les dijo que se encontraba en Babilonia, junto con Nabui, y no debían preocuparse por ella, pues estaba bajo la protección de Assarhaddon. Pasados unos meses, y tras la negativa de la familia real de proporcionar más información sobre el paradero de Damkira y su hijo, tanto su familia como la tuya desistieron, quedando ambos en el olvido. Assarhaddon enfermó, martirizado por los remordimientos y, sintiéndose culpable tanto de tu muerte como la de tu mujer, había caído en una fuerte nostalgia. Bebía constantemente, apenas salía de su habitación y tenía horribles pesadillas. Pensaba que debido a sus graves pecados, los dioses le estaban castigando y no dejaba de autolesionarse, tenía todo el cuerpo entumecido colmado de cuchilladas. La

reina se reunió con Nisher-Sag, tenían que buscar una solución al estado de salud del rey.

Imashar se sirvió un poco más de la infusión tranquilizante, y bebió un pequeño sorbo, sentía sus efectos y temía que si bebía más, no estaría en condiciones de terminar de contar lo sucedido.

—Nisher-Sag estaba convencido de que los dioses estaban castigando al rey, no obstante, había enviado a la muerte al hombre que le salvó la vida. El equilibrio del cosmos se había roto y los dioses debían restaurarlo castigando a Assarhaddon y reclamándole ante su presencia. Esto por lo menos, era lo que pensaba el sacerdote, pero la reina madre tenía otros planes.

—¿Qué planes? —preguntó Kalam.

—Nakiya no iba a quedarse de brazos cruzados, mientras que la enfermedad consumía a su hijo, instó al sacerdote para que preparase la doctrina de la sustitución.

—¿La doctrina de la sustitución?

Imashar asintió.

—Cuando Assarhaddon me contó lo sucedido, hablé con Nakiya y con Nisher-Sag, quería que me confirmaran si era cierto lo que el rey me había contado. Por desgracia así fue. Ahora amigo Kalam, permíteme que te cuente lo que le sucedió al pequeño —dijo Imashar.

El *asu* comenzó a narrar la historia tal y como sus protagonistas se la habían relatado. He aquí los sucesos que acontecieron al hijo de Kalam, después de la muerte de Damkira.

La reina madre esperaba al sacerdote en la sala del trono, vestía una túnica de color blanco, y cubría sus hombros con un manto púrpura terminado con flecos, y adornado con elementos geométricos. El sacerdote, tal y como era habitual, vestía una larga túnica ocre sin mangas.

—Saludos, mi reina.

—Saludos, sacerdote, te he hecho llamar para buscar una solución a la enfermedad del rey, si sigue así pronto morirá —dijo directamente la reina madre.

El sacerdote paseó por la sala con las manos entrelazadas en la espalda. Estaba preocupado, los planes no estaban saliendo como él, en un principio,

se había imaginado.

—Los dioses le están castigando, mi señora, poco podemos hacer.

—¡No voy a estarme quieta mientras mi hijo se autodestruye, algo tenemos que hacer! —gritó desesperada Nakiya, tenía los ojos húmedos.

—Los dioses están muy irritados. Muchos corderos tendrán que ser sacrificados para poder contener su ira.

—Prepara la doctrina de la sustitución —ordenó más serena la reina.

—Mi señora, no creo que en este caso sea útil, el daño se lo está haciendo él mismo.

La reina le miró con autoridad.

—Sí, pero a través de los dioses. Quiero transferir su maldición a otra persona, así mi hijo quedará libre.

—¿Queréis que otra persona, en lugar de un objeto o un animal, haga de sustituto del rey? —preguntó incrédulo el sacerdote.

—Creo que es la única manera y te necesito a ti para que hagas todos los preparativos.

—¿Ya tenéis el sustituto?

—Sí, ya he elegido uno. Ahora vete y prepara lo que necesites, no tenemos tiempo que perder.

Nisher-Sag, se despidió de la reina y rápidamente, se dirigió hacia el templo de Shamash. Hacía muchos años que no realizaba el rito de la sustitución y necesitaba refrescar su memoria. Además, en este caso, el sustituto iba a ser otra persona en lugar de un animal o una figura de arcilla, que era lo más habitual. El sacerdote entró raudo al templo y se dirigió a la pequeña biblioteca donde guardaba cientos de tablillas de arcilla, conocimientos ancestrales se hacinaban en esa pequeña sala. Escritas en forma de cuña sobre pequeñas tablillas de arcilla, se depositaba todo el conocimiento y sabiduría del imperio. Tardó poco tiempo en encontrar lo que estaba buscando. Inmediatamente se puso a leer.

—La doctrina de la sustitución; todo mal puede ser transferido de un cuerpo a otro como si fuera un recipiente. El mal se puede transferir a una figura de cera, arcilla, madera, a un animal o, en casos de extrema gravedad, a un hombre. El sustituto debe vivir con el enfermo, dormir con el enfermo, comer con el enfermo, el sustituto y el enfermo deben ser uno

solo. Una vez conseguido que el enfermo y el sustituto sean uno, se realizará el ritual de la transferencia. El mal, desorientado, confundirá al enfermo con su sustituto, y se transferirá a este poseyéndole y contagiándole toda su pestilencia. De esta forma, el alma del endemoniado quedará libre y su enfermedad será curada.

El sacerdote terminó la lectura de la última tablilla, ya sabía todo lo que necesitaba para la realización del ritual. Al día siguiente se iniciaría el rito de la doctrina de la sustitución.

La reina entró en la alcoba del rey, Assarhaddon se encontraba tirado en el suelo sobre un charco de sangre, parecía muerto. Nakiya se agachó para auxiliarle, logró darle la vuelta y pudo comprobar que aún seguía vivo.

—Hijo mío ¿me oyes?

—Sssi, ma… madre —susurró.

—Vamos a salvarte, vamos a quitarte este mal que te está destruyendo, pero necesito tu ayuda. ¿Quieres volver a ser él de antes? ¿Quieres que este mal te abandone para siempre? —preguntó la mujer entre sollozos.

El rey asintió con dificultad, la reina madre hizo llamar al sacerdote, que entró en la alcoba acompañado por varios asistentes y por el sustituto.

—El mal que te posee mañana desaparecerá —dijo el sacerdote—. Pero antes debemos desconcertarle para que abandone tu cuerpo y penetre en el del sustituto. Estás ensangrentado, estás ebrio y estás débil, debemos ensangrentar, debemos emborrachar y debemos debilitar a su sustituto. ¡Traédmelo! —ordenó.

Dos asistentes llevaron al sustituto frente al sacerdote. El pequeño Nabui estaba aterrorizado. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Esa misma mañana, dos hombres entraron en su habitación y se lo llevaron. Les preguntó adónde le llevaban pero no le contestaron, simplemente le ordenaron que se callara. Ahora se encontraba frente al sacerdote. Unas tímidas lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

El sacerdote cogió una copa de vino y se la dio a beber al niño. Nabui, al probar su sabor amargo, lo escupió y se negó a seguir bebiendo. Los asistentes tumbaron al pequeño en el suelo y le colocaron un embudo en la boca. El sacerdote comenzó a verter poco a poco el vino en el embudo, haciendo pequeñas pausas para dejarle respirar. Después de varias copas de

vino, el sacerdote miró los ojos del niño y observó sus mejillas. Mandó a los asistentes que le levantaran pero era imposible, cada vez que intentaron ponerle en pie, caía al suelo. Se encontraba completamente ebrio. Después, el sacerdote cogió un puñal y comenzó a realizar leves cortes por todo el cuerpo de Nabui, que comenzó a sangrar de forma copiosa. El pequeño no protestó, estaba profundamente dormido.

—Ahora el sustituto ya está ebrio, ya está ensangrentado y ya está débil —dijo el sacerdote—. Esta noche dormiréis juntos, enfermo y sustituto. Mañana al amanecer vendremos a recogeros.

Los asistentes llevaron a la cama tanto a Assarhaddon como a Nabui. El sacerdote les veló durante toda la noche y, si en algún momento Nabui, recobraba el conocimiento y se quejada del dolor, volvían a ponerle el embudo en la boca y verter vino en ella. Nisher-Sag observaba ambos cuerpos, debían de estar en las mismas condiciones para confundir al mal, por eso, cuando vio que Assarhaddon ya no sangraba, no dudó en coger su puñal y realizarle algunos cortes. El rey apenas protestó y siguió bebiendo durante prácticamente toda la noche.

La mañana siguiente antes del amanecer, el sacerdote, junto con sus asistentes, bajó al niño y al rey a los jardines del palacio. Nabui, se encontraba agotado, lloraba, le dolía todo el cuerpo y vomitó en varias ocasiones. El rey estaba en trance, como si todo a su alrededor fuera irreal. Los asistentes comenzaron a cavar una fosa, mientras el sacerdote realizaba extraños cánticos. La reina Nakiya observaba todo a cierta distancia, no quería estar cerca del mal cuando este se transfiriese de un cuerpo a otro. Cuando los asistentes terminaron la tumba, Nabui fue introducido en ella y dócilmente fue tumbado por el sacerdote. Inmediatamente después, el rey se introdujo en la fosa y se tumbó al lado del niño. El sacerdote cogió un cuchillo de palo que le entregó un asistente e hizo el ademán de degollar al rey, acto seguido, cogió otro cuchillo de hierro y degolló al pequeño Nabui.

—¡No! —exclamó Kalam fuera de sí—. ¡Mi hijo no! —Y cayó abatido al suelo en un mar de lágrimas.

Kalam había escuchado con el corazón destrozado el relato de Imashar, aguantando el dolor que le ocasionaba conocer el sufrimiento que había padecido su hijo. Con lágrimas en los ojos, intentó soportar toda la angustia

pero no pudo. Era demasiado para él, su mujer y su hijo estaban muertos y jamás volvería a verlos. Lloró desconsolado, destrozado, sentía como le flaqueaban las piernas, como todo daba vueltas a su alrededor. Imashar le ofreció otro vaso con tranquilizante pero lo rechazó. Se secó las lágrimas y, después de respirar hondo, instó a Imashar que continuara.

—Kalam, ya sabes lo que le sucedió a tu hijo, intenta ahorrarte más sufrimiento —le dijo el *asu*, con lágrimas en los ojos.

—Imashar, debo saber lo que le pasó a mi hijo, tengo derecho a saberlo. Por favor, no me prives de lo que en justicia debo saber —dijo Kalam, cogiéndole de los hombros y suplicando con la mirada.

El *asu* no se pudo negar y continuó la triste historia.

La sangre comenzó a brotar del cuello del niño mientras se agitaba tumbado en la fosa. El rey permanecía quieto, impertérrito, mirando hacia el cielo, ni siquiera sentía como la tibia sangre del niño mojaba sus ropas. Cuando Nabui ya estaba muerto, le cogieron y se lo llevaron al palacio. Otros asistentes se llevaron a Assarhaddon al palacio en camilla, como si también estuviera muerto. Colocaron los dos cuerpos sobre una gran mesa en la sala del trono. Allí, los dos cuerpos fueron limpiados y perfumados. El pequeño Nabui fue vestido con las mejores ropas del rey mientras que a Assarhaddon le vistieron con un traje de ceremonias. Una vez que ya estaba preparado el cuerpo del pequeño, fue transportado a la cripta del palacio donde eran enterrados todos los miembros de la casa real. Nabui fue colocado en la tumba. Siguiendo la tradición funeraria asiria, le pusieron de lado y con las piernas dobladas, como si estuviera dormido. Junto a él, el sacerdote depositó varias joyas, cilindrosellos, pesas de balanza y huesos de animales quemados provenientes de un sacrificio en su honor.

—¡Oh gran Alatu, diosa de los difuntos, recibe a nuestro rey y permite que su alma traspase este mundo de vivos y alcance tu reino! —comenzó a decir el sacerdote—. ¡Oh gran Enki, dios de la sabiduría, anota en tu sagrada tabla el nombre de nuestro glorioso rey y que su destino sea el más placentero de entre los muertos! ¡Oh gran Nergal, dios del inframundo, no permitas la entrada de nuestro rey a tu tenebroso reino!

Continuó el sacerdote varios minutos invocando a varios dioses asirios hasta que comenzó a arrojar en la fosa flores y perfumes. Después, los

asistentes comenzaron a echar tierra sobre el cuerpo inerte del niño. Cuando finalizó el entierro de Nabui, se dirigieron a la sala del trono donde aún se encontraba Assarhaddon. El sacerdote entró en la estancia y encontró a Assarhaddon en trance, con la mirada perdida.

—Te imploro diosa del infierno Ereskigal, esposa de Nergal, dejes libre a este enfermo —rezó el sacerdote, poniendo sus manos sobre la cabeza de Assarhaddon—. Un ser vivo igual que él, identificado con el rey por medio del contacto, pues han pasado la noche juntos, asimilado con él, pues los dos los han sido degollados y vestidos con los mismos ropajes, ha sido sacrificado y hemos proclamado su muerte. ¡El enfermo no tiene nada que temer y queda libre, pues su mal se ha transferido al cuerpo del sustituto! Assarhaddon, eres libre, ahora vete y descansa —dijo el sacerdote en un susurro.

El rey continuaba con los ojos en blanco y tuvieron que llevárselo entre varios asistentes a su dormitorio. Permaneció en estado catatónico durante varios días. Nakiya no permitía que nadie se acercara a él, ni siquiera su mujer Zukatu. Ella le alimentaba y le lavaba. Un buen día, ya bien avanzada la primavera, Assarhaddon despertó de su profundo sueño.

—¿Madre? —preguntó confuso.

—¡Hijo mío!

—¿Qué ha pasado?

—Nada, hijo mío, nada —dijo la reina madre, con los ojos envueltos en lágrimas—. ¿Te encuentras bien?

—Un poco cansado, pero creo que estoy bien.

—Los dioses nos han perdonado, hijo mío —dijo Nakiya, echándose en el regazo del rey y llorando como nunca lo había hecho.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXI

LAS TROPAS asirias se encontraron con las egipcias a pocos kilómetros de Gaza. El rey Sil-Bal recibió con júbilo la llegada de sus ansiados aliados. Sin más dilación, salió en su busca acompañado por cinco mil jinetes. Se sorprendió al comprobar que era el joven príncipe Sin-Iddina-Apla quien dirigía las tropas, a su derecha se encontraba Kishdar.

—Saludos, príncipe heredero —saludó el rey de Gaza—. Es un placer volver a verte Kishdar.

—Saludos, rey de Gaza —saludó el príncipe.

—Los dioses te guarden rey Sil-Bal, nos alegramos de haber llegado a tiempo ¿tenemos noticias sobre las tropas egipcias?

—Sí, y no son precisamente buenas. A los cinco mil soldados que se encontraban al sur de la ciudad, se les han unido otros diez mil, más o menos.

—Aún somos superiores —dijo el príncipe.

—Sí, además podéis contar con cinco mil de mis jinetes, es lo menos que puedo hacer.

—Al fin y al cabo estamos aquí para proteger tu ciudad —le dijo Kishdar mostrando una sonrisa cínica.

—Y las fronteras de Asiria —respondió un no menos cínico Sil-Bal.

Las tropas asirias acamparon al norte de la ciudad, descansaron durante dos días y se prepararon para la batalla. El ejército asirio marchó hasta que se encontró frente a los egipcios. El príncipe los dirigía, a su derecha se situó el general Kishdar y a su izquierda el rey Sil-Bal. Las tropas egipcias

estaban bien organizadas en divisiones y situaron a los mercenarios nubios y a los bravos shardana en la vanguardia del ejército. La caballería protegía los flancos y los carros de guerra la retaguardia. El príncipe estaba impaciente por comenzar el combate pero al carecer de experiencia, fue Kishdar quién comandaba el ejército. El general se aseguró que todas las líneas estuvieran bien organizadas y preparadas para el combate. Entonces ordenó a la vanguardia que avanzara hacia el enemigo. Dio una sola orden y la infantería pesada avanzó hacia los egipcios. Detrás, le seguían los arqueros protegidos por la infantería ligera, que golpeaba con fuerza los escudos con sus espadas de hierro. Una lluvia de flechas cayó sobre la infantería pesada y Kishdar ordenó a la caballería de Sil-Bal que la protegiera cargando contra los arqueros egipcios.

—¿Cuándo voy a entrar en batalla? —le preguntó impaciente el príncipe.

—Señor, mi obligación es proteger su vida. Hoy no luchará.

—¿Cómo? —le preguntó confuso.

—Le prometí a la reina madre Nakiya que su alteza real no lucharía en esta batalla.

—¡Soy el príncipe heredero y te ordeno que entremos en combate! —le espetó enfurecido.

El general guardó silencio e ignoró la orden del príncipe. Furioso, Sin-Iddina-Apla fustigó a su caballo y cargó a toda velocidad contra la infantería egipcia.

—¡No! —gritó Kishdar y se dirigió a proteger al príncipe.

—¡Soldados, el príncipe nos necesita! —gritó el capitán de la guardia real y cientos de jinetes se dirigieron hacia Sin-Iddina-Apla.

El príncipe luchó con valentía, desde su caballo golpeaba con fuerza a los soldados egipcios, que caían muertos bajo los cascos de su caballo. Kishdar estaba a su lado y no le perdió de vista ni un solo instante. La embestida de Sin-Iddina-Apla espoleó al ejército asirio, que cargó con furia contra las tropas egipcias. Los soldados nubios intentaron aguantar las embestidas, pero tuvieron que ceder y se batieron en retirada. En cambio, los shardana mantuvieron la posición. Kishdar ordenó a los arqueros que

vaciaran sus carcajes sobre ellos, pero se protegieron bien con sus escudos haciendo inútil el ataque asirio.

—Enviad los carros contra los shardana, nosotros les cerraremos la retaguardia —ordenó Kishdar.

El capitán de carros cargó a toda velocidad sobre los shardana llevándose por delante a todos los soldados que se encontraba por el camino. Los egipcios huían despavoridos y no fueron pocos los que cayeron aplastados bajo las ruedas asirias. Los shardana aguantaron la posición, se protegieron con los escudos y se defendieron con sus largas lanzas. El príncipe, con los ojos inyectados en sangre, se dirigió hacia los mercenarios gritando con su espada en alto.

—¡Soldados, proteged al heredero! —gritó Kishdar.

—El príncipe embistió con su caballo y chocó contra los escudos de los shardana que mantuvieron la posición en todo momento. Un mercenario clavó su lanza en el costado del caballo de Sin-Iddina-Apla provocando su caída. Varios soldados asirios fueron a su encuentro y le rodearon.

—¡Malditos, auxiliar al príncipe! —ordenó Kishdar, que le había perdido de vista.

Los shardana, al ver caído al príncipe, abrieron sus filas y de golpe, varios soldados corrieron, lanzas en ristre, hacia su posición. La infantería asiria cedió bajo la fuerte carga de los mercenarios. Sin-Iddina-Apla, consiguió levantarse y se defendió como pudo de las acometidas enemigas. Los carros de guerra asirios tuvieron que retirarse, había demasiados muertos en el suelo y se movían con dificultad. Varios soldados protegían al príncipe cuando Kishdar llegó a su altura acompañado por varias decenas de jinetes. Los shardana, que habían abierto sus filas para dejar salir a los soldados, vieron con horror como esa fisura era aprovechada por Kishdar y su caballería para destrozar su formación. Un jinete entregó un caballo a Sin-Iddina-Apla que avanzó con ferocidad hacia los shardanas.

—¡No príncipe, vuelve de una maldita vez a la retaguardia, por tu culpa nos van a matar a todos! —le ordenó Kishdar, mientras cogía sus riendas.

La autoridad de Kishdar sorprendió al príncipe, que obedeció a regañadientes.

—¡Jinetes, proteged al príncipe y acompañarlo a la retaguardia, el resto, seguidme hacia la victoria!

El príncipe fue conducido a la retaguardia, mil jinetes le protegieron. Miró con envidia como Kishdar destrozaba las divisiones egipcias que huían aterradas. Los shardana, al ver como los nubios y los egipcios abandonaban el combate, se rindieron. Sabían que no serían ejecutados, al ser buenos guerreros, les darían la opción de unirse al enemigo. En cambio, los nubios eran conscientes que en caso de ser capturados, serían ejecutados de forma inmediata y corrían despavoridos dejando atrás sus escudos forrados de piel y sus largas lanzas. La victoria fue total y el botín cuantioso. Agotado, Kishdar llegó al campamento donde le esperaba un enfurecido príncipe.

—¡La reina madre será informada de tu insubordinación, has insultado al príncipe heredero y serás duramente castigado por ello! —le espetó, sin esperar a que bajara del caballo.

—Tenía que hacerlo —dijo Kishdar mientras descabalgaba.

—¡Mira a tu príncipe cuando te habla!

El general se dirigió hacia Sin-Iddina-Apla.

—Mi príncipe, he sido nombrado comandante en jefe de este ejército por la reina madre, en el campo de batalla quienes tienen que dirigir a las tropas son los generales. Cuando su majestad tenga la experiencia suficiente, dirigirá ejércitos muy superiores a este, pero mientras tanto, seremos los generales quienes lo hagamos. Su majestad ha puesto en peligro su propia vida y la de muchos soldados. Esto no es un juego, la victoria o la derrota dependen de tomar siempre las mejores decisiones y debemos guardarnos la pasión o los impulsos cuando nos acostemos con las mujeres. En el campo de batalla hay que tener la cabeza muy fría, los errores se pagan con la vida.

Sil-Bal observaba con atención la discusión entre el general y el joven heredero. Sin-Iddina-Apla le miró con odio. Aunque en el fondo de su corazón sabía que el general tenía razón, no toleraba la humillación pública que suponía que un ser inferior le dijera lo que tenía que hacer y cómo comportarse en el campo de batalla.

—Lo importante es que la victoria ha sido nuestra, para mayor honor y gloria de Asiria. Felicidades, joven príncipe, has luchado con valor y coraje —intervino Sil-Bal, intentando calmar los ánimos.

Sin-Iddina-Apla, le miró con desprecio y se marchó acompañado por la guardia real.

—Es valiente y se defiende muy bien con la espada, pero es impulsivo y temerario —dijo Sil-Bal, mientras observaba como se retiraba el príncipe.

—Tiene la soberbia propia de los reyes, si no la pule, nunca será un gran general —dijo Kishdar, sin reparar en que su interlocutor era el rey de Gaza.

—Esta noche haremos una gran fiesta y celebraremos esta gran victoria. Mañana habrá una competición de carros, espero contar con la participación de algún auriga asirio —dijo Sil-Bal, fingiendo no haberle escuchado.

—Veremos —dijo secamente Kishdar, mientras se subía al caballo. No olvidaba como se comportó Sil-Bal con el ejército asirio, durante la campaña de Artacomo contra Egipto.

El palacio de Gaza se vistió con sus mejores galas para recibir a los numerosos invitados. Una larga mesa presidía la sala del rey, y los asistentes a la cena fueron tomando asiento. Más de doscientos comensales, entre los que se encontraban importantes funcionarios, militares, ricos comerciantes, nobles y altos sacerdotes, celebraron la victoria sobre las tropas egipcias. Acróbatas, danzarinas y bufones, amenizaron la celebración y la suave música del laúd les acompañó durante toda la velada. Carne de cabra y de cordero especiada, palomo, venado, faisán y todo tipo de quesos, componían los manjares que hicieron las delicias de los comensales. *Sikaru restu*, hidromiel y el sabroso vino fenicio, regaron sus sedientas gargantas. Sil-Bal estaba pletórico, durante días había observado los movimientos de los egipcios tomando posiciones y estudiando las defensas de la ciudad. Había oído que Assarhaddon se encontraba gravemente enfermo, y temía que en palacio nadie tomase la decisión de acudir en su ayuda. Cuando vio la llegada de sus aliados pudo respirar aliviado. Una vez más, su ciudad había evitado un enfrentamiento directo con las poderosas tropas egipcias. El rey de Gaza presidía la mesa de ceremonias, a su derecha se sentó el

joven príncipe Sin-Iddina-Apla y a su izquierda el general Kishdar. Después de la discusión entre el príncipe y el general, había pensado que era más prudente mantenerlos a cierta distancia para evitar más enfrentamientos. La gente bebía y comía sin moderación, estaban felices y deseaban celebrarlo. El rey de Gaza cogió su copa de vino y se levantó. Las voces fueron callando hasta que se hizo el silencio y Sil-Bal tomó la palabra.

—¡Queridos invitados, esta fiesta se celebra en honor a nuestros amados aliados asirios y especialmente en honor al príncipe heredero. Sin su valentía y arrojo, dudo mucho que hubiéramos podido conseguir una victoria tan aplastante! —exclamó Sil-Bal—. ¡Viva el príncipe, viva Asiria!

Todos vitorearon y aclamaron al príncipe, que les observaba con satisfacción. Miró a Kishdar y sonrió, el general le saludó levantando la copa.

—La gloria es tuya —le dijo el general.

—Pero tuya ha sido la victoria —dijo el príncipe con desazón—. En la próxima batalla, yo dirigiré las tropas.

—Debéis dejaros aconsejar por los expertos y mandar las tropas únicamente cuando os sintáis preparados. Los errores en el campo de batalla cuestan vidas, incluso imperios, no lo olvidéis —intentó mediar Sil-Bal.

—Soy el príncipe heredero de Asiria, yo decidiré cuando estaré o no, preparado para dirigir a mis ejércitos.

Sil-Bal miró a Kishdar, que negó con la cabeza. El príncipe era valiente, pero testarudo y vanidoso. No había nada que hacer, Sil-Bal cambió de tema.

—Mañana se celebrará una carrera de carros en honor a nuestro dios Adón, espero contar con la participación de algún auriga asirio.

—Cuenta con ello, el mejor de nuestros aurigas participará en la carrera.

—Yo quiero participar —dijo el príncipe.

Los dos hombres le miraron sorprendidos.

—Mi señor, las carreras de carros son muy peligrosas, los accidentes son habituales y nos son pocos los aurigas que mueren o quedan mutilados —dijo Kishdar.

—No te estoy pidiendo permiso, mañana participaré en la carrera te guste o no.

—Como deseéis.

El sol asomaba entre las colinas cuando los carros se preparaban para la salida. La carrera se iba a disputar en un anfiteatro situado extramuros de la ciudad. De forma ovalada, estaba construido con sillares de adobe y podía dar cabida a más de siete mil espectadores. En el centro de la arena, un largo muro de piedra decorado con las esculturas de antiguos reyes de Gaza, formaba los carriles por donde discurría la carrera. Ocho aurigas participaban en el torneo. Sin-Iddina-Apla estaba nervioso, era hábil con el carro y había visto numerosas carreras, pero solo había participado en alguna de exhibición. A su derecha, se encontraba el oficial asirio designado por Kishdar. Su misión no era ganar la carrera, si no intentar proteger al príncipe de cualquier accidente. El público gritaba exaltado y animaba a aquellos por los cuales había apostado. Cuando ya todo estaba preparado para la carrera, Sil-Bal se levantó y dirigió unas palabras a los espectadores.

—¡Pueblo de Gaza, como cada año desde el inicio de los tiempos, celebramos esta carrera en honor a nuestro dios Adón. En esta ocasión me complace enormemente poder disfrutar de la presencia de nuestros aliados asirios! —exclamó Sil-Bal—. ¡Además, el príncipe heredero al trono, ha tenido a bien participar en la carrera, lo que da fe de su coraje y valor!

Todo el público gritó el nombre del príncipe y este saludó agradecido. Sil-Bal levantó las manos para pedir silencio.

—¡La carrera finalizará cuando el auriga más rápido complete un total de diez vueltas! ¡Aurigas, preparad vuestros carros!

Sin-Iddina-Apla, como otros aurigas, tuvo problemas en dominar a sus caballos. El nerviosismo del público les había contagiado. Con dificultad, se situaron todos en la línea de salida.

—¡Por Adón, que comience la carrera! —gritó Sil-Bal.

Los aurigas fustigaron con fuerza los caballos, que galoparon a toda velocidad. El príncipe, debido a su falta de experiencia, salió algo retrasado,

vigilado de cerca por el oficial asirio. Sin-Iddina-Apla le miró enfurecido, Kishdar le había puesto una niñera incluso en una carrera de carros. Los aurigas tomaron la primera curva a izquierdas, levantando una enorme columna de polvo y arena. Un auriga, cegado por el polvo, chocó contra uno de los muros destrozando su carro y cayendo al suelo. Inmediatamente aparecieron varios asistentes, que retiraron raudos tanto al herido como los restos del carro. Kishdar observaba inquieto al príncipe, cada vez más crecido y temerario en sus adelantamientos.

—No le gusta perder y hará lo imposible por ganar esta carrera —dijo el general.

—Nuestros aurigas son muy hábiles y no le será fácil darles alcance.

—Es lo que me temo, fustigará hasta el límite a los animales y correrá riesgos innecesarios. Es un imprudente.

—Es joven e impulsivo, el tiempo templará su ímpetu —dijo Sil-Bal.

Dieron cinco vueltas al anfiteatro. El príncipe miraba con desesperación como se alejaba de los primeros carros. Se encontraba en cuarta posición, una vergüenza para el futuro rey. Fustigó con fuerza a los caballos y se acercó al carro que le precedía. Estaban doblando la curva e intentó adelantarle por el interior del muro.

—¡Está loco, si no frena los caballos se chocará contra el muro! —exclamó Kishdar levantándose de su asiento.

Sin-Iddina-Apla no solo no frenó su carro sino que les fustigó aún con más fuerza. Al doblar la curva, el carro que le precedía le cerró no dejándole espacio al príncipe, que intentó frenar su carro tirando con fuerza de las riendas. Pero fue demasiado tarde, la rueda izquierda rozó con el muro desestabilizando al carro. El príncipe perdió el control y chocó con estrépito contra el muro. Su cuerpo cayó al suelo en el momento en el que el auriga asirio, que tenía que proteger su vida, le adelantaba. Intentó esquivarle, pero no lo consiguió, su carro pasó por encima del joven dejándole inerte sobre la arena, semioculto en una nube de polvo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXII

LA CARAVANA se dirigía a Harran, los comerciantes habían cruzado el río Habur y se encontraban a pocos kilómetros de la ciudad consagrada al dios-luna. Kalam permanecía tumbado en una carreta, Imashar le había entregado a Kargicheng suficiente tranquilizante para que Kalam permaneciera sedado durante varios días. Cuando Imashar terminó de contarle la triste muerte de su hijo, juró que mataría a Assarhaddon con sus propias manos y si no fuera por el fuerte sedante que el *asu* le dio a beber, se habría dirigido, daga en mano, a palacio en busca de venganza. Por suerte para el asirio, el fuerte tranquilizante le hizo pronto efecto y cayó desmayado al suelo pocos metros después de salir de la tienda. Desde entonces, y por su seguridad, permanecía sedado siendo constantemente velado por Kargicheng y sus asistentes. Ya habían pasado siete días desde el fatídico momento en el que Kalam, supo de la desgraciada suerte de su familia y el comerciante decidió que no era necesario suministrarle más sedante. Se encontraban lo suficientemente lejos de Nínive como para que intentara regresar y consumar su amenaza. Kargicheng dirigía el carro en el que se encontraba Kalam, cuando este se despertó.

—¿Dónde estamos? —preguntó confuso.

—Nos dirigimos a Harran —le respondió el comerciante—. ¿Te encuentras bien?

—Me duele la cabeza.

—Pronto se te quitara el dolor.

—Quiero volver a Nínive —dijo Kalam, intentando levantarse.

—Sabes que no debes, tienes que olvidarte de Nínive y todo lo que esta ciudad representa.

—Le mataré.

—La venganza no te devolverá a tu familia.

Kalam negó con la cabeza.

—¡Déjame aquí! —le espetó.

—Olvídalo, te matarían y juré proteger tu vida.

El asirio intentó levantarse pero no pudo, estaba atado al camastro.

—¡Desátame!

—Lo haré en su momento. Entiendo tu dolor, pero la vida debe continuar. Nunca conseguirías matar a Assarhaddon y si vuelves a Nínive lo único que vas a lograr es que te maten. Debes vivir por ti y por tu familia. Tu mujer y tu hijo perviven en tu recuerdo, debes honrarles por su memoria. La venganza es el camino de los perdidos.

—No quiero vivir, si he soportado todos estos años de sufrimiento y agonía, ha sido por la esperanza de poder reunirme con ellos. Ahora están muertos y nada tiene sentido, mi vida no tiene sentido. Solo quiero que la muerte me llame y arranque mi alma de este mundo de injusticias y desgracias.

—Debes vivir, por ti y por tu familia, olvida la venganza Kalam, y olvida la muerte.

—Ging-Liu dijo que los dioses me habían encomendado una misión y ahora veo claramente cuál es; matar al tirano.

—Asesinar nunca puede ser una misión ordenada por los dioses…

Kalam rio con amargura.

—Nuestros dioses son crueles, son asesinos y vengativos. Tu dios es distinto, es como el dios de los medos, un dios justo, pacífico, que ama a sus servidores. Nosotros vivimos para servirles a ellos, esa es la gran diferencia. Para ellos no somos más que un juego, un entretenimiento y por lo que veo, conmigo están entreteniéndose de lo lindo.

Kargicheng le miró con pena.

—Tu dolor te ciega y no te deja ver lo evidente, espero que el tiempo pueda curar tus heridas y aliviar tu atormentada alma.

—Mi alma estará más aliviada cuando la sangre de Assarhaddon ensucie el brillo de mi daga.

—Pronto alcanzaremos Harran, cuando lleguemos allí, hablaremos —dijo Kargicheng, con la esperanza de que el asirio cambiara de opinión durante el camino.

—Está bien, me encuentro cansado, muy cansado. Espero encontrarme mejor cuando lleguemos a Harran y entonces volveré a Nínive —dijo Kalam, firme en su decisión.

La ciudad de Harran recibió con agrado y entusiasmo la llegada de la caravana. Sus habitantes cruzaron raudos las murallas de la ciudad y se dirigieron al mercado que Kargicheng y los suyos, montaron en pocas horas. Era la última ciudad de importancia que el yuezhi visitaría antes de llegar a Tiro y quería hacer el mayor negocio posible. Paseaba entre los tenderetes, cuando fue avisado por uno de sus sirvientes, Kalam reclamaba su presencia. Se dirigió hacia el campamento donde se encontraba el asirio. Durante todo el viaje, Kalam le había insistido en su deseo de volver a Nínive y el comerciante se había negado una y otra vez, sabía que su regreso a la capital asiria solo podría significar su muerte. Kalam nunca intentó escapar, tampoco se encontraba preso y era muy libre de irse cuando quisiera, pero sentía que tenía una obligación con Kargicheng y huir de la caravana, aprovechando la complicidad de una noche sin luna, no sería lo más honesto. Tenía una obligación y un deber con el comerciante, que al fin y al cabo, le había protegido y ayudado durante todo el viaje. Kargicheng entró en la tienda de Kalam y le encontró colocando sus cosas en una alforja.

—Veo que insistes en tu marcha —le dijo con resignación, nada más entrar en la tienda.

—Debo irme y lo sabes.

—Le prometí a Ging-Liu que te protegería, no puedo permitir que te vayas.

—Has cumplido con creces tu promesa. Recuerda que le dijiste a Ging-Liu que me llevarías sano y salvo a Nínive y así lo has hecho. Has cumplido con tu palabra y ahora debo marcharme. Yo debo cumplir con mi destino.

El comerciante se acercó a Kalam y le cogió de los hombros.

—Amigo Kalam, durante todo este tiempo te he cogido un gran aprecio, te considero más que un amigo y no quiero que te ocurra nada malo. Si te dejara marchar, mi conciencia no estaría tranquila y me consideraría culpable de todo lo que te pudiera ocurrir.

—No soy tu prisionero, soy libre para marcharme cuando quiera y tú lo sabes. Te debo mucho amigo Kargicheng, y por eso quería hablar contigo antes de volver a Nínive. Mi destino está enlazado con el de mi mujer y mi hijo. Si muero, seré feliz porque me reuniré con ellos y si tengo éxito, haré justicia y vengaré su muerte. En cambio, si marcho contigo a Tiro y luego vuelvo a Gushi, será mi conciencia la que no duerma tranquila. Por la noche tengo pesadillas —dijo Kalam moviéndose nervioso por la tienda—, sueño con la muerte de mi mujer y mi hijo. Veo el rostro de Damkira destrozado por el golpe contra el suelo y a mi hijo ensangrentado, vestido con las ropas del rey llamándome mientras Nisher-Sag le entierra vivo. Tengo miedo a dormir, todos los días las pesadillas asaltan mi sueño impidiéndome el descanso.

Kalam se sentó en el camastro y comenzó a llorar. Kargicheng le miró con pena, se sentó a su lado y le abrazó.

—Entiendo tu desesperación, pero tengo que decirte que tu alma nunca descansará en paz, aunque acabes con la vida del rey. Debes asumir la pérdida, por muy dolorosa que esta sea y continuar con tu vida.

—Debo marchar —dijo Kalam, entre jadeos.

—Nada puedo hacer por impedírtelo, nada puedo hacer para evitar que regreses a Nínive —dijo el comerciante levantándose—. Comprendo tus sentimientos y creo que no tengo más opción que dejarte marchar, pero permíteme ayudarte en todo lo que pueda. Espérame aquí, ahora vuelvo.

Kargicheng asumió que no podía evitar que su amigo se marchara. Su dolor era demasiado fuerte y si continuaba su viaje con él, posiblemente enfermaría. Salió de la tienda regresando unos minutos más tarde.

—Toma este documento —le dijo Kargicheng—, es el salvoconducto que me entregó Nigirsu y que te permitirá sortear las patrullas militares y cruzar las murallas de Nínive sin problemas.

Kalam le miró agradecido.

—También toma estas ropas, es la vestimenta habitual del representante de un importante mercader —dijo Kargicheng dándole una bolsa que contenía una túnica de lino blanco—. Fuera hay un caballo medo esperándote. Un mercader vestido con ropas caras y cabalgando un neseo no despertará sospechas.

—No puedo aceptar regalos tan caros —protestó Kalam.

—No es un regalo, es un préstamo. Quiero que me lo devuelvas —le dijo Kargicheng con una sonrisa—, pronto partiremos a Tiro, pero haremos el mismo viaje de vuelta a Gushi y espero que podamos encontrarnos por el camino.

Kalam se acercó a Kargicheng y le dio un fuerte abrazo. Las lágrimas corrían por las mejillas de ambos, eran conscientes que salvo un milagro, esos serían sus últimos momentos juntos.

—Toma estas monedas, te permitirá subsistir durante unos días.

—No sé cómo puedo darte las gracias. Has hecho tanto por mí —dijo Kalam, aún con lágrimas en los ojos.

—Yo sí lo sé, vuelve vivo amigo mío, vuelve vivo.

Kalam se vistió con sus nuevos ropajes, preparó su alforja y salió de la tienda. Subió al neseo y con los ojos húmedos se despidió de su amigo.

Tuvo un viaje tranquilo, se cruzó con varias patrullas militares, que le dejaron paso nada más enseñarles el salvoconducto de Nigirsu. Pocos días después, se encontraba de nuevo frente a las murallas de Nínive. Cruzó la puerta de Shamash sin mayores problemas y se dirigió hacia el palacio. Sin saber muy bien qué hacer, se acercó al oficial de guardia.

—Saludos, oficial, mi nombre es Afarat y vengo a ver a Imashar, *asu* de su alteza real el gran rey Assarhaddon —dijo Kalam, con rostro preocupado y utilizando su antiguo nombre de esclavo.

El oficial se acercó a Kalam y le miró de arriba abajo con desconfianza.

—¿Y por qué iba a molestar al médico del rey? —preguntó.

—Quizá por esto —dijo Kalam mostrándoles unos siclos de plata—, pero si no fuera suficiente motivo, tal vez este otro también ayude —añadió, mostrando el salvoconducto de Nigirsu.

El oficial cogió rápidamente las monedas mirando de reojo a los demás guardias, no tenía intención de compartir el botín. Tomó el salvoconducto y fingió leerlo. Kalam ocultó una sonrisa, lo había cogido al revés. Cuando termino de «leer» el salvoconducto, el oficial asintió y avisó a uno de los guardias.

—Soldado llama a Imashar, tiene una visita, un tal Afarat le espera —dijo el oficial mientras le entregaba el salvoconducto.

—Gracias.

A los pocos minutos, apareció un desconcertado Imashar, no conocía a nadie con ese nombre. Cuando vio que quién le esperaba era Kalam, su corazón casi le dio un vuelco.

—Saludos, querido Imashar, perdona que venga sin avisar, pero necesito de tus servicios —le dijo angustiado Kalam.

—Saludos, Afarat, es un placer verte —dijo Imashar intentando reprimir los nervios, que luchaban por aflorar—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Mi mujer está muy enferma por favor, necesito que la veas —dijo en tono de súplica.

—Dame unos minutos. Voy a por mis instrumentos y vuelvo enseguida.

Poco después, volvió Imashar portando una pequeña alforja. Kalam se ocultó la cara con un turbante y ambos hombres marcharon hacia el centro de la ciudad, doblaron varias callejuelas, cruzaron el templo de la diosa Ishtar y llegaron a Tell Nebi Yunus, una pequeña loma de jardines y fuentes, que los habitantes de la ciudad utilizaban como lugar de paseo y esparcimiento. Subieron a lo alto de la loma y se sentaron en un banco de piedra. Allí, rodeados de gente estarían más seguros.

—No debiste volver —dijo Imashar, con pena.

—Tenía que hacerlo, no hay otra opción.

—Siempre la hay. Lo que quieres hacer es una auténtica locura.

—Nada tiene que perder quién nada tiene —dijo Kalam levantándose —. Necesito tu ayuda.

Imashar le miró azorado.

—No puedo actuar contra mi rey, lo siento —dijo el *asu*, con lástima—. Déjalo estar Kalam, el rey está gravemente enfermo. La nostalgia se ha adueñado de su alma, apenas come o habla, si no se recupera pronto,

morirá. Deja que los dioses hagan el trabajo que tú quieres hacer y se lo lleven ante su presencia. Es a ellos a los que tiene que rendir cuentas.

Kalam, desde la privilegiada atalaya, contemplaba la hermosa ciudad de Nínive.

—Han sido mi mujer y mi hijo los que han muerto. Soy yo el que debe juzgar y ejecutar la condena. Si no me ayudas, lo entenderé, pero no evitará que haga lo que tengo que hacer —dijo el asirio sin dejar de mirar la ciudad.

El *asu* miró a Kalam. Recordó la primera vez que le vio en el palacio. A pesar de su juventud, le asombró la confianza que tenía en sí mismo. Como, sin dudarlo ni un segundo, diagnosticó la enfermedad del rey y la forma en la que le liberó de ella. También recordó a Damkira y a Nabui, y la horrible muerte que les asaltó a ambos. Era el *asu* del rey y como tal, había jurado por su vida que velaría por la salud del monarca. Pero ahora las cosas habían cambiado, su amigo Kalam le necesitaba para hacer justicia y vengar la muerte de su familia y él no podía negarse.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

La noche envolvía con su oscuro manto la ciudad de Nínive. Las calles estaban vacías y solamente el ladrido de algún perro vagabundo o las pisadas de la guardia haciendo la ronda, perturbaba el profundo silencio en el que dormía la capital del reino. Nisher-Sag estaba inquieto. No podía dormir. Una extraña desazón rondaba su mente. Se levantó de la cama, se vistió y se dirigió al templo de Shamash. Necesitaba rezar. Quizá, de esta manera, conseguiría calmar su inquietud, tal vez, el buen dios Shamash iluminara su mente y le mostrara qué era lo que le angustiaba y que malos presagios barruntaba su espíritu. Cruzó en silencio varias calles hasta que llegó al templo. Subió por la escalinata y entró. Se postró ante la imponente figura de Shamash y comenzó a rezar.

—Te estaba esperando —dijo una voz.

—El sacerdote se giró asustado hacia el lugar de donde provenía el sonido.

—Pensé que ya no vendrías.

—Tu voz me es familiar ¿quién eres y por qué te ocultas en la penumbra? —preguntó nervioso el sacerdote, mirando por todas partes sin poder ver a nadie.

—Claro que mi voz te es familiar, sin duda me conoces y muy bien que me conoces.

Kalam salió de la penumbra y se dejó ver. Nisher-Sag, que aún permanecía de rodillas cayó al suelo.

—¿Sorprendido de verme? —le preguntó Kalam dirigiéndose hacia él.

—Pe… pero estás muerto —dijo aterrorizado Nisher-Sag.

—Es cierto, estoy muerto pero he regresado del mundo de las tinieblas para vengar la muerte de mi familia —dijo Kalam, desenvainando su daga.

El sacerdote permanecía en el suelo, le temblaba tanto el cuerpo que no podía levantarse.

—¿Qué… que vas a hacer? —preguntó Nisher-Sag temiendo la respuesta.

—Creo que ya lo sabes, mi familia no descansará tranquila hasta que los causantes de sus desgracias hayan muerto.

—¡Perdóname Kalam! —suplicó el sacerdote con lágrimas en los ojos —. ¡La muerte de Damkira fue un accidente y Nabui…! —Nisher-Sag dudó si continuar hablando—. ¡Nabui fue sacrificado para salvar a Assarhaddon, pero fue Nakiya quién me lo entregó en sacrificio! ¡No pude negarme, no tuve otra opción!

Kalam se le acercó empuñando con fuerza su daga. Sentía una mezcla de odio y desprecio por el sacerdote. Sabía muy bien qué tenía que hacer, durante los últimos días, había soñado con ese momento.

—Siempre hay otra opción —dijo Kalam clavándole la daga en el corazón.

No sintió ningún placer, no sintió ningún alivio, no sintió más que la tibia y húmeda sangre del sacerdote correr por su mano. Observó el cuerpo de Nisher-Sag, que yacía sobre un charco de sangre y miró la figura del dios Shamash.

—Dios de la justicia, si es verdad que existes, te entrego el alma de Nisher-Sag, júzgale con severidad y no permitas que su alma tenga un minuto de descanso en toda la eternidad. Que todo el daño que ha hecho en

vida lo pague con creces en la muerte y que los demonios de las tinieblas martiricen su alma hasta el fin de los días.

Limpió la daga en los ropajes de Nisher-Sag y la guardó. Sobre el pecho del sacerdote colocó la figura alada que representaba al dios Ahura Mazda y salió del templo con el mismo sigilo con el que había entrado.

El sol acababa de asomar por el horizonte cuando un joven sacerdote se dirigió al templo del dios Shamash, para realizar la primera oración del día. Subió la escalinata y vio un bulto a los pies de la escultura del dios. Se acercó y con horror, pudo comprobar que se trataba de su maestro, el sacerdote Nisher-Sag. Como alma que lleva al diablo, se dirigió al palacio para informar a la reina madre. Nakiya no podía creer lo que estaba escuchando, desgraciadamente para ella, la muerte del sacerdote no sería la peor noticia que recibiría durante el día.

Kalam había alquilado una pequeña casa de una sola planta, con dos habitaciones y muy próxima al mercado. Se había presentado al casero como el representante de un comerciante de especias de origen semita, que estaba interesado en abrir nuevos mercados en Nínive y Assur. El casero no sospechó del asirio y mucho menos cuando le pagó tres meses por adelantado. Después de su visita al templo de Shamash, había vuelto a su casa, donde se ocultaría durante unos días.

En el palacio reinaba la confusión. La reina estaba reunida con Hitman y Nigirsu. El asesinato de Nisher-Sag la había conmocionado. Le conocía desde hacía años y siempre le había servido con devoción y fidelidad. Por motivos de seguridad, todas las puertas de la ciudad fueron cerradas, nadie podría entrar o salir a no ser que tuviera un salvoconducto especial firmado por Nigirsu o la reina. Los soldados asirios comenzaron a registrar casa por casa y se dirigieron especialmente a los barrios donde residían los extranjeros, muy especialmente los medos. La reina estaba preocupada,

andaba de un lado a otro de la sala buscando algún motivo, alguna razón por la que alguien quisiera matar al sacerdote.

—¿Y encontraron una figura de Ahura Mazda en su pecho? —preguntó Nakiya.

—Así es mi señora —respondió Nigirsu—. Estamos registrando las casas de los medos que residen en la ciudad. Os prometo, mi reina, que cogeremos al asesino y será ajusticiado.

—Las puertas han sido cerradas y nadie puede entrar o salir de la ciudad. Los soldados que han estado de guardia durante la noche confirman que nadie ha entrado o salido de Nínive, el asesino no ha podido escapar —dijo Hitman.

La reina madre se preguntaba el porqué. Nisher-Sag era un hombre poderoso y, como tal, podría tener algunos enemigos, pero nadie se atrevería a atentar contra el sacerdote del templo del dios Shamash. El asesino de un sacerdote se quemaría durante toda la eternidad en el más profundo de los avernos. ¿Quién podría odiar tanto a Nisher-Sag como para querer matarle? ¿Quién no temería el castigo de los dioses por semejante pecado? Un nombre surgió de golpe en la mente de la reina, pero enseguida lo desestimó. Ese hombre había muerto hacía muchos años. La reina madre se sintió cansada y tomó asiento en el trono.

—He doblado la guardia y docenas de patrullas vigilan la ciudad. Cientos de informadores han sido alertados, y recibirán cuantiosas recompensas por cada información útil que nos proporcionen…

La entrada de un mensajero interrumpió a Hitman. Era un oficial del ejército que había partido contra los egipcios, tenía el semblante serio.

—Mi reina, traigo horribles noticias —dijo el mensajero postrándose en el suelo.

—¡Habla! —ordenó la reina levantándose de un salto. Su corazón latía con fuerza.

—Mi reina, el príncipe heredero, Sin-Iddina-Apla, ha muerto.

La noticia de las muertes del príncipe heredero y del influyente sacerdote del templo del dios Shamash, corrió rauda por toda la ciudad y en pocas

horas, todos sus habitantes estaban al corriente de tan funestos sucesos. Los asirios, tan supersticiosos como religiosos, se dirigieron a los templos repartidos por toda la ciudad, para orar o hacer ofrendas. Los templos de Ishtar, Assur y sobre todo, el templo de Shamash, estaban abarrotados de creyentes y personas temerosas de sufrir la ira de los dioses. El pánico colectivo se adueñó de la ciudad y como setas, comenzaron a surgir profetas vaticinando la ruina del imperio.

—¡La ira de Shamash ha caído sobre nuestra ciudad, Asiria pagará en sus propias carnes toda la sangre derramada en su nombre. El primero ha sido el sacerdote de su propio templo y luego el príncipe heredero. Asirios, los siguientes seréis todos vosotros! —gritaba un anciano con los ojos desorbitados y una larga barba blanca, señalando a los viandantes que se paraban a oírle. Las mujeres y los niños le miraban asustados y más de uno se puso a llorar. Los hombres le miraban con preocupación—. ¡Los asirios seremos castigados a consecuencia de los miles de actos impuros cometidos por nuestros reyes desde el día del gran diluvio. Arrepentíos grandes reyes de Asiria, arrepentíos o el pueblo pagará vuestras culpas!

El anciano no pudo decir nada más. Una patrulla, alertada por el griterío, se le acercó y le golpeó con saña, luego se lo llevaron, y nadie más volvió a saber de él.

Kalam se encontraba en su casa, alertado por el griterío que procedía de la calle, miró por la ventana. Vio a la gente correr sin rumbo definido, unos subían la calle, otros la bajaban y no eran pocos los indecisos que no sabían qué hacer. Salió de la casa ocultando parte de su cara con un turbante. Para no ser reconocido, solo dejaba ver su lado izquierdo, dejando visible la cicatriz que cruzaba su rostro. Vestido como un comerciante, se dirigió a un grupo de hombres que hablaban cerca de su puerta.

—¿Qué es lo que ocurre? —les preguntó.

—¿Es que no te has enterado? Han asesinado al sacerdote del templo de Shamash y el príncipe heredero ha muerto en la campaña contra Egipto.

Kalam recordó la imagen del joven príncipe cuando partió hacia la guerra contra los egipcios. Se le veía seguro de sí mismo y lleno de la

vitalidad propia de su juventud. También recordó cuando jugaba con el pequeño Nabui, las veces que habían coincidido en los jardines de palacio. Era aún un niño, pero destacaba en él su enorme energía y su fuerte personalidad. Sintió pena por él.

—Se te ve muy afectado ¿les conocías? —le preguntó el desconocido.

—No, simplemente soy representante de comercio y estas son noticias negativas para el negocio.

Los hombres le miraron con desprecio y se marcharon dejándole solo.

—Sucios mercaderes, solo les importa el maldito dinero —dijo uno, mientras se marchaba.

Siguió caminando por la calle y se dirigió al mercado. Si quería más información, ese era el lugar perfecto. La gente se agolpaba en los tenderetes de comida. Kalam se acercó a una sierva que hacía cola para comprar unas hogazas de pan.

—¿A qué se debe este tumulto? —le preguntó.

—Han cerrado las puertas de la ciudad, nadie puede entrar ni salir. Mi señora teme que pronto falten los alimentos y me ha enviado a comprar todo lo que pueda.

Dos mujeres comenzaron a pelearse, una le había quitado el sitio de la fila a la otra. Comenzaron a insultarse, arañarse la cara y a agarrarse del pelo. En el fragor de la lucha, cayeron sus cestos al suelo y varios ladronzuelos, que observaban con atención la escena, acudieron raudos a coger los alimentos que estaban esparcidos por el suelo, y se ocultaron entre la muchedumbre. Las mujeres dejaron de luchar y corrieron inútilmente tras los hábiles ladrones. Varios hombres gritaron en contra de Assarhaddon, a quién consideraban el culpable de las desgracias de la ciudad.

—¿Por qué hace meses que no aparece? Nadie sabe si está muerto o vivo —dijo uno.

—A mí me han dicho que está endemoniado —respondió otro.

—Eso explicaría la muerte del príncipe y del sacerdote.

El caos se había adueñado de la ciudad. Las patrullas a caballo galopaban a toda velocidad apresando a todo aquel que osaba insultar o proferir doctrinas contra del rey. Varios hombres, aprovechando la confusión, entraron en la casa de un comerciante judío y poco después

salieron corriendo portando varios bultos. Poco después, cubierto de sangre y levantando los brazos al cielo, apareció el judío pidiendo ayuda. Malherido, se desplomó inerte en el suelo, ante la impasible mirada de los viandantes. Kalam pensó que lo mejor sería volver a casa y atrancar la puerta. No era un buen día para pasear por la ciudad.

Cuando le informaron de la muerte de Sin-Iddina-Apla, la reina madre pidió que la dejaran sola. No quería que nadie fuera testigo de su sufrimiento y pudiera ver como lloraba abatida por el dolor de la muerte de su nieto favorito. No podía dar ninguna señal de flaqueza. El imperio necesitaba a alguien fuerte que le gobernara y, en ausencia de Assarhaddon, ella estaba obligada a asumir ese papel. Después de desahogarse, llamó a Nigirsu y a Hitman. La reina se encontraba mirando por la ventana cuando entraron sus consejeros.

—Mi reina —saludaron ambos.

—¿Qué le ocurre a la ciudad? —preguntó Nakiya mirando por la ventana.

—La noticia de la muerte del príncipe y de Nisher-Sag se ha propagado rápidamente por Nínive y la gente está un tanto nerviosa —dijo Nigirsu.

—He visto soldados golpeando a varios hombres —dijo la reina.

—Meros alborotadores mi reina, ya han sido reducidos —dijo el general Hitman.

—Quiero que me digáis la verdad —ordenó la reina madre. Los dos hombres se miraron y fue Hitman quien habló.

—La gente está inquieta. Piensan que la muerte del sacerdote y del príncipe son castigos divinos, y que malos augurios amenazan al reino.

—Se les pasará, mi reina, es cuestión de tiempo —añadió Nigirsu.

—El pueblo está confuso, quiere respuestas a lo que está sucediendo ¿hay alguna información sobre el o los asesinos de Nisher-Sag? —preguntó la reina.

—Nada, mi señora, hemos registrado casa por casa el barrio de los extranjeros y no hemos encontrado nada —respondió Hitman.

—Quiero que los culpables del asesinato sean ajusticiados, sean quienes sean. El pueblo necesita culpables y nosotros se los vamos a entregar ¿no sé si me he explicado? —preguntó la reina dirigiéndose a Hitman.

—Con claridad, mi reina. Los asesinos de Nisher-Sag serán arrestados y ejecutados.

—Tienes dos semanas para capturarlos.

—Así será, os lo prometo —dijo Hitman golpeando su pecho con el puño derecho.

—Bien, respecto al rey —continuó la reina—, debe ser aislado de estas malas noticias. Ya he dado orden de que nadie le informe sobre la muerte del príncipe y del sacerdote. En su estado podría hacer alguna locura. Hablaré con él a su debido tiempo. Si no tenéis nada más que decir, podéis marcharos.

Tessub estaba preocupado. Durante la campaña de Artacomo contra los egipcios, había perdido muchos clientes e incluso había reducido sus salidas al mínimo para evitar ser insultado o golpeado. Poco después, las aguas volvieron a su cauce y los clientes regresaron. Nunca se había sentido asirio. Por muchos años que viviera en la capital del reino, siempre sería un extranjero, un egipcio. Y, en esos días de confusión y cólera, ser egipcio en Nínive, era un riesgo. El día siguiente de conocer la muerte del príncipe heredero, la escasa población egipcia que vivía en la capital asiria fue realojada, él incluido, en barrios vigilados por soldados. El oficial encargado del traslado le dijo que era por su bien, temían que fueran linchados por una horda enfurecida en busca de venganza por la muerte del príncipe. Llevaban en ese barrio casi dos semanas aislados del mundo exterior, no les permitían salir y tampoco permitían a nadie entrar. Eran los soldados los que les abastecían de agua y comida. Ausente de noticias, desconocía cuál era la situación de la ciudad.

Tomó un poco de queso, más por la necesidad de alimentarse, que por la presencia del hambre. Cenaba con su mujer y sus dos hijos adolescentes. Hacía un par de horas que había anochecido y cuatro candiles de aceite iluminaban la estancia. Casi nadie hablaba, la preocupación se podía ver en

sus ojos. De pronto, un ruido les sobresaltó. Alguien llamaba con brusquedad a la puerta.

—Abrid la puerta a los soldados del rey —ordenó una voz mientras aporreaba la puerta.

Tessub miró temeroso a su familia.

—Ya voy.

Abrió la puerta y entraron de golpe varios soldados espadas en ristre. Tessub tuvo que apartarse para no ser arrollado por el ímpetu de los soldados y se apoyó en una mesa para no caerse.

—¿Eres Tessub? —preguntó el oficial asirio.

—Sí, lo soy —respondió el médico egipcio.

El miedo se reflejaba en su mirada.

—Debes acompañarnos —cogió con brusquedad al egipcio y lo sacó de la casa.

—¡No! —gritó uno de sus hijos que se dirigió hacia él.

Pero un soldado le golpeó con su lanza en el estómago, haciéndole doblar las rodillas.

Tessub se perdió en la oscuridad de la noche escoltado por los soldados. En la casa, su familia se abrazó con fuerza y comenzó a llorar.

Durante días, los hombres de Hitman, registraron casa por casa los barrios de los extranjeros, arrestado y torturado a todos aquellos de los que hubiera la mínima sospecha. Habían puesto precio a la cabeza de los asesinos del sacerdote, investigado cualquier indicio, cualquier pista que pudiera arrojar algo de luz sobre el oscuro crimen, pero todos los esfuerzos fueron inútiles. La reina madre quería resultados y los quería de forma inmediata. Hitman, con profundo dolor en su corazón, firmó la detención de Tessub, médico, Kamuet, comerciante, y Shiten, arquitecto, acusados del asesinato de Nisher-Sag, sin más culpabilidad que la de ser egipcios y por lo tanto, enemigos del pueblo asirio. La muchedumbre tenía lo que quería y la reina estaba parcialmente satisfecha, pero Hitman no. Durante años, había servido al pueblo asirio y siempre se había considerado una persona íntegra y con honor, pero firmar la condena a muerte de personas que sabía que

eran inocentes, le revolvía el estómago y le producía náuseas. Se encontraba en el cuartel general, cuando fue requerido por la reina. Cansado y con muy pocas ganas de entrevistarse con Nakiya, se dirigió a palacio. Allí le aguardaba la reina madre, con cara de pocos amigos.

—Saludos, mi reina.

—Veo que ya has hecho las primeras detenciones, ya era hora —dijo con reproche Nakiya.

—Los dos sabemos que los egipcios son inocentes y nada tienen que ver con el asesinato de Nisher-Sag.

—Pero el pueblo creerá que sí lo son y eso es lo que importa. Quiero que se les torture y se les paseé en carros por toda Nínive, luego serán ahorcados en la puerta de la ciudad como escarmiento a todos los asesinos.

—Lo que ordenéis —dijo con resignación Hitman.

—Pero te recuerdo que los verdaderos asesinos siguen libres y no debemos descansar hasta que demos con ellos.

—Naturalmente les seguiremos buscando, mi reina.

—Espero que pronto sepamos quién o quiénes están detrás de la muerte del sacerdote. Mientras tanto, el pueblo ya tiene lo que estaba buscando, culpables.

Los egipcios Tessub, Kamuet y Shiten, tuvieron un juicio sumarísimo y fueron acusados del asesinato de Nisher-Sag, con el objeto de desestabilizar al reino para facilitar una invasión egipcia. Para confundir a los investigadores, colocaron una figura del dios Ahura Mazda, en el pecho del sacerdote y de esta manera, culpar del crimen a los medos. Tras una hora de deliberación, los jueces les declararon culpables y fueron condenados a morir en la horca. La condena se ejecutaría de forma inmediata, pero antes tendrían que sufrir el escarnio público.

Para que no pudieran proclamar su inocencia, a los tres egipcios les cortaron la lengua y les quemaron los ojos. Subidos en un carro y metidos en una jaula, fueron exhibidos por toda la ciudad. El pueblo canalizó toda su ira contra los condenados y les insultaban mientras les arrojaban todo tipo de inmundicias. Los reos se protegían acurrucados en las esquinas del

carro. Varias horas duró el escarnio público hasta que finalmente, llegaron a los muros de la ciudad. Se abrió la puerta del carro y bajaron los egipcios. La muchedumbre no dejaba de escupir y arrojar hortalizas y todo tipo de objetos, los soldados se vieron obligados a intervenir para evitar que los presos fueran linchados. Después de un momento de tensión, la muchedumbre se calmó y los egipcios fueron subidos al patíbulo. El gobernador Nigirsu dio la orden y sin más dilación, el verdugo colocó la soga en el cuello de los condenados y tiró de la palanca que accionaba las trampillas. La gente vitoreaba y gritaba llena de júbilo, los asesinos del sacerdote Nisher-Sag colgaban del cuello frente a la puerta que tenía el nombre del dios asirio de la justicia.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXIII

EL CUERPO embalsamado de Sin-Iddina-Apla llegó a la ciudad al día siguiente de producirse la ejecución de los egipcios. El pueblo lo recibió en silencio y con un profundo respeto. Se decretaron quince días de luto y se suspendieron todas las fiestas. Toda Nínive lloró la muerte del príncipe heredero. Todos salvo su hermano, Samas-Uma-Ukin, que recibió con agrado la noticia de la muerte de su hermano. Sin la presencia de Sin-Iddina-Apla, el camino hacia su coronación como rey de Asiria estaba expedito. Había reclamado en varias ocasiones que se hiciera oficial su nombramiento como príncipe heredero, cargo que, al ser ahora el primogénito de Assarhaddon, consideraba como propio, pero la reina madre siempre había evitado pronunciarse.

Samas-Uma-Ukin se encontraba en palacio, almorzando con su hermano Assurbanipal, con la princesa Sherna y con la reina madre Nakiya. El ambiente era tenso. Todos sabían que en cualquier momento el tema de la sucesión del trono de Asiria saldría a colación. Y, no pasó mucho tiempo, hasta que Samas-Uma-Ukin habló del asunto.

—Nakiya, el pueblo necesita saber quién va a suceder a mi padre y más si continúa enfermo —dijo Samas-Uma-Ukin, mientras comía una pieza de carne con las manos.

—El pueblo lo sabrá a su debido tiempo —respondió la reina madre, sin apartar la vista de su plato.

—Debo ser yo quien ostente el cargo de príncipe heredero, pues soy el hijo primogénito del rey.

—Reinará quién esté mejor preparado, no quién haya nacido antes.

Samas-Uma-Ukin se levantó de la mesa enfurecido y tiró el trozo de carne al plato.

—¿Qué quieres decir? —preguntó encolerizado—. ¿Qué el pusilánime de mi hermanito, que no hace otra cosa que leer tablillas de arcilla y mirar las estrellas, va a gobernar este país?

—¡Siéntate! —ordenó Nakiya.

El príncipe obedeció a regañadientes. Tenía la mirada furiosa de un animal acorralado. La reina sabía que su nieto tenía muy mal carácter y que carecía de autocontrol. Apenas razonaba, no controlaba sus impulsos y era extremadamente violento. Era habitual verle azotar con fuerza a los sirvientes y no eran pocas las noches que abusaba de alguna esclava. Le gustaba la bebida en exceso y se dejaba llevar por los placeres, dejando de lado sus responsabilidades como príncipe. La reina miró a Assurbanipal. Él, en cambio, era todo lo contrario. Era culto e inteligente, había sido educado para convertirse en escriba real o sacerdote, dominaba varias lenguas y era muy hábil en matemáticas y astronomía. De carácter templado, era educado y responsable. Sin duda, su favorito.

—¿Cómo quieres gobernar un país si no eres capaz de dominar tus impulsos? —le preguntó enfadada Nakiya.

—Eso no tiene nada que ver, en justicia yo debo ser el próximo rey de Asiria.

—Acabamos de recibir el cuerpo de nuestro hermano y tú, en lugar de llorar su muerte, lo que haces es reclamar su puesto —dijo la princesa Sherna, con los ojos llorosos.

—Yo miro siempre al futuro, nunca al pasado. Sin-Iddina-Apla fue un estúpido al correr una carrera de carros sin tener experiencia suficiente, se lo tiene merecido —dijo mientras bebía un vaso de *sikaru restu*.

Todos le miraron con desprecio.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de hablar así de tu hermano muerto? —le preguntó Nakiya.

—¿Acaso he mentido? —preguntó escupiendo un hueso—. Luchó contra los egipcios y consiguió una gran victoria, y el imbécil se deja matar en una carrera de carros. Yo creo que los dioses no le veían preparado para reinar Asiria y por eso provocaron su muerte.

La reina madre le miraba fuera de si. Respiró hondo y pensó que no merecía la pena discutir con él. Siguió comiendo en silencio ignorando al príncipe, que le miraba con satisfacción, le encantaba desquiciar a los que estaban a su alrededor.

—Además, quien tiene que nombrar sucesor es el rey y no tú —dijo con desprecio Samas-Uma-Ukin, levantándose de la mesa y saliendo de la sala.

La reina observó como Samas-Uma-Ukin, salía con aires triunfantes de la estancia. Nada más atravesar la puerta, se oyó un ruido y luego unos quejidos. Sin duda, un esclavo había pagado la ira del príncipe recibiendo un fuerte golpe. Assurbanipal se levantó para atender al sirviente pero Nakiya le detuvo, esa no era labor para un príncipe heredero.

Assarhaddon permanecía postrado en la cama. En su habitación apenas entraba la luz y, a pesar de que se ventilaba todos los días, el olor a cerrado y enfermedad lo envolvía todo. El rey no presentaba ningún tipo de mejoría. Casi no hablaba y comía lo mínimo para subsistir. Cuando Nakiya fue a visitarle, ordenó que apartaran las cortinas de las ventanas para que entrara la luz del exterior y un poco de aire fresco. Le sorprendió el aspecto descuidado y las enormes ojeras que tenía su hijo. Pronto sería el funeral del príncipe y acudirían reyes e importantes mandatarios de distintos países. El rey debía estar presente o los comentarios sobre su enfermedad se propagarían por las cuatro esquinas del mundo. La debilidad del rey es la debilidad del imperio y más aún, cuando el príncipe heredero está muerto. Nakiya había esperado mucho tiempo para darle la noticia de la muerte de su hijo y ya no podía esperar más, pero de momento, evitaría comunicarle la muerte de Nisher-Sag. Con la muerte de su hijo ya tenía bastante. Se acercó a su cama y se sentó junto a él.

—Hijo, ¿qué tal te encuentras hoy? —le preguntó, recibiendo un leve movimiento de cabeza como respuesta—. Debes hacer un esfuerzo por recuperarte, el pueblo te necesita, tus hijos te necesitan, yo te necesito.

Assarhaddon continuaba con la mirada perdida.

—Tengo que darte una mala noticia, tu hijo Sin-Iddina-Apla ha muerto —le dijo la reina sin más preámbulos.

El rey seguía ausente y no mostró ninguna emoción.

—¿Me has oído, Assarhaddon? El príncipe heredero está muerto —le volvió a decir zarandeándole ligeramente, deseando ver en él una reacción que no encontró.

Nakiya miró desconsolada a su hijo, que seguía sin hacer el mínimo gesto. Decidió jugárselo todo a una sola carta e informarle también de la muerte del sacerdote.

—Nisher-Sag ha sido asesinado, le encontraron tirado en el suelo del templo de Shamash sobre un charco de sangre, y con una figura de Ahura Mazda en su pecho.

El rey le miró sorprendido.

—¿Has… has dicho Ahura Mazda? —preguntó débilmente.

—Sí, le han matado unos egipcios, pusieron en su pecho una figura de Ahura Mazda para que culpásemos a los medos. El médico Tessub estaba entre ellos, quizá tuviera acceso a la reina Zukatu y la envenenó. Hijo, tu enfermedad no se debe a un castigo de los dioses, sino a una conspiración egipcia, tienes que reaccionar y vengar la muerte de tu hijo, del sacerdote y quién sabe si también la de tu amada esposa.

Las ideas se agolpaban en la cansada mente del rey. ¿Su hijo muerto? ¿Había oído que su hijo estaba muerto? Y Nisher-Sag. ¿Asesinado por egipcios? Y su mujer, ¿podría haber sido asesinada por ellos? La reina madre vio una sombra de duda en los ojos de su hijo.

—Assarhaddon, los dioses no tienen nada que ver con sus muertes, han sido ellos, los egipcios, los culpables de todos tus males. ¡Ellos han matado a tu heredero, a tu sacerdote y posiblemente a tu mujer. No debes abatirte, debes luchar por ellos, debes vengar sus muertes y arrasar Men-Nefer! —le dijo la reina con todo el ímpetu del que fue capaz.

El rey comenzó a reaccionar, se incorporó y se sentó en la cama. Nakiya ordenó a un sirviente que fuera a avisar a Imashar.

—¿Mi hijo está muerto? —preguntó el rey.

—Asesinado por los egipcios —mintió la reina.

El rey se tapó la cara con las manos, mientras que la reina madre intentaba consolarle acariciándole el pelo.

—Debo vengar su muerte y la de Nisher-Sag —dijo Assarhaddon mirando a la reina madre—. ¿Crees que los egipcios tuvieron algo que ver en la muerte de Zukatu?

—Creo que sí, hijo mío —contestó la reina entre sollozos, emocionada al ver como hijo reaccionaba—, Tessub la conocía, podría haber coincidido con ella y haberle envenenado. Los egipcios son los culpables de tu mal.

—Traedme algo de comer, tengo hambre.

El estado de salud del Assarhaddon fue mejorando y aunque no estaba plenamente restablecido, se encontraba en condiciones de dirigir nuevamente el imperio. El funeral del príncipe Sin-Iddina-Apla se retrasó de forma indefinida. El rey quería estar en las mejores condiciones para recibir a los gobernantes extranjeros que acudirían al sepelio. Deseaba encontrarse lo más fuerte posible, no quería que nadie pudiera ver en él algún signo de flaqueza. Imashar había combatido la debilidad del rey obligándole a comer una dieta rica en legumbres, sobre todo lentejas. También le obligó a comer frutas, preferiblemente cítricos. El rey se tomaba todos los días dos vasos de zumo de limón con agua y se comía un par de naranjas. Para mejorar su estado físico, paseaba por los jardines de palacio y se ejercitaba con la espada. Pasados unos días, comenzó a dar cortos paseos a caballo por la ciudad. La imagen del rey montado en su caballo de guerra por las calles, fue un bálsamo para el pueblo de Nínive, que le aclamaba y vitoreaba a su paso. Con el ajusticiamiento de los egipcios, y después de los rumores que aseguraban que el rey estaba gravemente enfermo o incluso endemoniado, poder verle sano y salvo, montado en su poderoso neseo, había apaciguado los temores del pueblo y la calma volvió a las otrora desconcertadas calles de la capital asiria. Finalmente, cuando el rey ya se encontraba en plenitud de condiciones, se enviaron emisarios a los países aliados y los embajadores extranjeros fueron avisados para informarles de la fecha en la que se iba a oficiar el funeral de su alteza real el príncipe heredero Sin-Iddina-Apla.

La ceremonia se celebró en el palacio de Nínive. A ella acudieron los reyes de Urartu, Cimeria, Media, Elam, Gaza y Tiro, acudieron embajadores

de Escitia, Masagetia, Sarmatia y los gobernadores de Ascalón, Jerusalén, Damasco, Kadesh, Ugarit, Hama y Arvad por parte extranjera. Todos ellos acompañados por varios jefes militares, diplomáticos y algún que otro comerciante, ávido por cerrar algún buen trato comercial aprovechando el viaje. También acudieron los gobernadores civiles y militares de las ciudades de Harran, Babilonia, Nippur, Sippar, Karatepe, Terqa, Kalah, Nimrud, Assur, Gushi y naturalmente Nigirsu, como gobernador de Nínive, y varias decenas de gobernadores más, provenientes de ciudades menores del imperio. El sepelio lo ofició el nuevo sacerdote del templo del dios Shamash, Ubalimet, y acudieron cientos de personas. Una vez finalizado el rito, los altos mandatarios y personajes más ilustres, se dirigieron a la sala del trono donde, como era habitual, ya se había dispuesto un gran banquete en honor del fallecido. La mesa principal estaba presidida por el rey Assarhaddon, ya plenamente recuperado de sus males, y por la familia real. De forma perpendicular a la mesa principal, habían sido colocadas dos largas mesas con cientos de sillas para dar cabida al gran número de comensales. Cuando los invitados tomaron asiento, aparecieron decenas de sirvientes portando bandejas con cordero asado, cabrito aderezado con miel, aves de caza cocinada con cebollas, puerros y ajos, todo tipo de panes, frutos secos y verduras cocidas. Las copas vacías se fueron llenando de vino fenicio, *sikaru restu*, hidromiel y agua de manantial. Los sirvientes acudían prestos a saciar el hambre y la sed de los comensales, mientras que la música del laúd amenizaba la velada. Cuando Assarhaddon comprobó que sus invitados estaban bien saciados, levantó su copa, miró a la reina madre y comenzó a hablar.

—Queridos amigos, estamos aquí reunidos en honor a mi hijo Sin-Iddina-Apla, quien estaba destinado a convertirse en el futuro rey de Asiria, si no hubiera sido vilmente asesinado por los cobardes egipcios. Pocos le conocíais —hizo una pausa—, y por eso quiero deciros que era un joven valiente, que luchó con gallardía contra los egipcios. Era honesto e inteligente, sin duda habría gobernado con sabiduría, pero también con mano de hierro, el imperio que un buen día, iba a heredar. Pero Shamash decidió llevárselo y privar a Asiria de un grandísimo soberano. Pero de nada nos sirve continuar lamentándonos por tan enorme pérdida, ya hemos

derramado muchas lágrimas por él y ahora ha llegado el momento de mirar al futuro.

Samas-Uma-Ukin le miraba expectante, estaba seguro de que su momento había llegado.

—La vida continúa y ahora es necesario que se nombre a un nuevo príncipe heredero.

Se oyó un ruido de murmullos por toda la sala. Samas-Uma-Ukin se frotaba las manos por debajo de la mesa, y una sonrisa maliciosa apareció en su rostro, mientras miraba a su hermano Assurbanipal.

—Un rey debe tomar difíciles decisiones, muchas de ellas no son entendidas e incluso pueden parecer injustas, pero el soberano debe mirar, ante todo, por su país. Siempre debe pensar qué es lo mejor para su patria y llegado el momento, pensar en su sucesor. Entonces tiene que estudiar las habilidades diplomáticas que posee su heredero para llegar a acuerdos o alianzas con los países vecinos, pero también y llegado el caso, si no le va a temblar el pulso a la hora de declarar la guerra y luchar por defender sus fronteras. El heredero debe conocer a su pueblo, conocer sus leyes, sus costumbres, sus deseos, un buen heredero debe ser respetado por el ejército y amado por los sacerdotes.

Los invitados estaban expectantes ante la decisión de Assarhaddon, muchos de ellos habían luchado contra los asirios y habían sufrido repetidas invasiones, pero habían firmado la paz, y esperaban que el príncipe heredero, respetara los acuerdos firmados por su padre. Samas-Uma-Ukin comenzaba a estar inquieto, no entendía el discurso de su padre, parecía que estaba justificando algo. Se movía nervioso en su asiento, él era el hijo primogénito y debía ser nombrado príncipe heredero de forma inmediata, no era necesario ningún tipo de discurso.

—He decidido nombrar príncipe heredero y por tanto, mi sucesor y futuro rey de Asiria, a mi hijo Assurbanipal —dijo Assarhaddon, mirando a su hijo.

—¡Viva el príncipe heredero! —gritó uno de los gobernadores y todos le vitorearon al unísono.

La mayoría de los asistentes se felicitaron de la decisión del rey. La fama de pendenciero y violento de Samas-Uma-Ukin, había traspasado las

fronteras asirias y muchos le temían, en cambio, Assurbanipal era conocido por su prudencia, su inteligencia y a pesar de su juventud, su sabiduría. Sin duda era el más apropiado para ocupar el difícil cargo de sucesor. Samas-Uma-Ukin estaba atónito, se había quedado de piedra ante la decisión del rey. Assarhaddon levantó las manos solicitando silencio.

—Quiero comunicaros que mi hijo Samas-Uma-Ukin, a mi muerte será proclamado rey de Babilonia. Es lo mínimo que puedo hacer por mi hijo primogénito.

Samas-Uma-Ukin reaccionó a oír su nombre, encolerizado, se levantó de su asiento y miró con odio a su padre.

—¡Soy tu hijo mayor, debes nombrarme príncipe heredero! —le espetó —. ¡Piensas que me voy a consolar con ser rey de la ciudad que destruyó mi abuelo como castigo por su traición!

—¿Cómo osas hablar así al rey? —le preguntó enfurecido Assarhaddon.

—¡Pido lo que es justo y si tú no me lo das por las buenas, lo tomaré por las malas. Muchos nobles y militares me apoyarán!

En la mente del rey surgió la imagen de su padre Senaquerib, asesinado por uno de sus hijos para arrebatarle el trono, pero Assarhaddon estaba convencido de que a él no iba a sucederle lo mismo.

—Soldados, acompañad al príncipe a sus aposentos y custodiadle hasta nueva orden. No le permitáis salir ni reunirse con nadie —ordenó el rey.

—¿Soy tu prisionero? —le preguntó su hijo desafiante.

—¡Cállate si no quieres que te acuse de alta traición!

Cuatro soldados y un oficial de la guardia real se acercaron a Samas-Uma-Ukin, uno de ellos le rozó y recibió un fuerte golpe en el rostro. Los soldados se miraron confusos, no sabían qué hacer, al fin y al cabo se disponían a arrestar a un príncipe de Asiria. El oficial miró a Assarhaddon y este le asintió, sin más miramientos, el soldado golpeó al príncipe en la cabeza con el canto de su espada y cayó al suelo.

—Hijo perdona a Samas-Uma-Ukin, ha sido un momento de locura, en ningún momento tiene la intención de conspirar contra ti —suplicó la reina madre.

Assarhaddon observó a todos los invitados. Estaban callados, atónitos ante el espectáculo que acababan de presenciar. Allí se encontraban los

nobles más importantes e influyentes del reino y también los militares más poderosos y galardonados del ejército. Les miró con recelo. ¿Y si su hijo ha dicho la verdad y tiene de su lado a parte de los nobles y militares más importantes de Asiria? Cogió una copa de vino y se la bebió de un trago.

—El príncipe Samas-Uma-Ukin ha declarado que tiene partidarios entre ciertos nobles y militares influyentes —dijo el rey, dirigiéndose a los invitados—. Bien, quiero que como muestra de lealtad al príncipe heredero, Assurbanipal, cada uno de los aquí presentes, le juren fidelidad al futuro rey de Asiria.

Los invitados comenzaron a mirarse los unos a los otros desconcertados.

—¿Los reyes también? —le preguntó Sil-Bal.

—¿Acaso no somos aliados? ¿Qué problema tienes?

Sil-Bal agachó la cabeza, miró avergonzado a su alrededor y se levantó de la silla. Se dirigió hacia la mesa principal donde se encontraba la familia real y se detuvo cuando llegó a la altura de Assurbanipal.

—Yo, Sil-Bal, rey de Gaza, juro fidelidad a Assurbanipal como príncipe heredero y futuro rey de la gloriosa Asiria. Que el dios Baal me castigue si incumplo mi juramento.

Luego se levantó y volvió a su silla. El resto de invitados le imitaron y todos le juraron lealtad. El rey Assarhaddon les observó satisfecho, ahora Assurbanipal era un príncipe heredero reconocido no solo por los nobles, gobernadores y militares asirios sino también por los dirigentes extranjeros.

—Di unas palabras hijo, todos te observan —le dijo Assarhaddon al príncipe.

Assurbanipal estaba azorado, le temblaban las piernas y tenía un nudo en la garganta. Por su mente nunca había pasado la posibilidad de convertirse en rey y, en esos momentos, se encontraba frente a los personajes más importantes e influyentes, no solo de Asiria sino de todo el mundo conocido. Nervioso, se levantó de la silla y se dirigió hacia los invitados.

—Os doy las gracias por vuestra fidelidad y por el apoyo mostrado. Espero que con la ayuda de los dioses y de mis consejeros, sea digno príncipe heredero y cuando Shamash lo estime oportuno, sepa gobernar este

país con prudencia, inteligencia y justicia —dijo Assurbanipal, con toda la entereza que pudo.

Miró a su padre que le observaba orgulloso, sin duda su decisión había sido la correcta. Todos comenzaron a aplaudir y Assarhaddon volvió a pedir silencio. Tenía otro asunto muy importante que anunciar.

—Queridos amigos y aliados, quiero aprovechar vuestra presencia para comunicaros que la próxima primavera iniciaremos la campaña militar definitiva contra Egipto.

Un murmullo comenzó a recorrer toda la sala.

—El reino de Egipto es un peligro para Asiria y para nuestros aliados —miró a Sil-Bal que asintió entusiasmado—. Hace años instigaron a las ciudades fenicias para revelarse contra nosotros. Los resultados ya los conocéis, destrucción y muerte.

Todos miraron a Baal, rey de Tiro, único monarca superviviente de la campaña asiria contra las revueltas fenicias. Los reyes Milki-Ashapa de Biblos y Abdi-Milkuti de Sidón, fueron ejecutados.

—Debido a la imprudencia de Artacomo, sufrimos una humillante derrota ante las puertas de Men-Nefer. Hace pocos meses los egipcios cruzaron las fronteras de Gaza y amenazaron la capital. Gracias al arrojo y la valentía de mi difunto hijo, fueron expulsados y tuvieron que regresar al delta del Nilo, pero esta situación se puede repetir. Organizaré el ejército más poderoso que jamás se haya visto y marcharemos contra Egipto. Mis generales Hitman y Kishdar me acompañaran en esta aventura y espero que mis aliados respondan con generosidad enviándonos los soldados y recursos que les solicitemos.

—Sabes que puedes contar con mis mejores jinetes —le dijo Teushpa, rey de Cimeria.

—¡Pídeme lo que necesites y se te dará! —exclamó con entusiasmo Urtaku rey de Elam.

—¡Acabemos de una vez con los egipcios! —gritó levantándose de la mesa Sil-Bal, su más acérrimo enemigo.

—Vuestra generosidad será recompensada con creces. Egipto es un país muy rico y el botín que vamos a obtener os puedo asegurar que será cuantioso —dijo sonriendo Assarhaddon.

Los vítores aumentaron y como si se tratase de una puja, cada uno de los reyes y gobernadores, comenzaron a gritar la cantidad de oro y tropas que iban a aportar a la campaña. Nadie quería quedarse fuera a la hora de repartir el botín, conocedores como eran de la inmensas riquezas que poseía el rey de Egipto. Assarhaddon sonreía satisfecho, había conseguido que sus aliados le apoyaran ciegamente y además, numerosas tropas aliadas engrosarían el ya poderoso ejército asirio. Bebió un poco de vino, e imaginó la ciudad de Men-Nefer envuelta en llamas mientras que Taharqa le suplicaba clemencia.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXIV

LA TABERNA estaba atestada de clientes. Todos los presentes celebraban con gozo las noticias que procedían de palacio. Ríos de *sikaru*, hidromiel y vino aguado, corrían por las mesas y regaban las sedientas gargantas de los hombres que solicitaban, voz en grito, más y más bebida. Era un día de júbilo, el nombramiento del nuevo príncipe heredero había agradado al pueblo de Nínive, hastiado con los excesos de Samas-Uma-Ukin, e ilusionado por el nombramiento de Assurbanipal. Pero fue la noticia de la guerra contra los egipcios lo que enfervorizó a la población, deseosa de vengar la muerte de Nisher-Sag y del príncipe Sin-Iddina-Apla. Además, Nakiya ya se había ocupado de propagar por toda la ciudad que la muerte de la reina Zukatu se debió a una conspiración egipcia y que Tessub fue su máximo instigador. Kalam estaba sentado en una mesa bebiendo un vaso de vino aguado, vestía ropas humildes y cubría su cabeza con un turbante de color oscuro que le tapaba parcialmente el rostro. Estaba sentado enfrente de la puerta y no perdía detalle de todo el que entraba en la taberna. Durante las últimas semanas se había recluido en su casa y apenas había salido. Atentar contra el rey habría sido una locura. Con la ciudad plagada de dirigentes extranjeros, las patrullas militares se habían multiplicado y detenían a todo aquel que levantara la mínima sospecha. Además, dudaba que la ejecución de los egipcios significase el fin de la búsqueda del asesino de Nisher-Sag. Estaba seguro que la captura de los egipcios y su posterior ejecución, no era más que una cortina de humo para saciar la sed de venganza del pueblo.

A su alrededor todos reían y cantaban felices, todos menos él. Alguien entró en la taberna, Kalam levantó la mano y la movió para llamar su

atención. El hombre le observó, miró a su alrededor y se dirigió a él.

—Saludos, Imashar.

—Que los dioses te guarden Afarat —le saludó el *asu*, llamándole por su antiguo nombre de esclavo.

—Parece que las noticias se suceden en palacio.

—Eso parece.

—¿Qué tal se encuentra Samas-Uma-Ukin? Supongo que no habrá recibido de buen grado el nombramiento de su hermano como príncipe heredero.

—Efectivamente, incluso amenazó a Assarhaddon con una revuelta, pero las aguas han vuelto a su cauce. Dijo que varios nobles y militares le apoyarían pero era falso. Nadie querría verle como rey y los pocos apoyos que en su momento hubiera tenido, habrían sido más debido a la coacción que al convencimiento. Ahora está solo y no le queda más remedio que aceptar su nombramiento como rey de Babilonia.

El tabernero se acercó e Imashar le pidió una jarra de *sikaru*.

—¿Y Assurbanipal? —le preguntó Kalam, una vez que se retiró el tabernero.

—Es un joven prudente y culto. Es más adecuado que su hermano para gobernar este reino.

—¿Está preparado para ello?

—Sin duda, y tiene el apoyo de generales y nobles.

—¿Qué es de Assarhaddon?

—Ya se encuentra restablecido de sus males y pronto emprenderá la campaña contra Egipto. Kalam, siguen buscando al asesino de Nisher-Sag, debes marcharte de la ciudad, hasta ahora, has tenido mucha suerte, pero no debes tentar a los dioses —le dijo Imashar mirándoles a los ojos.

—No, tengo una misión y no descansaré hasta que la cumpla.

—Assarhaddon está muy bien protegido, es imposible llegar hasta él, incluso yo tengo dificultades. Además, pronto partirá a Egipto y te será imposible acercarte a él. Olvídalo Kalam, te lo ruego.

Había un grupo de hombres sentados junto a su mesa y anunciaban, voz en grito, su intención de alistarse en el ejército. El rey había prometido oro y tierras a todos aquellos que supieran empuñar un arma.

—He oído que la instrucción dura tres meses y si la superas, te incorporarías como soldado de infantería —dijo uno de los hombres.

—Pero si demuestras tener habilidad con el arco o a caballo quizá puedas alistarte como arquero o incluso jinete —dijo otro.

—También buscan auxiliares para llevar cargas, atender a los animales o limpiar las armas —dijo un compañero—. Yo me alistaré, no me quiero perder la conquista de Egipto por nada en el mundo. Es mi oportunidad para conseguir algunas tierras y poder mantener a mi mujer y mis dos hijos. Soldado, arquero, jinete o auxiliar, me da igual, que decidan ellos para qué valgo, yo lo que quiero es parte del botín —dijo soltando una estentórea risotada.

—¡Estás muy seguro de que la campaña será un éxito! —le exclamó su amigo.

—¿Iría en persona el mismo Assarhaddon si no estuviera seguro de la victoria?

Los hombres se miraron y comenzaron a reír a carcajadas. Kalam, sonrió.

—Como *asu* de su majestad supongo que acompañarás a Assarhaddon en la campaña ¿verdad? —le preguntó Kalam.

—Claro, yo iré dónde vaya el rey.

—Te acompañaré como criado o esclavo tuyo.

—¿Qué? —le preguntó Imashar levantando en exceso la voz—. ¿Estás loco?

Imashar miró alrededor temiendo que alguien les hubiera escuchado.

—Es la mejor manera de estar cerca del rey, iré con vosotros a Egipto —dijo Kalam sin dar lugar a la réplica.

El *asu* negó con la cabeza, pero sabía que no tenía ninguna elección. No obstante, ya le ofreció su ayuda y ahora no podía echarse atrás.

—Está bien, me acompañarás oculto entre mis esclavos. Fuiste marcado por los masagetas y conoces su idioma, que mejor que acompañarme como un esclavo masageta —accedió resignado.

—Gracias amigo —le dijo sonriendo Kalam.

Ciento cincuenta mil soldados asirios entre infantes, jinetes y carros, treinta mil urartianos, quince mil elamitas, cinco mil jinetes cimerios, tres mil soldados medos y más de cuarenta mil asistentes entre ingenieros, cocineros, carpinteros, herreros, palafreneros, porteadores, carniceros y cirujanos, componían el ejército más poderoso jamás visto. Sin contar los diez mil soldados que Sil-Bal tenía perfectamente pertrechados y preparados para el combate esperando en Gaza. Todo estaba preparado para la partida del ejército y Assarhaddon, montado en su poderoso caballo de guerra, lo dirigía asistido por los generales Hitman y Kishdar.

—Un espectáculo impresionante —dijo Kishdar.

—Más impresionante será verlo en acción —le respondió Hitman.

Las puertas de la ciudad se abrieron y, entre vítores, gritos de ánimo, pétalos de flores y sollozos, la enorme columna partió hacia la batalla. Desde palacio, la reina madre Nakiya observaba con admiración a su hijo y recordó lo cerca que estuvo de la muerte hacía muy pocas fechas.

—Observa al ejército que dirige tu padre, con él Asiria dominará el mundo. Algún día tú dirigirás nuestras tropas y quién sabe si dicho ejército será aún más poderoso que este —le dijo a su nieto.

El príncipe heredero no podía dejar de contemplar la columna. La música de las trompetas y los tambores penetró en su mente envolviéndole en un halo mágico e hipnótico, eran los dueños del mundo y ahora serían los egipcios quienes lo comprobarían en sus propias carnes. Samas-Uma-Ukin miraba al ejército con el ceño fruncido. Su gran sueño, convertirse en el rey de Asiria, se había desvanecido para siempre y era consciente de que jamás dirigiría un ejército semejante. Miró a la reina madre con odio y se retiró a sus aposentos. Assarhaddon saludó a su madre y se perdió en el horizonte flanqueado por sus dos generales.

El ejército asirio cruzó el rio Habur, se abasteció de alimentos en la ciudad de Gushi y se dirigió a Harran donde Assarhaddon hizo generosos sacrificios en honor al dios-luna Sin. Siguieron el cauce del rio Orontes y en Ugarit se les unió varios centenares de mercenarios ugaritios, ávidos de un buen botín. Continuaron por la costa y cruzaron la ciudad isla de Arvad,

donde se abastecieron de pescado desecado, y atravesaron las ciudades de Ullaz y Batunn hasta que llegaron a las ruinas de la otrora próspera ciudad de Biblos. Seis años habían pasado desde su destrucción y todavía se podían ver restos humanos por todas partes, la ciudad parecía maldita.

—Acampemos a las afueras, no deseo molestar a las almas atormentadas, que seguramente, todavía vaguen perdidas entre las ruinas —dijo Assarhaddon, mientras oía el ruido de los huesos, que se quebraban bajo los cascos de su caballo.

—Creo que es lo más prudente —dijo Kishdar supersticioso—, este sitio me pone la piel de gallina.

Los huesos tapizaban las calles de Biblos y el lugar estaba plagado de ratas e insectos. Assarhaddon ordenó al sacerdote Ubalimet que realizara sacrificios en honor a los dioses, para pedirles benevolencia con las almas de los muertos en Biblos, deseando que hallasen en la otra vida, la paz que no encontraron en esta.

—Hay que reconocer que Artacomo sabía como ganarse el respeto del enemigo —dijo Hitman.

—Fue una masacre —dijo avergonzado Kishdar, recordando que él participó en la misma.

—Es la guerra Kishdar, debemos escarmentar a los enemigos de Asiria y entre ellos, los rebeldes son los más peligrosos. No podemos ser condescendientes con ellos o su ejemplo será seguido por el resto de pueblos dominados. Debemos masacrar, deportar y destruir si queremos que nuestro imperio siga siendo poderoso y temido —dijo Assarhaddon.

—La estrategia del terror —dijo Hitman.

—Efectivamente, la estrategia del terror —confirmó el rey.

Antes del amanecer, el ejército partió hacia la ciudad de Sidón. Assarhaddon echó una mirada atrás y vio por última vez las ruinas de la ciudad, decidió que en su regreso a Nínive, no volvería a pasar por ella.

El Sol estaba en lo más alto del firmamento cuando llegaron a Sidón. Curiosamente, la ciudad había sido parcialmente reconstruida por algunos supervivientes y gente llegada de Biblos. Las murallas habían sido

nuevamente levantadas, más para defenderse de los bandidos que de cualquier ejército enemigo. Varias casas se habían reconstruido y aparecían rodeadas de pequeños huertos, y en los campos, rebaños de ovejas y cabras pastaban libremente. En el mar se podían ver varias barcas de pesca faenando, mientras que las mujeres hacían fuego y preparaban la comida. «El resurgir de una ciudad muerta», pensó Assarhaddon. Un niño que pastoreaba sus dos cabras corrió asustado hacia la ciudad cuando vio a las tropas asirias. Poco después, un anciano cruzó la puerta de Sidón y se dirigió hacia los asirios. Desde la muralla, varias personas observaban con aprensión al poderoso ejército temiendo que sus pocos años de paz hubieran llegado a su fin. Assarhaddon ordenó a la columna que se detuviera. El anciano se dirigió a él con determinación. Aparentaba más de sesenta años, tenía una larga barba y estaba completamente calvo. Su rostro, como el resto de su cuerpo, era extremadamente delgado y a pesar de tener una imagen frágil y débil, su mirada transmitía fuerza y autoridad. El anciano caminó hasta llegar a la altura del rey.

—Saludos, rey de los asirios, mi nombre es Balgar, patriarca y protector de las ruinas de Sidón —dijo el anciano arrodillándose ante el rey.

—No sabía que hubiera gente viviendo en Sidón.

—Fuimos pocos los que conseguimos huir de la masacre. Cuando el general Artacomo se marchó, regresamos a lo que un día fueron nuestras casas y hemos intentado reconstruirlas. Espero que no os moleste, mi señor, somos pobres pero pagaríamos los tributos que su majestad estime oportuno —dijo el anciano aún de rodillas y mirando al suelo.

—Prefiero ver esta imagen que la que he visto en Biblos. ¿Cuántos sois?

—Unos cien, mi señor.

El rey observó la gente que se encontraba en la muralla, la mayoría eran mujeres y niños, los hombres se encontrarían trabajando. Eran personas arraigadas a la tierra y a su mar, gente luchadora que a lo único que aspiraba era a ganarse el pan para poder alimentar a sus hijos. Assarhaddon miró al anciano y le ordenó que se levantara.

—Os autorizo a reconstruir esta ciudad, pero quiero que la llaméis Kar-Ashur-Aha-Iddina, el puerto de Assarhaddon —dijo el rey y ordenó a su administrador que le entregara al anciano una bolsa con cien siclos de oro

—. No me pagaréis tributos, todavía sois muy pobres. Espero que en pocos años podáis hacerlo, eso significaría que habéis prosperado.

—Gracias, mi señor, mi pueblo os jura fidelidad eterna a vuestra majestad y al glorioso pueblo asirio. Si no cumplimos nuestro juramento, que el dios Baal nos borre de la faz de la tierra —agradeció el anciano con lágrimas en los ojos.

Desde las murallas, la gente observaba la escena sin entender nada, estaban demasiado lejos para oír la conversación, pero cuando vieron a un funcionario asirio entregar una bolsa a Balgar y al anciano besarle las manos, todos lloraron de alegría.

—¡Estamos salvados! —gritaba el anciano corriendo hacia las murallas —. ¡Estamos salvados y el rey nos ha entregado oro para reconstruir la ciudad!

La puerta de la ciudad se abrió y decenas de mujeres y niños corrieron hacia Balgar. El anciano les enseñó las monedas de oro y todos comenzaron a bailar y a cantar de júbilo. Corriendo, varias mujeres se dirigieron hacia la playa moviendo los brazos y pañuelos para llamar la atención de sus maridos que estaban pescando. Durante años, habían temido la llegada del ejército asirio y su comportamiento con los supervivientes. Ahora, emocionadas y llenas de alegría, estaban deseando contarles a sus maridos las buenas noticias. Assarhaddon les había permitido establecerse y prosperar en la destruida ciudad de Sidón.

Las murallas de Tiro emergían imponentes sobre las olas del mar, causando una gran impresión en Assarhaddon. El rey, acompañado por la plana mayor de su ejército, atravesó el estrecho istmo que unía a la isla fortaleza con la ciudad de la costa. El resto del ejército acampó a las afueras de la ciudad y se les ordenó que evitaran cualquier contacto con la población local. En Tiro, Assarhaddon se reunió con el rey Baal y este le ofreció dos mil arqueros que fueron muy bien recibidos. Como muestra de gratitud, Assarhaddon permitió la vuelta de los rehenes tirios que tenía retenidos en Nínive.

Después de atravesar las ciudades de Akko, Jaffa y Ascalón, llegaron a la ciudad de Gaza, donde le esperaba un emocionado Sil-Bal, con sus diez mil soldados. Allí descansaron durante unos días para recuperarse del viaje y, sobre todo, para coger las fuerzas necesarias para emprender con garantías la dura campaña que les esperaba.

Assarhaddon se encontraba en el palacio de Gaza acompañado por sus generales, varios de sus mejores oficiales y Sil-Bal. Estaban de pie, mirando un enorme mapa de Egipto colocado en una mesa de cedro.

—Kishdar, tú conoces el camino hacia Men-Nefer mejor que nadie ¿qué nos aconsejas? —preguntó el rey.

—Lo primero es tener suministros suficientes —dijo con resentimiento mirando a Sil-Bal, que bajó la cabeza—, y para ello debemos proteger nuestra retaguardia. Por este motivo, creo que debemos evitar saquear o destruir las ciudades que encontremos…

—¿Entonces cómo pagaremos a nuestros soldados? —le interrumpió Sil-Bal, más preocupado por su parte del botín que por la de sus jinetes.

—Si saqueamos y destruimos las ciudades que nos encontremos, tendremos problemas a la vuelta, pues nos será imposible conseguir alimentos —dijo Kishdar.

—Sí, pero según nos comentaste, los egipcios quemaron los campos de cultivo y cegaron los pozos antes de que vosotros llegarais. Es posible que en esta campaña hagan lo mismo —intervino un oficial.

—Hace cuatro años, la falta de alimentos y agua diezmó al ejército, marchábamos muy lentos y los egipcios tuvieron tiempo de anegar los campos de cultivo, pero ahora las cosas son distintas. Con alimentos y agua suficiente, una avanzadilla de cinco mil jinetes puede sorprender a los confiados egipcios y evitar que estos envenenen las fuentes y maten a los animales. Les capturaremos y les obligaremos a continuar cultivando y alimentando al ganado para nosotros —dijo Kishdar.

Un murmullo de aprobación recorrió toda la sala. El plan de Kishdar permitía marchar al ejército hacia Men-Nefer sin preocuparse de tener alimentos suficientes para el regreso. El rey sonrió satisfecho.

—¿Qué propones, general? —le preguntó.

—Marchar hacia Per-Amón, luego continuar por el delta del Nilo hacia Qantir, dirigirnos posteriormente hacia Per-Bastet y Athribis, conquistar la ciudad de Lunu, atravesar el Nilo para dirigirnos a Giza y finalmente destruir nuestro objetivo, Men-Nefer.

—¡Dicho así parece hasta fácil! —exclamó el rey ante las risas de los militares—. Qué así sea, partiremos en dos días.

La actividad en el campamento era frenética. Los oficiales, con la fusta en la mano, apremiaban a los soldados que corrían de un lado para otro buscando sus pertrechos. Los esclavos recogían a toda prisa las tiendas de campaña. Los carros eran cargados con todas las provisiones que el ejército necesitaba y los palafreneros preparaban los caballos para la inminente partida. Imashar observaba como sus esclavos desmontaban su tienda y colocaban todos sus enseres en un carro. El *asu,* como jefe de los cirujanos, había sido el encargado de gestionar todos los materiales y mercancías que los médicos iban a necesitar durante la campaña. No faltaban vendajes, vino para desinfectar, pequeñas dagas, agujas para coser heridas, hachas y sierras para amputar miembros, camillas, muletas y todo tipo de hierbas. Kalam cargaba los bultos como un esclavo más. Había adelgazado y su larga barba, le había vuelto irreconocible. Imashar le observó con pena. Estaba vestido únicamente con un turbante blanco y un faldón del mismo color. Tenía el torso al descubierto y caminaba descalzo. «Qué gran médico ha perdido Asiria» —se lamentaba el *asu*.

—¡Vamos holgazanes! —exclamó un sirviente, mientras golpeaba con saña a los esclavos con un látigo—. ¡Debemos marchar hoy pedazo de vagos!

Uno de los latigazos golpeó con fuerza en la espalda de Kalam e Imashar tuvo la tentación de intervenir, pero se detuvo, debía tratarle como un esclavo más o despertaría sospechas. Kalam se dolió del golpe, pero continuó trabajando no sin antes memorizar el rostro del sirviente que con tanta saña, les estaba golpeando. Su mirada se cruzó con la de Imashar que le contemplaba con turbación y le sonrió.

—Te debió salir muy barato —oyó decir Imashar a sus espaldas. Imashar se giró y su corazón casi le dio un vuelco. Esperaba que Hitman no hubiera visto la sonrisa de Kalam.

—El esclavo cojo —dijo Hitman—, te debió salir muy barato.

—Es un esclavo masageta, lo compré porque conoce algunas plantas curativas y me ayuda a la hora de hacer emplastes y ungüentos —dijo turbado Imashar.

Hitman observaba al esclavo ante la mirada inquieta de Imashar, que intentaba aparentar calma, cuando el corazón se le salía por la garganta.

—Cojo, huesudo y con esa cicatriz en la frente… Debe ser muy bueno con las plantas, porque yo no daría ni dos siclos de bronce por él.

—Barato sí que fue, el tratante de esclavos parecía que quería quitárselo de encima —dijo Imashar con una sonrisa fingida.

—Espero que te sea útil. Que los dioses te guarden *asu* —se despidió Hitman dándole un golpecito en la espalda.

El médico respiró hondo cuando vio alejarse a Hitman. «Ha faltado poco», pensó. Se dirigió hacia su carro y abrió una caja de madera. Sacó una pequeña ánfora y bebió un largo trago de vino. Después, se sintió algo más tranquilo.

El ejército asirio cruzó el desierto del Sinaí sin mayores complicaciones y se encontraba a pocas jornadas de la ciudad de Per-Amón. Las patrullas egipcias, que años antes les habían hostigado hasta la extenuación, no habían dado señales de vida. Parecía que la campaña en Egipto iba a ser más tranquila de lo previsto. Assarhaddon, siguiendo las indicaciones de Kishdar, ordenó que diez mil jinetes, entre ellos cuatro mil cimerios, marcharan hacia la fortaleza egipcia cogiendo por sorpresa a la confiada población y evitar así que emponzoñaran los pozos y quemaran los campos. La avanzadilla la dirigió Hitman, deseoso como estaba, de entrar en combate. Le acompañaba Barnabás, capitán que mandaba a los jinetes cimerios enviados por Teushpa. Las órdenes eran claras, debían conquistar la ciudad evitando el mayor número de civiles muertos, impedir que los

pozos fueran envenenados y proteger los campos de cultivo, árboles frutales y ganado.

Cabalgaron durante todo el día y parte de la noche hasta que se encontraron frente a Per-Amón. Hitman ordenó que descansaran unas horas, quería tener al ejército lo más fresco posible antes de la batalla. Debajo de una hermosa luna llena, contempló la ciudad fortaleza de Per-Amón y sus altas murallas de adobe. Estaba rodeada de frondosa vegetación y por varias lagunas y riachuelos que parecían poco profundos. No obstante, se encontraba en el delta del Nilo y las constantes subidas y bajadas del cauce del rio, había anegado los caminos y el fango se había hecho dueño y señor de los alrededores de la ciudad.

—No será nada fácil su conquista —dijo el capitán cimerio, acercándose a Hitman.

—La tierra está empantanada y los caminos son casi intransitables.

—La ciudad está rodeada por agua y fango, antes de atacarla deberíamos enviar una patrulla de reconocimiento a ver si pueden encontrar algún camino practicable para nuestros caballos.

Per-Amón era la primera ciudad que se encontraban tras la frontera y por tanto, la puerta de Egipto. Una alta muralla de adobe y, sobre todo, las lagunas, riachuelos y la tierra fangosa que la rodeaba, la protegía de las incursiones enemigas. Artacomo, en la anterior campaña militar contra Egipto, había evitado esta ciudad y se dirigió directamente a Per-Bastet. En esta campaña, Assarhaddon tomó la decisión, aconsejado por sus generales, de tomar una a una, todas las ciudades importantes que se encontrara en su camino a Men-Nefer y Per-Amón era la primera de ellas. Hitman desconocía el número de soldados egipcios acantonados en la ciudad pero, por el tamaño de la misma y su importancia estratégica, calculó que no serían menos de dos mil. En tal caso, el factor sorpresa sería fundamental si querían tener éxito en la batalla.

—Tienes razón, envía cuatro soldados en dos grupos distintos, que vayan vestidos de campesinos. Espero que tengan suerte.

—A tus órdenes.

El amanecer sorprendió a los jinetes asirios y los exploradores aún no habían regresado. Durante la noche, los soldados de guardia habían matado

a un pastor que se dirigía hacia los campos con sus cabras y a un comerciante de telas que fue asesinado junto con su escolta y sirvientes cuando pretendían entrar en la ciudad. Hitman observaba inquieto el horizonte buscando alguna señal de sus enviados, pero no la encontró. Entonces se dirigió hacia el carro del comerciante. Allí, agolpadas, había cientos de telas de mala calidad. Ordenó llamar a Barnabás. Cuando llegó el cimerio, se encontró a Hitman vestido con los ropajes del comerciante. Enseguida se dio cuenta de sus intenciones.

—Toma los ropajes de los escoltas y de los siervos del mercader, nos dirigimos a conquistar una ciudad —le dijo Hitman.

Barnabás miró los cuerpos de los cuatro sirvientes y de los cinco escoltas que estaban en el suelo.

—¿Nueve hombres para tomar una ciudad? —preguntó incrédulo el cimerio.

—Quizá me sobre alguno —respondió entre risas el general asirio.

—¿Tienes algún plan?

—Ya se me ocurrirá algo por el camino. Vamos hombre cámbiate, se nos hace tarde —le apremió Hitman.

Barnabás le miró con suspicacia.

—Qué sí hombre, que tengo un plan —le dijo Hitman sonriendo.

Disfrazado de comerciante, Hitman condujo el carro acompañado por Barnabás y ocho soldados más, todos ellos confundidos como esclavos o escoltas. El camino hacia Per-Bastet era estrecho y estaba rodeado por agua en ambos lados. Varios campesinos y pastores se les cruzaron y les saludaron con simpatía, un comerciante con mercancías y noticias nuevas siempre era bien recibido.

—¡Mira! —dijo Barnabás señalando algo en el agua.

A lo lejos, varios cocodrilos luchaban entre sí por la presa que uno de ellos se había cobrado. Eran enormes ejemplares de unos cinco metros de largo. Ambos hombres se miraron y temieron por el incierto futuro de los exploradores que enviaron pocas horas antes.

—Debemos andarnos con cuidado, estas aguas están infectadas de cocodrilos —dijo Hitman ante el asentimiento de Barnabás.

Llegaron a las murallas de la ciudad y fueron detenidos por la guardia. Hitman observó que los soldados que custodiaban la puerta no eran más de cinco.

—Saludos, mi nombre es Hatam y soy mercader de telas —dijo Hitman.

El egipcio le miró con desconfianza sin decir palabra alguna, inspeccionó el interior del carro y movió las telas con un palo. Con receló, observó a los esclavos y escoltas que acompañaban al mercader.

—¿De dónde vienes? —le preguntó el guardia acercándose al asirio.

Sin mediar palabra, Hitman, con un rápido movimiento, degolló al egipcio y mató a otro más lanzándole la daga. El ataque cogió por sorpresa a los soldados egipcios y varios de ellos fueron asaetados por los asirios que iban disfrazados de escoltas. Cuando quisieron reaccionar, ya era demasiado tarde y uno a uno fueron cayendo muertos bajo el fulgurante ataque asirio.

—¡Rápido echad la brea sobre el carro! —ordenó Hitman y uno de los escoltas, cogió un cubo oculto entre las telas y comenzó a verter un líquido negro y viscoso sobre las telas.

Hitman azuzó a los caballos y colocó el carro en la puerta de la ciudad, desenvainó su espada y degolló a los dos caballos que cayeron muertos en un charco de sangre, luego cogió el resto de la brea y la echó sobre los animales. Cogió una antorcha, que ya le tenía preparada uno de sus soldados, y prendió fuego al carro y a los caballos. El humo era la señal que esperaban los jinetes que permanecían ocultos tras la duna, y un oficial de confianza de Hitman, ordenó la carga contra la ciudad. En un instante cientos de jinetes asirios y cimerios cabalgaban a toda velocidad hacia Per-Amón.

Los egipcios, que observaron la escena, entraron corriendo en la ciudad dando la voz de alarma. En poco tiempo decenas de soldados se dirigieron hacia las murallas para repeler el ataque y cerrar sus puertas, pero el fuego y el humo negro y denso se lo impidieron. Hitman y los suyos cogieron unos arcos y comenzaron a disparar a los egipcios, que desesperados, intentaban apagar el fuego y apartar el carro y a los animales muertos de la puerta. Después de varios minutos, los defensores consiguieron apagar el fuego y mientras unos soldados se apresuraban en apartar el carro, otros se dirigieron hacia los asaltantes enemigos. Hitman y los suyos se vieron

luchando contra un enemigo muy superior en número. El general asirio miró a su espalda y pudo ver que los jinetes aún estaban lejos de la ciudad, o se daban más prisa, o sería su fin. Pronto se vio rodeado por cinco soldados que le embestían una y otra vez con sus cimitarras. Hitman pudo dar buena cuenta de dos de ellos, pero cuando un egipcio caía, otro ocupaba su lugar. Barnabás también se defendía con bravura, pero los soldados egipcios cada vez eran más numerosos. Un soldado hirió a Hitman en el brazo y le obligó a bajar la guardia, cuando iba a rematarle, cayó fulminado al suelo atravesado por una flecha asiria.

—¡Por Assur! —se oyó exclamar a lo lejos—. ¡Salvemos a nuestro general!

Los egipcios observaron con pavor como la caballería asiria se encontraba cerca de las puertas de la ciudad y comenzaban a disparar sus arcos. Con el rostro descompuesto por el pánico, corrieron a refugiarse tras los muros de Per Amón.

—Pensé que no vendríais nunca —dijo Hitman tocándose su brazo herido.

—Lo siento, mi señor, hemos cabalgado todo lo rápido que hemos podido —le dijo uno de sus oficiales—. ¿Te encuentras bien?

—Solo es un rasguño, dame un caballo —ordenó el general—, ¿todo bien Barnabás?

—Yo estoy bien, pero creo que somos los únicos que hemos sobrevivido —le respondió agotado.

Hitman negó con la cabeza y montó en su caballo. Con la espada en ristre y seguido por sus jinetes, entró en la ciudad.

Assarhaddon entró en Per-Amón acompañado por Kishdar y el resto de oficiales. La victoria había sido total y las bajas sufridas por el ejército asirio mínimas. La ciudad estaba protegida únicamente por una guarnición compuesta por quinientos egipcios, muchos menos de los que en un principio, Hitman había estimado. Ahora, los cuerpos de los soldados egipcios se amontonaban en una pira en la puerta de la ciudad. El rey,

satisfecho, cruzó la puerta de la ciudad y se encontró con un sonriente Hitman.

—Te felicito por tu gran victoria —le dijo el rey desde el caballo.

—Ha sido todo un éxito, mi señor.

El rey observó a un grupo de egipcios que permanecían apresados en una cerca y custodiados por soldados asirios. También pudo comprobar que a pesar de su orden de respetar la vida a los civiles, varias decenas de cadáveres aparecían desperdigados por toda la ciudad.

—He intentado minimizar las bajas civiles, pero es difícil controlar a una turba enfurecida, que durante la batalla, le cuesta diferenciar a los soldados de los civiles —dijo el general leyendo el pensamiento del rey—. Aún así, creo que hay suficientes egipcios para cuidar de los animales y trabajar los campos.

—¿Y los pozos?

—Están en buen estado, no les ha dado tiempo ni a envenenarlos, ni a cegarlos. Los animales están a salvo y los campos de cultivo protegidos por soldados.

—Un gran trabajo, sin duda alguna. Esta noche celebraremos un gran banquete. Ordena al ejército que descanse, partiremos en un par de días.

—¿Permaneceremos dos días en Per-Amón? —preguntó extrañado el general.

—Sí, el ejército debe descansar y yo quiero cazar uno de esos magníficos cocodrilos que he visto en los pantanos. Cazaré uno de ellos y lo sacrificaré en honor a Ishtar, como muestra de gratitud por nuestra victoria. Búscame entre los egipcios algún guía con experiencia en la captura de cocodrilos.

—Sí, mi señor.

El grueso del ejército asirio y la mayoría de los asistentes, acamparon en las dunas, lejos de los pantanos y sobre todo, de los cocodrilos. En el campamento médico se encontraba Imashar, curando la herida leve de un soldado. Hasta ese momento había tenido menos trabajo del que esperaba. Apenas unas decenas de soldados habían precisado de sus servicios. Fiebres, diarreas, algún que otro corte o picadura de serpiente, habían sido los males que habían sufrido los pocos soldados asirios que habían llegado

al campamento médico. Después de curar la herida salió de la tienda a respirar aire fresco. Ya había anochecido. Miró hacia Per-Amón y pudo ver decenas de piras funerarias. Para evitar enfermedades, los egipcios muertos estaban siendo incinerados. Kalam se encontraba a pocos metros mirando la misma escena, el *asu* miró a su alrededor y comprobó que no había nadie cerca, confiado de no ser visto, se acercó a él.

—Bonita noche —dijo el *asu*.

—No para los egipcios —dijo Kalam, sin apartar la mirada del Per Amón.

Imashar volvió a mirar a su alrededor incómodo.

—Tengo algo que decirte.

Kalam le miró con atención.

—Antes de partir hacia Qantir, el rey quiere cazar un cocodrilo. Se dirigirá hacia el sur, allí la zona es más pantanosa y se encuentran los mejores ejemplares de cocodrilo, o por lo menos eso es lo que le han dicho. Le encanta la caza y quiere capturar un gran ejemplar para sacrificarlo en honor a la diosa Ishtar, piensa que cuanto más grande sea el animal, más favores recibirá de la diosa de la guerra —le dijo Imashar.

—Ese será mi momento. Mañana, escaparé del campamento, me ocultaré y seguiré a Assarhaddon.

El médico asintió.

—Al ser mi esclavo, me veré obligado a denunciar tu huida, pero no te preocupes, los soldados tienen cosas más importantes que hacer que buscar entre los pantanos a un esclavo prófugo y correr el riesgo de ser devorado por las fieras.

—Lo sé amigo, no te preocupes.

—Te dejaré una bolsa con alimentos, medicinas y algunas armas, cerca de la entrada de mi tienda, cógela y que los dioses te protejan.

Comenzaba a refrescar, Kalam sintió un escalofrío y se frotó sus brazos desnudos. Miró a su amigo Imashar, posiblemente esa sería la última vez que se verían. Agradecido, se acercó a él y se dieron un fuerte abrazo. Las lágrimas brotaron de los ojos de los dos hombres y sin decir más palabras, Kalam se perdió en la oscuridad de la noche.

La expedición de caza se dirigió hacia el sur, anduvieron varios kilómetros entre pantanos, lodazales y una vegetación tan espesa, que impedía la vista más allá de unos pocos metros. Hitman estaba incómodo, el lugar era perfecto para una emboscada y solo disponía de varias decenas de soldados para proteger al rey que además iba a pie. El guía egipcio caminaba flanqueado por varios soldados, para evitar su huida. Hitman dudaba de él y temía que el egipcio le guiara hacia una emboscada. Sin duda, la idea de capturar un cocodrilo no era buena, los riesgos eran demasiados. El general intentó convencer en varias ocasiones a Assarhaddon para que dieran media vuelta y volvieran al campamento, pero el rey se obcecó con la caza del animal y se negó. Aunque el día había amanecido azul, unas nubes negras amenazaban tormenta y en pocos minutos, el cielo se oscureció y comenzó a llover con fuerza. La lluvia fue torrencial y el camino fangoso por el que caminaban, se convirtió en un torrente. Assarhaddon, reconociendo su derrota, accedió a volver al campamento. No sin dificultad, emprendieron el camino de vuelta. La lluvia dificultaba aún más la visión y el agua les llegaba hasta las rodillas. El guía egipcio les dirigió hacia una pequeña colina protegida del torrente. Allí esperarían hasta que las lluvias amainaran.

—Estas lluvias son habituales en esta zona —dijo el guía cuando llegaron a la colina—, durarán poco tiempo, mientras tanto, será mejor que esperemos.

Hitman ordenó a sus soldados que formaran un círculo alrededor del rey y que varios bateadores patrullaran la zona. En pocos minutos, la lluvia cesó y después de comprobar que el camino estaba embarrado pero practicable, la expedición asiria emprendió el camino de vuelta al campamento. Assarhaddon estaba frustrado, no podía esperar un día más, y tendría que partir hacia Qantir sin conseguir cazar su preciada presa. De pronto, el guía dio una orden y los asirios se detuvieron. Parecía que el egipcio había encontrado algo.

—Allí hay un cocodrilo y es muy grande, se habrá protegido entre la maleza de la crecida del rio —dijo el egipcio, señalando entre la espesura.

Assarhaddon se acercó pero no vio nada. Ordenó a dos soldados que exploraran la zona, pero siguieron sin ver al animal.

—¿Dónde está? No le veo —dijo el rey.

—Allí, mi señor, en el suelo, oculto tras esos matorrales —indicó el guía.

El rey, que portaba una larga lanza, se acercó a los matorrales protegido por dos soldados, que tenían sus arcos listos por si algún animal se abalanzara sobre ellos. Detrás, cuatro soldados, espadas en ristre, protegían la espalda de su rey. De pronto, y sin saber de dónde había salido, un hombre cubierto de barro se lanzó, espada en mano, hacia Assarhaddon. Hirió a uno de los arqueros ante la mirada atónita del rey, que se quedó paralizado ante la aparición del salvaje. La guardia tardó en reaccionar y el asaltante mató sin dificultad al otro arquero, quedando expedito el camino hacia su objetivo, Assarhaddon. Con los ojos inyectados en sangre, el atacante fijó su mirada en el rey de Asiria. A pesar de su ostensible cojera, su paso era firme, decidido y sobre todo rápido, sabía que tenía poco tiempo si quería matar al rey y escapar con vida.

—¿Quién eres? —preguntó confuso el rey, que se defendía con su lanza.

—Soy el espíritu de Kalam, a quien tú mataste para poseer a su mujer.

El rey se quedó paralizado de terror y tiró su lanza. Delante de él se encontraba el espíritu del hombre que hacía años, había enviado a una muerte segura. Resignado a su suerte, cerró los ojos para no ver al espectro que tenía delante y encomendó su alma al dios Shamash.

—¡Muere bastardo asesino! —exclamó Kalam, lanzándose hacia el rey.

Hitman corrió hacia el rey nada más ver al salvaje salir de la espesura, y atacar a uno de los arqueros. Voz en grito, ordenó a sus soldados que protegieran al rey y con pavor, vio como el asaltante se deshacía sin dificultad del otro arquero. Corrió todo lo rápido que su edad le permitió y cuando ya no le quedaban más fuerzas, desenvainó su espada justo en el momento en el que el salvaje se disponía a segar la vida del rey de Asiria.

—¡No! —gritó Hitman, interponiendo su espada a la del asaltante.

Kalam se había concentrado en Assarhaddon, olvidando todo lo demás. Con la mirada fija en su objetivo, no había visto la llegada de Hitman y ahora se sentía confuso frente al general asirio, que se encontraba doblado

sin resuello, debido al enorme esfuerzo que se había visto obligado a hacer, para salvar la vida de su señor. Kalam miró al frente y vio que varios soldados se dirigían hacia él. Miró a su alrededor buscando alguna escapatoria.

—¡Mi espíritu no descansará hasta que no haya vengado la muerte de mi familia! —gritó Kalam, antes de ocultarse entre la espesura.

El rey llegó al campamento completamente pálido. Durante el camino de regreso no había dicho palabra. Hitman le miraba preocupado. Temía que la aparición del hombre cubierto de barro hubiera perturbado su mente. Le acompañó hasta su tienda y allí ordenó a los esclavos que le preparan un baño caliente, eso le tranquilizaría.

—¿Conocíais al salvaje, mi señor? —le preguntó Hitman.

Assarhaddon estaba tumbado en la bañera mientras que una esclava le frotaba la espalda.

—Era el espíritu de Kalam, el médico que me salvó la vida —contestó el rey con la mirada perdida y el corazón encogido por el miedo.

—¿El *asu* que os curó de una grave enfermedad?

—Sí.

—Pero ese hombre murió en la campaña contra los cimerios.

—Y su espíritu ha regresado al mundo de los vivos clamando venganza —dijo el rey, sintiendo un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Hitman se levantó. No creía en lo sobrenatural, siempre decía que temía más a los vivos que a los muertos. Recordó el ataque al rey y la forma de andar del asaltante. Estaba completamente embarrado pero aún así, algunos de sus rasgos físicos le eran familiares. Y su cojera… ¿Dónde había visto antes esa forma de caminar?

—Señor, no debéis preocuparos más por ese espectro, pues no se trata de un espíritu, si no un hombre de carne y hueso —dijo Hitman, ante la mirada de sorpresa del rey.

—¿Qué quieres decir?

—El salvaje que os asaltó no es un espíritu que haya escapado del reino de los infiernos, sino un hombre normal y corriente. Ahora tenemos que

averiguar si de verdad se trata de Kalam, o de otro hombre que ha usurpado su identidad para atormentaros. Y creo que sé quién nos puede desvelar este misterio.

—¿Quién?

—Dadme unos minutos y lo traeré ante vuestra presencia.

El rey había terminado su baño, y más tranquilo después de las palabras del general, tomó asiento sobre unos cojines. Degustaba un plato de pescado sazonado con comino, orégano y bañado en aceite de oliva, cuando Hitman entró en la tienda.

—Mi señor, traigo al hombre que nos puede aclarar quién os atacó.

—Hazle pasar —ordenó impaciente el rey.

Encadenado, con la mirada perdida y completamente pálido, apareció ante él la imagen paupérrima de Imashar.

—¿Imashar? —preguntó extrañado el rey incorporándose.

—Así es mi señor —respondió el general.

—¿Pero qué tiene que ver en todo esto?

—Será mejor que él mismo os lo cuente. ¡Habla! —le ordenó Hitman.

Imashar levantó la cabeza y miró al rey.

—Kalam, el médico que os salvó la vida y a quién vosotros pagasteis enviándole a la muerte, sacrificando a su hijo y llevando al suicidio a su mujer, está vivo —dijo el *asu*, con todo el valor que pudo.

El recuerdo de Kalam, acompañando a las tropas asirias durante la campaña contra los cimerios, llegó a la mente del rey. No sabía si se alegraba de saber que quien le había atacado era un hombre de carne y hueso, no un espectro. Pero Kalam estaba vivo. ¿Cómo era eso posible?

—Ha estado todo este tiempo confundido como un esclavo de Imashar —aclaró Hitman.

—¿Sabías que tenía intención de matarme? —preguntó el rey.

Imashar bajó la cabeza, era consciente de que su respuesta le iba a costar la vida, pero ya era demasiado tarde. Había apoyado a Kalam y sabía lo que eso significaba, había jugado y había perdido, ahora solo quedaba aceptar el castigo con toda la entereza posible.

—Sí, lo sabía —respondió mirándole a los ojos.

—Pero… ¿Por qué? Siempre has sido fiel a mi familia y ahora me has traicionado, no lo entiendo ¿por qué lo has hecho?

Imashar respiró hondo.

—Siempre he sido fiel a la dinastía sargonida, he servido fielmente a su padre como le he servido fielmente a usted. Pero ha cometido un crimen abominable y debe pagar con su vida por ello.

Se acercó todo lo que pudo al rey.

—¡Eres indigno de portar la corona del imperio. No eres más que un vulgar asesino! —le dijo, con toda la dignidad que pudo.

—¡Basta! —le gritó Hitman golpeándole con fuerza el rostro y haciéndole caer al suelo.

—Bien, sabes cuál es el castigo por traición, mañana se ejecutará la sentencia —dijo el rey—. ¡Apartadlo de mi vista!

Ya solos, Hitman observó el rostro preocupado de Assarhaddon. Imashar había sido el médico de su padre y también lo había sido de sus hijos. El rey se encontraba triste y preocupado.

—Mi rey, entiendo vuestro dolor por la traición del médico. Algún espíritu maligno ha entrado en su cabeza provocando que se comporte de esa manera.

—En estos tiempos difíciles no puedes confiar en nadie —dijo con pesar el rey—. Quiero que captures a Kalam, tráemelo vivo o muerto —ordenó.

—No debéis preocuparos por él, a estas horas seguro que ha sido devorado por alguna bestia. Recordad que el río está plagado de cocodrilos. Assarhaddon asintió.

—Tienes razón, aún así envía una patrulla a inspeccionar la zona donde me atacó.

—Como deseéis.

—Necesito descansar, ha sido un día muy duro. Mañana partiremos hacia Qantir, pero antes ejecutaremos a Imashar delante de todo el ejército, quiero que su muerte sirva de aviso a todos aquellos que tengan la intención de traicionarme.

El viento hacía ondear las banderas y estandartes reales como si saludaran al nuevo amanecer. Todo el ejército fue convocado para presenciar la ejecución. Pocos eran los que conocían personalmente a Imashar y la mayoría consideraba como justa la muerte del *asu*. Assarhaddon miraba con dureza el frágil cuerpo de su antiguo médico. Le habían atado en una estaca, tenía la túnica rota y los ojos hinchados. Durante la noche había recibido la visita de varios soldados, que no habían dejado de golpearle. Ahora se encontraba medio muerto, esperando con resignación y casi con esperanza, el momento final. Hitman, le miraba con pena. Le conocía desde hacía varios años y nunca había dudado de su fidelidad. Fue a visitarle por la noche y vio como un soldado le golpeaba con una fusta, lleno de ira ordenó al soldado que dejara de maltratar al anciano y le ofreció una escudilla con agua. Entonces el viejo *asu* le contó los motivos que le llevaron a conspirar contra el rey. El frescor de la mañana pareció reanimar el cansado rostro de Imashar, pidió agua pero nadie se la ofreció. Assarhaddon se le acercó, y mirando a su ejército comenzó a hablar.

—¡Soldados asirios, fieles guerreros del imperio. Nos hemos reunido para presenciar la ejecución de quien ha servido con fidelidad a la familia real durante años. Oscuros motivos o magias han llevado a Imashar a conspirar contra el rey y por tanto, contra el imperio. Con gran dolor de mi corazón, me veo en la obligación de castigar con dureza tal comportamiento. La traición contra Asiria es el peor de los pecados y los dioses no entenderían que tal ofensa no fuera debidamente castigada. Por lo tanto, Imashar debe morir y su ejemplar muerte apaciguará la sed de justicia de los dioses!

Llamó al verdugo con un gesto, un recio soldado que portaba un enorme látigo rematado por largas tiras de cuero acabadas en pequeñas bolas de hierro.

—¡Soldado cumple con tu cometido! —ordenó Assarhaddon.

Un respetuoso silencio embargó a las tropas. El verdugo se dirigió hacia el condenado, que le miraba con pavor. Sin más dilación, levantó su brazo y el látigo cortó el aire chocando con fuerza sobre la frágil espalda del médico, que apenas pudo dar un leve quejido. Las pequeñas bolas de hierro chocaban una y otra vez contra su espalda produciendo profundas y

sangrantes heridas. El verdugo golpeó varias veces al anciano que se mantenía colgado en la estaca, con las piernas dobladas sobre el suelo. Tenía la carne abierta y la sangre brotaba por cada una de sus profundas heridas. Un nuevo latigazo, luego otro, y finalmente uno más, hasta que el prisionero dejó de estremecerse. El verdugo se acercó al anciano, levantó su cabeza y mirando al rey, negó con la cabeza. El *asu* había muerto.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXV

CORRIÓ entre la espesa vegetación, cruzando a nado los ríos que se encontraba sin temer tropezarse con algún cocodrilo. Solo tenía una idea en la mente, huir. Había fracaso en su intento de matar al rey y ahora tenía la obligación de salvar la vida con el único objetivo de volver a intentarlo. Varias veces miró a su espalda, pero se tranquilizó al ver que ningún soldado salía en su búsqueda. Descansó unos instantes bajo un árbol, miró a su alrededor y entonces fue consciente que se encontraba perdido en medio de la selva. A su alrededor no había más que arboles y agua, estaba en una zona pantanosa y el agua le rodeaba por todos los lados. No tenía ninguna referencia, ni sabía dónde dirigirse. De pronto, oyó un ruido entre la maleza y vio unas ondas en el agua, algo se dirigía hacia él. Apoyó su espalda contra un árbol y se protegió con la espada.

—¡No temas, soy amigo! —dijo un hombre, que se dirigía a él con los brazos levantados.

—¿Quién eres?

—Soy quien guiaba a los asirios hasta que atacaste al rey, soy amigo y te puedo ayudar a salir de esta selva.

Kalam se sentó, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo exhausto que se encontraba. Miró al hombre que se dirigía hacia él, intentó levantarse pero cayó agotado al suelo, sus párpados le pesaban como losas y sin poder evitarlo cerró los ojos.

Cuando despertó, vio que se encontraba sobre una yacija, en una pequeña choza de madera con el techo de paja. Se incorporó y se sentó. Vestía una túnica de lino y calzaba unas sandalias de cuero. No sabía dónde se encontraba. Salió de la choza y vio a un grupo de niños corriendo detrás

de unas cabras. La aldea donde se encontraba estaba formada por varias chozas, todas iguales a la suya, circulares, construidas de adobe y con el tejado cubierto de hojas de palma secas. La aldea estaba cerca del rio y, por los utensilios esparcidos en las puertas de las chozas y los peces que colgaban secándose al sol, dedujo que sus habitantes vivían principalmente de la pesca. Los hombres estaban faenando y las mujeres ponían el pescando a secar colgándolos de largas pértigas unidas por cuerdas. Los niños tenían la misión de espantar a los pájaros u otros animales que amenazaran los peces. Una anciana, que cosía unas redes, le sonrío con simpatía mostrando los pocos dientes que aún le quedaban. Hacía un hermoso día.

—¡Vaya, veo que ya has despertado! —gritó una voz.

Kalam se giró y reconoció al hombre que guiaba a los asirios durante la cacería del cocodrilo. Se dirigía hacia él acompañado por dos hombres. Uno de ellos parecía el jefe de la tribu.

—No sé cómo darte las gracias —dijo Kalam.

—Bueno ya se nos ocurrirá algo, mi nombre es Anupet y ellos son Mon-Ra y Mer-Seger el jefe de la tribu ¿cuál es tu nombre?

—Saludos, mi nombre es Kalam.

—Seas bienvenido. Nos ha dicho Anupet que intentaste matar al tirano asirio —le dijo el jefe de la tribu.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo, los enemigos de Assarhaddon son amigos nuestros. Vayamos a comer algo, seguro que estás muerto de hambre.

Los hombres se dirigieron a una gran choza, sin duda se trataba de la casa del jefe de la tribu. Se sentaron en círculo con las piernas cruzadas y al momento varias mujeres comenzaron a servir la comida. Comieron pescado con salsa de ajo, arroz con carne de vaca y judías blancas con cordero. El asirio comió con avidez y durante la comida les puso en antecedentes. Les preguntó dónde se encontraba y le dijeron que la aldea se encontraba al sur, a varios kilómetros de Per Amón y no tenía nada que temer. La aldea era pequeña y se encontraba fuera de las rutas comerciales, el ejército asirio seguro que desconocía su existencia.

—Pues yo creí que eras un esclavo huido —dijo Anupet mientras bebía una infusión de hierbas.

—Esa era la idea, debía pasar desapercibido.

—¿Cuáles son tus planes ahora? —le preguntó Mer-Seger.

—Solo tengo un objetivo y es matar al tirano —dijo Kalam, con la mirada fija en el humo que emanaba de su infusión.

—Peligrosa empresa, amigo asirio, y creo que difícilmente podrás completarla tú solo.

—Moriré en el intento, pero no cejaré en mi empeño.

Mer-Seger miró a los ojos al asirio y pudo ver en ellos su férrea determinación.

—Los asirios son enemigos nuestros, ahora han cruzado nuestras fronteras con el objetivo de saquear nuestras riquezas y convertirnos en sus esclavos. Tú has sido médico del mismísimo Assarhaddon y has acompañado al ejército hasta Per-Amón…

—No sigas por ese camino —interrumpió Kalam—, odio a Assarhaddon pero nunca traicionaré a mi pueblo.

—De acuerdo —dijo comprensivo Mer-Seger, entendiendo la postura del *asu*—, nosotros nos dirigiremos hacia al sur, tenemos la obligación de alertar a todos los pueblos de la llegada del invasor. Pronto habrá una gran batalla, quizá sea la definitiva y creo que será el momento más apropiado para vengar la muerte de tus seres queridos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero proponerte que nos acompañes hasta Men-Nefer, un gran médico como tú será gratamente recibido por nuestro faraón. Cuando llegue el momento y ambos ejércitos se enfrenten, tú tendrás la ocasión de mezclarte con los soldados y quizá tengas opción de acercarte lo suficiente a Assarhaddon para cumplir con tu venganza. Sinceramente, tú solo no lo conseguirás.

Kalam meditó las palabras de Mer-Seger. Él solo no tendría ninguna opción de acercarse lo suficiente al rey como para poder atentar contra su vida. En cambio, durante la batalla, podría disfrazarse de soldado asirio y acercarse lo suficiente como para dispararle una flecha o incluso, en la confusión de la batalla, matarle con su propia espada.

—Creo que tienes razón, os acompañaré hasta Men-Nefer.

Marcharon en camellos hacia el sur, alertando a todos los pueblos de la llegada de los asirios. Los aldeanos, recogían lo poco que poseían y con sus rebaños, viajaron hacía la capital egipcia huyendo de las tropas enemigas. Apenas descansaron y en pocos días llegaron a Men-Nefer. Un enorme muro blanco protegía la ciudad. Mer-Seger se dirigió a los soldados que estaban de guardia y cruzaron la entrada sin problemas. Kalam quedó maravillado ante el Templo de Path y sobre todo, ante la esfinge que flanqueaba la entrada sur. Se trataba de una hermosa escultura de ocho metros de longitud y más de cuatro metros de altura, construida en alabastro, con la forma de un león y la cabeza de un faraón. Mer-Seger le informó que el monumento representaba al faraón Amenhotep. Otra escultura llamó la atención del asirio, se trataba de la figura del faraón Ramsés II, una colosal estatua de piedra silícea de trece metros de altura. Maravillado con cada casa, escultura y templo que encontraba a su paso, llegó al palacio del faraón Taharqa. Mer-Seger se dirigió al oficial de la guardia real y solicitó audiencia con el visir Harsiese. Después de varios minutos de espera, fueron llamados por un asistente del visir y entraron en el palacio. Kalam, que aún estaba impresionado por la belleza de Men-Nefer, se quedó sin palabras cuando vio las obras de arte, pinturas y esculturas, que adornaban el palacio. Absorto ante tanta majestuosidad, llegó a la sala de audiencias donde ya les esperaba el hombre más poderoso de Egipto, después del faraón.

—Saludos, gran visir —dijo Mer-Seger.

—Saludos —dijo fríamente el visir.

—Él es Kalam, el asirio que intentó matar al tirano Assarhaddon. Harsiese estudió con atención a Kalam. Le habían hablado de él, pero a simple vista, no parecía más que un vulgar esclavo. Tenía el pelo largo y la barba descuidada, estaba extremadamente delgado y una cicatriz en la frente. Su cojera tampoco le pasó desapercibida. Sí, sin duda, parecía un esclavo y de los baratos. Pero le habían informado que se trataba de alguien que había sido médico personal de Assarhaddon y que incluso, había

atentado contra su vida. Sentía curiosidad por conocer a un personaje tan singular.

—He oído hablar de ti. ¿Es cierto que fuiste médico personal del rey Assarhaddon?

—Así es, mi señor, pero eso fue hace muchos años.

—También me han dicho que intentaste matarle. ¿Acaso no es traición atentar contra tu señor? —preguntó el visir con insidia.

—Es una larga historia —respondió Kalam, mirándole a los ojos.

Harsiese sonrió, un esclavo no tendría el valor suficiente para aguantar la mirada del poderoso visir. Además, sus ojos transmitían una dignidad y orgullo impropio de un simple esclavo. Ciertamente, se encontraba delante de un hombre excepcional. Comenzó a sentir simpatía por el asirio.

—Tenemos tiempo, siéntate —ordenó.

El visir llamó a su asistente y ordenó que trajeran comida y bebida, poco después, entraron en la sala varios sirvientes trayendo consigo bandejas con pescado a la parrilla, carne de erizo y brochetas de cordero. Durante la comida, que fue regada con cerveza y vino, Kalam puso en antecedentes de su historia al visir, que le escuchaba con atención. Harsiese era un hombre de mediana edad, tenía la piel del color del ébano y el pelo encrespado, delatando sus orígenes nubios. Vestía una falda de lino blanco decorada con figuras geométricas y tenía el pecho al descubierto. Un collar y varios brazaletes de oro, revelaban el estatus social al que pertenecía. Tenía los ojos negros y pintados con kohl, su nariz era pequeña y gruesa, una peluca negra cubría su cabeza y decoraba sus orejas con dos grandes aros de oro. Tenía la mirada velada y la frente arrugada por la preocupación.

—Bien, entiendo las razones que tenías para atentar contra el rey —dijo el visir, cuando Kalam terminó de contar su historia—. Si es tu deseo, permanecerás en Egipto todo el tiempo que estimes oportuno, los grandes médicos como tú siempre serán bien recibidos. Mañana te presentaré a Passer, máximo responsable de La Casa de la Vida, estoy seguro que ambos tendréis mucho de qué hablar.

Kalam miró confundido a Mer-Seger.

—La Casa de la Vida es la escuela de medicina, allí todos los aprendices de médico son formados en el arte de curar. Passer es su gran

maestro —le dijo Mer-Seger.

—Será un gran honor conocer a tan distinguido médico.

—Estoy seguro de ello, ahora lo que me preocupa es el avance del ejército asirio, es más poderoso de lo que pensaba ¿tenéis algún lugar donde alojaros? —preguntó Harsiese.

—Tengo familia en Men-Nefer, mi señor, no os preocupéis por nosotros.

—Bien, ahora debo dejaros, temas urgentes reclaman mi atención. Podéis retiraros.

Los hombres se despidieron del visir y salieron de palacio. Kalam estaba impaciente por conocer a Passer. La medicina egipcia era la más avanzada del mundo, y el asirio esperaba que el egipcio pudiera enseñarle alguna técnica o método de curación novedoso. Durante un momento, se olvidó de Assarhaddon y de sus deseos de venganza.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXVI

ASSARHADDON estaba satisfecho, se encontraba a pocos kilómetros de Lunu y la campaña estaba siendo todo un éxito. La noticia de la conquista de Per-Amón había llegado a las cuatro esquinas de Egipto y las ciudades que había encontrado a su paso habían sido abandonadas con tanta premura, que a sus habitantes no les había dado tiempo a anegar los campos, cegar los pozos o matar a los animales. Simplemente, habían escapado con las pocas pertenencias que podían cargar en un burro o en el mejor de los casos, un pequeño carro. El ejército egipcio había pasado prácticamente inadvertido, salvo por alguna emboscada a la retaguardia asiria. Las bajas habían sido mínimas y las ciudades de Qantir, Per-Bastet y Athribis habían caído sin mayores dificultades.

El rey asirio observaba la ciudad de Lunu, la última gran ciudad antes de llegar a Men-Nefer. Situada en la rivera del Nilo, estaba bien protegida por una gran muralla de adobe y por el propio rio. A diferencia de otras ciudades egipcias que habían conquistado, Lunu no había sido abandonada y estaba bien protegida por el ejército egipcio. Era su último bastión defensivo y su caída dejaba expedito el camino del ejército invasor hacia la capital de Egipto. El movimiento en la ciudad era frenético, cientos de obreros y soldados, construían empalizadas y fosos alrededor de la muralla, mientras que los arqueros no perdían de vista a los asirios y vigilaban sus movimientos previendo cualquier ataque sorpresa. Junto a Assarhaddon se encontraban sus generales Kishdar y Hitman.

—Estos egipcios son hábiles constructores, la empalizada que están construyendo dificultará el paso de nuestra caballería —dijo Kishdar.

—Mañana antes del alba, envía varios miles de jinetes para que la destruyan y ataquen a los obreros —dijo el rey ante el asentimiento de su general.

—La ciudad está muy bien fortificada y el rio Nilo protege su muralla occidental, pero somos muy superiores en número y no debemos tener problemas para conquistarla —dijo Hitman.

—Y una vez arrasada la ciudad, nos dirigiremos a Giza y después a Men-Nefer. ¡Ya estoy impaciente! —exclamó el rey.

—La victoria será total y nuestro imperio aún más poderoso. Durante generaciones se hablará de esta gran conquista —dijo Hitman.

Los tres hombres sonrieron mientras observaban la ciudad, que ya se la imaginaban destruida y envuelta en llamas.

—Mi rey —dijo una voz a sus espaldas.

Estaban tan absortos en sus pensamientos, que ninguno de ellos se había percatado de la llegada de un mensajero. Assarhaddon hizo un ademán autorizando al mensajero a hablar.

—Ha llegado al campamento una delegación de Sais. Necao, el gobernador de la ciudad, solicita una audiencia con su majestad.

—¿Necao? —preguntó el rey.

—Es el gobernador de la ciudad más importante del oeste de Egipto, creo que sería interesante saber qué es lo que quiere proponernos —dijo Hitman.

—Pues entonces habrá que escucharle. Soldado decidles que les recibiré esta misma noche en mi tienda —ordenó el rey.

La noche, como era habitual en Egipto, era muy fresca y un cielo sin mácula permitía ver un sinfín de estrellas decorando, con su tenue luz, la inmensidad del firmamento. Assarhaddon se encontraba en la tienda real acompañado por Hitman, Kishdar, Ubalimet y su guardia personal. Estaban sentados sobre grandes cojines, salvo el rey, que estaba sentado en un trono de madera decorado con oro y piedras preciosas. Le protegían la espalda cuatro oficiales de la guardia real. Un oficial anunció la llegada de la

delegación egipcia y al momento entró Necao, acompañado por dos personas más.

—Saludos, gran rey y notables señores del gran reino de Asiria —dijo Necao.

—Saludos, gobernador de Sais, toma asiento.

La delegación egipcia se sentó enfrente de los asirios. Assarhaddon dio dos palmadas y al momento entraron algunos sirvientes con bandejas de comida y varias tinajas de vino y cerveza.

—Permitidme que os presente a mis acompañantes, él es Sabek, sumo sacerdote del templo de nuestra diosa Neith —dijo el gobernador, señalando al hombre que se encontraba a su derecha— y él es Kenamon, gobernador militar de Sais y máximo responsable del ejército.

Saludaron con un gesto con la cabeza.

—Ellos son mis generales Hitman, Kishdar y el sacerdote Ubalimet, y ahora hechas las presentaciones, estamos impacientes por conocer cuál es el motivo de tu visita —dijo el rey.

Necao observó a los presentes. Era consciente que se encontraba ante los hombres más poderosos del mundo. Guardó silencio durante un instante y finalmente habló.

—Hace muchos años que el trono de Egipto está siendo usurpado por reyes extranjeros llegados del sur. Invadieron nuestras tierras a sangre y fuego, destruyeron ciudades y deportaron a sus habitantes. Quemaron templos y trajeron consigo dioses que nos eran extraños. Los egipcios estamos cansados y hartos de la dominación nubia y queremos librarnos de ese yugo. Os propongo una alianza para eliminar a la sucia estirpe nubia del trono egipcio y echarles fuera de nuestras fronteras.

Assarhaddon le observó con atención, Necao era joven, de mirada inteligente y piel bronceada, más por los aceites con los que se suelen embadurnar los egipcios, que por la acción de los rayos del sol, tenía los ojos pintados con kohl y olía a perfume. Vestía una falda larga de lino y se protegía del frío nocturno con una piel de leopardo que colgaba sobre sus hombros. Se adornaba con un grueso collar de oro y con varias pulseras del mismo metal. Sin duda se trataba de un personaje distinguido y de noble cuna.

—¿Qué me ofreces? —preguntó Assarhaddon.

—Tengo diez mil soldados puestos a tu disposición pero, teniendo en cuenta el poderoso ejército que mandas, no creo que los necesites. En cambio, puedo ofrecerle guías que conocen perfectamente el terrero hasta Men-Nefer y los caminos y vados seguros para cruzar el Nilo.

—¿Y qué me pides a cambio?

—Mi familia es de estirpe noble y pura, mis ancestros nunca se han mezclado con los sucios nubios. Tengo un gran ascendente sobre los gobernadores de las ciudades del norte y oeste de Egipto y cuento con su apoyo. Ellos son mis aliados y por ende, y si vuestra majestad lo desea, aliados del imperio asirio. Mi deseo es uno, y creo que puede ser muy útil para los intereses de su majestad.

El egipcio se detuvo para comprobar si contaba con la atención del rey y de sus generales. Assarhaddon le miraba con interés, casi con fascinación y sus generales no perdían detalle de sus palabras. Satisfecho por el efecto que había causado en los asirios, continuó su discurso.

—Lo que le quiero pedir le será muy útil tanto para proteger las fronteras del sur de su imperio, como las fronteras de sus países aliados como Gaza o los reinos fenicios —dijo Necao gesticulando y moviendo sus brazos para dar más énfasis a sus palabras—. Si su majestad vence al usurpador Taharqa, le pido que me nombre faraón de Egipto, seré su más fiel aliado y pagaré los tributos que estime oportuno. Egipto volverá a tener un faraón egipcio, los gobernadores del norte apoyarán mi nombramiento y el pueblo también lo hará, está deseoso de tener un faraón de origen puro y egipcio. Esta es mi petición, como podrá ver, es beneficiosa tanto para Egipto como para Asiria.

Assarhaddon se levantó de la silla y paseo por la tienda con aire pensativo. Miró a sus generales y vio en sus ojos que aceptaban el acuerdo. ¿Qué mejor que tener a un aliado en el trono de Egipto? Expulsaría a la estirpe nubia de tierras egipcias y pondría a un noble de sangre pura en el trono. Más que un invasor, sería considerado un héroe, que liberaría al pueblo del yugo extranjero. Assarhaddon sonrió.

—Está bien, acepto, pero como prueba de fidelidad, pondrás a disposición de mis generales tus diez mil soldados —dijo Assarhaddon.

—A condición de que sea yo quien los dirija en la batalla.

—Es lo justo, cuando conquistemos Men-Nefer y expulsemos a los nubios, serás proclamado faraón de Egipto en Sais, allí estarás al abrazo de los tuyos.

Necao asintió agradecido, tomó un vaso de vino y brindó por la victoria asiria. Ordenó a sus hombres de confianza que se dirigieran a Sais y movilizaran las tropas. A partir de ese momento, el gobernador egipcio sería considerado un general más de las tropas asirias.

El ejército asirio se encontraba frente a las murallas de Lunu. A pesar de haber enviado jinetes y zapadores para que destruyeran los fosos y las empalizadas de los defensores, los egipcios se habían defendido con furia y conseguido proteger sus defensas y repeler cualquier avance asirio. Pero ahora no se enfrentaban a una avanzadilla de zapadores o jinetes, ahora se encontraban frente al grueso del ejército asirio y con el mismísimo Assarhaddon al frente. En las murallas estaban los arqueros egipcios, con sus arcos de doble curvatura y sus carcajes cargados con flechas. Varias humaredas señalaban el lugar donde se habían situado las calderas que los defensores habían preparado con brasas, brea, aceite o agua hirviendo para arrojárselas a los atacantes. El rey ordenó el avance de la infantería que marchaba protegida por escuderos y arqueros, su misión era limpiar el paso hasta la ciudad, destruyendo las empalizadas y cubriendo con tierra y piedras los fosos. Los defensores respondieron y una nube de flechas cayó sobre los atacantes que sufrieron numerosas bajas. Pero Assarhaddon no se amilanó y ordenó el avance de más infantes y arqueros. Los egipcios volvieron a la carga pero esta vez fueron ellos quienes recibieron los dardos enemigos. Viendo la debilidad de los defensores, diez mil arqueros más fueron llamados y durante varios minutos, dispararon sus armas impidiendo a los defensores, ni siquiera asomar la cabeza por las troneras. Los zapadores hicieron su trabajo cegando los fosos y destruyendo las empalizadas, luego allanaron el rocoso camino, para que los esclavos empujaran una enorme torre de asedio hacia las murallas de la ciudad. Los arqueros defensores, protegidos como podían tras los escudos o las

almenas, lanzaban sus flechas contra los porteadores y varios de ellos cayeron muertos o heridos, pero por cada uno que caía, otro ocupaba su lugar. Centenares de soldados asirios protegidos con grandes escudos, ocultaban a los esclavos de las saetas enemigas, pero no eran pocos los que caían heridos por las flechas egipcias. Aún así, la torre avanzaba lenta pero inexorablemente hacia las murallas de la ciudad. Assarhaddon ordenó una gran ofensiva y miles de soldados y jinetes se abalanzaron contra las murallas.

—¡Soldados de infantería, tomad escalas y avanzad hacia las murallas! —gritó Hitman.

—¡Arqueros y escuderos, proteged la infantería! —gritó Kishdar, mientras avanzaba con los arqueros a caballo.

La torre de asalto llegó hasta su objetivo y los soldados, protegidos en la tronera, comenzaron a golpear los muros de la ciudad con el ariete. Los defensores comenzaron a arrojar rocas, brea y aceite hirviendo sobre los atacantes y una enorme nube negra lo envolvió todo. Pero los asirios eran muy numerosos y varios soldados ocuparon el lugar de los caídos, mientras que otros, intentaban apagar el fuego con palas. Pronto la infantería alcanzó los muros y subieron por las escalas. Los egipcios se vieron superados y los asirios consiguieron alcanzar la muralla. Desde el exterior, los arqueros no dejaban de disparar sus arcos y los egipcios se vieron obligados a abandonar la muralla y refugiarse en la ciudad.

—¡Avanzad soldados, los egipcios se retiran, reforzad la torre de asalto! —gritó Hitman, que se dirigía hacia la puerta de la ciudad acompañado por la caballería.

La torre de asalto estaba muy dañada por el fuego y las rocas, y apenas había soldados que empujaran el ariete. A una llamada de su general, varios arqueros se dirigieron hacia la torre y ayudaron a los pocos soldados que permanecían en la tronera, y que aún tenían fuerzas para balancear el ariete.

—¡Subid por las escalas, vamos asirios ya son nuestros! —gritó Kishdar, mientras bajaba de su caballo y subía, espada en ristre, por una de las escalas.

A su alrededor, cientos de soldados subían por las decenas de escaleras casi sin resistencia. De pronto, se produjo un ruido ensordecedor, el ariete

había hecho su trabajo y parte de la muralla había cedido. Unidos por un solo grito, miles de soldados penetraron en la brecha y entraron en la ciudad. Los egipcios, ya fueran civiles o militares, huían despavoridos ante la aterradora imagen de una turba enfervorecida. Las puertas de la ciudad se abrieron y la caballería, con Assarhaddon a la cabeza y acompañado por Necao, entró en Lunu.

La ciudad todavía ardía cuando llegó la noche ocultándolo todo con su oscuro manto. Assarhaddon ordenó que la ciudad fuera destruida y todos sus habitantes fueran pasados a cuchillo. En la puerta de Lunu fue encendida una pira con cientos de egipcios muertos, la gran hoguera, con un siniestro tono rojizo, iluminaba las murallas de la ciudad. Necao fue obligado a participar en la barbarie y mató a varios egipcios desarmados, algunos de ellos mujeres y niños, ante la atenta mirada de Assarhaddon, que quería comprobar hasta qué punto, contaba con la fidelidad del gobernador de Sais. Y, Necao, cuando se aseguró de no ser visto, vomitó detrás de una casa intentando sacar de su interior todo el horror y la vergüenza que sentía de sí mismo. Odiaba al faraón y odiaba a los nubios, pero a los que había matado eran egipcios, hombres, mujeres y niños egipcios. Lloró como un niño y se preguntó si al besar la mano al rey de Asiria había hecho lo correcto, se preguntó si no había traicionado a su pueblo, se preguntó si sería capaz de hacer cualquier cosa por conseguir el trono de Egipto. Seguía llorando cuando sintió una mano tocándole el hombro.

—Mi señor, entiendo el dolor que sentís y conozco los pensamientos que os martirizan. Yo mismo me he visto obligado a matar a varios de los nuestros, pero si queremos conseguir un bien superior, debemos hacer cosas que no nos agradan. Los muertos de Lunu no serán los únicos antes de que sea nombrado faraón. Así debemos asumirlo si queremos conseguir nuestra meta. Aún está a tiempo para echarse atrás y regresar a Sais, pero creo que debemos mirar hacia adelante, mirar a estos muertos como mártires, como un mal necesario para conseguir un objetivo supremo. Debemos ser fuertes y servir fielmente a los asirios mientras nos sean de utilidad —le dijo Kenamon mirándole a los ojos.

—¿Tú también has participado en esta masacre?

—Sí, mi señor, el general Hitman me ha pedido que luche a su lado, sin duda para comprobar mi fidelidad. No ha sido agradable, pero tampoco siento vergüenza de ello, soy un general y obedezco órdenes.

—¡Pero… Pero era nuestro pueblo! —exclamó Necao mirando a su alrededor.

—Nuestro pueblo es Sais, donde sois el gobernador, el resto de Egipto será vuestro pueblo cuando seáis proclamado faraón —dijo Kenamon con severidad—. Será mejor que lo entendáis de esta manera, o no estaréis preparados a continuar la campaña contra Taharqa.

Necao miró al suelo, se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas y asintió.

—Tienes razón, será mejor verlo así —aceptó.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXVII

LA CASA de la Vida era un edificio anexo al templo del dios Dyehuty. Estaba construido por enormes sillares de piedra y tenía forma rectangular, la entrada era cuadrada y carecía de puerta. Kalam entró en el edificio junto con Harsiese y Mer-Seger, cruzaron el vestíbulo, atravesaron un pasillo con puertas a los lados y llegaron a una gran estancia. Allí se encontraba Passer, impartiendo clase a diez estudiantes. Los alumnos, sentados sobre sus rodillas, se encontraban alrededor del maestro, anotando sobre tablillas de arcilla cada una de sus explicaciones. Passer estaba sentado sobre una alta silla de madera sin respaldo. Era un hombre de mediana edad, vestía una túnica de lino blanco hasta las rodillas y cubría sus hombros con un manto de lana de color azul. Tenía una barba larga y cana, los ojos, como su piel, eran claros. Sus rasgos no eran egipcios. La voz grave pero clara, transmitía una gran autoridad, hablaba de forma pausada y sus alumnos le observaban más que con atención, con devoción.

—Tal como nos indicó el dios Imhotep, el uso de opiáceos permite dormir a nuestro paciente antes de practicarle cualquier tipo de intervención. Pero antes, debemos ser expertos a la hora de administrar tales medicamentos, pues un uso excesivo les puede paralizar el corazón y quedarnos cortos puede significar que el enfermo se despierte en medio de la operación. Para calcular la cantidad necesaria debemos tener en cuenta la calidad del opio, el peso y sexo de nuestro paciente y, evidentemente, la duración de la intervención —decía el maestro, mientras que los alumnos tomaban nota de cada una de sus palabras.

El maestro levantó la mirada y vio que tenía visita.

—Esto es todo por hoy, podéis marcharos —despidió a los alumnos, que sin hacer el menor ruido, saludaron a su maestro y salieron de la sala.

—Saludos, gran maestro —dijo Harsiese dándole un abrazo.

—Siempre es un placer saludarte, gran visir. ¿Quiénes son tus acompañantes?

—Él es Mer-Seger, caudillo de un pueblo del norte —dijo señalando al egipcio— y él es Kalam, antiguo médico de la casa real de Assarhaddon y ahora prófugo de su propio pueblo.

El gran maestro le miró con atención.

—No hay nada más terrible que no ser querido por los tuyos —dijo Passer con lástima.

Kalam vio tristeza en sus ojos, intuyó que con esas palabras, no se refería únicamente a su situación.

—Espero que algún día pueda volver a mi país, pero mientras viva Assarhaddon será imposible —dijo Kalam.

—Salgamos fuera para que nos dé un poco el aire y olvidemos los malos pensamientos; lo único que consiguen es entristecernos el corazón.

El día era muy soleado y caluroso, pero los egipcios, acostumbrados al sofocante sol, paseaban por las calles o se dirigían al mercado en busca de alguna noticia sobre el avance asirio. Una patrulla cruzó la calle a toda velocidad, parecía que llevaban noticias importantes al faraón.

—Debo marcharme, pronto seré reclamado en palacio. Mis respetos, señores —dijo Harsiese despidiéndose y andando a toda prisa.

—Yo también marcho, me acercaré al mercado por si hay alguna novedad sobre el ejército asirio —dijo Mer-Seger—. Saludos, señores.

Los dos hombres se despidieron de Mer-Seger y tomaron asiento en un banco de piedra resguardados en la sombra. Passer estaba impaciente por conocer más datos sobre el antiguo *asu* de Assarhaddon y estuvieron hablando durante bastante tiempo. El gran maestro le observaba con atención y no perdía detalle de cada una de sus palabras. Cuando Kalam terminó de contar su historia, Passer se levantó.

—Se acerca la hora de comer, vamos Kalam te invito a almorzar —le dijo, levantándose del banco.

—Te lo agradezco, gran maestro, la verdad es que estoy hambriento.

Se dirigieron al mercado donde había varios puestos de comida.

—Y ahora que te encuentras en tierras tan lejanas, ¿cuáles son tus intenciones?

—Quiero vengarme de Assarhaddon y acabar con su vida.

—Según parece, las tropas asirias están muy cerca de Men-Nefer, así que creo que tendrás oportunidad de hacerlo, pero como sabrás, pues es evidente, matar a Assarhaddon no será tarea fácil.

—Lo sé, pero es lo único que da sentido a mi vida.

El gran maestro se detuvo.

—Eres médico, tu misión es salvar vidas no acabar con ellas. Intenta hacer memoria de las vidas que gracias a ti, se han salvado. Intenta hacer memoria de los dolores que has aliviado, de los enfermos que has curado. Si te matan, y permíteme que te diga que, si sigues en tu empeño, habrá muchas posibilidades de que lo consigas, ¿sabes a cuánta gente le privarás de tus conocimientos?

Passer le tocó el hombro.

—No debes pensar de forma egoísta. Assarhaddon te ha hecho mucho daño, es cierto, pero su muerte no te devolverá a tu familia. En cambio, tú eres joven, tienes toda la vida por delante. Como médico, debes sacrificarte y pensar únicamente en tus pacientes. Como médico, debes olvidar tu venganza y centrarte en curar los males de los hombres.

—Tus palabras me recuerdan las que me dijo un buen amigo —Kalam recordó a Imashar y se preguntó qué sería de él en esos momentos.

—Un hombre que te apreciaba. Deberías hacernos caso y olvidar tus venganzas.

Caminaron en silencio hasta que llegaron a un puesto ambulante de comida. Passer pidió carne de cordero con verduras y Kalam pescado a la brasa y cerveza. Se sentaron en un banco y comenzaron a comer en silencio. El asirio meditaba las palabras de Passer y este, que sabía en qué estaba pensando, no quiso presionarle.

—Me gustaría que me aceptaras en tu escuela —dijo Kalam con el corazón en un puño, temiendo ser rechazado.

—Has sido médico de Assarhaddon, creo que poco te puedo enseñar.

—En nuestra profesión siempre hay cosas que aprender, nuevas enfermedades, tratamientos, hierbas, remedios…

Passer se levantó.

—No te aceptaré en mi escuela —dijo, ante la mirada de decepción de Kalam—, tu nivel es superior al de mis alumnos y no aprenderías al ritmo que tú precisas. En cambio, te aceptaré como mi ayudante.

Kalam sonrió de oreja a oreja, se levantó y sin poder reprimirse, le dio un fuerte abrazo al gran maestro.

—Pero antes tendrás que prometerme algo. No quiero volcar mis conocimientos en alguien que está dispuesto a dejarse matar, sería injusto para mis pacientes y alumnos. Deberás prometerme que abandonarás tu idea de matar a Assarhaddon.

El *asu* miró al suelo. Sus conocimientos y experiencia junto con la formación y el pupilaje del gran maestro de La Casa de la Vida, le convertirían en el mejor médico del mundo. Pero el precio que tendría que pagar era muy alto. Cada noche soñaba con su mujer y su hijo, cada mañana se despertaba clamando venganza, quería ver muerto al tirano, deseaba con todas sus fuerzas matar a Assarhaddon. Se levantó del banco y comenzó a pasear ante la atenta mirada de Passer. Su mente bullía y el recuerdo de su familia se confundía con los deseos de ver muerto al rey asirio. Pero el maestro le estaba ofreciendo en bandeja la oportunidad de una nueva vida y quizá, fuera la última. La decisión no era fácil. Miró al gran maestro, que le observaba con esperanza.

—Supeditaré mis ansias de venganza a mis deseos de conocimiento. Es un gran honor ser el ayudante del gran maestre y sería un necio si rechazara tal oferta.

—Has tomado la decisión más inteligente, hoy mismo te mudarás a una de las estancias del edificio —le dijo un sonriente Passer, cogiéndole de los brazos.

Durante las siguientes semanas, Kalam fue su asistente y le ayudó a la hora de impartir clases o explicar los métodos que utilizan los asirios para realizar determinadas curas. Passer le miraba con satisfacción, mientras el

asirio explicaba la forma en la que él curaba ciertas dolencias. Más aún, cuando comentó que muchos de sus conocimientos y técnicas las había aprendido de *shamanes* escitas y masagetas, o que incluso, había conocido a los sabios yuezhi. En su última clase, Kalam explicó como un *shaman* escita le curó sus heridas con estiércol, ganándose la admiración de los alumnos y del gran maestro. Recogían los materiales cuando Passer se acercó a él.

—Tus conocimientos enriquecerán a nuestros jóvenes médicos, me alegro de que aceptaras mi ofrecimiento.

—A pesar de mis viajes y de todo lo que he aprendido, me he dado cuenta de los pocos conocimientos que poseo —dijo resignado Kalam.

—La medicina es una ciencia viva y cuantos más conocimientos tengas, más consciente serás de lo que desconoces. Conocer tu ignorancia es el primer paso hacia la sabiduría.

—Yo no quiero ser sabio, simplemente quiero curar las enfermedades y paliar el dolor de los que sufren.

—Pero para ello tienes que estudiar y practicar, y volver a estudiar y volver a practicar, se trata de un trabajo infinito. Pero nunca olvides que somos unos privilegiados al haber sido dotados con el don de la cura.

Se oyeron caballos que galopaban a toda prisa hacia el palacio.

—Assarhaddon se acerca, pronto llegará a la ciudad —dijo Passer.

—¿Crees que venceremos? —el mismo Kalam se sorprendió con la pregunta.

Passer le sonrió.

—¿Ya te consideras egipcio?

—Soy de allí de donde vivo —le respondió Kalam mirándole a los ojos —, y de donde me aceptan. El gran visir y tú me habéis aceptado como egipcio, mientras que en mi tierra han puesto precio a mi cabeza. Sí, deseo la victoria egipcia para poder continuar en Men-Nefer y aprender contigo los secretos de la antigua medicina.

Los ojos del gran maestro se emocionaron. Viejos recuerdos llegaron a su mente, que voló hacia lejanos tiempos y remotas tierras.

—Te entiendo perfectamente. Yo también soy extranjero en esta tierra, pero al igual que a ti, me han aceptado como uno más y les debo gratitud

eterna.

—Por tu apariencia, es evidente que no eres egipcio. ¿De dónde procedes?

Passer cogió un papiro y lo guardó en un arcón, luego se sentó en una silla. Miró hacia el horizonte y sus ojos se perdieron buscando imágenes casi olvidadas.

—Tendría tu edad cuando me vi obligado a partir de mi tierra, Esparta. Mi padre era un hombre rico e influyente, gracias a ello pude dedicarme al estudio de la medicina. Vivíamos en una hermosa villa y yo asistía a los enfermos independientemente de su estrato social. Éramos felices, e incluso estaba prometido con una bella mujer —sus ojos se nublaron—, pero un día llegaron soldados y se llevaron a mi padre, le habían acusado de traición. Sin juicio previo, fue condenado a muerte y asesinado en el foro. Poco después, vinieron a por nosotros y decenas de soldados atacaron nuestra villa. Fui el único de la familia que logró escapar, todos los demás murieron, incluyendo mi madre, mis tres hermanas y la mujer que se iba a convertir en mi esposa.

Los recuerdos se agolparon en la mente del gran maestro, que tenía un nudo en la garganta. Kalam le observaba con atención.

—Logré embarcarme en una nave comercial que se dirigía a Egipto, país que era considerado el centro de la medicina mundial en aquella época. Siempre quise estudiar en Men-Nefer, la cuna de dios Imhotep, gran sabio y padre de la medicina egipcia, pero nunca pensé que lo haría huyendo de mi patria por culpa de oligarcas avariciosos que deseaban apropiarse de las riquezas de mi padre.

Durante unos instantes, un profundo silencio les embargó.

—Por eso te entiendo amigo Kalam, tanto tú como yo nos hemos visto obligados a abandonar nuestro país —dijo Passer dirigiéndose hacia un arcón—. Las tropas asirias están próximas y no sabemos cuál va a ser el resultado de la batalla. Por este motivo, creo que no debo esperar para entregarte parte de los conocimientos que nuestro gran dios Imhotep nos transmitió.

Abrió el arcón y de él sacó un pergamino enrollado.

—Este pergamino contiene cuarenta y ocho casos médicos, con su examen, diagnóstico y tratamiento. Sus inscripciones proceden directamente de Imhotep y son la base de toda nuestra sabiduría. Todos los días, después de la clase, te explicaré uno de los casos y cuando sea posible, diseccionaremos un cadáver.

—¿Un cadáver? —preguntó confuso Kalam.

—No temas por tus dioses, aquí en Egipto las cosas son muy distintas. Los fallecidos son momificados para facilitar su aceptación en el reino de los muertos, favorecer su unión con Osiris y retrasar su putrefacción. Naturalmente, para ser momificados es necesario embalsamarlos y es durante su embalsamamiento, cuando podemos estudiar sus cuerpos. Mañana van a embalsamar a un rico comerciante que ha fallecido hace poco. Tú estarás presente, será una ocasión única para veas partes del cuerpo humano que seguro, jamás has visto.

A primera hora de mañana, justo antes del amanecer, Passer y Kalam se dirigieron a la casa donde se embalsamaba a los muertos. El asirio estaba impaciente, nunca había diseccionado a un hombre y tenía una enorme curiosidad por saber cómo funcionaban algunos órganos. En Asiria estaba prohibida la disección, y todo muerto era incinerado o enterrado para evitar enfermedades. En Egipto tampoco estaba permitida la disección, pero el embalsamamiento permitía conocer el interior del hombre y estudiar sus órganos antes de guardarlos en los vasos canopes.

Anduvieron largo tiempo hacia el sur, siguiendo el cauce del rio. La casa estaba apartada y se encontraba a varios kilómetros de la ciudad. Passer le había comentado que los embalsamadores, a pesar de su importancia en la sociedad egipcia, estaban mal vistos y vivían en lugares apartados. Estaban apestados con el olor a muerte y su contacto era rechazado por los demás. Después de andar durante más de una hora, llegaron una casa solitaria situada al lado del rio. Passer llamó a la puerta y le abrió un hombre de avanzada edad. Tenía la cabeza rasurada, andaba un poco encorvado y tenía los ojos pintados con kohl. Su vestimenta estaba compuesta únicamente por una falda de lino blanco que le llegaba hasta las rodillas, e iba descalzo.

—Saludos, Passer, espero que el muerto sea de tu agrado —dijo el embalsamador.

—Saludos, amigo Nemet, seguro que sí. Hoy traigo a un alumno para que vea cómo preparas a los muertos antes de su largo viaje al más allá.

El embalsamador miró con desconfianza a Kalam y levantó su larga nariz como si le estuviera olfateando, el asirio se sintió incómodo. Nemet, sin decir palabra, entró en la casa acompañado por Passer y Kalam. El olor a incienso lo embargaba todo, cruzaron el vestíbulo y llegaron a la sala donde se encontraba el difunto.

—Los egipcios creen necesaria la conservación del cuerpo para la vida en el otro mundo. La momificación permite la salvación física y el Libro de los Muertos, la espiritual —le explicó Passer.

—¿El Libro de los Muertos?

—Ya te lo explicaré, ahora centrémonos con el embalsamamiento.

En el centro de la sala había una mesa de piedra decorada con la cabeza de un león y cuyas patas simulaban ser las garras del felino. Sobre ella se encontraba el muerto.

—Lo primero es lavar el cuerpo del difunto —dijo Passer.

Entraron en la sala dos hombres con telas y cubos de agua, debido al parecido con Nemet, Kalam habría jurado que se trataban de familiares suyos, tal y como más tarde, Passer le confirmó. Los hombres desnudaron al difunto y comenzaron a lavarle. Después, Nemet introdujo un hierro encorvado por su nariz y comenzó a sacarle una sustancia blanquecina. Cuando consideró que ya había extraído la mayor parte del cerebro, cogió un cuchillo de obsidiana y realizó una incisión en el vientre. Extrajo las vísceras dejando únicamente el corazón, en el interior del difunto, pues este órgano no debía separarse del cuerpo al tratarse del lugar donde residían los sentimientos y la conciencia. Nemet lavó las vísceras con vino de palma y las guardó en los vasos canopes.

—Esas vasijas se llaman así en honor al dios Canope, era el almirante de la flota mitológica que llevó a Isis y a Osiris a la India. Estos dioses, como muestra de gratitud, le deificaron y desde entonces es el protector de los órganos de los muertos —le explicó Passer.

—¿Y para qué sirven los vasos canopes? —preguntó Kalam, señalando cuatro recipientes de alabastro blanco cuyas tapas representaban distintos dioses egipcios.

—Los cuatro vasos tienen los nombres de los hijos del dios Horus: Amset, Hapi, Tiumatef y Kehbenhef. El canope de Amset es el que tiene la tapa con una cabeza humana, en él se guardan el estómago y el intestino grueso, el canope de Hapi representa a un cinocéfalo y en él se guarda el intestino delgado, el canope de Timatef está representado por un chacal y en él se guardan los pulmones y el canope de Kehbenhef está representado por un gavilán y es el recipiente de la vesícula biliar y el hígado.

Nemet comenzó a sacar las vísceras del difunto y se las fue entregando a Passer, que a su vez, se las enseñaba a Kalam mientras le explicaba su funcionalidad. Después de vaciar el interior del cadáver, lo llenó de mirra pura molida, canela y sustancias aromáticas, cuando hubo terminado, lo cosió. Poco después, entraron sus dos ayudantes con varios cubos de natrón y recubrieron todo el cuerpo.

—Ahora lo llevarán a otra sala donde permanecerá setenta días, el natrón eliminará toda la humedad del cuerpo lo que favorecerá su conservación. Después, lo lavarán para quitarle toda la sal, lo envolverán con lino impregnado con resina y lo introducirán en el sarcófago. Entonces ya puede ser entregado a sus familiares —le dijo Passer.

El gran maestro sacó una pequeña bolsa de los pliegues de su túnica y le entregó varias monedas a Nemet, que sonrió con satisfacción. Se despidieron del embalsamador y salieron de la casa.

—Antes has hablado sobre El Libro de los Muertos —dijo Kalam respirando un poco de aire fresco.

—Los egipcios creen en la vida después de la muerte. La momificación facilita la conservación del cuerpo en la otra vida, pero el llamado Libro de los Muertos permite la salvación espiritual.

—¿En qué consiste exactamente? —preguntó intrigado el asirio.

—Todos aquellos que han llevado una vida justa, pueden ser recompensados con una nueva vida después de la muerte. Para ello, deben conservar su cuerpo a través de la momificación, pero necesitan del Libro de la Vida para que guie su camino hacia el juicio final, donde el dios

Osiris, después de escuchar al difunto, decidirá si merece una nueva vida en el paraíso o en cambio, si debido a su comportamiento, pecados o malas acciones, es considerado culpable. En tal caso, su existencia sería aniquilada y sus despojos serían devorados por los cocodrilos.

—¿Entonces es una especie de mapa o guía?

—El camino hasta la sala del juicio está plagado de animales peligrosos, lagos de agua hirviente, ríos de fuego y todo tipo de peligros. El Libro de los Muertos, mediante una serie de conjuros mágicos, fórmulas y estrategias, permite a los difuntos sortear los obstáculos y poder llegar a Osiris.

—Sin duda se trata de un viaje peligroso.

—El viaje se realiza en el barco del dios del Sol Ra y no son pocos los peligros que acechaban al difunto. Pero sin duda, el más peligroso de todos es la serpiente Apofis, empeñada en volcar la barca y hacer que el muerto desaparezca calcinado en las profundidades del rio de lava.

—¿Cómo decide Osiris quién es salvado o condenado?

—Se colocan las malas acciones del difunto en una balanza y si pesan más que una pluma, es considerado culpable, entonces, los cocodrilos sagrados devoran su cuerpo haciéndole desaparecer para siempre. En cambio, si sus malas acciones pesan menos, es considerado inocente y vivirá por toda la eternidad en el paraíso.

Kalam sentía mucha curiosidad por los ritos funerarios egipcios. Ávido de conocimientos, preguntaba una y otra vez a su maestro, mientras realizaban al camino de regreso a Men-Nefer, cuando vieron a un hombre correr hacia ellos haciéndoles gestos con la mano. Passer enseguida le identificó como uno de sus alumnos.

—¡Gran maestro, las tropas de Assarhaddon han destruido Giza y se dirigen hacia Men-Nefer! —exclamó el joven sin resuello.

El rostro de Passer reflejaba preocupación.

—Debemos abandonar la ciudad —dijo serio.

—¿Debemos huir? —preguntó Kalam.

—Es nuestra obligación, tenemos que salvaguardar la sabiduría de Imhotep y poner a salvo los papiros. Además, mis alumnos son los futuros

médicos de Egipto y si mueren, toda una generación de médicos moriría con ellos. Hoy mismo partiremos.

—Pero podemos vencerles —protestó el asirio.

—Que los dioses te oigan y así sea, pero no podemos arriesgarnos.

—¿Adónde nos dirigiremos?

—Iremos al sur, a Napata la capital de Nubia. Assarhaddon no se aventurará con sus tropas a esas tierras desconocidas por ellos. Allí estaremos a salvo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXVIII

DESPUÉS de la conquista de Lunu y ante el imparable avance del ejército asirio, varios gobernantes de provincias egipcias y reyezuelos de tribus nómadas, rindieron pleitesía a Assarhaddon y le juraron obediencia y sumisión. Sin encontrar resistencia, destruyó la ciudad de Giza, donde se quedó maravillado ante la majestuosidad de sus antiquísimas pirámides. Construidas, según le dijeron, por los antiguos dioses-faraones con sus propias manos. Assarhaddon creyó esas historias, pues no veía posible que el hombre, con todas sus limitaciones, fuera capaz de construir tan colosales edificios. Después de descansar durante dos días en la ruinas de la ciudad, se dirigió hacia su objetivo final Men-Nefer. Se encontraban a pocos kilómetros de la capital egipcia, cuando dieron con el ejército egipcio. Según le informaron los exploradores, Taharqa había reservado sus mejores tropas y agrupado a todo su ejército preparándose para la última y definitiva batalla. El poderoso ejército egipcio sorprendió a Assarhaddon, que esperaba ser recibido en Men-Nefer como un libertador y encontrarse a Taharqa colgado del cuello o desmembrado en la puerta de la ciudad junto con todo su séquito. Pero no fue así. En cambio, decenas de miles de soldados egipcios, mercenarios y aliados, esperaban acampados y descansados la llegada de las tropas asirias. El ejército invasor avanzó hasta que se encontró a pocos kilómetros de las tropas egipcias y Assarhaddon ordenó que se detuviera. Llevaban varios días de marcha, y tendrían que descansar antes de la última batalla.

Miles de fuegos, en uno y otro campamento, iluminaban la oscuridad de la noche como si de estrellas se trataran. Assarhaddon contemplaba el campamento enemigo junto con sus generales y Necao. Era una noche

fresca y la visión del poderoso ejército egipcio, había cambiado el semblante confiado del rey.

—Me han informado que tienen elefantes —dijo Necao.

—¿Elefantes? —preguntaron al unísono los generales.

—Mis espías me han informado que Taharqa, como es habitual, se ha rodeado de mercenarios —dijo Necao, paseando con las manos en la espalda—, y ha contratado shardanas, nubios y numidios que además de sus famosos jinetes, traen consigo setenta elefantes de bosque.

Los generales y el rey se quedaron sorprendidos.

—He oído hablar de esos animales, pero nunca he visto ninguno —dijo Assarhaddon.

—Son animales colosales, solo su presencia asusta a los caballos y a los hombres. Tenemos que avisar a los soldados para que sepan a qué van a enfrentarse, dónde se encuentran sus puntos débiles y sobre todo, para que guarden la calma y no huyan ante su presencia —dio Necao.

La preocupación veló la mirada del rey.

—No sabía que esas bestias pudieran ser domesticadas, y menos para la guerra —dijo Assarhaddon.

—Solo los cornacas numidios tienen la habilidad para hacerlo. Los capturan salvajes, algo que como podéis imaginar, no es nada fácil. Durante una semana son duramente entrenados a base de golpes y privaciones de alimento. Posteriormente, son adiestrados para que se acostumbren a llevar encima al cornaca y a obedecer todas sus órdenes. Pero deben pasar varios años para que estén preparados para la guerra. Cada cornaca adiestra a un solo animal y este, únicamente, obedece a su guía.

—Parece que conoces bien a estos animales —dijo Kishdar.

—Les he visto combatir, y os puedo asegurar que una carga de elefantes es un espectáculo aterrador. Los hombres huyen despavoridos y los caballos sienten pánico simplemente con olerlos. Debemos preparar a nuestros soldados y caballos a esos animales, o correremos el riesgo de perder la batalla.

Un sonido de tambores proveniente del campamento egipcio, retumbó en la noche. De pronto, un ruido ensordecedor estremeció a hombres y animales.

—¡Son los elefantes, están barritando! —exclamó Necao.

Los hombres se miraban asustados. Se preguntaron cómo respondería la infantería asiria ante una carga de esas bestias y bajo ese ruido tan horrible. Los egipcios habían conseguido su propósito, aterrar a sus enemigos.

—¿Cómo podemos evitar que nuestros hombres no huyan ante esos animales? —preguntó Hitman, una vez que el ruido hubo cesado.

—Debemos acostumbrarles a ellos —contestó Necao.

—¿Y cómo? —preguntó Assarhaddon.

—A pocos kilómetros de aquí, vive un viejo amigo. Fue cornaca hace años, pero se licenció y le permitieron que se quedara con su viejo animal, al fin y al cabo, solo él podía manejarlo. Iré a buscarle y traeré a su elefante con él.

—¿Y luego? —volvió a preguntar el rey.

—Tendremos que esperar que tanto los caballos, como los hombres, se acostumbren al elefante. Me temo que la conquista de Men-Nefer deberá esperar.

La idea de retrasar la batalla no agradaba a Assarhaddon, sobre todo cuando se encontraba tan cerca de la conquista de Men-Nefer, pero era consciente de que una carga de setenta elefantes enfurecidos, provocaría una estampida en su infantería y la victoria estaría en serio peligro. Muy a su pesar, se vio obligado a aceptar.

—Está bien, no creo que tengamos otra opción ¿cuánto tiempo crees que tardarás en traer ese animal y en poder acostumbrar de su presencia a los caballos?

—Dame cuatro días para traer al elefante. Respecto a lo segundo, no sabría que decirle, quizá un par de semanas sea suficiente.

—Que así sea, parte mañana a primera hora. Hitman, encárgate de la construcción de empalizadas y fosos para protegernos de un posible ataque, Kishdar envía exploradores para que traigan provisiones. Si vamos a estar aquí veinte días no quiero que mis tropas pasen hambre o sed.

Los generales obedecieron y marcharon hacia el campamento acompañados por Necao. Assarhaddon se quedó solo acompañado por su guardia personal. Lo que hasta ese momento había sido una plácida

campaña, se había complicado con la llegada de los setenta elefantes numidios y el rey asirio estaba preocupado, muy preocupado.

Los soldados asirios nunca habían visto un animal tan magnífico. Estaba completamente pertrechado. Unas vainas de metal cubrían sus colmillos y sobre sus lomos, había colocada una torreta de cuero sobre un armazón de madera. La torreta estaba bien sujeta al elefante por gruesas cadenas, y apoyada sobre un denso tejido para evitar el roce de dichas cadenas sobre la piel del animal. Una cota de malla de metal protegía la cabeza y el lomo del paquidermo de los ataques enemigos. El cornaca dirigía todos los movimientos del elefante con un largo palo. Vestía una cota de malla sobre un acolchado de lino, y un grueso casco de cuero y metal protegía su cabeza. A su derecha cabalgaba Necao y se dirigían a la tienda de Assarhaddon, que salió de ella asustado cuando escuchó un fuerte barrito. Numerosos soldados siguieron curiosos al elefante, intrigados por su presencia en el campamento.

—Siento asustaros mi señor —dijo sonriendo Necao—. Aquí traigo a mi amigo Assuam, el cornaca de quien os hablé y este es su magnífico animal.

El rey se mantuvo a una distancia prudencial de la bestia. Era un animal fiero y aterrador, una auténtica máquina de guerra.

—Y los egipcios tienen setenta animales como este —afirmó preocupado el rey.

—Setenta animales jóvenes. Aunque su imagen es imponente, este elefante ya es viejo —dijo Necao.

—¿Cuál es tu idea ahora que se encuentra entre nosotros?

—Debemos acostumbrar a los soldados y a los animales a él, por lo menos, los que se vayan a encontrar en primera fila.

—¿Cuánto tiempo te llevará hacerlo?

—Hoy el animal descansará, pero mañana comenzaremos, espero que en un par de semanas estemos todos preparados para la batalla.

Durante varios días, las tropas de infantería pesada asiria, así como la caballería de choque, fueron aleccionadas sobre cómo defenderse y atacar a

los elefantes. La moral de la tropa había aumentado y ya no estaban tan atemorizados ante esas bestias. Necao, acompañado por Assuam, les señaló dónde atacar a los elefantes, que partes del cuerpo quedaban desprotegidas de las armaduras y sobre todo, cómo evitar sus embestidas.

—Ante una carga de elefantes, no debemos crear una línea defensiva, sino todo lo contrario. Debemos dejarles un pasillo, y una vez que han atravesado nuestras líneas, serán atacados por nuestra infantería ligera —explicaba Necao a los oficiales de la infantería pesada.

—Hay que tener mucha sangre fría para aguantar una embestida de esos bichos y no huir corriendo —dijo un oficial ante las risas del resto.

—Son animales colosales, pero no invencibles, los soldados estarán preparados.

—Debemos matar al cornaca —dijo otro oficial.

—Efectivamente, los arqueros y jabalineros deben centrar sus ataques sobre ellos. Con el cornaca muerto, el animal se sentirá desorientado y cargará despavorido contra todo aquello que se encuentre a su paso, ya se trate de tropas amigas o enemigas.

El elefante barritó ante la llegada de Assarhaddon.

—Saludos mi rey —dijo Necao seguido por los oficiales.

—¿Cómo va la formación? ¿Cuándo estaremos preparados para la batalla? —preguntó impaciente el rey.

—Casi hemos terminado.

Assarhaddon observó al animal y al cornaca que lo dirigía. Entonces se le ocurrió una idea.

—Creo que ya es hora de comprobar si tus enseñanzas han tenido éxito. Si queremos que nuestros soldados pierdan el miedo ante los elefantes, lo mejor será que vean cómo muere uno —dijo el rey.

El cornaca le miró asustado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Necao.

—Ya sean mis arqueros, jabalineros o infantería pesada, quiero que ese animal muera, y que todos puedan ver que no son invencibles.

—¡No! —exclamó el cornaca—. ¡No permitiré que nadie le haga daño!

—Ahora veremos si nuestros soldados están preparados para enfrentarse a estas bestias —dijo el rey levantando la mano.

Se oyó un silbido y Assuam se llevó las manos al cuello, uno de los pocos lugares del cuerpo que no tenía protegido. No podía respirar, la flecha le había atravesado la garganta. Se miró sus ensangrentadas manos, y con la sorpresa reflejada en la mirada, cayó fulminado al suelo. Varias decenas de soldados se dirigieron al elefante y comenzaron a lanzarle jabalinas y dardos. El animal, sin su cornaca, se sentía desprotegido y confuso. Dio un fuerte barrito e intentó huir despavorido.

—¡No! —exclamó Necao dirigiéndose hacia su amigo, que yacía muerto en el suelo.

—Era necesario —dijo fríamente Assarhaddon.

—¿Por qué? —preguntó enfurecido Necao.

—Mis hombres matarán al animal, y ya no temerán a los elefantes numidios.

Los soldados arrojaban sus jabalinas sobre el elefante, pero no conseguían herirlo. Enloquecido, arrollaba a todos los hombres que encontraba a su paso, ensartándoles con los colmillos, o sirviéndose de su trompa para asirlos y luego golpearlos con fuerza contra el suelo. Varios hombres le rodearon, el elefante se puso a dos patas para defenderse del ataque. En ese momento, varios soldados de infantería pesada se lanzaron sobre él levantando sus largas lanzas y se las clavaron en el estómago, uno de los pocos lugares que no tenía protegido. El animal, mal herido dio un fuerte barrito y aplastó con sus patas delanteras a dos de los infantes. Pero las lanzas clavadas en su vientre habían conseguido su objetivo y pocos minutos después, el animal cayó abatido al suelo. Decenas de soldados, se lanzaron sobre él y comenzaron a clavarle sus espadas. Triunfantes, varios soldados arrancaron los colmillos del animal y los mostraron en alto ante los vítores de los guerreros que reían y disfrutaban de la victoria.

—Lo has conseguido, hemos matado al animal y los soldados están eufóricos. Mañana lanzaremos nuestras tropas contra los egipcios, Men-Nefer será conquistada y con ella, todo Egipto. Puedes estar orgulloso de tu trabajo —le dijo Assarhaddon a Necao.

El egipcio se marchó hacia su tienda sin decir palabra. No quería que el rey asirio pudiera ver en su rostro el sentimiento de ira y repugnancia que le inspiraba. Indignado ante la injusta muerte de su amigo y la del pobre

animal, tuvo la tentación de desenvainar su espada y clavársela al tirano. Recordó la masacre de Lunu y los cientos de egipcios torturados y asesinados. Detuvo su camino, desenvainó su espada y se dirigió hacia Assarhaddon. Pero el rey había desaparecido. Unos vítores le indicaron que se encontraba junto al elefante rodeado de soldados, que aclamaban su nombre como si de un dios se tratara. Más calmado, enfundó su espada y se dirigió hacia su tienda.

El sol se asomaba tímidamente por el horizonte cuando las tropas asirias marcharon contra los egipcios. La mayor batalla de la historia iba a enfrentar a los dos imperios más poderosos del mundo. Los ejércitos eran muy igualados y la batalla sería equilibrada. Los egipcios tenían a su favor la presencia de los elefantes numidios, pero los asirios eran auténticos soldados profesionales y tenían mucha más experiencia en combate que sus enemigos. Assarhaddon se encontraba al frente dirigiendo sus tropas. A su derecha estaba Hitman, responsable de la caballería y a su izquierda Kishdar, comandante de la infantería. Necao se encontraba en la retaguardia dirigiendo los carros. Pocos kilómetros les separaban de los egipcios, que ya tenían en formación a sus tropas, preparadas para el combate. Los egipcios habían situado a los mercenarios nubios en primera fila, seguidos de los *nakhtu-aa*, la tropa de élite del faraón. Detrás se encontraban los mercenarios shardana y los carros de guerra. La caballería numidia se había situado en las alas del ejército. Delante de la caballería y formados en dos hileras, se encontraban los temidos elefantes. En la primera línea de combate, Assarhaddon había situado a los diez mil soldados egipcios procedentes de Sais. Después, se encontraba la infantería pesada, seguida de los arqueros elamitas y medos, y por la infantería ligera de Urartu. La caballería cimeria y asiria protegía los flancos. El ejército asirio avanzó hacia los egipcios, y se detuvo a la distancia suficiente para que Assarhaddon pudiera ser oído por los soldados enemigos.

—¡Valerosos soldados egipcios, frente a vosotros se encuentran vuestros hermanos provenientes de Sais. Sí, vuestros verdaderos hermanos, egipcios como vosotros y cuyo objetivo es acabar con la tiranía de vuestro extranjero

rey Taharqa! —exclamó Assarhaddon a las tropas egipcias—. ¡Mi ejército no es vuestro enemigo, vuestros adversarios son los nubios, que hace siglos conquistaron vuestras tierras y os arrebataron vuestra libertad!

Desde las filas asirias, los soldados egipcios de Necao, aleccionados por los oficiales, vitoreaban las palabras del rey.

—¡Ved en mí a vuestro libertador y deponed las armas, seréis tratados con respeto y vuestras vidas serán perdonadas. Entregadnos a vuestro rey nubio y a todo su séquito y volveréis a ser libres!

—¿Nos respetarás como respetaste la vida de los habitantes de Lunu? —gritó una voz entre las tropas egipcias.

De pronto, un fuerte ruido atronó en el campo de batalla. Los nubios comenzaron a golpear sus escudos de piel con las lanzas. Los egipcios les siguieron. Assarhaddon, al comprobar que no había tenido éxito al intentar que el enemigo se rindiera sin entablar batalla, se retiró a la retaguardia. El sonido de los tambores precedió el ensordecedor barrito de los elefantes y los cornacas ordenaron la carga.

—¡Aguantad! —ordenó Hitman a los flancos—. ¡Aguantad!

Los elefantes, a toda velocidad, cargaron contra la caballería cimeria que intentó, tal y como les había instruido Necao, hacer un pasillo para que los elefantes traspasaran las líneas defensivas y luego fueran atacados por la infantería ligera. Pero a pesar del adiestramiento, muchos caballos huyeron despavoridos al oler y oír a los paquidermos. Sin demasiada dificultad, los cornacas numidios atravesaron los flancos del ejército asirio y los arqueros, que estaban protegidos en las torretas, hicieron presa fácil en sus asustados enemigos.

—¡Reforzad las alas! —gritó Kishdar a su infantería ligera, y cientos de soldados, que se encontraban en la retaguardia, apoyaron a la caballería cimeria que se veía seriamente amenazada.

A una orden de su general, decenas de soldados atacaron a los elefantes y a los cornacas a los que disparaban todo tipo de armas arrojadizas. Así, poco a poco, y a pesar de las numerosas bajas sufridas, los asirios consiguieron repeler la primera carga de los elefantes.

—¡Bien soldados, ahora nos toca a nosotros! ¡Por Assur! —gritó a Hitman, y se dirigió con la caballería hacia los nubios.

Fue una carnicería, los jinetes asirios y cimerios causaron enormes bajas en las mal equipadas tropas nubias. Solo la llegada de los jinetes numidios y la infantería shardana, evitó un verdadero desastre. Una vez causado todo el daño posible, Hitman ordenó a sus jinetes que se retiraran, dejando tras de sí un reguero de miles de muertos y heridos. Los egipcios contraatacaron y volvieron a enviar a los elefantes numidios, pero esta vez acompañados y protegidos por los *nakhtu-aa* y los shardana. Taharqa se jugaba el todo por el todo poniendo en primera línea de combate a lo más florido de su ejército. La embestida fue brutal y los nubios, enardecidos por el valor de los mercenarios, siguieron a los elefantes y a las fuerzas de élite egipcias.

—Arqueros, preparados. Primera hilera lista… ¡Disparen! —ordenó Kishdar—. Segunda hilera, lista… ¡Disparen!

Una nube de flechas oscureció el cielo egipcio. Los nubios, mal protegidos, cayeron fulminados al suelo ensartados por miles de flechas. Los shardana, más experimentados, se protegieron con sus redondos escudos y consiguieron evitar el ataque produciéndose pocas bajas en sus filas. Peor les fue a los elefantes. Aunque las flechas solo les provocaban heridas superficiales, muchos fueron los cornacas que cayeron asaetados por el enemigo. Sus animales, enloquecidos sin el control de sus guías, intentaban huir del campo de batalla pisoteando a todo aquel que se encontraba a su paso, fuera amigo o enemigo. Un cornaca, que estaba gravemente herido, se vio obligado a matar a su animal, al que ya no podía controlar, clavándole un cincel en el cuello ayudado por una maza. El caos se adueñó de la primera línea egipcia. Muchos elefantes murieron abatidos por las jabalinas y lanzas asirias. Algunos cornacas, que veían la batalla perdida, huyeron hacia la retaguardia pisoteando a los nubios y a los shardana.

—¡Adelante la infantería pesada! —ordenó Kishdar.

Cuatro hileras de soldados avanzaron, con sus largas lanzas en ristre, hacia la desorganizada línea defensiva egipcia. Taharqa, que veía como la victoria se le escapaba de las manos, ordenó la carga de la caballería numidia. Los jinetes numidios, armados con una jabalina y protegidos únicamente con un pequeño escudo, dirigían sus caballos con suma habilidad sirviéndose únicamente de la presión ejercida por sus piernas

sobre los animales, pues carecían de estribos y bridas. El rey egipcio intentó reorganizar a los elefantes, que aún le quedaban listos para el combate, y ordenó un tercer y último ataque. Esta vez, miles de arqueros protegerían el avance de los animales. La lucha volvió a ser encarnizada. Los jinetes cimerios capitaneados por Barnabás, cargaron contra los numidios pero sufrieron muchas bajas al ser atacados por los arqueros egipcios.

—¡Egipcios, luchemos por nuestra libertad! ¡A la carga! —ordenó Necao desde su carro de guerra, y los diez mil soldados egipcios, que se habían retirado al comenzar la batalla, corrieron hacia los pocos nubios que aún quedaban con vida.

Los arqueros egipcios descargaron sus carcajes provocando muchas bajas en los soldados asirios y sus aliados egipcios. Con sus largos arcos compuestos, mantenían a raya cualquier avance asirio. Parecía que las tropas de Taharqa se habían recompuesto y aguantaban con bravura los embistes enemigos. Los arqueros no cesaron de disparar sus flechas hasta que los elefantes llegaron hasta la línea enemiga y lucharon contra los soldados de Necao y la infantería pesada de Kishdar. Muchos asirios huyeron al ver acercarse a las enormes bestias. Otros lucharon con valentía, pero murieron aplastados o zarandeados cuando los elefantes los asían con sus largas trompas. Pero los asirios y sus aliados eran mucho más numerosos y consiguieron aguantar el ataque de los elefantes lanzando sus jabalinas y sus lanzas contra los cornacas y contra los arqueros que estaban situados en las torretas. Assarhaddon ordenó a Sil-Bal que atacara a los pocos elefantes que aún quedaban con vida, para dejar expedito el camino a los carros para el ataque final.

—Llegó el momento de entrar en combate. ¡Ejército de Gaza, al ataque! —exclamó Sil-Bal, y dirigió su caballo hacia los elefantes seguido de sus diez mil soldados.

Los *nakhtu-aa*, con sus poderosas cimitarras, protegieron a los paquidermos y aguantaron el ataque de los soldados de Sil-Bal, que sufrieron muchas bajas. Assarhaddon ordenó un ataque masivo de todos sus aliados, que marcharon hacia los *nakhtu-aa* y los elefantes, que se encontraban heridos o agotados por el enorme esfuerzo. Los elamitas, urartianos y los cimeros, aplastaron a los *nakhtu-aa*, que a pesar de luchar

con ferocidad, cayeron bajo la superioridad numérica aliada. Un lancero elamita mató al último elefante clavándole su lanza en el cuello. Cuando cayó muerto al suelo, se lanzó a por el cornaca que lo guiaba cortándole la cabeza con su espada. No corrieron mejor suerte los dos arqueros que estaban situados en la torreta. Uno de ellos murió aplastado por el animal, mientras que el otro, fue víctima de la ferocidad de varios soldados elamitas, que con los ojos inyectados en sangre, se lanzaron sobre él como un depredador lo hace sobre su presa y le destrozaron a base de cuchilladas y estocadas.

—¡Carros de guerra, a la carga! —ordenó Hitman, que había dejado su caballo para montarse en su flamante carro.

Acompañado por un auriga y un escudero, Hitman asaetaba con su arco a todo enemigo que se cruzaba en su camino. Dos mil carros de guerra le acompañaban formado una terrorífica hilera. Los jinetes numidios, conscientes de la derrota, huyeron despavoridos poniendo tierra de por medio entre ellos y los carros enemigos. Los pocos nubios que aún quedaban con vida, intentaron huir corriendo hacia la retaguardia, pero fueron presa fácil de los carros, mucho más veloces que ellos. Los shardana lucharon con bravura hasta que, viéndose rodeados por la caballería y la infantería asiria, se rindieron. Taharqa observó con horror como todos sus magníficos elefantes yacían muertos en el campo de batalla y como su ejército huía despavorido, perseguido por los carros de guerra y la caballería enemiga.

—¡Mi señor, debemos huir o seréis capturado! —gritó uno de sus generales.

—¡No, mi familia está en Men-Nefer! —exclamó Taharqa.

—¡Nada podemos hacer por ellos, Assarhaddon será benevolente y pedirá un rescate, pero si captura a su alteza le ejecutará. Mi señor, escapemos a Nubia, reorganizaremos nuestro ejército y volveremos, os lo juro!

Los carros asirios estaban cada vez más cerca. Taharqa miró a su general y asintió. Con toda la rapidez que le permitía su carro, huyó hacia el sur abandonando a su suerte las pocas tropas que aún quedaban en el campo

de batalla y dejando en manos del enemigo a la familia real y a todo su séquito.

—¡Taharqa huye, la victoria es nuestra! —gritó Kishdar.

—¡Larga vida a nuestro rey! —aclamaron los soldados.

Assarhaddon observó con satisfacción como Taharqa huía despavorido. Envió varios jinetes detrás de él, pero no consiguieron capturarle. La victoria fue total y el botín cuantioso. El campo de batalla estaba sembrado de cadáveres. Los vencedores, como aves de rapiña, comenzaron a abalanzarse sobre los muertos enemigos para arrebatarles lo poco o mucho de valor que poseyeran. Los prisioneros nubios fueron ejecutados allí mismo, mientras que los shardana fueron diezmados. Como lección para que no volvieran a combatir contra Asiria, uno de cada diez mercenarios fue ejecutado delante de sus compañeros, al resto se le dio la opción de alistarse en el ejército asirio o morir. La decisión fue sencilla y cientos de shardana decidieron reclutarse en el ejército enemigo.

Después de organizarse, contabilizar las bajas y saquear el campamento egipcio, los asirios se dirigieron a Men-Nefer. Atardecía cuando llegaron a las puertas de la ciudad. Assarhaddon, la miraba complacido. Símbolo del poder de Egipto, era una de las más hermosas ciudades del mundo y pronto sería suya. Observó a su ejército y pudo ver la ansiedad en sus ojos, sabían que detrás de las murallas había una verdadera fortuna, y ansiaban hacerse con ella.

El sol se ocultaba en el horizonte e iluminaba con sus últimos rayos las blancas murallas de Men-Nefer, proporcionándoles un color bermellón semejante a la sangre. La imagen de la ciudad teñida de rojo, inquietó al rey de Asiria. Sintió una premonición, miró a sus generales y a Necao que se encontraba a su lado. Entonces tomó una decisión.

—Ya es tarde para ordenar un ataque, acamparemos y mañana al amanecer conquistaremos la ciudad —ordenó Assarhaddon—. Ha muerto demasiada gente por hoy.

—Es cierto, además los soldados están cansados —dijo Kishdar.

—Y nosotros también —añadió Hitman.

—No voy a destruir la ciudad, es demasiado bella para ser consumida por el fuego, y tampoco voy a permitir que sea saqueada. —Los últimos rayos del sol la iluminaban tenuemente, incrementando el color rojizo. Assarhaddon vio en ello un presagio de destrucción y muerte, y su corazón se apiadó de las almas de los egipcios.

Sus generales le miraron sorprendidos. Una parte importante del pago de las tropas asirias, se conseguía a través del saqueo de las ciudades conquistadas y Men-Nefer era la más rica que jamás habían visto. A los soldados, la decisión del rey no les iba a gustar, tenían la esperanza de volver ricos a Asiria gracias, en gran medida, al saqueo de la capital egipcia. En cambio, a Necao le agradó la idea, ya había visto demasiadas ciudades egipcias destruías tras el paso de los asirios y le alegró la posibilidad de que Men-Nefer, no corriera la misma suerte. No así a Hitman y a Kishdar que estaban preocupados por los soldados asirios.

—¿Con qué pagaremos a los soldados? —preguntó Hitman.

—Nuestro imperio ha aumentado sobremanera sus territorios gracias a la conquista de Egipto, les daremos tierras, ganado y aparejos de labranza. Posiblemente alguno ellos reciba hasta esclavos, creo que es un pago más que generoso —contestó el rey.

—Sin duda, mi señor, pero la mayoría de los soldados no conocen el campo. Son y han sido siempre soldados, solo saben manejar su espada. Ellos no quieren campos ni ganado, si no oro con el que poder emborracharse o irse con mujeres. La idea no les va a gustar —dijo Kishdar.

—¿Acaso debo temer un motín? —preguntó Assarhaddon sin ocultar su irritación.

—De ninguna manera, mi señor, el ejército siempre os será fiel. Creo que me he explicado mal, os pido mil disculpas —dijo Kishdar humillando la cabeza.

—Está bien, no te preocupes algo de razón tienes. Haremos un esfuerzo y le daremos a nuestro ejército un botín equivalente al que hubieran conseguido si Men-Nefer se hubiera saqueado. Ya veremos de dónde sacamos los fondos —accedió el rey.

—Me parece una decisión muy inteligente por su parte, mi rey —intervino Necao—. No saquear la capital y respetar la vida de sus

habitantes, es un gesto muy generoso que agradará a los egipcios.

El rey asintió. Destruir Men-Nefer hubiera provocado la enemistad de todo Egipto, y nunca hubiera sido considerado como el salvador, que liberó a los egipcios del yugo nubio. Assarhaddon quería ganarse al pueblo egipcio, que ya había derramado demasiada sangre en el campo de batalla y en las ciudades conquistadas. Era el momento de hacer un gesto de buena voluntad, para congraciarse con el pueblo conquistado.

—Quiero que Egipto sea nuestro aliado durante muchos años y saqueando sus ciudades, matando a sus habitantes y violando a sus mujeres, lo único que voy a conseguir es que nos odien y cuando tengan fuerzas suficientes, se rebelen contra nuestro poder. No, debemos mostrarnos como amigos, como aliados interesados en ayudarles y protegerles de sus enemigos —dijo Assarhaddon.

—Es un cambio de estrategia. Hasta ahora, la mayoría de los reinos conquistados han sido saqueados y destruidos, sus habitantes asesinados o deportados. Hemos conseguido dominar reinos inmensos utilizando nuestra política del terror —dijo Hitman.

—Quizá sea hora de cambiar de estrategia —dijo Assarhaddon, dirigiéndose hacia el campamento y dando la conversación por terminada.

Sus generales le acompañaron sin dar demasiada importancia a sus palabras. Sabían que en cualquier momento, volvería a cambiar de opinión. En los últimos meses, la personalidad de Assarhaddon era muy voluble. De un día para otro, o incluso, en el mismo día, su estado de ánimo, sus opiniones y su conducta, eran muy variables. Era habitual que por la mañana se encontrara eufórico, por la tarde melancólico y por la noche volviera a sentirse eufórico. Pero independientemente de su estado de ánimo, un mal pensamiento le torturaba constantemente. La muerte. Era raro el día que no hablaba de ella. Decía que presentía que alguno de sus hijos confabularía contra él para quitarle el trono y que incluso intentaría matarle. En los días que esta idea le golpeaba con fuerza, apenas salía de su tienda y algunos aseguraban que le habían oído sollozar. Kishdar y Hitman se miraron y sonrieron negando con la cabeza. En cambio, Necao se dirigía al campamento feliz al saber que la gloriosa Men-Nefer no sería destruida.

El frescor de la mañana despertó a los soldados. Unas nubes negras amenazan lluvia y el viento agitaba las tiendas de campaña y los estandartes. Los asirios estaban cansados, llevaban varios meses de campaña y habían pasado pocas horas desde la última batalla. Muchos deseaban que acabara la guerra cuanto antes y volver a Asiria con sus mujeres e hijos. Sin embargo, la mayoría de los soldados disfrutaban de ella; ver el terror en los ojos del enemigo y el filo de su espada teñido con el color rojo de su sangre, oír los sollozos de sus mujeres, violarlas, asesinarlas. Eran perros de guerra y no sabían hacer otra cosa. Desde niños eran adiestrados para matar y era demasiado tarde para que se dedicasen a otra cosa que no fuera combatir. Pero Assarhaddon tenía planes para todos. A los que quisiesen, les daría la opción de licenciarse y así poder volver a sus casas, como pago les daría tierras y ganado. Para aquellos que deseasen continuar en el ejército, el rey les pagaría con oro y plata y les enviaría a proteger las fronteras del imperio. La paz no existía en Asiria y siempre había enemigos a los que enfrentarse. Tanto unos como otros, estaban impacientes. El objetivo de la campaña se encontraba a pocos kilómetros y la sola presencia de los muros de la ciudad les enfervorecía, deseosos como estaban, de trepar por sus murallas y aniquilar el último bastión del imperio egipcio. Assarhaddon, protegido del inesperado frío con una pequeña manta, inspeccionó al ejército y después de comprobar que ya estaba preparado, partió hacia Men-Nefer.

—¿Crees que los egipcios nos harán frente? —le preguntó Hitman a Necao.

—No lo sé, desconozco las tropas que se encuentran en su interior, pero no creo que haya muchos soldados protegiéndola. Lo más inteligente por su parte, sería acordar una rendición.

—Estoy de acuerdo, somos infinitamente superiores y no tienen ninguna posibilidad. Además, saben lo que les hacemos a las ciudades que se resisten, supongo que se rendirán, es su única opción.

Se encontraban a varios cientos de metros de la ciudad, cuando Assarhaddon ordenó al ejército que se detuviera. Desplegó a los soldados

en formación de combate y varias decenas de máquinas de asedio se dirigieron hacia las murallas escoltadas por miles de arqueros. Desde los muros de la ciudad, los habitantes de Men-Nefer observaban al ejército enemigo con pavor. Eran conscientes de que no tenían ninguna posibilidad. Entonces la puerta de la muralla se abrió y un hombre de tez oscura y vestido con un túnica de lino blanca, salió de la ciudad acompañado por una pequeña escolta.

—¿Quién es? —preguntó Hitman.

Necao miró con atención, aún estaba lejos y no podía distinguirle.

—No le veo muy bien, pero creo que es Harsiese, el visir.

—¿El visir? Es el hombre más importante de Egipto después del faraón. Entiendo que habrá huido con Taharqa —dijo extrañado Hitman.

—No, efectivamente es el visir —confirmó Necao, que ya podía ver con nitidez al hombre que se dirigía hacia ellos—. Taharqa tenía fe en la victoria, si Harsiese está en la ciudad, es muy posible que toda la familia real también se encuentre en ella.

—Si es cierto lo que dices, la cobardía de Taharqa no tiene límite. Es un acto ruin y cobarde dejar a su familia a expensas de sus enemigos. Que vuestros dioses le castiguen.

Assarhaddon ordenó que permitieran el paso al egipcio y los arqueros abrieron sus filas. Tenía la mirada serena y el porte confiado del hombre que no tiene nada que perder, pero mucho que ganar. Los arqueros le miraban con curiosidad y respeto. Se encontraba cerca de Assarhaddon y la guardia real, para evitar cualquier tipo de atentado, detuvo su paso.

El rey bajó de su caballo y se dirigió hacia Harsiese. Levantó su mano y permitió que el visir se acercara a él.

—Saludos, poderoso Assarhaddon, mi nombre es Harsiese y soy el visir de Egipto.

—Lo sé, dime qué es lo que quieres —dijo cortante el rey.

—Nuestros ejércitos han sido derrotados y la victoria es tuya. Te pido que seas clemente con los habitantes de Men-Nefer y permitas que te abramos la puerta de la ciudad sin causar estragos en ella. Te la rendimos en paz y aceptamos ser tus súbditos —dijo el visir arrodillándose ante el rey asirio.

—¿Por qué debo aceptar vuestra rendición?

—La paz sin más derramamiento de sangre os beneficia. La ciudad es vuestra con todas sus riquezas ¿por qué ha de morir más gente?

—Porque mis soldados así me lo piden —dijo Assarhaddon y comenzó a pasear con las manos en la espalda. Observó la ciudad y a los cientos de egipcios que le miraban aterrados y esperanzados con la negociación que estaba llevando a cabo su visir—. Pero también puedo ser benevolente.

El visir le miró expectante.

—Pero la rendición de la ciudad no os saldrá gratis a los nubios —dijo el rey mirando al visir.

—¿Qué deseáis?

—Los nobles nubios serán ejecutados, tú incluido. Es el precio que pido para firmar la paz definitiva con Egipto ¿estás dispuesto a sacrificarte por los egipcios, tú que eres nubio?

Una fina lluvia comenzó a caer sobre la árida tierra egipcia. El visir miró hacia el cielo buscando una respuesta y el agua mojó su rostro.

—Hay otra opción —dijo el rey asirio—. Ábrenos las puertas de Men-Nefer y permite que nuestras tropas entren en ella. Tú serás libre, para huir a tu tierra nubia con todos los tuyos. Pero en este caso, no respondo del comportamiento de mis soldados cuando entren en la ciudad. La decisión es tuya.

Comenzó a llover con más fuerza pero apenas nadie se movía. Todo el mundo estaba atento a la conversación de los dos líderes. Harsiese pensó en su familia. Su mujer y sus tres hijos habían nacido en Egipto pero eran de origen nubio. ¿También Assarhaddon les ejecutaría? Miró hacia la ciudad y sus ojos se empañaron por las lágrimas. Se alegró de que el agua de la lluvia no las delatase. Su orgullo se vería herido si Assarhaddon le viera llorar.

—No lo pienses más, te estoy dando la libertad a ti y a los tuyos a cambio de un puñado de egipcios. Deberías estar agradecido y prepararte para la marcha antes de que me arrepienta —dijo Assarhaddon.

—En Men-Nefer viven cientos de nobles de origen nubio con sus familias. Morirían miles de personas inocentes. Preferiría luchar antes que

permitir tal holocausto. En cambio, acepto si únicamente ejecutas a los cabezas de familia —le dijo con serenidad—. Naturalmente, yo incluido.

La lluvia cesó de repente y las nubes se abrieron. Un rayo de sol iluminó la ciudad y una bandada de pájaros irrumpió en la escena dirigiéndose hacia el sur. Assarhaddon, confuso por tan extraños acontecimientos, hizo llamar al sacerdote Ubalimet, para que le interpretase tales hechos.

Cuando llegó el sacerdote, se separaron varias decenas de metros para no ser oídos. Harsiese les observaba inquieto.

—Mi señor, el dios Shamash ha iluminado con su rayo de sol la ciudad de Men-Nefer, creo que este mensaje solo se puede interpretar de una manera; la ciudad debe ser salvada de toda destrucción —dijo el sacerdote.

—¿Y los pájaros?

—Son negros como los nubios y viajan hacia el sur. Es un designio que nos indica que debes salvar la vida de los nubios y como único castigo, desterrarlos a Nubia.

Las nubes se fueron disipando dejando ver un cielo azul cristalino. El sol iluminaba por completo la capital egipcia y el frescor del olor a tierra mojada les envolvió. Assarhaddon comenzó a sentirse feliz y sonrió. Levantó su mano llamando la atención de Harsiese, que fue a su encuentro.

—Has sido generoso y valiente —dijo el rey dirigiéndose al visir—. Ahora debo ser yo quién se comporte de la misma manera. Si rendís la ciudad y me juráis obediencia eterna, os prometo que no derramaré una gota más de sangre egipcia… —Assarhaddon hizo una pausa—, ni nubia. Mi única exigencia será que todos los nubios y sus familiares abandonéis Egipto y volváis a vuestras tierras del sur en un plazo de treinta días.

Harsiese consiguió reprimir una sonrisa de alivio, pero su mirada delataba su satisfacción.

—Acepto mi rey. La ciudad y todo Egipto es vuestro.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXXIX

POCO a poco, los restos del ejército de Taharqa fueron llegando a la ciudad nubia de Napata. El espectáculo era desolador, los soldados estaban cansados y muchos de ellos heridos. Los que tenían suerte, cabalgaban cabizbajos sobre sus caballos, pero la mayoría hizo el largo viaje a pie. Sus ojos estaban tristes y reflejaban el dolor de la derrota. Los habitantes de Napata fueron a su encuentro y les ofrecieron agua y comida. Toda la ciudad se volcó con los derrotados. Dirigiéndoles sobre su carro de guerra, se encontraba Taharqa. Intentaba guardar toda la dignidad que se le supone a un faraón, a un semidiós, pero la expresión de su rostro mostraba cansancio y abatimiento. Pasaría a la historia como el faraón que perdió Egipto a manos de sus eternos enemigos, los asirios. A su paso, los habitantes de la ciudad se inclinaban y arrodillaban, era un faraón vencido, pero todavía seguía siendo faraón y su pueblo le respetaba. Se dirigió directamente al palacio real, mientras que el ejército acampó extramuros de la ciudad. Cientos de nubios acudieron con cántaros de agua y vino para socorrer a los agotados soldados. Nespemat, gobernador de la ciudad, envió decenas de carros cargados de alimentos. Del poderoso ejército egipcio, apenas habían sobrevivido diez mil hombres y muchos de ellos estaban gravemente heridos o enfermos.

Passer, ayudado por Kalam y sus alumnos, montó un hospital de campaña. Trabajo no les faltaría durante las siguientes semanas. El gran maestro se encontraba en una tienda anexa al hospital con todos sus alumnos. Antes de empezar a trabajar, era necesario organizarse, había mucho trabajo por

delante y se hacía imprescindible planificar cómo iban a abordar una situación tan complicada.

—Los soldados están deshidratados, deben beber mucha agua y nada de alcohol. He ordenado que devuelvan a la ciudad todas las ánforas que contuviesen vino o hidromiel. Solo deben beber agua. También debemos vigilar su alimentación. Hace días que apenas comen y si ahora lo hacen en exceso, pueden sufrir dolores en el vientre bastante fuertes, causándoles incluso la muerte —les dijo Passer.

—Son muchos los heridos y nosotros somos muy pocos —se quejó uno de los alumnos.

—Somos suficientes, en Napata hay diez médicos. Cuando termine de hablar con vosotros, me reuniré con ellos. He hablado con el gobernador y con el sacerdote y se han ofrecido a ayudarnos en todo aquello que necesitemos. De momento, varias decenas de asistentes nos ayudarán en nuestras tareas y los materiales que he solicitado están en camino. Simplemente tenemos que organizarnos para salvar todas las vidas que podamos.

Los alumnos se miraron preocupados. A pesar de llevar varios años estudiando, muchos de ellos aún no se veían capacitados para lo que se les venía encima. Tendrían que mutilar miembros engangrenados, coser heridas abiertas, curar supuraciones, entablillar huesos rotos, etc. Solo a Kalam se le veía confiado y seguro de sí mismo.

—Ahora lo que no tenemos es tiempo. Debemos focalizar nuestros esfuerzos en aquellos heridos que aún tengan alguna, por remota que sea, posibilidad de sobrevivir. Con los que no haya ninguna esperanza, solo podremos aliviarles su dolor suministrándoles medicinas que apacigüen su sufrimiento. Bien, señores, manos a la obra. Kalam, tú ya eres experto, te encargarás de los casos más graves y darás a apoyo a los estudiantes.

Kalam asintió, todos los hombres salieron de la tienda y se dirigieron al campamento militar. Los soldados enfermos o heridos habían sido situados en tiendas al este del campamento. Los médicos fueron recibidos por gritos de dolor y súplicas de ayuda. Uno de los alumnos no pudo soportar el olor a sangre seca, vómitos y orina, y cayó al suelo desmayado. Tuvo que ser

asistido por sus compañeros y Passer le envió de nuevo a la tienda para que descansara. Nunca más volvió.

—Ayúdenme, me duele, me duele —sollozó un soldado, mientras se tocaba la pierna.

—Kalam, asiste a ese hombre, parece que está muy grave —le dijo Passer.

El *asu* se dirigió al enfermo y comenzó a auscultarle. El hombre sollozaba de dolor, tenía una herida en la pierna que se había infectado. Kalam le quitó la bota de cuero y un fuerte olor a putrefacción le golpeó. El pie lo tenía de color negro y emanaba una secreción maloliente. El hombre le miró asustado.

—La herida está infectada —le dijo Kalam.

—No me cortes la pierna —suplicó el soldado cogiéndole del brazo.

—Es la única opción si quieres sobrevivir.

—Entonces prefiero morir ¿qué vida le espera a un tullido? —preguntó envuelto en un mar de lágrimas.

—Siempre será mejor que morir. Toma, bébete esto —le dijo Kalam dándole una pequeña probeta—, te dormirá y no sentirás nada.

El hombre miró la probeta con aprehensión. Miró su pierna en gangrenada y se la bebió.

—¿Me dolerá?

—Te daremos calmantes, lo importante es que vas a vivir. Llevadlo al hospital y ponedlo en una camilla —ordenó Kalam a los asistentes.

Kalam se dirigió a la tienda y cogió un hierro, una pequeña sierra, vendas, algunas hierbas y medicinas. Luego se dirigió al hospital donde ya le aguardaba el enfermo, que dormía plácidamente sobre un camastro.

—Toma este hierro y ponlo al fuego —dijo Kalam, entregando el hierro a uno de los asistentes—. Si parece que va a despertarse, dale de beber de este vaso —le dijo a otro.

Acompañados por los asistentes, los enfermos y heridos, iban entrando en el hospital. Kalam, abstraído de todo y concentrado en su trabajo, cogió una cuerda y la apretó alrededor de la pierna del paciente. Le observó las pupilas y estudió su respiración. Luego le ató en el camastro y cuando se aseguro que estaba bien sujeto, comenzó a amputarle la pierna con la sierra.

El enfermo dio un leve quejido y enseguida el asistente le dio de beber del vaso. Sin demasiadas dificultades, Kalam consiguió cercenarle la pierna al soldado. Luego, para evitar que se desangrara, ordenó que le trajeran el hierro que habían puesto al fuego y cauterizó la herida. A pesar de los calmantes, el enfermo se despertó y dio un fuerte grito antes de perder el conocimiento.

—Es posible que tenga fiebre, en tal caso, ponedle telas con agua en la frente y dadle de beber. Cuando despierte me avisáis.

Durante semanas trabajaron sin descanso. Muchos murieron pero gracias al abnegado trabajo de Passer, Kalam y los demás médicos y asistentes, cientos de soldados lograron sobrevivir. El hospital estaba atestado de enfermos y aunque Passer ordenaba ventilarlo todos los días, el olor a enfermedad y muerte lo impregnaba todo.

El gran maestro estaba pasando consulta con el asirio. Se detenía en los camastros de los enfermos y les preguntaba cómo se encontraban, tampoco le faltaban palabras de alivio y esperanza. Kalam le observaba con atención, no solo era un gran médico, sino que también tenía la palabra justa para cada enfermo. Se detuvieron junto al camastro de un soldado, que tenía una herida profunda en el brazo. Passer le quitó la tela que la cubría y se la mostró a Kalam.

—Observa esta herida y mira las larvas que se alimentan de ella.

—¿Larvas? —preguntó confuso Kalam—. ¿Pero no contaminarán la sangre y harán que el enfermo empeore?

—Las larvas de mosca se alimentan únicamente de carne podrida. Son muy útiles, pues eliminan toda la carne muerta que rodea la herida dejando intacta la materia viva.

—Gran maestro, han llegado nuevos heridos, uno de ellos está muy grave —dijo uno de los alumnos, que entró a toda prisa al hospital.

—Hace semanas que llegaron los primeros heridos y aún siguen llegando. Por todos los dioses, ¿cuándo terminará esto? —se preguntó un compungido Passer, negando con la cabeza—. ¿Qué le ocurre?

—Tenía una flecha clavada en la cabeza. Un compañero consiguió sacársela pero dejó parte de la punta dentro.

—Bien, traedlo al hospital. Le operaremos ahora mismo.

El soldado entró en el hospital inconsciente, había perdido mucha sangre y tenía una fiebre muy alta. La herida se había infectado y alrededor de la punta de la flecha había secreciones rojizas malolientes. Passer rasuró la cabeza del paciente dejando bien a la vista el lugar donde se había incrustado la flecha. Le dio de beber un anestésico y le estudió las pupilas y el pulso. Kalam le observaba con atención. Passer cogió unas pequeñas tenazas e intentó extraer la punta de la flecha pero le fue imposible. Entonces cogió un pequeño instrumento de metal con la punta muy afilada y comenzó a hacer un corte alrededor de la flecha. Muy despacio hundió el trépano hasta que pudo extraer el trozo de cráneo donde se encontraba la punta de la saeta. La sangre la limpió con vino aguado y cuando pudo comprobar que la herida estaba completamente desinfectada y limpia, la tapó con una pequeña lámina de oro que aseguró en el cráneo mediante unas pequeñas grapas del mismo metal. Volvió a limpiar la herida y la vendó con lino. El hombre permanecía inconsciente, pero respiraba con normalidad.

—Salgamos fuera, necesito tomar un poco el aire —dijo Passer.

Ya había anochecido y el campamento permanecía prácticamente en silencio. Solamente algún lejano quejido o el paso de la guardia, perturbaba la tranquilidad de la plácida noche. Una suave brisa acarició el rostro de los médicos y les reanimó, no solo de cuerpo, sino también de espíritu. Caminaron entre las tiendas y saludaron a los soldados que calentaban sus manos en las hogueras mientras charlaban.

—Dicen que Assarhaddon ha proclamado a Necao faraón de Egipto y que…

—Perdona soldado, ¿qué has dicho? —preguntó Passer, interrumpiendo a un guardia que hablaba con un compañero.

—Se comenta que el rey asirio ha nombrado a Necao faraón y este le ha jurado obediencia. Ahora Egipto no es más que otro reino subordinado al

yugo asirio.

—Esta situación durará poco, pronto nos rebelaremos contra los asirios y mataremos al traidor de Necao —dijo otro guardia.

—Es posible, pero los gobernadores del delta y varios jefes tribales también le han jurado obediencia.

—Gracias soldado, buena guardia —dijo Passer.

—Que los dioses le guarden gran maestro —se despidió el soldado con una sonrisa.

Los dos hombres caminaron en silencio durante varios minutos. Subieron a una pequeña loma, donde pudieron observar el campamento militar y parte de las murallas de la ciudad. Passer se sintió cansado y se sentó en una roca, Kalam le siguió.

—¿Crees que Assarhaddon seguirá a Taharqa hasta Napata? —preguntó Kalam.

—No creo, estas tierras le son desconocidas. Además, estas ciudades son más pobres que las del delta y más difíciles de proteger. No merece la pena viajar más al sur.

Kalam miró al gran maestro, tenía el semblante triste y los ojos vidriosos.

—Estoy cansado Kalam, cansado de curar heridas, mutilaciones y enfermedades provocadas por la guerra y la codicia humana. Soy muy anciano y sé que mis días entre los vivos acabarán pronto.

—No digas eso, aún tienes mucha vida por delante. El pueblo necesita tu sabiduría.

—Nadie es imprescindible, el día que yo falte otro ocupará mi lugar. Quizá ese alguien seas tú —dijo mirando al asirio con una sonrisa.

El *asu* le miró sorprendido.

—¿Yo? —preguntó confundido Kalam—. Disculpa maestro, pero no estoy capacitado para sustituirte.

—Tienes los conocimientos y la habilidad para utilizarlos. Has superado el exigente examen del consejo de médicos asirio, has aprendido con *shamanes* de Masagetia y Escitia. Incluso has compartido conocimientos

con los míticos yuezhi y ahora vas a perfeccionar tu formación en Egipto, el país donde nació la medicina y cuna de los mejores médicos que el mundo ha tenido. Date tiempo amigo, ahora eres un gran *asu*, pero algún día serás el mejor. En ti se va a concentrar todo el saber médico del mundo conocido —dijo Passer levantándose con gesto cansado—. Volvamos a la tienda, ya es tarde y mañana nos espera otro duro día de trabajo.

Durante el camino de regreso a la tienda, apenas hablaron. Passer sabía que Kalam estaba meditando sobre su futuro y no quería interrumpir sus pensamientos. Y era cierto, Kalam pensó en la posibilidad de convertirse en gran maestro. El más sabio de los médicos de Egipto y por tanto del mundo. Hacía semanas que no pensaba en Assarhaddon y en sus deseos de venganza. Quizá, establecerse en Napata le daría la estabilidad que el rey asirio le arrebató hacía años. Adquirir nuevos conocimientos, aprender nuevas habilidades, conocer nuevos tratamientos, en definitiva, curar a los enfermos, centraría toda su vida y no tendría tiempo para pensar en lejanas venganzas y rencores. Tal vez era el momento de olvidar definitivamente a Assarhaddon y tener una nueva vida. Kalam miró a Passer y sonrió. El gran maestre le miró con satisfacción, no necesitaba preguntarle para saber en qué estaba pensando y sobre todo, qué decisión había tomado.

Durante dos años Kalam, bajo el pupilaje de Passer, estuvo mejorando su formación como médico. El gran maestro volcó sus conocimientos en su acólito al que ya todos trataban como su futuro sucesor. Gracias a sus artes curativas y a su abnegado esfuerzo por ayudar a los demás, el asirio se había labrado una gran reputación y sus servicios eran solicitados por nobles y ricos comerciantes, aunque él, fiel a sus orígenes, no olvidaba a las clases menos favorecidas y era habitual verle en los barrios más pobres pasando consulta o entregándoles alimentos y abrigo. Trabaja infatigablemente de sol a sol y dormía únicamente lo suficiente para no caer enfermo. Más de una vez, le dijo Passer que descansara, que disfrutara un poco de la vida, que buscara a una mujer que le diera hijos, pero Kalam le miraba y le decía: «Me debo a esta gente que tanto me ha dado. Por fin, después de muchos años, he encontrado un lugar al que puedo llamar hogar.

Ahora soy feliz y se lo debo todo a este pueblo, y la única manera que tengo para agradecérselo es con mi trabajo. No necesito descansar, ni tampoco a una mujer, Damkira sigue en mi corazón, y seguirá por siempre. Lo único que necesito es ayudar a los demás para recompensar, aunque solo sea en parte, todo lo que ellos han hecho por mí». Passer no tenía nada más que decir, simplemente le miraba con orgullo. Sin duda, Kalam era el más apropiado para sucederle.

Era una mañana cálida de principios de verano. Passer se encontraba recogiendo algunas hierbas cerca del Nilo. Para él, se trataba de su momento más sagrado. Paseando solo, lejos del bullicio de la ciudad, de las preguntas de sus alumnos, de los dolores de los enfermos, podía pensar con claridad. Disfrutaba de las aves que se encontraba a su paso, del saludo de los solitarios pescadores, del fresco olor del río. Era habitual verle leyendo viejos papiros, sentado sobre una roca, refrescando sus pies descalzos en el Nilo. Así se encontraba cuando un mensajero llamó su atención.

—Gran maestro, traigo mensaje urgente de Men-Nefer.

—¿De Men-Nefer? —preguntó extrañado Passer.

—Sí, gran maestro, soy sirviente de su buen amigo Kasmir, necesita urgentemente de su ayuda, pues se encuentra gravemente enfermo.

—¿Qué es lo que tiene?

—Solo le puedo decir que lleva varios días postrado en la cama. Lo siento mi señor, pero no puedo serle de más ayuda. Su amada esposa le ruega que acuda en su ayuda apelando a sus muchos años de amistad y al enorme afecto que le profesa.

Una pequeña embarcación de pesca cruzó el Nilo. Su tripulante, un viejo pescador, saludó al médico que le respondió levantando la mano. Passer se levantó y guardó con esmero el papiro.

—Hace dos años que marché de Men-Nefer ¿cómo van allí las cosas? —preguntó Passer levantándose de la roca.

—Es un hervidero. Los asirios, como botín de guerra, han expoliado el tesoro real y lo han enviado a Nínive junto con algunas imágenes y esculturas sagradas. El gobernador asirio es un corrupto sin escrúpulos, y la guarnición asiria ha cometido cientos de abusos y tropelías quedando impunes de castigo.

Los dos hombres se dirigieron hacia la ciudad.

—¿Se temen revueltas?

—Ya ha habido alguna, pero de poca enjundia y sus líderes han sido brutalmente ejecutados, ya sabe cómo se las gastan los asirios con los que osan cuestionar su poder. El pueblo los teme, pero su paciencia no es infinita.

—Entonces no es un buen momento para viajar a Men-Nefer, ¿verdad?

El sirviente le miró con temor.

—No te preocupes, Kasmir es amigo mío desde hace años y no puedo negarle mi ayuda —le tranquilizó.

—Gracias, mi señor.

Anduvieron durante casi una hora hasta que cruzaron las murallas de la ciudad. Durante todo ese tiempo, el sirviente de Kasmir le dio los pocos detalles que conocía de la enfermedad de su señor. En cambio, sí tenía más datos sobre la complicada situación de la ciudad. El pueblo estaba cada vez más furioso con la ocupación asiria, y los egipcios se cumplían justa venganza asesinando a soldados asirios solitarios o borrachos, dejando sus cuerpos a merced de los cocodrilos del Nilo o abandonándolos en sucios callejones. Cuando el cuerpo inerte de un soldado asirio era encontrado, la represión que le seguía era brutal, y por cada soldado muerto, diez egipcios, elegidos al azar, eran mutilados y ejecutados. Fueron numerosas las violaciones y los asesinatos que cometían los asirios, quedando impunes todos sus crímenes. Las tabernas solo abrían para ellos. Los egipcios habían decido evitarlas, pues eran lugar de encuentro y borrachera de las tropas invasoras y en estado de embriaguez, los asirios eran aún más peligrosos. Insultaban, golpeaban y abusaban de todo egipcio o egipcia que se encontraban a su paso, acabando estos conflictos, no pocas veces, con un muerto en el suelo sobre un charco de sangre. Según le comentó el sirviente, numerosos jóvenes, cansados de tantos crímenes y abusos, se habían organizado y esperaban el momento que Taharqa, recuperado de su derrota, acudiera desde Nubia con sus tropas y poder así levantarse en armas contra el ejército invasor.

—Es curioso, Taharqa nunca ha tenido la simpatía de los egipcios, siempre ha sido considerado un déspota extranjero, pero ahora,

Assarhaddon ha conseguido elevarle a los altares como el faraón que los libertará del yugo asirio —dijo el sirviente.

—Por muy corrupto o tirano que sea un gobernante, siempre habrá otro que le supere y entonces, el primero, no nos parecerá tan corrupto o tirano —dijo Passer.

—Debe ser eso.

Los dos hombres entraron en La Casa de Vida donde se encontraba Kalam impartiendo una clase de anatomía utilizando un cerdo. Abierto el animal en canal, mostraba a sus alumnos algunos de los órganos principales del organismo y su funcionamiento. Passer le llamó, y el asirio salió de la sala dejando a sus alumnos entretenidos estudiando los riñones del animal.

—¿Qué ocurre maestro? —preguntó Kalam percibiendo la preocupación en su mirada.

—Tengo que viajar a Men-Nefer, un amigo está enfermo y debo ir de forma urgente si quiero salvar su vida.

—Pero el viaje es peligroso y Men-Nefer aún más. Te acompañaré.

—No, quiero que te quedes aquí con los alumnos, debes continuar con tus clases. Iré acompañado por algunos sirvientes y un par de alumnos para que me asistan si fuera necesario.

El asirio intentó protestar pero el maestro se lo impidió.

—Amigo Kalam, sé que el viaje es peligroso y arriesgado, es por este motivo por lo que no puedes acompañarme. Si algo me ocurriese, tú continuarás mi obra, pero si ambos morimos, el saber de Imhotep morirá con nosotros. Ahora ven conmigo, quiero entregarte algo.

Los dos hombres cruzaron el largo pasillo que distribuía cada una de las estancias y habitaciones de los alumnos, y llegaron a la habitación de Passer. El maestro se dirigió a un gran arcón de madera y lo abrió.

—Toma el pergamino de Imhotep, protégelo con tu vida si fuera necesario. Enriquece nuestros limitados conocimientos, investiga, estudia, experimenta, pero nunca detengas tu camino hacia la sabiduría. Nuestro conocimiento de la medicina es muy limitado, pero si cada uno de nosotros ponemos nuestro granito de arena, dentro de unos años, formaremos una sólida montaña del saber que ayudará, aunque solo sea en parte, a paliar los

no pocos sufrimientos que se ciernen sobre los hombres —le dijo Passer entregándole el pergamino.

—Pero maestro…

—Eres la persona adecuada, tómalo y acepta la responsabilidad.

Kalam cogió el antiquísimo pergamino, le temblaba todo el cuerpo. El génesis de la medicina, los cimientos del saber médico, estaban en sus manos. Miró emocionado a su maestro.

—Debo marcharme cuanto antes, dos alumnos y tres sirvientes me acompañarán. Ahora eres tú el responsable que de La Casa de la Vida —le dijo Passer cogiéndole de los hombros.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo Kalam con temor.

—Confío en ti, sigue impartiendo tus clases y estudia cada detalle del papiro, volveré lo antes posible. No tengo interés en estar en Men-Nefer más tiempo de lo meramente imprescindible.

Pocos minutos después, el maestro, acompañado por sus asistentes, partió hacia Men-Nefer. Kalam, junto a puerta de la ciudad, observó en silencio como su maestro y amigo se perdía en el horizonte. Así estuvo varios minutos hasta que le perdió totalmente de vista. Tenía el corazón en un puño. Era un viaje peligroso y Men-Nefer era una ciudad a punto de estallar. Miró a su alrededor, los alumnos de Passer, que ahora se habían convertido en sus alumnos, se habían refugiado en la ciudad, anochecía y pronto cerrarían sus puertas. Sin su maestro, se sintió solo, y unas furtivas lágrimas recorrieron sus mejillas. Respiró hondo y desechando oscuros presagios, cruzó las murallas de Napata.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XL

EL GALOPE de unos caballos le despertó. Miró por la ventana y vio varias hileras de soldados marchando hacia la puerta de la ciudad. Aún no había amanecido. Rápidamente, se vistió con lo primero que encontró y salió de La Casa de la Vida. Los soldados, perfectamente pertrechados para el combate, desfilaban con rostro serio. Varios curiosos salieron de sus casas y, en poco tiempo, una emocionada muchedumbre comenzó a aplaudir y a vitorear al ejército. Kalam observó que muchos soldados eran nubios, pero la inmensa mayoría eran egipcios. La población de Napata era de origen nubio, por lo que el color de su piel era negro y su pelo encrespado. Los pocos egipcios que vivían en ella eran mercaderes, funcionarios o soldados pertenecientes al ejército que se enfrentó a Assarhaddon hacía dos años. Kalam se preguntaba de dónde había salido ese ejército compuesto en su mayoría por egipcios. A su lado, apareció un viejo que jaleaba y animaba con vehemencia a las tropas.

—¡Vamos egipcios, expulsar de nuestras tierras a los sucios asirios! —exclamaba mientras levantaba los brazos una y otra vez.

—¿Sabe dónde se dirigen esos soldados? —le preguntó Kalam intentando ocultar su acento.

—¿Joven, acaso vives en una cueva? —le preguntó extrañado—. Se dirigen a Men-Nefer.

—¿A Men-Nefer?

El anciano miró a Kalam negando con la cabeza.

—Definitivamente debes vivir en una cueva. Hace varios días Taharqa partió hacia Men-Nefer con un poderoso ejército, su objetivo no era otro que reconquistar la ciudad y expulsar a los bastardos asirios. El pueblo,

cuando tuvo noticia de la llegada del faraón, se levantó en armas y acabó con la guarnición extranjera que allí se encontraba. El traidor de Necao ha huido a Sais y el gobernador asirio ha sido ejecutado y, según dicen, empalado en la puerta de la ciudad. Los habitantes de Men-Nefer le hicieron el trabajo a Taharqa, que entró en la ciudad sin perder ni uno solo de sus soldados.

El anciano se interrumpió para saludar a uno de los soldados.

—Espoleados por la caída de Men-Nefer, varias ciudades se han levantado en armas y han concentrado sus tropas a las afueras de Napata, esperando la llamada del faraón. ¿Acaso ni siquiera has visto el enorme contingente de tropas que estaban acampados al sur de la ciudad? —Kalam negó con la cabeza—. En fin —suspiró, rascándose la coronilla perplejo ante la ignorancia de su interlocutor—, ahora estas tropas van a reforzar la ciudad, pues se espera que Assarhaddon responda al levantamiento.

Durante las últimas semanas, Kalam apenas había salido de La Casa de la Vida. En todo este tiempo, había volcado todos sus esfuerzos en el estudio de los papiros de Imhotep y en sus alumnos, olvidándose del mundo exterior.

—¿Se sabe algo de la población civil? —se atrevió a preguntar al hombre, que le miraba como si se tratara de un ser extraño.

El anciano se encogió de hombros sin entender a qué se refería.

—Quiero decir si durante el levantamiento del pueblo contra los asirios, murieron muchos civiles —intentó explicarse Kalam.

—No lo sé, pero supongo. Según dicen, la guarnición asiria estaba compuesta por cinco mil hombres, no creo que se quedaran quietos mientras las mujeres les clavaban cuchillos de cocina o les arrojaban piedras desde las azoteas.

Kalam sintió miedo por su maestro. Posiblemente el levantamiento hubiera ocurrido cuando Passer se encontraba en la ciudad. Y no había recibido noticias suyas. Sin pensárselo dos veces, entró en La Casa de la Vida ante la indiferencia del anciano, que volvió a vitorear con energía a las tropas egipcias. Llegó a su habitación, levantó un tablero del suelo y escondió el pergamino. Luego cogió una bolsa y metió en ella lo imprescindible para realizar el viaje. Entró en la habitación de uno de los

alumnos, tocó su hombro para despertarle, y le indicó que le acompañara fuera.

—Men-Nefer se ha levantado en armas contra los asirios. Temo por la vida del maestro. Ahora mismo marcho para la ciudad.

—Voy contigo —dijo el alumno.

—No, debes quedarte aquí y continuar con mis clases. Eres el alumno más aventajado.

—Pero…

—No —interrumpió Kalam—, debo viajar solo.

Los ojos soñolientos del alumno mostraban preocupación.

—Una cosa más. Si en tres meses no he vuelto, ve a mi habitación y levanta la tabla que se encuentra debajo del arcón.

—¿Qué es lo hay allí?

—Está el pergamino de Imhotep. Si algo me pasara y no puedo volver con el maestro, estúdialo y enseña todos sus conocimientos al resto de alumnos.

—Es mucha responsabilidad.

—Son tiempos difíciles que requieren que demos lo mejor de nosotros mismos. Ahora debo marcharme.

—Que los dioses protejan tu camino y te orienten en la búsqueda del maestro.

—Que así sea —dijo Kalam, dando un abrazo a su alumno y saliendo de La Casa de la Vida.

Después de despedirse de su alumno, se dirigió a las caballerizas anexas a La Casa de la Vida y ensilló al más rápido de los caballos. Con el corazón en un puño, y temiéndose lo peor, galopó día y noche casi sin descanso, hasta que llegó a las murallas de Men-Nefer.

El sol despuntaba por el horizonte, cuando Kalam divisó las blancas murallas de la ciudad. En el exterior, habían acampado miles de soldados en espera del ejército asirio. Los soldados reían y gastaban bromas, estaban de muy buen humor. Habían expulsado a los asirios de la capital egipcia sin sufrir ninguna baja. Kalam cabalgó despacio entre las tropas, temía que le confundieran con un espía asirio. Con el corazón saliéndole de la garganta, llegó a las puertas de la ciudad donde fue detenido por la guardia egipcia.

—¡Alto! —le ordenó el soldado—. ¿Quién eres?

«Kalam el asirio», pensó sonriendo, pero no era momento para bromas.

—Mi nombre es Kalam y soy alumno del médico Passer, gran maestro de La Casa de la Vida de Men-Nefer.

El soldado le miró con desconfianza. Kalam miró a su derecha y pudo comprobar que lo que le dijo el anciano era cierto. Empalado, a pocos metros de la entrada de la ciudad, se encontraban los restos putrefactos de un hombre que sin duda, se trataba del antiguo gobernador asirio.

—¿De qué país eres? —le preguntó, mientras se acercaba a él con la mano en la empuñadura—. Tu acento me es familiar.

El corazón le latía con fuerza. Si reconocía que era asirio se podría dar por muerto pero… ¿De dónde podría decir que era?

—¡Contesta! —le espetó el egipcio, que le miraba enfurecido.

—Soy de…

—¡Soldado, trata con respeto a un alumno de nuestro hombre más sabio! —le ordenó una voz.

Kalam miró la entrada de la ciudad y sonrió. Harsiese se dirigió hacia él acompañado por varios guardias.

—¿De qué país ibas a decir que eras? —le preguntó sonriendo Harsiese.

—Escitia. Es un placer verte, gran visir.

—Ja, ja, ja en tal caso te habrían confundido con un espía asirio y el guardia te habría atravesado con su cimitarra —le dijo, mientras le saludaba desde el caballo.

—Debo agradecerle a los dioses tu presencia justo en este momento.

Harsiese bajó del caballo.

—Demos un paseo fuera de la ciudad.

Kalam descabalgó y comenzaron a andar junto a la muralla.

—Dime Kalam, ¿qué has venido a hacer aquí? Te creía en Napata junto con Passer.

—Hace varias semanas, el gran maestro recibió un mensaje. Un amigo suyo llamado Kasmir estaba gravemente enfermo y necesitaba de sus servicios. Passer vino a Men-Nefer a auxiliarle y desde entonces, no hemos tenido noticias suyas —le dijo Kalam preocupado.

—A Kasmir le conozco, pero hace años que no sé nada de él, en cuanto a Passer, no he tenido ninguna noticia suya desde Napata.

El asirio miró al suelo preocupado.

—Kasmir vive cerca del templo de Path. Vamos, te acompañaré —le dijo Harsiese subiendo en su caballo—. No temas por el maestro, seguro que se encuentra en buen estado. Si está en Men-Nefer lo encontraremos.

Kalam le miró agradecido. Montados en sus caballos entraron en la ciudad. Después de cabalgar durante varios minutos, llegaron a la casa de Kasmir. Nervioso, Kalam bajó de su caballo y llamó a la puerta. Nadie respondió, volvió a llamar y se oyeron unos pasos lejanos. Poco después, la puerta se abría y un rostro familiar apareció ante él.

—¿Me recuerdas? —preguntó Kalam—. Soy el alumno de Passer, tú eres el siervo que solicitó su ayuda.

El hombre que se encontraba ante el asirio tenía el semblante triste, aún así, forzó una sonrisa y le contestó.

—Eres Kalam, ¿verdad?

—Así es, vengo en busca de mi maestro, desde que vino contigo no hemos tenido noticias suyas.

—Pasad por favor. ¡Oh!, lo siento gran visir pero no…, no le había visto —dijo avergonzado el hombre, que no se había percatado de la presencia de Harsiese—. Es un gran honor…

—No te preocupes —dijo el visir bajando de su caballo.

Entraron en un amplio patio. En el suelo se encontraban los restos de lo que en su día habían sido unas bellas esculturas, y los tapices que cubrían paredes y ventanas, habían sido rajados o directamente descolgados. En el centro del patio, se encontraba una hermosa fuente de la que emanaba un pequeño chorro de agua. Los hombres se sentaron sobre unos bancos de piedra. El sirviente se disculpó y al poco tiempo volvió con una bandeja con infusiones y algo de comida.

—Siento no poder ser más generoso con tal ilustres invitados, pero es todo lo que queda en la casa —dijo el hombre con pesar, mientras les servía una infusión de hierbas.

—¿Dónde está Passer? —preguntó Kalam, cuando el sirviente hubo terminado de atenderles.

El sirviente negó con la cabeza.

—No lo sé con seguridad, mi señor.

—Se supone que te acompañó desde Napata hasta aquí ¿no es verdad? —preguntó Harsiese.

—Y así fue, pero en la puerta de la ciudad nos separaron.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Kalam.

—Todavía Men-Nefer se encontraba bajo el yugo asirio. Cuando llegamos a la entrada de la ciudad, la guardia asiria nos detuvo y nos preguntaron quiénes éramos. Yo les contesté que era el sirviente de Kasmir y me dejaron entrar, pero cuando el maestro se identificó, le detuvieron y se lo llevaron.

—¿A dónde? —preguntó Kalam levantándose de un salto.

El hombre intentó hacer memoria.

—Passer era el único que podía curar a mi señor, sin su ayuda moriría. Cuando nos separamos, me dirigí todos los días a los cuarteles asirios para preguntar por él. Los soldados me respondían con insultos y golpes, pero un buen día, uno de ellos tuvo a bien responderme.

—¿Qué te dijo? —preguntó expectante Kalam.

—No sé si lo que comentó era cierto o simplemente quería perderme de vista, pero me dijo que se habían llevado al maestro a Nínive.

—¿A Nínive?

—Esa fue la información que me dio el soldado pero, sinceramente, no sé si era cierta.

—Es lo único que tenemos ¿habría alguna manera de comprobar si lo que dijo el soldado es verdad? —le preguntó Kalam al visir.

Harsiese negó con la cabeza.

—Todos los asirios fueron ejecutados.

Los viejos fantasmas volvieron a la mente de Kalam. Si era cierto que su maestro estaba en Nínive, no tenía otra opción que volver a la ciudad origen de su desgracia. Y era muy probable que Passer estuviera muy cerca de Assarhaddon. ¿Quién si no él iba a ordenar la detención del más sabio entre los sabios? No tenía más indicios del paradero de su maestro. Si en pocos días no tenía más información, volvería a la capital asiria.

—¿Qué les ocurrió a los asistentes que le acompañaban? —preguntó Kalam, recordando que Passer no fue solo a Men-Nefer.

El sirviente negó con la cabeza.

—Lo desconozco mi señor, pero es posible que se los hubieran llevado a Nínive junto al maestro.

—Por todos los dioses que les encontraremos —le dijo Harsiese tocándole el hombro.

El asirio intentó sonreír pero no lo consiguió, entonces miró al sirviente y vio que sus ojos estaban velados por una enorme tristeza. Estaba tan obcecado en su búsqueda, que no había tenido la sensibilidad suficiente para ver el dolor que sentía aquel pobre hombre en su corazón. Miró a su alrededor y observó como la hermosa casa de Kasmir había sido asaltada, y por todas partes, había objetos rotos y muebles tirados por el suelo. Sintió vergüenza cuando se dio cuenta de que ni siquiera le había preguntado por el estado de su señor.

—¿Cómo se encuentra Kasmir? —preguntó Kalam con voz queda.

—Murió.

—Lo siento —logró decir el asirio.

—Pocos días después de nuestra llegada, murió en la cama. Y debo darle gracias a los dioses por ahorrarle el sufrimiento de ver su casa invadida por los asirios.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Harsiese.

—Cuando se produjo el levantamiento, nuestra casa fue atacada por las hordas asirias, que conscientes de que pronto iban a ser expulsados, buscaban algo de valor antes de volver a su tierra. Entraron como salvajes atacando a todo aquel que se encontraba a su paso. Yo sufrí un fuerte golpe en la cabeza y cuando desperté, encontré a mi señora muerta junto a sus hijas. Algunos sirvientes consiguieron huir pero muchos otros murieron. La ciudad fue un auténtico infierno hasta que murió el último de los asirios.

Kalam se levantó y tocó el hombro del sirviente, que le sonrió agradecido.

—Debo marcharme, tengo que encontrar alguna pista, indicio, no sé, algún rastro del maestro. Si es cierto que ha sido deportado a Nínive, corre serio peligro. No debo perder un minuto.

—Enviaré mensajeros a todas las ciudades que no estén bajo la dominación asiria. Dame unos días antes de partir hacia Nínive —le dijo el visir.

—Espero que le encontréis. Es un gran hombre, arriesgó su vida por salvar la de un amigo. Os deseo suerte.

El asirio le miró agradecido y salió de la casa acompañado por el visir.

Con la única compañía de su caballo y cargando en sus alforjas con lo indispensable, Kalam emprendió el viaje hacia su pasado. Los peores augurios se hicieron realidad, y los distintos espías y mensajeros de Harsiese confirmaron la información que les proporcionó el sirviente de Kasmir. Aunque desde Asiria habían intentado ocultarlo, el rey Assarhaddon se encontraba gravemente enfermo. Según los datos que habían llegado a Harsiese, sufría una extraña enfermedad que le provocaba fuertes dolores de oído, vómitos, diarreas y erupciones por todo el cuerpo, que incluso, le habían desfigurado parcialmente el rostro. Ninguno de los médicos y sacerdotes que le habían tratado consiguieron una mínima mejora en su enfermedad y el rey, cada día que pasaba, se encontraba en peor estado. La fama de gran médico de Passer le precedía y cuando se identificó en la puerta de Men-Nefer, el oficial de guardia, que había oído hablar de él, lo retuvo hasta que el gobernador, ansioso por ganarse el favor de Assarhaddon, lo envío escoltado a Nínive. Harsiese también informó a Kalam de la muerte de Imashar. Según le comentaron, ajusticiado delante de todo el ejército acusado de conspirar contra su majestad. El asirio lloró la muerte de su amigo y se sintió culpable, si él no hubiera solicitado su ayuda, el viejo médico seguro que seguiría vivo. Su odio hacia Assarhaddon había provocado demasiadas muertes.

Kalam siguió la ruta fenicia y después de cruzar el delta del Nilo, el Sinaí y evitar Gaza, ciudad aliada de los asirios, se dirigió a Tiro, dónde buscaría trabajo en alguna de las caravanas que se dirigen a Nínive. Se encontraba agotado. Varias semanas de viaje le habían dejado exhausto. Llegó a la ciudad costera de Tiro al anochecer y, a cambio de unas pocas monedas, consiguió comida caliente y un catre en una cuadra. Durmió de

un tirón hasta que los rayos de sol comenzaron a acariciarle la cara. Desayunó con avidez, tomó un largo baño y se rasuró el rostro. Limpio, aseado y sobre todo, descansado, se dirigió hacia las numerosas caravanas que acampaban a las afueras de la ciudad. Buscaba una que se dirigiera directamente a Nínive, haciendo el menor número de escalas posible, pues deseaba llegar cuanto antes a la capital asiria. Se acercó a varios jefes de caravana, pero ninguno se dirigía a Nínive o si lo hacían, sería pasados varios meses. Desanimado, probó suerte en una caravana de telas que procedía de Arabia.

—No me dirijo a Nínive, los árabes no somos bien recibidos en tierras asirias, nuestra caravana marcha hacia el oeste siguiendo la costa egipcia, lo siento —dijo el jefe que guiaba a la caravana.

—Muchas gracias, que los dioses os protejan durante vuestro viaje —le dijo Kalam decepcionado.

Cabizbajo, continuó su camino en busca de su ansiada caravana.

—¡Un momento, espera!

Kalam se giró y vio que el jefe de la caravana se dirigía hacia él.

—Acabo de recordar una caravana que sí se dirige a Nínive, han acampado cerca de la costa. Su jefe es muy hábil y ha montado las tiendas entre la ciudad costera y la fortificada. Dirígete hacia la fortaleza, no tiene pérdida.

—Gracias amigo —le dijo Kalam dándole la mano.

Se encaminó hacia la costa y enseguida encontró lo que buscaba. Era una gran caravana compuesta por varias decenas de camellos, mulas de carga, caballos y rebaños de ovejas y cabras. En varias hileras, habían instalado numerosas tiendas y tenderetes, y el olor a especias y comida, impregnaba todo el mercado. El bullicio era enorme y centenares de personas compraban, paseaban o simplemente curioseaban los artículos que allí se mostraban. Kalam se topó con una patrulla asiria, pero no tuvo mayores problemas y saludó con naturalidad a los soldados. Se dirigió hacia uno de los tenderetes y preguntó por el jefe de la caravana. El comerciante, un anciano de nariz aguileña y rostro avaro, estaba más interesado en venderle alguna de sus baratijas que de darle la información que había solicitado. Kalam se vio obligado a comprarle un viejo anillo de bronce

para que le facilitase la información y el anciano, feliz por su venta, le indicó dónde se encontraba el hombre que mandaba la caravana. Cruzó el mercado y se dirigió hacia una gran tienda acampada bajo la sombra de una enorme palmera. Era una zona tranquila, alejada del ruido y el bullicio. Varios guardias la custodiaban.

—Saludos señores, mi nombre es Kalam y quiero ver al jefe de la caravana.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con indiferencia uno de los guardias.

—Quiero pedirle trabajo.

El guardia le miró con desprecio.

—No hay trabajo para ti.

—Insisto en verle.

—No te compliques la vida, amigo —dijo otro guardia, mostrándole el brillo de su espada.

Kalam levantó las manos y se apartó prudentemente de la tienda.

—Está bien, no quiero problemas —dijo Kalam en tono conciliador alejándose de los guardias.

—¡Kalam! —exclamó una voz en el interior de la tienda.

La entrada de la tienda se abrió y apareció un hombre de mirada bondadosa y bien entrado en carnes, que le sonreía de oreja a oreja.

—¡Por todos los dioses egipcios, no me lo puedo creer! —exclamó el jefe de la caravana extendiendo los brazos.

—¡Amigo Kargicheng qué agradable sorpresa! —dijo sonriendo Kalam, fundiéndose con el mercader en un efusivo abrazo.

—¡Cuánto tiempo, es increíble! —exclamó el yuezhi negando con la cabeza, sin poder creer que se encontraba delante de su amigo asirio—. Pero entra en la tienda, ordenaré que nos traigan algo de beber y de comer. Vive dios que este encuentro hay que celebrarlo.

Entraron en la tienda ante la mirada de sorpresa de los guardias. Kargicheng se sentó sobre unos cojines y Kalam en un cómodo escabel. El yuezhi sabía cómo cuidarse. Al poco tiempo, dos sirvientes llevaron bandejas con carne de cabra, queso, pescado a la parrilla y tinajas con vino y cerveza. El comerciante estaba feliz por el encuentro con su amigo.

—Cuando nos separamos en Harran pensé que nunca más volvería a verte. Sinceramente, creía que estabas muerto —dijo Kargicheng mientras bebía un trago de vino.

—Me han ocurrido muchas cosas durante estos años, pero los dioses todavía tienen a bien mantenerme con vida.

—¿Sigues pensando en matar a Assarhaddon?

Kalam miró su copa pensativo y recordó la promesa que le hizo a Passer.

—No, ya no quiero vengarme del tirano, simplemente quiero vivir en paz.

El mercader comenzó a reír a carcajadas.

—¡Por el dios de los medos, no sé quién ha conseguido quitarte esa idea de la cabeza, pero alabado sea todos los años que le queden de vida! —exclamó eufórico.

—Ese es el motivo por el que me dirijo a Nínive.

—¿A Nínive? —Kargicheng sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Su nombre es Passer y…

—Es el gran maestro de La Casa de la Vida de Men-Nefer —continuó Kargicheng—. He oído hablar de él, es un hombre sabio.

—Efectivamente, en los últimos años he estado estudiando en su escuela, pero las tropas asirias lo arrestaron y lo han enviado a Nínive.

—¿Por qué?

—Assarhaddon se encuentra gravemente enfermo y nadie ha dado con la cura. Además, —Kalam hizo una pausa, tenía un nudo en la garganta— ejecutó a Imashar, y Passer es considerado como el más sabio entre los médicos del mundo conocido.

Kargicheng sintió un hondo pesar.

—¿Imashar, muerto?

—Fue por mi culpa, me ayudó en mi ciega idea de matar a Assarhaddon y este lo descubrió. Pagó con su vida mi egoísmo y sinrazón —contestó emocionado.

El mercader se levantó y se dirigió hacia el abatido Kalam.

—No te aflijas, el destino lo ha querido así. No debes culparte de todo lo que ocurre a tu alrededor. Lo importante es que has abandonado la idea de matar a Assarhaddon y que ahora puedes centrarte en ser feliz —le dijo tocándole el hombro.

—Gracias amigo.

El olor a incienso de la tienda relajó al asirio, que se encontraba de mejor ánimo después de hablar con el mercader. Bebió un poco más de vino y sonrió. Kargicheng comenzó a andar por la tienda tocándose la barbilla.

—Entonces, supongo que buscabas una caravana para poder viajar más seguro hasta Nínive, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Bueno, pues ya la has encontrado. Después de largos meses de peregrinaje, vuelvo a Gushi y Nínive es parada obligatoria.

Kalam sonrió agradecido.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar a la ciudad? La vida de Passer está ligada a la de Assarhaddon y si este muere, no me extrañaría que el maestro fuera ejecutado, y más ahora que Men-Nefer se ha rebelado y ha expulsado a los asirios.

—No sabía que Men-Nefer se hubiera sublevado. Menos mal que mi ruta finaliza en Tiro, no creo que sea conveniente viajar mucho más al sur —el mercader se sirvió otro vaso de vino—. Solo tengo que hacer negocios en dos ciudades antes de dirigirnos a Nínive, una es Ugarit y la otra es Harran.

El mercader percibió el semblante triste del asirio.

—Pero ya estoy un poco cansado y quiero volver a casa cuanto antes. No iremos a Ugarit, solo hay pescadores y campesinos. Poco negocio hago cuando instalo allí mis tiendas y mercados. No, no merece la pena. Iremos a Harran y después a Nínive.

—Gracias de nuevo, no sé cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—Ya lo has hecho, recuerda que un buen día te dije que con verte con vida, habrías pagado con creces todo lo que según tú me debes, que es nada.

Pocos días después marcharon a Harran. Cruzaron las ruinas de Sidón y Biblos, remontaron el río Orantes, vadearon la ciudad de Ugarit y atravesaron el Éufrates hasta que tuvieron a la vista las murallas de la ciudad de Harran, consagrada al dios-luna Sin. Estaban a pocos kilómetros, cuando Kargicheng ordenó acampar. Pronto anochecería y sería mejor llegar a la ciudad a plena luz del día. No obstante y como era habitual en él, envió a un jinete para que le informara de la situación de la ciudad y del número de caravanas que ya estaban instaladas. «La información es poder y hay que ser prudente antes de llegar a una ciudad, ya que nunca sabes con qué te puedes encontrar —comentaba el mercader—. Es necesario saber si su situación, tanto política, como económica, ha cambiado y naturalmente debemos conocer nuestra competencia: cuántos mercados se han instalado, cuánto tiempo van a estar, con qué productos comercian, qué precios tienen, etc. Sin esta información previa a la entrada de una ciudad te puedes encontrar con que ha sido saqueada por sus enemigos y ahora es una ciudad muerta, cultivo de enfermedades, o en el peor de los casos, corres el riesgo de ser tú el saqueado».

Se encontraba Kargicheng degustando unos dátiles junto con Kalam y varios de sus administradores, cuando el jinete que había enviado a Harran, entró en la tienda.

—Mi señor, traigo noticias de Harran —dijo el mensajero.

—Te ordené que pasaras allí la noche y no volvieras hasta que te informaras de todos los datos que te he pedido —le increpó serio el mercader—. En fin, el personal cada día funciona peor.

—Lo sé, mi señor, pero la urgencia de mis noticias ha apremiado mi regreso.

—Habla entonces —ordenó.

El jinete miró con deseo una jarra de vino y Kargicheng le autorizó para que se sirviera un vaso. Después de llenarse dos, parecía que el mensajero ya estaba en disposición de hablar.

—Mi señor, lo que a la distancia parecían decenas de caravanas, eran las tropas del rey Assarhaddon.

Todos se miraron con sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kargicheng.

—Antes de llegar a Harran, me he topado con varias patrullas asirias. Todas ellas me han confirmado que se dirigen a Men-Nefer, a sofocar una revuelta. Son decenas de miles de soldados, mi señor.

—¿Quién las dirige? —preguntó Kalam.

—El rey en persona.

Las palabras del mensajero confundieron a Kalam. Si el rey estaba preparado para dirigir otra campaña contra Egipto, no estaría tan enfermo como le habían informado. ¿Se encontraría Passer con él? ¿Le habría ejecutado, una vez que le hubiera curado de su enfermedad? Kalam desestimó esta posibilidad, si Passer hubiera salvado la vida del rey, era seguro que le mantendría con vida, pues matándole, hubiera ofendido a los dioses. El asirio sonrió, él también había salvado su vida y como pago, Assarhaddon intentó arrebatarle la suya.

—Si Assarhaddon está en Harran es muy posible que Passer, en el caso de que siga con vida, esté con él —dijo Kalam.

—Mañana al amanecer, enviaré un mensajero para que recabe toda la información posible. De momento, seguiremos aquí acampados hasta que tengamos más información.

—Iré yo —dijo Kalam.

—Es peligroso.

—Sé cómo conseguir la información que necesitas. Marcharé al alba y volveré antes del anochecer.

Kargicheng no tuvo más remedio que aceptar su propuesta. Sabía que era un hombre obcecado y que no daba su brazo a torcer. Y así fue como, al día siguiente, y antes de que despuntara el alba, Kalam, montado a caballo, se dirigió hacia la ciudad de Harran en busca de alguna información de su maestro.

Un mar de tiendas de campaña rodeaba la ciudad. Miles de soldados componían el ejército asirio dispuesto a reconquistar la ciudad arrebatada. Kalam se dirigió a una de las patrullas que vigilaba los alrededores del campamento. Varios soldados de rostro cansado y quemado por el sol, hacían guardia bajo una pequeña lona que les proporcionaba una escasa sombra.

—Saludos, soldados.

Le miraron con indiferencia.

—¿Qué quieres? —le preguntó toscamente el oficial al mando.

—Mi nombre es Afarat y aunque vengo de lejanas tierras, soy asirio como vosotros. Después de un largo viaje me dirijo a Nínive, para poder disfrutar de los encantos de mi mujer…, ya me entiendes —el soldado sonrió—. Pero antes, tengo que hacer parada en Harran para ofrecer libaciones y sacrificios al dios-luna Sin, como muestra de gratitud por su protección durante mi viaje. Al ver un ejército tan poderoso acampado tras sus murallas, me he preguntado si es posible entrar en la ciudad.

—No hay problema, puedes entrar y hacer los sacrificios que estimes oportunos.

—Tengo en mis alforjas algo de vino cuyo peso agota a mi caballo. No sé si estáis interesados en compartirlo con este cansado viajero —dijo Kalam sonriendo.

Los soldados le miraron con atención.

—Naturalmente, baja del caballo y demos buena cuenta de ese vino —dijo el oficial.

Kalam descabalgó y de una de sus alforjas, extrajo un odre de vino. Para ganarse su confianza, y que los soldados pudieran comprobar que no estaba envenenado, le dio un largo trago y luego se lo entregó al oficial de guardia, que bebió con avidez antes de pasárselo a otro compañero. En pocos minutos dejaron seco el odre y Kalam sacó otro de la alforja.

—¿A dónde os dirigís? —preguntó Kalam, aunque ya conocía la respuesta.

—A Men-Nefer, esos perros egipcios se han rebelado y han masacrado a nuestras tropas. Esta vez les daremos un escarmiento —le dijo el oficial.

—Espero que, en esta ocasión, nuestro amado rey tenga a bien reducirla a cenizas.

—Sería una pena, pues es muy bella, pero tienes razón, habría que borrarla del mapa.

—Parece que conoces la ciudad, ¿acaso has estado allí? —preguntó Kalam.

—Claro —respondió orgulloso—. De hecho, estuve allí hasta hace pocas semanas.

—Entonces te has librado por poco de la revuelta.

—Nos ordenaron que acompañásemos a un egipcio a Nínive y eso, seguramente, me salvó de morir en las calles de Men-Nefer, pues pocos días después, comenzó la matanza.

Kalam casi se atraganta, y el oficial aprovechó para arrebatarle el odre y darle un generoso trago.

—¿Un egipcio? —preguntó Kalam.

—Creo que era un sabio o médico, no sabría decirte. Era un hombre mayor y distinguido.

El corazón de Kalam latía con fuerza, intentó reprimir su emoción para no despertar sospechas.

—¿Y por qué lo llevasteis a Nínive?

El oficial se levantó y con un gesto con la cabeza indicó a Kalam que le acompañara. Quería hablar con él sin ser oído por sus compañeros, a los que entregó el odre para tenerlos entretenidos.

—El rey se encuentra muy enfermo. Desde palacio lo han intentado ocultar, pero no lo han conseguido. Creo que el egipcio es el único que puede curarle.

—Pero Assarhaddon está aquí ¿verdad?

—¿Tú cómo lo sabes? —inquirió suspicaz el oficial.

—La verdad es que no lo sé, pero tratándose de un ejército tan poderoso y una campaña tan importante como es reconquistar Egipto, he pensado que, en el caso de que Assarhaddon se encontrase en buen estado, dirigiría las tropas.

—En parte eso es lo que pretenden —dijo más tranquilo.

—¿Qué quieres decir?

El oficial miró hacia sus soldados que bebían del odre sin prestarles la mínima atención.

—Assarhaddon sigue gravemente enfermo, pero hace ver que dirige la campaña para que todo el mundo piense que se encuentra en perfecto estado.

—¿Tan mal está?

—Dicen que pronto se reunirá con su amado Shamash.

—¿El egipcio no ha podido hacer nada por su vida?

—Lo único que sé es que está día y noche con él, pero creo que el rey no ha mejorado de su estado, o por lo menos eso se comenta.

—Entonces el egipcio se encuentra en Harran junto con Assarhaddon ¿verdad?

—Supongo que sí.

Los soldados habían acabado el odre y miraban con interés las alforjas de Kalam. Uno de ellos se dirigió hacia el caballo y tuvo que ser detenido por el lejano grito del oficial.

—Será mejor que volvamos o esos serán capaces de beberse hasta la sangre de tu caballo.

Kalam se despidió de los soldados no sin antes entregarles el tercer odre de vino que transportaba. Los militares le abrazaron y se despidieron efusivamente de él, no obstante, les había alegrado la guardia. Con la información que le había proporcionado el oficial, se dirigió hacia las puertas de la ciudad con la esperanza de que Passer, se encontrara tras ellas velando por la salud del tirano. Cruzó las puertas sin dificultad y entabló conversación con varios paisanos y soldados, buscando más información sobre el maestro y el estado de salud del rey. Al principio la gente era reacia a hablar, pero no hay nada como invitar a vino para soltar las lenguas más herméticas. De esta forma, Kalam averiguó que Assarhaddon se hospedaba en el palacio del gobernador, y que eran ciertos los rumores de su enfermedad, aunque sus efectos variaban mucho dependiendo del informador. En lo que coincidían todos era en su gravedad, parecía que los dioses tenían prisa por pedirle cuentas debido a sus numerosos pecados. Era media mañana, Kalam carecía de algún plan y debía actuar con prontitud. Se dirigió al mercado buscando el bullicio de la gente. Quizá el caos reinante entre las tiendas, tenderetes y puestos de cocina ambulante, despertara su bloqueada imaginación y encontrara algún modo de rescatar a Passer y salir con vida de la ciudad.

Paseó entre las tiendas curioseando entre las distintas mercancías hasta que se detuvo frente a una tienda de sandalias, telas y ropa de alta calidad. Le llamó la atención una túnica de lino blanco finamente adornada con elementos geométricos de color azul, y rematada con flecos de seda del mismo color. Se tocó la cara y sintió la barba de sus mejillas. Entonces se le

ocurrió una idea, era descabellada, pero era la única que tenía. Después de regatear durante varios minutos con el comerciante, Kalam compró la túnica y unas sandalias de cuero y se dirigió a la casa de baños. Se lavó, rasuró el rostro, cortó el pelo y se vistió con su nueva túnica. Se miró en un espejo de bronce pulido y quedó satisfecho con el resultado. Pagó al barbero, respiró hondo y sin pensárselo dos veces, se dirigió al palacio del gobernador. A pesar de su cojera y su cicatriz en la cara, nadie hubiera dudado que se encontraba ante un hombre de buena cuna, un rico comerciante o un importante funcionario. Cruzó la calle principal de la ciudad y llegó a una gran plaza rematada por una escalinata, que guiaba a la entrada del palacio. Miró a su alrededor y se dirigió hacia los soldados que montaban guardia en la puerta.

—Saludos, mi nombre es Afarat, he sido llamado por mi maestro Passer —dijo Kalam todo lo sereno que pudo.

—¿Quién has dicho que eres? —le preguntó el oficial de guardia.

—El rey Assarhaddon está gravemente enfermo y está siendo tratado por el sabio Passer. Su enfermedad es muy extraña y el maestro ha solicitado mi ayuda ¿cuál es el problema?

El oficial miró a sus soldados sin saber qué hacer.

—¿Acaso no es cierto que Assarhaddon está enfermo?

El soldado asintió.

—¿Y acaso no hay un egipcio llamado Passer tratando su enfermedad?

Volvió a asentir.

—Entonces, ¿cuál es el problema? El rey está muy grave y yo estoy aquí perdiendo valiosos minutos dando explicaciones no sé muy bien porqué. Si por casualidad el rey muriera ahora mismo, ¿a quién crees que culparán de su muerte? —Kalam pudo ver el miedo en los ojos del soldado —. Efectivamente, culparán al oficial que impidió la entrada al *asu*, que posiblemente, portara la cura.

—No sabía que el egipcio había pedido ayuda —se justificó el guardia.

—Que no te informaran no significa que la ayuda no fuera pedida.

—Espera un momento aquí —dijo el oficial y entró en palacio.

El corazón le latía con fuerza. Sutilmente se secó el sudor que corría por su frente. Tenía la boca seca y la sensación de que iba desmayarse en

cualquier momento. Los minutos que tardó en volver el oficial se le hicieron eternos.

—Entra, el gobernador quiere verte —dijo el oficial franqueándole la entrada.

—Gracias, le hablaré de ti a su majestad.

El oficial le miró con aprehensión, sin tener muy claro el significado de sus palabras. Kalam entró en palacio escoltado por el soldado y dos hombres más de la guardia. Llegaron a una antesala previa a la sala de audiencias. Estaba adornada con bellos tapices y esculturas de distintos dioses. Un relieve, en el que se representaba la escena de la caza de un león, decoraba la pared principal. Kalam, escoltado por la guardia, tomó asiento en un escabel y esperó la llegada del gobernador. Hacía un calor horrible o al menos eso le parecía. Intentaba aparentar calma ante la inquisitiva mirada del oficial, que no dejaba de mirarle.

—Espero que el gobernador no tarde mucho —dijo con soberbia Kalam.

—El gobernador tardará lo que tenga que tardar —dijo en tono hostil el oficial.

Kalam no volvió a abrir la boca. Por suerte para él, pocos minutos después, un asistente les informó que el gobernador Mushukib les esperaba en la sala de audiencias. Cruzaron una gran puerta de cedro y entraron en la estancia. Sentado en un trono de madera, ricamente decorado con piedras preciosas y bañado en oro, se encontraba Mushukib, gobernador de la ciudad de Harran. Kalam fue dirigido ante él.

—Saludos, gran gobernador —dijo Kalam postrándose.

—Saludos, Afarat, tengo que reconocer que tu visita es toda una sorpresa, nadie en palacio conoce de tu existencia.

—¿Tampoco Passer? —preguntó Kalam, esperando que su maestro recordara su antiguo nombre de esclavo.

El gobernador sonrió. A pesar de los innumerables esfuerzos por ocultarlo, eran muchos los que estaban al corriente del estado de salud del rey, pero pocos los que conocían la existencia del médico egipcio.

—Eso es lo más curioso, cuando le hemos informado de tu presencia parecía que no te conocía, pero de pronto, ha reconocido tu nombre y ha confirmado que te ha hecho llamar. El problema es que no ha sabido

decirnos a quién le ha solicitado que te busquen. Ubalimet, sacerdote del templo de Shamash, que solo se separa del rey para realizar sacrificios, asegura que nadie ha solicitado tu presencia y los generales Kishdar y Hitman tampoco saben quién eres.

Los soldados se acercaron a él con las espadas desenfundadas. Al asirio le flaqueaban las piernas, estaba perdido y lo sabía.

—¿Quién eres? —gritó el gobernador levantándose del trono—. ¡Habla ahora mismo u ordeno a la guardia que te ejecute aquí mismo!

Kalam no tenía más opciones, su plan había fracasado y de nada serviría continuar con la farsa.

—Mi nombre es Kalam y fui medico de su majestad. Assarhaddon me conoce y sus generales también.

El gobernador le miró con curiosidad y se dirigió hasta él.

—Por tu bien, espero que ahora sí digas la verdad. Soldados, llamad a los generales Kishdar y Hitman —ordenó el gobernador—. Y quitadme a este impostor de mi vista.

El oficial de guardia golpeó con fuerza a Kalam, que cayó al suelo. En volandas, fue llevado por dos soldados a los calabozos, que se encontraban en la parte trasera del palacio. Allí estuvo preso durante varias horas, hasta que los mismos soldados que le encerraron, le condujeron de nuevo a la sala de audiencias. Cuando llegó, se encontró frente a los generales Hitman y Kishdar que le observaban con atención.

—Generales ¿reconocéis a este hombre? —preguntó el gobernador.

Hitman se acercó a él. La última vez que le vio, estaba embadurnado de barro y tenía los ojos inyectados en sangre. Aquel hombre que se encontraba delante de él era completamente distinto. Tenía la mirada serena y cristalina, además, vestía como un rico comerciante. Pero su cicatriz y su cojera al andar le delataron.

—¿En verdad eres Kalam, el hombre que atentó contra su majestad en Egipto? —le preguntó.

—Tú me conoces, sabes que fui su *asu* hasta que decidió enviarme a una muerte segura durante la campaña contra los cimerios —le respondió.

—Imashar me contó tu historia antes de ser ejecutado —dijo con pesar Hitman.

—Bien señores, confirmada su identidad, ordenaré que sea ejecutado lo antes posible —dijo el gobernador.

Varios guardias se dirigieron a Kalam pero Hitman les detuvo.

—¡Deteneos! —exclamó.

—¿Qué ocurre Hitman? Este hombre atentó contra Assarhaddon y si se encuentra en Harran es para volver a intentarlo —dijo Kishdar.

—He venido a rescatar a mi maestro de su encierro y poder llevármelo a Egipto. Ya no quiero matar a Assarhaddon, es más, quiero olvidarle de mi memoria —dijo Kalam.

—Este hombre salvó la vida de Assarhaddon hace diez años, cuando ningún médico daba un siclo por su vida. Ahora la providencia ha dirigido sus pasos hasta Harran para que vuelva a curarlo. Él es el único que puede salvar a nuestro rey —dijo con vehemencia Hitman.

Kishdar y el gobernador se miraron sin saber muy bien qué hacer, Kalam les observaba con atención, pues su vida dependía de su decisión. Hitman se le acercó y sonriéndole, le dio unas palmaditas en el hombro. Parecía que se había ganado la simpatía del general.

—Está bien, al fin y al cabo no tenemos nada que perder —accedió finalmente el gobernador—. Kalam, ayudarás al egipcio a curar al rey. Si su majestad muere, tú y tu maestro seréis ejecutados, pero si sobrevive, será el rey quien decida vuestra suerte. Lleváoslo con el egipcio.

—Yo mismo le llevaré a su estancia —dijo Hitman.

Acompañado por Hitman y varios guardias más, Kalam fue llevado hasta la habitación de Passer. Cruzaron varios pasillos y salas hasta que llegaron a la zona noble del palacio, donde se encontraban las dependencias reales. Anexa a la habitación del rey y custodiada por cuatro soldados, se encontraba la habitación del egipcio. La noche estaba bien avanzada y según sus costumbres, Passer ya se encontraba en cama cuando Hitman abrió la puerta. El egipcio apenas se sobresaltó, pues estaba acostumbrado a que le despertaran a altas horas de la madrugada para atender a su majestad.

—¿Le ocurre algo al rey? —preguntó soñoliento.

—No, te hemos traído una visita —respondió Hitman.

Le pareció ver una figura conocida, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz que entraba por la puerta.

—Maestro, soy Kalam —dijo sonriendo Kalam, feliz por encontrarse con Passer.

El anciano estaba desconcertado, la última persona que esperaba ver en Harran era Kalam. No se alegró de ver a su alumno, sino todo lo contrario.

—¿Qué haces aquí? Te encomendé una tarea más importante en Egipto —dijo enfadado el maestro, mientras se incorporaba de la cama.

—Pero maestro, yo…

—¡No, no, no! Has puesto en peligro tu vida para nada. Has sido impulsivo e imprudente. Tu misión era otra, no debiste haber venido. Hitman miraba la escena atónito. Era evidente que esos hombres tenían mucho de qué hablar y el general prefirió dejarles a solas y salió de la habitación junto con la guardia. Ya solos, Passer tuvo más libertad para hablar.

—Tu misión era salvaguardar el papiro de Imhotep y continuar con tus estudios, no estar aquí.

—Pero maestro, aquí corres peligro y he venido para llevarte a Egipto —intentó justificarse Kalam.

—Deberías ser más alto de miras. Si yo muero tú continuarás mi obra, pero si morimos los dos, ¿quién la continuará? Cientos de años de conocimientos médicos se perderían. No, Kalam no, has sido muy imprudente y salvo que los dioses nos ayuden moriremos con Assarhaddon.

—¿Qué quieres decir?

—El rey está muy enfermo y mis tratamientos han sido inútiles. Cada día se encuentra más débil y pronto morirá.

No eran buenas noticias, la vida de Assarhaddon estaba ligada a la del egipcio y ahora también a la de Kalam. El asirio vio la decepción en los ojos de su maestro, más interesado en salvaguardar los ancestrales conocimientos médicos de los egipcios, que en su propia vida. Desvelado e inquieto, Passer se vistió.

—Ya que estás aquí, veamos si puedes ayudar en algo —dijo, sin ocultar su irritación.

Kalam estaba triste, había decepcionado a la persona que más apreciaba en su vida. Hasta ese momento, no había sido consciente de la importancia de quedarse en Egipto. Si los dos hombres morían, los conocimientos

acumulados en cientos de años morirían con ellos. Se había comportado de forma estúpida e impulsiva.

—Le dije a Hapset dónde se encontraba el pergamino. Si algo nos pasara, él se haría cargo de continuar con nuestro trabajo.

—Sigues sin entenderlo. Hapset es un gran alumno, pero es muy joven y nunca ha salido de Egipto. Él solo conoce lo poco que hemos podido enseñarle. En cambio tú, tienes una base sólida. Has viajado mucho y conocido formas distintas de curar la misma enfermedad, por lo tanto, sabrás interpretar de una forma mucho más ágil e intuitiva, los tratamientos escritos en el pergamino.

El asirio se sentó en la cama, estaba triste y abatido. El egipcio se acercó a él y se sentó a su lado.

—Lo que está hecho, hecho está, y no merece la pena lamentarse. Aprovechemos que estás aquí para intentar encontrar una cura para Assarhaddon. Vamos, pongámonos a trabajar —dijo más calmado Passer, levantándose de la cama.

—¿En qué estado se encuentra Assarhaddon? —preguntó Kalam.

Passer negó con la cabeza.

—El mal consume su cuerpo y su alma, que muera es cuestión de tiempo. Pero si los dioses han permitido que llegues hasta aquí, quizá sea porque saben que eres la única persona que puede salvar su vida —dijo Passer, con más confianza de la que en verdad tenía.

Durante el resto de la noche Passer puso en antecedentes a Kalam. Le dio todos los detalles de la enfermedad de Assarhaddon, así como, de los tratamientos que, hasta ese momento, le había administrado pero sin demasiada fortuna. Passer fue autorizado para llevarse a Harran todas las tablillas de arcilla que necesitara de la biblioteca de Nínive y estuvieron buscando cualquier información sobre la enfermedad del rey hasta bien entrado el amanecer. Después de desayunar algo de leche, queso y pan, se digirieron a la habitación del rey, a pasarle consulta. Para evitarle mayores emociones, Kalam esperó fuera mientras que Passer entró en la habitación, sería él quien le informara de la presencia de su antiguo *asu*. Pocos minutos después, Kalam fue autorizado a entrar.

La luz del sol entraba por las distintas ventanas iluminando toda la habitación. El aroma a incienso, enmascaraba con dificultad el olor a enfermedad. El rey, acompañado por el sacerdote Ubalimet, Passer, Hitman y cuatro guardias reales, permanecía postrado en la cama. Kalam se dirigió hacia él con temor y pudo ver que las huellas de la enfermedad le habían desfigurado el rostro.

—Saludos, mi rey —dijo Kalam, postrándose ante la cama de Assarhaddon.

—Que los dioses sean alabados, Kalam, ven, acércate a mí —dijo el rey, con un hilo de voz y acercándole la mano.

Kalam miró confuso a Passer que le asintió con una leve sonrisa y tomó la mano del rey.

—Estoy muy enfermo, los dioses me reclaman y yo deseo encontrarme con ellos —Assarhaddon se detuvo para coger un poco de aire—. Pero el dios Shamash ha tenido a bien mantenerme con vida hasta poder encontrarme contigo.

El rey apretó todo lo fuerte que pudo la mano de Kalam.

—He sido injusto contigo, amigo Kalam. Tú, que me salvaste de una muerte segura, te he pagado robándole la vida a tu familia. Desde entonces, he sufrido el castigo merecido de los dioses y la enfermedad se ha adueñado de mi cuerpo. Pero la generosidad de los dioses es infinita y me han permitido vivir hasta poder verte de nuevo.

Unas lágrimas recorrieron el enfermo rostro del rey.

—Durante mi vida he cometido numerosos pecados, pero ninguno tan grande como el que cometí contigo —el rey parecía ahogarse, cada vez le costaba más hablar y su voz era muy débil—. Ahora que estoy a punto de morir, necesito tu perdón.

Un leve murmullo recorrió la habitación, y se miraron los unos a los otros. Kalam se compadeció del hombre que le cogía con fuerza de la mano.

—Perdóname Kalam, te lo suplico, perdona todo el daño y el dolor que te he ocasionado —imploró Assarhaddon en un mar de lágrimas—. No puedo irme de este mundo sin saberme perdonado por el hombre al que he ocasionado tanto dolor y sufrimiento. Perdóname, te lo ruego.

Kalam comenzó a llorar y agarró con fuerza la mano del rey. Era el momento de alejar todos sus fantasmas, de congraciarse con la vida y olvidar de forma definitiva sus deseos de venganza. Miró por la ventana y le pareció ver el rostro de su mujer y de su hijo que le sonreían. Damkira asintió y le lanzó un beso con la mano antes de desaparecer. El pequeño Nabui se despidió con la manita mientras le llamaba papá. Sin poder soportarlo más, Kalam ocultó su llanto tapando su rostro en la cama del rey.

—Os perdono, mi rey —dijo entre lágrimas, levantado su mirada—. Podéis iniciar vuestro último viaje en paz.

—Gracias, amigo Kalam. Que los dioses se apiaden de mi alma —dijo el rey casi en un susurro, soltando la mano del *asu*.

Un último estertor salió de lo más hondo del cuerpo de Assarhaddon. Kalam le miró y pudo ver como una profunda paz se reflejaba en su rostro. Una paz de la que no había disfrutado en toda su vida. Con suavidad, le cerró los párpados. El rey había muerto.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

LA EMBARCACIÓN de papiro, gracias a su única vela cuadrada y al infatigable trabajo de los remeros, navegaba contracorriente las aguas del Nilo. Construida utilizando varios fajos de papiro cosidos entre sí, era ligera y muy maniobrable, perfecta para sortear las traicioneras dunas e imprevisibles rápidos del gran rio. Kalam observaba distraído a varios pescadores faenando, cuando Passer se le acercó.

—Me ha dicho el timonel que en dos días llegaremos a Men-Nefer.

—Parece mentira que todo haya terminado —dijo Kalam con un suspiro —. Han pasado tantos años.

—Lo importante es que tu espíritu por fin esté en calma.

—No puedo olvidar a mi mujer y mi hijo, nunca podré estar en paz.

—Tu familia siempre estará viva en tu recuerdo, no debes olvidarles.

Los ojos de Kalam se humedecieron, el recuerdo de su familia sobrecogía su corazón. Se secó las lágrimas que comenzaban a correr por sus mejillas y sonrió. Una nueva vida se abría ante él y debía aprovecharla. Nunca olvidaría a su familia, siempre estarían en su recuerdo y en su corazón. Pero debía mirar al futuro, con su trabajo y esfuerzo, honraría la memoria de su amada Damkira y del pequeño Nabui. Volvió a sonreír al recordar las palabras de un viejo amigo.

—Ging-Liu me dijo que los dioses me habían encomendado una misión —dijo el asirio.

—Y pensaste que tal misión era matar a Assarhaddon.

Kalam asintió.

—Quizá el maestro yuezhi tuviera razón, quién sabe. Pero te puedo asegurar que la venganza, la muerte del prójimo, nunca puede ser una

misión encomendada por los dioses, por muy crueles que estos sean. Demasiados muertos riegan con su sangre los campos estériles, demasiadas cosechas son quemadas al paso de los ejércitos, demasiadas vidas son segadas en la plenitud de su existencia. Si los dioses te habían encomendado una misión, esta no era matar al rey de Asiria.

—Durante mis años de cautiverio, el recuerdo de mi familia me había dado fuerzas para seguir luchando. Las caricias de Damkira y la sonrisa de Nabui, habían sido el bálsamo que había curado mis heridas y tranquilizado mi atormentada alma. Pero cuando supe de su muerte, y de cómo había sucedido, fue la venganza lo que dio sentido a mi vida.

—La venganza nunca debe ser un objetivo, nunca debe ser una meta. La venganza destruye a todo a aquel al que obsesiona, hace enloquecer al más cuerdo y le convierte en un ser irracional, ávido de sangre —le dijo Passer mirando hacia el horizonte.

Kalam le miró y pudo ver que sus ojos se humedecieron. Su maestro, al igual que él, había sufrido la pérdida de sus seres queridos a manos de hombres despiadados, tiranos sin escrúpulos que utilizan sus espadas para conseguir todo aquello que no pueden lograr de otra manera.

—No, amigo Kalam —continuó el maestro—. No es momento de desear más muertes. Es necesario crear en lugar de destruir, es necesario salvar vidas en lugar de segarlas, es necesario vivir en lugar de morir.

—Durante todo este tiempo he estado equivocado —dijo Kalam, con pesar.

—Los designios de los dioses son inescrutables salvo para aquellos que dicen que pueden descifrarlos —dijo sonriendo el maestro—. Pero te puedo asegurar que si los dioses te habían encomendado una misión, esta no era hacer justicia matando al hombre que te había causado tanto dolor. Tú misión era algo más noble y requería un mayor sacrificio por tu parte, perdonarle. Y así lo debe entender quién será el más sabio entre los sabios, Kalam, el *asu* del rey de Asiria.

FIN

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

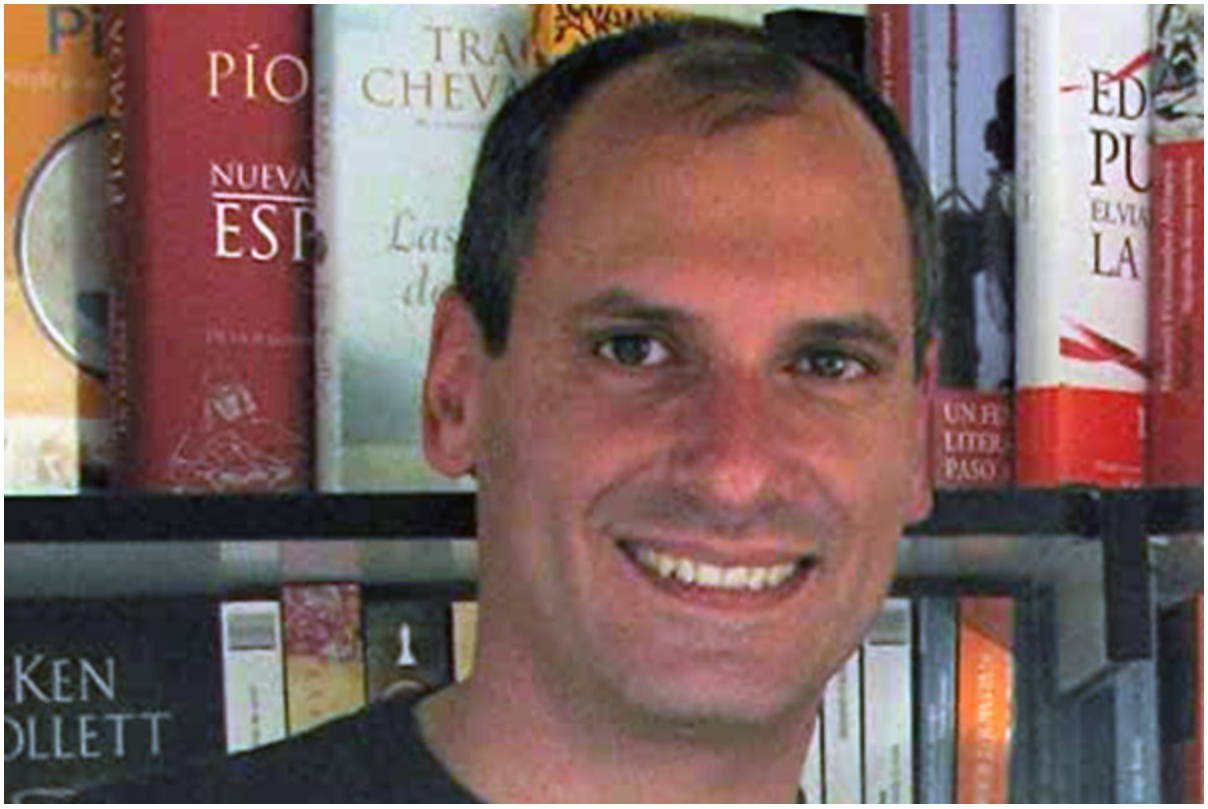
QUIERO dar las gracias a todas aquellas personas que han sacrificado parte de su tiempo en leerse esta obra y no solo eso, sino que además, se han preocupado en corregir y sugerir algunos cambios importantes. Por todo ello, quiero hacer una mención especial a los lectores; Manuel Roa Mena, Victoria Salas, Esperanza Guiñales, Cristina Miró-Granada, Angélica Dorato y su marido Alejandro.

A mi suegro Manuel Roa Ramírez que ha movido por tierra y por mar varios manuscritos, a mi madre Mariana Motera, mi fan número uno y más fiel seguidora y naturalmente a mi mujer Paloma que gracias a sus invalorables aportaciones, sugerencias y sobre todo, a su paciencia infinita, ha conseguido que esta obra pueda concluirse y llegar a vuestras manos.

En definitiva, gracias a todos los que han confiado en mí.

ALFONSO SOLÍS
Madrid, 2008

OceanofPDF.com



ALFONSO SOLÍS (Madrid, 1972). Licenciado en psicología, ha desarrollado su carrera profesional distintos ámbitos como los recursos humanos, operaciones y compras. Amante de la novela histórica, ha aportado a este género sus obras *El Designio de los Dioses*, *Roma Invicta Est*, *Vikingos: Las Crónicas de Haakon el Cobarde* y recientemente *Tierra de godos, el rey destronado* y *Conjura en Toledo*.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII

Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Epílogo

OceanofPDF.com